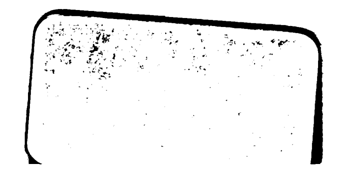




COLECCION DE AUTORES ESPAÑOLES.

TOMO XIV.



Juan Eugenio Hartzenbusch

F. A. Brockhaus' Geogr.-artist. Anstalt, Leipzig

OBRAS ESCOGIDAS

DE

DON JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

EDICION ALEMANA DIRIGIDA POR EL AUTOR.

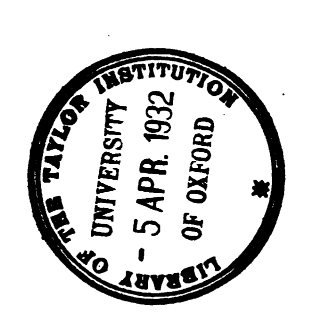
TOMO PRIMERO.

CON EL RETRATO DEL AUTOR.



LEIPZIG:
F. A. BROCKHAUS.

1863.


LIBRARY OF THE TAYLOR INSTITUTION
UNIVERSITY
- 5 APR. 1932
OF OXFORD

INDICE.

POESIAS VARIAS.

OBRAS DRAMATICAS.

DON JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

Tan fácil nos parece llegar á poseer con perfeccion la parte teórica de la taquigrafía en los tres primeros meses del curso, como difícil fijarse en las facciones de los muchos que se matriculan anualmente aspirando á seguir la palabra. Se disminuye de dia en dia el número de alumnos. Pasadas las vacaciones, empieza la práctica por Febrero, y ya se saludan todos como condiscípulos antiguos y no es comun ver allí ninguna cara nueva. Cursábamos nosotros ese arte, que es á la escritura lo que el vapor á la navegacion, por el año de 1835 bajo la direccion de Don Sebastian Eugenio Vela. Desde las primeras lecciones de práctica nos apercibímos de la presencia de un individuo igualmente desconocido para todos: se sentaba en el último puesto: vestia pobre y aseado traje: su capa azul, todavía en uso, parecia cortada por mano previsora contra las injurias del lodo: nunca iba á cuerpo gentil, como se dice vulgarmente, aun cuando el frio no fuese intenso y amenazase lluvia: en este último caso jamas se le veia sin paraguas. Solo conocíamos el metal de su voz por lo que le correspondia de lectura al descifrar los signos, pues, apénas terminadas las lecciones, salia á la calle del Turco veloz como una flecha; doblaba la esquina de la calle de Alcalá en ménos de dos segundos y se eclipsaba hasta el dia siguiente. De su puntual asistencia, de su aplicacion constante éramos testigos: todo lo demas concerniente á su persona se presentaba á nuestros ojos como un insondable misterio. A fines de Junio se celebraban los exámenes: de ciento treinta se habia reducido el

número de discípulos á once: tres pasaban de la clase de taquigrafía á la tribuna del Estamento de Procuradores. A poco de abrirse la legislatura de 1835 á mediados de Noviembre, redactábamos las sesiones de la Gaceta en compañía del desconocido. Seguia distinguiéndose por lo taciturno: prolijo en el trabajo y no del todo perfecto, no ponia ningun despropósito en boca de los oradores: omitia mucha parte de sus discursos; por lo demas redactaba su turno con esmero: en suma ni podia brillar entre taquígrafos de alguna nombradía, ni era capaz de deslucir lo que hicieran aquellos con lo que arrojara la traduccion de sus notas. Nuestro carácter nos induce á no molestar al prójimo, y así cruzámos pocas palabras con tal compañero en el trascurso de muchos meses: por casualidad supimos que hácia la calle del Escorial tenia su vivienda. Ya un dia nos preguntó con cierto interes, por las obras de García Gutierrez, anteriores al *Trovador* recientemente aplaudido: se las enumerámos una por una, y nos dió las gracias. No fué mayor la intimidad de nuestras relaciones despues de este incidente. A fines de 1836 se anunciaba para el beneficio de la Teresa Baus un drama nuevo; hablando de esta produccion en son de mofa un escritor de costumbres y un poeta, que han fallecido en la flor de sus años, pronunciabán el nombre del autor con desdeñosa indiferencia; correspondia exactamente al del taquígrafo misterioso. — *¿Y quién es ese individuo?* interrogaba el crítico al poeta. — *Dicen que un sillero*: respondia este. — *Entónces su obra debe tener mucha paja*: reponia el primero, y sus oyentes celebraban el equívoco con estrepitosas risas. Anhelábamos nosotros la hora de asistir á la tribuna del Estamento para salir de incertidumbres: no bien vimos entrar al literato vergonzante le interpelámos resueltamente. ¿Con que es de V. el drama próximo á representarse y nos lo tiene callado? — Brotó al punto á sus mejillas el carmin del sonrojo, como si se tratara de un delito, y confesándonos la verdad del hecho nos rogó encarecidamente no revelárselo á nadie. No quisimos empeñar una promesa á riesgo de quebrantarla: iniciámos en el secreto á todos nuestros amigos de tribuna; y á los pocos dias preparábamos un banquete para solemnizar el éxito

brillante del drama. No hubo manera de vencer la obstinacion del poeta laureado, quien, escudándose con lo desabrido de su genio y con su natural propension al aislamiento, manifestó sencillamente que el mayor agasajo que podíamos hacerle se reducia á dispensarle de asistir al convite. Cedimos á sus instancias por no convertir un corto obsequio en mortificacion tiránica, y nos contentámos con brindar repetidas veces, deseando la renovacion de tan señalados triunfos teatrales á nuestro esquivo colega.

Todo el que haya tratado á Don Juan Eugenio Hartzenbusch por la época á que nos referimos, encuentra sin duda semejanza entre el original y nuestra copia. Esos rasgos de su carácter y costumbres, ya esencialmente modificadas, eran resabios de una niñez triste y amarga por carecer de los halagos de una madre tierna, víctima de su sensibilidad esquisita. Habíala perdido Hartzenbusch poco despues de cumplir dos años: provino su muerte de una expresion piadosa pronunciada cerca de un tumulto y respondida con una soez amenaza. Viguri feneció arrastrado en Madrid el 4 de Agosto de 1808: al sentir en su calle tropel de gentes y frenéticos gritos, la madre de Hartzenbusch se asomó á su reja: sobrecogida á la vista del antiguo intendente de la Habana horriblemente macerado y con una soga al cuello, no pudo ménos de esclamar con sentido acento *¡Jesus, qué lástima!* Uno de los odiosos criminales dijo á impulsos de bárbaro encono: *con el que tenga lástima se debia hacer otro tanto.* Desde entónces vino á ménos la salud de aquella muger excelente: al mes daba á luz su segundo hijo; caia en la demencia y repetia á menudo las voces de los asesinos de Viguri: *¡Viva Fernando VII! ¡Muera José I!* imitando hasta su entonacion salvaje; y espiraba á las dos semanas de continuo delirio y de agitacion penosa. Aleman de nacimiento y ebanista de oficio el viudo de tal esposa, era bondadoso y de condicion blanda; pero metido en sí, meditabundo, sin íntimas relaciones con persona alguna, atento solo á su taller para proporcionar subsistencia á sus hijos. Por necesidad habia de infundirles su método de vida cortedad de genio, cierta aversion al trato de gentes, gusto por la soledad y la reserva.

Hartzenbusch cursaba latin y dos años de filosofía en San Isidro: despues emprendia su carrera de artesano; mas habia ya cobrado aficion al estudio, y en sus ocios aprendia los idiomas de Lamartine y de Manzoni y el arte de versificar en la poética del P. Losada. Con instintiva avidez leia cuantas comedias llegaban á sus manos: quince años habia cumplido ántes de conocer el teatro mas que por fuera y de oidos. Aprovechó con su hermano á fines de 1821 una corta ausencia de su padre, y algunos ahorrillos destinados á comprar unas figuras de nacimiento para asistir á una funcion del Príncipe, coliseo mas cercano á su casa. Diversas veces nos ha contado lo infinito que le maravillara una ópera de Rosini en un acto titulada *Antínoo en Eleusis*, y lo mucho que le divirtieran un baile pantomímico, en que era protagonista un borracho, y el sainete de Don Ramon de la Cruz *El Tordo*. Describe Hartzenbusch con encantadora frescura de recuerdos todas sus sensaciones en aquella noche memorable, por haber servido de poderoso aliciente á su vocacion firme y hoy fecunda en buenos resultados: narra con imponderable viveza todo lo acaecido en el teatro, de modo que imaginan asistir á la fiesta cuantos le escuchan. Se le ve impaciente, no bien ocupa su asiento, al correr el telon, absorto; bajo el dominio de fantástico ensueño al vibrar en su oido las armonías de la orquesta y las voces de los coros, y al dilatar sus ojos por el templo de Ceres, donde se eleva la estatua de la diosa, á que rinden profano culto sacerdotisas y sacerdotes y pueblo. ¡Oh en aquel éxtasis prodigioso tal vez se remontaba su espíritu á la edad esplendente de la antigua Grecia, y paseándose á orillas del Eurotas y á la falda del Hymeto, surgian en su rededor las angustas sombras de Homero, Aristófanes y Esquilo por inflamarle con el sacro fuego de Apolo! Acontecimientos hay en la vida que dejan hondo vestigio en los corazones y decretan la suerte de los mortales; visiones fugitivas que descubren los arcanos del porvenir á la luz del entendimiento. Hartzenbusch se entretenia con la meditacion del estudio, cifraba su ventura en frecuentar el teatro: sabia medir versos: abrigaba su pecho un tesoro de sentimientos nunca expresados con efusion vehemente en conceptos amorosos, ni en frases

que estrecha amistad inspira: era desgraciado, y el infortunio ha servido de escuela á grandes hombres. ¿Con tales elementos cómo no habia de crecer pomposa esa flor de nuestra literatura en jardin retirado y escondido entónces á todas las miradas?

Su primer ejercicio literario se redujo á traducir del frances algunas comedias en prosa. Por complacer á un amigo tuvo ocasion de aguzar mas su ingenio: quiso escribir un papel trágico nuevo çon que se luciera en el teatro casero de la calle de la Parada, de cuya compañía tambien formaba parte: sirvióle de modelo la *Adelaida Duquesclin* de Voltaire; su traduccion literal ofrecia algunos inconvenientes. Habiéndose estrenado un año ántes el *Abufar* de Ducis, produjo general desagrado su desenlace con dos bodas y ninguna muerte, y la *Adelaida* adolecia del propio defecto: debia pasar por la censura y las obras de Voltaire se hallaban expresamente prohibidas. Hartzenbusch supo orillar ambas dificultades haciendo morir á la novia á fin de evitar los desposorios, y supuso la accion en España y en el reinado de Don Pedro, bajo el título de *Doña Leonor de Cabrera*, á fin de que el censor no sospechase su orígen bastardo. En años posteriores se resolvió á presentar aquella produccion al teatro y temeroso de que aun se adivinara su procedencia, disfrazóla mas con trasladar sus personajes al remoto siglo del rey Wamba y bautizar de nuevo á *Adelaida Duquesclin* con el nombre de *Floresinda*. Acredita este dato la inexperiencia del escritor sin consejo, y que por su timidez en pedirlo hacia estéril su docilidad en aprovecharlo.

Solitario en su modesto albergue iba amoldándose poco á poco y como por instinto á las exigencias del buen gusto, y en 1829 hizo una refundicion de *El amo criado* de Rojas y dos traducciones del frances *El Tutor* y *El regreso inesperado*: se representaron las tres en uno de los teatros de la Corte; repitióse varias noches la primera, agradó la segunda, no hizo mas que pasar la tercera. Cada vez mas amante de nuestro teatro antiguo lo estudiaba Hartzenbusch con fe ardorosa y refundia los *Empeños de un acaso*, una de las

mejores comedias de Calderon de la Barca, en que sirve de exposicion la primera redondilla por nadie ignorada;

— O he de matar ó morir
O quién sois he de saber
— Pues mirad cómo ha de ser
Que yo no lo he de decir.

Hacia el mismo trabajo con *La confusion de un jardin*, linda comedia de Moreto. Aquí vemos á Hartzenbusch dominado por la idea de restaurar nuestro antiguo teatro, y atinado en la eleccion de las producciones con que aspiraba á hacer valedera su doctrina. Con la esperanza de lograr la representacion de estas dos refundiciones se prestó á arreglar una estravagante comedia original de Don Manuel Fermin de Laviano, muy representada en el siglo pasado. Ardua empresa debia parecer al hombre ménos experimentado la de adquirir aplausos con una produccion fundada en el milagro de Nuestra Señora de Atocha al resucitar á las hijas de Gracian Ramirez, degolladas por este poco ántes. Ocurre á menudo degenerar en temeridad la timidez alentada: así Hartzenbusch se lanzó con arrojo al difícil empeño: dió pinceladas de brocha gorda, aglomeró situaciones de bulto y suprimió el milagro. *La restauracion de Madrid* fué horrorosamente silbada: Hartzenbusch asistia á tan completa derrota desde un rincon del palco por asientos: á haber estado junto á la puerta, huyera de aquel sitio por miedo de que le conocieran en la cara su sobresalto. Infecundo vino á ser su sacrificio meritorio, pues no se pusieron en escena *La confusion de un jardin*, ni *Los empeños de un acaso;* ni tuvo mas fortuna con las traducciones que hizo del *Edipo de Voltaire* y la *Mérope de Alfieri*, ni con su tragedia original titulada Medea; ni con su drama *Don Fernando de Antequera.*

Hasta aquí Hartzenbusch habia seguido la carrera de la literatura por una especie de galería subterránea, por un camino cubierto; nadie habia sentido sus primeros pasos; todos ignoraban su nombre; y si no abjuraba de su vocacion manifiesta podia saltar á la palestra como paladin nuevo, sin que

mal éxito de *La Restauracion de Madrid* le deslustrara, ni contribuyeran á cimentar su crédito *El Tutor* ni *El Regreso inesperado*. Su gusto dramático habia sufrido alteraciones esenciales, inclinándose ya á la tragedia, ya á las comedias de capa y espada. Asomó en esto la nebulosa aurora del romanticismo: ganaba entónces Hartzenbusch su jornal en el Estamento de Próceres, ejerciendo por última vez su oficio: concluida la obra empezó el estudio de taquigrafía: ya hemos dicho que fué taquígrafo de la *Gaceta;* luego del *Diario de Cortes;* despues de ninguna parte: pudo vivir de la literatura é hizo bien en abandonar la taquigrafía, profesion penosa, sin porvenir alguno, poco conocida y malamente remunerada.

Tiempo hacia que la triste y popular historia de los *Amantes de Teruel* alhagaba su mente; al primer triunfo de Hartzenbusch contribuyó sin duda Larra, aunque indirectamente. Segun habia imaginado el plan, escribiendo en prosa todas sus escenas, resultaba muy parecido al *Macias*. Hartzenbusch abandonó por algunos meses su proyecto: mas volvió á encantarle la belleza del asunto, introdujo diversos personajes, complicó la intriga, creó el carácter de la mora, prestó oido á las juiciosas observaciones del actor Don Juan Lombía, y alternando con la esmerada prosa sentidos y sonoros versos, unánimes aplausos coronaron su obra.

Advertimos en los *Amantes de Teruel* un plan profundamente meditado y un conjunto de caractéres interesantes. Marsilla luchando fuerte contra su destino, es una creacion vigorosa: Isabel de Segura es emblema del amor entrañable que resiste á los rigores del tiempo y de la distancia, del amor acrisolado por la ausencia. Su padre la sacrifica como siervo del honor y no por hábitos de tirano. Isabel podria oponerse al cumplimiento de una promesa que la somete á perpetua desdicha; pero cede luego que escucha las revelaciones de su madre, preparadas por el poeta con discrecion oportuna, pues no declara el delito sino despues de haber sucedido en el transcurso de muchos años la espiacion y la penitencia al arrepentimiento. Así Margarita mueve á lástima y no se hace odiosa. Si Don Rodrigo de Azagra exige al padre de Isabel la realizacion de su palabra, si la mora

persigue sin descanso á Marsilla, procede el primero á impulsos de amor ferviente, y de furibundos celos la segunda. Hermosa figura es la del padre de Marsilla acatando el honor del noble Segura y llorando el infortunio de su hijo. Solo hay de histórico en el drama el terrible plazo concedido al amoroso mancebo y la muerte de los amantes: todo lo demas es una invencion sublime en que se hermanan la verosimilitud, el interes y la belleza. Con todo, algunos califican de inverosímil el desenlace, fundados en que el amor no mata á persona alguna: sobre esto escribia el malogrado Fígaro con estilo brioso lo siguiente. «Si el autor llegare á oir este cargo «vulgar á todas luces, puede responder que es un hecho con«signado en la historia; que los cadáveres se conservan en «Teruel, y la posibilidad en los corazones sensibles; que las «penas y las pasiones han llenado mas cementerios que los «médicos y los necios; que el amor mata (aun que no mate «á todo el mundo) como matan la ambicion y la envidia; que «mas de una mala nueva al ser recibida ha matado á per«sonas robustas, instantáneamente y como un rayo; y aun «será mejor en nuestro entender que á ese cargo no responda, «porque el que no lleve en su corazon la respuesta, no com«prenderá ninguna. Las teorías, las doctrinas, los sistemas «se explican; los sentimientos se sienten.»

Al terminar la representacion del drama un grito general pedia la salida del poeta á las tablas: este no se hallaba en el teatro, resuelto á no quebrantar la promesa que hizo cuando la *Restauracion de Madrid* era recibida á silbidos: un actor anunciaba su nombre, y el público lo saludaba con bravos y batir de palmas. Desde aquella noche comienza realmente su gloriosa carrera; cultivando la amistad de varones eminentes, ocupándose en tareas literarias, ya en el Liceo, ya en el Ateneo, pudo hacer brillar la solidez de sus estudios.

Sus producciones mas celebradas son *Doña Mencía* en que entra por mucho la crueldad del Santo Oficio; *Don Alonso el Casto*, en que se halla fielmente retratado aquel monarca, *La jura en Santa Gadea*, en que seducen la juvenil bravura del Cid y la pasion amorosa de Jimena. Ahora escribe *La Madre de Pelayo*, á que auguramos tambien buena fortuna.

Han obtenido mediano éxito sus dramas *Primero yo*, *Honoria*, *El Bachiller Mendarias*. No disgustaron sus comedias *La Visionaria*, *La Coja y el Encogido*, *Juan de las Viñas*, y *Es un bandido*, en que tiene parte. Son suyas tres comedias de magia *La redoma encantada*, *Los polvos de la madre Celestina* y *las Batuecas*. Treinta y cuatro noches seguidas se repitió la primera, fué regularmente acogida la segunda, cuyo argumento está tomado de las *Píldoras del Diablo*: alcanzó la última corto número de representaciones.

Analicemos á Don Juan Eugenio Hartzenbusch en globo para encontrar la fórmula del vario y desigual suceso de sus obras. Ante todo conviene decir que es un escritor de conciencia: conoce bien el teatro inglés, el teatro frances, el teatro italiano, el teatro aleman, y el de su país como pocos. Su imaginacion no es espontánea en grado sumo: cada uno de sus dramas es producto de muchos meses de trabajo: durante ellos lucha el poeta con el erudito, el versificador con el purista, la inspiracion con el arte. Piensa con detenimiento sus planes, los desbarata, los refunde, al fin los fija: concluye á veces un acto, ó acto y medio, le disgusta lo escrito, y lo rompe: vuelve á emprender la tarea, corrige, tacha, lima y escribe mas de un borrador ántes de terminar un drama. Esto puede ser beneficioso ó nocivo á sus primitivas concepciones y no lo citamos como una falta, sino como un hecho. Propende Hartzenbusch al gusto aleman y en ocasiones es acaso mas profundo de lo que conviene en la escena; resultan confusos algunos de sus giros y al espectador jamas se le debe poner en el caso de que adivine, porque, si no acierta, se enoja y el autor lo paga. Por ejemplo el carácter del protagonista del *Primero yo* se comprenderia admirablemente en Alemania, no es tan admisible si la accion se supone en el Escorial y en el reinado de Fernando VI. Con el argumento de *Honoria* habia sobrado para dos producciones; de reducirlo á una es forzoso omitir mucho, sin libertarse de la nota de prolijo. Desde luego se conoce que aludimos al efecto de algunos dramas de Hartzenbusch puestos en escena mas bien que á su mérito literario, pues existe gran diferencia entre lo uno y lo otro; y nosotros reconocemos

que el autor de los *Amantes de Teruel* no puede escribir ninguna obra mala, literariamente hablando. Tiene excelentes dotes para el drama de pasion y de sentimiento: su versificacion es excelente y conceptuosa, fácil su diálogo y la frase castiza. Si no siempre ha triunfado, consiste en no escoger con tino el asunto y en añadir así dificultades á las no pequeñas de escribir para el teatro. Sabe mejorar considerablemente todo argumento ántes tratado por otros autores, y de ello dan fe los *Amantes de Teruel* y *Don Alfonso el Casto.*

Reune asimismo el Sr. Hartzenbusch grandes cualidades de historiador y es lástima que no se ejercite en este género de literatura, si bien nos asisten razones para creerle con deseos de ocuparse en la historia de nuestro teatro. Su escrupulosidad en buscar documentos corre parejas con su buen criterio en clasificar la mayor ó menor autenticidad de las autoridades que consulta. Vamos á aducir un ejemplo.

Se ha atribuido á Calderon de la Barca una comedia cuyo título es *El sacrificio de Efigenia;* Hartzenbusch indaga noticias, analiza datos y cuando no le queda por hacer nada, forma un razonamiento parecido á este. Vera Tassis y Villaroel publicó despues del fallecimiento de Calderon una lista de las verdaderas comedias de aquel gran poeta, y allí figura *El sacrificio de Efigenia* como suya. Don Gaspar Agustin de Lara en su *Obelisco fúnebre* dió á luz una carta escrita por Calderon al Duque de Veragua con fecha 21. de Julio de 1680, en que por satisfacer á su demanda le incluye una lista de todas sus comedias así inéditas como publicadas, y allí no se halla *El sacrificio de Efigenia.* Pudo escribirla posteriormente: sin embargo Calderon de la Barca exhaló el último aliento el 25 de Mayo de 1681, diez meses despues de dirigir su carta al Duque, en la cual se queja de una leve caida, que se hizo de gravedad por los achaques de su edad avanzada. Ahora bien, cotejando la lista de Vera Tassis con la de Calderon de la Barca se advierten cinco comedias mas en aquella que en esta, *La vírgen de Madrid*, *Céfalo y Pocris*, *Desagravios de María*, *El condenado de amor* y *El sacrificio de Efigenia.* Cinco comedias no las escribe en tan corte tiempo un hombre octogenario y achacoso. Existe

en la Biblioteca Nacional un índice manuscrito, el cual contiene los títulos de todas las comedias impresas en verso español y portugues hasta 1716, formado en 1817 por Don Juan Isidro Fajardo: allí está *El sacrificio de Efigenia* como de Calderon de la Barca; pero alude á la comedia de Cañizares ya entónces impresa y atribuida falsamente al esclarecido poeta, del mismo modo que se le atribuye en una impresion de aquel tiempo y en la propia lista, *Yo me entiendo,* tambien de Cañizares.

Luego que junta tales datos y sabe que Tassis Villaroel era amigo de Calderon de la Barca, mas no hasta el punto de estar informado de sus interioridades, deduce Hartzenbusch legítimamente que Tassis no pudo tener á la vista mas documento que algun apunte facilitado por uno de los sacerdotes naturales de Madrid, herederos de Calderon de la Barca, ántes de enterarse bien de sus manuscritos, y luego un escrupuloso registro manifestaria el yerro: así duda mucho que sea obra suya *El sacrificio de Efigenia:* cuando mas se hallaria entre sus papeles alguna comedia con ese título ó tendria pensamiento de tratar el asunto, no llegando á hacerlo nunca. Ademas; de las cinco comedias en que excede la lista de Vera Tassis á la de la carta dirigida al Duque de Veragua, solo una, *Céfalo* y *Pocris* se ha incluido en el teatro del célebre poeta, y la circunstancia de pertenecer al género burlesco, tan impropio del autor de *El Médico de su honra,* le inclina á creer que no es produccion de su pluma.

Erudito que discurre con tan buen criterio dando á sus conjeturas carácter de irrecusables testimonios, puede contar á su devocion el parecer de cuantos estudiaren sus juicios.

Ya no es menester encomiar el mérito de la edicion del *Teatro escogida* de Fr. Gabriel Tellez, religioso mercenario, por Hartzenbusch dirigida, consultando malísimas impresiones llenas de erratas, faltas de vocablos y hasta de versos. Todo lo suple el pensador paciente á fuerza de cavilaciones y de vigilias: por las notas se viene en conocimiento de las enmiendas que introduce, y de que Tirso de Molina seguramente no dijo, ni quiso decir allí otra cosa. Porque no se nos tache de prolijos, no apuntamos la serie de cálculos hecha por el restaurador de Tirso para interpretar racionalmente un soneto

plagado de errores en la comedia titulada *Mari Hernandez la Gallega.*

Con igual parsimonia, con la misma cordura procede al dirigir el Teatro de Ruiz de Alarcon de que solo se han publicado dos comedias. De grande importancia y de necesidad imprescindible es su auxilio en la edicion de Lope de Vega, á que se consagra la seccion de literatura del Liceo. Buen crítico el Sr. Hartzenbusch ha escrito excelentes artículos sobre *Don Ramon de la Cruz, Don Dionisio Solís, Don Enrique de Villena* y sobre los *Comentarios de Clemencin al Quijote.* Completan sus obras las traducciones de una comedia de Picard, *El novio de Buitrago*, otra de Beaumarchais, *El Barbero de Sevilla*, y el drama de Dumas *Angela*, bajo el título de Ernesto. En un volúmen hallamos reunidas sus composiciones sueltas en verso y prosa, contándose entre ellas versiones del aleman como la *Infanticida* y la *Campana;* fábulas de Lessing como la *Oveja y la Golondrina* y el *Leon y la Liebre*, composiciones originales de mas mérito por sus ideas que por la gala de su poesía como *La Medianía del Ingenio, El alcalde Ronquillo, A la muerte* y otras.

Hartzenbusch, nacido en Madrid el 6 de Setiembre de 1806, ha desperdiciado poquísimas horas en sus treinta y nueve años; puede decirse que acababa de salir de un taller de ebanista cuando el público se fijó por primera vez en su persona: fuera inexacto suponer que desde entónces ha crecido como la espuma, pues ya poseia gran caudal de conocimientos, y solo tuvo necesidad de que se le alentara, no á aprender, sino á lucir lo que sabia. Hartzenbusch es el refugio de todo principiante, el paño de lágrima de todo el que le pide consuelos en sus aflicciones literarias, el defensor habitual de lo que parece ménos susceptible de defensa. Juzga con severidad sus propios escritos y los ajenos con blandura: no pertenece á la Academia Española y es acreedor á esa honra, porque escribe con pureza y elegancia y su nombre va al frente de obras que han alcanzado diversas ediciones; mas para ser individuo de esa Corporacion respetable hay que solicitarlo: si alguno insta á Hartzenbusch á que lo solicite, brota de sus labios una negativa rotunda: si sus amigos le anuncian que

la redaccion de la solicitud queda á su cargo, con tal de que no rehuse estampar al pié su firma, Hartzenbusch les ruega que desistan de su intento. ¿Pretende acaso que en obsequio suyo quebrante la Academia lo prevenido en los estatutos que rigen su conducta? Se escandalizaria la modestia del Señor Hartzenbusch de que hubiera quien le achacase tal desvarío. ¿Mira con desden la distincion de ser académico al lado de Quintana y Lista, de Gallego y Burgos? Pocos hay que acaten al talento tan ciegamente como el autor de *Don Alfonso el Casto*. ¿En qué se funda pues su resistencia á figurar en las listas de la Academia......? Lo callamos solo por lo pueril del motivo.

Hartzenbusch es oficial primero de la Biblioteca de esta Corte y goza de la consideracion del bibliotecario: adornan su pecho las cruces de Isabel la Católica y de Carlos III.

(*Galería de la Literatura 1846.*)

1862.

Diez y seis años se cumplen ahora de la publicacion de la *Galería de la Literatura*, donde insertámos la biografía del Señor Hartzenbusch de manera que no tenemos que hacer enmiendas ni rectificaciones: la adicionamos de buen grado con el fruto de sus provechosas tareas. Ante todo conviene decir que al reformarse á principios de 1847 la Real Academia Española, no tuvo mas remedio que darse á partido, y así ocupó una de las tres plazas vacantes en virtud del nuevo arreglo; y cediendo siempre á su predileccion por el teatro antiguo, su discurso de recepcion fué sobre el esclarecido autor de *La Verdad sospechosa*.

Ademas de *La Madre de Pelayo*, que escribia el Señor Hartzenbusch cuando publicábamos nuestro libro, y que el mismo año de 1846 fué puesta en escena, se han representado sucesivamente las siguientes obras dramáticas debidas á su pluma. — *La ley de raza*, 1852, drama en tres actos referente á la época de Recesvinto y en verso. — *La Archiduquesita*, comedia en tres actos y en prosa, escrita expresamente en 1854 para la malograda niña Rafaela Tirado, y en que la niña Pilar Ros alcanza ahora merecidos triunfos. — *Un sí*

y un nó, comedia en tres actos y en prosa, de excelente corte, tambien estrenada el año 1854. — *Derechos póstumos*, loa para celebrar en 1856 el aniversario del natalicio de Calderon de la Barca. — *Vida por honra*, drama en tres actos y en prosa, con que se inauguró en el teatro del Príncipe el año cómico de 1859 á 1860, y en el cual es protagonista el Conde de Villamediana. — *El mal Apóstol y el buen Ladron*, drama cuaresmal en cinco actos y en verso, estrenado el año de 1860 en el Teatro del Circo. Se resiente esta produccion de ser una especie de pié forzado, pues no se concibe la magna tragedia del Calvario, sin aparecer el Redentor del mundo; y así toda la habilidad del Señor Hartzenbusch no fué bastante á llenar este inmenso vacío, que se veia obligado á dejar en observancia de un Real decreto, refrendado por el Señor Escosura, y contra el cual nos impide nuestra situacion especial exponer muy sólidas reflexiones. — *La hija de Cervantes*, loa escrita para conmemorar el aniversario de la muerte de este gran ingenio en 1861. — En union del malogrado Valladares y Garriga y del aplicadísimo y sesudo Rosell tradujo el año de 1850 en verso la comedia titulada *Jugar por tabla*. — Una zarzuela en tres actos tiene compuesta con el título de *El Amor enamorado;* y al presente dedica los ratos que le permiten sus continuas ocupaciones á otro drama cuya protagonista es *Doña Juana Coello*, esposa del célebre ministro de Felipe II. Ocioso es decir que todas las producciones citadas se han representado con aplauso. Igual buena suerte alcanzaron sus refundiciones de *La esclava de su galan* de Lope de Vega y la *Prudencia en la mujer* de Tirso de Molina los años de 1849 y de 1858 en los teatros del Príncipe y del Circo; y sus dos traducciones libres de dos piezas de Scribe en un acto y tituladas *El Doctor Capirac ó los curanderos de antaño* y *Los dos maridos*. Impresas corren y no se han puesto en escena las traducciones siguientes: *La pupila y la péndola*, pieza en un acto, y la tragedia *Mérope* de Alfieri: desde el año de 1830 estaban concluidas ambas. Suyas son tambien dos comedias infantiles, *El niño desobediente*, en dos actos y en prosa con algunos versos, y la *Independencia filial*, en tres actos y en prosa.

Siempre celoso el señor Hartzenbusch por las glorias de nuestro Teatro ha publicado en la notabilísima *Biblioteca de Autores Españoles* de Rivadeneira las comedias escogidas de Tirso de Molina, todas las de Calderon de la Barca, las de Alarcon y cuatro tomos de las escogidas de Lope de Vega. Con su habitual esmero ha insertado al principio las noticias y los juicios críticos de autores de nota sobre ingenios tan privilegiados, ha restablecido los textos en muchos pasajes oscuros y ha juntado en los apéndices muy importantes datos hasta sobre el órden cronológico de las comedias.

A nombre de la Academia Española contestó en 1853, 1860 y 1861 á los discursos de recepcion de los Señores Ferrer del Rio, Monlau y Cutanda, que versaron sobre la *Oratoria sagrada en el siglo XVIII*, el *Orígen y la formacion del Castellano*, y la *Historia é indole del epigrama entre nuestros escritores*. Esta última coyuntura le dió margen á tratar del marques de Villamediana y á hacer muy curiosas investigaciones sobre las causas de su asesinato, y del modo de llegar casi á la certidumbre, ya que no á la evidencia en caso tan hondamente misterioso.

Siendo Director de la Escuela Normal de Instruccion primaria compuso y leyó un notable discurso acerca de este importantísimo ramo, al comenzar el curso del año de 1855 y ante una escogida concurrencia.

Sus *Ensayos poéticos y literarios* se imprimieron el año de 1843 en un tomo: sus *fábulas puestas en verso castellano*, cinco años mas tarde; y últimamente ha dado á luz sus *Cuentos y Fábulas* en dos tomos; siendo de notar que de uno de los cuentos, titulado *La Locura contagiosa*, está sacada la deliciosísima zarzuela de *El loco de la guardilla* de Don Narciso Serra, uno de los ingenios mas felices que en el lecho del dolor y quizá de muerte se está ya malogrando á la temprana edad de treinta y dos años.

Mucho tendríamos que alargar este trabajo, si hubiéramos de enunciar las comisiones de la Biblioteca y de la Academia Española que el Señor Hartzenbusch ha tenido ó tiene á cargo, y no de las de puro honor, sino de las que exigen laboriosidad suma. No hay obra de las consagradas por varios ingenios

á sucesos infaustos ó venturosos en que no figure su nombre; y la *Corona fúnebre* del inolvidable Don Alberto Lista, el *Album* dedicado al Conde de San Luis por la creacion del Teatro Español y el *Romancero de la guerra de Africa* son testimonios de nuestro aserto. Tampoco se celebra funcion teatral en conmemoracion de alguno de nuestros célebres autores, sin que Hartzenbusch coopere á su lustre. Nunca responde negativamente á esta clase de invitaciones por sobrecargado que esté de trabajo; y jamas brota composicion de su pluma, que no tenga originalidad y agudeza. Solo nos resta decir que para consignar estas alabanzas nos hemos atenido á nuestra calidad de historiadores, y no á la inalterable amistad que nos une al señor Hartzenbusch ya hace muy cerca de treinta años.

Antonio Ferrer del Rio.

CUENTOS.

LA HERMOSURA POR CASTIGO.

CUENTO MORAL.

Maravilla del Oriente llamaban á la hija del Emperador Teodosio, la sin igual en hermosura Pulquéria, que ya gozaba de tan lisonjero título desde la casi infantil edad de trece años. El apacible genio de la Princesa, nacida como su padre en Itálica, el tierno atractivo de su virginal semblante, la gallardía española de su cuerpo, su entendimiento claro, y su honesta vida sobre todo, le atraian de cerca y léjos adoradores rendidos, muchos en número y eminentes en jerarquía, sin que ninguno reparase en un defecto gravísimo, que debia oscurecer no poco las relevantes gracias de la augusta doncella. La hija del sucesor de Valente, la hermana de Arcadio y Honorio, ídolo de la imperial familia, jamas habia visto á sus padres, ni á sus hermanos, ni á nadie, ni nada. Pulquéria, cuyos rasgados y hechiceros ojos envidiaban las mas gentiles damas de Constantinopla, no veia con ellos: Pulquéria nació y habia vivido ciega hasta la edad juvenil. Ciega oyó las cariñosas palabras de su madre Flaccila, cuando la criaba á sus pechos; ciega recibió la bendicion de aquella mujer santísima, cuando la llamó el Señor á recibir entre los ángeles el premio debido á sus altas virtudes; ciega habia escuchado los rendidos y amorosos ruegos del Príncipe Favencio, que solicitó y obtuvo del padre y de la hija la promesa de poderla llamar esposa, en llegando la jóven á contar quince abriles.

Feliz Pulquéria por ser hija de padre tal, mas feliz por los dones corporales y del espíritu con que la Providencia la habia enriquecido, felicísima por el amor que le tenian los suyos; bienes tan superiores y tantos eran nada para ella desde que, entrada en la mocedad y dando oidos á la voz universal que la proclamaba la mas bella de las hermosas,

nació en su corazon el vanidoso y vehemente deseo de ver para verse. Persuadida, y con razon, de que su madre habitaba gloriosa la mansion de los bienaventurados, cada noche le dirigia una ardiente súplica, para que le alcanzase del Todopoderoso el don de la vista. Aparecióse una noche Flaccila á Pulquéria en sueños, ó por mejor decir, sintió Pulquéria una noche que milagrosamente se le ponia delante la feliz matrona, ceñida la sien ya inmortal con la áuréola de las esposas sin mancilla, una palma en la diestra, y en la izquierda una corona formada de estrella. «Hija mia (le dijo Flaccila con acento dulcísimo), Dios, que sabe mejor que el hombre lo que al hombre conviene, se niega de continuo á satisfacer vuestros imprudentes antojos, porque de satisfacéroslos, irremediable se seguiria vuestro daño. Cuando el Señor que te crió te màntiene ciega, señal es de que ciega te quiere; y no pudiendo querer la Divina Majestad sino lo mejor y mas justo, bien puedes tener por cierto que la privacion de la vista era para tí un beneficio tan grande, como para otros es el tenerla. Movido, sin embargo, el Señor con mis ruegos, como yo de los tuyos, ha resuelto por fin concedértela, en virtud de su saber y poder infinitos; pero á fin de que ese don, en vez de producirte males, te sirva para conseguir la corona rica y la inmarcesible palma de los mártires, victoriosas insignias que acerco á tus manos para que las toques, necesario es, hija mia, que te resignes á no ver, hasta la hora precisa de tu muerte, aquello que mas quieras, aquello cuya vista mas ahincadamente desees. Dí si á ese precio quieres recibir la luz de los ojos, y mañana á mediodía te será sobrenaturalmente otorgada.»

Con aquella rapidez con que el alma del hombre, en fe de su celestial orígen, piensa á veces en una difícil cuestion cuanto hay que discurrir y la resuelve en un punto, hizo Pulquéria en el imperceptible espacio de tiempo que empleó en pronunciar un *sí*, este largò razonamiento: «Si el Señor me da un bien que yo ansiaba tanto, y ese bien, limitado en parte, me ha de proporcionar, ademas de la dicha en la tierra, la felicidad de los justos, loca seria yo en verdad si no lo admitiese. ¿Qué es lo que amo yo mas en el mundo? Lo primero, á mi padre; luego á mi prometido esposo, despues á mis hermanos. Duro me será no ver hasta la hora de mi muerte á mi Favencio, al Emperador, á mis queridos Arcadio y Honorio; pero veré el sol de que nace el dia, y las estrellas que alumbran la noche; veré el mar, cuyos rugidos oigo desde mi lecho; veré la tierra que piso, las criaturas que la pueblan, la grandeza y esplendor de este soberbio alcázar: leve sacrificio es permanecer siempre ciega para solo un objeto, pudiendo saciar la vista en el campo dilatadísimo

de la creacion entera. Admito la condicion, madre: quiero ver, *sí.*» Dicho apénas este monosílabo, con la sorda articulacion de una persona que habla durmiendo, se desvaneció ó se retiró la vision celeste.

Los goces que provienen del cielo se distinguen de los placeres puramente humanos en una circunstancia notable: estos, en siendo muy vivos, fatigan y á veces matan como el dolor mas agudo; las fruïciones que el Altísimo envía á sus predilectos, por intensas que sean, se disfrutan apaciblemente, sin detrimento de nuestro débil ser físico. Así Pulquéria, despues de la desaparicion de su madre, siguió reposando tranquila; tranquila y gozosa despertó á la hora ordinaria; gozosa y tranquila se dejó ataviar por sus camareras, y pasó á la habitacion de su padre, á quien, lo mismo que á sus hermamos, quiso, para que la sorpresa fuese mayor, callar la prodigiosa visita que la noche ántes habia recibido. Un solo efecto visible producia el júbilo interior que saboreaba Pulquéria: el de animar su rostro con tan nuevo encanto, su voz con un dejo tan dulce, sus ademanes y movimientos con tan admirable dignidad y gracia reunidas, que jamas, ni aun el dia que, amando ella ya, supo el amor de Favencio, la habian visto los que la rodeaban, tan alegre y hermosa. Sentada frente al Emperador en una estancia magnífica, teniendo á sus hermanos á un lado y al otro á su amante, recibia de todos, y aun de Teodosio mismo, afectuosos encarecimientos de su peregrina belleza, nunca mas deslumbradora que entónces, cuando llegó el sol á mediar su curso. Instantánea y portentosamente, como si abriese los ojos despues de un sueño apacible y breve sin que la luz los ofendiera, la hermosa hija de Flaccila y de Teodosio, la mas bella de las hijas de Itálica, se halló con el divino don por su madre ofrecido, y supo lo que era ver, lo que era verdaderamente vivir, lo que era embriagarse y desfallecer de puro contento. En un *ay* prolongado se resumieron la sorpresa y el gozo suyos, la admiracion y la alegría causadas por el hallazgo y posesion de una dicha, mayor que se la pudo pintar la esperanza, mayor que la habia solicitado el deseo. Tres veces cerró y abrió inmediatamente los ojos; tres veces creyó que habia muerto y que revivia. Conoció á Favencio, conoció á Teodosio, conoció á sus hermanos, el sol, el cielo, las nubes, los campos, el mar, las estatuas, las pinturas, el brillo de las joyas, los cambiantes de la seda... — y quiso, en fin, conocerse á sí misma. Trájole Teodosio un espejo de oro tersísimo... miróse en él... y vió en la pulida superficie convexa una túnica y un manto encima, y sobre ellos vió tambien un collar, y mas arriba un zarcillo á cada lado, y mas arriba una diadema ó cinta sembrada de piedras preciosas... y todas estas imágenes de túnica, manto, collar,

zarcillos y cinta se movian en el espejo segun movia el cuerpo y la cabeza Pulquéria; pero de humana figura no se descubria en el espejo ni rastro. Llevóse la Princesa la diestra á la frente, y entónces desapareció parte de la diadema, como si la taparan con algo: aparecieron en el espejo la manilla y el anillo que adornaban la mano puesta en la frente; pero sin verse frente ni mano: despues de muy pocos instantes de prueba, se convenció de que el espejo reflejaba todos los objetos que delante de él se ponian, ménos la imágen de la Princesa desde el cabello á la planta. Probados otros espejos de diferentes materias, aconteció con todos lo mismo; quiso Pulquéria explicar á los circunstantes el terrible prodigio y referir el coloquio habido entre ella y Flaccila, y negósele mal su grado la lengua á revelar el secreto, que por divina disposicion habia de mantenerse largos años oculto. Preguntó á su padre y á todos si la veian en el espejo, y respondieron que sí; porque para ellos representaba la imágen de Pulquéria lo mismo que la de otra persona. Cayó, pues, en la cuenta de que el objeto que no le habia de ser visible en su vida, era su cuerpo, eran sus gracias; y, por consiguiente, que lo que ella amaba mas y con mas ahinco apetecia ver en el mundo, no era su padre, ni eran sus hermanos, ni el hombre á quien habia consagrado su primero y único amor: era ella misma.

Y si algun género de duda le hubiese quedado, el tormento indecible que principió á sentir desde el punto que se vió sin reflejo en el bruñido disco de oro, le hubiera hecho comprender que una hermosura célebre, adorada por todos, naturalmente, sin conocerlo tal vez, y aun sin quererlo de suyo, habia de venir por último á idolatrar en sí propia. Ojos, boca, tez, cabellos, garganta, seno, talle, manos, apostura, voz, sonrisa, su andar, su actitud en la silla, su actitud en el carro, su actitud en el templo, todo lo habia oido encarecer mil y mil veces: queria, pues, complacerse con su sonrisa, admirar su caida de ojos, percibir el brote y crecimiento de los matices purpúreos con que teñia el rubor sus mejillas, estudiar el tocado mas propio para que luciese la rica madeja de sus cabellos, y el vestido mas conveniente para que resaltara la morbidez de su cuello y brazos, y la elegancia de su cintura; queria, en fin, conocerse y gozar de sí; habia creido llegada la hora, y hallaba que para todo tenia vista ménos para verse: ¡no podia ser el engaño mas doloroso, mas atroz el martirio! Lágrimas de amargura y sollozos de pena se tornó en seguida el momentáneo placer que le causó la inestimable adquisicion de la vista; mas ¡oh portento! con la angustia y el llanto (que todos los que lo vieron lo creyeron de júbilo) parecia mas bella que ántes, cuando solo res-

piraba alegría: díjole Favencio que estaba mas hermosa llorando, y este elogio fué para ella una lanzada. Por librarse de la serie larguísima de padecimientos que veia se le preparaban, hubiera querido entónces que desfigurara su rostro una fealdad espantosa... con tal que, visible para ella, no lo fuese para otro alguno.

Desde aquel dia, que tan venturoso habia de haber sido para la hermosa Pulquéria, la risa huyó de sus labios, y de su corazon el contento; pero su seriedad, bien que triste, era bella: todos eran á decírselo, y ella á rogar en vano que enmudecieran en su alabanza. ¡Cuánto no hubo de padecer con los encomios de los poetas que cantaron sus bodas con el amante Príncipe, ya en la lengua de Píndaro, ya én los metros de Horacio! ¡Cuánto no envidió la suerte de los mendigos é imposibilitados, entre quienes solia repartir caritativa sus tesoros! Ellos la veian, y para ella ni aun era visible la dadivosa mano que les alargaba. Dió á luz un hijo, una hija, dos... «Quizá vea mi retrato en esta criatura,» exclamaba al sentir fecundado su seno. Vana esperanza! Todos se parecian á Favencio. Desesperada, frenética, se arrancó muchas veces sus ricas galas, desgreñó su cabello, y se vistió con un traje tosco de penitente... nunca mas seductora que en aquel desaliño. Retirada en el palacio para evitar los aplausos del vulgo, llegó á mandar á su servidumbre y familia, y al mismo Favencio, que para no alabarla no la mirasen: fué obedecida; pero ¿cómo sujetar los ojos ni la lengua de sus hijos pequeñuelos? Y aquellos inocentes, admirando en la faz de Pulquéria unos rasgos que la diferenciaban de cuantas mujeres veian, no podian ménos de prorumpir en el lenguaje cándido y fogoso de la infancia: «¡Madre, querida madre, tú eres la mas hermosa de las mujeres! — Sí, respondia ella para sí suspirando: soy la mas hermosa del mundo, y es tal mi desdicha, que no puedo ver lo que soy.» Para desahogarse de alguna manera, escribió una vez una carta á su esposo, refiriendo la aparicion de Flaccila y la dura ley á que sus ojos estaban sujetos; mas en el momento de acabar el escrito, se le desapareció de entre las manos.

Muchos años fué Pulquéria infeliz, como víctima rebelde de una vanidad no satisfecha, hasta que hubo de acordarse de la corona y la palma que le ofreció su madre cuando le anunció que veria. Consideró que si no llevaba con paciencia la privacion de verse durante su vida, no solo no ganaria la palma del martirio, sino que ni aun tendria el consuelo de conocerse cuando muriera; y por saciar su curiosidad, á lo ménos á la hora de la muerte, se determinó á sufrir con resignacion aquel martirio de su deseo, miéntras el Señor la mantuviese en el mundo. El excesivo amor de sí misma la

habia apartado de la virtud, y por consecuencia de la felicidad; y aquel amor, ya bien dirigido, la conducia por fin á la virtud y á la dicha: prueba de que las pasiones humanas únicamente son malas ó buenas, únicamente nos dañan ó nos benefician, segun el uso que de ellas hacemos. Así Pulquéria, gastada algun tanto su curiosidad con el tiempo, fuése poco á poco avezando á oir sus elogios, primero sin ira, despues con tolerancia, mas adelante con sufrimiento, y al cabo con humildad reverente. Siempre experimentaba una sensacion dolorosa al oir una razon ó percibir una mirada laudatoria ó admirativa; pero un instante despues obraba en ella el conocimiento y decia: «Cuando muera me veré: sometámonos entre tanto á lo que el Señor ha dispuesto.» No se escondia ya de las gentes para excusarse de oir felicitaciones y cumplidos; no se vestia mal para quitar lucimientos á su belleza; salia con frecuencia en público, prendida y adornada como correspondia á la hija y hermana de los Césares, buscando ocasiones para triunfar de sí misma. Ocurríasele varias veces que su belleza naturalmente debia decaer con los años, y cesar la mortificacion que le ocasionaba; equivocóse hasta en esto: Pulquéria estaba condenada á ser bella en todas las edades de la vida. A los quince años, florecia con la delicada hermosura de la doncella; de treinta, descollaba con la sazonada y perfecta beldad de la esposa; de cuarenta, ostentaba la gallardía augusta de las madres, que son las reinas del género humano. Iba á cumplir cincuenta años, cargada de hijas y nietos; y su hermosura indestructible, bien que era otra, no por eso era ménos. Ya Teodosio habia muerto. En aquel medio siglo todo habia envejecido al rededor de Pulquéria; Pulquéria no: Pulquéria tenia la beldad por castigo.

Dispuso Favencio que para celebrar el quincuagésimo aniversario del natal feliz de su esposa, viniesen de mañana al palacio imperial todos sus hijos, nueras y yernos, trayendo cada pareja su familia consigo. Sentada en el cuarto de vestir, cuyas paredes cubrian, entre fajas de mármol, trozos enormes de pulida obsidiana que servian de espejos, dejábase engalanar por sus damas Pulquéria, no léjos del luciente muro que reflejaba para ella sus vestidos y no sus carnes, cuando la ilustre turba invadió la estancia, precipitándose á los piés de la abuela hérmosísima. Echada la bendicion á todos, desahogado el cariño recíproco en abrazos y en ósculos, hijas, nueras y nietas se disputaron á porfía el honor de ataviar á la augusta princesa española. Quién le servia el calzado, quién le rodeaba el ceñidor, quién le ponia el collar, quién le echaba á los hombros el manto, quién le adornaba los cabellos con la diadema. Era aquel uno de esos momentos de felicidad suprema, que solo una vez suelen ocurrir en la vida del

hombre; Pulquéria, no obstante, habia disfrutado otro igual cuando sus ojos cobraron la vista. «Mírate á la pared, señora, le dijo con tierna efusion la mayor y mas hermosa de sus nietas; mírate y verás cómo todavía nos vences á todas en hermosura.» Miró Pulquéria por complacer á la nieta, que era su favorita, aunque estaba muy ajena de verse; y por primera vez de su vida percibió en la negra obsidiana una imágen que debia ser suya. Vió primero una niña de pocos dias, que, sin embargo, era ya hermosa; las facciones de la niña fueron sucesivamente cambiándose y tomando la belleza de una criatura bella de un año, de dos y de mas; y así fueron apareciendo en la lisa piedra especular cincuenta aspectos ó retratos diferentes de un mismo rostro, todos igualmente bellos: de manera que en muy breves instantes conoció Pulquéria todo lo que habia sido, todos los grados de belleza que habia contado desde que nació hasta aquel mismo dia. «Con que yo he sido esta?» dijo con un acento de indefinible expresion, que confundió á su familia, la cual no veia en el espejo mas que la imágen de la abuela, tal como naturalmente debia entónces representarla. «¿Con que esta soy yo?» volvió á decir mucho mas conmovida, y ya balbuciente. Y respondiendo á sus palabras una voz del cielo, aquella voz que la hablara en sueños treinta y cinco años ántes, la voz de Flaccila, clara y blandamente le dijo: «Esa fuiste, hija mia; pero mira lo que vas á ser ahora.» Súbito desaparecieron en el mural espejo los atavíos mundanales de la Princesa; cubrió allí su cuerpo una maravillosa túnica, hecha de luz blanca; desprendiéronse sus cabellos de los nudos y adornos que los mantenian sujetos, y derramáronsele vagarosos por las espaldas; tomó su rostro un sello de belleza inefable, distinta de lo que se llama belleza en la tierra, porque era la que embellece á los moradores del empíreo; en su diestra apareció la palma del triunfo, en su cabeza la corona de estrellas, refulgente símbolo de imperecedera ventura; dos alas candidísimas, doradas á trechos, le salieron de los hombros; y así, representada en la figura de un ángel, que desde nuestro mezquino globo se tornaba al gremio de sus hermanos, clavada la vista en las alturas de la Jerusalen celeste, vió Pulquéria en el negro espejo, despues de las gracias de su ser físico, la imágen de su alma. Una sonrisa dulce asomó á sus labios, cerró los ojos, estrechó la mano á Favencio, dejó suavemente caer la cabeza en el seno de su nieta querida, y su espíritu, en brazos de la bienaventurada Flaccila, se remontó á las regiones de la dicha sin fin. La obsidiana del muro, que ya no habia de ser profanada con otra imágen, perdió su lucidez, convirtiéndose en otra piedra, blanca y sin pulimento, brotando al par en su superficie las letras de

aquella carta que escribió Pulquéria para revelar el secreto de sus pesadumbres, la cual se le huyó de las manos en cuanto acabó de trazarla. El dolor que Favencio y sus hijos experimentaron al perder á Pulquéria, se mitigó al entender por aquel escrito que la siempre hermosa princesa infaliblemente ocupaba una silla en el coro gloriosísimo de los mártires.

Una señora madrileña del siglo pasado, que tenia la rara costumbre de leer este cuento á sus hijas cuando se ponian al tocador para vestirse de baile, añadia de su cosecha siempre, al terminar la lectura, estas breves palabras: «En efecto, queridas, el mayor suplicio para la mujer es el que atormenta su vanidad, así como el castigo mayor para el hombre es aquel en que se le abate el orgullo.»[1]

[1] La heroina de *La hermosura por castigo* se llama *Pulquéria*, y es hija del emperador español Teodosio. Ya supondrá el lector instruido que habiendo fallecido (segun nuestra relacion) aquella señora al cumplir cincuenta años, ha de ser diferente de la otra hija de Teodosio, llamada Pulquéria, que murió niña, en vida del padre, y cuya oracion fúnebre pronunció san Gregorio Niseno. De nuestra hermosa Princesa, mártir de su hermosura, no dice palabra la historia.

PALOS DE MOGUÉR.

CUENTO INMORAL.

En la costa de Andalucía, ya cerca de la raya de Portugal, hay una villa no de gran poblacion, pero bellísimamente situada, que disfruta de cierta celebridad, bien que no de toda la que merece: la villa de Palos de Moguér, ó lisa y llanamente de Palos. De allí salieron las tres carabelas con que se arrojó Colon á cruzar desconocidos mares en demanda de un nuevo mundo, y esto es lo que principalmente da fama al pueblo con cuyo nombre va encabezada esta breve anécdota; pero allí tambien han ocurrido lances dignos de memoria eterna; y, sin embargo, tal ha sido la incuria de nuestros historiadores, que ninguno los ha consignado en sus escritos, abandonándolos á la tradicion, que todo lo confunde y lo vicia, dando motivo despues á que los críticos suspicaces y osados nieguen hechos tan auténticos y positivos como la aventura de don Rodrigo en la caverna ó torre célebre de Toledo, y las portentosas hazañas de los doce Pares.

Palos fué antiguamente una ciudad populosa, cuyos habitantes, muy inclinados á la emigracion, fundaron diferentes pueblos dentro de España y fuera; y de Palos traen su orígen muchísimas familias, célebres ya en los primitivos tiempos de Grecia. En Palos, ántes que en parte alguna, se rindió culto á las diosas Pálas y Páles; de Palos fueron oriundos los Palantes y Palamedes; hijos de Palos fueron los fundadores de Palencia y Palermo, los Palomeques, Palomos, Palomares, Palomeros y Palominos; y una limpia ó expulsion hecha en Palos en la época de su mayor brillo y cultura, llenó de paletos las aldeas de España. En Palos se inventaron los palotes y la paleografía, las palanganas y el baile paloteado, los palanquines, las palatinas y los paletoques, especie de sayos que, abiertos por delante y añadiéndoles mangas, se han

convertido en los paletoes modernos. Entre los paloteros nació ese género de conversacion que aun conserva el nombre de palique, y de los lances que vamos á referir provino la expresion vulgar de «cantar la palinodia». En qué siglo ocurrieron estos, parece imposible determinarlo; pero consta por la tradicion que en aquella época los paisanos usaban blusas y sombreros redondos, y la tropa de caballería gorras de pelo. Esas modas, los faroles de las calles y otros inventos de ayer no son sino repeticiones de lo que ya se ha usado y abandonado repetidas veces. En el mundo no hay nada nuevo, y para mí no tiene duda que en la edad antediluviana habia ya caminos de hierro, bolsa, fósforos, sistema representativo, sistema de curar con agua, iluminacion de gas, libertad de imprenta y baile de polka, y todos los sistemas, bailes y libertades posibles; porque si los hombres no lo hubiesen ya inventado todo, y no hubiesen abusado de todo, no se hubiera visto el Señor en la precision de acabar con todos.

En época á que nos referimos, componian los paloteros la mejor gente del mundo: ellos eran hombres de bien, y ellas mujeres de vergüenza. Distinguíanse notablemente por la felicidad que reinaba entre los casados: las mujeres eran unas santas, y los maridos unos benditos. Solo se echaba en cara á aquellos ciudadanos el defecto de ser algo testarudos; pero tal defecto no habia producido aun dolorosas consecuencias. (Entre praréntesis, hasta entónces Palos era una ciudad anónima; el nombre de Palos vino despues, como verán los lectores.)

Era sacristan de la iglesia mayor un mozo recien casado, á quien por su índole, mansa como la de un cordero, llamaban *Agnus Dei*; su esposa, célebre tambien por su dulzura, tenia el nombre de *Paloma*. Amaneció un domingo, fatal para este matrimonio y aun para todos sus vecinos: Agnus Dei al ponerse camisa limpia para ir á la iglesia, se halló manchada la pechera, cosa que le desazonó bastante contra su cara esposa; Paloma fué á buscar su abanico, y lo halló roto y estrujado todo en una silla en que se habia sentado Agnus Dei sin repararlo. Hubo un rifirrafe pasajero entre los dos consortes; pero la bondad y el amor de ambos contuvo la explosion por lo pronto. Al almuerzo ocurrió otro incidente que alteró tambien algun tanto la paz doméstica: parecióle á Agnus Dei que estaba soso el pisto; fué á coger de un vasar el salero, y derribó involuntariamente un cacharro, que Paloma estimaba mucho, y se hizo añicos en el suelo. «¡Cuidado, marido, exclamó acaloradamente Paloma, que estás hoy para destrozar! Por qué no miras lo que haces? — Mas valiera que lo miraras tú: ¡vaya un planchado! vaya un almuerzo! — La mancha y el almuerzo remedio tienen; pero el abanico

y el vaso solamente se remedian con otros. — De mi bolsillo sale. — No te debian nada esas prendas, que eran regalos de mi padrino. — El padrino y la ahijada me van hartando ya de modo...» La bondad ingénita de los dos esposos triunfó tambien aquí, y la tempestad que amenazaba, se deshizo: diéronse sus satisfacciones, restablecióse la paz, y se ayudaron cariñosamente á vestir el uno al otro para salir á la calle. Mas ¿por qué tanto, al tiempo ya de marcharse, no echó de ver Paloma que Agnus Dei llevaba un pelo en la ropa? «Aguarda, le dijo muy oficiosa, voy á quitarte un pelo que llevas. — Por cierto, replicó Agnus Dei mirándolo, que debe ser tuyo, porque es de mujer. — Yo digo que debe ser tuyo, porque es de hombre. — Yo no llevo el pelo tan largo. — Ni yo tan corto. — Pero si es del color de tu pelo. — Es mas rubio el mio. — El mio es mas castaño. — ¡Que has de negar lo que uno está viendo! — ¡Que has de querer hacerle ciego á uno! — ¿Sabes que estás insufrible, Agnus Dei? — ¿Sabes tú que *Agnus Dei* está por coger un *qui tollis peccata mundi*, y hacerte cantar el *miserere nobis?* — Tú á mí, infame! — Cómo se entiende!...»

Pobre Paloma! Era hija de un dómine: el marido la puso de blanda como la chupa del suegro.

Un rato despues iba la infeliz, llorosa y desmelenada, á contar sus cuitas á su madrina, esposa de un ministro... de justicia, álias alguacil.

La alguacilesa toma la defensa de su ahijada, apaleada por un pelo; el alguacil defiende al marido; enciéndense los ánimos, agítase en los aires la vara, y la señora ministra sin excelencia recibe una tunda, que no hay mas que pedir.

Madrina y ahijada acuden á casa del escribano para entablar una querella; la escribana se pronuncia en pro, el escribano se declara en contra, y la señora escribana sufre una soberbia paliza.

Las tres apaleadas se dirigen á la alcaldía constitucional. Resultado próximo, proteccion y apoyo de parte de su señoría la alcaldesa; resultado subsiguiente, riña entre alcaldesa y alcalde; resultado final, otra individua apaleada.

Lo mismo sucedió con la barbera, la boticaria, y aun con tres ó cuatro amas de solteros, prohombres de Palos. Dado el ejemplo por las notabilidades, el vulgo no quiso ser ménos: zapateras y sastras, taberneras y aguadoras, todas abrazaron la causa de la sacristana, y sellaron su fe, si no con la sangre de sus venas, con los cardenales de sus costillas. Era un dolor el espectáculo que presentaba aquella noche la ciudad, ó por mejor decir, eran muchísimos dolores: de cabeza, de brazos, de espaldas, y de ahí abajo.

Pero la bondad y dulzura de aquellas gentes rayaba en

tal grado, que á los pocos dias todo se habia dado al olvido, y se pasó un año sin que hubiese en el pueblo un sí ni un no.

El dia del triste aniversario de la general paliza se estaban desayunando la angélica Paloma y el amabilísimo Agnus Dei, tan léjos de pensar en quimeras como el diablo de hacerse bueno. En un instante de silencio escapósele indeliberadamente una sonrisa á la jóven sacristana, y preguntóle su marido por qué se sonreia. «Por nada, respondió ella. — Por algo será, replicó él. — Es una tontería. — Díla, y nos reiremos los dos. — ¿Te acuerdas de lo que pasó hace hoy un año? — Ah caramba! es verdad: tal dia como hoy fué la de márras. Cómo traté á mi pobrecita Paloma! Y todo ¿por qué? — Por un pelo. — Por un triste pelo de mujer. — No, por un pelo de hombre. — De mujer: no volvamos á las andadas. — ¿Si querrás tener razon todavía? — ¿Si querrás decirme que no la tuve? — Pues ya se ve que sí. — Es mentira. — Mujer! — Marido!»

Y pasando naturalísimamente del pelo al palo, la malaventurada Paloma fué tratada por su marido como él trataba á los santos para quitarles el polvo, es decir, como si diese sobre madera.

Y fué á quejarse á la alguacila, y el alguacil repitió la escena del año anterior, y lo mismo sucedió por sus pasos contados con la escribana y con la alcaldesa y con todo el pueblo: vareo general para todas las casadas, y para muchas viudas y solteras en espectativa de boda.

La noticia de tan singular acontecimiento hizo creer á los habitantes de los pueblos convecinos que los ciudadanos anónimos se volvian locos en un dia del año, por lo cual trataron de poner remedio á tan grave mal. Las Autoridades de la ciudad de Moguér se encargaron de la intervencion armada; y al segundo aniversario, al tiempo que á consecuencia de recordar el fatal dia de márras, andaba el palo por alto en todas las casas de la ciudad sin nombre, hételе que penetra en ella un destacamento de caballería, y empieza á poner paz en los matrimonios á golpes de espada sacudidos de plano. Los maridos, viéndose atacar en el ejercicio de sus derechos, se arman para defenderse; las mujeres, que ven que los extraños se introducen á poner órden en asuntos caseros, hacen causa con los esposos para hostilizar á los advenedizos. La suerte de los moguereses fué la que siempre suele caber al que media en riñas de casados: la rabia que se han excitado recíprocamente, se desfoga en el mediador. Acometidos los forasteros por todas partes, hubieron de ceder al furor y al número de los adversarios; los amabilísimos y benignísimos compatriotas de Agnus Dei no dejaron hueso sano á los de Moguér: lo mejor y mas recio de aquel dia de paliza fué para ellos.

Dicen los etimologistas que desde entónces se dió á la ciudad anónima el nombre de *Palos*, y que se añadió luego *de Moguér*, por los que llevaron los que vinieron de esta última poblacion á pacificar á los apaleadores. Otros afirman que el nombre verdadero de la ciudad fué *Palos de mujer*, porque en su orígen los palos consabidos fueron destinados al bello sexo; otros, por último, sostienen que la ciudad fué llamada *Pelo de mujer*, porque la riña principió por un pelo. El lector puede decidir la cuestion como quiera, sin reparar en pelillos.

Los aniversarios de esta clase duraron en Palos hasta que un sabio de no sé qué país persuadió á las paloteras que el agua de Rio Tinto, cogida en cierto paraje, dia y momento, tenia la prodigiosa virtud de librar de todo mal tratamiento á las mujeres, miéntras la conservaran en la boca. Hicieron la prueba, y (como es de creer) les salió perfectamente: no hablaban por no arrojar la bocanada, y como no habia disputa, no habia paliza.

Hoy dia, que en España reñimos á cada paso por todo, seria muy útil ensayar este método: en ciertas reuniones, sobre todo, convendria mucho que un gran número de personas, en vez de echar bocanadas, tuvieran continuamente la boca llena con una del líquido que fuese mas de su gusto. Las palenses de hoy, muy otras que las paloteras antiguas, pudieran enseñarnos á callar á tiempo y hablar con juicio: distínguense en efecto, por estas dos rarísimas prendas.

LA REINA SIN NOMBRE.[1]

CRONICA VISIGOTICA DEL SIGLO VII.

CAPITULO I.

La ley que hasta aquí rigió
Dice: «Quien godo nació,
Con goda, segun su clase,
Con vándala ó sueva case;
Mas con española no.»

(La ley de raza, *acto* 1.)

En el año 686 de la era española, 648 contando desde el nacimiento de Cristo, y el séptimo desde que, por abdicacion del malogrado mancebo Tulga, reinaba el octogenario Flavio Quindasvinto en España, fueron llamados á Toledo, ya con una ya con otra razon plausible, casi todos los duques y condes gobernadores de las provincias. Uno fué el Duque Froya, varon de excelsa cuna y esforzado caudillo, que gobernaba parte de la provincia tarraconense.

Celebró el anciano y sagaz monarca muchas y secretas conferencias con los duques y condes, reuniendo unas veces á varios en su pretorio, y avistándose otras veces solo con uno: el último de todos fué el Duque Froya.

En una espaciosa y rica estancia del pretorio, con vistas al Tajo, se encerraron una tarde el soberano y el súbdito. Flavio guardó silencio por un breve rato y paseó lentamente

[1] Las breves notas, que van al pié de las páginas, son del presbítero D Julian Antonio Martinez, de quien se hace mencion al fin de la leyenda.

la sala, como quien se disponia para discurrir sobre un importante negocio; el gobernador se cruzó de brazos y siguió con la vista los movimientos del Rey, sin manifestar sorpresa ni ansiedad en el rostro, como quien sabia de qué iba á tratarse. Dirigióle una mirada el Rey, conoció que los preámbulos eran inútiles, y tomando de una mesa un rollo de pergamino, diósele á Froya, diciéndole sencillamente: «Lee esa carta y díme tu voto.»

Desarrollóla el Duque y leyó en alta voz: «Al gloriosísimo señor nuestro, el Rey Flavio Quindasvinto, su mínimo siervo el Obispo de Zaragoza Braulio, juntamente con los presbíteros, diáconos y fieles que Dios le encomienda, esto hace presente.

«Aquel en cuya mano posan los corazones de los Reyes, aquel ademas lo gobierna todo, segun nuestra ley nos enseña. Siendo esto así, acaso el pensamiento que tratamos de sugeriros, será tambien una de las inspiraciones del cielo. Oid, pues, de buen talante, benigno Príncipe, las súplicas que vuestros subordinados, con leal intencion os dirigen solícitos; porque departiendo repetidas veces unos con otros, movidos por la esperanza y ahinco natural con que apetece cada hombre la tranquilidad de su vida, excusando peligrosos accidentes; recordámos las pasadas revueltas, y parámos la atencion en los grandes riesgos y conflictos, en las muchas tropelías hechas á mano armada que habíamos padecido. Y reflexionando maduramente, y viendo que suscitado vos por la bondad celeste nos habiais librado de tamañas calamidades; apreciando en lo justo vuestras fatigas en el tiempo que habeis imperado; atendiendo al porvenir de la patria; dudosos entre la esperanza y el recelo, pero vencidos al cabo por la confianza, hemos resuelto pediros lo que consideramos como lo mas hacedero y conveniente hoy á vuestra quietud y á nuestras circunstancias: á saber, que durante vuestra vida y buena salud os deis por compañero, y á nosotros por Rey y señor, á Recesvinto, hijo y súbdito vuestro que se halla en la edad mas propia para sobrellevar las incomodidades de la guerra, ser nuestra defensa y vuestro descanso, acallar los clamores y destruir las asechanzas de los públicos enemigos, y asegurar á los vasallos leales una existencia libre de todo género de inquietudes.»

Mas contenia la carta [1]; pero el Soberano interrumpió aquí la lectura diciendo á Froya:

«Eso me propone el prelado mas ilustre del reino por su santidad y su ciencia; los demas obispos siguen ó seguirán su dictámen; á él se inclina tambien gran parte de los gober-

[1] Puede verse íntegra en el tomo XXX de la *España Sagrada*.

nadores y próceres: díme tú sin rebozo qué te parece el proyecto.

— Mal, respondió secamente Froya.

— Sin embargo, siendo electiva la monarquía gótica, lo mismo puede ser nombrado rey el hijo del que reina, que cualquiera otro varon de linaje ilustre. No son ya nuevas entre nosotros las sucesiones de padre á hijo. Al gran Leovigildo sucedió su hijo, el católico Recaredo.

— Pero se urdió contra él una conjuracion, de que se salvó por milagro.

— Muerto Recaredo, fué elegido en su lugar su primogénito Liuva.

— A los dos años le mató Viterico.

— Recaredo el segundo fué tambien exaltado al trono que desocupó Sisebuto su padre.

— Recaredo el segundo falleció á los tres meses de su coronacion. A Suintila, que se empeñó en que habia de reinar con él y despues que él Recimiro su hijo, le depusimos y arrojámos de España; y al mísero Tulga, sucesor de su padre Chintila, bien sabes la suerte que le ha cabido. Le obligámos á renunciar, á encerrarse en un monasterio... y á morirse.

— No se dejaria destronar tan fácilmente mi hijo. Tulga era una criatura endeble, y Recesvinto es muy hombre: no temo por él. Pero todavía no me has dicho si tu oposicion á mi proyecto nace de que te desagrada la persona ó el principio. ¿Te parece mal que el hijo suceda al padre, ó te desagrada Recesvinto para rey?

— Creo que no gobernará bien Recesvinto.

— ¿Por qué?

— Yo no acuso á nadie, sino cara á cara: si quieres saber lo que pienso de tu hijo, mándale venir.

— Al momento.»

Llegóse el Rey á una puerta con mas prontitud que era de esperar de un octogenario, y con recia voz, que retumbó por las altas bóvedas, llamó á los esclavos para que avisaran al Príncipe. Un instante despues se presentó en la sala el regio candidato. Entrado ya en la edad varonil, conservaba aun la lozanía de la juventud mas floreciente: su rostro, ménos regular y majestuoso que el de su padre, tenia cierta expresion de noble dulzura que cautivaba; su estatura era alta, sus ademanes naturalmente medidos, la robustez del cuerpo mediana. Al lado del atlético Froya y del venerable Quindasvinto, su hijo lucia poco; y á pesar de esto, naturalmente se inclinaba uno á él: inspiraba el Gobernador repugnancia, el Monarca susto, el Príncipe amor.

Froya va á acusarte (prorumpió el anciano, clavando su

mirada de lince en su hijo y sentándose briosamente en una silla): oye y responde.

«Diga Froya, pues, respondió pacíficamente Recesvinto, colocándose en frente del acusador.

— Díme primero tú, replicó el Duque, poniéndose á la derecha del Rey, lo que te propones hacer si empuñas el cetro.

— En el momento que yo reine, los privilegios injustos de nuestra raza dejarán de existir. Los godos, nuestros antecesores, conquistaron á España, se apropiaron dos terceras partes del territorio, y dejaron una sola para los naturales; apartáronlos de los cargos militares, eclesiásticos y civiles, y les cerraron para siempre la puerta á los honores, prohibiendo con rigorosas penas que pudiera casarse goda con español ni española con godo. Este afan de mantener aislados al pueblo vencedor y al vencido pudo ser justo en su orígen y quizá indispensable, porque existia entre ambos entónces el muro de separacion mas fuerte, la diferencia de la fe: los godos eran arrianos, y los españoles católicos. Pero desde que Recaredo entronizó el catolicismo en todo su reino; desde que la raza señora se hizo, por el vínculo de la religion, hermana de la raza sometida, ¿qué razon hay para que siga el apartamiento entre los que por todas las consideraciones de sana política están llamados á unirse? Yo creo que en el estado en que hoy se hallan las provincias de España, no será buen rey aquel que no se proponga cimentar la futura grandeza y prosperidal de la península, levantando del suelo á la raza española, devolviéndole su libertad ingénita y formando de dos pueblos uno. La primera ley que dictaré si reino, será la que permita los enlaces entre las dos naciones.

— ¡Cómo! exclamó el Rey, acaso con mas admiracion que disgusto.

— Ya lo oyes, repuso Froya: tu hijo no quiere que haya distincion de clases en España; no quiere que gocemos nosotros la herencia que ganó el valor de nuestros mayores, y el nuestro nos ha conservado; quiere que nuestra noble sangre, hasta ahora pura, se contamine y pierda su brio, revolviéndose con la sangre bastarda de los españoles, mezcla vil de la ibérica, céltica, fenicia, griega, cartaginesa y romana; con la sangre de esos hombres turbulentos y cobardes, incapaces de una idea de union, de un pensamiento fijo, y que por no saber tolerarse á sí propios, están destinados á arrastrar las cadenas de todos los conquistadores que se las traigan. Yo soy godo, y quiero que lo sean mis hijos y mis nietos, porque sé lo que vale mi noble raza, que puso el pié sobre la cerviz de la altiva Roma; yo quiero que los españoles sean esclavos, porque solo sirven para eso, porque no han sabido

nunca ser libres: tú, que pretendes confundir lo que por el comun provecho debe estar separado, nunca tendrás mi voto para ceñir la corona de Quindasvinto.

— Doscientos años, contestó pausadamente el Príncipe, necesitó Roma para terminar la conquista de España: ¿le parece á Froya cobarde una nacion, capaz de tan porfiada resistencia? Nuestros abuelos eran arrianos, y nosotros ya profesamos el culto católico, ¿le parece á Froya que no es capaz de un pensamiento fijo el pueblo que, aun permaneciendo en la servidumbre, consigue imponer su religion al pueblo que le manda? Si los españoles valian poco al tiempo que nuestros antepasados invadieron su tierra, culpa fué de los corrompidos señores que tenian; culpa fué de los romanos, indignos ya de llevar tan ínclito nombre. Si ahora los españoles no valen mas, créeme, Froya, es porque nosotros no les permitimos ser nada. Aun así, los ingenios superiores que entre ellos se crian, se refugian instintivamente en torno de las aras: desde allí su sabiduría y sus virtudes los elevan á las cátedras episcopales, y de estas nos vemos precisados á traerlos al consejo del príncipe. Los españoles se nos entran en palacio por la puerta del templo: franqueémosles tambien las del valor y de la virtud. ¡Si tú, Froya, hubieses penetrado, como yo, en el hogar doméstico de los españoles; si hubieras visto, como yo, cuán elevadas prendas atesoran muchos individuos de la raza que tú calumnias!...

— Tú te figuras en cada español ver una copia de tu Floriana.»

Violenta impresion produjo aquel nombre en el semblante del Soberano y del pretendiente á la soberanía.

«¿Quién es esa mujer?» preguntó el Rey balbuciente de ira, y con los ojos hechos centellas. «Quién es esa mujer?» repitió levantándose, viendo que su hijo, inmóvil y confuso, no acertaba á contestarle. Froya, erguida la cabeza en ademan de triunfo, contemplaba alternativamente al padre y al hijo, pronto á descubrir del todo el misterio que habian dejado traslucir aquellas maliciosas palabras. Recesvinto dijo, por fin, despues de unos momentos de agitacion y de duda:

«Floriana es una huérfana, de linaje español... que, Dios mediante, será mi esposa.

— ¿Una española? ¡El hijo del Monarca dando el ejemplo de desobediencia á las leyes!

— Cuando Recesvinto conoció á esa jóven, repuso Froya, todavía no eras tú nuestro Rey.

— De todas maneras...

— De todas maneras, el amor de Recesvinto á la que, segun dice, será su esposa es la causa única, es el solo móvil que le induce á desear una revolucion que trastorne el Estado.

Por eso, y por que no quiero que la monarquía gótica, que fué y debe ser electiva, degenere en hereditaria, me opongo á la eleccion de tu hijo. No cuentes con mi voto, aunque presumo que por desgracia no te será muy necesario.»

El altanero duque hizo al Rey un acatamiento casi imperceptible y se retiró. El Príncipe y el Rey quedaron por un buen espacio de tiempo sin saber qué decirse.

CAPITULO II.

Ay! en aquel paraíso
Donde fe pura y ardiente
Juró mi labio sumiso,
Resbalando por el piso
Nos sorprendió la serpiente.

(ALFONSO EL CASTO, *acto* 2.)

Como unos siete años ántes, en el tiempo en que se hizo el primer movimiento de rebelion contra Tulga, los capitanes fieles al jóven Monarca persiguieron tan hábil y constantemente á los amotinados, que por entónces les fué forzoso separarse y renunciar á la empresa, miéntras no se presentara mejor coyuntura. Hallábase á la sazon Recesvinto, de órden de su padre, en los confines de la Celtiberia, y habiendo desde allí pasado á vista de Opta disfrazado y solo, sin entrar en la poblacion, receloso de ser conocido, tomó una senda que guiaba hácia unos valles, situados como á dos leguas de la ciudad, y al oriente de ella, donde creyó que podria permanecer oculto hasta que recibiese de Quindasvinto encargo para moverse: la espesura y soledad de aquellos valles, y lo que se contaba en particular de uno, le hacian creer que no podria ofrecerse mas acomodado asilo para un reo de Estado. Subiendo, pues, y bajando cerros por aquella quebradísima tierra, llegó por fin á uno poblado de encinas, en cuya altura cesaba toda especie de camino; desde la pendiente opuesta principiaba un profundo y estrecho valle que, haciendo recodos á cada lado, continuaba luego, ya con mas ya con ménos anchura, ofreciendo en su centro llanas y floridas praderas, cortadas á cada paso por grupos de árboles agigantados, entre los cuales serpenteaban dos arroyos de no despreciable caudal,

que se unian en medio del llano: el uno bajaba de unos cerros distantes, el otro nacia en la misma pradera, y ambos recogian los muchos manantiales, que desde las alturas iban á precipitarse en el fondo de la vega. Cerros escarpados, y á trechos vestidos de impenetrable maleza, defendian por do quier la entrada del valle, sirviéndole de inaccesible muro; y allí donde entre uno y otro quedaba abierto un angosto portillo, las peñas que habian rodado de la cumbre, las ásperas y punzantes zarzas, cuyos vástagos nunca encentados por el hierro habian adquirido una elevacion y grueso prodigiosos, y principalmente la inseguridad del suelo impedian la entrada al mas temerario viajante. Porque los diversos hilos de agua que brotaban entre los riscos de las laderas, encontrando mil obstáculos á su curso en las desigualdades del terreno, filtrábanse invisibles por él, y formaban abajo extensos tremedales ó charcos, cubiertos de bellísimo y engañoso verde: praderas nadantes, donde se sepultaba el incauto que ponia el pié en su movible superficie. Sobre ella descollaban peñas enormes anegadas por su base, y árboles corpulentos que desarraigados por el incesante curso de las aguas, habian caido en ellas, y clavando en el fangoso suelo sus ramas, se habian convertido en raíces allí, y habian producido nuevos retoños. Las dificultades que se presentaban para introducirse en aquel recinto, vedado al parecer á la planta humana; la hermosura de la porcion de vega que podia descubrirse desde uno ú otro punto, y la noticia de que en lo mas intrincado de su seno habitaban criaturas felicísimas, ajenas de cuanto pasaba en el mundo, habian dado ocasion á que todos los pueblos de la redonda tuvieran el sitio por sagrado, y lo designasen con el nombre de *Valle de Paraíso.*[1]

Delante de uno de los portillos ó gargantas del valle se encontró Recesvinto, y acosado por un irresistible deseo, resolvió penetrar adentro á toda costa. Apeóse del caballo, que estaba enseñado á seguirle, rodeóle las riendas al cuello, y sirviéndose de la lanza, comenzó á sondear el terreno por todos lados, para descubrir por dónde podria caminar sin peligro. Saltando de roca en roca, y de ellas tal vez á un árbol caido que prestaba el servicio de puente; abriéndose paso con la espada entre los matorrales, y metiéndose sin reparo por las tierras inundadas, cuando el agua era poca y el fondo firme, llegó á un paraje donde un peñon altísimo, liso, sin grietas, cóncavo por la parte inferior y saliente por arriba en figura de labio de ánfora, cerraba absolutamente el camino: un cenegal profundo, que se extendia delante de él, le servia

[1] Mucho ha variado este sitio desde entónces acá; pero déjase conocer que mil años há seria otra cosa.

de foso. Para acercarse á aquella pared, construida por la naturaleza, no habia mas punto de apoyo que una piedra cilíndrica, de unos dos piés de grueso, á manera de columna miliaria, que se alzaba sobre la verde superficie del foso. Por uno de aquellos caprichos que no tienen mas fundamento que la intensidad con que se desea una cosa, brincó ágilmente Recesvinto, y colocóse encima del estrecho vértice de la columna, con lo cual nada adelantaba para escalar el peñasco; ántes aquella inconsiderada resolucion le puso en el mas grave peligro: la columna, cargada con el peso de un hombre, comenzó á bajar, hundiéndose lentamente en el cieno. Quiso Recesvinto volver á saltar á la orilla apoyado en la lanza; pero la lanza se le hundió tambien, y húbola de soltar para no caerse tras ella. Imposible parecia salir del atolladero sino por milagro, cuando desde lo alto del peñon inaccesible descendió suavemente una escala de cuerdas, sin que se viese de qué mano venia echada. Asió del torcido cáñamo el apurado jóven, alegre y atónito; subió ligero por las firmes traviesas, y al llegar á la cima de la enorme peña, su pasmo rayó en lo inexplicable. Detras del lomo del peñasco, labrado á pico por la parte de adentro, á semejanza de un pretil ó parapeto, de donde pendia la escala enganchada en robustas argollas de hierro, sonó un grito infantil de sorpresa, y apareció en seguida una niña hermosísima, ó mas bien un ángel tutelar, encarnado bajo la cándida figura de una muchacha de once á doce años, la cual, echada de pechos sobre el pretil, tendia cariñosamente sus tiernos brazos á Recesvinto. Maquinalmente el jóven prófugo tomó la mano de la niña para trasponer el borde de la peña; la agitacion producida por el riesgo pasado y la aparicion presente le tuvieron mudo un momento, miéntras la prodigiosa desconocida le decia con acento de inefable dulzura:

«Bien pensaba yo que era necesario facilitarte la entrada; por fin has venido.

— Díme, por Dios, quién eres, celestial criatura, prorumpió enajenado Recesvinto, mirando de hito en hito á su libertadora.

— Soy Floriana, respondió graciosamente la niña: vivo aquí con mi padre Fulgencio y con Laureano, Nebridio y Apicela, que son todos los que habitamos el valle.

— ¿Son esas las únicas personas que conoces?

— Conozco ademas al sacerdote Agivario; pero yo no he salido nunca de aquí. Mi padre y el sacerdote me han dicho muchas veces que era preciso que Dios trajera para mí un compañero. Yo me hallaba hoy en este sitio reflexionando en eso, y como reparase en la escala de que se sirve Agivario cuando se marcha, yo no sé á dónde, me dije á mí misma:

«Si mi compañero viene y no halla puesta la escala por el otro lado, no podrá subir: es necesario tenérsela preparada.» Inspiracion fué seguramente del cielo: apénas la arrojé por encima de ese peñasco, cuando sentí que trepabas por ella. Tú eres sin duda el compañero que me está destinado.

Tú sí que estabas destinada por Dios para salvarme la vida, repuso Recesvinto, estrechándola en sus brazos, como se abraza á un niño.

— Ven á que te vea mi padre, ven pronto.»

Asióle ella de una mano y él la siguió.

Despues de caminar largo trecho entre los árboles, cuya espesura era tal, que se perderia en aquel laberinto mil veces el que no llevara guia, porque la frondosidad del ramaje se condensaba por partes en términos de no permitir que llegase al suelo un rayo de luz, sino en los meses invernales, salieron á sitio mas despejado. Allí ya se echaba de ver la mano inteligente del hombre: por un lado se descubrian mieses, por otro viñedos, árboles fructíferos casi por todos. En un repecho asentaban unos cuantos vasos de colmena; una ligera columna de humo, que se elevaba por los aires, indicaba una habitacion; indicábanla tambien copiosas bandadas de palomas torcaces que por allí revoloteaban. Todas estas cosas llamaban sucesivamente la atencion de Recesvinto; pero era solo por un instante: lo que le ocupaba sin cesar los ojos y el espíritu era su encantadora guia. La estatura y formas de la niña eran precoces para su edad: un candor del todo infantil, pero reunido á una gran claridad de ingenio y una gracia exquisita, daban á su conversacion un hechizo singularísimo, irresistible. La magia nativa de su lenguaje se realzaba con la expresion celeste de la fisonomía; el fuego de sus ojos negros se templaba con la paz de su tersa frente blanquísima, con el tierno rosicler de sus mejillas virginales, con la finura indefinible de sus labios: parecia ajeno de tan pocos años el negro tan subido de su luciente y poblada cabellera; pero el delicioso conjunto de sus facciones, ménos regulares acaso que delicadas, y cuyo suave contorno era un óvalo lindísimo, restablecian la blanda armonía del todo: la hija del valle, tal como brillaba á los ojos de Recesvinto, era una niña hechicera, próxima á ser una gran beldad.

Salia de la casa el anciano Fulgencio, cuando su hija y el huésped llegaron á ella. Vió con sorpresa á un forastero en el valle; pero oyó con benignidad la relacion de su entrada. Al repetir Floriana aquella expresion «este es el compañero que Dios me envía», sonrióse apaciblemente el anciano, dió una mirada penetrante al jóven godo, y le abrió en seguida los brazos, llamándole hijo.

En aquel valle, mansion de felicidad, pasó Recesvinto dos

meses, los mas apacibles de su vida: paz habia encontrado allí, consejos prudentes, adorable inocencia, y aun libros de grato y provechoso entretenimiento. Floriana, enseñada por su padre, traia de continuo en la mano las *Geórgicas* de Virgilio, y los *Varones ilustres* de san Isidoro.

Fulgencio, español de orígen, ocultando su nacimiento, habia militado con gloria bajo las banderas de Recaredo. En una riña con un capitan godo, le hirió de muerte: súpose entónces el linaje del homicida, y condenado á servidumbre, fué ignominiosamente vendido por esclavo. Fugitivo de su señor, habíase refugiado en aquel intrincado valle, donde un lejano pariente suyo tenia una pobre y segura vivienda, poco ántes labrada. Largos años la cultivó Fulgencio con solo un sirviente; una excursion que hizo fuera del valle le facilitó ver y conocer á la bella y virtuosa Pomponia, con quien se unió al pié de las aras, y vivió feliz algun tiempo: fruto fué de su casto seno Floriana. Al cumplir el primer lustro la hija, falleció la madre.

Á los dos meses partió Recesvinto en su caballo, que habia sido recogido por un esclavo, ó mejor dicho, por un liberto de Fulgencio. En torno del bondadoso anciano español no habia esclavos, sino hijos, amigos.

Al partir el godo, lloraron el español y la española. «Tú eres sin duda, repetia Floriana, tú eres el compañero que me está destinado.

— Sí, ángel mio, exclamó Recesvinto, cediendo á un impulso desconocido, invencible; yo lo soy, yo he de serlo: no sé cuándo volveré á verte; pero yo volveré. Espérame, y no desconfíes aunque tarde.»

Partió. Tardó. Volvió.

El amor y el respeto á su padre le mandaban abandonar aquel asilo impropio de un guerrero. — Partió.

Quindasvinto fué elevado al trono de España; las grandezas y los cuidados rodearon á su hijo. — Tardó.

Pero los cuidados de su jerarquía le abrumaban, y las grandezas dejaban en su alma un vacío. — Volvió.

Floriana crecia en belleza, en ingenio, en virtud. Recesvinto repitió con frecuencia sus visitas al valle, alejándose de la Corte ya con uno, ya con otro pretexto.

Comprendió que poco á poco habia ido brotando en su corazon un afecto, que ya era una pasion vehemente; recordó la ley que le impedia recibir en su tálamo á una romana, recordó sus obligaciones de príncipe, y quiso cumplirlas. El Rey su padre le habia instado de continuo á que aceptase una esposa: Recesvinto, resuelto á vencer su flaqueza, cedió á los deseos del Rey, y entregó el anillo de los esponsales á la bella y orgullosa Teodosinda, hermana de Froya, con lo

cual quedaba obligado, segun la ley, á casarse con ella dentro de dos años á mas tardar; bien que todavía era posible excusar el matrimonio, si convenian en ello ambos contrayentes. La comparacion entre Teodosinda y Floriana fué tan ventajosa á la hija del valle, que ella sola condujo al Príncipe á pensar en lo que si no, jamas se le hubiera sériamente ocurrido: ser esposo de la humilde española. Dejó, pues, trascurrir los dos años, provocando gravemente la ira de la ilustre desposada y de su familia, y pasado aquel término se encaminó al Valle del Paraíso. No se puso ántes de acuerdo con los deudos de Teodosinda para declarar disueltos los esponsales; pero el desvío que ambas familias se manifestaban desde que se empezó á notar frialdad en el Príncipe, le autorizaba en cierto modo para omitir aquella formalidad; el Rey parecia haber renunciado al proyecto, y Froya, por altanería ó por prudencia, no habia querido pedir cuentas al Rey. El Príncipe acudió al valle, como ya dije, y trató de casar con Floriana secretamente, sin revelarle su jerarquía. Para ella, Recesvinto solo era un romano, natural de Toledo: esto es lo que habia dicho él á Fulgencio cuando por primera vez le recibió en su pobre cabaña; el nombre con que se habia disfrazado era Heliodoro. Larga enfermedad, que terminó en la muerte del padre, detuvo el convenido enlace de la hija y el Príncipe: Froya lo supo de un siervo, regalado con otros dones por él al sacerdote que asistió á Fulgencio en su última hora. Necesitó el sacerdote llevar consigo al valle el esclavo, conoció este al moribundo, y en un viaje á Toledo avisó de todo á su antiguo señor.

Muchas de estas cosas hubo de referir ó explicar Recesvinto á su padre, despues de la entrevista con Froya, que tan perniciosa fué para el Príncipe. Flavio oyó á su hijo con la imperturbabilidad ceñuda de su carácter enérgico.

«Tú me encareces, le dijo al fin, las prendas de esa romana, y aun las de todas; yo creo que no hay una de ellas que merezca ni aun ser la concubina de un godo.

— Qué blasfemia, padre! Si conocieras á Floriana... si tuvieras ocasion de conocer sus virtudes...

— Si esas virtudes se sujetaran á una prueba...

— Hazla.

— Tú me desafías.

— Sí.

— Insensato, repuso el padre en el tono del que teme que le adivinen el pensamiento, retírate á tu cuarto, y no salgas de él ni hables con nadie hasta que yo te lo permita.»

Con esto se separaron por distintos lados el padre y el hijo.

CAPITULO III.

Si dispone de su fe
Porque otra en su pecho mande,
Mi dolor será muy grande:
Mas yo lo soportaré,
Y firme se me verá,
Combatiendo con mi suerte,
Amarle en vida y en muerte,
Y aun, si puedo, mas allá.

(La ley de raza, *acto* I.)

Veinte dias despues todo era confusion en el valle: sus desembocaderos habian sido franqueados con el azadon y el hacha; huéspedes turbulentos, soldados destructores habian desterrado de aquel recinto la antigua paz; las reses espantadas se habian refugiado entre los matorrales; las palomas torcaces, que diariamente venian á recibir su alimento delante de la choza por mano de Floriana, habian huido para librarse del arco matador. Las entradas del valle estaban guardadas, y á los criados de Floriana se les habia prohibido salir de él, pena de la vida.

Floriana en tanto entraba una noche recatadamente en una humilde casa del arrabal de Toledo. Los soldados habian sido enviados al valle por el Rey, Floriana habia salido de él por disposicion del Príncipe.

Cuando ponia el pié en el umbral de la estancia que iba á ocupar, penetraba Recesvinto en ella por la puerta de en frente. Arrojáronse los tiernos amantes uno en brazos del otro, y lágrimas de casto júbilo expresaron mudamente lo que sentian en aquel primer momento. «¡Mi Heliodoro! Floriana mia!» fueron las únicas palabras que pudieron decirse.

«Ya ves que me rindo á tu gusto: me enviaste una carta pidiéndome que viniese á Toledo, y aquí me tienes; me ofreciste declararme aquí los motivos de esta resolucion, y ya los espero. Muy poderosos deben ser, porque ántes la idea de sacarme del valle, te estremecia.

— Floriana mia, ármate de valor.

— ¿Cómo ha de faltarme á tu lado?

— Tengo que hacerte una confesion penosa.

— ¿Vas á decirme que no me amas?

— Eso no seria confesion, seria mentira.

— Entónces nada me importa cuanto me digas. Habla.

— Mi padre vive, es muy poderoso, y yo pretendia casarme sin su noticia.
— Mal hecho; pero á tu edad no necesitas ya su licencia.
— La necesito, sí. El puesto de mi padre y el mio... En fin, él ha sabido nuestros amores, me ha encarcelado, y ha querido apoderarse de tu persona.
— ¿Tanto es el rigor, el poder de tu padre?
— Tanto, que difícilmente he podido enviarte un mensajero que te hiciera salir del valle, ántes que los emisarios de mi padre penetrasen en tu morada. Por eso te han conducido á Toledo por caminos extraviados; aquí estás mas segura que en otra parte, porque, de cierto, no te buscarán aquí.
— Dios mio! Dios mio! ¡Qué de peligros nos rodean! Sin embargo, bien dices: en ninguna parte estoy mejor que cerca de tí. Pero ¿por qué nos persigue tu padre? ¿Por qué le irrita tanto nuestro matrimonio?
— Tú eres española... y yo...
— Acaba...
— Perdóname, bien mio, perdona un engaño, hijo del amor. Cuando te vi la primera vez, fué una precaucion necesaria encubrirme con un nombre supuesto; cuando te ofrecí la mano, temí que, si te revelaba quién era, me rehusases la tuya.
— ¿Por qué? Pues ¿quién eres? Dímelo, dí pronto. ¿Quién eres tu? ¿Quién es tu padre?»
Abrióse de golpe la puerta por donde habia entrado el Príncipe, y apareció Flavio, con manto de púrpura y báculo de marfil, y séquito de guardias que se quedaron en la pieza vecina.
«El padre de tu engañoso amante, dijo Flavio, adelantándose majestuosamente en la sala, soy yo.
«Bien has cumplido mis órdenes! prosiguió dirigiéndose á Recesvinto: has pretendido ocultar de mis ojos á tu víctima, y has quebrantado el arresto en que te puse. Véte de aquí.
— Señor! replicó el Príncipe con una arrogancia que jamas se habia visto en él en presencia de su padre, yo necesito defender á Floriana.
— Necesitas obedecerme, repuso Flavio: obedece, pues. Véte de aquí.»
Era irresistible la fuerza de una órden en boca de Flavio: su hijo tuvo que salir de la estancia.
Solos en ella el Rey y la solitaria del valle, Floriana, con la sencillez noble de la inocencia, se llegó á Quindasvinto, le cogió blandamente una mano, y mirándole como á Fulgencio cuando se le mostraba disgustado y estaba ella segura de que iba á desvanecer su disgusto, le dijo entre acentos dulcísimos:
«¿Por qué no me quereis para hija, venerable señor?»

Quindasvinto, afable y aun tierno sin poder excusarlo, contestó á Floriana echándole la mano al hombro:

«Doncella hermosísima, porque tú eres española, tu Heliodoro es el príncipe Recesvinto, y yo soy el Rey.

— El Rey! exclamó aterrada la jóven, y cayó de rodillas al suelo, cubriéndose con las manos la cara.

— El Rey, sí, prosiguió Quindasvinto sentándose, ese Rey de España, del cual, allá en tu soledad, quizá te habrá dado tu padre perversas noticias. Te habrá dicho que es muy viejo y muy malo: que ha dado muerte á muchos, grandes y chicos; que ha reducido á la esclavitud á mujeres ilustres, á doncellas de pocos años: todo es verdad, y ha sido todo necesario para sujetar y encaminar al bien á un pueblo que se precipitaba en un abismo de corrupcion. Tú eres inocente, mi pobre Floriana, y tu Rey te tiene de rodillas: cree que no ha de ser sin motivo. ¿Sabes, malaventurada niña, que nuestras leyes vedan el casamiento entre un godo y una romana?

— Sí lo sé. Ataulfo, el primer soberano de vuestra estirpe en este país, pereció asesinado porque se casó con una romana, que era hija de un emperador y hermana de otro. El rey Téudis fué asesinado tambien, porque eligió para casarse á una dama española, que era poderosísima. Yo ¡mísera de mí! solamente soy...

— Solo eres hija de un hombre que, en virtud de judicial sentencia, fué vendido por siervo: tú, infeliz criatura, has nacido en la servidumbre.

— Yo esclava, señor! No me digais que soy esclava; no, por lo que mas ameis.

— No lo digo yo sino porque lo ha manifestado y lo prueba en justicia tu dueño, ó por mejor decir, tu ama.

— ¿Quién es mi dueño?

— Oye. Un prócer godo, difunto ya, compró á tu padre, que se le huyó; un hijo y una hija heredaron al prócer, él los esclavos, y las esclavas ella. Tu señora es la hija de aquel magnate, y se llama Teodosinda.

— Y decid: esa Teodosinda, esa mi señora, ¿qué especie de ama es?

— Teodosinda, rica y hermosa dama, hermana del poderoso Duque Froya, ha estado tratada de casar con mi hijo, y no se ha celebrado todavía el contrato, ni se ha disuelto.

— ¡Poderoso Dios! prorumpió aquí la hija del valle, dando con la frente en el suelo. ¡Amante yo de un godo, no solo soy española, sino que soy esclava; amante de un Príncipe, no solo soy esclava, sino que lo soy de la desposada con el Príncipe, de la que tal vez será su esposa, de mi rival! Dios mio! Dios mio! ¡yo en poder de quien me creerá su compe-

tidora! ¿Me matará Teodosinda, Señor? Si ya que me matase, no me humillara....

— Mas querrá servirse que privarse de tí. Pero esfuérzate, virtuosa doncella, á tener valor. Has rodado á lo mas profundo de la desgracia; mas no puedes bajar, y es posible que subas. Mucho me engañará mi experiencia de mundo, si en casa de Teodosinda, á la cual me será forzoso entregarte, no hallas quien te saque de tu estado abatido. Floriana, si en aquella casa te ofrece, á pesar de la ley, algun personaje godo la mano, créeme, ni la aceptes ni la rehuses, y avísame al punto.

— Señor, yo prometí á vuestro hijo y á Dios, yo me he prometido á mí misma no amar á otro que al que vos nombrais Recesvinto, y yo llamo Heliodoro. Heliodoro, pues, ó Recesvinto, será mi único amor. Ya no puede ser mio, quizá no querrá ya serlo, quizas ame á otra, quizá sea esposo de Teodosinda, quizá tenga yo que lavar los piés á su esposa: Recesvinto será mi primero y postrero amor. Vos le habeis mandado salir de aquí; no sé si le veré ya mas; no sé si aunque le vea me dejarán hablarle: vos, á cuyos piés estoy como esclava, y estaria aunque fuese nuera, me haréis la gracia de pedirle en mi nombre que no piense ya en mí. Se me figura que no ha de olvidarme, porque juzgo de su corazon por el mio; pero deseo yo su vida, su seguridad, su esplendor, cueste lo que cueste, y tengo obligacion de dirigirle esta súplica. No quiero que por amar á una española se le rebele el pueblo godo, le persiga y le mate. No moriria sin defensa, como estuviese yo á su lado: jamas lancé una flecha ni aun á los milanos que acechaban á las palomas de mi cabaña; mas viendo una espada contra mi Heliodoro, dos cogeria, dos manejaria yo, una en cada mano. Me contaba mi padre que los matadores del Rey Ataulfo, para degradar ignominiosamente á la Reina viuda, hija y hermana de emperadores, la condenaron á correr en público delante de un verdugo á caballo, que la perseguia con látigo en mano, diciéndole: «Corre ó te doy.» No hubiera corrido yo, hija de un esclavo; no hubiera envilecido yo, sujetándome á tan afrentosa pena, la memoria del Rey mi esposo: primero me hubiera dejado machucar y despedazar, pisoteada por el caballo. Señor, señor (concluyó la enamorada jóven, saltándosele las lágrimas en medio de aquel arranque de fortaleza), el Príncipe me ofreció su amor; no me quejo de que me ocultara su clase, porque sabiéndola yo, no le hubiera podido amar; y las dulzuras que he debido á este amor no se pagan con lo que puedo padecer en lo que me resta de vida: al fin penando mucho, viviré poco.»

El Rey, observando primero si le veian los guardias que

estaban en la pieza anterior, tendió á Floriana los brazos, penetrado de ternura insólita, y le dijo: «Ven, valerosa niña; ven, y ántes que llegue por tí tu ama, recibe este beso que Flavio Quindasvinto (el cruel, segun le apellidan) estampa llorando en tu frente, que Dios bendiga.»

Momentos despues, erguida y grave y con paso lento, llegó Teodosinda, acompañándola Froya y parte de su femenil servidumbre. Flavio Quindasvinto, ocultando su conmocion profunda, asió de la ropa á Floriana, y obligándola á dar un paso hácia Teodosinda, dijo con voz solemne: «Esclava, hé ahí tu señora.»

Teodosinda hizo una seña á las esclavas de su séquito para que rodeasen á Floriana, y les dijo: «Llevad á mi palacio á vuestra nueva compañera. Mañana se os prevendrá lo que habeis de hacer.»

Con esto se retiraron todos.

Los lances de este capítulo necesitan poca explicacion. Flavio habia descubierto que su hijo habia mandado conducir á Floriana sigilosamente á Toledo, y habia querido sorprender á los poco prevenidos amantes, para cumplir con Teodosinda y con Froya, de quien sabia lo correspondiente á la esclavitud y fuga del difunto Fulgencio. Apreciador sagaz y justo de las prendas eminentes de la española, vió con cierto placer la necesidad de colocarla cerca del mas fuerte enemigo de la estirpe romana; en cuanto al desconcepto que á Recesvinto podia traer el haber querido casar con la hija del siervo, creyó que se disiparia sin consecuencias graves.

Flavio, aunque rey electivo, habia sabido hacerse respetar mucho, y temer aun mas: tenia casi todas las cualidades de un gran monarca, y para tirano le faltaba muy poco.

CAPITULO IV.

Aquel riesgo tan temido
Sagaz artificio ha sido
Para que obediente diera
Mi cabello á la tijera,
Mis amores al olvido.

(Doña Mencia, *acto* 2.)

Cruel fué la primera noche que Floriana pasó bajo el techo de Teodosinda. De libre habia pasado en pocas horas á la condicion de sierva; rápida como un relámpago habia pasado por su mente la idea de casar con un príncipe, y en el mismo momento se habia visto privada de amante, libertad y esperanza. Momento de luz que le alumbró para ver el abismo en que la precipitaba su suerte. ¿Qué seria de ella entregada á los caprichos de una rival? ¿Qué seria de ella cuando la mirase Recesvinto? ¿Qué si no la miraba? ¿Qué seria de él? ¿Cómo aquel hombre de tanto brio habia sido capaz de abandonarla al rigor de un padre y de una competidora? Recesvinto no la habia amado nunca; y sin embargo, Floriana, á pesar de todo, no podia ménos de creer que Recesvinto la amaba siempre. Copiosas lágrimas regaron el lecho humilde de la hija del valle, igual en todo al de las esclavas que dormian encerradas con ella; pero en un alma verdaderamente virtuosa, por tierna que sea, solo breve tiempo domina sin límites el dolor. Veíase infeliz; pero se sentia inocente, consuelo el mas poderoso que existe. Veíase esclava; pero en Toledo no habia nadie que la hubiera conocido en el estado de libre. Como se habia criado en un retiro, le causaba ménos rubor el pasar de un estado próspero á un estado abatido: sentia, pues, su infelicidad; pero este dolor iba exento de los aguijones de la vergüenza, que es el suplicio mayor de los que padecen. No tenia padres ni deudos á quienes afligiese su desventura: tambien es alivio padecer solo. Así, despues de haberse abandonado largas horas al desconsuelo, vino al cabo el instante destinado á la victoria debida á su heróico valor. «Yo haré ver, dijo interiormente con una resolucion del todo española, yo haré ver en el estado de esclava que la mujer en quien puso Recesvinto los ojos, no era indigna de ascender á su lecho.» Una fervorosa oracion acabó de restablecer en su espíritu aquel género de tranquilidad que su situacion permitia: la tranquilidad de la resignacion,

que se funda en el conocimiento de sí propio, en el respeto á la voluntad del cielo, y en la confianza en su bondad infinita.

A la mañana siguiente las esclavas hicieron tomar un baño tibio á la nueva compañera, le vistieron el hábito de su clase, corto de falda y mangas, pero rico, segun convenia á la opulencia de la casa; y con el cabello tendido, la llevaron á presencia de la señora. Estaba Teodosinda sentada en un rico estrado, vestida con la mejor de sus galas, como si celebrase una fiesta, ó como si quisiera hacer alarde de su riqueza, gallardía y buen gusto á los ojos de la mujer que habia reinado en el corazon de Recesvinto. La satisfaccion del triunfo animaba su rostro, blanco sí, pero ordinariamente descolorido. Era Teodosinda alta, gruesa, rubia, de regulares facciones, de grandes ojos y proporcionada boca; era hermosa mujer y, sin embargo, le faltaba alguna cosa notable para ser bella: faltábale aquel rayo vivificante que desde lo íntimo del alma sale á los ojos, brota en el labio y vibra en el acento; faltaba en aquel rostro el sello imponente de la inteligencia, la marca gloriosa de la bondad. Y con todo, si alguna vez habia podido creerse Teodosinda perfectamente bella, era en aquel instante: el lujo de sus vestiduras y el esmero de su tocado, que otras veces le favorecian tan poco como si se hubiesen empleado en una estatua inmóvil, ahora que la alegría, el orgullo y cierta complacencia maligna daban movimiento á su faz severa, gallardía á sus ademanes y desusado tono á su habla, prestaban á su hermosura prodigioso realce: la envidia afea; pero la malicia y la fatuidad por ventura embellecen. Con tímidos pasos, como víctima conducida al altar, entró Floriana por la cámara adelante, y habiendo tenido resolucion suficiente para aventurar una mirada furtiva hácia su señora, húbole de hacer tan terrible impresion el júbilo derramado por aquella fisonomía naturalmente adusta, que sin remedio le fué forzoso bajar los ojos: habia comprendido el secreto de aquella sonrisa, y habia visto tambien en una mesa trípode, á la derecha de la señora, un collar, un látigo y unas tijeras.

«Ven, mujer, ven, dijo Teodosinda á Floriana con todo el cariño que cabe en el que tiene enteramente á su disposicion á un contrario; yo he querido honrar á la hermosura que ha sido capaz de avasallar á un príncipe: y así la propia mano de tu señora, y no la de una de tus compañeras de servidumbre, será la que te despoje de tu cabellera, y cerque tu garganta con el collar que te declare por mia. Lástima es, á fe, que esa crecida mata se haya de sujetar al hierro; lástima es que ese cuello de cisne se haya de encerrar en un aro de cobre; pero no tengo yo la culpa de que

sea esta la suerte que te ha cabido: suerte que yo procuraré hacer tolerable. Tú serás la sierva mas inmediata á mi persona; me vestirás, me harás el trenzado, estarás á mi lado siempre y dormirás al pié de mi cama.

— Gracias os doy, señora», respondió Floriana con sublime paciencia.

Las esclavas le hicieron señal de que se arrodillase y besara los piés de su ama: toda la sangre se le agolpó á las mejillas á Floriana en aquel terrible momento de prueba; vencióse, empero, se hincó de rodillas, sus largos cabellos hermosísimos ondearon por el suelo cuando inclinó la cabeza sobre el escabel en que descansaba el pié de Teodosinda, quien, desarmada con la docilidad de su sierva, le alargó compasivamente la mano: un ardiente beso y una lágrima, aun mas ardiente, comunicaron á aquella mano un temblor cobarde. Aquel ósculo y aquella lágrima, ambos tan amargos, hicieron comprender á Teodosinda cuán poderoso era el atractivo de aquella mujer, que aun sabia enternecer á una rival ofendida: irritóse consigo propia por aquel momentáneo impulso de ternura: y sus facciones, que, por primera vez acaso, habian brillado con el encanto celeste de la clemencia, cobraron su rigidez acostumbrada. Asió, pues, el látigo, y tendiéndolo sobre la espalda de Floriana, dijo con entereza cruel: «Derecho tengo sobre tí, casi de vida y muerte: mira cómo me sirves.» En seguida, soltando el afrentoso instrumento del castigo servil, cogió á la paciente jóven con la mano izquierda una porcion del cabello, y tirando suavemente de él hácia atras, la obligó á levantar el rostro, demudado en aquel punto por la angustia, y estúvole contemplando algunos momentos, preguntándose interiormente á sí misma: «Pero ¿es, en efecto, esta mujer tan hermosa? No, se contestó mudamente, y ahora lo parecerá mucho ménos;» — y dándose prisa, agarró las tijeras, dió movimiento á las cortantes cuchillas, y quedó despojada de su natural adorno la sometida y hermosa cabeza. Tomó luego el collar, ciñósele, cerró el candado, y entónces volvió á mirarla otra vez, y apareció de nuevo una sonrisa en sus labios, que traducida en palabras significaba: «Bien estás así.» El collar tenia la marca ó las iniciales de la señora.

Froya vino un momento despues. Al ver á Floriana, hizo un gesto de desagrado, como si sintiera haber llegado tarde, y mandó recoger los cabellos cortados, dando por razon que podian servir para adornar un yelmo. Teodosinda le pidió que la acompañase á la basílica. Froya, enojado, se negó con dureza. «Anda, le contestó, sola con tus esclavas; anda á lucir por las calles la nueva adquisicion que has hecho.» Teodosinda, sin hacer caso, se dispuso á salir, y mandó á

Floriana que la llevase la piel sobre que habia de arrodillarse la señora en la iglesia.

A la puerta del palacio de Froya habia una porcion de gente agolpada; pues habiendo cundido por la ciudad la nueva de los sucesos ocurridos en la noche anterior, todos querian conocer á la romana que habia osado aspirar á princesa. Su modesto porte reunió todos los afectos de cuantos la miraban en estas dos exclamaciones: «Cuán desgraciada! cuán hermosa!» Froya, asomado á un mirador, siguió con la vista la comitiva de su hermana, hasta que torció por la bocacalle primera.

Recesvinto no estaba en Toledo: su padre, la noche ántes, le habia mandado salir á sosegar á los vascones, que principiaban á alborotarse.

CAPITULO V.

> Pregunta, averigua, inventa
> Cuanto por medios humanos
> Pueda á godos y romanos
> Tenerles en algo cuenta.
> Y acude á mí; si vacilo
> En cumplirte algun empeño,
> Que me castigue ese ceño
> Que no puedo ver tranquilo.
>
> (LA MADRE DE PELAYO, *acto* 3.)

Jamas habia mostrado Teodosinda tanto empeño en parecer hermosa, como desde que tenia en su poder á Floriana: la señora competia con la sierva, y se valia del ministerio de la sierva misma para obtener la victoria.

«Nunca has tenido camarera que te vista y adorne como Floriana, le dijo un dia su hermano.

— Verdad es, le respondió Teodosinda. Yo creí que me serviria de mala gana; pero he visto que no. Nacida para la esclavitud, se ha conformado con su suerte.

— Quizá es que tiene un espíritu demasiado elevado para hacer caso de pequeñeces. Cuando tú gozas extraordinariamente, obligándola á esmerarse en tu tocado, quizá ella te compadece en sus adentros y se dice á sí misma: Satisfagamos el capricho de esta mujer envidiosa, para hacerle ver que valgo mas que ella.

— Si tal supiera!... Yo envidiosa! Pero ¿cómo es que has variado tanto de opinion respecto de los españoles, á quienes tanto menospreciabas ántes?

— Les desprecio aun lo mismo.

— ¿Y á las españolas?

— Tambien.

— ¿A todas sin excepcion?

— ¿Te figuras que me ha enamorado Floriana?

— Locamente.

— Cuidado cómo me la tratas, entónces.»

Este breve diálogo hizo que Floriana perdiese la benevolencia de su señora, que con su mansedumbre se iba granjeando.

Miéntras tanto pasaban dias y dias, y el Rey guardaba un absoluto silencio respecto del Príncipe. Teodosinda habia promovido la reconciliacion de su hermano y el Rey, con la esperanza de que el Rey haria que se verificase el matrimonio interrumpido. Callaba el Rey, y no habia cartas del Príncipe.

Froya y su hermana comenzaron á dar oidos á ciertos próceres descontentos, que atizaban en secreto la rebelion de los vascones. Decidiéronse, en fin, á hacer causa comun con ellos, vivamente irritados contra el hijo y el padre.

Flavio tuvo noticia de la coligacion la noche misma en que fué jurada. Al siguiente dia se presentó de improviso en casa de los dos hermanos. A Teodosinda le dijo que habiendo pasado ya tiempo bastante para que el Príncipe conociera su yerro, le habia escrito que se preparase para dar la mano á su antigua desposada, si esta se dignaba admitirla; á Froya le mandó restituirse á su gobierno: con esto quedó la conspiracion deshecha en un punto. Froya, separado de sus cómplices, no podia entenderse con ellos; Teodosinda, esperanzada de ser esposa del Príncipe, no habia de conspirar contra el Rey padre. Como el secreto se hallaba entre muchos, la division era segura, y la ruina del proyecto inevitable.

Froya pidió á su hermana, llamándola burlonamente *su futura Reina*, las albricias de la gran fortuna que le esperaba. Por don de partida reclamó el Duque una joya de gran valía, la posesion de la hija del valle.

Negóse Teodosinda á desposeerse de la sierva; pero el Gobernador supo vencer fácilmente su resistencia, porque solo siendo amo él de Floriana consentia en cesar de oponerse á la exaltacion de Recesvinto. Floriana pasó de manos de Teodosinda á las de Froya. El último servicio que exigió de ella su ama fué el mas cruel y repugnante de cuantos le habia prestado: Teodosinda mandó escribir á Floriana una carta para el ausente Recesvinto, en la cual, segun las instruccio-

nes del Rey, permitia Teodosinda al Príncipe aspirar de nuevo á su cariño; la turbada amanuense tuvo que trazar, entre otras, estas durísimas expresiones: «Creo que habrás olvidado completamente á mi esclava: de ella puedo asegurarte que se acuerda poco de tí.» La letra de estas líneas estaba desfigurada y temblona; por fortuna la ilustre Teodosinda no podia conocer sino los borrones. Floriana supo con sobresalto que cambiaba de poseedor; pero salió de Toledo con alegría.

Caminaban en direccion de Segóbriga el Duque y Floriana, montados ambos en poderosos corceles; venia la noche, y el Duque trataba de continuar su camino. Hallábanse en una vega regada por un manso arroyo, cuyas márgenes poblaban ánsares silvestres; iban los viajeros á entrar en una senda estrecha y muy honda, ahogada entre dos cadenas de cerros empinadísimos, cubiertos de peñascos amenazadores, interpolados con espeso ramaje, los cuales, elevándose de repente sobre el llano de la vega, se extendian considerable trecho en forma de hoz ó de media luna. La luz iba menguando, la tarde era nublada, y Froya habia observado que los habian ido siguiendo mañana y tarde unos hombres á caballo, que aparecian á lo léjos en lo llano, y desaparecian entre las fragosidades. El sitio era peligroso, y la hora mala; por eso el cauto Froya se previno ántes de penetrar en el desfiladero: mandó abrir á sus esclavos un arca, púsose una ligera armadura de aros y un casco á la romana antigua, de finísimo temple, que presentó sonriéndose á Floriana para que lo reconociese; la larga cabellera de la española, saliendo del cuerpo de un grifo, adornaba la cimera de aquella arma defensiva. Aprestado el Duque, dispuso que los dos esclavos que llevaba consigo hiciesen guia con sus caballos del diestro; detras, á cierta distancia, habian de caminar dos soldados; Floriana en el centro, y él á su lado para acudir donde hubiese peligro: todos á pié, porque lo estrecho, tortuoso y desigual de la senda hacia imposible el manejar bien una caballería. Las precauciones que el Duque tomaba hubieron de asustar un poco á Floriana, y mirando cuidadosamente á la cumbre de la mano siniestra, dió de pronto un grito, que puso en cuidado á los cinco viajantes: habíale parecido ver en lo mas alto de las peñas un hombre. Tranquilizóse Froya al momento, reparando que realmente en la cima del cerro, por aquel lado, descollaba una peña alta y estrecha, la cual de improviso y en aquella hora podia sin duda parecer una persona á los ojos de un tímido; Floriana, sin embargo, creyó que habia visto ondear una capa, infiriendo de aquí que detras del peñasco estaria el hombre. Sin mas detencion, se internaron en la hondonada: ya allí, la oscuridad era mayor,

por lo alto de los cerros y lo frondoso de los árboles de que se cubrian á trechos. Pisaba Floriana con cuidado; pero tropezaba con frecuencia en los guijarros con que estaba la senda obstruida: de modo que por la lentitud de su marcha, los soldados que habian de guardarles la espalda, los alcanzaban á cada instante, y tenian que detenerse. Froya, ajeno ya de temor, porque habian caminado sin novedad la parte acaso mas peligrosa de la angostura, mandó á los soldados que siguiesen adelante y se reunieran con los esclavos: queria coger del brazo á Floriana, y no gustaba de que nadie lo viese.

«Asete aquí, le dijo Froya con cierta aspereza fingida; si no, no saldremos de la Hoz en toda la noche.

— Yo apoyarme en tu brazo, señor! ¡Una esclava!

— La esclava cuyos cabellos ornan mi capacete, bien puede rozarse con mi persona.»

Floriana, modesta y confusa, tomó el brazo de Froya. Siguió un breve rato de silencio, durante el cual llegaron al paraje mas claro del desfiladero. A la izquierda se alzaba una pared de roca, perpendicularmente cortada; en ella, á la altura como de cinco estados, veíase un nicho natural, casi lleno de guijas, tiradas allí por los caminantes; al pié un monton de cantos que, dirigidos al nicho, no habian entrado en él, ó habian rodado cuando entraban otros.

«¿Tendrás habilidad para introducir una piedra en aquel agujero?» preguntó afablemente Froya á Floriana, señalándole el nicho.

Maravilloso fué el efecto que hizo esta pregunta en Floriana: su viaje á Toledo, su esclavitud, lo peligroso del sitio, todo desapareció de su memoria. Parecióle que se hallaba en el Valle del Paraíso, libre y feliz, traveseando con los custodios de su infancia. Cogió una piedra, despidióla con brio, y desapareció en el fondo del nicho.

«Bien! dijo entusiasmado Froya: no tienes mala suerte. ¿Sabes lo que significa lo que acabas de hacer?

— Lo ignoro completamente, señor.

— Hay un pronóstico, ó por mejor decir, hay dos pronósticos en este país acerca de ese hueco. El viajero que mete en él una piedra, está seguro de volver á pasar por aquí.

— Es decir que á lo ménos saldrá de este paso con vida. Ese es el primer agüero: ¿y el segundo?

— La jóven que introduzca allí una piedra, se ha de casar ántes de un año.

— No se verificará ese agüero en mí.

— ¿Por qué?

— Porque no me casaré ya.

— ¿Aunque te lo mande tu amo?

— Aunque me lo rogara el Rey.

— El Rey nada tiene que entender en negocios del Duque Froya. Ni el Rey ni su hijo. Verdad es que el hijo quiere ocupar el trono del padre. Verdad es tambien que se halla en una provincia inquieta, donde... donde puede morir.

— Oh! no lo permita Dios!

— ¿Le amas todavía? Despues de su indigno porte contigo, ¿pudieras conservarle inclinacion alguna? ¡Consentir que pasaras á ser esclava de tu rival, no hacer nada por tí, no verte ni hablarte, y por último admitir, pretender quizá, la mano de mi hermana! ¿Merecen mas que odio y desprecio tan inicua traicion, tan horrible abandono?

— Yo no puedo creer que el Príncipe sea tan inhumano.

— ¿Qué motivos tienes para dudar? Quien principió engañándote, ¿por qué no ha de acabar por darte al olvido? Ese hombre no sabe amar, no te ha querido nunca: si te hubiese amado, si tuviera corazon de hombre, ¿te hallarias tú ahora aquí al lado de este adusto guerrero, que tampoco ha sabido amar hasta que te vió? Esclava mia (añadió con un entusiasmo que amedrentaba), el Duque Froya, enemigo y despreciador de tu raza perpetuo; el Duque Froya, que te ha sacado del poder de una tigre que gozaba en atormentarte; el Duque Froya, tu amo, que jamas ha mentido, y que jamas ha renunciado á un proyecto, te declara que te ama, y te pide tu amor.

— Ah señor! ¿qué dices? Yo no puedo amarte. Soy esclava; pero me he criado libre, y sé lo que manda la fe en que me han criado. Pon los ojos en quien pueda corresponderte sin crímen.

— Si hay crímen aquí, mio es tan solo, y de él daré cuenta. Floriana, tú has de ser mia.

— Jamas.

— ¿Sabes lo que dices, imprudente? ¿Sabes que contra mí no tienes amparo ninguno? Eh! comprende mejor tu estado, lo que puedo y lo que merezco. Mira, Floriana, que aunque hubieses visto postrados á tus piés mil amantes, ninguno deberia darte la gloria que yo. Entre las bellas de nuestras principales ciudades he podido escoger á mi gusto una compañera, y á todas las he desairado: un talento y una virtud comunes no son para mí; yo quiero mas. Pero te he visto sentir la adversidad vivamente, y superar, sin embargo, tu sentimiento; te he visto ejercer los oficios serviles, y quedar, sin embargo, elevada sobre tu clase, y obligar á que te respetaran tus compañeros, tu señora, y yo mismo. No hay en España quien conozca lo que tú vales, como yo lo conozco; no hay quien te ame como yo te amo: no ha de haber quien te posea sino yo, que te aprecio y te amo segun mereces.

— Oh, señor! cuánto te debo! ¡Qué gozo es para mí ver que no eres tal como yo pensaba! Te creia feroz, insensible: oh! perdon de la ofensa que hasta ahora te hacia. Desde que llevo el yugo de la servidumbre, no he tenido mas momento de consuelo que este. Pero, señor, ya que he debido al cielo la dicha de tener un amo que me engrandezca á mis ojos, yo sabré hacer ver que soy digna del concepto que de mí ha formado. Duque Froya, cuenta desde hoy con mi gratitud entrañable; cuenta con el respeto mas leal y mas puro, con la adhesion mas decidida: no puedo concederte mas sin que me desprecies tú propio.

— Mira, Floriana: mi carácter es adusto y silvestre; mis gobernados tiemblan delante de mí: colócate tú entre ellos y mi persona; sé tú la intérprete de sus ruegos, la abogada de sus necesidades. Aborrezco á tu pueblo; pero adoro tus gracias: sirve á los tuyos, mediando conmigo en su beneficio. Casarme solemnemente contigo no me es posible; pero entre nosotros está usado y protegido por la ley el casamiento á *yuras* [1], único lícito entre desiguales. ¿Quieres ser mi mujer así?

— No.

— Floriana, acabemos. Recesvinto ¿vale mas que yo en prendas del alma?

— Quizá no.

— ¿Es mas noble, mas gallardo, mas rico?

— No.

— Mas valeroso y constante, de seguro que no: tú no lo sabrás; pero lo sabe España: puedo decirlo.

— Y yo lo creo.

— ¿Por qué me niegas el amor que le concediste?

— Porque, á no ser por tí, hubiera sido yo su mujer.

— Floriana! Floriana! exclamó arrebatado y fuera de sí con el delirio de la pasion el ardiente godo. ¿Quieres ser *solemnemente* mi esposa?»

La prueba, la tentacion era terrible. El amor embellecia, divinizaba en aquel momento el rostro, la expresion, la voz, el ademan, hasta el aliento de Froya: tenia la majestad del leon, que respeta magnánimo la debilidad de su presa.

Floriana, agitadísima, recogiendo con fuerza las riendas de su razon, que se extraviaba, dijo con inexplicable dulzura al Duque, arrasados los ojos de lágrimas:

«Señor, el dia que Recesvinto pidió mi mano, le prometí no ser nunca de otro, y él me dijo lo mismo: no sé si lo cumplirá; yo no quebrantaré mi palabra.

[1] No tengo noticia de que se usara este casamiento entre los godos; pero así dice el manuscrito latino, de que se hablará al fin de la leyenda. *(Nota del Traductor.)*

— Tú has querido tu pérdida», gritó entónces el godo, rugiendo como un tigre: asió entre sus fornidos brazos á Floriana, la levantó como un haz de pluma, y se entró con ella entre los espesos árboles de una quebrada, que subia serpenteando hasta lo mas alto de las rocas.

Bregando inútilmente para desasirse de Froya, dió Floriana, al desaparecer en la espesura, dos ó tres gritos de angustia, que resonaron una y otra vez, repetidos por los ecos de la hondonada.

A los gritos de angustia sucedió uno de sorpresa, cuya vibracion era indefinible: un momento despues salió corriendo Floriana de entre los árboles de la senda; entre los árboles sonaba espantoso martilleo de espadas.

Otro momento despues apareció Froya retirándose hácia la senda, reciamente acosado por un desconocido en traje de mercader oriental. Los cabos de su toca ó turbante revueltos á la cara y cuello, solo le dejaban descubiertos los ojos; los golpes de su alfanje eran irresistibles, su silencio aterraba.

Una fuerte cuchillada, dirigida al cuello de Froya, descargó sobre la espesa cabellera de Floriana que Froya llevaba en el casco: allí se embotó el acero, y aquel preciado adoro salvó al Duque la vida; pero al violento vaiven producido por el golpe, rompióse el corchete de las correas que se unian por debajo de la barba, y el casco rodó por el suelo: otro mas furioso golpe amenazaba la cabeza desnuda del godo.

«Piedad!» exclamó Floriana, lanzándose entre los dos combatientes.

El incógnito se detuvo, dejó que Froya diese un paso atras, y asió de la mano á Floriana.

«Suéltame, quien quiera que fueres», dijo Floriana á su libertador; «yo no puedo separarme de mi amo.»

El desconocido clavó sus miradas centelleantes en Froya.

«Déjala venir conmigo, si quieres: juro que puede ir segura.»

El incógnito soltó la mano de Floriana y se escondió en la maleza.

A media noche Froya y su esclava, que habian caminado en profundo silencio, subian la cuesta de Segóbriga: el yelmo del Duque habia quedado en el sitio de la refriega.

CAPITULO VI.

Si hace el médico sangría,
Y muere el paciente luego,
Quede el médico al arbitrio
De los parientes del muerto.

(La ley de raza, *acto* 1.)

Nada de particular ofrecieron los quince primeros dias que pasó Floriana en Segóbriga. Situado en lo mas alto de la ciudad el castillo, residencia del Duque, desde sus azoteas se descubrian los cerros que cercaban el Valle del Paraíso, donde Floriana habia vivido feliz. Allí descansaban las cenizas de su madre y su padre; allí habia quedado tambien sepultada su ventura. ¿Qué seria de la anciana Apicela, que habia servido de madre á Floriana, despues del fallecimiento de Pomponia? ¿Qué seria de los fieles Nebridio y Laureano? ¡Cuántas lágrimas habrian vertido por la ausencia de su amada señora! Y ¡si hubieran sabido su suerte!... oh! entónces, Apicela sin duda hubiera espirado de pesadumbre.

Estas reflexiones acosaban á Floriana cada vez que se alzaba del lecho, porque su primer cuidado era subir á la azotea para dirigir una mirada hácia el valle. Desde allí se elevaba al cielo su fervorosa oracion matutina.

Froya parecia haberla olvidado: ni la buscaba, ni huia de su vista. La noche que entraron en la ciudad le dijo estas pocas palabras: «He querido hacerte mi esposa; tú has preferido ser mi esclava: sélo en buen hora.» No le habia dicho mas, y su porte con ella parecia conforme al dicho; mas aquella indiferencia era una capa de nieve que encubria un volcan.

Los designios sediciosos de Froya habian vuelto á reproducirse despues del acontecimiento nocturno verificado en la Hoz. Muchos de los jefes de la conjuracion proyectada habian acudido á Segóbriga, y otros se mantenian esparcidos en las poblaciones convecinas. La ambicion y la venganza ocupaban mucho lugar en el corazon de Froya para que le quedase alguno al amor. En esto llegó inopinadamente á Segóbriga Teodosinda.

«¡Venganza!» fué la primera palabra que dijo á su hermano. «Me han injuriado cruelmente: véngame.

— ¿Qué injuria te han hecho?

— Sabes que por consejo, ó mas bien por órden del Rey, escribí una carta á su hijo.

— Dí que se la hiciste escribir á Floriana.

— Pues bien, la dicté yo, la escribió ella. En aquella carta me mostraba benigna y aun amorosa con Recesvinto. ¿Cuál te figurarás tú que ha sido su respuesta?

— Dímela lisa y llanamente, y excuso figurarme nada.

— Me ha contestado que su padre no piensa en casarle conmigo, y que si me ha visitado y hecho concebir esperanzas, sin duda ha sido con el objeto de ganar tiempo y desbaratar las asechanzas que armamos contra él, de las cuales está perfectamente enterado. Que mire por mí y por tí, aprovechando el aviso que me envía, porque Flavio, aunque tardío en amenazar, es inexorable cuando alza el brazo para el castigo, de lo cual el mismo Recesvinto tiene pruebas recientes. Que renunciemos, en fin, á minar el trono de Flavio, y guardemos un prudente silencio sobre las noticias que nos comunica.

— ¿Sabe ya nuestros proyectos el viejo? Mejor: es preciso ya luchar cara á cara. A mí quizá me debe el ceñir corona; á mí me deberá tambien su caida. Flavio es un usurpador.

— Es un ingrato.

— Quiere hacer hereditaria la dignidad real.

— Oprime y escarnece á los que le han servido.

— Es un monstruo sanguinario. A fuerza de suplicios, no ha dejado en España ni siquiera uno de los capitanes y hombres de cuenta que se levantaron en varias épocas contra todo género de tiranía.

— Es un instrumento ciego de la ambicion y rapacidad de la clerecía. El Obispo de Zaragoza y el de Toledo mandan á España en su nombre. Es necesario que Flavio sufra la suerte de sus predecesores. Veintisiete reyes llevamos desde Ataulfo los visigodos, no contando el que hoy reina: de estos, entre ascsinados, muertos en batalla ó depuestos, creo que se cuentan catorce. No hará novedad añadir uno á ese número. Muerto el padre, quedará sin valedores el hijo.

— Sí, sí: tú estás llamado á ser Rey.

— Yo no sé si lo seré, ni me importa: lo que me importa es vengarme.

— Y á mí. A eso vengo á Segóbriga: los medios de llevar á cabo la insurreccion quedan á tu cuidado; al mio queda satisfacerme. Es necesario que me entregues la esclava.

— ¿Para qué?

— ¿Puedes dudarlo? Para quitarle la vida. Por ella me ha despreciado Recesvinto.

— Recesvinto es el culpable: él es el que debe perecer. Y perecerá, no tengas cuidado: de ese yo te vengaré.

— Es que yo no quiero que muera Recesvinto.

— Es que yo no quiero que muera Floriana.

— ¿Qué venganza es la mia, si no me libro de una rival?

— Y ¿cómo puedo yo ocupar el trono, si no acabo con mi competidor? La vida de Floriana á nadie perjudica, la de Recesvinto es incompatible con la mia. O ¿quieres, si me apodero de su persona, que se le inhabilite para el trono cortándole el cabello, como tú hiciste con Floriana, y que te le entreguemos luego para que le des la mano?

— Pues ¿con qué objeto pretendes conservar la vida de Floriana?

— Con el de tenerla por esposa no, porque no debo. Pero aunque me casara legítimamente con ella, ¿es lo mismo una mujer que un hombre? ¿Es lo mismo un godo que una romana? A ella no le envilece esa pena, y á él sí. Como te creyera yo capaz de unirte á un hombre degradado, aquí mismo te daria de puñaladas, tras haberte escupido al rostro.»

Teodosinda se mordió los labios de rabia, no sabiendo qué responder. «¡Oh!» dijo, sin embargo, entre sí, «mi rival no vivirá, yo lo aseguro: para algo he venido yo de Toledo.»

La conversacion de los dos hermanos fué interrumpida por un sirviente que avisó á Froya de que tenia que hablar con él el verdugo Sisberto.

«Es mi mejor espía, dijo Froya á su hermana: déjame solo con él un rato.» Teodosinda se retiró, no sin haber parado ántes la vista y la atencion en aquel hombre, acerca del cual pidió informes en seguida al mayordomo ó inspector del palacio-castillo. La historia del verdugo era digna de saberse.

Nacido Sisberto en Valeria, su padre, que era médico, le destinó á su profesion, en la cual hacia el jóven progresos notables, y se hubiera acaso distinguido como habilísimo confeccionador de remedios, á no haberle lanzado ignominiosamente de su docta, bien que poco estimada carrera la suerte contraria. Era el padre de Sisberto tutor de una hermosa doncella, heredera de pocos bienes,, pero dotada de una soberbia desmedida. Prendóse Sisberto de la altiva doncella, cuyo nombre era Centola: el padre aprobaba la inclinacion del hijo; ella recibia de buen talante sus obsequios; pero de la noche á la mañana, habiendo cumplido los quince años, edad en que termina la tutela del huérfano, pidió al tutor cuenta de sus bienes y se separó de su casa, codiciosa la mal aconsejada jóven de mas alto empleo. El Gobernador de Valeria puso los ojos en Centola, que se le entregó sin reparo con escándalo tal de toda la ciudad, que el anciano tutor que la habia educado, falleció de pesadumbre: júzguese cuál seria la de su hijo. Dió á luz una niña Centola, un año despues de su conocimiento con el Gobernador de Valeria: nació enferma la criatura; y como ya entónces hubiese hecho Sisberto

algunas curas que le dieron fama, el Gobernador le llamó para que asistiera á su hija. Rehusó aun el verla Sisberto, confesando francamente que aborrecia tanto á la madre, despues de su perfidia y envilecimiento (tales fueron sus palabras, á la verdad poco prudentes), que temia no mirar con el debido interes por la vida del inocente fruto del trato culpable. El Gobernador, hombre feroz y maligno, léjos de estimar esta confesion ingenua, se empeñó tenazmente en que Sisberto habia de asistir á su hija; Sisberto hubo de ceder, y por malos de sus pecados murió la criatura. Enfurecido el Gobernador, puso acusacion al físico, haciendo de juez y de parte, alegando que Sisberto habia sangrado á la niña, y que habiendo esta fallecido, el médico, segun la ley, debia ser puesto á disposicion de los parientes del difunto, para que hicieran de él lo que les pluguiera: lo que hizo el Gobernador con Sisberto fué cosa terrible. No se podia meter en cárcel á un médico sino por homicidio; Sisberto lo negaba, y no podia probársele; el Gobernador discurrió un tormento inusitado para satisfacer su ira: mandó encerrar á Sisberto en un patio cercado de altas y gruesas paredes, donde no habia forma de escaparse, y prohibió con pena de la vida que se le proporcionase abrigo ninguno. Era esto en medio de un invierno horroroso, en que á una fuerte nevada sucedian agudísimos hielos, y cuando aflojaba el frio del hielo, volvia á caer nieve. El Gobernador decia mofándose que no se podia guardar mas estrictamente al físico su prerogativa: la ley vedaba que se le tuviese en la cárcel, y cierto que no era cárcel donde él le tenia. En medio de una noche de las mas crudas que puede haber en region destemplada, Sisberto, arrecido, desesperado, hinchadas todas sus extremidades, gritó repetidas veces para que le sacaran de allí, aunque fuera para quitarle la vida; el Gobernador, alzándose del caliente lecho, se asomó á una ventana que daba al patio, y es voz comun que dijo á Sisberto las siguientes ó semejantes razones: «De envilecida has tratado á la mujer que honro con mi cariño; si quieres conservar esta noche la vida, es preciso que te coloques mil veces mas bajo que ella: si ella es mi combleza, tú, que la has injuriado, has de servirme de verdugo.» Rabioso Sisberto, y como si en aquel instante se sintiese inspirado con profético espíritu, dicen que le respondió sin detenerse: «Monstruos como tú, y la que te ha sugerido quizá ese pensamiento, no podréis ménos de encontrar al fin el castigo de vuestros crímenes: acepto el empleo que me ofreces, ya que no tengo padre ni parientes en quienes recaiga el oprobio; me queda la esperanza de que vengais un dia á parar en mis manos.» Rióse descaradamente el Gobernador; mandó abrir las puertas á Sisberto, y que le instalaran en su nueva casa y oficio;

pero el terrible pronóstico del amante de Centola llegó con el tiempo á realizarse. Exaltado al trono un príncipe tan severo como Flavio, no era posible que un Gobernador tan inhumano subsistiera en su puesto: incurrió ademas en el crímen de traicion, y le fueron sacados los ojos por Sisberto, el propio verdugo que él habia creado. Centola, abandonada del Gobernador, se abandonó á todos; el Conde ó Gobernador nuevo de la ciudad le impuso el castigo que la ley señalaba: recibió 300 azotes por primera vez de mano de Sisberto, é igual número despues por haber reincidido. Y como á la mujer mundana reincidente debe el Conde de la ciudad entregarla por esclava á un hombre de ínfimo estado, Sisberto despues de ejecutada públicamente la segunda pena de Centola, pidió al nuevo Gobernador que se la diese á él, como se la habia de dar á otro, y le permitiera pasar á ser verdugo en otro ciudad, puesto que Centola debia tambien segun la ley salir desterrada: otorgó el Conde la súplica, y Sisberto vino á establecerse en Segóbriga, donde se casó con Centola, la cual desde que cayó en poder de Sisberto, estuvo á pique de morirse, no de enfermedad, no de desesperacion ni vergüenza, sino de miedo. Sisberto cumplió siempre con puntualidad sus terribles obligaciones, las cuales, sin embargo, nunca le obligaron á teñir de sangre la segur matadora, merced á la sábia parsimonia con que se emplea en España la pena de muerte; con todo, malas lenguas decian que le repugnaba atormentar á un esclavo ó un pobre, y sentia una ruin complacencia en el castigo de un reo de la superior jerarquía: por lo ménos es cierto que aborrecia á los condes inhumanos, y á las mujeres orgullosas. Curaba, empero, con humanidad á sus víctimas; era hábil en la composicion de venenos, y los Condes de Segóbriga le solian emplear para sonsacar á los esclavos y gente humilde, entre quienes el dejarse ver producia el mismo efecto que la amenaza de la tortura. No habia secreto que permaneciese oculto, en dirigiendo él al preguntado este aviso terrible: «Mira no vengas á parar á mis manos!»

Con estas noticias que recibió Teodosinda del mayordomo del castillo, mandó inmediatamente llamar á Centola. En tanto que desde las cárceles del castillo, donde tenia su habitacion, subia la *verduga* á la torre que habitaba Teodosinda, tenian Froya y Sisberto un diálogo así:

«En efecto, señor, tus sospechas eran fundadas: una persona de gran viso anda escondida en estos alrededores; la he descubierto, la he visto. Quizá no podrás imaginarte quién es.

— Quizá sí. ¿No es el hijo de Flavio?

— El Príncipe es.

— ¿Conseguiste penetrar en su habitacion?

— Entré.

— ¿Sin que te viera nadie?

— Si alguien me ha visto, habrá cerrado los ojos, y procurará olvidarse de que me vió: en fin, callará.

— ¿Qué notaste en la habitacion de Recesvinto? Te mandé abrir todas las puertas, registrar armarios y cofres.

— Sobre una mesa tenia muchas cartas en cifra.

— ¿En cifra? ya: la correspondencia con los de su partido. Pero adelante: ibas provisto de llaves maestras para todo. Háblame de sus armas. ¿Qué armas le hallaste, ofensivas y defensivas? Hasta de sus vestiduras quiero que me des cuenta.

— En cuanto á vestidos, no dejó de sorprenderme el hallar en aquella habitacion uno, como de mercader africano ó sirio.

— Un turbante, una túnica de mangas largas, un manto blanco....

— Precisamente. Un alfanje corvo. .. una cota flexibilísima de escama para debajo del vestido. ¡Ah! y en una arquita, envuelto con mucho cuidado, un yelmo á la romana antigua, adornado con una cabellera magnífica de mujer.

— Él es sin duda: él era. No estaba entre los vascones: me estaba siguiendo los pasos; quiere aun á Floriana. ¡Oh! esta vez perderá la esclava y la vida.

(Estas expresiones fueron pronunciadas en voz tan sumisa, que el verdugo no pudo entenderlas, ó se hizo el sordo.)

— Y ¿dices, siguió el Duque, que solo le acompañan dos ó tres esclavos?

— Y tan ocupados los trae, que por lo comun solo uno se halla á su lado.

— Esta noche ¿á qué hora le esperan?

— A media noche, y vendrá solo.

— Perfectamente, dijo para sí el Duque, apartándose de Sisberto; poniéndome en emboscada con medio docena de hombres determinados, Recesvinto cae sin remedio en mi poder, y me le traigo á los calabozos del castillo. Tu, prorumpió, dirigiendo la palabra al verdugo, vas ahora á permanecer en tu habitacion, sin salir de ella ni hablar con nadie.

— ¡A buen tiempo tomas precauciones! pensó el disimulado Sisberto: ántes de venir aquí, ya he dado cuenta de todo al confidente del Príncipe.»

Separáronse con esto: el Duque á buscar á sus cómplices, y el verdugo á Centola.

CAPITULO VII.

Es justo que me indemnice
Quien todo mi bien estraga:
Reclamo la justa paga
Del sacrificio que hice.

(La ley de raza, *acto* 3.)

El alcázar destinado á los Gobernadores de Segóbriga, situado, como ya hemos dicho, en lo mas alto del cerro donde tiene apoyo esta ciudad, ménos grande que fuerte, contenia unos calabozos casi subterráneos, contigua á los cuales se hallaba la habitacion del verdugo Sisberto: un estrecho y largo chiribitil le servia de almacen para los trastos de su oficio. En un rincon se veia una cuchilla mohosa y un tajo cubierto de polvo; mas á la mano varios instrumentos de tortura; y colgadas de las paredes, cuerdas, correas y varas. Al lado de una ventana un hornillo pequeño, y en los andenes que ocupaban uno de los cuatro muros del cuarto, varias vasijas, manojos de yerbas, y drogas. Cuando Sisberto se hallaba acometido por alguna idea honrada y noble, digna de su primer estado; cuando, anheloso de hacer algun bien, tropezaba con su impotencia, se encerraba en aquella cámara, donde el aspecto de los cordeles y el potro le hacia recordar su vil ejercicio; y en contemplándose verdugo, se creia dispensado de interesarse por nadie. Era ya muy entrada la noche; daba luz al cuarto una lámpara, que cuanto mas visible hacia el menaje de aquella mansion, tanto mas horrible la presentaba. Sisberto, silencioso y mustio, se paseaba de un extremo á otro; la puerta del cuarto se hallaba entreabierta, y habiendo indeliberadamente dirigido la vista á ella dos ó tres veces, creyó haber visto á su mujer asomada observándole. Sorprendióle la novedad, porque no suponia él á Centola, desde que vino á sus manos, con bastante atrevimiento para espiarle: motivo era preciso que hubiese. Mandóle con desagrado que entrase, y le preguntó: ¿por qué le acechaba?

Obedecióle Centola tímida y trémula. Desde su aciaga boda no cabia en ella mas pasion que la del miedo. Sus mejillas habian perdido los vivos y hermosos matices de otro tiempo; sus ojos habian cobrado una expresion espantadiza; una palabra fuerte de su marido bastaba para que se le espeluznara la corta cabellera que velaba de negro su cabeza,

abatida siempre, como en señal de servidumbre harto bien merecida.

Balbuceando, interrumpiéndose, y graneándosele el cútis de todo el cuerpo cada vez que veia á su tremebundo marido arquear las cejas, refirió Centola que la habia llamado Teodosinda, y quedándose sola con ella, la señora habia principiado por encargarle que dijese la verdad y guardase secreto, porque sino le mandaria echar un lazo á la garganta. Centola, con tan benigna advertencia, habia prometido todo lo que se exigia de ella. Teodosinda le habia preguntado si la habia enseñado Sisberto á preparar algun veneno fuerte, cuya accion fuera tan rápida, que no diese lugar á ningun remedio. Contestó Centola que sí; le encargó Teodosinda que aderezase uno aquella noche misma, y se lo entregara; y habiéndole hecho presente Centola que tendria necesidad de dar cuenta á Sisberto y este al Duque, la señora le habia dicho que era muy dueña de tratar con Sisberto el asunto; pero que si Froya llegaba á saberlo, contase con que ella y el verdugo moririan á la primera ocasion sin remedio. Hé aquí por qué temblaba Centola de anunciar á su marido el compromiso fiero en que la hermana del Gobernador los ponia. Por fortuna Sisberto escuchó la noticia con mas extrañeza al pronto que desagrado; echóse á discurrir para qué persona querria Teodosinda el veneno, y no pudo ménos de ocurrírsele al instante que debia estar destinado á Floriana, como era en efecto: al dia siguiente habia de salir de Segóbriga el Duque, y durante su ausencia queria envenenar Teodosinda á su detestada competidora. Hubiera Sisberto avisado al Duque, no obstante la amenaza de Teodosinda; pero al querer abrir una puerta colocada al fin de un pasillo, por donde se salia de su habitacion á un patio, halló que por la parte de afuera habian puesto á la puerta un recio candado, á fin de tener incomunicado á Sisberto, miéntras la suerte del Príncipe se decidia. El verdugo con esto, despues de un rato de profunda y silenciosa meditacion, llamó á su mujer, y afectando serenidad, se puso á preparar el tósigo, ayudado de Centola. La operacion fué larga y les ocupó mucho tiempo; Sisberto se enojó veinte veces con su mujer, diciendo que lo equivocaba todo; echóla por fin del laboratorio, y concluyó él la confeccion de la funesta bebida. Mas de la media noche era ya cuando la envilecida pareja, terminada su obra, iba á ocupar el lecho: ruido de pisadas y crujir de armas por los tránsitos inmediatos les hicieron comprender que traian algun preso al castillo. Era, en efecto, el Príncipe, que sorprendido por los satélites de Froya al retirarse á la casa donde se escondia, habia sido preso sin poder defenderse: un esclavo, á quien

Sisberto habia encargado que dijera á su amo que se guardara, no habia podido encontrarle. Abrieron un calabozo, y encerráronle en él, amarrándole á una fuerte cadena.

Muerte próxima amenazaba á los dos amantes. Froya, á escondidas de su hermana, queria acabar en aquel mismo dia con Recesvinto; Teodosinda se proponia envenenar á Floriana así que su hermano saliese de la ciudad.

Al quitar el candado, que Froya mandara poner á la puerta de la habitacion del verdugo, á quien iba á mandar que por primera vez preparase el hacha y el tajo, un pensamiento, una esperanza cruel y agradable cruzó por su mente, que le obligó á suspender la órden y quedarse en el tránsito, encargó á uno de sus satélites que hiciera despertar á Floriana, vestirse y venir allí sin demora. Despertarla no fué necesario, porque no habia podido cerrar los ojos en toda la noche: la llegada, las palabras y miradas siniestras de Teodosinda le habian infundido terror. Vistióse obediente y siguió al soldado, encomendándose mil veces al cielo. Froya la cogió de la mano, y le previno que callase y pisara quedo; abrió con el mayor tiento la puerta de un calabozo inmediato al que ocupaba Recesvinto; mandó al soldado que mantuviera cerca de la puerta una luz, de modo que diese alguna, aunque poca, al calabozo vacío, y entró en él con Floriana; entreabrió con gran cuidado la puertecilla de una ventana pequeña con reja, que daba á la prision del Príncipe, alumbrada por una lámpara, é hizo seño á Floriana para que se acercase. Floriana obedeció, premetiéndose ya un funesto espectáculo.

«Mira sin que te sientan, y calla», le dijo Froya: miró y vió á Recesvinto sentado sobre una piedra, con cadena al pié y esposas en las manos. Oprimiósele el corazon á la tierna jóven, porque en él subsistia siempre el cariño al que un dia contempló como esposo; pero supo contenerse sin dar un grito. Cerró blandamente Froya la ventana, y sosteniendo á Floriana, que estuvo á punto de dar en tierra consigo, sacóla de allí y llevóla á su cuarto, sin reparar en su mal reprimida angustia, ni en las copiosas lágrimas que derramaba callando. Luego que subieron á la estancia del Duque, la hizo sentarse, y habiéndole concedido algunos momentos para reponerse un poco, le dijo:

«Recesvinto ha caido en mis manos, Floriana. Tú no sabes lo que significa el tenerle yo encarcelado aquí, á pesar de ser el hijo del Rey de España, y yo solamente duque-gobernador de una provincia: voy á explicártelo. El reinado de Flavio ya ha fenecido: voy yo á sucederle. Los grandes del reino descontentos con él, los cuales si no son los mas en número, son los mas poderosos, se han resuelto á deponerle, como él hizo deponer á su antecesor, el malogrado

Tulga; hoy es la reunion de los coligados, que vendrán á acamparse, con las tropas ligeras que hayan podido reunir, en las llanuras que cercan á Segóbriga; allí voy á ser alzado sobre el paves monarca de los visigodos hoy mismo; desde aquí podrás verlo. Flavio que, aunque tan viejo, es muy temible, morirá si se deja prender; inhabilitarle cortándole el cabello y encerrándole en un claustro, no bastaria. Recesvinto es tambien para mí un rival peligroso: mi seguridad y la quietud del reino exigen igualmente que muera.

— ¡Ah Señor! exclamó Floriana, cayendo de rodillas y juntando las manos. ¡Misericordia con él!

— Levántate, y cesa de pedir en su favor, porque te fatigas en vano. Un medio hay para salvarle, y voy á decírtelo; pero ántes escucha: quiero hablarte con la franqueza del que no teme á nadie y está seguro de su poder, de su fuerza, del triunfo. Floriana, yo en el paso de la Hoz acusé á Recesvinto de haberte olvidado: tal creia entónces; ahora estoy persuadido de que te ama.

— ¿Es posible? ¿Es verdad?... ¿Seré tan dichosa?...

— Me apresuro á interrumpirte, porque la dicha que te figuras no es muy envidiable. Prosigo: vuelvo á decirte que Recesvinto debe amarte aun, porque desde la noche que os separó en Toledo su padre, él sin duda (tengo motivos para creerlo) no ha hecho mas que observarte, que seguirte los pasos. En Vasconia no hizo mas que aparecer y retirarse al momento; el dia que salímos tú y yo de Toledo, fué toda la jornada detras de nosotros: esto indica que se hallaba en la Corte. El mercader árabe que te defendió de mi violencia, era Recesvinto.

— ¡Cielos! y ¡yo que dudaba... yo que le acusaba de infiel!... Pero, señor, entónces tú debes á Recesvinto la vida.

— No, te la debo á tí; primero á tu cabellera, despues á tu intercesion generosa: favor que necesito pagarte. El premio será una corona.

— ¡Cielo santo!

— Sí, Floriana, sí, una corona y mi mano. Mira si Froya cree y confía en tus altas virtudes, cuando te propone un sacrificio terrible, sin disimularte nada de lo que debe costarte. Hacerte creer que Recesvinto no te amaba ya, para que por despique aceptaras lo que te ofrezco, hubiera sido ahora una superchería indigna de mí; hubiera sido mentira, y yo no miento: ¿á qué he de mentir, si no lo necesito? Casarse conmigo por venganza, es cosa que cualquiera mujer haria; casarse conmigo por salvar á su amante, sabiendo que el amante es leal, y resignándose, sin embargo, á ser fiel esposa, es accion que de tí sola puede esperarse. Floriana, este es el momento de mostrar si una española puede abrigar

una alma tan enérgica, tan valerosa, tan sublime, como la de un descendiente de los bravos caudillos del norte. Admite mi mano, participa de mi trono, y Recesvinto y su padre salvan la vida, y se les recluye en un monasterio; si no eres mi esposa, el padre y su hijo perecen: el hijo al momento. Contempla tu situacion y decide: ó vivir esclava de Teodosinda, llorando á tu amante difunto, ó vivir soberana de los visigodos, unida á un hombre á quien tu deber te hará que le ames con el tiempo, gozando la dulce complacencia de haber libertado de la muerte á un Rey y al que pretendia heredarle. No creo que haya mucho que titubear para decidirse.»

Cuando Froya acabó su razonamiento, ya no le escuchaba Floriana: habia comprendido que Recesvinto la amaba leal, y que á ella se le mandaba salvarle: sola esta idea entraba en su entendimiento, ofuscado por la inminente desgracia; lo demas ya no cabia en su juicio, no estaba en disposicion de entenderlo. Sola, abandonada de todas las criaturas del mundo, á merced de aquel hombre inflexible, su pensamiento voló naturalmente al único ser capaz de socorrerla en tan amargo conflicto, á Dios. «¡Padre de los que lloran! exclamó la desconsolada hija del valle, postrándose otra vez de rodillas en el suelo: es posible que permitais tanta crueldad?

—¿Posible? Dentro de dos horas á lo mas, verás esos valles cubiertos de guerreros, congregados para nombrarme su caudillo, su rey.

—¡Su rey! su rey! ¿Qué falta te hace la corona? dijo la humilde esclava, elevándose por grados hasta tratar con el Duque de igual á igual, casi de superior á inferior. Rey! ¿Sabrás tú serlo mejor que lo ha sido Flavio? ¿Mejor que lo seria su hijo?

—¿Qué importa que el sucesor de Flavio se llame Froya, ó tenga otro nombre? Flavio ha de ser depuesto, y su hijo no ha de sucederle; sucediéndole yo y queriendo tú, conservarán ambos la vida. Si el jefe de la conjuracion fuese otro, Recesvinto ya no existiria; la loca pasion que me inspiras le vale. Puesto que soy mas humano que seria otro en mi lugar, justo es que tenga mi premio; este eres tú: sé mia, porque, tan cierto como Dios existe, has de serlo.»

Llamas, rayos brotaban los ojos de Froya al pronunciar el temerario juramento. El furor del Duque, la seguridad blasfema con que se anunciaba dueño de Floriana, la exasperaron por primera vez de su vida, y le comunicaron una osadía increible. «¿Tan persuadido estás de que yo he de ser tuya, replicó indignada, que te figuras que no hay en el mundo poder capaz de impedirlo? Oh! pues es menester que sepas que basta con muy poco para que salgan fallidas tus esperanzas; basta con una palabra mia, que será la expresion de mi vo-

luntad, de mi obligacion, de mis afectos, de la repugnancia con que te miro. ¿Tú juras que he de ser tuya? Pues bien, ¡yo juro que NO!»

El primer impulso del colérico Duque fué acercarse á Floriana con la mano alzada, quizá con ánimo de tratarla como á sierva; el segundo, casi simultáneo con el primero, fué detenerse. Miróla de alto á bajo pausadamente, y sonriéndose con malignidad y desprecio, le volvió la espalda, salió de la habitacion y cerró la puerta con llave. Floriana, así que se vió sola, corrió á la otra puerta para huir por ella: vano designio! estaba cerrada tambien.

La estancia en que se veia, tenia una ventana á cada lado: la una daba al campo; la otra, á un patio del castillo: ambas estaban provistas de rejas fuertes. Floriana se llegó á las dos y probó si podia pasar su cuerpo entre los hierros: era imposible.

Dió voces; no acudió ninguno. Froya habia mandado que nadie se acercase á las puertas.

Buscó las armas del Duque con intencion de quitarse la vida; solo vió sobre un bufete el yelmo, adornado con la cabellera cortada por mano de Teodosinda. «Ah! gritó desesperada, ¡bien haya quien me despojó de estos cabellos, que ahora me pueden servir para hacer un lazo que termine mi deplorable existencia!» Arrancó, pues, la trenza y fué á la reja interior para atarla á un hierro. Un objeto que vió la dejó inmóvil. El verdugo Sisberto colocaba en medio del patio un tajo y una cuchilla. Toda la exaltacion frenética de Floriana cedió, se abatió, desapareció con aquel espectáculo. Froya iba á entrar por la puerta que conducia al calabozo de Recesvinto: Floriana lanzó un ay penetrante que hizo al Duque volver la cabeza.

Ya no podia hablar Floriana; no pudo hacer mas que sacar una mano fuera del enrejado de la ventana. El Duque comprendió que aquella mano era suya: dió contraórden á Sisberto y subió. Cuando abrió el Duque la puerta de su estancia, Floriana se hallaba caida sobre el escalon de la ventana y asida aun á los hierros. Un torrente de lágrimas le dió la vida; sin ellas, la congoja la hubiera ahogado.

«Procura sosegarte, le dijo con piedad el Duque: vivirá Flavio, vivirá Resesvinto.»

El nombre de Recesvinto hizo á Floriana volver en todo su acuerdo: cesaron de correr sus lágrimas, levantóse con ímpetu y dijo:

«Es que no me contento yo con que vivan; quiero yo ademas que no se los deshonre. Nadie ha de tocarles á la cabeza, añadió, arrojando sobre un bufete la trenza que aun tenia en la mano.

—Bien, lo concedo: no se les inhabilitará, no se les obligará á tomar un hábito religioso.

—Ni aun con eso me satisfago: no quiero que se los encarcele; solo permito que los lleven fuera del reino, dejándolos en absoluta libertad.

—Mira, Floriana, repuso blandamente el Duque: eso que pides es imposible por ahora; mas adelante podrá concedérsete. Si me apodero de Flavio, como me he apoderado de su hijo, los tendré presos hasta que asegure mi dominio; despues los pondré en libertad. Creo que no pueden imponérseme mas condiciones.

—Oh! sí, falta todavía la mas importante. Yo he sido amante del Príncipe, y he debido mirar por el hombre que amé y que amo; pero ántes era española ó, como vosotros decís, romana. Reclamo la emancipacion de los españoles.»

Froya inclinó meditabundo la cabeza al oir esta súplica. «¡Pedirme á mí, decia, que iguale á los españoles con los godos, cuando mi odio á Recesvinto ha principiado justamente por eso!

—¿No quieres á viva fuerza casarte con una mujer de esa casta aborrecida? Deja que puedan hacer lo mismo los que no nos tengan el odio que tú.

—Jurara yo, prosiguió el Duque, jurara que ese taimado viejo, ese infernal Quindasvinto, me hubo de oir con gozo, cuando fuí tan ufano á decirle que tu padre habia sido esclavo del mio. «Si tan seductora es la hija del fugitivo (diria para sí), vaya á casa de Teodosinda, para que enamore al enemigo de su raza, como ha cautivado á mi hijo: este necio se busca su ruina.» Pero al fin, al fin, continuó, los reyes que quieran sujetar á los grandes turbulentos, habrán de llamar en su ayuda al pueblo mas pronto ó mas tarde. Bien, Floriana: cuando me haya asegurado en el trono, igualaré con los visigodos á los españoles. En mí es esta determinacion mucho mas meritoria que lo seria en Recesvinto: los de mi bando están en contra de la abolicion de privilegios, y muchos de los amigos de Recesvinto están en favor de la emancipacion de los españoles. Puede que me cueste la vida el intento; pero ese no es para mí motivo para retroceder: un rey de los godos debe estar pronto á disputar su vida á cada momento. Esta idea debe ser para tí de consuelo, añadió Froya con inexplicable amargura: los reyes de España duramos poco.»

No dejó de hacer impresion á Floriana esta última frase; pero la réplica fué aun mas amarga. «Las reinas como yo, dijo, deben durar ménos.»

Un correo puso término á esta conversacion penosa. El Duque, en vista de un aviso que se le daba, tenia que salir

fuera de la ciudad para verse con los coligados. Llamó á unas esclavas, y les mandó que no perdiesen de vista á Floriana, pero que le guardasen las consideraciones de libre y de señora: fuése con esto. Una de aquellas siervas instó en particular á Floriana á que tomara su ordinario desayuno; no estaba la infeliz liberta en disposicion de atravesar un bocado: negóse á probarlo, y la esclava no se atrevió á redoblar sus importunidades, por no contravenir á la órden que acababa de darles el Duque. Por entónces Floriana se salvó del veneno, que para ella habia mandado confeccionar la rencorosa Teodosinda.

CAPITULO VIII.

A la que el lecho ocupó
De un monarca, la sujeta
El uso, casi hecho ley,
A retirarse á una celda.

(LA JURA EN SANTA GADEA, *acto* 1.)

A la hora de haber salido Froya de la ciudad, comenzaron á entrar en ella algunos emisarios de los malcontentos; dieron la seña convenida á los custodios de las puertas y á los capitanes con quienes debian entenderse, y se prepararon todos en medio de cierta agitacion sorda á esperar la venida del Gobernador, que habia de ser aquel mismo dia saludado Rey de las Españas. Por tres diferentes puntos habian de asomar en el llano las tropas reunidas por los insurgentes; al descubrirlas desde el castillo, habíanse de tocar los clarines de la ciudad, se habia de acudir á las armas y aclamar al monarca nuevo, que seria recibido en triunfo cuando volviese al frente del cuerpo mas considerable de soldados. Tomadas inmediatamente las disposiciones precisas, marcharia el grueso de la hueste á la ciudad real de Toledo, que juzgaban Froya y los suyos no se defenderia, porque sabian de fijo que Flavio no estaba en ella. Allí se renovaria la eleccion para que fuese válida, y seria el Rey con toda solemnidad consagrado.

Algunos caudillos rebeldes recien llegados, que conocian á Teodosinda, se presentaron á saludarla; noticiosa ella de que las tropas amigas no tardarian en descubrirse á lo léjos,

subió acompañada de aquellos jefes á las almenas del castillo, para gozar el momento en que se dejasen ver por alguno de los tres caminos.

Impacientes volvian todos la cabeza, ya á un lado, ya á los otros dos. Pasaba tiempo, y no relucia el hierro de una lanza en toda la redondez del horizonte: aquella expectacion, aquella ansiedad era intolerable.

Cerca del mediodía se vió á un hombre á pié subir apresurado la cuesta de la ciudad; al propio tiempo aparecieron acullá abajo dos jinetes por el mismo camino.

El hombre que venia á pié era Sisberto. Teodosinda mandó llamarle, y en presencia de los guerreros le preguntó á qué habia salido, y de dónde venia; respondió satisfactoriamente Sisberto que habia salido con un encargo del Duque, y venia de desempeñarlo; no podia decir cuál era, por haberle encargado el secreto. Ninguno de los presentes puso en duda la veracidad del verdugo. Ademas habia otra pregunta que hacerle, que era la que mas importaba á todos, á saber, si no habia visto tropas por aquel lado. Respondió afirmativamente, asegurando que, parada detras de una pequeña eminencia á corta distancia del camino, estaba descansando una legion entera.

«Ya están aquí! ya no hay cuidado! gritaron todos los oyentes á una voz. Habrán recibido de Froya órden de detenerse.

— Debo anunciaros una novedad, continuó Sisberto. Mas acá, en un ribazo, desde donde no se descubren las tropas, acabo de ver sentado en una piedra con el mayor sosiego, acompañado de un escudero, que tenia dos caballos del diestro, al mismo Rey en persona.

— ¿A quién dices? exclamaron todos atónitos.

— A Flavio Quindasvinto, al Rey. Por lo que les oí decir, comprendí que venian del Valle del Paraíso, y se dirigian aquí.

— ¿Aquí?

— Y no tiene duda, porque son aquellos dos caballeros que se van acercando.

— Ellos son, sí, ellos deben ser, prorumpió Teodosinda enajenada. Retírate, Sisberto.» Obedeció el verdugo, sonriéndose malignamente así que volvió las espaldas.

El júbilo de Teodosinda y los conjurados era inexplicable: su designio se les lograba mejor que hubieran podido desear. Era claro que el Rey habia pasado algunos dias en el Valle del Paraíso; miéntras tanto la conjuracion habia dado pasos de gigante. Flavio no sabria nada, y venia incautamente á ponerse en manos de sus enemigos. Teodosinda y los caudillos rebeldes ignoraban lo que habia prometido Froya á

Floriana, y persistian en la determinacion que ántes se habia tomado, la de quitar la vida al padre y al hijo.

En lo que se cuenta un millar, quedó decidido en aquel conciliábulo de traidores la suerte del anciano Rey, que lentamente se iba encaminando á Segóbriga, como la indefensa res á la casa del carnicero. Teodosinda dijo que tenia un veneno á punto; pero que lo necesitaba para deshacerse de otra persona. Uno de los circunstantes ofreció á Teodosinda quitarle de en medio aquel embarazo en designándole el sugeto: una muerte mas ó ménos en un dia de tumulto era cosa en que no debia repararse. El veneno, pues, quedó destinado para el Rey, y un conjurado se encargó de asesinar á Floriana.

Dejaron los conjurados que el Rey entrara en Segóbriga y se diese á conocer, haciéndose ellos los desapercibidos. Cuando desde la puerta envió aviso al alcázar anunciando su llegada, fuéronle á recibir con grandes demostraciones de gozo. Sin embargo, en el momento de hablarle, todos sus enemigos balbucearon, perdieron el color y se estremecieron. Teodosinda, al doblar la rodilla en los umbrales del palacio, estuvo á pique de desmayarse: la culpa lleva su tormento en sí misma, ántes y despues de ser cometida. Flavio, al parecer, no advirtió nada. Manifestó que venia cansado y necesitaba reposar: propúsosele que tomara algun alimento ántes; dijo que se le dispusiera, y lo tomaria despues.

«Se dispondrá al momento», le respondió Teodosinda, y dejaron á Flavio en su dormitorio.

Miéntras el Rey dormia, el mayordomo ó alcaide del alcázar por un lado, y el verdugo Sisberto por otro, se acercaron misteriosamente á la alcoba, abrieron muy quedito la puerta, y entráronse, cerrando por dentro sin que nadie lo percibiera; un rato despues, cada uno de ellos estaba en su cuarto sin haber salido por el dormitorio: era evidente que desde la alcoba habia comunicacion, que se extendia hasta el piso de los calabozos. Teodosinda en esto echaba por su propia mano en el vino el tósigo que habia de acortar á Flavio los dias de la vida. Un conjurado habia de servir la copa, á fin de que solo el Rey tomase la bebida mortífera, dándose á los demas que comiesen con él, si se les dispensaba esta honra, otro vino no adulterado. Teodosinda necesitó recordar mil veces los motivos que tenia para odiar al Rey; y aun recordándolos temblaba con extraño frio al tiempo de hacer la fatal mistura. Pero dominó su temor y la hizo.

El Rey descansó largo rato, mudó de vestido y salió tranquilamente á una sala, donde le esperaba Teodosinda, que ni acertaba á hablar ni se atrevia á mirarle. Conversó con ella algunos momentos, y pidió la comida.

Era llegado el terrible trance. Era ya mediodía: Froya no habia vuelto; pero ya, en fin, comenzaban á asomar por sendas y caminos en los extremos del horizonte largos cordones negros de hombres y caballos, cuyas armas y jaeces brillaban á los rayos del sol. Entónces respiraron los conjurados: ya el triunfo era cierto.

«Teodosinda, dijo el Rey, yo soy aquí huésped de tu hermano: hazme tú en su nombre los honores de la mesa; siéntate conmigo.» Teodosinda se sentó frente al Rey: su pecho latia de una manera desusada; las venas de las sienes parecia que iban á saltársele; el Rey estaba sereno y casi jovial, contra su costumbre. Pasados algunos instantes de silencio, el Rey pidió de beber. El cómplice le presentó la copa de vino emponzoñado: el Rey la tomó y se la llevó á los labios. Teodosinda apartó la vista.

Pero deteniéndose de pronto el Rey, puso la copa en la mesa, y dijo á Teodosinda: «Manda llamar á tu esclava Floriana, y miéntras viene, te referiré el motivo de haber hecho este viaje.»

Teodosinda hizo una seña á un criado para que cumpliese la órden del Rey. Este hizo otra á todos los circunstantes, y se desviaron á los extremos de la sala. El Rey continuó en voz baja, de manera que solo Teodosinda pudiera oirle:

«Yo he venido á Segóbriga para reconciliarme con dos personas, contigo y Floriana. No te admires, no te asustes del preámbulo, Teodosinda, porque seguramente vas á oir cosas muy raras, y no todas son agradables.

«Toda España me conoce desde que soy Rey; tu familia y tú me habeis conocido ántes: inútil es que yo pretenda hacerme distinto del que soy. Mi vida ha sido tan borrascosa como larga: por espacio de muchos años viví sin rienda; no hay culpa que no haya querido cometer; he sido en los vicios el mayor y el primero. Estas palabras se han de insertar á la letra en mi epitafio, que tengo ya mandado escribir en verso al metropolitano de mi ciudad real, el santísimo Eugenio.[1] Como por un órden natural, poco tiempo debe quedarme de vida, voy haciendo ya los preparativos de la jornada. Sí, pronto pesará sobre mi cuerpo la tierra: de nada me aprovecharán entónces la real vestidura, las piedras preciosas, la corona resplandeciente, el oro de mis arcas ni la pompa de mi palacio; solo podrá servirme el bien que haya hecho. ¡Dichoso el que, dedicado constantemente á la virtud, menosprecia los bienes caducos de la tierra!»

[1] En efecto, estas y las expresiones con que termina el párrafo, se hallan en el epitafio del Quindasvinto, entre las Obras de san Eugenio.

Este exordio, cuya última mitad habia sido pronunciada en alta y sonora voz, aterró á todos los que se hallaban presentes.

«Quiero, prosiguió, bajar pacíficamente al sepulcro. Malo he sido, males he hecho; pero he hecho grandes bienes tambien; he sabido lo que han ignorado muchos; he gobernado á España con acierto, con gloria: por las cualidades de Rey pueden perdonárseme las faltas de ciudadano. Como me juzgo con severidad á mí mismo, no es extraño que sea tambien severo para con los demas, contigo. Oyeme, Teodosinda.

«Cuando fuí exaltado al trono, se arregló tu casamiento con mi hijo: tu hermano fué el que mas trabajó en mi favor entónces; tu hermano solicitó el enlace: nada podia yo negar á tu hermano. Tú supiste desde luego el convenio; yo me tomé tiempo á fin de preparar á mi hijo: hombre hecho, no se le podia mandar como á un muchacho. Tú hasta entónces habias sido una doncella recatada y buena, aunque despegada y altiva; pero desde que cobraste humos de nuera real, tus defectos crecieron á ojos vistas; tus virtudes desaparecieron del todo. Yo queria que Recesvinto me sucediese en el mando; yo sé el dominio que una mujer ejerce en el ánimo de un monarca. Teodosinda, esposa de Recesvinto en la condicion privada, no me daba cuidado: Teodosinda reina me daba mucho. En esto mi hijo se habia prendado de Floriana; tu hermano me instaba para que se celebrasen vuestros esponsales; yo tuve que hablar á mi hijo; él, para olvidar su pasion á una mujer, cuya mano le estaba vedada, te ofreció la suya, y te dió el ósculo de novia. Aquel ósculo acabó de perderte: tu orgullo degeneró en menosprecio de todos, tu frialdad de alma en inhumanidad. Yo juré que no serias Reina de España.

(Teodosinda miró á Flavio con los ojos como ascuas.)

«Pero yo no doy cuenta á nadie de mis proyectos: los preparo, dejo que llegue la ocasion, y los ejecuto. Mi hijo, cuya pasion habia vuelto á embravecerse, me servia sin figurárselo; Froya me dió cuenta de los amores de Recesvinto y de su próximo casamiento: esto último lo sentí, porque, verificado, para con muchos próceres debia perjudicarle. Desde entónces mi hijo, tu hermano y tú habeis estado rodeados de espías. No te estremezcas, Teodosinda; te he dicho que venia á reconciliarme contigo: ahora vas á saber el cómo.

«Froya y tú habeis conspirado y conspirais contra mí. No te levantes, mujer: ¿á dónde quieres ir? Escucha el fin, que supongo no te será tan desagradable. Tu hermano, tú y tus amigos sois poderosos; yo soy viejo y estoy cansado de luchas: quiero la paz. Tú sueñas con el poder; tú ansias la

grandeza; yo he sido quien ha dado lugar á esos sueños y á esa ansia: justo es que yo ponga el remedio á mi costa. Al lado de un hombre como mi hijo, propenso á ceder al femenil alhago, es necesario que esté una esposa mejor que él, para que él gane en ceder al influjo de su consorte; tú, por el contrario, necesitas un esposo, cuyo ánimo firme te haga volver á tus antiguas virtudes, y te reprima en tus defectos presentes. Mi hijo te dió palabra de esposo, y por el bien del país no debe cumplirla: ni él quiere ni yo quiero; pero tampoco es justo que un rey y un hijo de rey quebranten su palabra, aunque sea por la salud del estado, sin desagraviar cuanto sea posible á la persona á quien se perjudica. No te casarás con mi hijo; pero no dejarás de ser reina por eso. Teodosinda, yo he venido á casarme contigo.

(La sorpresa, la confusion y hasta el arrepentimiento asaltaron de golpe el corazon de Teodosinda.)

«Durante mi vida, que ya será bien corta, gozarás ese fausto y grandeza que tanto te alhagan: daño no podrás hacer, porque yo no te lo permitiré; ántes al contrario, por tu conducto dispensaré yo todas las gracias que pueda. La práctica del bien, voluntaria ó forzosa, te aficionará á él, y te hará contraer la costumbre de la virtud: las bendiciones que recibas te afirmarán en ella. Despues de mi fallecimiento habrás de entrar, segun se usa, en un monasterio; de esta manera se evita que vuelvas á pervertirte, aunque te falte mi vigilancia. Ea, pues, Teodosinda, renuncia á tus ideas de venganza, y da la mano á tu marido.

— ¿Sabrá el Rey lo que tenemos últimamente dispuesto? se decia á sí propia Teodosinda. Imposible; ha venido sin gente. En mi mano tengo el ser reina, y si me vengo, no lo seré. Pero ¡es tan dulce vengarse!

«Señor, dijo por fin, sin atreverse á tender al Rey la mano, ¿qué haréis de Floriana?

— No quiero disimular mas tiempo contigo, respondió el Rey en voz baja: Floriana será esposa de Recesvinto.

— ¡Su esposa! exclamó Teodosinda, levantándose sin poder contenerse: su esposa!»

Al levantarse habia alcanzado á ver por el balcon de la sala numerosas huestes, que llenaban los campos inmediatos á la ciudad. Ya se oian claramente los instrumentos bélicos; ya cundian dentro de Segóbriga voces de alboroto. Los conjurados se miraban unos á otros con satisfaccion; Teodosinda se repuso, y expresando su interior contento, pero haciendo como si contestara á la exclamacion de «su esposa!» añadió esta sola palabra: «Bien!»

En esto entró Floriana en la estancia: la ira de Teodosinda creció al verla.

«Hija mia, le dijo benignamente el Rey, yo he necesitado tiempo para experimentar y conocer tus virtudes; ha llegado el dia en que tengan su premio. Como principio de los honores que te destino, vas ahora á servirme la copa: cógela, Floriana.»

Floriana aletargada, alelada por la pena, habia venido hasta el salon maquinalmente; ni la presencia del Rey allí, ni el tono en que le hablaba, le causaron impresion ninguna; solo sentia, solo comprendia, solo podia pararse su imaginacion en el terrible pensamiento de que iba á ser esposa de Froya.

«Hija mia, prosiguió el Rey, hazme tú la salva para que beba.» Floriana no le entendió.

«Bebe tú primero, Floriana; bebe tú primero en la copa de que va á servirse tu Rey, repitió Flavio, poniendo á la hija del valle la copa en la mano.»

La celosa Teodosínda, que vió á Floriana con la copa cerca de los labios, se olvidó completamente de todo lo que ántes se habia dispuesto: nada le importaba el mayor peligro, con tal que pereciese la odiosa rival; ningun caso hizo de las miradas interrogatorias que algunos conjurados le dirigian. El Rey hizo apurar á Floriana toda la copa. Cuando Floriana acababa de beber, entró Froya en la sala precipitado y fuera de sí.

«Apártate de ahí, hermana, gritó con voz espantosa; apártate de ahí, que nos han vendido.»

La mayor parte de los conjurados, no poco aturdidos ya desde que vieron que Flavio no habia bebido el veneno, echó á correr al oir estas palabras. Quedaron en la sala unos cuantos... inmóviles.

«Flavio, continuó Froya, yo te he querido destronar, y tú has burlado mis designios. Las tropas que cercan esta ciudad están en tu favor, aunque han fingido que me serian fieles. Pero aunque tus soldados rodean á Segóbriga y penetran en su plaza, tú te hallas imprudentemente aquí en medio de los mios. Moriré sin duda; pero tú perecerás primero.»

Froya se dirigió al Rey con espada en mano.

«A mi lado!» exclamó Quindasvinto.

Los conjurados que se habian quedado, y estaban ganados por el Rey, desenvainaron los aceros y se colocaron delante y en defensa de Flavio, diciendo á voz en grito: «¡Muera el traidor!»

«¿No he de vengarme?» dijo Froya rugiendo.

— Yo he sido mas feliz, repuso Teodosinda, señalando á Floriana, que, perdido el conocimiento, caia en el suelo. Mi rival ha perecido envenenada.

— Me has robado mi amor! gritó Froya rechinando los

dientes. Yo mataré al que es objeto del tuyo.» Salióse de la sala corriendo.

— Seguidle y prendedle, dijo el Rey á algunos de los fingidos conjurados. No encontrará Froya á Recesvinto en el calabozo. Vosotros encerrad á esa mujer y llamad á un físico: llamad gente que asista á esta otra desventurada.»

Los que no habian seguido á Froya, rodearon á Teodosinda y se retiraron con ella; el Rey quedó algunos momentos solo con Floriana.

«¡Animo, hija mia! ánimo!» le decia el Rey sosteniéndola. «Van á socorrerte; aun es tiempo; tus enemigos van á ser ejemplarmente castigados.» Estas palabras últimas que entreoyó la inocente víctima, le hicieron esforzarse á articular algunos sonidos, que se negaba ya á formar su lengua paralizada.

«¡Perdon! perdon!» exclamó la misericordiosa jóven; y cerrando los ojos, desaparecieron de su cuerpo todas las señales de vida.

Cuando llegaban el físico y las esclavas, se oyó terrible ruido de cuchilladas en un aposento del castillo: acudió el Rey á la puerta; pero la halló cerrada. Al retirarse Froya, seguido por los confidentes del Rey, les ganó la delantera y cerró aquella puerta, que era de solidísimo roble. Por el lado opuesto venia Recesvinto, libre ya, como se dirá mas adelante: encontráronse los dos rivales, y una mirada instantánea, recíproca, les dió á entender que de aquella estancia solo habia de salir vivo el uno. Recesvinto cerró tambien la puerta por donde habia entrado, desnudó la espada, y se puso delante de Froya. Los conjurados que le habian seguido, intentaron forzar la puerta; pero fué en vano.

«Miéntras buscan instrumentos con que echar abajo las puertas, dijo Froya á Recesvinto, hay tiempo de sobra para que nos matemos.

— Si soy yo el que perezco, contestó el Príncipe, tú puedes librarte. Mira.»

Diciendo y haciendo abrió en un ángulo una puertecilla disimulada que daba entrada á una escalera tortuosa. El alcaide ó mayordomo del castillo, fiel al Monarca y al Príncipe, les habia descubierto el secreto, ignorado de Froya. La escalera comunicaba con el calabozo donde habia estado Recesvinto, y desde allí por un camino subterráneo guiaba fuera de la ciudad. Por este camino tambien, pero por otra escalera, habia entrado Froya hasta la sala de los banquetes. Como las tropas que rodeaban á Segóbriga iban entrando, no quedaba en los contornos soldado ninguno, y la fuga de Froya era posible. Recesvinto habia sido puesto en libertad por el alcaide y Sisberto, espías del Rey, miéntras este habia fingido reposar en la alcoba.

La lucha entre los dos competidores en amor y grandeza principió con tal ímpetu, que debia durar muy poco. La ventana del aposento donde pasaba esta escena sangrienta, daba enfrente del cuarto donde habian arrestado á Teodosinda, que era donde poco ántes habia estado Floriana encerrada por Froya. Teodosinda, acudiendo al ruido, se asomó á la reja á ver. El uno de los combatientes era su hermano; el otro era el hombre á quien habia tenido amor. El resultado del combate siempre habia de ser funesto para ella. Asaltada su razon con tan repetidos golpes, comenzó á turbársele; agaróse fuertemente á la reja, y principió á dar alaridos horribles inarticulados.

A un mismo tiempo los confidentes del Rey comenzaron tambien á golpear las dos puertas de la sala para vencerlas. Con el estrépito de los martillos retumbaba el palacio todo; el batir de las espadas estremecia; los chillidos de Teodosinda hacian temblar.

A los primeros lances hirió Froya á Recesvinto ligeramente; el furor del Príncipe se aumentó con la herida, y el Duque fué herido tambien. Yéndose entónces á Recesvinto como un jabalí al que le disparó el dardo, Froya hundió su espada en el costado del Príncipe, al mismo tiempo que la espada de Recesvinto daba como una segur sobre el cráneo del Duque. Cada uno cayó por su lado: Froya sin vida, Recesvinto sin conocimiento.

Forzadas las puertas, el Rey, desatentado, llorando como un niño, cogió á su hijo en sus brazos, y él solo le condujo á una cama. El médico llamado para cuidar de la amante, que ya no necesitaba su auxilio, tuvo que acudir á la cabecera del amado. El cadáver de Froya quedó abandonado algunas horas en el paraje en que habia caido, frente á la ventana. Cuando el alcaide del castillo fué á recogerle para darle sepultura por mandado de Flavio, otro espectáculo mas lastimoso espantó su vista. En la reja de enfrente se habia suspendido Teodosinda de un hierro, echándose por dogal al cuello la cabellera de Floriana.

CONCLUSION.

¡Gloria se dé al Altísimo,
Y él bendicion derrame
Sobre el piadoso espíritu,
Que, roto el yugo infame,
La libertad ingénita
Devuelve al español!

(La ley de raza, *acto* 3.)

Unos cuantos dias despues pasaba por la Hoz una litera enlutada, rodeada de sacerdotes, pajes, esclavos y soldados. Uno de estos habia acompañado á Froya cuando llevó á Floriana por aquel camino. El alcaide del castillo de Segóbriga iba al frente de la fúnebre comitiva. Llegados á vista del agujero adonde Floriana tiró la piedra, el soldado (que lo habia visto, á pesar de las precauciones de Froya) no pudo ménos de decir al alcaide: «La prediccion que hay acerca de este nicho, siempre se cumple de un modo ó de otro. Como Floriana metió en él un canto, era preciso que volviese á pasar por aquí, viva ó difunta: el agüero queda cumplido.» El alcaide se sonrió; pero corroboró la idea del soldado: «En efecto, la prediccion de la Hoz no quedará desmentida esta vez.»

Algunas semanas mas adelante celebraba toda la grandeza visigoda en Toledo el restablecimiento de Recesvinto. Al anochecer habia principiado el banquete, y á mas de media noche no habia concluido: se habian retirado los ancianos; los jóvenes seguian bebiendo y conversando bulliciosamente. Cerca de Recesvinto se hallaban los Duques Venderio y Frandila y el Conde Evarico, amigos suyos, con quienes habia tenido largos coloquios durante el festin.

«Continúa, dijo Verderio al Príncipe, continúa la historia de esos malaventurados amores. Tu esposa, la romana, era un ángel de Dios.

— Un ángel» repitieron todos los jóvenes que se hallaban inmediatos; porque la conversacion iba haciéndose general: los que no habian oido el principio, lo preguntaban á los que lo sabian.

«Que hable alto para que todos oigamos,» gritaron algunos que se hallaban distantes.

Recesvinto prosiguió así:

«Cuando yo dije á mi severísimo padre que Floriana, aunque española de todos cuatro costados, era una mujer de

talento y virtudes tan eminentes como la mas ilustre dama de nuestra sangre, mi padre me tomó la palabra, y me juró que si hechas con Floriana rigorosas pruebas, se mostraba tan virtuosa como yo decia, permitiria por solemne decreto mi enlace con ella. En medio de la exaltacion en que yo me hallaba, admití las condiciones de mi padre, porque conocia muy bien el inmenso valor de mi amada; despues temí las consecuencias del peligroso empeño. Vosotros, guerreros de corazon demasiado fuerte, vais á mofaros de mí si os confieso que mi temor era, no que Floriana sucumbiese en la prueba, sino que padeciera en ella tanto, que despues no pudiese amar al hombre que habia sido capaz de consentir en su largo martirio. ¡Os reís como de una cosa inaudita! ¡Os parece que el temor de perder el cariño de una mujer no es digno de albergarse en el corazon de un hombre! Yo os juro que merecia Floriana que tuviera yo ese temor por ella. Mi padre me obligó á prometerle que, miéntras las pruebas duraban, me mantendria siempre distante de mi dulce española; á la verdad, si hubiera sido testigo de sus amarguras, á pesar de mi edad y promesas, yo me hubiera hecho traicion repetidas veces. Se me echó de Toledo, Floriana fué reducida á la clase de sierva, se anunció mi boda con Teodosinda; y la virtuosa romana se mostró siempre resignada á su suerte, respetuosa con su ama, fiel á su amor. Solamente fué capaz de faltar á él por el mismo amor que me profesaba. Un amigo de Froya, ó mas bien un amigo nuestro que engañó á Froya, me ha dicho que la misma noche que fuí preso y conducido á Segóbriga, el Duque, determinado á matarme, ofreció á Floriana que me dejaria con vida si consentia en ser su esposa.

— ¿Su esposa? exclamaron con asombro todos los convidados.

— Su legítima esposa, contestó Recesvinto. Floriana consintió en dar la mano á Froya para salvarme; pero le obligó á jurar tambien que respetaria la vida de mi padre y permitiria que casasen las gentes de la raza goda con la celtibérica.

— ¿Eso prometió Froya? volvieron á exclamar los amigos de Recesvinto.

— Así lo dijo Froya á nuestro leal amigo Everedo en la mañana de la sublevacion. Esa ley pensaba dar el grande enemigo de los romanos, esa ley que tanto os repugnaba cuando yo por primera vez os manifesté su conveniencia.

— Ya nos has convencido, replicó Frandila. Mañana, hoy mismo, porque pronto amanecerá, vamos á proclamarte Rey en union con tu padre: cuando quieras promulgar esa disposicion, tendrás nuestro apoyo.

— A pesar, añadió Venderio, de lo impolítico que era el casarte con la romana, si viviera, la saludaríamos Reina gustosos.

— Sí, sí, gritaron todos á una voz.

— Decís eso, replicó el Príncipe, porque no existe; si viviera, pensariais de otro modo.

— No, no, no.

— No os creo.

— Lo juro, lo juramos. Por la fe, por el honor, por nuestro nombre.

— ¿Jurais, repuso el Príncipe, que si viviera Floriana, no llevariais á mal mi enlace con ella?

— ¡Sí! sí! sí!» gritaron sin vacilar todos.

Entónces Recesvinto se acercó á una puerta de la sala, delante de la cual pendia un gran cortinaje; descorriólo de golpe, y apareció ante aquella juventud entusiasta la candorosa figura de la hija del valle, que, puesta de pié, ruborosa y confusa, esperaba el fin de la conversacion.

«Floriana vive! exclamó el enamorado Recesvinto: vedla, ved á la que me concedeis por esposa.

— ¡Viva! gritaron todos, viva nuestra Reina!»

(Sisberto habia confeccionado un narcótico para Floriana, en lugar de un veneno, y habia dado aviso de todo al Rey, que se hallaba en el Valle del Paraíso, disponiendo la manera de frustrar la sublevacion tramada por el Duque Froya.)

La vocería de los convidados despertó á todo el palacio de Quindasvinto. Exaltados con la presencia de la hermosa Floriana, que ceñida de una toca blanca, vestida de túnica y manto blanco tambien, tenia un no sé qué de celestial en todo el atavío de su persona, ya no acertaron á contenerse en los límites de una moderada alegría. Quisieron que la proclamacion de Recesvinto se hiciese en aquella hora misma; hicieron que se levantara y vistiera el Rey, se tocaron los clarines y se puso en arma á Toledo entera. El santo metropolitano Eugenio y el santo Obispo de Zaragoza Braulio, principal patrono del Príncipe, que se hallaba en la ciudad á la solemne fiesta, acudieron al pretorio al instante desde la iglesia donde juntos estaban orando. Toda la poblacion, que velaba solemnizando con hogueras, bailes y cánticos la víspera del fausto dia, corrió, voló, se precipitó á la plaza del pretorio. A un balcon anchuroso y largo, sostenido en el pórtico, salieron Flavio y Recesvinto llevando á Floriana en medio; á sus lados iban los dos prelados de Toledo y de Zaragoza; á los lados de estos y detras, en cuanto el balcon lo permitia, se apiñaron los duques y caudillos de la nobleza gótica; los demas ocuparon las ventanas próximas.

Entre riquísimos colores de grana y oro despuntaba el sol,

resplandeciente como nunca, para señalar el momento feliz de la emancipacion de la raza española.

Gritos agudos de júbilo rompian los aires.

Los soldados agitaban los capacetes en la punta de las lanzas; los vecinos batian las palmas; los mantos volaban, arrojados sobre las cabezas sin cesar.

Tendió Quindasvinto la mano, y siguióse un silencio tan profundo, como si Toledo hubiera de repente quedado desierta.

«Godos ilustres, dijo el Monarca, yo os he pedido que asocieis á mi hijo al trono, y vosotros me lo concedeis.

— ¡Sí! gritaron los próceres, que se hallaban en el balcon ó mirador principal; ¡sí! dijeron los que estaban en los miradores contiguos; ¡sí! dijeron los sacerdotes, los soldados, todos.

— ¡Viva el Príncipe! ¡viva el Rey! ¡viva Recesvinto!»

Sosegado el primer estrépito de aclamaciones, el Obispo Braulio hizo seña de que habia mas que saber; el modestísimo Eugenio no quiso tomar la palabra delante del que veneraba como maestro.

«Fieles, que me oís, dijo con esforzada voz el Obispo: hasta ahora, por juicios del Todopoderoso, ha habido en España un pueblo conquistador y un pueblo vencido; desde hoy, mediante la celeste misericordia, no ha de haber mas que un pueblo de hermanos, de españoles, de fieles adoradores del Señor que nos crió á todos. El Rey, el Príncipe, la Nobleza y la Iglesia consienten los matrimonios entre godo y romana, y romano y goda. El Príncipe Recesvinto, que habia, tiempo há, ofrecido su mano y fe á esta española, que veis á su lado, se desposa hoy solemnemente con ella: la ley lo autoriza, la Iglesia lo bendice, y yo me complazco en declarar á Floriana altamente merecedora de tan ilustre casamiento, por ser la gloria de nuestro país, la corona de su estado y la mas virtuosa de las mujeres.»

La sorpresa, la ternura, la embriaguez de júbilo, que el brevísimo razonamiento de Braulio produjo en los espectadores de la raza indígena, fué inexplicable. Gritos, lágrimas, bendiciones... Ya entre el agudísimo y confuso clamoreo se distinguia la voz de *libertad!* y la de *igualdad!* ya los nombres de *Flavio* y de *Recesvinto;* pero mas veces y mas claro resonaba el nombre de *Floriana.* Aquella esclava, que habian visto cruzar con los ojos bajos y rostro melancólico las calles de Toledo, en el séquito de Teodosinda, aquella segunda Ester, mas mortificada que la primera, habia conseguido la libertad de su pueblo. En un momento fueron escaladas todas las ventanas del pretorio; en un momento los árboles de la plaza fueron despojados de sus ramas para adornar con ellas

los antepechos de la fachada: el entusiasmo de los favorecidos se propagó á los bienhechores, disfrutando aquellos el placer inmenso que causa un bien merecido, pero inesperado, y estos la fruicion inefable que siente el corazon de donde ha salido una accion magnánima. Godos y españoles se abrazaban llorando al pié del balcon, donde agrupadas las personas de los pontífices, los Reyes y la hija del valle, se reunia en un punto lo mas sagrado que hay en la tierra: la fe verdadera y pura, el poder clemente y justo, la virtud heróica y amable.

Pisando flores, plantas aromáticas y mantos que arrojaba la multitud al suelo, marchó aquel dia Floriana en un caballo blanco como la nieve á ser por fin desposada, ungida y coronada en el templo. A cada instante la detenian los españoles para besarle los piés, para ofrecerle palmas y coronas. Flavio y Recesvinto no podian hacer dar un paso á sus alazanes, oprimidos por la muchedumbre. Existia en una capilla que cogia al paso, la caja ó concha de un carro magnífico de guerra, consagrado al Señor, como despojo el mas preciado que un general de Recaredo, fundador de la capilla, habia ganado al Rey de los francos, Gontramo, en las inmediaciones de Carcasona. El pueblo tomó aquella silla, ya convertida en andas; hizo subir á Floriana en ella; y levantándola en hombros, la condujo así en triunfo á la iglesia con una palma en la mano, descollando sobre el Rey, sobre el Príncipe, sobre los caudillos y los guerreros: porque el dia en que la virtud es conocida de los hombres, se eleva sobre todas las grandezas, dignidades y glorias del mundo. Floriana, objeto de tan fervoroso entusiasmo, gozando moderadamente la dicha, como habia sentido el mal sin exceso, dejábase conducir, enviando una ú otra mirada tímida á los lugares que habian sido testigos de su abatimiento; y entre los vivos afectos de gratitud que partian de su alma á los piés del Altísimo, dos ruegos tan solo le dirigia: felicidad para su esposo y para su pueblo, tranquila oscuridad para ella.

APENDICE
DEL
ORDENADOR Y EDITOR DE ESTA CRONICA.

Los votos de Floriana fueron cumplidos: sus virtudes, su influencia en la suerte de España y su nombre mismo han permanecido ignorados; si hubiera sido una princesa criminal, tan deforme de cuerpo y alma como la madrastra de san Hermenegildo, su nombre hubiera encontrado lugar en la historia. Los bienhechores del género humano suelen pasar sin dejar señales de su existencia; los monstruos nacidos para azote de la humanidad inmortalizan su memoria.

El nombre de *Floriana*, que lleva la heroina en esta narracion, tiene el orígen siguiente.

Entre los papeles que mi abuelo materno heredó en el año de 1805 de su hermano don Julian Antonio Martinez Calleja, que falleció en Madrid entónces, siendo teniente segundo de la iglesia parroquial de San Antonio de la Florida, pareció un cartapacio de pocas hojas, que tenia en la cubierta escritas estas palabras de letra del difunto: *Traduccion de un códice latino que se descubrió y pude haber á las manos cuando se hicieron las excavaciones en el cerro Cabeza del Griego, donde existió la antigua ciudad de Segóbriga.*[1] Al pié de la primera página, que, como era natural, principiaba con el título de la obra y decia: *Historia de la Reina* (aquí un nombre borrado), *escrita por Anacleto, diácono de la iglesia episcopal segobrigense en la Celtiberia*, se leia la siguiente nota, igualmente de puño y letra del presbítero: *Es obligacion mia divulgar este escrito, por lo que en él se refiere del sitio donde fué fundado siglos despues el pueblo de mi naturaleza, Valparaíso de Abajo, distante tres leguas de Cabeza del Griego.* Desde que, por muerte de mi abuelo, vinieron á mi poder algunos escritos de mi tio don Julian Antonio, entre los cuales se hallaba la traduccion mencionada, he practicado constantes y muy exquisitas diligencias para averiguar el paradero del códice de Anacleto; pero todas han sido sin fruto: privado del original, he tenido que contentarme con la copia: á cuyo texto me he arreglado fielmente en la relacion de los sucesos, bien que no así en el estilo. Para muestra de este,

[1] Esto creian muchos á principios del siglo actual; ahora se cree que no fué Segóbriga, sino Ercávica, la ciudad que existió en Cabeza del Griego.



y por lo que conviene á mi propósito, reproduzco aquí la introduccion á la letra.

«Bajo el amparo (dice) de Dios Todopoderoso y de la bienaventurada Vírgen María, yo Anacleto, siervo inútil de la Santa Iglesia episcopal de Segóbriga,[1] me propongo referir compendiosamente las heróicas pruebas y merecimientos insignes de la serenísima Reina.... española de linaje, cuyas virtudes ofuscaron la gloria de todas las matronas régias de orígen godo que la precedieron, sin haber sido jamas igualada por ninguna de sus ilustres sucesoras. Y en señal de la veneracion que yo y todos los descendientes de los españoles indígenas y de los romanos (conquistadores nuestros, pero confundidos ya con nosotros) profesamos á la gran princesa restauradora de su pueblo, he resuelto que siempre que el augusto nombre de.... aparezca en este breve libro, que mi fe le dedica, sus letras vayan escritas con brillantes colores y labor tan delicada y prolija, como la que he empleado en el códice mas suntuoso de los varios que tengo hechos como escribiente de esta Santa Iglesia. En cuyo propósito, que cumpliré (Dios mediante) siempre que mi vista, harto débil hace ya tiempo, me lo permitiere, comienzo así. En el año 686, etc.»

Bien fuese porque el pobre diácono perdiera la vista, como parece se lo recelaba, bien fuese porque su entusiasmo en favor de la Reina se entibiara mas adelante, bien porque le faltase tiempo ó quizá la vida para cumplir su designio, ello es, segun advierte mi tio, que el códice original estaba plagado de huecos, dejados de intento en blanco para poner el nombre de la Reina siempre que la narracion lo exigia, y el nombre no se hallaba escrito ni una vez siquiera: el cronista debió dejar para lo último aquella tarea, por ser mas delicada; no llegó á principiarla; y la Reina, por consiguiente, se quedó anónima para la posteridad: porque aquella Reciberga, que algunos autores han dado por esposa de Recesvinto, indudablemente, si damos fe á otros, lo fué de su padre.

Oigamos á mi tio las circunstancias con que se verificó el bautismo de la Princesa, las cuales justifican el título que lleva la obra.

«Pareciéndome una profanacion (escribe en sus notas) dar un nombre supuesto á un personaje verdadero tan respetable, puse el negocio en manos de la Providencia. Tomé el *Martirologio Romano*, impreso en Roma en 1585; llamé á la hi-

[1] Probablemente diria *Ercávica* en el códice, y en este como en los demas casos hubo de leerse *Segóbriga*, ya por la dificultad de la letra, ya por el mal estado del manuscrito.

ja de mi hermano, María, niña de pocos años, que aun no sabia leer entónces, y le entregué el libro, mandándole que lo abriera por donde mejor le pareciese: obedeció la niña á su modo, introduciendo el índice de la mano derecha por la página 251, y el índice de la siniestra por la 684. Preguntéle entónces cuál de las dos páginas me designaba; y la criatura, con la inocencia de su edad, respondió que una y otra. Observé entónces con sorpresa que en los dos puntos donde sentaba los dedos en ambas páginas, habia dos santos de un mismo nombre: san Floriano, mártir, de quien se hace mencion á 4 de Mayo, y san Floriano, mártir tambien, de quien se lee á 17 de Diciembre. Esta misteriosa coincidencia me ofuscó de suerte, que me persuadí con toda certeza de que, por divina permision, habia hallado el propio nombre de la esposa de Recesvinto, abuelo ó bisabuelo paterno del gran Pelayo; y sin escrúpulo ninguno planté á mi traduccion por título: *Historia de la Reina Floriana.* Borré poco despues el nombre, porque una reflexion me aguó todo el contento que me habia producido el hallazgo maravilloso: recordé que tenemos en España la palabra *fulano*, para indicar una persona cuyo nombre se ignora ú omite; y discurriendo sobre la etimología de la voz, me ocurrió la sospecha siguiente. Los Fruelas, Froilas, Froilanes y Froilanos (que todo es uno) abundaban mucho en Asturias en el tiempo de la restauracion y siglos inmediatos; quizá (como ahora se llama Pedro Fernandez á cualquiera, porque abundan los Pedros) dirian entónces *un Froilano* á todo hombre desconocido; y de aquí, algo mas adelante, se formaria el *fulano.*[1] El *Froilano* gótico probablemente seria el *Floriano* latino; y si esto es así, indudablemente está de Dios que no tenga nombre nuestra heroina, pues ni se le ha podido aplicar uno supuesto. *Floriana*, en nuestro país, no es nombre, sino sustitucion indeterminada por el nombre que se desconoce: de modo que titular este escrito: *Historia de la Reina Floriana*, equivale á escribir *Historia de la Reina doña Fulana*, es decir, una *Reina sin nombre.*»

[1] Nuestros orientalistas quieren que el *fulano* español venga de la palabra hebrea *feloni*, que, en efecto, significa en aquel idioma *un cierto hombre*. A mí me parece una *felonía* separarme de la opinion de mi tio. J. E. H.



LA NOVIA DE ORO.

CUENTO EN CASTELLANO ANTIGUO.

Salomon fué llamado un conde, asaz rico en vasallos é asaz pobre de magin, que, segund cuenta el Maestro Ferruz en su corónica de los varones famosos non conoscidos, hobo tierras é poder nada cortos acullá en las septentrionales partes de España: el cual Salomon fué muy mucho familiar é devoto de un mágico sabidorísimo, timoroso de Dios é los condes, que habia nombre *Babieca*, ansí dicho con farta razon, ca seyendo home doto mas que otro ningun, non salió en cuasi toda su vida, luenga como de suegra ó simple, non salió, digo, de sayo pardo de gruesa filaza, casa de alquiler y potaje de almortas. El bienaventurado Salomon casó, por consejo del Babieca su amigo, con doce mujeres arreo en soldemente treinta años; é todas las doce mujeres salomónicas fueron á maravilla fermosas é honestas é ricas é plascientes, é de poca vida, que es rara ventura; é todas encaescieron, é vivióles la cria, é fallescieron luego é la cria despues, é Salomon heredó en aquesta guisa una docena de padrimonios de gran cuantía: é catad á Salomon doce vegadas viudo, é doce vegadas mas rico ansimesmo que cuando era barragan, solo é señero en el mundo. E como entendiera en buscar la tredécima desposanda, platicó de boda con el mago, é le rogó afincadamente de facer trato con los planetas mas graves é copetudos, como don Junípero, don Saturio é don Marcio, é con los celestes enhastados signos, á saber, don Arias, don Tahur é don Capigorronio, de le dejar una esposa que le cuidara en su postrimería, é le diese fijos que su potente señorío heredaran. Acucioso el mago, tomó á la hora sus cuadrantes é astrolabios é otras máquinas peregrinas para fablar con los astros por señas, é sinificóles el cristiano deseo del Conde; é respondiéronle las estrellas faciendo guiños,

que aína podria el Conde haber sucesion felice para su casa; pero en casando que se casase, moriria de fijo: ca sus altezas los planetas é signos é toda la demas cámara lúcida tenian por número razonable el de una docena de novias para un solo novio, sin que la docena fués la del fraire. Amohinóse un tanto el adocenado Salomon con lo de morir si paladeaba mas el pan de la boda; ca discurriendo que sus doce veladas habian tan de súpito fenescido por ser altas é ilustres doncellas, revolvia en su caletre de se desposar al cabo con una mondonga de palacio, ojialegre é rolliza, que semejaba seer asaz vividera é mas que asaz encaescedora; seyendo empero recia cosa finar á sabiendas, parescióle consejo mas sano seguir conde viudo, que facer viuda condesa. Mas como en echando un conde el ojo á una moza, penoso el desviarlo dende le sea; é como agudamente duela á cualquier príncipe non dejar herederos, á su talante habidos; Salomon dando hí é tomando, cayó en cuenta un viérnes en ayunas, á la hora de alheñarse la barba, de que don Capigorronio é don Junípero (llamado otrimente don Jóven), don Saturio, don Arias é compañía amagábanle con la muerte si se casaba; pero non se casando, nada se decia de *requiem æternam.* E como fuese notoria fazaña que el mismísimo don Jóven hobiese habido fijos, sin casar, en doña Bleda, doña Anade, doña Guilopa [1] é otros mancebas que conosció en sus barzoneos por acá ayuso, ántes de se encaramar acullá suso á las planetarias esferas; el temerario Salomon, como se vido con la barba en la mano, quísosela facer á todas las estrellas que su casamiento impedian; é non catando ál que la conveniencia del su estado, propúsose de tener subcesion sin tener esposa: é salióse con ello, é non morió, nin dolióle una uña siquiera: ca las estrellas, como gente que non se sale del su carril, magüera ofendidas, atoviéronse á la letra de lo prognosticado. E la mondonga *Pavonesa* (que ansí la apellida Maese Ferruz, por seer vana á la par del pavon cuando ha mas poblada la cola) des que se cató con una gentilísima rapaza de veinte meses en el regazo, dejóse en mal hora tentar del demonio de la superbia; cercóse de boato é atuendo al tenor de una emperadora puso é quitó en el condado; trató mal á baron y escudero, dama é labriega, viuda é pupilo: á tanto que otro viérnes como el de márras, enojado el Conde por consejo del sesudo

[1] En este cuento se llama don Saturio á Saturno, don Junípero y don Jóven á Júpiter, don Marcio á Marte; á los signos Aries, Tauro y Capricornio se convierte en tres caballeros con los nombres de don Arias, don Tabur y don Capigorronio; finalmente, de Leda, Europa y Dánae se hace una doña Bleda, una doña Guilopa y una doña Anade. Para estropear nombres mitológicos se pintaba solo el Maestro Ferruz.



mágico, envió de improviso á la cámara de la cuasi condesa un fraire, tremebundo sermonador, é con él un muy reverente é manso bochin, con el hacha al hombro, recien aguzada. Amonestó el coronado á la Pavonesa, que, mal que le pesara, se convirtiese á Dios, é viese de reparar la su mundanería; é díjole melosamente el bochin, que si non, se dejase apercollar de gentil talante; é la non mal avisada mondonga, súbito son celeste lumbre de santa vocacion asistida, partió de carrera, é tras ella el bochin, á un monesterio, gridando por la calle: «Pecadora fuí, monja quiero seer, cilicio é penitencia demando.» Recebiéronla edificadas la abadesa é sororas del monesterio, motiláronla, ciliciáronla, é fué de todo punto monjificada, et en pocos dias, olvidada de lo que en vano remembrarie, deprendió diestramente la manifatura de las tortas y pan pintado, bollos, conservas é suplicaciones, seyendo luengos años sonada por ende, é fenesciendo en paz con renombre de una de las mas ejemplares é zarandeadas madres de la caostra.

Rematado ya el cuento de la mondonga, que Dios ha de cierto consigo, vengamos á la fija, cuyos loores luengamente relata en su corónica el Maestro Férruz, que de seis á trece años le enseñó cuanto él sabia, et á los trece y medio ya sabia la rapaza mucho mas que el Maese. Nascida en el dia de san Carísimo, con tal nombre fué baptizada, nombre en ella dos vegadas sinificativo: ca notorio es que esta palabra de *carísima* vale tanto como *muy querida* é *muy costosa;* é la mochacha, como subcesora en el condado, fuera muy *querida* é deseada del su padre ántes aun de nascer, é fué muy *amada* en nasciendo, é fué muy *costosa* á su madre, é púdolo seer á su padre, á malquistarse las estrellas con él por haberles fecho la barba; seyendo empero una cosa barbas é pelo, aplacáronse las iras celestes con la motilacion de la pecatriz convertida; ca los arrojos de los príncipes nunca se pagan en propia, sino en ajena cabeza: de grandes es errar; de pequeños satisfacer por los grandes. Como quier que fués, Carísima cresció por sus dias andados gentil é donosa, traviesa é aguda, é señaladamente damísima en todo: nunca sofrió un vestido mas de una postura; dormia con guantes é con un polido tocado; en su vida sentó los piés fuera de alfombra, litera, silla de manos ó estribo. No alcanzaba muy grand estatura; facíala, sí, mas linda el seer pequeñuela; el talle cabia en los jemes; labios coralinos, dientes nacáreos, la color un tanto quebrada, cabello negro, abundoso é de lustre; los ojos, negros ansimesmo como el zabache, magüer non grandes por demas, eran sobremanera graciosos é bailarines, que alzaban en vilo: fabla era vulgar en toda España destónces, que mirada é remirada Carísima á la menuda, non dábase en ella parte

ó faicion que fués de suyo acabada é perfeta; ayuntadas empero todas, armaban la fermosura mas apetescible que toparse pudiera. Aquí el Maestro Ferruz, en descargo de su consciencia, declara é jura por el hábito de Sant Pedro que la medietad é un tantico mas de la gentileza de la Condesica iba ciertamente en el atavío precioso et atinado que usaba; ca tal cobdicia de galas habia la moza, é tan grandes algos despendia en ellas, que á darle Salomon barro á mano, los doce bien logrados heredamientos de las doce malogradas condesas non abastaran para su arreo, é destonce sí que fuera para su padre *carísima*. Fueras ende, la rapaza salió discreta como una sierpe, dulce como una tórtola et alegre como un pandero, á tal que non se apartaba de su boca la risa, ca decíale asaz bien á su cara. Ansí seyendo, dicho es que habria pretendientes abondo: cual moscas á miel acudian príncipes, duques é barones á recuestarla; ella con apacible faz oia los requiebros de todos, respondíales con falagueras razones que non la ponian en premia, é dejábales en obsequio suyo bofordar, tornear, dar é tomar buenos tumbos é tal cual espadada, é gastar sus dineros por añadidura.

Veíalo todo é facia la vista gorda el buen Salomon por consejo del bonísimo sabio; ca veyendo farto dubdoso el que la Carísima heredase la ventura de heredar á doce maridos, cordura era comenzar por uno, rico por doce. Tan á manos llenas echaron los cielos la su bendicion á la fija de la Pavonesa, que á la par dos condes é un duque, perilustres y prepotentísimos, pretendiéronla por mujer á la faz de la eglesia, sin se curar de que su madre non fuera velada; bien que Salomon hobiérala reconocido ante el su Consejo, é todo el condado salomoniense recebídola é saludádola con vítores Condesa futura.

Dias corrian, años pasaban, la Condesa llegaba á sazon: forzoso era ponerla en estado. Un dia que se habia aderezado con sus galas mejores, llámase á palacio al astrólogo: Babieca viene. «¿Con quién aparellamos esta paloma? dícele jubiloso el padre. El Conde Bolonio, el Conde Espárrago et el Duque Armatoste sospiran por la mi única fija: ¿quién carga con ella? — Dicho lo habedes, respondió gravemente Babieca: fallo es inapelable de las estrellas, que solo sea marido de la gentil Carísima el su amador que en hombros la pueda levar desde este palacio á mi choza. — Catad, repuso el Conde, que la manceba non es grandemente rolliza é pesante, ni cae lueñe tampoco vuestra posada: levarán atal fardo cuantos lo quieran, é non sabremos á quién endilgarlo. — Si pesa ó non pesa, tornó á decir malicioso el mago, decírnoslo han los que tomarla deben á cuestas: vengan é prueben.» A la hora fueron congregados los condes é mucha gente: echaron suertes; cúpole el primero al Conde Bolonio, forzudo gar-

zon é redondo como una bola; cogió á Carísima de la cintura, echósela al hombro como un haz de centeno, fué á dar un paso... ¡Sant Llorente nos valga! El malaventurado Bolonio cayó al suelo fecho tortilla, salpicando de sangre á todos los hí estantes en torno: en el punto crudo de posarse en sus hombros Carísima, convirtióse en estatua maciza de oro, é despachurróle con su descomunal pesadumbre, quedándose ella luego como si nada hí hobiera pasado. Asió de ella el Conde Epárrago, altísimo é derecho mozon, é morió estrujado ni mas ni ménos que el Conde gordo: el Duque Armatoste, alto é fornido como los otros dos é muy mas robusto, emprendió tambien con la aciaga novia: cargó, é reventó con la carga. Espantados los demas condes é barones, que non osaban pretender á Carísima sinon de lueñe, fugieron dende á pícaro el postre. La Condesica, toda confusa et avergonzada, fuése á desnudar sus galas sanguinolentas; colérico el Conde caviló un rato si deberia quemar vivo ó enforcar por lo ménos al mago; mas habiendo costumbre de pedirle consejo en todo, sospechó que tal idea non le cuadrase mucho, é dejólo estar para mejor coyuntura. El doctor Babieca, solo quedante en la cámara condesil, rezó sendos responsos por los tres atortillados, é fués á yantar su escudilla de almortas.

E vedes aquí alborotados los pueblos de España con la extraña noticia de la *Novia de oro*, cundiente por do quier: sabrosa nueva para las damas á quien Carísima furtó sus galanes, aceda para los que presumian conquerir á Carísima, miraculosa para todos los ál, que así á ver la ya terrible Condesa acudian, como á tornante ánima del otro mundo. Mirábanla é remirábanla, é placíales el talle é la cara, el vestir, el andar, el decir é reir de la moza; concomíanse un tanto, é luego santiguábanse é partian de carrera diciendo: «¡Novia que pese, puédese sofrir, pesan todas; novia que aplaste, guarda! Carísima tan cara non la queremos.» El Conde, que nunca pensara en desanchar los términos de sus tierras lidiando, paresciéndole mas facedera cosa los acrescentar con una boda á su interese acomodada, cobró ira tan fuerte de ver incasable á su Carísima, que de buen grado la monjificara como á la madre, tomando luego otra mondonga que otro heredero le diera; hobo empero de desechar el audaz propósito, sospechando seer ya tarde para le traer á felice cabo; é non acertando á desfogar su iracundia en la su fija ni en el Babieca, torció la inquina, como era justo, hácia sus vasallos, pagando por todos los que mas á la mano estovieron: enforcó por ende gobernadores Pilatos, azotó Magdalenas escandalizantes, encorozó escribas, engaleró malsines, é fizo otras mucho buenas justicias, que solo se logran cuando

por la permision de Dios se acedan los condes. Era el estado de Salomon una balsa de aceite: estornudaba él, é calambregábase su corte. Carísima en tanto estrenaba una gala por dia, non dándosele un figo de ir á la tumba con palma.

Pero otra cosa estaba de suso. Figuradvos, pues, amados leyentes de la mi leyenda, que un fermoso dia de Mayo, á la tardecica, monta á caballo la Novia de oro (ca los caballos, como non pretendian casar con ella, levábanla á cuestas é non reventaban), é métese por un otero, é cae el caballo con la jineta en un charco, é por poco la estruja, con no seer de oro. Cabalgaba en pos de ella un palafrenero mozo, que aquel propio dia fuera recebido en palacio; gritóle Carísima que la sacara de entre caballo é lodo, é sesudamente respondió el palafrenero que, segund la cartilla que leida le fuera en la misma mañana, tocábale á él solevar el caballo, no empero levantar ni tocar de sus manos á su ama, ca esto era previllejo del su caballerizo. «Si vos non me alzáredes, díjole gimiendo Carísima, non podré yo, ca por mi cuenta debo estar deslomada. — Veámoslo, pues», repuso el remirado palafrenero; é restallando reciamente el látigo sobre el palafren é la dama, cual si enderezarles quisiera un azote fierísimo, asustáronse al estridor, é alzáronse entrambos. «¡Loado sea Dios!» prosiguió el mozo. Carísima, enojada por el susto, embistió á sacar al palafrenero los ojos; mas al reparar cuánto eran lindos, aquietóse de súpito é mandóle ir por las vecinas casas en busca de ropas con que mudar las suyas, todas encenagadas. Fué el palafrenero, é tornó con una camisa de fino cáñamo et un jubon é saya de rica bayeta, que hóbose de vestir á falta de otros la Condesica: et al apearse el palafrenero para dar el hábito á su ama, acogiósele su caballo, é siguióle el de Carísima como buen compañero. Hételos á los dos á pié, solicos, léjos de palacio, é la noche que viene. Andan é callan al pronto, andan é departen despues, é departiendo, echa la Condesica de ver que el palafrenero Justino fabla como un calonje, amén de ser bello como un angelon de retablo, é préndase sin mas del palafrenero. Mas el dolor de la caida molesta á la pobre moza, é cojea: nótalo Justino, et olvidando ya la cartilla palafreneresca, ciñe á la Carísima con sus brazos para echársela al hombro. ¡Oh fuerza del amor poderosa! Carísima, que poco ántes hobiera sacado al Justino los ojos, grita como si la mataran, é pugna por abajarse cuando el palafrenero por echársela encima, timorosa de tornarse oro é atortillar al mancebo, el cual en efeto la deja: sabia el Justino el apretado fin de los tres ricoshomes descacharrados; mas entendia homildemente el mancebo que así como podian portear los caballos é los jumentos á la su ama sin empecerles cosa, tambien así la podrie tomar

á cuestas el palafrenero, por su concomitancia con los cuadrúpedos. Aguantando pues el dolor, esforzándose á sonreir, magüer sin gana, prosiguió andando Carísima, é fizo contar su historia á Justino, é sopo que habia madre vieja é dos hermanas que él mantenia; que en la su aldea fuera rey de gallos ocho carnestolentas arreo; que non fuera de otro igualado en el manejo del látigo, con el cual, sin daño facer, gobernaba á su gusto el potro que mas coceaba; é por fin, que dejado habia en el pueblo una novia, con ánimo de no se casar miéntras no pusiera en estado á las hermanicas, é ganara para mantener honradamente á la vieja. Carísima lagrimeó bien de vegadas, oyendo la tierna relacion del mancebo; él pidió su amita perdon del susto; dióle ella á besar la mano; púsose él de finojos para besarla; quísole ella alzar; é al abajarse ella é levantarse él, tropezaron los labios de la moza con la frente del mozo, et osculáronse hí mal su grado con un buen coscorron, que les fizo perecerse de risa. La madre é las hermanas fueron traidas é acomodadas en palacio al otro dia.

No puede el amor absconderse: Carísima non vivia á gusto, salvo cuando platicaba con el palafrenero, rey ántes de gallos; por él facia merced á cualquiera; para él solo se engalanaba. Notólo el padre, pescudó á la hija, confesó ella, buscaron al mágico. «Padre Babieca, dijo Carísima, yo quisiera seer de Justino; pero non quisiera estrujarle. — Babieca amigo, díjole el Conde, mozo que tan gallardamente menea el látigo, paréceme cortado aposta para marido é para príncipe. Otro yerno apetesciera yo; pero á este apetesce mi fija, é yo non he asaz de brio para emparedar á ella é descabezar á él, como barrunto que convernia: pedid á los astros que por esta vegada ahorren al novio de cargar con la novia. — Imposible, respondió el trujaman de las estrellas: Justino ha de traer á Carísima desde su palacio á mi choza; pero en vez de tornarse de oro en tomándola acuestas, puédese tornar de pluma, en vistiendo la saya gorda que Justino le trujo cuando se enlodó en el otero. — Farto me duele, repuso la vana de Carísima, haber de casarme con vestido tan feo; pero cáseme yo á lo pobre, que yo me ataviaré luego á lo príncipe. — Mataredes á vuestro esposo, dijo Babieca: en tomando mas vuestras galas, ellas, mal grado vuestro, vos farán saltar sobre el triste Justino, trocada en oro, é será del lo que fué de los tres malaventurados.» Carísima gimió de lo hondo del alma; recobrándose empero, dijo: «Tanto quiero á Justino, que porque á él no avenga daño por mí, aun tomaria un cilicio á raiz de las carnes por toda mi vida: vestiré bayeta.» El padre et el mágico bendijeron é besaron á la mochacha, é despidiéronse fasta el dia siguiente. Llegada Carísima á su aposento, juntó

sus galas é sus dineros, é repartiólo todo entre los pobres, apartando un gran regalo para Babieca. Mal duermen las novias la noche ántes del desposorio; Carísima durmió mejor que ninguna: sobre una buena accion, de miel es el sueño.

Amaneció, vistióse Carísima sin facer dengues la honesta ropa, é ¡ved qué asombro! mas bizarra parescia con aquel pobre hábito, que con sus galas de costa inorme: ¿qué mejor gala que amor é virtud? El cura, padrinos é testimonias ya estaban en cas de Babieca; millares de millares de homes é fembras, en dos hileras contenidos por la guardia del Conde, facian calle del palacio á la choza. Justino andaba forastero, é non sabia cosa: bajaron Salomon é Carísima á esperarle en la plaza de armas. Ya viene, ya llega: míranle todos; inquietud aguda les embarga la voz; ninguno resuella. Dice el Conde á Justino: «Toma en hombros tu novia.» Aquí gritan todos, amarillos de espanto. Adoraba Justino en Carísima, magüer nunca lo dijo; sabia que era muerto quien la alzara en hombros en guisa de amante; parescióle dulce muerte la que de ella viniera, y sin dudar un punto, echóle los brazos, diciendo soldemente al alzarla: «Carísima, mirad por mi madre.» ¡Qué pasmo! é ¡qué gritería de júbilo cuando vieron que el felice Justino, gallardeándose con la fermosa carga, mas leve que esponja, arrancó de carrera con la celeridad de quien va hácia la dicha! Poblóse de capas el suelo, hinchióse de bendiciones el aire. Reeebieron las del clérigo los dos amantes; é Carísima, que fasta destonce fuera llamada la *Novia de oro* por lo costosa, fué nombrada en adelante la *Esposa de oro*, por su alto merescimiento, por su inestimable valía.

Remata su corónica el Maestro Ferruz con estas palabras: La mujer perdida por galas es la roina de su marido: no le honra con ellas cuando le endeuda; le escarnece y desdora. No ama á su esposo quien no cuida su hacienda: á tal desamor y descuido siguen muy de cerca lastimosas desgracias.

MARIQUITA LA PELONA.[1]

CRONICA ESPAÑOLA DEL SIGLO XV.

Vituperable cosa paresce traer de contino palabras en la boca, de las cuales la sinificacion non se cala, como quier que mancilla seya del home de seso fablar de aquello que non entiende. Dígovos esto á los que la presente relacion hobiéredes á las manos, por cuanto bien os habrá veces fartas acaescido mentar á *Mariquilla la Pelona*: é yo tengo para mi sayo que ansí quién fué Mariquilla la Pelona sabredes, como sé yo quién se hobo de comer el gallo de la Pasion, magüer barrunto que seria ciertamientre una boca ó mas de una. Quiérovos por ende tirar de inorancia sobre tal subjeto, é vos aviso que la tan remembrada María fué nascida en tierras de Segovia, et en la villa de Sant-García llamada, villa asaz famosa por la fermosura de las mancebas que cria, las cuales tan gentiles é donosas caras han de ordinario, que tales véalas yo en torno de mí á la hora de mi muerte: serafinicos viera. Padre fué de María un honrado labrador, de nombre Joan Lanas, cristiano viejo é bien quisto é non mal heredado, é de bien poca sal en la mollera: cosa que al padre et á la fija mucho de malandanza trojo; ca en los tiempos que alcanzamos, Dios me perdone si non es fuerza mas haber de bellaco que non de bendito. Fué ansí que Joan Lanas, por malos de sus pecados, hobo de haber una litigacion con un su vecino sobre un parral que valdria fasta cincuenta maravedís; é habia razon Joan, é diérongela los jueces, en guisa que ganó la lite; salvo que non duró ménos de diez años, nin le montó de costas ménos de cinco mil maravedís, amén de

[1] *La Reina sin nombre* y esta leyenda fueron destinadas para entretenimiento y consuelo de una hermosa dama, que, á consecuencia de una enfermedad, tuvo que cortarse el cabello.

un mal de ojos, de que vino á fincar ciego á la postre. Como se topó menguado de facienda é sin la vista de los ojos, aborrido é desconortado fizo dineros lo que del heredamiento de sus mayores leixárale la afambrida grey de letrados é de curiales, é tomó la via de Toledo con la su fija, que entrada en los disiseis años, habíase fecho una de las mas garridas, apuestas é apetescibles doncellas que se pudieran fallar en Castilla é reinos allende. Ca ella era blanca al par de la azucena é colorada al par de la rosa, derecha é alta de estado, enjuta de talle é recia de cuadriles; otrosí habia la mano et el pié á maravilla pequeños é redondicos, é una mata de pelo que le descendia fasta las corvas. E yo conoscí á la viuda de Sarmiento, que fué ama de llaves suya, la cual me contaba cómo cuasi non podia abarcarle el tronco del pelo con ambas las manos, é que non de otra guisa la pudiera peinar sinon puesta la doncella de pié, é sobida el ama en una tarima; ca si María se asentara, barrerleia su luenga cabellera el suelo, et enmarañaríasele toda. E non vos figuredes que por ser tamaña su beldad é donaire pecase grandemientre de soberbiosa é casquilucia, segund que las rapazas de hogaño suelen; homildica era como una lega de caostra, é callada como si mujier non fuese, é sofrida como la corderilla que mama, é afanadora como la hormiga, limpia como el arminio, et honesta como una sancta del tiempo en que por la misericordia del muy Alto nascian sanctas en el mundo. Fiduciarvos he empero en amistanza que habia nuestra Maricuela vanidad non poca del su cabello, é que folgaba de lo mostrar; é por ende, oras en la calle, oras en visita, oras en misa fuese, diz que soltar el manto sotilmente solia fasta lo derribar en los hombros, facendo de la olvidadiza é mal cuidadosa: tocas non traia nunca so la montera, ca decia que la ponian bochorno é congoja; é cada que su padre reprochábala por algun fecho punicion meresciente, é menazábala de le toller el cabello, júrovos que le dolia tres tantos mas que una vuelta de zurriaga, et estonce era buena tres semanas arreo: á tanto que Joan Lanas, catando la enmienda, reia á socapa, é fablando su fabla con los sus compadres, decíales que la su fija ganar habia, como la otra sancta de Secilia, el cielo por los cabellos. Leixado este tema, conviene que sepades que Joan Lanas el ciego, con trocar de tierra é posada non trocó de meollo; é si mentecapto era en Sant-García, mentecapto fincó en Toledo, consomiendo hí los sus dineros con físicos é zurujanos roines que non le sanaban la su ceguera, é le empobrescian cada dia mas; que á non haber seido su fija tan ducha en labrar é guarnir paños de lino, lana é seda, yo vos prometo que el cuitado de Joan verseia mas de cuatro disantos sin alcandora que se poner, nin bocado que yantar, fueras

ende que non lo demandara de puerta en puerta. Años pasaban, é María cada vegada mas fermosa, é su padre cada vegada mas ciego é mas ganoso de ver; fasta que la pesadumbre é coita le acució en cuer é magin tan fuertemientre, que María hobo de conoscer claro como la lumbre del sol, que si el su padre non cobrase la vista, finara de pena. A la hora María tomó á su padre, é levólo en cas de un físico arábigo de grand saber que moraba en Toledo, é dijo al moro de catar si el viejo habia cura de su malatía. El arábigo cató é tentó á Joan, é fizo con él esas et osotras probaduras, é todo paró en que el físico ficiese por el zancarron de Mahoma de que habia certinidad de guarir á Joan facendo que tornase á ver á su fija, á tanto que se le pagase la guaridura con quinientos maravedís de oro en oro: ¡asedo cabo de tan sabroso comienzo, ca los dos lacerados de Joan é María non habian en hucha nin maravedí nin blanca! Fuéronse dende mohinos, é María non cesaba de orar al señor Sant-Illan é al señor Sant-Yego que les quesieran acorrer en tan áspero trance. «¿De dó, cavilaba ella en sus adentros, de dó tirar quinientos maravedís para ser quitos con el honrado moro que tornarleia la vista de los ojos al triste de mi padre? A la hé, yo garrida moza soy, é amartelados de sobra cuento, pecheros é fidalgos, que me endilgan quillotros é gentilezas; mas todos son mancebillos pitofleros, que de ál non curan que de sus garzonías, é buscan barraganas, é non dueñas segund la ley de don Jesucristo. Mémbrome non obstante que frente de casa mora el espadero Maese Palomo, que de contino me mira é remira, é nunca me fabla; é ansí la Vírgen me ayude, que me paresce el home de asaz buena masa para marido; pero ¿cuál mochacha, non seyendo tuerta nin gibosa, podelleia querer con aquella la su nariz tan chata, con aquella la su color de dátil maduro, con aquellos los sus ojos de beserro mortecino, é con aquellas las sus manazas que mas aína semejan de animalia bruta que de persona que asir con ellas blandamientre debe las de la fembra que la suerte le depare para la su compaña? Diz que non seya nada embriago, nin apaleador, nin doñeador, nin mintroso, é que seya otrosí grandemientre cabdaloso é rico: ¡lástima que tales partes adune quien es tan grandemientre feo é zamborotudo!» Dando é tomando en esto, llegaron Joan é María á su posada, onde atendiéndolos un escudero estaba con loba de luto, el cual dijo á María que su tia del Corregidor de la cibdad era muerta en estado honesto et en la flor de su edad, ca non habia complido los setenta, é que habiéndose de facer las obsequias de la doncellica setentañona al otro dia, fuerza era que el su ataúd fuese levado á la eglesia por doncellas, é veníale á pescudar á María si plazríale de ser una de las

porteadoras de la finada, é daríagele un hábito blanco é de yantar é un ducado é las gracias por añididura. María, á fuer de bien adotrinada manceba, respondió que si el su padre venia bien en ello, ansimesmo ella vernia. Joan acetó, é María regodeóse de poder andar á facer alarde de su cabelladura, ca sabido es que las mochachas que levan á soterrar á otra van desmelenadas. E cuando á la otra mañana las dueñas de la Corregidora adereszaron á María con el hábito blanco como el ampo de la nieve, é fino como piel de cebolla; é cuando rodeáronle al cenceño talle una faja carmesí de seda cuyos cabos pendian fasta el ancho ruedo de las haldas; é cuando cingiéronle una corona de blancas flores por la su tersa é candidísima frente, dígovos que con el hábito, é la faja, é la corona, é la fermosa cabellera tendida, é la muy mas fermosa faz é continente suyo, non semejaba fembra de carne é de hueso formada, sinon sobrehumana criatura, bienaventurada conmoradora de los lucientes cercos onde asisten las célicas hierarquías. Saliéronla á ver á la sala el Corregidor é los del duelo, é todos de contino loaban á Dios, á quien tan miraclosas obras plega facer para consolacion é solaz de los en el mundo vivientes. E allá en un rincon de la sala fincaba inmóvile, como bulto de peña labrado, uno de los del mortuorio con el capirote del luto ya puesto, que non se le veian mas de los ojos, los que habia de hito en hito clavados en la garrida doncella, la cual traia los suyos honestamente abajados al suelo, é un poco doblegada la cabeza, é un poco coloradas de vergüenza las mejillas, magüer le sabia mucho bien oir los loores que de su gentileza facíanse. Abrióse á deshora un cancel, é comenzó de asomar una grande comba de saya, que ál non era que la tripa de la Corregidora, la cual paresció al cabo de dos brazas de vientre, ca estaba en dias de parto; é como vido á María, fincó hí parada, desanchó los ojos de un jeme, mordióse los bezos é llamó á su marido; departieron juntos una buena pieza, é fuéronse dende, é cuando tornaron, los del mortuorio eran ya idos.

En tanto que dan tierra á la defuncta, quiérovos decir, curiosos leyentes, como el Corregidor é la Corregidora eran desposados, luengos años habia, sin haber fijos; é cobdiciábanlos como el campero la pluvia de Mayo, é por fin habíale tocado su hora de bendicion á la Corregidora con grande contentamiento de su marido. Sonrugíase que la tal dama siempre habia picado en antojadiza: ¡juzguedes si serloia en el tiempo de su preñedad! E, por non sabemos cuáles de los sus achaques, era ya mas que medianamientre calva é sin pelo, é mesmamente aquellos dias habia encomendado á una barbera, que vivia en olor de bruja, que le adobase una ca-

bellera apostiza, salvo que non habia de ser de fembra defuncta; ca sesudamente decia la Corregidora, que si el cabello era de mujier que gozaba de la superna gloria ó lastaba sus pecados en el purgadorio, profanamiento era levar prenda suya; é si yacia en el infierno, espantable cosa era traer en somo de la persona reliquias de muerta damnada. E desque vido la Corregidora la cabdalosa melena de María, antojósele para sí, é por eso llamó en poridad al Corregidor, é rogóle afincadamientre de reducir á María á se despelar, en tornando que tornase del mortuorio. — «Afírmovos, decia el Corregidor, que pretendedes cosa bien peliaguda de recabdar, ca en tal guisa idololatra en su cabello la moza melenuda, que mas aína endurará que la manquen de un dedo, que leixarse toller un mechon de las crenchas. — Yo vos aseguro, respondió la Corregidora, que si hoy en este dia no finca por mi mano rasa é monda como un melon la cabeza de esa rapaza, lo que albergo en el vientre tiene de sacar una cabellera pintada en el rostro: é si acertase á ser fembra, catad ¡qué donosa fija se vos apareja! — Parad mientes en que María demandará quizábes por el trasquileo muy buenos escudos. — Parad mientes en que si non, malograr habedes vueso heredero ú heredera, tan sobre hora en camino; et remembrad de pasada que podiera seer el primero et el postrimero.» Tornó con eso al Corregidor la espalda, é partió para su aposento gritando: «Cabellera pido, cabellera quiero; é si cabellera non he, para mi santiguada si encaesciere.» Habíase en tanto fecho el entierro sin mas novedad que de mentar fuese, sinon que cuando por las calles algun maleante queria entre la multidad hurgar á la fermosa María, el encapirotado de quien suso mencion ficimos, tiraba con prestedumbre una correa de so la loba, enderezaba un gentil zurriagazo al descomedido sin le decir palara, é seguia cabadelante cual si cosa non hobiese acontescido. Tornado el acompañamiento del duelo, el Corregidor trabó de la mano á María é díjole: «Ora bien, honrada doncella, menester es que departamos los dos un poco en esotra cuadra;» é diciendo é faciendo, metióla en el retrete de su mujier, é asentóse en un sitial é inclinó la cabeza é manoseóse la barba en ademan de quien estodia el comienzo que conviene dar á la plática. María, un tanto abobada é confusa, fincó de pié frontera del Corregidor, é abajó tambien homildemente los sus ojos, negros como la endrina; é por facer algo, meneaba blandamientre sobre la falda los cabos de la faja que le apretaba la cintura, non sabiendo qué se prometer del gravedoso gesto é silencio largo del Corregidor, quien alzando la vista é catando á María de suso ayuso, como la vido en positura tan remodesta, priso dende motivo para saltar diciendo: «Pardiez, María, que traedes un

porte tan recatado é santimonioso, que á tiro de ballesta se conosce que vos criades para monja tocanegrada; é si esto ansí fuere, cual me presumo, yo vos ofrezco de negociar como entreis en caostra sin dote, á trueco de que me endonedes cosa que va en somo de vos, é que estonce non vos será necesaria. — Prométovos, señor Corregidor, repuso María, que non creo me llame el Señor por aquese camino, ca estonce mi pobre padre fincaria sin el báculo de su vejedad en el mundo. — Agora, pues, yo vos quiero dar un consejo sano, hermana María: vos ganades el pan con sobrada fatiga, é debríades aprovechar el tiempo, tanto como posible vos fuese. Hame dicho una vuesa vecina que para facer el vueso tocado perdedes cada dia mas de dos horas: valiera mas que esas horas las emplegárades en vuesa labor, que en las tejeduras é moños que facedes con vuesa pelambrera. — Ansí es verdad, señor Corregidor, contestó María, tornándose roja como unos claveles; pero catad que non es culpa mia si he una madeja de cabellos, que para peinarlos é tranzarlos necesito un luengo rato cada mañana. — Dígovos que sí es vuesa la culpa, redarguyó el Corregidor; ca si vos cortárades esa madeja, vos ahorrábades aquesos tranzados é peinaduras; é trabajaríades mas, é ganaríades mas, é non daríades ocasion á que se vos tache de vana, é digan que aun vos ha de levar el enemigo por las guedejas. Non vos acuitedes, ca ya columbro cómo vos asoman las lagrimillas, que las habedes en verdad farto someras; yo vos amonesto por el vueso bien, sin interese ninguno: motiladvos, desmochadvos, rapadvos, buena María; é para tollervos el amargar del desmoche, yo vos endonaria cincuenta maravedís, siempre que me entriegárades la vuesa cabellera.» Cuando María oyó de buenas á primeras el ofrescimiento de tan razonable cuantía por el su pelámen, parescióle todo una burlería del Corregidor, é sonriyóse muy graciosamente, alimpiándose las lágrimas é repitiendo: «¡Cincuenta maravedís me endonades porque me rayga el pelo!» Al Corregidor (que diz non habia toda la trastienda de Ulíxes) hobo de parescer que aquella risa sinificaba que la moza non se pagaba de tan poco precio, et añadió: «Si non vos contentáredes con cincuenta maravedís, darvos he ciento.» Estonce María vido moverse cabadelante una cortina de un camarin facendo una grande bamba, é comprendió que hí acechando estaba la Corregidora, é que la bamba facíala su desaforada tripa; é como fuese María de buen engeño, calóse luego la entencion del Corregidor, é que seria un antojo de su oislo; é puso su firmedumbre en no sofrir el tresquilamiento si non tiraba dende los quinientos maravedís necesarios para pagar al físico arábigo que habia de descegar á su padre de ella. Sobió el Corregidor los cient maravedís á ciento cincuenta,

é despues á ducientos, é María proseguia sus risas, cabeceos é mohines; é cada que el Corregidor facia una puja é María contrafacia la dengosa, cuasi cuasi cobdiciaba ella que el Corregidor se retrayera del su propósito, por lo mucho que le dolia se despojar de aquel preciado ornamento, non embargante que granjear habia por él la salud del su padre. En soma, el Corregidor, ganoso de cerrar el trato, ca veyendo estaba las idas é venidas de la cortina, é conoscia por ellas la comezon é ansiedad que traeria la su velada, remató clamando: «Ea, rapaza, quinientos maravedís se vos dan: catad, noramala, si vos acomoda. — Norabuena, respondió sospirando María, como si fugiéragele el alma de las carnes con aquesta palabra; norabuena, siempre que non se haya de saber que finco pelona. — Yo vos lo fio», dijo la Corregidora, entrando en la cuadra con unas aguzadas tiseras en la mano é una fasaleja al brazo. Como vido las tiseras María, tornóse amarilla al par de la cera; é cuando la mandaron asentar en la silla del sacrificio, sintióse fetillar, é hobo de pedir un sorbo de agua; é cuando cingiéronle la fasaleja en torno de la garganta, cuéntase que hobiera partido de carrera, á non haberle fallido los espíritus; é cuando á la primer tiserada sintió el frio del hierro, dígovos que le paresció que le atravesaban el cuer con una daga buida. Posible non fué que mantoviese la cabeza queda un momento, durante la tonsuracion se facia; desviábase mal su grado á un lado é otro fugiendo las mordedoras tiseras, cuyo fuerte golpeo é crujido feríale acerbamente las orejas. Nada empero valian sus meneos é trajin á la mezquina tresquilada, ca la pertinaz tresquiladora, con el ansia é cobdicia de una mujier en cinta que satisfaz un antojo, tomábale bien ó mal á puñados los tendidos cabellos, é íbaselos bravamente cercenando, é caian en la blanca fasaleja, escorriéndose dende fasta pervenir en el suelo.

Rematóse á la fin la siega, é la Corregidora, que non cabia en sí de gozo, trujo é retrujo á la motilona falagüeramientre la palma de la mano desde la frente al colodrillo diciendo: «Por el siglo de mi madre, que vos he tonsurado tan igual é á raiz, que non vos rapara mejor el mas polido barbero: recoged vos é tranzad la mata miéntras que mi marido vos apercibe las monedas, é yo vuesa ropa, para que de casa vayades sin que nada se barrunte.» Salieron el Corregidor é la Corregidora, é María despues que se topó sola, partió á se catar en un espejo que hí habia; é como se vido calva, perdió el sofrimiento que hobiera fasta destonce tenido, é gimió de rabia et abofeteóse, et aun estovo por se arrancar las orejas, que parescíanle á la sazon desaforadas de grandes, magüer non lo fueran: pisoteó los cabellos, é renegó de haber consentido en los perder, sin se remembrar agora de su padre,

como si tal padre non hobiera. Mas como seya propio de la humanal natura conortarse cuando ál non se puede facer, asosegóse poco á poco la sañosa María, et alzó del suelo la cabellera é atóla é tranzóla en gruesos ramales, non sin la bezar é plañir sobre ella muchas vegadas. Corregidor é Corregidora tornaron: él con los dineros, et ella con el hábito de María, la cual desnudóse é metió en un pañizuelo el sayo blanco, vistióse el suyo, tapóse con el manto fasta los ojos, é caminó gimiendo para casa del moro, sin facer cabdal de que el sornudo home del capirote iba en pos de ella, é que abajando ella el manto en un momento de olvido, por la maña que habia de mostrar el tranzado, vídosele estonce claramente la cabeza mocha. Recebió el moro los quinientos maravedís con el buen talante con que siempre es recebido el dinero, é dijo á María que le trajese á Joan Lanas para que hí posara en tanto que el riesgo de la cura durase; María fué por el viejo, é callóle lo del esquileo por non le dar pesadumbre; é dijo que el moro, en viespras de tornarse cristiano, contentábase, en logar de los quinientos maravedís, con que rezasen por la su conversion quinientos rosarios. Miéntras que Joan permanesció seyendo huésped del físico, non osó María salir de su posada, sinon de noche é bien encobierta; eso non embargaba empero que la siguiera siempre un embozado. El moro cierta noche avisóla en poridad que á la mañana siguiente alzaria á Joan las vendas de los ojos: acostóse esa noche María con grant regocijo, é para sí pensaba que cuando su padre la catase (que seria con asaz de contento), seria ese contento tres y cuatro vegadas crescido, si podiésela catar con el gentil tocado que ella solia se facer en su pueblo. En tal cavilacion andaba al otro dia al sacar la mejor saya é toca para ir cas del arábigo; é como se hobiese asentado para se calzar, sopitáneamente sintió que le encajaban una como caperuza en la cabeza; é revolviéndose, vido tras de sí al embozado de márras, que derribando el embozo se falló ser el espadero Maese Palomo, el cual sin fablar presentó á María un espejillo de Venecia, onde catándose, vídose con su mesmísima cabellera en tal forma guisada, que dubdó una buena pieza si era sueño que la Corregidora la hobiese rapado. Era el caso que Maese Palomo, gran compadre de la barbera, visto habia é conoscido en su casa las crenchas de María la mesma tarde del dia en cuya mañana veyera á María pelona; é calándose la facienda, sonsacó á la vieja para que guardara para él la crencha de María, leixando para la Corregidora otra de igual color que la barbera habia de una finada: trueco por el cual la taimada vieja fízose contar muy lindas escudos. E dice la estoria que tan cedo como María topóse con su tan plañida é sospirada cabellera, por mano rescatada

del galan espadero, paresciôle el Maese muy ménos feo que de ántes, é non sé si diga que comenzó de tal punto á le catar con buenos ojos: ello es que rogándole él de le prender por su escudero fasta cas del moro, permitiógelo ella, é partieron los dos mano á mano, levando ella sin rebozo la cara. En entrando los dos en el aposento del físico, lanzógele á María su padre en los brazos gritando: «¡Gloria á Dios! ya te veo, fija mucho amada: ¡qué fornida é fermosa te has fecho! Puédese harto bien cegar por cinco años, á trueco de ver á su fija en tal guisa medrada. Ya que torno á ver la claridad, razon es que no me hayas mas á tu cargo: yo trabajaré para mí, ca respeto de tí, ya es hora de que te cases. — A eso vengo, prorompió á la sazon el callado espadero. Yo, como ya conosceréis por la voz, soy vueso vecino, Maese Palomo: yo quiero á María, é voz pido su mano. — A la hé, Maese, que la vuesa pinta non es muy cobdiciadera que digamos; empero si María vos aceta, yo soy contento. — Yo, repuso María, toda vergonzosica, é atusándose el pelo apostizo (que pesábale estonce en somo de la cabeza é del alma como un fardo de veinte arrobas), yo, ansí Dios me alumbre, como non atino qué respondervos.» Prísole Palomo la diestra mano sin le decir cosa; et al prendérgela, cató María la muñeca del Maese, é reparó en los puñetes de la su camisa repolidamente labrados, é con algo de suspicion é latimiento del cuer le dijo: «Por lo que mas querades, mi buen vecino, que me declaredes de qué labrandera es aquesa labor. — Obra es (respondió con yocundidad el Maese), obra es de una donosa manceba que há cinco años trabaja para mi persona, magüer ella nunca fasta agora lo sopo. — Agora caigo en la cuenta, departió María, de que todas las mujieres que venido han á me dar lienzos que coser é labrar eran por vos enderezadas, é por ende pagábanme muy mas que se usa.» El Maese non respondió; mas sonriyóse, é tendiendo á María los brazos, María echóse en ellos embracijándole muy falagüera, é Joan ansimesmo, diciendo á los dos: «Pardiez que sodes nascidos para en un uno. — Mia fe, adorada mia, repriso el espadero á cabo de rato, que á ser esta la mi faz ménos desplaciente, non hobiera seido yo mudo convusco tan luengos dias, nin hobiérame satisfecho con cataros de lueñe; hobiéravos fablado, me hobiérades vos fecho sabidor de las vuesas coitas, é hobieravos endonado yo los quinientos maravedís para la guaricion de vueso buen padre.» E fablándole pasito á la oreja, añadió: «Estonce non hobiérades habido aquel tan mal rato en manos de la Corregidora; empero si temedes que ella quebrante el prometimiento que vos fizo de callar vuesa motiladura, partiremos, si vos place, á Sevilla, onde nadie vos conosce, é ansí... — Calledes, clamó la María, tirando

resolutamente al suelo la cabellera, que Joan alzó todo atontecido; esa cabellera mandad á la Corregidora, pues esa é non otra es la que pagó tan çara; que yo, por guarirme de mi vanidad, voto vos fago, si me lo permitides, de ir rapada toda la vida: mal asientan á mujieres de mecánicos oficiales aquesos apostizos arreos. — Contad, replicó el Maese, que desde el punto que vos sepan pelada las mozuelas de la cibdad envidiosas de vuesa fermosura, van á endilgarvos el apodo de *Mariquilla la Pelona.* — Ansí mesmamente lo creo, respondió María; mas para que entiendan que non se me dará una faba de aquese nin qualquier otro mote, afirmovos que de hoy para en andelante non he de sofrir que nadie me nombre de otra guisa que *Mariquilla la Pelona.*»

Tal aventura fué la que tan remembrada en las Castillas fizo á la fermosa fija del buen Joan Lanas, la cual en efeto casó con Maese Palomo, é fué una de las mas honradas é parideras mujieres de la perilustre cibdad de Toledo.

NOTA. La publicacion de este cuento dió lugar á que remitiesen al autor las dos narraciones que á continuacion se insertan: la primera un israelita, vecino de Gibraltar, y la segunda un desconocido.

MIRIAM LA TRASQUILADA.

HISTORIA HEBREA.

En los dias de Josué, hijo de Nun, siervo del Señor, los hijos de Israel peleaban en la tierra de Canaan.

Y vencian y exterminaban á los cananeos con el auxilio del Dios de Abraham, de Isac y Jacob.

Los hijos de Josef, el salvador de Egipto, lidiaban asimismo, al par que los demas hijos de Israel, contra los impíos y malvados habitadores de la tierra de promision.

El Rey de Betel fué por Josué vencido, y cayeron á tierra los ídolos y los idólatras de Betel.

Y, tiempo despues, la ciudad de Luza, que era de los de Betel, fué sitiada por los guerreros de la casa de Josef, patriarca en Egipto.

Púsose un sacerdote delante de la hueste de los josefitas, y habló de este modo en nombre de Dios [1]:

«Oid, hijos de Josef, hijo de Jacob. A pelear vais contra el enemigo, cuyas abominaciones han obligado al Señor á decretar su fin á sangre y á fuego.

«No desmaye vuestro valor al oir sus gritos y amenazas de guerra; no tembleis al ver el resplandor de sus espadas y picas, ni al sentir el estrépito de sus carros con hoces.

«Dios está con vosotros, peleará por vosotros, y por él venceréis.

«Pasaréis á filo de espada á vuestros contrarios, no dejando á ninguno vida, porque son pecadores abominables. Vivos, os enseñarian sus abominaciones; pecariais tambien contra Dios, y Dios tendria que oprimiros con su justicia.

[1] Véase el capítulo XX del *Deuteronomio*.

«Combatid, triunfad, y ejerced la justicia de Dios.»

Y cada capitan decia á los soldados á quienes mandaba: «El que hubiere labrado su domicilio, y no lo hubiere estrenado aun, sálgase de las filas.

«Quien haya plantado viña sin que aun haya recogido fruto, apártese de los demas combatientes.

«El que tenga tratadas bodas, y no haya llevado todavía la desposada al tálamo, que se aleje de aquí.

«Por último, el hombre á quien dominare el miedo, que se vuelva por donde vino.

«Los que tienen sobre su corazon el amor de la casa, el amor de la vid, el amor de la mujer, ó un cobarde amor á la vida, pueden morir sin provecho y sin honra en la lucha, y aun pueden quitar el ánimo á sus compañeros.»

Dichas estas palabras por los caudillos, ninguno del ejército se movia; pero algunos desde las filas dijeron: «Este hermano nuestro debe salir, y ese y aquel y esotro.» Y algunos se retiraron de la hueste; mas eran contados.

Porque todos los hijos de Josef abundaban en fortaleza, como que peleaban en nombre de Dios, que los habia sacado de la servidumbre de Egipto.

Hicieron los lucenses una salida contra los de Josef, y fueron los lucenses deshechos y rotos, y murieron muchos.

Hicieron otra salida, y murieron mas.

Hecha la tercera salida, cuantos salieron quedaron en el campo difuntos.

No osaban ya salir los de Luza contra los josefitas; querian, sí, á todo trance defenderse dentro de las murallas.

Temian empero que los esclavos les hiciesen traicion; porque los de Luza esclavizaban á los pobres y desvalidos, y los trataban con tiranía.

Y para estar seguros de los esclavos, que eran en Luza casi los únicos que merecian vivir, sus feroces dueños los mataron á todos, hombres y mujeres, viejos, mozos y niños.

Algunas madres, que amaban á sus hijos, mujeres principales todas, pidieron al Virey de Luza permiso para huir con ellos; por mandato del Virey fueron asaeteadas las madres, y los hijos con ellas.

Y hé aquí que salió de la ciudad un hombre, al cual dijeron los de la estirpe de Josef: «Muéstranos la entrada de la ciudad, y usaremos contigo misericordia.»

Y el prófugo de la ciudad enseñó por dónde, y fué la ciudad entrada por el ejército sitiador.

Herian y mataban los josefitas á los de Luza, como si agitara sus brazos el ángel rigoroso del exterminio.

Gritaban los de Luza: «Varones extranjeros, que venís á perseguirnos en nuestra casa, ¿por qué nos matais?»

Y los de Josef respondian: «Os matamos porque adoreis á los falsos dioses, con ofensa del Dios verdadero.

«Porque ofreceis á vuestros ídolos sacrificios humanos, degollando en sus aras niños y niñas, mancebos y vírgenes.

«Porque robais y asesinais al confinante y al peregrino.

«Porque ahogais al nacer á los hijos que vuestras mujeres no quieren criar.

«Porque entre vosotros el padre vende al hijo muchacho, para embriagarse, y el hijo fuerte mata al padre achacoso.

«Porque mutilais á vuestros esclavos, cortándoles las orejas y las narices, y les sacais los ojos y les cortais la lengua, y los uncís al yugo como bestias de tiro, como caballos ó bueyes de arado y carreta.

«Porque sofocais con lazo á vuestras mujeres, cuando quereis dejarlas por otras.

«Porque vuestras mujeres envenenan á sus maridos por casarse con sus amadores.»

Otras muchas acusaciones hacian los hijos de Josef á los betelitas; mas no deben repetirse todas, porque sabidas las maldades horribles de aquella gente, pudieran quizá cometerse otra vez.

Ellos no se confundian con la agria voz de la verdad, que brotaba de los labios de sus vencedores; peleaban, herian y mataban tambien, defendiéndose y ofendiendo.

Distinguíase entre los mas valientes josefitas un mancebo de veinte y cinco años cumplidos, mozo temeroso de Dios y observador puntual de su santa ley.

Salatiel se llamaba este buen israelita, muy amante hijo de su madre Ana, la cual era ya viuda.

Salatiel penetró en un suntuoso templo de Baal, sin ministros ya y sin adoradores: derribó al ídolo de su peana, y lo hizo pedazos.

Y dejó por el suelo tiradas las ricas joyas que adornaban la efigie, para que las recogieran los josefitas pobres que viniesen despues: era Salatiel grandemente heredado.

Pasó á las piezas interiores del templo, y vió cerrada una puerta fuerte, asegurada por fuera con una viga atravesada, de madera de setim solidísima.

Quitó la viga, y abrió y entró, y vió dentro de un aposentillo como de cárcel una mujer, atada y sujeta como para ser degollada.

De rodillas estaba en tierra, afianzada á las losas del pavimento con maneotas de hierro por debajo de las rodillas y por los tobillos.

Descansaba su cuello en una horca de dos brazos cortos, que era un árbol firmemente hincado en el pavimento.

Abrazada por fuerza al árbol, tenia las manos atadas por

delante, y anudados los cabellos á una argolla de un cuadrado sillar, que se levantaba poco mas allá del árbol de horca.

Sujeta, pues, estaba la mujer, de cabeza, de piés y de manos, con un lienzo vendados los ojos, y desnudo el cuello, los hombros y los brazos desnudos.

El cuello, los hombros, los brazos y los piés de la mujer atada eran hermosos, el cabello negro, largo, copioso, luciente, hermosísimo.

Sobre el sillar de la argolla, á la cual estaba la mujer sujeta por el cabello, habia una hacha y un manojo de cuerdecillas.

Cuando sintió la mujer entrar á Salatiel en la estancia, preguntó con dulce y dolorida voz y dijo: «¿Quién eres?

— Soy (respondió Salatiel) un soldado, que tiene obligacion de quitarte la vida.

— Ahora bien (replicó la mujer), ruégote, como he rogado á otros, que digas al Virey, á mi madrastra y á la gran sacerdotisa que yo no he mentido.

«Háseme aparecido en sueños un ángel hermoso y de aspecto severo, el cual, tres noches consecutivas, me ha dicho las palabras siguientes:

«Avisarás á cuantos pudieres que el verdadero Dios ha resuelto en su justicia integérrima que la pecaminosa ciudad de Luza sea subyugada, y sus moradores heridos de muerte.

«Salvarán empero las vidas los que huyan á otra region y adoren al verdadero Dios, y abandonen la ciudad á los josefitas, á quienes el que da y quita los imperios entrega el de Luza.

«Si Luza lidiare con la casa de Josef, perecerán todos los luzanos á hierro, ménos un hombre y su familia y otra persona.

«Luego (añadió la mujer) que me hubieres muerto, repite mis palabras al Virey de la ciudad, á la sacerdotisa mayor de este santuario y á la madrastra de *Meroim la escogida.*»

Salatiel repuso: «El Virey de Luza ha rendido á mis piés el alma, y la sacerdotisa y la madrastra que dices morirán ó habrán ya perecido, porque Luza es ya presa de nosotros, los josefitas.»

Meroim suspiró y dijo: «No fué mentiroso mi sueño; preparada estoy á mi fin: haz de mí lo que quieras.»

Salatiel se acercó á Meroim, y la asió con la izquierda por el cabello, y alzó en la derecha la espada, tinta en sangre de muchos hombres.

Pero al sentir en la mano la suavidad de los cabellos de la presa, y al mirar la cerviz hermosa donde iba á herirla, sintió ablandársele el corazon.

Recordaba que habia mandado el Señor á los de Josef acabar con todos los moradores de Luza.

Pero no recordaba ménos que el fugitivo, que habia facilitado la toma de la ciudad, quedaba indultado con su familia.

Aquella mujer hablaba tambien del Dios verdadero, y se le habia un ángel aparecido: no debia ser abominable criatura.

Y parecia muy jóven y muy hermosa.

«Quiero saber (dijo Salatiel) por qué crímenes te han encerrado aquí, y estás á punto de recibir la última pena.»

La presa contestó: «Seria larga la relacion. Matando á mis compatriotas estais; y, aunque nada tengo que agradecerles, no quisiera perecer la postrera de entre los mios. ¡Tristísima es la suerte del que sobrevive á su patria!»

Conmovióse nuevamente Salatiel oyendo esta expresion, que le pareció llena de nobleza y sabiduría.

Y sin poder consigo mas, desató blandamente el nudo hecho en el ojo de la argolla con la poblada cabellera de Meroim.

Alzó entónces la mujer la cabeza, moviéndola á uno y otro lado, para desviar de la cara el cabello. Y era perfectamente hermosa la mitad de aquel rostro, que miraba Salatiel como á hurto, aunque aun conservaba Meroim vendados los ojos.

Desligóle tambien las manos, y ella al punto se quitó del rostro la venda, y apareció un semblante bellísimo de tierna doncella, de vírgen pura.

Dirigió la doncella una rápida mirada al vencedor israelita; pero bajó inmediatamente los párpados, como vírgen enseñada con rigor á mirar al suelo.

No fué, sin embargo, tan veloz aquella mirada, que no pudiese reparar Salatiel en la claridad y belleza suma de los ojos de Meroim.

La cual enclavijó las manos, y apoyándolas en el árbol de figura de horca, inclinó y posó humildemente el cuello sobre las manos, y aguardó con tímido silencio á que hablara el jóven.

Y al inclinar la cabeza, porcion del cabello le cayó por delante al un lado y otro; y la púdica vírgen ya no se atrevió á sacudir y alzar la cabeza para dejar libre el semblante.

Salatiel, con entrambas manos, cogió por cada lado los cabellos de Meroim, y se los llevó atras; y cruzándolos sobre la parte posterior del cuello, se los trajo otra vez adelante, dejándoselos pendientes por delante del seno: todo para verla mejor.

Y cuando le traia los dos abultados manojos del cabello

desde atras adelante, dos lágrimas de los hermosos ojos de Meroim cayeron sobre las manos del josefita.

Sonó en este punto, á lo léjos, toque de trompeta, señal de que la lid era ya fenecida.

Salatiel, para hablar con la *escogida* vírgen mas cerca, se puso de rodillas delante de la piedra en que estaban el hacha y los cordeles delgados, y se echó de pechos encima; y poniendo las manos sobre los instrumentos de suplicio, y bajando tambien la cabeza, casi tocaban sus labios á las manos en que habian caido las lágrimas de la presa.

«Parece que es tu nombre *Meroim la escogida*, le dijo Salatiel, miéntras ella se enjugaba los ojos y sollozaba, sin acertar á reprimirse. ¿Por qué se te ha dado ese particular sobrenombre?»

Y como la doncella no alzaba la vista, Salatiel besó, mirándola de hito en hito, las lágrimas vertidas por ella, no enjutas aun en las manos del jóven de Israel.

«Mi madre (dijo Meroim) era una mujer que creia en un solo Dios verdadero, porque descendia de un Rey de Salem, sacerdote del Altísimo, que fué llamado Melquisedec.

«Dicen que mi padre mató á mi madre por casarse con mi madrastra; yo no lo sé, yo era pequeñuela cuando mi madre murió.

«Mi madrastra me daba bien de comer, me ponia calzado cuando me enviaba por agua y por leña, me castigaba fuertemente cuando tardaba ó traia pequeño el haz, y me peinaba de quince en quince dias: era mi madrastra la mejor de Betel.

«Pero murió mi padre, y se dijo que por industria de mi madrastra, la cual se casó con el enemigo mayor de mi padre.

«Yo temia que, faltándome padre, mi madrastra me castigaria mas que ántes, me daria mal de comer, y me emplearia en labores recias, como hacian otras madrastras con sus entenadas; fué todo al contrario.

«Morena estás de ir al monte (me dijo), y traes todo enmarañado ese pelo: es menester cuidarte, porque te vas haciendo linda muchacha.

«Desde entónces no salí de casa en tres años: peinábame mi madrastra todos los dias, me bañaba con frecuencia, me ungia con aceites preciosos. Aun dentro de casa me hacia gastar sandalias bien ceñidas, para que llevase recogido el pié.

«Una mañana entró en mi aposento una anciana fea, de alta estatura, cuerpo enjuto y aun vigoroso, y tras ella otras ancianas y jóvenes, vestidas todas con trajes ricos, iguales todos.

«Eran sacerdotisas de Baal, que venian á verme.

«Destrenzáronme el pelo, desnudáronme por fuerza, y exclamaron á una voz: Hermosa, hermosísima es la rapaza; no hay en Betel otra como ella que merezca ser la *Doncella escogida*.

«Cuando me oí llamar *doncella escogida*, se me heló la sangre de espanto.

«*La Doncella escogida*, en Betel, era una infeliz, á quien guardaban y criaban con mucho cuidado, para sacrificarla un dia en el ara del dios Baal.

«Sacábanla aquel dia riquísimamente ataviada; paseábanla en un carro triunfal por las calles, adornadas con arcos de ramaje y flores; cantaba ella en diferentes puntos himnos en loor del Dios á quien era ofrecida; y al volver al templo, la degollaban, la quemaban, y repartian sus cenizas como reliquias preciosas.

«Yo no queria ser sacrificada en honor de Baal, porque mi madre me habia enseñado en secreto que Baal no es Dios.

«Me arrojé á los piés de mi madrastra, pidiéndole que no me entregase á la sacerdotisa mayor, la cual me iba ya vistiendo por su propia mano para llevarme.

«Pero mi madrastra me dijo: Con lo que la ciudad me paga por tí, podemos vivir descansadamente yo y mi hombre.

«Para víctima de Baal há tres años que te crio con tan exquisito regalo.

«A mí me conviene ofrecerte al Dios, y á tí debe lisonjearte eso tambien, porque has de ser declarada reina de la hermosura, y tus limpias cenizas serán veneradas como objeto sagrado, y han de custodiarse en arquitas de oro.

«Cien vidas que tuviera yo (dijo la sacerdotisa mayor, feísima vieja), ciento diera con gusto por merecer que me llamaran reina de la hermosura.

«Echáronme un velo encima, que me envolvió de piés á cabeza; me cogieron dos sacerdotisas los brazos echándoselos al hombro, y sin ver por dónde iba, casi á rastra, me trajeron al tiemplo.»

Al llegar la relacion á este punto, Salatiel reparó en que estaba de pechos encima del hacha y del manojo de cuerdas; y cogiendo uno y otro con ira, los arrojó léjos de allí.

Meroim respiró con mas desahogo que ántes, al oir el ruido del hacha arrojada; pero aun no se atrevió á mirar al jóven.

Sonó aquí toque de trompeta segundo: seña y órden de incendiar los templos de la ciudad idólatra conquistada.

«¿Cuánto tiempo há que vives en el templo? volvió á preguntar Salatiel.

— Tres años cumplidos. Al dia siguiente de mi llegada

aquí, la gran sacerdotisa, rodeada de todas las sacerdotisas menores, me intimó las obligaciones de mi destino.

«Y acabó su sermon diciéndome:

«No has de alzar los ojos, como no sea para mirar á la efigie del Dios.

«No has de desplegar los labios, como no sea para cantar las alabanzas del Dios.

«Resecilla serás para carnicero, serás cebo de hoguera, serás ceniza.

«Repliqué yo llorando: ¡No mirar ni hablar, y despues matarme! — Apénas habia pronunciado la palabra última, me pusieron mordaza.

«Fuerza me fué prestarme dócil á cuanto se exigia de mí, porque si no, me castigaban en la espalda con manojos de ortigas, con manojos de cuerdas, con varetas de zarza.

«Y decian cuando me fustigaban: Tronco serás partido, serás hoguera, serás ceniza.

«Nunca estuve delante de la sacerdotisa sino de rodillas, con las manos ó los brazos cruzados, inclinado el rostro, los ojos en tierra.

«No pudiendo hablar, aprendí á cantar con esmero: cantaba y me deleitaba en el canto.

«Alababan las sacerdotisas mi hermosura continuamente, y me llenaban de vanidad los elogios.

«Acordábame de mi madre y decia: Mas vale morir por hermosa, que por odiada de su marido.

«Acordábame de mujeres que habia visto aplicadas como bestias á penosos trabajos, y tratadas peor que bestias en ellos, y decia: Para esas infelices todos los dias son de martirio; yo, hecha ya á la sujecion en que vivo, solo tendré uno.

«Pero me repugnaba cantar las alabanzas de un Dios fingido, y me sacaba de mí la idea de morir en su obsequio.

«¡Dios de mi madre, que yo no conozco (repetia yo en voz baja donde no me oyesen), mira por mí!

«Por fin, una noche tuve un sueño terrible y hermoso... Ya he dicho cuál fué: tres noches consecutivas lo tuve.

«Al dia siguiente á la última noche del sueño profético, estaba la sacerdotisa mayor en su silla, y yo delante de ella, arrodillada en el suelo, y todas las sacerdotisas menores á los lados, conforme á sus cargos y jerarquía, y algunos sacerdotes detras de la silla de mi superiora.

«Y por primera vez en tres años, me puse en pié sin licencia, alcé los ojos, los brazos y la voz, y dije:

«La pecaminosa ciudad de Luza será subyugada por el israelita, y vosotros ¡oh luzanos y luzanas! heridos de muerte.

«Huid, si quereis vivir, y adorad al verdadero Dios, y no

hagais frente á los enemigos, porque Dios les ha dado vuestras casas y vuestras vidas.

«Cien gritos de indignacion y horror sonaron furiosos contra mi pronóstico; un monton de manos cayó sobre mis brazos, mis hombros y cuello: echada en tierra delante de la suma sacerdotisa, fuí cruelmente castigada por ella con manojos de ortigas, con manojos de cuerdas, con varetas de zarza.

«Pero yo clamaba en medio de los castigos: Adorad al Dios verdadero, creed, temed, obedeced al Dios verdadero, que, pronto á destruiros, aun os avisa: yo os lo digo en su nombre, porque no quiero que perezca mi patria.

«Y la sacerdotisa me azotaba mas, y yo alzaba mas el grito en nombre de Dios. Repitiéronse muchos dias mis vaticinios; repetíase tambien la pena por ellos.

«Hay que llevarla á nuestro Virey, dijeron las sacerdotisas y los sacerdotes, la postrera vez que me oyeron.

«La gran sacerdotisa me ató las manos atras; y cogiéndome del trenzado, me llevó entre dos filas de sacerdotisas menores al palacio del Virey y de la Vireina.

«Era horrible ignominia ser llevada por las calles de la ciudad asida del pelo y con las manos atadas atras.

«Pusiéronme en presencia del Virey y de la Vireina, y allí estaba mi madrastra y allí mi padrastro.

«Acusóme de impostura y blasfemia la sacerdotisa mayor; descubrió mi espalda señalada de golpes, y pidió mas grave castigo para mí, pues aquel no bastaba.

«El Virey parecia mirar compasivo mis pocos años; la Vireina me miraba con malos ojos; mi madrastra y mi padrastro temian que se les hiciese volver lo que les habian pagado por mí.

«Habíame seguido por las calles el pueblo, y llenaba la espaciosa estancia del tribunal, y yo queria salvar de la muerte al Virey y á la Vireina, á mi madrastra y á mi padrastro, á las sacerdotisas y al pueblo.

«Con las manos atadas y la lengua libre, con valor mas grande que yo misma hubiera de mí creído, levanté nuevamente mi profético acento, y referí mis tres sueños, y exhorté á cuantos me oian á que volvieran en sí y miraran por sí.

«Pero todos dijeron que yo estaba seducida y ganada por vosotros los israelitas, y que merecia la muerte.

«Cortarémosle la lengua (dijo el Virey), y bastará para que no hable y para que escarmiente.

«La Vireina, encolerizada ya contra mí, no sé por qué, prorumpió, dirigiéndose á su marido: Si no mandas que al momento la maten, creeré que la prefieres á tu esposa.

«¡Muera! muera! gritaron todos: mi madrastra y mi padrastro gritaron lo mismo.

«Muera, pues (dijo el Virey), no como doncella escogida, sino como sacerdotisa degradada, sin aparato, y donde no seduzca á nadie con su hermosura.

«Y llamaron al sacrificador de Baal mas feo, y le mandaron que me llevase á un encierro del templo, y allí me ramalaceara y me decapitase.

«Y volví del palacio al tiemplo por las mismas calles, cogida del tronco de las trenzas, no ya por la mayor entre las sacerdotisas, sino por el último de los verdugos.

«Al cual yo queria mover á compasion, para que no me matase.

«Pues aunque no muriese ya sacrificada en obsequio de un Dios fabuloso, me dolia morir á manos de un hombre tan feo.

«Dos ó tres veces procuré comenzar á hablarle; pero al punto me atajó diciendo: Calle la necia, calle la fatua, ó la llevaré por las calles desnuda.

«Tembláronme las carnes con la horrible amenaza; y sin atreverme ni á exhalar un suspiro, me dejé mudamente llevar del feo verdugo.

«El cual me trajo aquí, me mandó arrodillar delante de esta viga, me sujetó como estoy á las abrazaderas fijas en el pavimento, me afianzó del pelo, y me ató las manos como ántes estaba, y asió el manojo de ramalillos para azotarme, segun que le fuera mandado.

«Mas al verme la espalda ya herida y negra de otros azotes, dejó los ramales, cogió la segur, y me alentó á morir con buen ánimo, porque de un solo golpe y muy pronto me descabezaria.

«Yo no osaba ya pronunciar ni un vocablo, temerosa de que me despojase de todo el vestido como á loca y fatua, incapaz de vergüenza. Dejaba así correr los instantes, cual si fuesen de perder los de aquella hora.

«Pero el sacrificador no me sacrificaba, y yo iba cobrando aliento para suplicarle dulcemente, aunque era tan feo.

«El se me adelantó, sin embargo, diciendo: Fatua y necia es esta doncelluela sin duda. En la calle, donde podian oirnos, me quiso hablar; y aquí, donde estamos solos ella y yo, no me dice palabra.

«Yo le pregunté si sabia por qué me condenaban á muerte, y él me dijo que no.

«Contéle mis tres sueños entónces, y añadí: Quizá tú y tu familia seais el hombre y familia que Dios quiere salvar de Luza anatematizada.

«El verdugo feo salió sin mas espera de aquí, dejándome atada, encerrada, y vendados los ojos, como tú me has hallado.

«Y si tú has de acabar conmigo, porque no es en tu mano conservarme la vida, yo recibiré de tí la muerte sin pena, porque me has dejado hablar sin amenazarme deshonestamente ni tratarme de fatua, y no eres feo como el sacrificador que se fué, sino hermoso como el ángel severo que he visto en mis tres sueños de profecía.»

Pero Salatiel en nada pensaba ménos que en dar la muerte á la prisionera, discreta y hermosa, y descendiente por línea materna de Melquisedec, Rey de Salem, sacerdote de Dios.

Abrió las maneotas que sujetaban á Meroim por las gargantas de los piés y por las gargantas de las rodillas, levantó de las manos á la jóven y díjole:

«El sacrificador y su familia ya han sido indultados por nuestro caudillo y por el pueblo; y la otra persona que ha de ser tambien indultada, segun el anuncio del santo ángel, eres tú, hermosa vírgen, mártir valiente de la verdad.»

Estremeciéronsele á Meroim las entrañas de gozo con las palabras dulcísimas del buen Salatiel.

Sonó aquí de nuevo la trompeta de los josefitas, llamándolos á reunirse en el campo.

Ardia ya aquel templo mismo de Baal por dos y tres lados.

Salatiel, como señor de la vírgen cautiva, le mandó que buscase y tomara sus vestiduras y preseas, y partiese con él.

Meroim fué á su cuarto, no invadido aun por las llamas, y ató un lio de ropas y joyas, y metió con ellas los peines, porque habia oido decir que las mujeres israelitas se peinaban con los dedos no mas.

Ella, como prisionera, delante, y velada como de luto; él detras como dueño, salieron del templo y atravesaron la poblacion sin pobladores, llena por todas partes de mortandad, y con los adoratorios ardiendo.

Al atravesar la ciudad, y hasta llegar al campamento, muchos josefitas decian al piadoso guerrero:

«Qué mujer es esa que llevas tapada? Mátala, ó te la mataremos, porque siendo infiel, es preciso que muera.»

Salatiel replicaba á gritos: «No es infiel, sino adoradora del Dios verdadero.

«A llevarla voy á la tienda de nuestro caudillo: no se me culpe si falto en las filas.»

Con lo cual callaban los vencedores, y les dejaban pasar adelante.

Llegaron á la tienda del caudillo del ejército, delante de la cual estaba Séfora, mujer del caudillo, y con ella Ana, madre de Salatiel.

Y así que Meroim supo quiénes eran las dos matronas, alzóse el velo, se hincó de rodillas, y con los bra-

zos cruzados y la vista en el suelo, aguardó que la hablaran.

Pareció muy hermosa y humilde la doncella lucense á las dos matronas de Israel, y desearon saber quién era, y la llevaron á lo mas interior de los pabellones.

Y dejándola allí en compañía de las esclavas, volvieron á salir delante de la tienda para oir á Salatiel, que les contó cómo halló á Meroim en el templo, y por qué habia sido condenada á muerte.

Las dos nobles matronas derramaron lágrimas de piedad, y corrieron á ver y curar las carnes de la prisionera, martirizada por haber vaticinado lo que habia de suceder.

En tanto volvió á las tiendas todo el ejército victorioso: cantáronse himnos, celebráronse sacrificios, y Salatiel habló de su presa al caudillo, á los sacerdotes y ancianos de la casa de Josef.

Y les dijo: «Permitido es por ley de Moises, cuando peleáremos y el Señor pusiere á los enemigos en nuestra mano, y viéremos entre los prisioneros una mujer hermosa, pedirla por mujer si nos agradare.

«Yo pido por mujer á Meroim, que es prisionera mia y hermosa, y conforme al deseo mas vehemente de mi corazon.

— En verdad, replicó un anciano, yo dudo que pueda ser esposa de un israelita mujer habitadora de ciudad condenada por el Señor á exterminio; porque tú bien sabes, religioso mancebo, que la ley de Moises que citas, fué hecha para las cautivas de las ciudades que habian de ser tributarias, no para las ciudades cananeas, merecedoras de total destruccion ellas y sus moradores.»

Sabiamente, empero, contestó Salatiel al anciano, que Meroim adoraba á Dios, y habíale adorado tambien su madre, y descendia de Melquisedec, y aun por sus avisos habia salido al campo el sacrificador de Baal, y la ciudad habia sido fácilmente asaltada.

Fué llamado el sacrificador, y preguntándole, dijo que una doncella condenada á muerte por haber profetizado la cautividad de su patria, le habia incitado á venir al real de los josefitas.

Lleváronle á la tienda donde estaba Meroim, no ya entre las esclavas, sino entre las hijas de Séfora, y el sacrificador, extendiendo la mano hácia la doncella betelita, dijo: «Esta es.»

Con lo cual, apartándose á resolver el caudillo de la casa de Josef, los ancianos y sacerdotes, dijeron á una: «Quédese la doncella en poder de Séfora, y despues de los treinta dias, al tenor de la ley, la recibirá Salatiel por esposa, si entónces aun fuere ella agradable á sus ojos.»

Al dia siguiente, á media mañana, la prudente Séfora y Ana la piadosa cogieron de las manos á Meroim y la llevaron á una casita próxima á la ciudad: casa purificada ya de toda inmundicia. Seguian esclavas y esclavos á las tres mujeres con el ajuar correspondiente á una casa.

Llegadas á ella, pusieron á Meroim en la estancia mejor, que tenia vistas al huerto, y le dijeron: «Aquí permanecerás treinta dias, miéntras te aleccionamos en nuestra ley.»

Y dejándola sola un rato, Meroim desató su lio, sacó de él sus bien labrados peines, y comenzó á peinar la madeja hermosa de sus cabellos.

Entraron de repente Séfora y Ana, y con ellas tres mozas esclavas: dos con un lebrillo de bronce mediado de agua, y otra con ropas femeniles y una cestilla en que habia navajas de afeitar y tijeras.

«Suspende tu tarea,» dijeron las matronas á Meroim, cuando la vieron con el pelo tendido y el peine en la mano.

Y Meroim, en cuanto vió á las dos matronas, se postró de rodillas y bajó los ojos; pues enseñada por la fiera sacerdotisa de Baal, no acertaba ni á estar de pié delante de una persona de respeto, ni á mirarle la cara.

Maravillábanse mucho de aquella humildad Séfora y Ana; y admiraron su hermosura de nuevo, y la blancura de sus carnes, defendidas del sol por espacio de seis años, y admiraron por primera vez la espesa y larga cabellera de la novia, que nada sabia de la peticion de su amante cautivador.

Dejado por las esclavas el lebrillo, dejadas las ropas, las tijeras y las navajas, ambas matronas se sentaron al lado de la cautiva, postrada de hinojos, la cabeza inclinada, la vista en la alfombra, en el pelo el peine.

Y Séfora y Ana fuéronle alternativamente diciendo con dulzura y cariño:

«Hija mia, quiere mi hijo, que es tu amo, y queremos nosotras, que ya te somos aficionadas, que entres en el pueblo escogido por Dios.

«Para esto, es necesario que te sujetes á lo que prescribe nuestra ley.

«Te desnudarás el vestido con que fuiste ayer hecha cautiva, y te vestirás ese que te han traido.

«Humilde vestimenta es; pero no te dé bochorno ponértela.

«Tal vez de aquí á treinta y un dias la cambies por una riquísima.

«Con estas tijeras cercenarás tus uñas, como las llevan las pobres trabajadoras, á quienes las groseras labores no permiten llevarlas crecidas.

«Con estas navajas cortarás, raerás, afeitarás ese hermoso cabello [1].»

Meroim, oido el mandato de quitarse el cabello, púsose de pronto descolorida de sobresalto, y encendióse de vergüenza luego, y rompió á llorar con vivo dolor.

Porque aflige y ruboriza mucho á la mujer hermosa perder ni un quilate de su belleza.

Y es el cabello gala honesta de la mujer, con que le orna la cabeza la mano de Dios.

Y el cabello de Meroim era muy hermoso, y bellísima ella entre las mujeres.

Rompió en doloroso llanto por eso, como cuando la zarzeaban y le decian: «En un mismo dia serás cuerpo viviente, cadáver desangrado, y ceniza de huesos.» Ana prosiguió con mayor dulzura:

«No te asustes, hija mia, ni llores: jóven eres, y con el tiempo volverás á tener cabellos tan hermosos como los que hasta hoy te han crecido; entre tanto, quizá el Señor echará sobre tu cabeza rapada bendiciones y alegrías que tu no esperas.»

Meroim respondió gimiendo: «Yo soy una pobre prisionera, y haré lo que se me mande, porque estoy enseñada á obedecer sin replicar.

[1] Véase el capítulo XXI del *Deuteronomio*, versículos 10, 11, 12 y 13.

El Maestro Tirso de Molina, con la libertad de poeta, se refiere á estas prescripciones en los siguientes versos de *La venganza de Tamar*.

Aguardé á mi padre el Rey,
Para que cuando volviese,
Por esposa me la diese;
Que, aunque de contraria ley,
La nuestra, hermana, dispensa
Del *Deuteronomio* santo,
Con que quien amare tanto
Como yo, y casarse piensa
Con mujer incircuncisa
Ganada en lícita guerra,
La traiga á su casa y tierra
Donde en paz los campos pisa,
Le quite el gentil vestido
Y la adorne de otros bellos,
Le corte uñas y cabellos,
Y pueda ser su marido.

Pero, segun el texto sagrado, era *ella* y no *él* quien debia practicar esta operacion, porque las palabras son estas:

«*La cual* se raerá el cabello, y se cortará las uñas, y dejará el vestido con que fué hecha prisionera.»

«Pero decidme, señoras mias: ¿no os burlaréis de la pobre cautiva, no la menospreciaréis, no la injuriaréis cuando la veais trasquilada como una oveja, raida, pelona?

— No, hija mia,» respondieron las dos, y le besaron el rostro y el pelo, le limpiaron las lágrimas, le quitaron de la cabeza el peine, y lo echaron al suelo. Ana le puso las tijeras en la mano izquierda, Séfora le colocó en la derecha una bien cortante navaja, la acariciaron otra vez, y se fueron.

Pero Meroim soltó las tijeras y la navaja, y principió por el ménos penoso de los tres mandatos.

Quitóse el traje de sacerdotisa, y vistióse el de israelita humilde; pero se lo ciñó con arte, repartió bien los pliegues, miróse en el agua del lebrillo, y quedó contenta de su atavío.

Cortóse muy delicada y pulidamente las uñas, y dijo para sí: «No las lleva tan limpias ni tan redondas la gente pobre.»

Miróse despues largo rato en el agua; y todo se le volvia echarse el pelo á un lado y al otro y despues á la espalda, sin atreverse á coger ni la navaja ni las tijeras.

Por fin, suspirando mucho, dijo, resignándose: «Ayer me querian cortar la cabeza, y hoy se contentan con que me deshaga del pelo; pelo cortado crece, y cabeza cortada no: buen ánimo, como decia el sacrificador, que al fin no se atrevió á sacrificarme.»

Y queriendo principiar la motiladura, echó ménos una cinta ó cordon.

Salió á pedirle al ama de llaves; y como iba descalza y habia en la casa ruido porque los esclavos la estaban aderezando, no se le sentian las pisadas.

Séfora y Ana conferenciaban en un aposento inmediato, y no sintieron á Meroim que venia por el pasillo; Meroim, sí, oyó lo que hablaban Séfora y Ana.

Ana decia á Séfora: «Muy buena me parece para hija la *Doncella escogida*: Salatiel dice que la ama perdidamente.

Mas pudiera suceder que al verla sin cabello no le agradase: por eso no le he querido decir que mi hijo la ha pedido para esposa al Consejo de los Ancianos, y le ha sido otorgada.

— ¡Oh Dios de mi madre! exclamó la cuitada Meroim, huyendo á su cuarto. ¡Oh, qué dulce nueva! Qué dulce y qué amarga!

«Salatiel me ama perdidamente: yo tambien á él. ¡Oh! qué dicha la mia!

«Salatiel no me va á querer si me ve motilona. ¡Desdichada de mí!

«Mejor hubiera sido que me cortara él ayer la cabeza, que desagradarse hoy de mí, cuando me vea con el pelo cortado.

«No le corto, no.» Y lloraba con sollozos profundos.

Ocurriósele luego que si no se despojaba de su cabello, no podria tomarla Salatiel por esposa, por ser para ello indispensable requisito de la ley de Moises.

«Ahora bien (pensó Meroim por último): mi madrastra y la sacerdotisa mayor han empleado seis años conmigo para hacerme parecer hermosa y atractiva.

«Me han enseñado á cantar, á bailar, á destilar aguas, á tejer y coser delicadas labores, á ser dócil y humilde.

«Tres años de silencio me han enseñado á discurrir despacio, y hablar poco y bien.

«Tres años de preparacion á la muerte me han enseñado á esperar con paciencia cualquier desventura.

«Si no me quiere Salatiel ahora calva, por lo ménos verá que soy buena, callada y trabajadora; que no soy despreciable doncella: quizá me quiera cuando la cabeza se me torne á poblar.

«Animo, pues, como decia el hombre mas feo, y tambien el mas compasivo de Luza: ¡Dios le bendiga! Animo, pues: cortemos, pelemos.»

Sentóse delante del lebrillo con agua, desatóse el ceñidor del cuerpo, y se ató el cabello con él, dejándolo flojo: humedecióse la cabeza, cogió la navaja y comenzó á cortar y afeitar el cabello de la sien izquierda.

Y tomaba despues el peine, y echaba atras el cabello cortado.

De este modo, cortando y rayendo con habilidad exquisita, al cabo de un buen rato se halló Meroim con la cabeza monda y el pelo en la mano.

Desató el ceñidor, ató á las tijeras el pelo, se puso el ceñidor otra vez, y aun cuidó de arreglarse el vestido con mas primor que ántes.

Y siguiendo la costumbre adquirida en el templo, se hincó de rodillas en la alfombra, y cruzó delante del pecho las manos; pero no inclinó los ojos á tierra: los alzó con fervor al cielo, implorando al Señor.

Así la sorprendieron Séfora y Ana, que traian á Salatiel en medio, y no pudieron contener una leve sonrisa de burla, mezclada de lástima, al ver la desnuda cabeza de Meroim.

«Qué te parece?» preguntó Séfora á Salatiel con alguna malicia. «¿Qué te parece, hijo mio?» preguntóle Ana con sencilla bondad.

Meroim entre tanto, oprimida de vergüenza, agitada por el amor, esperando y temiendo, resignada y dolorida, teñido su rostro con divinos matices de pudor y modestia, parecia una criatura superior á la humana naturaleza, sin que le

afease la falta del cortado cabello, caido en la alfombra y revuelto con las tijeras.

«Qué me parece, me preguntas, madre mia?» respondió Salatiel.

«Que esta es la mujer que yo amo, que yo deseo, que yo te pido, y que no podré amar á otra jamas.

— El Dios de Abraham, de Isac y Jacob, respondieron ambas matronas, te bendiga con ella.»

Corrió Salatiel á Meroim, y la alzó del suelo y la besó en la cara y en los ojos, y en la frente y sienes rapadas; y Meroim desfalleció de júbilo en brazos de su amante.

Como un breve sueño de placer indecible corrieron los treinta dias para Meroim entre dulces lecciones de Ana y dulces pláticas con su hijo, plácemes y bendiciones de toda la casa de Josef.

Y al trigésimoprimo dia, ceñida la cabeza con mitra ajustada, ceñida sobre ella corona de flores, vestida de púrpura y seda, cargada de joyas, resplandeciente de hermosura, de amor é inocencia, tendió su blanca mano á la robusta diestra de Salatiel.

Y puestos á la mesa los convidados, pidieron á la novia, cuya destreza en el canto era ya sabida, que les cantase el cántico de Moises y Miriam, que le habia sido enseñado por Ana.

Y tomando Meroim el pandero, dirigidos al cielo sus hermosos ojos, entonó con celeste voz y acordes angélicos el versículo:

Cantemos al Señor, que en este dia,
Poderoso mostrando su grandeza,
Caballo hundió en el mar y caballero.

Y temblábale algo la voz, conmovida por el temeroso respeto al Omnipotente, que habia deshecho y confundido el poder de Luza, su indigna patria.

Mas luego, encendida en fervorosa fe y gratitud, por haber sido preservada incólume entre la ruina y el estrago, cantó arrebatada:

Mi lauro es el Señor y gloria miā;
El es mi fortaleza
Y mi salud en el peligro fiero.
Porque mi Dios es este verdadero
Y el Dios de mis mayores,
Publique fiel mi lengua sus loores.

Y con asombrosas alternativas de entusiasmo y ternura, cantó así los diez y nueve versículos del sublime cántico.

Atónitos los convidados decian: «No es esta Meroim la de Luza; es la profetisa Miriam, hermana de Moises y Aaron.»

Y desde aquel momento comenzaron á llamarla *Miriam.*

Pero ella repuso con modestia: «No merezco yo llevar el nombre de mujer tan ilustre; llamadme, para distinguirme de ella, *Miriam la trasquilada.*»

Rieron altamente los convidados, y entre aplausos y vaciar de copas le fué confirmado aquel sobrenombre.

Y á los siete años *Miriam la trasquilada* peinaba una cabellera mucho mas copiosa que la que tuvo, y juntaba seis hijos, y era la madre mas hermosa y rica de Luza, poblada por los descendientes de Josef.

Y miéntras vivió Ana, que tuvo á Miriam el verdadero amor de una madre, nunca la humilde nuera se atrevió á sentarse delante de Ana, ni á levantar los ojos, ni á decir palabra si no la preguntaba la benévola suegra.

Cual muda estaba *Miriam la trasquilada* en presencia de su Señora, de rodillas ó de pié, con los brazos cruzados y mirando al suelo.

Mas cuando Ana departia con ella, respondia Miriam con palabras breves de prudencia y verdad.

Y sus palabras, discretas y pocas, eran aun mas estimadas por eso y encarecidas.

Y sus hermosos ojos, pocas veces alzados, pocas veces vistos del pueblo, parecian aun mas hermosos, y eran por lo mismo aun mas celebrados.

Porque la mayor hermosura de la mujer es el rostro modesto; y su alhaja mas rica, breve y cuerdo lenguaje.

La modesta y prudente Miriam, la que habia de morir degollada ántes de cumplir veinte años, vivió ciento veinte, y vió cinco generaciones de su púdico lecho, y descansó en paz santa, y de ella procedieron varones y hembras insignes de Israel: jueces y profetas y esposas de reyes.

Y los cristianos, que truecan el nombre de *Miriam* en el de *María*, sobre la historia que dejamos escrita de *la trasquilada Miriam*, han formado la historia, muy posterior, de *María ó de Mariquita*, con el distintivo de la *Pelona.*

DOÑA MARIQUITA LA PELONA.

CARTA BIOGRAFIA.

. . . . . Diciembre de 1852.

Sr. D. J. E. H.

Muy señor mio, de mi mayor aprecio: El mes pasado vi en una librería un tomito de leyendas várias, impreso en Madrid en el presente año; y como aficionado que soy á novelas y versos, aunque me queda poco tiempo para lecturas de diversion, abrí el tomo, y cabalmente fué por una página donde leí este título de una de las leyendas, obra de V.: *Mariquita la Pelona, crónica del siglo* XV. Me inquietaron tales palabras, porque en mi familia ha habido una señora muy respetable, á quien el vulgo aplicó ese propio mote, no muy bonito; y me figuré que acaso V., habiendo tenido noticia de la *Pelona* de nuestro tiempo, habia trasladado á otra época sus aventuras, para descaminar á las personas que las conocen. Pronto me desengañé, reparando con gusto que la *Mariquita Pelona* de V. (que supongo será cuento forjado á placer sobre la interesante anécdota de la *Doncella Napolitana*, sabida hasta de los niños de las escuelas) casi nada se parecia á la nuestra; y digo *nuestra*, porque somos bastantes los que nos honramos de pertenecer con estrechos vínculos á la *Mariquita* moderna. Pero su historia merece saberse, aunque se la desfigure algo, con tal que no se presente en ridículo: por lo cual me dirijo á V., sin tener la honra de conocerle; y, ocultando los nombres de las personas que intervinieron en los sucesos, y el año y lugar en que se verificaron, voy á comunicar á V., para que los aproveche, si gusta, fieles da-

tos biográficos acerca de otra *Mariquita Pelona*, no tan hermosa ni con una cabellera tan extraordinaria como la hija de San-García; pero muy agraciada, no ménos virtuosa y amable, y harto mas verdadera.

Hubo una niña (hubo, sí, porque ya descansa en la paz del Señor) en una de las mejores poblaciones de España, que, huérfana y pobre á la edad de trece años, fué recogida por una señora Marquesa, la cual habia estimado mucho á los padres de la muchacha, cuyo apellido encubriré, bien que el nombre no se puede ocultar: ya se debe suponer que se llamaba *María*. Acababa de enviudar la Marquesa, y tenia una niña de cinco años y medio; pensó desde luego la Señora que Mariquita podria servir de aya á la niña mas adelante, y dispuso que la enseñaran á propósito para ello. Mariquita, que ya leia bien, escribia y contaba, y ademas cosia y bordaba admirablemente, aprendió un poco de historia y geografía, música y frances, y aun á montar á caballo; y es fama que, en la parte literaria y ecuestre, no hizo los mayores progresos. Resultó de esta educacion que María, sin bienes de fortuna ningunos, vestia y hablaba á lo duque, y tenia todo el aire de una grande de España; y entrada en la flor de su juventud, no habia quien pidiera su mano. Era Mariquita á los diez y ocho años de regular estatura, ni alta ni baja, de un moreno claro agradable, de bien concertadas facciones, realzadas con una gracia de boca y una caida de párpados encantadora, buenos ojos, buen talle, muy hermosa mata de pelo, muy buen gusto para el traje, para el prendido y para el calzado, y delicioso aire para llevar la basquiña, la mantilla y el abanico: genio dócil, carácter candoroso, corazon castísimo, lenguaje alegre y dulce con todos, ménos con la Señorita cuando la tuvo por alumna; respecto de esta guardaba una severidad que metia miedo: y todo se necesitaba, porque, á la verdad (suprima V. esta frase cuando llegue el caso), la Marquesita era medio loca. Y ya que de locas hablamos, y no tratando de poner en la misma línea á la Señorita y al Aya; doña Mariquita (que así la llamaban en casa de la Marquesa) fué tambien hasta la edad de veinticinco años la criatura mas imprevisora del mundo: nunca, hasta mucho despues, pensó en el dia de mañana, ni se le ocurrió que le podia faltar la Marquesa, y hallarse en la calle con muchas necesidades, y sin recursos para subvenir á ellas. El mayordomo de la Marquesa, que era solteron, el contador y otras personas que frecuentaban aquella casa ó palacio principalísimo, miraban á María con buenos ojos, le decian flores, y nada mas; porque eran sujetos que, para mujer propia, deseaban gracias personales y dinero, ó dinero sin otra gracia; el cochero y los lacayos tambien decian pi-

ropos á su modo á doña Mariquita; pero la señorita doña María, colocada en una grada algo inferior para el señor mayordomo, estaba sobrado alta para el cochero. Estimada, y aun querida de todos, y no requerida matrimonialmente de nadie, llegó María sin sentir á los veintitres años; y entónces hubo de visitar á la Marquesa un caballero de cerca de treinta, gran mozo, de buena casa, y célebre por sus calaveradas en su patria y fuera: don Juan le llamaremos, porque no dejaba de parecerse á don Juan Tenorio. Heredero de un crecido caudal, habíalo derrochado en muy poco tiempo, y vivia á costa de un tio, viejo raro, que pasaba por hombre rico, y que, por inclinacion á su sobrino, le sacaba de los apuros, y aun le satisfacia los caprichos, no sin echarle ántes un breve sermon, repitiéndole siempre que á lo mejor le daria un chasco. Don Juan vió á María, prendóse de ella, le dirigió mil frases de amor, que María oyó con gusto indecible; y creyéndolas encaminadas á un fin legítimo, dijo al galanteador que se explicase con la Marquesa. El galan, que no esperaba aquella salida, varió de lenguaje; y al primer asomo de libertad que se quiso tomar, la honrada María le puso la cara que á la Señorita cuando se portaba mal; y, con la sal del mundo, le envió á paseo. A todo esto, don Juan, engañado por la risueña acogida que al principio le hizo el Aya, se habia jactado con sus amigos de obtener un triunfo próximo; súpose la derrota, los amigos se le burlaron, él se picó, hubo apuestas por medio, repitió con mas arte sus asechanzas á Mariquita; y ella, sin arte alguno, avisó á la Marquesa lo que pasaba; prohibió la Marquesa á don Juan que hablase á María; y, por primera vez de su vida, se hubo de retirar don Juan desairado en un empeño de tal especie, y perdió una apuesta considerable. El contador, el mayordomo, el maestro de obras, la doncella mayor y algunos otros individuos de la familia, que habian reparado ya en los obsequios de don Juan, y advirtieron su desaparicion repentina, formaron suposiciones no del todo caritativas, que desazonaron á María mucho cuando su alumna, aumentando otro tanto, se las contó: chisme fatal para la chismosa, porque en enojándose el Aya, la Señorita pagaba su enojo. Las consecuencias de este fueron privar á la Marquesita de paseo por ocho dias, y tenerla uno á pan y agua.

No habia pasado un mes cabal desde la retirada del galan jactancioso, cuando una mañana se presentó en casa de la Marquesa un fraile de la Merced, venerable por sus años y por la santa inocencia de su carácter, pidiendo que se le permitiese hablar en secreto á María. Esta, aunque no lo necesitaba, tomó la vénia de la Señora, se quedó á solas con el Religioso (ó creyó quedar á solas con él, porque á un vol-

ver de cabeza se introdujo la Señorita en la sala y se escondió en un dormitorio contiguo); y el Padre dijo, segun se cuenta, poco mas ó ménos, así:

«Hija mia, una dama forastera y de edad madura, cuyo nombre y demas circunstancias he prometido no descubrir, ha ido á mi convento y me ha dicho, que deseosa de servir á Dios y alcanzar la remision de sus culpas, quiere dotar á una doncella virtuosa y huérfana con la razonable cantidad de 40,000 reales. Mas aun: posee la dama en esta ciudad, en paraje algo retirado, una casita de buena construccion y de solo un piso, muy á propósito para un matrimonio; y agrega esta casa tambien al dote de la huérfana. Se ha informado de varios párrocos acerca de las huérfanas de mas virtud que conocen en sus respectivas feligresías; le han dado una lista, y en ella es el nombre de V. el primero. Los 40,000 reales están en mi poder; he visto la casa, y vengo á ver á V. para que me diga si quiere sujetarse á las condiciones que impone la dotante á la doncella que reciba la dote.

— Diga V. qué condiciones son, prorumpió María, sintiendo por primera vez en su corazon un deseo de dinero vehemente. Diga V. pronto; que por 40,000 reales y tener casa, algo se puede sacrificar.

— Hija mia, prosiguió el Padre, las condiciones son estas cuatro. Primera: que ha de hacer V. voto de castidad por espacio de un año.

— Le hago desde ahora.

— Que todo el año ha de vestir V. un hábito de Nuestra Señora del Cármen, con toca y manto.

— Precisamente es un hábito que me gusta.

— Que ese año ha de vivir V. en un convento de esta ciudad, el que V. elija.

— Ahí enfrente hay uno: si mi señora me da licencia, no tengo mas que cruzar la calle. A ver la última condicion.

— Esta, para una persona del juicio que V., ha de ser bien insignificante. Que se ha de cortar V. el pelo á raíz, y ofrecerlo para una imágen de santa María Magdalena, que la dama dotadora destina á cierto oratorio particular.

— ¡Padre! Y ¿eso le parece á V. que nada supone? Pues para mí es condicion mas dura mil veces que las otras tres juntas. No estoy yo tan fuera del mundo como V. cree: y así me ha de hacer V. el favor de manifestar á esa dama, que ni por un millon ni por un palacio me quedo pelona.

— Nada hay perdido, hija mia.... Quiero decir: nada hay perdido para mí, pues realmente nada pierdo yo; V. sí, creo que pierde una buena ocasion. Una semana tiene V. de término para decidirse: de aquí á ocho dias volveré; y si

me dice V. lo mismo que ahora, pasaré á proponer las condiciones á la jóven que va despues de V. en la lista.

— No, Padre, no». Iba María á decir: «No vuelva V. mas»; pero pareciéndole que en tal precipitacion habia algo de poco respetuoso al sagrado carácter del sacerdote, corrigió la expresion añadiendo: «No se vaya así.» En efecto, el Padre se habia levantado para marcharse. «Hágame V. la caridad, prosiguió, de celebrar una misa en un altar de Nuestra Señora, á fin de que me dé su luz en este negocio; y llévese V. estas frioleras para la Comunidad.»

Tomó, diciendo esto, un cestillo de bizcochos de monjas, que las vecinas le habian regalado pocas horas ántes, echó un duro en él, y puso la ofrenda en manos del Mercenario.

«Señorita María, dijo despidiéndose el buen religioso; me parece muy bien que implore V. el auxilio de la Reina de los Angeles: ella le envíe á V. su santísima bendicion.»

Y María, con la sonrisa que tanto hechizo prestaba á su rostro plácido, tendió su blanda mano, tomó la del Padre y se la besó; y acompañándole, salió él de la casa. Un momento despues evacuó el dormitorio la Señorita; buscó al mayordomo, al contador y á las doncellas de su mamá, y les contó lo que habia oido; y á la media hora ya sabia toda la casa qué objeto habia tenido la venida del Fraile.

Miéntras que la Señorita daba cuenta de todo á las criadas con mucha risa, María informaba á la Marquesa con algun sobresalto, porque recelaba lo que le sucedió; y fué, que la Señora se disgustó infinito de la negativa del Aya. «Has hecho muy mal en responder que no (dijo con severidad la Marquesa); pero, á Dios gracias, el Padre tiene que volver, y aquí estoy yo para aconsejarte, y mandar, si es preciso, lo que conviene. ¿Cómo habia yo de figurarme que tú, mi predilecta, mi favorita, mi ojito derecho, segun te llaman, mi hija casi, habias de contestar por tí y ante tí á una proposicion de tanta importancia, sin haber aguardado el parecer de tu protectora? Y todo ¿por qué? Por una vanidad muy necia en una pobre, muy reprensible sobre todo en quien ejerce el grave cargo de aya, mujer que debe dar ejemplo de modestia y cordura. Aunque valga mucho tu pelo, me parece que con 40,000 reales y una casa, te le pagan mas que merece. Pues, en verdad, que con esa trenza tan hermosa y tan bien peinada, lo que es hasta ahora no has tenido ni un triste lacayo que te diga: — Si V. me quiere, vamos á la iglesia. — Creyendo voy que el no haberte casado aun es castigo de Dios, por esa loca vanidad que hasta hoy has disimulado. ¿Qué esperas tú ser el dia de mañana? Vamos á ver.

— Señora, contestó María llorando, yo no he pensado nunca en el dia de mañana; yo todos los dias pienso en las bondades de V.

— Pero, criatura, ¿he de vivirte siempre yo?

— La Señorita no dejará de acordarse de su aya.

— Demasiado conoces tú lo que puedes esperar de la loca de mi hija. Ni ¿á qué esperar favores de nadie, cuando puedes contar con un dote propio tuyo, ganado con un año de recogimiento y servicio de Dios? Si tú posees algo, y yo te doy algo, mas juntarás. La verdad es que mi casa no está para hacer por tí lo que yo quisiera; y, por último, ¿qué sabemos lo que puede ser de nosotros? Mira lo que ha sucedido en Francia: señores se han visto pidiendo limosna, y alguno de lo mas ilustre ha vivido porque un criado se ha encargado de mantenerle. Torres mas altas han caido: cuando la fortuna llama á la puerta, no es prudente decirle que vuelva otra vez.

— Perdone V., señora Marquesa, exclamó aquí María, poniéndose de rodillas delante de su ama; nunca me ha reñido V. así, y esto me hace conocer que he cometido la falta mayor de mi vida. Perdóneme V., y disponga de mí; que yo no quiero mas que obedecer á V. y tenerla contenta. Por el amor de Dios, que me perdone V.

— Alzate y siéntate á mi lado, le dijo apaciguándose la Marquesa, y déjame hacer. Ahora mismo se enviará á la modista un recado, para que venga á tomarte medida del hábito y la toca, que quiero que sean de buen corte y hechura: en fin, como para tí, que en esto de emperejilarte no tienes igual. En seguida pasaré al convento de enfrente, y le diré á la madre Abadesa que cuente contigo. Lo que es al peluquero, ya se le avisará con tiempo tambien.

— Pero aun no me ha dicho V. que me perdona,» exclamó desconsolada María, levantando hácia su Señora los ojos cargados de lágrimas, y dirigiéndole una mirada de súplica tan humilde y tierna, que la Marquesa no pudo contener el llanto, y la abrazó, llamándola hija, con tanto cariño, como si lo fuera suya. (Entre paréntesis: voces corrieron años há, de que Mariquita era sobrina de la Marquesa, hija de una hermana que fué queridísima de la Señora.) La verdadera hija de la Marquesa, que estaba acechando por el agujero de la cerradura, llena de gozo con la reprimenda que habia llevado su aya, mas gozosa aun porque ya se consideraba libre de su poder, soltó en esto una carcajada, que no pudo contener mas; la oyó su madre, salió, y al ver á su hija retirarse riendo, la hubiera maltratado, si María no se hubiera puesto por medio. Hubo, pues, encierro para la Señorita, no impuesto por el Aya esta vez, sino por la madre; vino la modista, fué la

Marquesa al convento, y ántes del anochecer todo estaba ya corriente para la próxima inclaustracion de *doña Mariquita*, con gran asombro de toda la casa.

Muy arrepentida de su repulsa, muy sumisa y pronta se habia mostrado á la Marquesa la buena María; muy sereno aparecia su rostro; pero, como familiarmente se dice, la procesion iba por dentro. No durmió aquella noche, y al dia siguiente se levantó con calentura. Jóven de tan excelentes cualidades, algun defecto habia de tener. Sin padres y sin novio, no habiendo amado todavía hombre ninguno, preciso era que se amase algun tanto á sí propia; era para ella el mas delicioso rato del dia ponerse al tocador, peinarse y vestirse: figúrese V. si le costaria trabajo renunciar al placer mayor que hasta entónces habia sentido.

Tres dias pasó traspasada de pena, sin descanso y sin apetito, y en tan poco tiempo se desmejoró sobre manera. Tan abatida estaba, que ni aun se acordó de hacer pagar su mal humor á la Señorita, segun su costumbre. Hasta en su tocado se advirtieron señales de desaliño, nunca vistas ántes allí. Al cuarto dia fué otra cosa. Con la boca de risa de siempre, tan recompuesta como de ordinario, si no era mas, pasó á dar los buenos dias á la Señorita; y despues de algunos momentos de suspension, entre avergonzada y maliciosilla, preguntó si se habia mandado el aviso á Julian.

Era Julian el peluquero.

«Aun no, respondió la Marquesa; y sospecho que lo mejor será desavisar á la Abadesa y á la modista. Anteayer creí que te ibas á caer muerta de angustia. Quédate con pelo y sin dote; por muy poblada que tengas la cabeza, se conoce que tú nunca pelecharás.

— Señora, ¡válgame Dios! repuso Mariquita sonriéndose; por un poco de tontería que estos dias he dejado ver, no ha de figurarse V. que he de ser siempre así: tenia mi costalito de presuncion como todas, ó como algunas; lo he vaciado, y se ha concluido. Mande V. avisar á Julian.»

¿Qué habia pasado con aquella mujer, hoy tan diferente del dia anterior?

Era que, en el trascurso del dia ántes, el mayordomo, el contador y el maestro de obras de la casa, uno tras otro, se le habian declarado apasionadísimos amantes, pidiendo su mano; y contestando ella que habia hecho voto de vivir en convento un año, y cortarse el cabello, cada uno de los tres por su parte habia respondido que doña Mariquita era muy hermosa, que era muy buena, que era una santa, por lo cual ¿quién habia de reparar en pelillos, tratándose de una jóven digna de ser adorada de todo el mundo?

Seria necesario haber pasado veintitres años y pico sin

novio, y dirigiendo á una señorita impertinente como ella sola, para comprender el júbilo de Mariquita cuando se halló con tres galanes, admisibles los tres, en un mismo dia. Su júbilo fué tanto, que ni aun se le ocurrió sospechar si sabrian lo de los 40,000 y la casa, y por eso les parecia tan á propósito para esposa la misma que hasta entónces únicamente les habia merecido insulsos requiebros. María solo se fijó en que tres hombres la querian por mujer, aunque se quedase pelona; y, por consiguiente, que la falta de pelo no era óbice para casarse. Castigo de Dios habia llamado la Marquesa á la prolongada soltería de su sobrina (quiero decir, de su ojito derecho); recompensa del cielo consideró María las tres declaraciones de amor, por haberse sujetado, aunque no sin lágrimas, al consejo ó mandato de la Marquesa. A ella remitió á los tres repentinos amantes, asegurándoles que, pasado el año, el que la Señora le designara seria el preferido.

Llegó el octavo dia, ó sea el de la segunda venida del Fraile; y aquella mañanita propia recibió María una carta del Sr. Julian, perdido tambien de amores por ella, y desesperado de tener él mismo que cortar la cabellera de la que amaba. Cuatro aspirantes contaba ya doña Mariquita, y el cuarto era mas jóven y mas guapo, y mas acomodado quizá que los tres, y tonto ademas por añadidura. ¿Qué mujer mas feliz que María?

Así fué que se vistió como para una solemne fiesta, con la ropa mejor que tenia, con el fondo del cofre, como suele decirse. Esmeróse particularmente en el peinado, por lo mismo que se despedia de él para mucho tiempo. Se adornó la cabeza con unas flores, púsose los mejores pendientes.... habian de verla sus cuatro amantes, y queria deslumbrar á los cuatro, y á mas que hubiera. La Marquesa habia determinado que se recibiese al Padre en su sala, y allí se habia colocado el tocador de la Marquesa, como ara del sacrificio, nada repugnante ya para la hermosa víctima.

«¿Estoy á gusto de V., señora?» preguntó María á la Marquesa, hallándose á la sazon solitas las dos en la sala. «Puedes estar mejor,» contestó cariñosísima la Marquesa; y llevándola á la silla del tocador, le quitó las flores y los pendientes, y le puso por su propia mano una diadema con pedrería, y pendientes y collar de lo mismo: un aderezo, en fin, de valor, que la Marquesa habia usado. «El otro dia te regañé por vana (le dijo), y hoy te regalo por sumisa y juiciosa.» Este regalo solian citar como indicio grave los que sostenian que Mariquita era sobrina de la Marquesa. Besó la mano á su perseverante favorecedora, y en seguida fueron entrando los testigos del acto: el capellan, el mayordomo, el contador, el maestro de obras, y algunas otras personas de

la casa. Vino, por fin, el peluquero, muy elegante y muy compungido.

Cuando anunciaron la llegada del Religioso, María saltó y fué corriendo á recibirle hasta la portería; y al verla el Padre tan peripuesta, le hubo de preguntar, qué significaba aquel aparato como de boda. «Es para decir á V. que sí,» respondió María.

— La misa que yo he celebrado, repuso el Padre, ha obrado el buen efecto que debíamos esperar.»

Sentado el Religioso, principiaron las formalidades del acto. Repitió en forma de pregunta los cuatro artículos á María; contestó ella que los aceptaba, y el Padre entónces puso en manos de la Marquesa 2000 duros en oro y los títulos de la casa. «Facultado estoy (añadió) para entregar esto á la persona que la señorita doña María nombre depositario: declare, pues, si elige á la señora Marquesa.

— Mi señora es quien debe determinarlo, «contestó María; y la Marquesa eligió al mismo Religioso. El contador y el mayordomo se habian ofrecido á ser depositarios con la mejor voluntad; el maestro de obras manifestó deseos de ver la casa; el Padre dijo, que hasta despues de vencido el año, no habia de saberse cuál era; porque sabiéndola, seria conocido tambien el dueño, y por entónces queria ocultarse.

Era llegado el momento del sacrificio. Doña Mariquita la moderna, muy al contrario de la antigua María, hija de Juan Lanas, se levantó de su silla muy ágil; y no como víctima dolorosamente resignada, sino con el aire de una reina que celebra un triunfo, se llegó á la mesa del tocador, desdobló y se echó por sí misma á los hombros un peinador de la Marquesa guarnecido de encajes, y ocupó grave y majestuosamente su asiento. Se quitó luego los pendientes y la diadema, y desprendiéndose las lucientes y odoríferas trenzas, las fué poco á poco deshaciendo y echándose todo el pelo á la espalda. Tendidas y ondeando las negras ondas del cabello sobre el lienzo blanquísimo, que daba mas oscuro matiz á la hermosa madeja, cogió María las tijeras, y llamando al galan peluquero, le dijo: «A ver, Julian, tome V. y corte por donde quiera.»

Julian, pudoroso y aturdido, recibió las tijeras, y principió á cortar y poner á un lado los largos cadejos que iba cortando, cuidadoso de que no se enredaran. Miraba entre tanto en el espejo María el singular contraste de su rostro ufano y risueño con la atribulada fisonomía del peluquero; y mas allá aparecian tambien, como en el fondo del cristal, ceñudos y cariacontecidos, los semblantes del maestro de obras, del contador y del mayordomo. Los 40,000 en oro y los títulos de la casa estaban sobre la mesa del tocador; y diri-

giendo los interesados amantes sus miradas al taleguillo de oro y á la cabellera de la jóven, que poco á poco iba dejando ver el limpio cútis de la bien cuidada cabeza, parecian mudamente decir: «Teniendo Mariquita lo uno, lástima es que se quede sin lo otro.»

Pero se quedó sin ello en muy breve rato. Reinó durante la rasuracion un triste silencio, interrumpido al fin por la Señorita con una de sus carcajadas locas, la cual le hubiera costado un recio bofeton de su madre, si no se hubiese hallado algo léjos para recibirlo.

Despacio y con graciosa coquetería se prendió nuestra Mariquita la toca, y haciendo una reverencia cómica á los presentes, como burlándose de sí misma, se retiró á su habitacion para desnudarse aquella ropa, y vestirse el hábito carmelita, que le estaba mejor que la basquiña de paño de seda con su fleco de á media vara. Eran entónces estrechos y cortos los vestidos de las mujeres; era largo y ancho de ruedo el hábito, y bien entallado: el elegante cuerpo de Mariquita parecia, con el hábito, mas esbelto y airoso, mayor la estatura. Perfilaba delicadamente la toca su rostro oval de suaves contornos, y el manto negro y cumplido, desembarazadamente manejado, prestaba á aquella figura, mas graciosa que noble, cierta imponente dignidad, que no tenia con el traje de moda.

Como era justo, salió á despedir á María toda la servidumbre de la Marquesa. La alegría de la casa la llamaban; y, en efecto, dijérase que la alegría de aquella mansion del lujo se ausentaba con Mariquita, porque todos lloraban. Sin embargo, la ausencia no habia de ser para siempre: solo habia de durar un año. Razon tiene la copla vulgar:

Dicen que no se sienten
las despedidas:
quien lo diga de veras
que se despida.

María, acompañada del Religioso y de la Marquesa, de la Señorita y los de la casa, cruzó la calle, pasó al monasterio, y retirándose desde la portería el afectuoso acompañamiento, entró mas allá con la Señora, la Señorita y el Padre. Numeroso habia sido el séquito de la despedida; numeroso fué tambien el del recibimiento: toda la Comunidad quiso ver á la que llamaban ya *doña Mariquita la Pelona*. No cabia en sí de alborozo la Señorita, creyéndose ya libre de la severa María, porque se encerraba en aquella casa; y la Señorita, que lo oia todo, no habia oido decir á su madre, que se le hubiese de buscar aya nueva. Era inútil buscarla: cuando llegó el caso de volverse, la señora Marquesa, instalada ya en su

celda María, dirigiéndose la madre á la hija con grave acento, le dijo: «Yo, sin María, no pudiera hacer carrera de tí: con que he determinado que te quedes en el convento con ella y como ella.» Rompió á sollozar amargamente la Señorita; pero en medio de su afliccion, la madre se fué, la Señorita se quedó, y un rato despues, hubo de tener nuevo y mas fuerte motivo de llanto. Solas en su celda las dos reclusas, María, revistiéndose de toda la seriedad que usaba con su educanda, le explicó en breves razones lo que querian decir las palabras de la Marquesa, *quedarse en el monasterio con María y como María.* La Marquesa, viendo con mal pelo á su hija, y con asomos de liviandad peores que el pelo segun las trazas, habia mandado al Aya que la vistiese tambien de hábito carmelita, y le cortase al ras el cabello: el hábito y la toca estaban ya en la celda, y las tijeras en la faltriquera del Aya. Afortunadamente, desde que María contaba con cuatro amantes, habíase vuelto cuatro veces ménos rigorosa que cuando carecia de uno: por lo cual, solo cayó sobre la cabeza de la Señorita el monjil, y no la tijera, quedando las dos compañeras de encierro con el mismo uniforme.

En un año de religiosa clausura no podia ménos una mujer de regular discurso, como nuestra buena María, de reflexionar con el asiento y la madurez que ya iban requiriendo sus años: el órden, la paz y las piadosas ocupaciones de aquel santo asilo convidaban á la reflexion irresistiblemente. Allí fué donde conoció las interesadas miras de sus cuatro amantes; y pasándoles revista en su imaginacion muchas veces, hubo de caer al fin en la cuenta de que ninguno de los cuatro le convenia. Figurábase que, pasado el año de encierro, no dejarian de ofrecérsele otros; pero era de temer que valiesen ménos, porque ya entónces entraria ella en los veinticinco años, y comprendia que segun iba una mujer avanzando en edad, iban siendo de precio inferior los partidos que se le presentaban. Dominada de una tierna melancolía, se dejó ganar del manso atractivo que tenian para su espíritu el sitio en que vivia y los actos de virtudes que presenciaba; y desahogándose con la madre Abadesa, prudentísima esposa de Dios, le manifestó su deseo de quedarse por hija suya. La Superiora celebró los castos propósitos de María; pero le aconsejó que pasado el año, volviese al mundo y viviese otro año en él; y si trascurrido este, seguia sintiéndose con vocacion al claustro, se le daria el hábito al punto.

Con el sayo del Cármen salió del convento María, cumplido el año, mas blanca, mas séria y mas gorda que habia entrado: recibiéronla su señora y los demas que la habian despedido, entre ellos los cuatro amantes, á los cuales, en la primera ocasion, declaró con la mayor formalidad que pensaba ser

monja. El Religioso le entregó el dote, y le dió posesion de la casa. Era de humilde traza exterior; por dentro, cómoda y limpia; el mueblaje, de nogal, lustrado con cera; tenia un jardinito con su fuente, un oratorio, y en él una devota imágen de la Magdalena, con la cabellera de María. «¿Con que es esto mio?» exclamaba ella fuera de sí, como si no hubiese visto cosa mejor en su vida. «No sé qué daria por saber quién es la generosa dama á quien debo donacion tan preciosa.

— Aquí lo sabrá V.,» le dijo la mujer que le enseñaba la casa, criada antigua del tio de don Juan, muerto dos meses ántes. (El tio, no el sobrino, era el muerto.) María, que nada ocultaba á la señora Marquesa, le entregó el papel lacreado que la criada le ofrecia; y encerrándose las dos en el gabinete, leyó la Marquesa el papel que, fielmente copiado, dice de este modo:

«Señorita María: Por mi firma conocerá V. que soy el tio de aquel don Juan, rechazado tan honradamente por V. en sus atrevidos amores. Ha de saber V., á pesar de todo, que mi sobrino la queria bien á V., y aun quizá la quiere. Se resintió su orgullo tanto de la resistencia que no esperaba, que propuso vengarse; y, en efecto, se ha vengado de V. alevosamente. La Señora de quien el buen Religioso de la Merced recibió el encargo de dotar una huérfana, era una emisaria de don Juan, mi sobrino. Avergonzado por sus amigotes, quiso ausentarse de esta ciudad, y que V. permaneciese soltera miéntras él volvia: de eso ha nacido proponer á V. que se entre en un convento por todo un año. Parece que una de las veces que V. le desahució, se sirvió V. de la vulgar expresion, *no me peino yo para usted:* Juan, ofendido, se ha empeñado en que, por ahora, no se peine V. para nadie. Yo, que algunas veces he visitado á la señora Marquesa, conocia las excelentes prendas de V.; y aunque facilité á mi sobrino medios para ejecutar su vengativo antojo, fué con ánimo de indemnizar á V. á costa de Juan. El queria dotar á V. con mayor cantidad; yo quise que la cantidad fuese de 1,000 pesos no mas, y que se agregase al dote de V. una casita mia, donde he guardado siempre lo que V. hallará. A él, por dejarle algo, le dejo esta casa en que habito, y en que, segun las señas, moriré muy en breve; de mi dinero, ni un cuarto le queda. No lo extrañará, porque le estaba diciendo continuamente que le habia de chasquear cuando ménos se lo pensara: el chasco es morirme á tiempo que Juan, bien léjos de aquí, no puede influir en mi testamento. Ruegue V. por mí, ruegue V. por él; y si tal vez se halla en algun apuro, haga V. por él lo que pueda: será una venganza digna de V. En el oratorio de la Magdalena verá V. un armario embebido en la pared, con la llave puesta; con esa misma llave, siguiendo

la instruccion que pongo en seguida, se abre otro hueco, donde tengo el arca de mi tesoro, y en él para V., y con la bendicion de Dios, dos millones de reales.»

Rápidamente se enteraron la Marquesa y María de la manera de manejar la llave, y á los pocos momentos aparecieron á los atónitos ojos de María los ahorros del testador.

«Me parece, dijo con noble satisfaccion Marquesa, que no hice mal cuando me empeñé en que aceptaras las proposiciones del Mercenario.

— Y todo esto, repuso María, ¿qué falta me hace? Para ser monja, no se necesita mucho dinero.»

Convinieron la Marquesa y María en callar profundamente la donacion del difunto, y en que María se viniese á ocupar su casa. La Señorita, que habia salido con muchísimo placer del convento; como se quedaba sin María, y otra aya no la habia de cuidar á gusto de la Marquesa, fué vuelta á encerrar.

Con la criada antigua del tio de don Juan y un criado, se estableció María en su casa como en un castillo, preparándose á volver al convento. La dulce sonrisa, perpétua compañera de sus labios cuando era pobre, no aparecia en ellos desde que era rica: sonreíase tal vez; pero con amargura. Perseguíanla solícitos los cuatro amantes, y otros que se iban sucediendo continuamente; María, tan amable y tan cariñosa en otro tiempo, ya los escuchaba con aspereza. «Huelen mi dinero,» decia: y no era verdad; llegábanse á ella algunos, atraidos por la fragancia des sus virtudes; los mas, incitados por la fama de su desden. Para que una mujer se vea cercada de pretendientes, no hây como el *no*.

¿Por qué entre tantos pretendientes no aparecia uno á quien María dijera que sí?

Por aquellas palabras de la carta del tio: «Mi sobrino la queria bien á V., y aun quizá la quiere.» Don Juan, con todos sus vicios, era el único hombre que habia conmovido el corazon de María: porque le tuvo miedo, le cerró las puertas de su cuarto en la casa de la Marquesa.

«¿Si me querrá todavía don Juan?» solia decir María, sentada en su jardin, iluminado con el tibio resplandor de la luna. «¿Si se acordará de mí donde esté? ¿Donde estará?»

Bajo el mismo techo que María, estuvo de allí á poco: endeudado en sus correrías, volvió á la ciudad en que habia muerto su tio, para vender la casa en que consistia la herencia del buen anciano. Don Juan creyó que el chasco, tantas veces anunciado por el difunto, era el de testar sin dejarle dinero. Supo María la venida de don Juan, y desde que la supo no durmió bien.

Supo él de María; pero se la pintaron tan determinada al

monjío, que le pareció conveniente no visitarla hasta saber si cedia en su fuerte deseo de apartarse del mundo.

Desvelada una noche, se arrojó del lecho, se vistió á la ligera y se puso á la reja de una ventana que daba á la calle: corria un fresco delicioso que regalaba la ardorosa frente de la jóven insomne.

Dos caballeros, con capa de seda los dos, que venian disputando por aquel solitario paraje, se pararon cerca de la reja en que estaba María. El uno era don Juan, el otro un tahur: salian ambos de una casa de juego no muy distante.

De la disputa resultó un desafío, y los dos caballeros (hay caballeros tahures tambien) se dirigieron, espada en mano, á una callejuela inmediata, estrecha y oscura. María fué corriendo á la puerta, la abrió, y con voz tímida dijo desde el umbral repetidas veces: «¡Don Juan! Don Juan!»

Don Juan, que habia oido la voz, sin dejar por eso de marchar á la callejuela con su enemigo, volvió á los pocos instantes, pálido y ensangrentado, buscando la puerta de donde habia salido la voz. El tahur quedaba muerto en la calle, y don Juan herido.

María le recibió en los brazos: llamó, se levantaron el criado y la criada, se acostó al herido, y se le asistió con tan maravilloso sigilo así entónces como despues, que el muerto se quedó por muerto, y el vivo sin ser conocido de nadie por homicida.

Que don Juan conoció á María; que socorrido y amparado por ella, su aficion liviana se convirtió en limpia y verdadera pasion; que arrepentido de su innoble venganza, imploró perdon á los piés de su salvadora, ya se debe dar por supuesto: lo que no era fácil de imaginar es la condicion que puso María para perdonar á don Juan.

Desde que la herida de don Juan habia cesado de ofrecer peligro, la antigua sonrisa de María, muchos meses ausente, habia vuelto á su rostro, y la gracia á sus labios, y habian sus ojos vuelto á brillar con su acostumbrada viveza. «Señor don Juan, le dijo un dia, quitándose la toca, y enseñándole su cabello diecisietemesino: peloncilla estoy, y mas pelon ha de ser con quien yo me case: cada oveja con su pareja. Si V. me pretende para mujer, éntrese por un año en la Orden Tercera, vístase el sayal de la Orden, pélese como el último de los hermanos.... y despues.... con tal que V. se haya portado bien.... hablaremos.»

O don Juan habia hecho ya todas sus calaveradas, ó solamente le faltaba la última, ó la represalia intentada por María le pareció justísima, ó la muerte dada al caballero tahur le tenia atribulado y contrito: ello es que en el momento que pudo salir á la calle, se fué al hospital de la venerable

Orden Tercera de San Francisco, se dejó trasquilar y vestir de hermano Tercero; pasó un año asistiendo enfermos, y despues de cumplido, llevando aun el traje de jerga y con el sombrero de franciscano lego, se presentó en casa de María, y le dijo: «Un año he pasado, como V. quiso y donde V. quiso: con que, Mariquita, hablemos ahora.» Puede inferirse lo que hablarian, de que al otro dia él y ella colgaron los hábitos, y se casaron muy poco despues. La casa del tio no llegó á venderse, y sus millones fueron ofrecidos por María á don Juan, en quien, si no aumentaron el amor á su esposa, tampoco debieron disminuirle, porque reparando ventajosamente sus antiguas calaveradas, fué marido y padre ejemplar.

Esta es la *Mariquita Pelona* de mi familia, sobre cuya historia, fielmente referida por mí en todas sus partes, pudiérase escribir una novela de regular extension y mas artificio; pero convendria disfrazar los hechos, omitiendo sobre todo decir que la Marquesita salió del convento á fuerza de llorar y suplicar á su madre, y á los dos meses de su salida se escapó á Francia con el maestro de obras, con el cual tuvo la Marquesa que casarla de prisa y corriendo. Tal vez convendria trasladar los hechos á una época muy remota: cuanto mas remota, mas novedad podria ofrecer la novela. Noticias hay, como sabe V., de que el célebre poeta griego Menandro, cuyas obras han perecido, escribió una comedia con el título de *La Trasquilada*; y parece que el argumento consistia en que un militar muy celoso, llamado Polemon, dueño de una hermosa cautiva, creyéndola infiel sin que ella lo fuese, la trató muy mal y la peló muy bien, arrepintiéndose despues de trasquilada la inocente cautiva: el don Juan de mi historia pudiera fácilmente convertirse en el capitan Polemon, enamorado, celoso, frenético y, por último, arrepentido. En lugar del verdadero personaje de la Marquesita, podria V. ingerir un episodio, verdadero tambien y griego, aunque de época ménos antigua. El historiador y poeta bizantino Agatías hubo de hacerse amar de una hermosa niña, llamada Rodántes; pero un envidioso viejo, pariente ó tutor de la chica, llevó tan á mal el amor rodadero, en peligro quizá de hacerse rodado, que hartó á la muchacha de golpes, le cortó el cabello y la encerró donde, por mas que hizo su amante, no logró verla: Rodántes y Agatías podrian sustituir con ventajas á la Marquesita y al maestro alarife. Comparando las costumbres antiguas con las modernas, podrian hacerse importantes reflexiones acerca de lo que han ganado las mujeres en el tiempo presente; pues aunque haya hoy militares y paisanos que riñan celosos, no son ellas por lo comun las que suelen salir peladas; y los tutores, aunque encierren á sus pupilas cuando es preciso, no les tocan á un pelo de la cabeza.

Aquí terminaba la carta que recibí á fines de 1852: carta que aprecio tanto, que no he podido ménos de insertarla á la letra como segundo apéndice á la crónica, ántes inserta, del siglo XV, sin hacer gran caso de los escrúpulos del comunicante, pues nunca he oido hablar palabra de esa *Doña Mariquita Pelona* moderna, y á toda España le sucederá probablemente lo mismo. La verdad vale mas que las invenciones; y no hay razon para sacar de la oscuridad ó retiro en que permanecen al señor capitan Polemon y á la señorita Rodántes. No ha sido mi ánimo formar una galería de pelonas célebres, que fastidiaria si constaba de muchas; basta con un grupo de cuatro: una del tiempo en que el sol se paró obediente á la voz del hombre; dos del principio y del fin de la media edad; y otra casi de nuestros dias. Á pesar de las reticencias usadas por el autor de la carta biográfica, la indicacion del traje de Mariquita determina la época: los vestidos de seda con el fleco de media vara corresponden á los primeros años de nuestro siglo.

LA LOCURA CONTAGIOSA.

ANECDOTA DEL SIGLO XVII.

A un cuarto principal de una casa nueva, sita frente al Rastro de Valladolid, Corte á la sazon de Felipe III, subian una tarde de otoño de 1603, mano á mano y en conversacion al parecer de grave importancia, una mujer y dos hombres, personas los tres de razonable edad: el uno con sotana y manteo de raja de Florencia; el otro con capa larga y gorra, baston, guantes y grande anillo, y ella con tocas blancas y saya de jerga: es decir, un eclesiástico, un médico y una beata. «Quien nos haya visto venir acá juntos desde la iglesia de San Ildefonso (dijo sonriendo el Eclesiástico al poner el pié en el primer escalon), se habrá figurado que vamos á visitar á un enfermo de peligro. — ¿Parécele á vuesa merced, señor Cura (replicó la Beata), que es enfermedad poco peligrosa la de mi hermanastro? — Aun (replicó el Médico), no nos ha dado cuenta vuesa merced sino de algun que otro síntoma, que no me parece decisivo. — Ahora (prosiguió el Cura), nos informará con mas detencion y descanso la hermana Magdalena; porque hasta aquí mas nos ha aturdido con exclamaciones, que instruido con noticias. — Por eso rogué á vuesas mercedes (dijo Magdalena), que viniesen á casa, y aprovechásemos la buena coyuntura que se nos ofrece, por haber salido mi cuñada, mi hermana y sobrinas.»

Llamó en esto la Beata á la puerta, y habiendo preguntado desde adentro una voz el sabido *quién es?* Magdalena respondió: «Abre, María.» Abrió al punto la criada, y la Beata, haciéndole primero una seña, como de quien encarga sigilo, preguntó muy quedo á la moza si seguia aun el amo en su cuarto. «Todavía está allí (contestó María), y tan enfrascado como siempre. — Vuesas mercedes me hagan la honra de pasar á la sala,» dijo la Beata entónces á sus dos acom-

pañantes; y dirigiéndolos ella, entraron en una pieza capaz y limpia, bien que alhajada con pocos y pobres muebles. Con esto, y con mandar á la criada que sacase chocolate al señor Cura y al señor Doctor, se retiró la moza; y quedando solos los tres interlocutores de al principio, entablaron, segun noticias, la siguiente conversacion.

EL CURA. (Bajito.)

Con que díganos vuesa merced: ¿qué mas motivos tiene para creer que el señor hermano se halla tan mal de salud?

MAGDALENA.

La del alma nunca me falte, señor Cura, si no es cierto lo que imagino. Pues, señores... (*Suena en el aposento inmediato una ruidosa carcajada.*) ¿Oyen vuesas mercedes? Esas risas son las que me hacen llorar: desde que vino mi cuñado de Sevilla, donde estuvo preso, ha dado en la flor de encerrarse en ese cuarto, y de soltar de cuando en cuando unas risotadas que me estremecen. Cuando le hablamos, anda siempre distraido, y de ordinario contesta fuera de propósito: á mi entender el sentimiento de haberse visto en una cárcel y acusado injustamente de defraudador de la Real Hacienda, junto con la pesadumbre de considerar el desamparo en que su prision dejaba á su familia, que somos cinco mujeres, sin contar con la moza, á quienes hasta ahora ha mantenido honradamente con su trabajo; estas consideraciones, repito, han hecho en su ánimo ancha mella, y han debido trastornarle un poco el cerebro.

EL MEDICO.

Imposible no es: un hombre pundonoroso, y que pasa ya de cincuenta...

MAGDALENA.

Es que hay otra cosa, y á fe que el señor Cura me dé la razon. Mi madre, doña Leonor de Cortinas, que santa gloria haya, ¡me tiene dicho tantas veces, afligida de la traviesa índole de mi hermano, me tiene repetido tantas veces llorando, que las locuras de su hijo habian de dar que decir al mundo! Las predicciones de los padres ...

EL CURA. (Tomando el chocolate que trae la criada.)

Ciertamente son avisos de Dios (*Ap.* Agasajo de chocolate como este, bien se podia perdonar.)

EL MEDICO. (Despachaudo su jícara.)

Pero esas risas pueden provenir de que el señor hermano tenga algun motivo oculto para estar contento: acaso sus negocios prosperan...

MAGDALENA.

¿Qué han de prosperar, señor Doctor de mi alma, si jamas se ha visto peor? En otro tiempo escribia comedias, que le daban algo de sí, porque los comediantes y el auditorio las recibian bien; pero ya dicen todos que ha perdido la gracia, y que ni aun sirve para componer coplas de ciego. Acomodo estable no ha podido lograrlo nunca; las cobranzas esas que tenia le ocasionaban continuos viajes y desazones, y le rendian muy poca utilidad; como fué soldado, no se da maña para hacer la corte á los señores de ella, y así ninguno le atiende: con que ya ve vuesa merced ¡qué motivos de alegría le asisten! Pero lo mas particular es que desde que le ha acometido esa manía, se rie de cualquier cosa por sencilla que sea, y le ocurren unas bobadas, que jamas se han visto en él ni por pienso; pues seguramente que nunca ha pecado de bobo mi hermano de madre. Figúrense vuesas mercedes si es para extrañar el caso que voy á referir, que es el primero en que yo reparé. Recien llegado mi hermano de Sevilla, tuvo que tratar con un labrador de Sepúlveda no sé qué asuntos correspondientes á la administracion de unas tierras de aquella villa; y como en la lista de ellas hubiese una, sita en un término que parece llaman de *Sancho Pulza*, no bien oyó este nombre mi buen hermano, rompió á reir como un mentecato, diciendo: «¡Famoso nombre, mudándole algo! Famoso!» Porfiaba el labrador que no habia que mudar al tal nombre nada, y mi hermano en que sí; y anduvieron de este modo altercando media hora, hasta que se separaron los dos: el labrador harto mohino, y mi hermano muy satisfecho. Pocos dias despues habíamos salido él y yo á dar una vuelta fuera de la ciudad; y al subir una loma, encima de la cual hay un molino de viento, vimos que un muchacho se agarró ó se dejó coger, no sé cómo, de una de las aspas del molino, que le volteó y arrojó á gran distancia, dejándole sin sentido del golpe. Yo me asusté de manera que no pude dar un paso para socorrer al chicuelo; mi hermano acudió á él, le alzó, y le hizo volver en su acuerdo; pero ¿querrán vuesas mercedes creer que miéntras le levantaba y hacia por volverlo en sí, no paraba de reirse, exclamando: «¡Tambien es rara casualidad! ¡vaya, que no puedo contener la risa!»

EL CURA.

Poco cristiano es en verdad eso de alegrarse del mal del prójimo.

EL DOCTOR.

Que se alegre un médico de que se le presente ocasion de hacer una buena cura, pase; pero un ingenio lego no está

en igual caso. Con todo, aun eso no prueba que el amigo se halle fuera de juicio.

MAGDALENA.

Pues vaya otro pasito mas. Vuesa merced, si no me engaño, es pariente de aquel famoso Juanelo Turriano, el del artificio para subir el agua del Tajo á Toledo.

EL DOCTOR.

Cierto que sí.

MAGDALENA.

Vuesa merced mismo es quien me ha contado aquel lance de Juanelo con el Emperador.

EL DOCTOR.

En efecto, yo he sido.

EL CURA.

¿Qué lance es ese?

EL MEDICO.

Uno que no deja de ser curioso. Cuando el César Carlos V, habiendo renunciado las coronas imperial y real, se retiró al monasterio de San Jerónimo de Yuste, Juanelo, deseoso de dar á su Majestad un buen rato, construyó una máquina de figuras de movimiento, que representaba la batalla de Pavía. Dada cuenta de sus intenciones á los monjes, ellos le proporcionaron con todo secreto sitio á propósito en que colocar su tramoya; y cuando estuvo lista, dijeron al Emperador que viniese á ver una curiosidad de buen gusto. Holgóse mucho su Majestad con ella, porque el sitio de la pelea estaba representado al vivo, y las operaciones de los dos ejércitos perfectamente imitadas. Pues como la figura del Rey de Francia hiciese que se retiraba en derrota, y se hubiesen atascado con no sé qué ropiezo las de los nuestros que le perseguian; el Emperador, que tenia los ojos fijos en ellas, como si mismamente estuviese viendo combatir hombres de carne y hueso, se dejó por un momento llevar de su imaginacion guerrera y fogosa, y exclamó á voz en grito, cual si estuviese mandando sus invictas escuadras: «Corre, Juan de Urbieta; Diego de Avila, corre; que se os escapa el rey Francisco.» Figúrese vuesa merced, señor Cura, ¡qué efecto harian estas expresiones en todos los circunstantes! Aunque casi todos eran monjes, padre hubo que se arrojó á coger del pescuezo al Rey frances para que no se nos huyera.

EL CURA.

Yo por mí le juro á vuesa merced que mas hubiera queri-

do presenciar ese lance, que ser presentado para la mitra arzobispal de Toledo.

MAGDALENA.

Pues bien: refiriéndole yo há pocos dias ese acontecimiento á mi hermano, soltó tambien una carcajada, diciendo: «¡Brava aventura para achacársela á un titerero!»

EL MEDICO.

¡Tratar de titerero á Juanelo, al insigne mecánico, mi pariente! Vamos, no tiene duda: el hermano de Magdalena está loco.

MAGDALENA.

Pues ¿y lo que le oí decir acerca del piadoso robo del cuerpo de san Juan de la Cruz?

EL CURA.

¡Qué! ¿Se divierte tambien el señor hermano á costa de los siervos de Dios?

MAGDALENA.

No; pero dijo que él habia de dar su merecido al comisionado que hizo el robo, y al Vicario y Prior del Cármen que lo consintieron.

EL CURA.

¿Y qué es lo que queria dar á los reverendos?

MAGDALENA.

Una buena paliza por mano de no sé qué personaje.

EL CURA.

¡Palos á un ministro de los altares! Vamos, no se puede ya dudar que ese hombre está loco.

MAGDALENA.

¡Gracias á Dios que se convencen vuesas mercedes!

Quedó, pues, con esto calificado de demente el risueño y hasta ahora invisible hermano de la Beata; y habiendo conferenciado entre sí los tres calificadores acerca de quién habia de ser el que hablase primero al enfermo, para inducirle á ponerse en cura, hubo de recaer la eleccion, como era natural, en el padre de almas, el cual levantándose y encomendándose á san Ildefonso, abrió la puerta del cuarto donde se hallaba el paciente, y colóse dentro con un *Ave María*, seguido de la pregunta: «¿Qué hace por aquí un hombre?» Era la pieza grande, y el Cura habia cerrado la puerta conforme ántes estaba: el Doctor y Magdalena se pusieron á escuchar con grande ahinco, y aun miraron por el agujero de

la cerradura; pero no les fué posible ver al maniático ni al Cura, ni oirles palabra durante un breve rato, hasta que sonó de pronto un duo de carcajadas, en el cual el buen Cura reia mucho mas recio que el presunto loco. Miráronse atónitos el Doctor y la Beata, la cual, como si súbitamente se sintiera agitada de una inspiracion profética, prorumpió, enclavijando las manos y alzando los ojos al cielo (es decir, á las bovedillas de la sala): «¡Ay! señor Doctor de mi vida! ¿Si será locura contagiosa la de mi hermano, y se le habrá pegado al Cura? — Oiga vuesa merced, contestó el Doctor; pues no lo diga de chanza; que es cosa que puede suceder, y á fe que esta vez no las tengo todas conmigo. Sin embargo, voy á entrar y á preguntarles de qué se rien, porque á nosotros, los de la profesion, como ya nos conocen, no se nos agarran las enfermedades.» Y diciendo y haciendo, encajóse en el cuarto. Siguióse á su entrada rumor confuso de cumplimientos de bienvenida, y luego otro rumor mas suave, que Magdalena no acertó á discernir, aunque se parecia al susurro que hace una persona que reza; y por último tornó á resonar otra salva de risotadas, aun mas estrepitosa que la anterior, por el refuerzo del nuevo auxiliar, cuya voz aun sobresalia sobre la del Cura. Aquí fué la confusion y apuro de Magdalena. «¡Tambien, exclamaba, tambien el Doctor se ha contagiado! ¡tambien el Médico se vuelve loco!»

En medio de esta tribulacion é invocando uno por uno á todos los santos del calendario, la hallaron cuatro nuevos personajes femeniles, que aparecieron en la sala: dos jóvenes y dos respetables matronas. «¡Catalina, Andrea, Isabel, Constanza! exclamó Magdalena fuera de sí, dirigiéndose alternativamente á cada una: mi hermano se nos ha vuelto loco, y comunica su locura á cuantos le hablan. — ¡Loco mi marido! — ¡mi padre! — ¡mi hermano! — ¡mi tio! exclamaron á la vez las cuatro. — ¿Pues, qué sucede? ¿Qué has notado en él? preguntó Catalina. — Que ha dado en la manía de reirse de todo, y á todos les entra hoy la misma manía en oyéndole: escuchad, escuchad, ¡qué carcajadas dan allá dentro el cura de San Ildefonso y el doctor Turriano! — Es menester que yo aclare esto,» dijo Catalina no poco turbada, y pasó al cuarto que parecia haberse convertido en el templo de la alegría. A los dos minutos ya reia Catalina como los demas. Fueron entrando sucesivamente, atraidas de la curiosidad, mezclada con una buena dósis de miedo, doña Andrea, Isabel y Constanza, y á todas tres sucedió lo mismo: de manera que á lo último, reunidas las siete voces ó risas, cada una de tono y sonido diverso, formaban el coro mas bullicioso y vario que imaginarse puede. Llamaban á gritos los de adentro á Magdalena; pero ella les respondia mas recio: «No en mis

dias: ¡guarda Pablo! No quiero reirme, no quiero perder el juicio. — Tú estás libre de eso,» respondió desde adentro una voz un poco tartamuda; y un instante despues, vista la terquedad de Magdalena, que no consentia en moverse de la sala, salieron á ella los que estaban en el cuarto: el Cura y el Médico, las dos jóvenes, las dos señoras mayores, y detras de todos un hombre que rayaba en la ancianidad, de regular estatura y agradable aspecto, buen color, frente ancha, ojos vivos y nariz aguileña, el cual traia unos papeles en la mano. Salian todos fatigados de lo descompasadamente que habian reido; y el Cura, dirigiéndose á Magdalena, le dijo: «No tenga vuesa merced cuidado; que, por ahora, la razon de mi buen feligres el alcalaíno, se halla mas que medianamente firme, sin embargo de que tengo para mí que la prediccion de la difunta doña Leonor, su madre, ha de ser en cierto concepto ampliamente cumplida: las *locuras escritas* de su hijo el manco han de resonar en todos los ángulos de la tierra. — Mira, dijo entónces el hermano alargando á la Beata los papeles que habia sacado; mira lo que tan ocupado me trae hace algun tiempo, y lo que tanto ha divertido á estos señores.» Magdalena tomó los papeles y leyó este rótulo en la cubierta: *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha, compuesto por Miguel de Cervantes Saavedra.*

LA DEUDA OLVIDADA.

ANECDOTA CONTEMPORANEA.

Pocos años há que vivia en Madrid un pobre castellano viejo, que, siendo aun mozo y con regular salud, carecia del bien que mas general y seguramente disfrutan los pobres: un sueño tranquilo.

Don Alfonso Zamora dormia siempre mal; tardaba en visitar sus ojos el apetecido descanso, despertábase pronto, y le atormentaba durante el sueño una pesadilla importuna. Tenia deudas Alfonso; le faltaban medios para pagarlas, y esta idea le perseguia en términos de no permitirle reposar ni una sola noche con sueño apacible y seguido.

Verse libre de deudas, pagar lo que debia, era el único deseo de Alfonso, la sola ventura que ambicionaba. «¡Cuán feliz seré (decia á cada paso) desde el instante en que no tenga acreedor á quien satisfacer! ¡Qué bien dormiré la noche que me acueste sin deudas!»

No eran muchas ni grandes las que desvelaban á don Alfonso; mas para el pobre no hay deuda chica: deber mucho y roncar á pierna tendida es un privilegio que solamente disfrutan los deudores ricos. Alguno de ellos ha dicho con sobrada razon que no debe pasar inquietud el deudor que no paga, sino el acreedor que no cobra.

Ignorando Alfonso tan cómoda máxima, se afanaba de dia para cumplir sus obligaciones, y acongojábase entre la sombra nocturna, considerando que no se le lograba dejarlas cumplidas.

Los apuros de Alfonso provenian de tres causas diferentes y análogas: desgracia, vanidad, y debilidad de carácter. Esta última resume las otras: la vanidad es una flaqueza; el débil siempre suele ser desgracido.

Padeció Alfonso una grave dolencia, durante la cual consumió sus limitados recursos y se empeñó.

Crecieron sus empeños con gastos que hizo, por no ser ménos que algunos camaradas suyos, mas pudientes que él.

Perdió ocasiones de remediar sus necesidades, ya trabajando poco, ya dando lugar con su excesivo encogimiento á que le pagaran tarde, mal ó nunca.

Era, pues, don Alfonso un hombre de bien, salvos algunos pecadillos de que pocos se escapan. Con deudas que trampear, ¿cómo le habian de faltar embustes de que avergonzarse? La deuda es madre de la mentira en su enlace bígamo con el deudor y el acreedor: aquel miente para probar que no puede satisfacer, y este para manifestar que necesita lo suyo.

De otros dos pecadillos acusaba su conciencia al insomne Zamora; pero eran tales que á muchos lectores parecerán escrúpulos necios.

Hay en cierta parte montuosa de España unas poblaciones pequeñas, donde los vecinos dan de comer por semanas á tres oficiales públicos de la villa, que son un mastin, un pastor y el maestro de escuela. El mantenimiento del primer servidor de aquellas repúblicas, el perro para la custodia de los ganados, se determina sin objeciones en el Concejo; en lo que se ha de suministrar al pastor, ya se buscan ahorros; el ajuste del maestro de niños ofrece siempre dificultades: no se repara en libra de pan mas ó ménos para el mastin; para el instructor de la infancia todo parece mucho. Así, cuando vaca una de estas escuelas, que se conocen con el nombre de *incompletas* á falta de otro mas expresivo, el pretendiente que se contenta con ménos (y regularmente suele ser el que ménos vale) se lleva de seguro la plaza. Un candidato con mujer y con hijos quiso alzarse con una de estas codiciables prebendas á tiempo que Alfonso, recien emigrado del pueblo de su naturaleza, buscaba un modo de subsistir; la dotacion de la escuela, ademas de la mesa, se extendia á unas cuantas medidas de frutos, cantidad insuficiente para alimentar á la familia del primer aspirante; Alfonso ofreció servir el cargo con una rebaja de tres fanegas; y el maestro mas exigente fué pospuesto al mas comedido, segun convenia á los intereses del pueblo. Alfonso confesaba despues haber hecho dos males con tan infeliz competencia: uno al maestro y otro á los niños, porque el derrotado competidor era mas á propósito para la enseñanza.

Moraba en aquel pueblo una jovencita de catorce Abriles, llamada Rosa, fresca y linda como la flor de su nombre, hija de una viuda verde, y aun agria, madre severa, mujerona fornida. Pretendió á la madre un viejo rico de aquellos contornos; y la honrada dueña, mirando por su hija primero que

por sí, propuso al novio que dirigiera sus pretensiones á Rosa, que, ya casadera, tal vez no hallaria nunca partido tan bueno. Convino sin hacerse rogar el anciano; y la madre, omitiendo preámbulos, mandó á la niña prevenirse para la boda, poniendo buena cara al novio, so pena de recibir alguna advertencia desapacible. Mas era el caso que nuestro Alfonso, el cual, como otro Abelardo, enseñaba á escribir á la montañesa Heloisa, habia dado en mirar, con mas curiosidad que debiera, el hermoso perfil que presentaba su discípula con la pluma en la mano, su torneado cuello, su moño abultado, donde se recogia en repetidos dobleces una larga y pobladísima trenza; y de ver y contemplar devotamente la perfilada imágen, habia pasado á escribir para Rosa unas gallardas muestras de carácter cursivo, cuyo texto no se hallaba en ninguna de las colecciones aprobadas para uso de las escuelas; y escritas, habíaselas entregado á Rosita en secreto, y ella las guardaba no con ménos cuidado. Supo el Maestro por la contristada alumna el desigual consorcio que le proponian; cogieron las vueltas á la viuda, pues, aunque nada lerda, no podia estar en todas partes á un tiempo; se hablaron, se juraron fe eterna; y Rosa, á pesar de no haber en su vida ni imaginado siquiera desobedecer á su madre, prometió calabazas al novio machucho, y cumplió su palabra al pié de la letra.

Tal habia sido la segunda picardigüela de Alfonso, la cual produjo inmediatamente resultados funestos. Al otro dia de haber declarado Rosita á su madre que se consideraba muy niña para contraer matrimonio, salia la infeliz muy temprano del pueblo, encendidos los ojos y las mejillas, tapándoselas con un pañuelo muy traido á la cara. Un deudo cercano la llevaba en un burro á servir fuera de la provincia.

Al primer domingo siguiente publicaba el cura de la parroquia la primera amonestacion de la viuda con el trasegado Matusalen; y aquella noche misma el conductor de Rosa, asistido de varios vecinos crédulos, encajaba en la cárcel á Alfonso, despues de haberle molido á palos, achacándole conato de conversacion criminal con su inocente cónyuge: mujer, en efecto, la mas inocente y fea de aquel partido. La madre de Rosa, arrepentida ya de haber puesto violentamente las manos en su hija, no halló consuelo hasta que el pariente consabido le ofreció discurrir un medio para zurrar de firme al seductor Maestro, y lanzarle de la poblacion entre los gritos de un general anatema. La viuda en vísperas de desenviudar habia dado con las cartas de Alfonso á Rosita.

Alfonso tuvo, en efecto, que fugarse de allí con grave riesgo de su persona: sus tiernos discípulos, á instancias de la rencorosa viuda, le despidieron fervorosamente á pedradas.

El fugitivo preceptor se vino á Madrid por lo pronto; mas

con decidida intencion de buscar á su Rosa por todos los ángulos de la Península. Vano propósito, porque la cauta madre, luego que celebró las segundas nupcias, trajo la niña al pueblo, donde Alfonso no podia estampar los piés. Rosa fué recibida con gran benignidad por su madre, que se obligó con promesa formal á no reñirla nunca, siempre que no se le rebelase cuando le mandara tomar esposo.

Y como Rosa era hermosa y excelente criatura, tenia un novio cada tres meses; á todos les daba la misma respuesta que al viejo; y si este se descuidaba en defender á la pobre hijastra, que se habia granjeado su afecto, cada novio le costaba una imposicion de manos poco apostólica.

Entre tanto Alfonso llegó á saber que Rosa vivia con su madre; escribió, y no tuvo respuesta, porque sus cartas cayeron en manos de la obstinada casamentera. Pasaron meses y años, perdió Alfonso la esperanza de ver á Rosa, perdió mas adelante la memoria de su amante promesa, y por fin vino á perder el sueño como queda contado.

De nueve horas largas le disfrutaba cada noche un rico rentista que ocupaba el cuarto principal de la casa en que habitaba tambien Alfonso, altamente alojado, esto es, en el último piso. Hubo de saber los pervigilios que padecia, húbole de oir su ordinaria exclamacion «¡qué bien dormiré cuando pague todas mis deudas!» y hubo de ocurrirle el caritativo pensamiento de facilitar el reposo al atribulado deudor.

Trataba de sorprenderle con obsequio tan dulce, cuando el propio rentista fué de otra manera sorprendido por la visita que mas debiéramos esperar, y que ménos prevenidos nos halla: la de la muerte.

No fué, sin embargo, la sorpresa tan repentina, que el rico benéfico no dispusiese de una hora para testar.

Era el invadido el postrer vástago de su familia; y, sin escrúpulo de conciencia, dejó por universal heredero á su vecino, el del alojamiento sublime.

Y hé aquí al pobre Alfonso Zamora convertido repentinamente en el respetable señor don Alfonso, poseedor legítimo de unos cuantos millones, que proporcionaban á su amo anterior un sueño á prueba de cañonazos, de pronunciamientos, de gritos de suegra, si acaso la tuvo.

Tomar posesion de la herencia y llamar á todos sus acreedores, fué obra de pocos minutos.

Concurrieron á la cita los mas; pero no todos, y el opulento señor don Alfonso no durmió por eso mejor que solia.

Buscó al dia siguiente y pagó á los acreedores que le quedaban. «¡Esta noche sí que duermo como una estatua! (dijo al ocupar el mullido lecho del rentista difunto). Ya no debo nada á nadie, por fin.»

Sin embargo, Alfonso durmió como si debiese hasta la camisa.

«Ya lo entiendo (exclamó al levantarse): debo una reparacion al maestro casado, á quien dejé perdido cuando me establecí en el pueblo de Rosa. Sé dónde para, y me es fácil favorecerle.»

Cumplió Alfonso este noble propósito, descansó medianamente unos dias, y siguió durmiendo lo mismo que ántes.

«Pero, Señor (se preguntaba incesantemente), ¿qué me falta pagar aun? ¿qué debo yo?

«Ah! sí: un rico debe un tributo de proteccion á las artes y letras.

«Le concederé hasta donde mi renta me lo permita.

«Debe servir por sí mismo á su patria, si no es físicamente inhábil ó imbécil.

«Trabajaré para mi país en mejorar su sistema de agricultura.»

Practicó Alfonso cuanto decia, y continuó desvelado siempre, siempre diciéndose: «Algo me falta que pagar, algo debo. ¿Qué es?»

Pensó en Rosa, por último.

«Yo le ofrecí mi mano, es verdad; pero no ha respondido á las cartas que la escribí. Voy á escribir de nuevo.»

Tampoco obtuvo contestacion.

Aburrido, malísimamente humorado, salió Alfonso á pasear una tarde fuera de puertas, oprimiendo el lomo de un caballo de estampa admirable.

Pasó várias veces del camino real á una senda, y tornó de la senda al camino real.

Y hé aquí, lectores, que en una de estas entradas ó salidas se halló Alfonso frente á frente de un asno, en el cual venia descuidadamente montado aquel impostor, consanguíneo de Rosa, que por poco no descostilla á nuestro héroe en el pueblo.

El propósito fijo del buen Zamora era satisfacer sus deudas de todo género.

En cuanto vió al pariente de Rosa, recordó la paliza insigne que habia recibido de él, y á la cual aun no habia correspondido volviéndole otra.

«Esta es la deuda que me faltaba satisfacer (prorumpió colérico): hagamos finiquito, y dormiré bien por primera vez esta noche.»

Alzó Alfonso el látigo y restituyó generosamente al labriego los golpes de antaño; pero aquella noche durmió peor que nunca.

«¿Qué deberé yo todavía?

«Soy rico y soltero. Deberé casarme?

«Tal vez. Mañana me planto en el pórtico de esa iglesia inmediata, á la cual concurren preciosas jóvenes: voy á ver si alguna me agrada.»

Madrugó Alfonso al otro dia para ir á la iglesia.

Colocado en el pórtico, sintió un fuerte impulso de pasar mas allá.

Con todo, no se determinaba: hacia años que no frecuentaba iglesia ninguna.

Habian tocado á la misa primera. Dos jóvenes, al parecer señorita y criada, muy modestamente vestidas, cruzaron la calle y se acercaron al pórtico.

Miró Alfonso á la Señorita, que se quedó parada por un momento, como dudando si entraria en el templo ó si retrocederia; volvió Alfonso á mirar, y con pasmo infinito conoció á su antigua discípula.

Rosa era, en efecto; la misma Rosa: con ménos frescura de tez que ántes; pero con mas gracia en sus facciones y movimientos: convertida de zagala del valle en elegante habitadora de nuestra Corte.

— «¡Rosa!

— ¡Alfonso!

— ¿Cuándo ha venido V. á Madrid?

— Hace mas de tres años.

— No la he visto á V. nunca.

— Yo á V. sí, várias veces.

— Y ¿no ha querido V. hablar á su antiguo maestro?

— El maestro ni siquiera miraba á su alumna.

— ¿Y madre?

— Enviudó otra vez, y vino á establecerse en Madrid.

— ¿Y V., Rosa, está ya establecida?

— Hice una promesa en mi pueblo; y aunque me ha costado aflicciones el mantenerme fiel á ella, no la he quebrantado.

— Rosa! Rosa! V. será mia; yo no he podido amar sino á V.; V., sin duda, no ha recibido mis cartas.

— Ahora sé que V. me haya escrito.

— Es preciso que sepa yo si su madre de V. las ha interceptado. Es necesario que satisfaga mi postrera deuda para que descanse tranquilo. No sabe V., Rosa, ¡con qué desasosiego vive el que fué su maestro de V., y tambien su primer amante, su primer amor!

— Primero sin segundo, señor don Alfonso.

— ¿Es verdad, Rosa de mi vida? ¿Es posible?

— Mi madre podrá informar á V. mejor de las ofertas que he rehusado. El pobre Maestro de mi lugar ha sido para mí preferible á los mas ricos hacendados de mi país.

— Ya soy rico yo, Rosa mia; tengo una gran casa, cria-

dos, caballos, aduladores, envidiosos, y reputacion de talento; porque la riqueza es capacidad ó pasa por ella. Para ser feliz, no me faltan mas que siete horas de sueño cada noche.

— ¿Qué le desvela á V.?

— Es largo de contar. Yo he tenido muchas deudas, Rosita; me quitaba el sueño la imposibilidad de pagarlas; creo haber satisfecho cuantas contraje; y á pesar de eso, no hay noche que no sienta junto á mis oidos una voz que no cesa de repetirme: — Tú debes y no pagas; aun debes y no pagas, Alfonso. — Rosa, Rosa mia, dígnese V. aceptar esta mano que Alfonso le debe, para que pueda preguntar mañana á esa fantasma que me persigue: — ¿Qué debo ya?»

Rosa levantó aquí hácia Alfonso sus ojos hermosísimos, llenos de indecible ternura; y, acentuadas con singular y casi divina expresion, fluyeron suavemente de sus rojos labios estas pocas palabras: «Alfonso, ¿ha pagado V. lo que debe á Dios?»

Inclinó Alfonso la cabeza, cubriéndose con las manos el rostro, y en unos instantes no pudo hablar.

«Ah!» prorumpió despues, y no acertaba á proferir palabra ninguna.

En esto la campana de la iglesia dejó oir el último toque para la misa.

Volvió Alfonso de su momentáneo trastorno, y dijo á Rosa con acento agitado: «Entremos, Rosa, entremos; guíeme V.»

A la misma hora, ocho dias despues, el velo de los desposados envolvia en aquella iglesia la cabeza de Rosa y los hombros de su Maestro.

A la madrugada siguiente, incorporada la novia en el lecho nupcial, escuchaba con gozosa curiosidad la plácida respiracion de su esposo dormido.

Percibió de repente como un dulce suspiro.

Tras el suspiro se apagó la respiracion, y la tierna consorte se turbó sin saber por qué.

«Alfonso!» dijo en voz amorosa y baja.

«Alfonso!» repitió ya sobresaltada, echándose fuera del lecho.

«Alfonso!» gritó, fuera de sí de espanto.

El dormido no respondia.

No respondió.

El vehemente deseo de Alfonso quedaba cumplido: pagada su última deuda, el sueño mas feliz habia cerrado sus párpados: el sueño de la eterna paz, recompensa del justo.

¡Bienaventuradas las vigilias que tuvieron su término en tan envidiable descanso!

Rosa no murió por entónces: tenia madre que estaba enferma; falleció la hija á los cuatro meses, quince dias despues que la madre. Habia sido Rosa heredera de Alfonso; muchos inculpables deudores, muchos pobres virtuosos heredaron á Rosa.

¿Por qué, aun entre pagadores puntuales, aquella deuda, tan preferible á todas, habrá de ser la sola desatendida, la sola olvidada?

VOCABULARIO

PARA LA MEJOR INTELIGENCIA DE LOS DOS CUENTOS EN CASTELLANO ANTIGUO, TITULADOS: LA NOVIA DE ORO Y MARIQUITA LA PELONA.

Abajados, bajos, inclinados.
Abajando, bajando.
Abajarse, bajarse.
Abondo, en abundancia.
Aborrido, aburrido.
Absconderse, esconderse.
Acaescido, acaecido.
Aceta, acepta.
Acetó, aceptó.
Acogiósele, se le escapó.
Acontescido, acontecido.
Acorrer, acudir, socorrer.
Acrescentar (los), acrecentarlos.
Acució, estimuló, inquietó, agitó.
Acucioso, solícito.
Acuitedes, aflijais.
Aderezzaron, compusieron, vistieron.
Adobase, arreglase.
Adotrinada, enseñada.
Adune, reuna.
Afambrida, hambrienta.
Afincadamente, ahincadamente.
Afírmovos, os afirmo, os aseguro.
Agora, ahora.
Ahorrábades, ahorrabais.
Aína, aun, pronto.
Al, otra cosa, otros, demas.
Alcandora, camisa (aquí).
Algos, cantidades.
Alheñarse, aderezarse.
Alimpiándose, limpiándose.
Alzáredes, alzareis, levantareis.
Allende, mas allá.
Amartelados, enamorados, galanes.
Amen, ademas.
Amistanza, amistad.
Amohinóse, se disgustó, se enojó.
Animalia, animal, alimaña.
Ansí, así.
Ansimesmo, asimismo, tambien.
Aparellamos, apareamos.
Apercollar, acogotar.
Apetesce, quiere.
Apetescible, apetecible.
Apetesciera, quisiera.
Apostiza, *apostizos*, postiza, postizos.
Apuestas, bien formadas.
Aquesa, esa.
Aquesta, esta.
Arminio, armiño.
Arreo, consecutivamente, de seguido.
Arreo, *arreos*, ornato, atavíos.
Asaz, bastante, harto.
Asedo, acedo, agrio.
Asosegóse, se sosegó.
Atal, tal.
Atendiéndolos, esperándolos.
Atoviéronse, se atuvieron.
Atuendo, aparato, boato.
Ayuntadas, juntas.
Ayuso, abajo.
Bamba, bulto.
Baptizada, bautizada.
Barragan, soltero.
Barraganas, mozas.
Barrerleia, le barreria.
Barzoneos, excursiones, paseos.
Beserro, becerro.
Bezos, labios.
Blandamientre, blandamente.
Bochin, verdugo.
Bofordar, manejar la lanza llamada bofordo ó bohordo.
Buida, afilada, penetrante.
Bulto, estatua.
Burlería, burla, chasco.
Ca, porque.
Cabadelante, adelante, hácia adelaute.

Cabelladura, cabellera.
Cabdal (facer), hacer caso.
Cabdalosa, poblada, rica.
Cabdaloso, acaudalado.
Cabo, fin.
Cada que, cada vez que, siempre que.
Cala, entiende, penetra.
Calambregábase su corte, le daba calambre á su corte.
Calándose, entendiendo, penetrando.
Caletre, mente, entendimiento.
Calonje, canónigo.
Calóse, entendió.
Calledes, callad.
Campero, labrador.
Caostra, claustro.
Capirote, cubierta puntiaguda de la cabeza.
Caperuza, montera.
Cas, casa.
Casquilucia, vana, de poco juicio.
Catad, ved, hé aquí, mirad.
Catando, viendo.
Catar, ver, mirar.
Cataros, miraros.
Catase, viese.
Cató, vió.
Cedo, luego.
Cenceño, delgado.
Certinidad, certeza, seguridad.
Cibdad, ciudad.
Cient, cien.
Ciertamientre, ciertamente.
Cingiéronle, le ciñeron.
Cobdicia, codicia, deseo.
Cobdiciaba, codiciaba, deseaba.
Cobdiciábanlos, los deseaban.
Cobdiciadera, codiciable, apetecible.
Coita, cuita, pena.
Comba, curva.
Comienzo, principio.
Compaña, compañía.
Complido, cumplido.
Conmoradora, cohabitante.
Conortarse, consolarse, animarse.
Conosce, conoce.
Conoscia, conocia.
Conoscidos, conocidos.
Conosció, conoció.
Conquerir, conquistar.
Consciencia, conciencia.
Consomiendo, consumiendo.
Contentáredes, contentareis.
Continente, actitud, aire del cuerpo.
Contino, continuo.
Contrafacia, fingia, remedaba, se hacia.
Convernia, convendria.
Convusco, con vos.
Coronado, tonsurado, eclesiástico.
Corónica, crónica.
Cortárades, cortarais.
Crenchas, melenas.
Cresció, creció.
Criades, criais.
Cuadra, sala, pieza cuadrada.
Cuadriles, caderas.
Cuer, corazon.
Cuitado, pobre, infeliz.
Cundiente, que cundia.
Curan, cuidan.
Damísima, muy dama, muy señora.
Damnada, condenada.
Daríades, dariais.
Daríagele, se le daria.
Darvos he, os daré.
Debríades, deberiais.
Declaredes, declareis.
Defuncta, *defuncto*, difunta, difunto.
Dende, de allí.
Departamos, hablemos.
Departen, hablan, conversan.
Departiendo, hablando.
Deprendió, aprendió.
Desanchar, ensanchar.
Desanchó, ensanchó.
Desconortado, desconsolado, abatido.
Desmochadvos, desmochaos.
Despelar, expilar, pelar.
Despendia, gastaba.
Desplaciente, desagradable.
Desposanda, la que ha de ser desposada, novia.
Des que, desde que.
Destonce, *destónces*, entónces.
Devoto, adicto, afecto, aficionado.
Diérongela, se la dieron.
Dígovos, os digo.
Disantos, domingos, fiestas.
Disiseis, diez y seis.
Diz, dicen, se dice.
Do, donde.
Doñeador, mujeriego.
Do quier, donde quiera, en cualquier parte, en todas.
Doto, docto.
Dubdó, dudó.
Dubdoso, dudoso.
Ducientos, doscientos.
Ducha, diestra, hábil.
Dueñas, mujeres, esposas.
E, y.
Efeto, efecto.
Eglesia, iglesia.
Embargante (no), no obstante.
Embracijándole, abrazándole.
Embriago, borracho.
Empecerles, hacerles daño.
Emperadora, emperatriz.
Emplegárades, emplearais.
Empobrescian, empobrecian.
Enastados, con astas.
Encaescedora, paridera.
Encaesciere, pariere.
Encaescieron, parieron.
Encobierta, tapada.
Ende, ello, tanto.
Enderezadas, enviadas.
Endilgar, aplicar, dar.
Endilgarlo, aplicarlo.
Endilgarvos, aplicaros, daros.

Endonades, dais.
Endonado, dado.
Endonaria, daria.
Endonedes, deis.
Endurará, sufrirá.
Enforcar, ahorcar.
Enforcó, ahorcó.
Engeño, ingenio.
Entencion, intencion.
Entriegárades, entregarais.
Escandalizantes, escandalosas.
Escorriéndose, escurriéndose.
Escudilla, cazuela.
Espadadas, heridas de espada.
Estado, estatura.
Estantes, que estaban.
Estodia, estudia.
Estoria, historia.
Estovieron, estuvieron.
Estridor, estrépito, estallido.
Et, y.
Faba, haba.
Fabla, habla, voz.
Fablando, hablando.
Fablar, hablar.
Facedera, factible.
Facedes, haceis.
Facendo, *faciendo*, haciendo.
Facer, hacer.
Facia, *facíala*, hacia, la hacia.
Facíanse, se hacian.
Facienda, hacienda, tarea, negocio.
Fago, hago.
Faicion, faccion.
Falagueras, halagüeñas.
Falagüeramientre, halagüeñamente.
Fallar, hallar.
Fallescieron, fallecieron, murieron.
Fallido, faltado.
Falló, halló.
Farán, harán.
Farta, *farto*, harta, harto.
Fasaleja, toalla.
Fasta, hasta.
Fazaña, hecho, caso.
Fe (mia), á fe mia.
Fecho, hecho.
Felice, feliz.
Fembras, hembras, mujeres.
Fenescer, fenecer, acabar.
Fenescido, acabado.
Feríale, le heria.
Fermoso, *fermosa*, hermoso, hermosa.
Fermosura, hermosura.
Fetillar, angustiar.
Ficiese, hiciese.
Ficimos, hicimos.
Fidalgos, hidalgos.
Fiduciarvos he, os confiaré, os confesaré.
Figo, higo.
Figuradvos, figuraos.
Figuredes, figureis.
Fija, *fijos*, hija, hijos.
Filaza, hilaza.
Finada, difunta.
Finar, morir.
Finara, moriria.
Fincaba, estaba, permanecia.
Finca, queda.
Fincar, quedar.
Fincaria, quedaria.
Finco, me quedo.
Fincó, quedó, se quedó.
Finojos, rodillas.
Firmedumbre, firmeza: *puso su firmedumbre*, se propuso con firmeza.
Físicos, médicos.
Fiso, *fízose*, hizo, se hizo.
Folgaba, holgaba, gustaba.
Forastero (andaba), estaba fuera de la poblacion.
Fraire, fraile.
Frisaba, rayaba, tocaba.
Fuer (á), á ley, como.
Fuera, habia sido.
Fueras ende, á no ser, ademas.
Fuertemientre, fuertemente.
Fues, fuese.
Fugiendo, huyendo.
Fugiéragele, se le huyera.
Fugieron, huyeron.
Furtó, hurtó.
Ganades, ganais.
Ganaríades, ganariais.
Ganoso, con gana, deseoso.
Garridas, hermosas, guapas.
Garzon, mancebo.
Garzonías, muchachadas.
Gentil, linda, lindo, buen, bueno, buena.
Gentileza, hermosura: *gentilezas*, galanterías, flores.
Grand, *grant*, grande.
Gravedoso, circunspecto.
Gridando, gritando.
Guaricion, *guaridura*, cura, curacion.
Guarirme, curarme, corregirme.
Guarnir, guarnecer, bordar.
Guisa, manera.
Guisa (en), en calidad, de modo.
Guisada, dispuesta.
Ha, tiene.
Habedes, habeis, teneis.
Haber, tener.
Habia, tenia.
Habido, tenido.
Habiendo, teniendo.
Hábito, vestido, traje.
Habria, tendria.
Haldas, faldas.
Hayas, tengas.
He, tengo: *á la hé*, á fe.
Hí, en esto, en ello, allí.
Hierarquías, jerarquías.
Hinojos, rodillas.
Hobiera, hubiera, tuviera.
Hobiérades, hubierais.
Hobiérala, la hubiera.
Hobiéredes, hubiereis.
Hobiese, hubiese.

Hobo, hubo, tuvo.
Hóbose, se hubo.
Home, hombre; *homes*, hombres.
Homildemente, humildemente.
Homildica, humildita.
Hora (á la), inmediatamente.
Idololatra, idolatra.
Inmóvile, inmóvil.
Inorancia, ignorancia.
Inorme, enorme, muy grande.
Inquina, odio.
Interese, interes.
Iracundia, ira.
Joan, Juan.
Juras, juramento.
Júrovos, os juro.
Juzguedes, juzgad.
Labrandera, costurera.
Lacerados, desdichados.
Lagrimeó, lloró.
Lanzógele, se le arrojó.
Lastaba, pagaba, purgaba, penaba.
Leixado, dejado.
Leixando, dejando.
Leixárale, le dejara.
Leixarse, dejarse.
Levábanla, la llevaban.
Levado, llevado.
Levando, llevando.
Levar, llevar.
Levarán, llevarán.
Levarla, llevarla.
Levólo, lo llevó.
Lite, *litigacion*, pleito.
Loado, alabado.
Loba, traje talar, como balandran.
Loores, alabanzas.
Luenga, larga.
Luengamente, largamente.
Lueñe, léjos.
Llorente, Lorenzo.
Magin, imaginacion, entendimiento.
Magüer y *magüera*, aunque.
Malandanza, desventura.
Malatía, enfermedad.
Maleante, mal intencionado.
Malsines, maldicientes, calumniadores.
Manceba, doncella, muchacha.
Mancilla, mengua.
Manifatura, hechura, modo de hacer.
Mantoviese, mantuviese.
Mataredes, mataréis.
Medianamientre, medianamente.
Medietad, mitad.
Mémbrome, me acuerdo, recuerdo.
Menazábala, la amenazaba.
Mentecapto, mentecato.
Meollo, seso.
Meresciente, que merecia.
Merescimiento, merecimiento.
Mesma, misma.
Mesmamente, mismamente, precisamente.
Mesmísima, mismísima.
Mezquina, pobre.
Mientes (parad), considerad.
Mintroso, mentiroso.
Miraclosa, *miraculosa*, milagrosa.
Mochacha, muchacha.
Mohines, gestos, ademanes.
Mohinos, tristes.
Mollera, cascos, cabeza.
Mondonga, criada.
Monesterio, monasterio.
Monjificada, hecha monja.
Monjificara, metiera monja.
Montó, subió.
Morió, murió.
Motilacion, expilacion, peladura.
Motiladvos, motilaos, cortaos el cabello.
Mundanería, vida mundana.
Mujier, *mujieres*, mujer, mujeres.
Nascer, nacer.
Nascian, nacian.
Nascida, *nascidos*, nacida, nacidos.
Nasciendo, naciendo.
Nin, ni.
Ningun, ninguno.
Non, no.
Obsequias, exequias.
Ofrescimiento, ofrecimiento.
Oíslo, esposa, mujer.
Onde, donde.
Oras, ahora, ya.
Ornamiento, ornamento, adorno.
Otrimente, de otro modo.
Otrosí, ademas.
Padrimonios, patrimonios, herencias.
Pañizuelo, pañuelo.
Par (al), al igual, como.
Paresce, parece.
Parescer, parecer.
Parescia, parecia.
Parescíanle, le parecian.
Paresciéndole, pareciéndole.
Paresció, *parescióle*, pareció, le pareció.
Pasada (de), de paso.
Pasito, bajito.
Pecatriz, pecadora.
Pelambrera, *pelámen*, pelo.
Pensara, habia pensado.
Perilustre, muy ilustre, ilustrísimo.
Perdedes, perdeis.
Perfeta, perfecta.
Permitides, permitís.
Permitiógelo, se lo permitió.
Pesadumbre, peso.
Pesante, pesada.
Pescudar, preguntar.
Pescudó, preguntó.
Pervenir, llegar.
Pieza, rato, espacio.
Pitofiero, rondador con música, silbante.
Placíales, les agradaba.
Plañida, llorada.
Plañir, llorar.
Plascientes, agradables, amables.

Platicaba, hablaba.
Platicó, habló, trató.
Plazriale, le agradaria.
Plega, place.
Pluvia, lluvia.
Podelleia, le podria.
Podiésela, la pudiese.
Polidamente, curiosamente, bien.
Polido, elegante, esmerado, hábil.
Poridad, secreto.
Positura, actitud.
Posara, habitara.
Postrimería, últimos años de la vida.
Postrimero, último.
Potente, poderoso.
Premia, sujecion, obligacion, compromiso.
Prender, tomar.
Prendérgela, cogérsela.
Preñedad, embarazo.
Prestedumbre, presteza.
Pretendedes, pretendeis.
Previllejo, privilegio.
Priso, tomó: *prísole*, le tomó.
Prognosticado, pronosticado.
Prométovos, os prometo, os aseguro.
Prorompió, prorumpió.
Pugna, pelea.
Punicion, castigo.
Puñetes, puños.
Purgadorio, purgatorio.
Quedante, que habia quedado.
Querades, querais.
Quesieran, quisieran.
Quier, quiera.
Quiérovos, os quiero.
Quillotros, requiebros.
Quitos (ser), satisfacer, pagar.
Quizábes, quizá.
Rapadvos, rapaos.
Rapaza, niña, jóven.
Recabdar, conseguir.
Recebido, recibido.
Recebídola, recibídola.
Recebiéronla, la recibieron.
Recebió, recibió.
Recuestarla, pretenderla, obsequiarla.
Remembrad, recordad.
Remembrada, nombrada, famosa.
Remembrar (se), acordarse.
Remembrarie, recordaria.
Repolidamente, muy bien.
Repriso, repuso.
Resolutamente, resueltamente.
Respondervos, responderos.
Reprochábala, la reprendia.
Respeto de, respecto de.
Retrayera, retrajera.
Retrete, gabinete.
Retrujo, volvió á pasar.
Roines, ruines, despreciables.
Sabidorísimo, sapientísimo.
Sabredes, sabréis.
Salvo, sino, solo.
Sancta, santa.
Sanguinolentas, ensangrentadas.
Santiguada (para mí) sí, por la cruz con que me santigua, que no.
Santimonioso, propio de santo.
Sant-Illan, san Julian.
Sant-Yego, Santiago.
Sañora, irritada, sañuda.
Satisfaz, satisface.
Seer, ser.
Seido, sido.
Segund, segun.
Semejan, parecen.
Sendos responsos por, un responso por cada uno de.
Señero, aislado, sin compañía.
Sepades, sepais.
Serloia, lo seria.
Sermonador, predicador.
Seya, sea.
Seyendo, siendo.
Sinificaba, significaba.
Sinificacion, significacion.
Sinificativo, significativo.
Sinificóles, les indicó.
Sinon, sino.
So, bajo, debajo de.
Soberbiosa, soberbia.
Sobida, subida.
Sobió, subió.
Sodes, sois.
Sofridas, sufridas.
Sofrimiento, sufrimiento.
Sofrió, sufrió.
Solaz, placer.
Soldemente, solamente.
Solevar, levantar.
Soma, suma.
Somo (en), encima.
Sonada, afamada.
Sonrugiase, se murmuraba, se decia.
Sopitáneamente, súbitamente.
Sopo, supo.
Sornudo, cachazudo, callado.
Sororas, monjas, hermanas.
Sospirada, suspirada.
Sospiran, suspiran.
Sospirando, suspirando.
Soterrar, enterrar.
Sotilmente, sutilmente.
Subcesion, sucesion.
Subcesora, sucesora.
Subjeto, asunto.
Superbia, soberbia.
Superna, excelsa.
Súpito (de), de repente.
Suplicaciones, barquillos.
Suso, arriba.
Suspicion, sospecha, inquietud.
Tal (á), de modo.
Talante, voluntad.
Tanto (á), con tal.
Tejeduras, tejidos, trenzados.
Temedes, temeis.
Testimonias, testigos.
Timoroso, timorosa, temeroso, temerosa.

Tiraba, sacaba.
Tirar, sacar.
Tiserada, tijeretada.
Tiseras, tijeras.
Tocanegrada, de hábito negro, benedictina.
Toller, *tollervos*, quitar, quitaros.
Toparse, hallarse.
Topó, halló.
Tornante, que volvia.
Tornarleia, le devolveria.
Tumbos, caidas.
Trabajaríades, trabajariais.
Trabó, cogió.
Traedes, traeis.
Tranzad, trenzad.
Tranzado, *tranzados*, trenzado, trenzados.
Tranzarlos, trenzarlos.
Tranzóla, la trenzó.
Tredécima, trasquilada.
Tresquiladora, trasquiladora.
Tresquilamiento, trasquileo.
Trojo y *trujo*, trajo, atrajo, pasó.
Trujaman, intérprete.
Ulíxes, Ulíses.
Vanidat, vanidad.
Vayades, vayais.
Vedes, ved.
Vegada, *vegadas*, vez, veces.
Vejedad, vejez.
Velada, *veladas*, casada, esposa, esposas.
Vernia, vendria, convendria.
Verseia, se veria.
Veyendo, viendo.
Veyera, viera.
Via, camino.
Vido, vió.
Vídosele, se le vió.
Viespras, vísperas.
Vos, os,
Vuesa, *vueso*, vuestra, vuestro.
Yaz, yace.
Yantar, comer.
Yocundidad, jovialidad.
Zabache, azabache.
Zamborotudo, torpe, desmañado.
Zurujanos, cirujanos.

FABULAS.

FABULAS.

FABULA I.

LA GUINDILLA Y EL DULCE.[1]

Se juntaron á comer
Una vez en un meson
Un viajero solteron
Y un casado mercader.

Tras mil discursos prolijos,
Vino el soltero á decir
Que era imposible regir
La voluntad de los hijos.

«Pues, señor, conmigo viaja
(Repuso atento el casado)
El niño que tengo al lado:
Y este chico es una alhaja.

«Vos pudierais ser testigo
De que, sin esfuerzo grande,
Cuanto yo quiera y le mande,
Me lo hace segun le digo.

— Vaya! esos serán extremos
Del amor que le teneis.
— Hombre, no. — Bah! Bah! — ¿Quereis
Que apostemos? — Apostemos.»

[1] Se escribió para la comedia titulada: *La Archiduquesita.*

Apuestan, y en la porfía
Gran cantidad se atraviesa.
En esto puso en la mesa
Dos platos el que servia.

Como hay entre los viajantes
Gustos del todo contrarios,
Un plato eran dulces varios,
Otro, pimientos picantes.

«Basta una prueba sencilla
(Dijo el solteron sin duelo):
Mandad á ese ángel del cielo
Que se coma una guindilla.

— Hijo, complace al señor
(Contesta el padre); anda, listo!»
La guindilla...... Jesucristo!
Volcaba con el olor.

El pobre niño, aterrado
Con el atroz mandamiento,
Cogió llorando el pimiento
Para tirarle un bocado.

El padre en tanto, con poca
Prudencia ó fuerte apetito,
Pilló un dulce callandito,
Y acercóselo á la boca.

Fuera el muchacho de sí,
Gritó al mercader: «Por Dios!
¡Confitura para vos,
Y picante para mí!

«Yo de obedeceros trato,
La apuesta quiero ganar;
Pero comed á la par
Otra guindilla del plato;

«Que no será proceder
Como padre, hombre de juicio,
Exigirme un sacrificio,
Y vos no quererle hacer.»

FABULA II.

EL NIÑO EN ALTO.

Trepó sobre una silla, y arrogante
Un chiquillo gritó: «Yo soy gigante.
— Monuelo saltarin (dijo un anciano),
Baja, serás enano.»

FABULA III.

EL MUCHACHO Y LA VELA.

Dijo una vez á la encendida vela
Un chico de la escuela:
«Yo quiero, como tú, lucir un dia.»
La vela respondió: «La suerte mia
Solo es angustia y humo.
Brillo, sí; mas brillando me consumo.»

FABULA IV.

EL RATONCILLO Y EL GATO.

(Arreglada para música).

I.

Hubo, señores, un ratoncillo
En una casa de mi lugar,
Hijo de viuda, madre mimona,
Que se afanaba por él no mas.
Cuanto pillaba se lo traia,
Queso y chorizo, frutas y pan:
Vida no tuvo mas regalada
Ni el Rey de Asiria, Salmanasar.
Y él á la pobre madre
No la dejaba en paz,
Queriendo cada dia
Su albergue abandonar,

Para ver lo que hay en el mundo,
Por correr de acá para allá.
Tran tarrantran, tarrantran, tarrantran.

II.

«Madre (decia), mucho te quiero;
Pero me aburre la soledad:
Sótano habito, justo es que vea
Sala y cocina, huerta y corral.
«Deja que salga, y ándelo todo;
Llegue mi dia de libertad:
Si encarcelado mas tiempo vive,
Tu ratoncillo se morirá.
«Concédeme permiso
Para ir á pasear:
No quieras que te llame
Tiránica mamá.
«Sepa yo lo que hay en el mundo
Por allí, por allí y allá.»
Tran tarrantran, tarrantran, tarrantran.

III.

Ríndese al cabo la débil madre
Con imprudente benignidad.
«Marcha (le dice), no vayas léjos;
Vuelve al instante que oigas pisar.
«Mira que hay perros, mira que hay hombres
Que se divierten haciendo mal;
Mira que el gato, fiero enemigo,
Como te atisbe, te comerá.
«Poniendo astutamente
Carita de bondad,
Prepara sus traiciones
El pérfido animal.
«Quédate cerca de tu asilo,
No te aventures mas allá.»
Tran tarrantran, tarrantran, tarrantran.

IV.

«Madre, no temas (él le responde):
Nadie me engaña, soy muy sagaz.
Voy á ese hueco de esa ventana
Por donde viene la claridad.

«Qué de placeres ya me figuro!
Qué cosas luego te he de contar!
Anda y prevenme rica merienda,
Y hoy celebremos fiesta cabal.»
Y sube, y asombrado
No cesa de mirar,
Y ojos y piés y hocico
Tras todo se le van,
Y sin querer se va saliendo
Cada vez mas y mas allá.
Tran tarrantran, tarrantran, tarrantran.

V.

Era una huerta, donde á la sombra
Se solazaba don Mirrimian,
Gato famoso, que de ratones
Libre tenia la vecindad.
«Compañerito (dice al novato),
Pasa adelante sin recelar:
Mas á tus anchas que en tu agujero
Por estas calles discurrirás.
«Macetas mil de flores
Adorno al sitio dan,
Y fruto al suelo arrojan
El guindo y el peral.
«Llega, pues, y coge á tu gusto;
Llega, ven, acércate acá.»
Tran tarrantran, tarrantran, tarrantran.

VI.

Dulce sonaba la voz traidora,
Dulce era el rostro del perillan:
Cede al engaño nuestro curioso,
Y á su verdugo vase á entregar.
Da un brinco el gato, bufa con ira,
Y uñas y dientes hinca voraz
En la garganta del ratoncillo,
Y se le engulle sin desollar.
«No hay (exclamaba el gato),
No hay para tí piedad:
Tú no quisiste guia;
No te hace falta ya.»
La juventud sin experiencia
Corre en el mundo suerte igual.
Tran tarrantran, tarrantran, tarrantran.

FABULA V.

EL CABELLO SUELTO.

Peinando están á Julieta
Cabellos largos y blondos,
Peinando están á la niña
La rica madeja de oro.

Sentada Julia delante
De un tocador primoroso,
Las rubias pendientes hebras
Llegan al suelo por poco.

Sujetándolas atras
Nudo prieto ántes que flojo,
La mano que ata el cordon
No abarca el peinado tronco.

Mira la niña el espejo,
Recreándose sus ojos
Aun mas en la mata hermosa
Que en la belleza del rostro.

Pasa el peine la criada,
Pidiendo en sumiso tono
Que la infantil cabecita
Se esté un momento en reposo.

La madre, sentada cerca,
Leyendo un papel en folio,
Finge tal vez que la riñe,
Contemplándola con gozo.

«Déjela usted sin peinar,
(Dijo la mamá de pronto,
Creyendo tal amenaza
De efecto maravilloso).

— Mamá (repuso Julieta),
Esa palabra te cojo:
Desde hoy para mi tocado
Moda nueva te propongo.

«¿Por qué agarrotar mi pelo,
Ni hacerle pleita ni rollos,
Pudiendo lucirle mas,
Tendido desde los hombros?

«Recogido, no se ve
Cómo es de largo ó de corto:
¿Qué mal hay en que la gente
Sepa que le tengo hermoso?

«La lástima es que vivimos
En este rincon del globo,
Casa de campo que ignoran
Hasta el vencejo y el tordo.

«¿No es cierto que sienta bien,
No va de veras airoso,
Por la esclavina esparcido,
Libre el cabello de estorbos?

«Si una corona de aquellas
Que en premio gané me pongo,
Verás ¡qué bien te parezco,
Sin mas trenzado ni adorno!

— Bien (respondió la mamá),
Condesciendo en ese antojo,
Que tiene mucho de malo,
Sin lo que tiene de tonto.

«Virtud y cabello en niña,
Recogidos una y otro,
Se ven siempre, aunque les eche
La modestia su rebozo.

«Ponte la corona, y anda
La quinta, el jardin y el soto:
Le excusas á Catalina
Mas de un rato fastidioso.»

Bájase Julia al jardin,
Corriendo cual ágil corzo:
Se mira en estanque y fuente,
Y ansia mirarse en arroyo.

Sale al campo, travesea
Bajo la copa del olmo,
Y al pié del nogal y el tilo
Que juntos le ofrecen toldo.

Se inclina á coger del suelo
Cantitos que ve redondos,
Y las flotantes melenas
Ensúciansele de polvo.

Siéntase en la yerba un rato,
Y el cabello vagaroso
Tambien se sienta, y extiende
Manto que la envuelve en torno.

Siente algo bullir en él,
Y mírale con asombro,
De un ejército de hormigas
Plagado sin saber cómo.

Precisamente era insecto
Que ella miraba con odio:
No dejaban en su huerta
Ni una fruta ni un cogollo.

Sacude, restriega....— dentro
Del undulante manojo,
Bichuelos al colodrillo
Le suben de cinco en ocho.

Vase de allí, y en la senda,
En un callejon angosto,
Halla un charco, y un acebo
Que encima descuella fosco.

Brinca valiente la niña,
Y al dar el salto brioso,
Se le alza el pelo, ayudando
El céfiro con su soplo.

Rama, que baja salia
En forma de alfanje corvo,
La crencha esparcida agarra,
Codiciosa del despojo.

Pendió de su vanidad
El Absalon revoltoso,
Hasta que soltó gimiendo
Porcion del rubio tesoro.

Con rizos de Julia el árbol
Engalanó sus pimpollos:
Punzada por ellos ella,
Cayó del ramaje al lodo.

Encenagada, aturdida
Del repelon horroroso,
Vuelve á la quinta Julieta,
Muriéndose de sonrojo.

«Ay, mamá! (dijo al entrar)
Vengo á casa hecha un destrozo:
Que me lave Catalina,
Y me haga despues un moño.»

La bondadosa mamá
Le dijo con dulce modo,
Sabida la historia triste
Del columpio y el remojo:

«Ya lo ves: á la mujer
Es muy conveniente y propio
Recogimiento de pelo,
Recogimiento de todo.»

FABULA VI.

BIZCA Y AMABLE.

Porque tiene los ojos
Bizcos y feos,
No los alza María
Nunca del suelo.

Dulce y humilde,
Con los párpados bajos
Las almas rinde.

Respirando su rostro
Santa modestia,
Con los ojos de Vénus
Ménos valiera.

Es grande y noble
Convertir en virtudes
Imperfecciones.

FABULA VII.

LA HIJA DE SEYANO.

«No quiero vivir contigo
(Dijo la niña Seyana),
Porque tú continuamente
Con azotes me amenazas.

«Mi padre es el jefe ilustre
De la hueste pretoriana,
Y del gobierno del mundo
Tiberio César le encarga.

«Madre tú de Elio Seyano,
Te vuelves abuela mala,
Y á ochenta leguas de Roma
Me mantienes encerrada.

«Volver con mi padre quiero,
Y allá en su opulento alcázar
Castigar á cien esclavos
En vez de ser castigada.

— No pienses tal (respondia
La bien advertida anciana):
Segura conmigo vives,
De todo el mundo ignorada.

«Con frecuencia se amotina
La plebe de Roma vária,
Y el Emperador Tiberio
Muchos podezosos mata.

«No quieras ir donde veas
Invadida nuestra casa
De incendiarios con hachones,
De asesinos con espadas.

«No hallaron piedad á veces
En la fiereza romana
Desvalida la mujer,
Inofensiva la infancia.

«No vayas donde eches ménos
El techo de humilde paja,
Mansion de la madre tierna,
Que dices que te maltrata.»

— Llévame á Roma, abuelita,
(Instó la niña mimada).
— Mi edad (le responde aquella)
No me permite que vaya.

«Tú puedes ir.» — Dos esclavos
Encárganse de llevarla;
Triste la anciana se queda,
Y alegre la niña marcha.

Mas, ay! del cruel Tiberio
Pierde Seyano la gracia,
Y su palacio atropella
Furibunda la canalla.

Perecen él y sus hijos,
Y ardiendo en sed de matanza,
Los bárbaros á morir
Tambien á la niña sacan.

De los cabellos cogida,
La lleva un sayon á rastra.
«Déjala», gritaban unos;
Los otros: «No hay que dejarla.»

— Dánosla acá (vocearon
Mujerzuelas desalmadas):
Con un cordel le daremos
Un aviso en las espaldas.

— No me mateis (les decia
La niña desventurada);
Pero en lugar de mi abuela,
Que me castigue una extraña.

«No me mateis y azotadme,
Porque estando donde estaba,
Me vine á buscar aquí
De mi padre la desgracia.»

Ruego inútil: ya no es pena,
Cuando la del cielo amaga,
La que se impone tardía
La victíma involuntaria.

Los brazos le atan atras,
Doblar el cuello le mandan....
«Ay, abuelita!» gritó
Con el hierro en la garganta.

Desplómase el cuerpo en tierra,
Y alza el verdugo en la plaza
La cabeza de la niña,
Que aun tiembla mirando el hacha.

FABULA VIII.

DIONISIO EL DE SIRACUSA.

Abominable rey, cruel tirano
Fué del pueblo infeliz siracusano
Dionisio, tigre cauteloso y fiero.
Júpiter justiciero
Le quiso escarmentar: nobleza y plebe
Al agresor aleve
Hizo saltar del mancillado trono;
Y, perseguido con tenaz encono,
Sin albergue se vió, se vió mendigo.
«Aun para sus tiránicos excesos
(Júpiter dijo airado)
No es bastante castigo,
Y otro ha de recibir que mas le duela:
Maestro de una escuela,
Con discípulos tontos y traviesos,
Le haré, por mi justicia condenado,
Y al doble pagará cuanto ha pecado.»

FABULA IX.

EL MAESTRO Y LAS VELAS.

Llora el infeliz Bartolo,
Llora que aturde la escuela,
Y en verdad que el pobre chico
No sin razon se lamenta.

Encima de un compañero
Se ve montado á la fuerza;
Y dos compañeros mas
Le agarran entrambas piernas.

Desabrochado el justillo,
Remangada la chupeta,
Le han prendido la camisa
Con un alfiler en ella.

Desnuda la espalda en arco,
El desesperado espera
Lo que por asiento saben
Las curvas con que se sienta.

La leccion fué tropezona,
La plana horrible de puerca:
Segun la costumbre antigua,
Dos casos de azotes eran.

Era, por añadidura,
Tarde de sábado aquella,
Dia de rezo y de pago,
De cántico y penitencia.

Ante una imágen devota
Con dos encendidas velas,
Por su turno á cada reo
Se iba aplicando la pena.

Cogió el maestro con aire
La humedecida correa,
Y sonó entre cien chillidos
La dolorosa docena.

Miéntras Bartolo se ataca
Y el escozor se le templa,
El maestro en su sitial
Perora de esta manera:

«No se enseña al niño bien
Sin zurriago y sin palmeta:
Cuando comete una falta,
Es menester que le duela.

«Ejemplo da al pedagogo
La sábia naturaleza,
Castigando rigorosa
Las humanas imprudencias.

«A un árbol se sube un hombre,
Y se le va la cabeza:
Por mas que grite al caer,
No se le ablanda la tierra.

«Si es roca el suelo en que para,
Costilla ó muslo se quiebra;
Metido en agua, se moja;
Tocando el fuego, se quema.

«A esas luces llegue un niño,
Queriendo jugar con ellas:
Las manos le abrasarán,
Sin duelo de su inocencia.»

Las dos velas de la imágen,
Hartas de plática necia,
Quemadas le respondieron,
Corriéndose de vergüenza:

«Si pudiéramos hablar
Otras veces como esta,
Nuestra voz al niño incauto
Benévolo aviso diera.

«Primero que hacer llorar
Al inocente que yerra,
Nos muriéramos nosotras
Al ver su manita cerca.

«Juega un niño, y á un mastin
Le pellizca y le repela,
Y el perro aguanta su daño,
Por ser un niño el que juega.

«De la roca te apoyabas
En la impasible dureza:
La roca de alma carece:
No tú de roca la tengas.

«Vendrá tiempo en que ejercida
Con incansable paciencia,
Ni un ay al niño le cueste
La enseñanza de las letras.

«Dia vendrá en que por cuento
Se den tus locas ideas,
Y otros discípulos rian
De lo que los tuyos tiemblan.»

Aquel tiempo es ya llegado,
Y esta fábula encomienda
Que á los maestros de ahora
Se les respete y se quiera.

FABULA X.

LOS CUCLILLOS.

Es el cuclillo pájaro
Travieso y holgazan,
Y es desalmado y pérfido
Su modo de criar.

El y su digna cónyuge
En la estacion vernal,
Buscando por los árboles
Nidos ajenos van.

En viendo la hembra pícara
Uno con huevos ya,
Siéntase, y echa al prójimo
Un huevecito mas.

En la enramada sólita
Luego se oculta el par,
Y el invadido tálamo
Quédase un mes en paz.

La otra pareja cándida,
Modelo de bondad,
Sus hijos y el expósito
Cria con celo igual.

A los picuelos tímidos
Lleva su tierno afan
Cebo copioso, haciéndoles
Hambre y amor piar.

El ingerido huérfano,
Que ignora su orfandad,
Crece, y su instinto próvido
Incítale á volar.

Con arrogancia impúdica
Su padre natural
Entónces viene y grítale:
«Eh! señorito, acá!»

De allí con vuelo rápido
Huye sin vacilar:
Pupilo es ingratísimo
Quien tuvo padre tal.

Junto á su cuna plácida
Volando pasará,
Y no dirá volviéndose:
«Padres, á Dios quedad!»

Maestros, nobles mártires
De un cargo paternal,
¿Qué padre, qué discípulo
Pago mejor os da?

FABULA XI.

EL TABANO.

Simplicio Merlo se llamaba un jóven
Alto, rubio, simpático, elegante,
Que hablaba de Solon y de Bethóven,
De política muerta y palpitante,
De Nínive y Pavía,
De flores y jabon y albeitería
En esa fácil prosa
En que, charlando mil, no dicen cosa
Que deje conocer al inquirirlo
Diferencia entre Merlo, y entre mirlo.
Simplicio Merlo pues, hombre decente,
De grande oreja y pié, y angosta frente,
Largo bigote, puntiaguda pera,
No dejaba de ser..... — Muestre quién era
La relacion verídica siguiente.

A cierta romería
Don Simplicito Merlo concurria,
Y todo concurrente, grande ó chico,
Dama ó galan, allí, montó borrico:
Mayor caballería
No debieron hallar de buenas artes,
Y hay burros muy de bien en todas partes.
Habiéndose apeado
Para gozar la plácida verdura
De un floreciente prado,
Y siguiendo al jinete su montura,
Bicho que sin piedad las acribilla,
Un tábano atrevido,

Sáltale á don Simplicio á la mejilla;
Y de ella sacudido,
Le punza entre el mechon de la perilla.
Simplicio en el instante
Las manos echa al perillan picante
(Perillan esta vez inadvertido),
Y héteme aquí mi tábano cogido.
«Oiga usted, caballero,
Dijo (la cortesía lo primero)
Simplicio al sangrador: tengo entendido
Que es en ustedes uso
Cuadrúpedos picar; mas no que pique
Tábano alguno al hombre;
Y, juzgándome digno de este nombre,
Debo manifestar que estoy confuso,
Y quiero se me explique
Luego, sin dilacion, cómo se abona
El hecho consumado en mi persona.
— Señor hombre de Dios, contesta el preso,
Tengo excelente olfato y mala vista,
Y cometí por eso
Culpa que me avergüenza y me contrista.
Véole á usted ahora,
Y advierto que enamora
Por su talle y figura,
Y el aire señoril en traje curro;
Pero al volar aquí, mala ventura
Mia, que á mi honradez no corresponde,
Trájome á la nariz, no sé de dónde,
Un olorcillo á burro;
Y tropezando con usted á tiento,
Le piqué, suponiéndole jumento.
— La causa ya discurro
(Simplicio reparó) del desatino
Que usted á ciegas cometió: me sigue
No léjos el pollino
Que monto en este viaje,
Y lo que usted olió fué mi bagaje.
— Cierto, Señor; su enojo se mitigue.
Manso perdone la imprudencia mia:
No supe qué pinché, ni qué me olia.
Racional es usted, hecho y derecho,
No bestia vil de carga.
— Me doy por satisfecho,»
Dijo, y abrió los dedos el Simplicio,
Y el tábano se larga;
Y en pago del inmenso beneficio,

Grita en el aire con acerbo chiste:
«Bien á burro me olias;
Lo eres á no dudar, pues no entendiste
Mis poco rebozadas maulerías.
Los pinchazos agudos y frecuentes
Con que le rompo al asno el cerviguillo,
Te ofrezco, si te pillo
Donde á mi gusto mi rejon te alcance.»

Súpose por el tábano este lance,
Y óyese desde entónces á las gentes
En honra y gloria de Simplicio Merlo:
«¿Hueles á burro tú? Señal de serlo.»

FABULA XII.

EL BAROMETRO.

«Ha bajado el barómetro
(Clamó el piloto Roque)
Mas de pulgada y media,
Bajándola de golpe.

«Borrasca anuncia próxima,
Y ser de las mayores:
Cauto el patron ordene
Las grandes precauciones.»

Velas recogen súbito,
Y se prepara el bote,
Y aun junto al palo el hacha
Mandan que se coloque.

El buque iba en el ínterin
Por la region salobre
Con viento bonancible,
Sereno el horizonte.

El vaso barométrico
Mira el patron entónces,
Y «Cántese el *Te Deum*,
(Dijo, riendo, á voces);

«Nada el anuncio trágico
Por esta vez supone:
¡Mirad el tubo roto,
Que está vertiendo azogue!»

Se hacen tal vez con énfasis
Erradas predicciones:
Falta de estudio atento
Produce los errores.

FABULA XIII.

EL CAMINANTE Y EL KILOMETRO.

«Cuánto ese pueblo adonde marcho, dista?
(Pregunta el buen Tomás).
— Dista una legua (le responden). — Una?
— Sí señor, nada mas.»

Anda, y andar, andar... Era en la Mancha,
Iba Tomás á pié.
«¿Qué legua es esta, santo Dios (decia),
Que el fin no se le ve!»

Ardiente sol en sus mejillas daba,
Ni un árbol solo halló,
Y dos horas anduvo; dos y media
Ya le marcó el reló.

«Legua maldita! (prorumpió tomando
La sombra de un tapial),
De cuantos viajen detestado sea
Quien te midió tan mal.»

Oíale un kilómetro cercano,
Y viéndole en quietud,
«Quizá (dijo á Tomás) te informarias
Con poca exactitud.

«No dispongas por leguas tu jornada,
Teniéndonos aquí:
La carretera por igual partimos;
La legua no es así.

«Doce contiene de nosotros esta.
— Jesus! qué atrocidad!
— Miente la voz de la rutina mucho:
Atente á la verdad.»

FABULA XIV.

EL METRO Y LA VARA.

«Vencido quedas, instrumento inútil;
Cesaste de regir.»
Esta dura expresion oyó del metro
La vara de medir.

«La caprichosa voluntad humana
Tu longitud fijó;
De una medida que invariable existe,
Mi orígen traigo yo.

«Con un liston larguísimo ciñendo
El globo terrenal,
Doblada sobre mí la cinta grande,
Su pliegue soy cabal.

«Rómpanos todos, si quisiere, un dia
Persecucion cruel;
Dará el círculo máximo del orbe
Nuestra medida fiel.

— Charlar es eso (contestó la vara)
Por gana de charlar:
Para medir un pié ¡medir la tierra!
Capricho singular!

«¿Cómo se le responde al que dudoso
Pida comprobacion?
Los que la esfera terrenal midieron,
Hombres al cabo son.

«Errar pudieron: con su incierto voto
Cesa de hacer el bú:
Mentira millonésima arrogante
Serás en limpio tú.

«Doy que el error imperceptible sea:
Siempre resultará
Que es decision de pocos, no infalible,
Lo que valor te da.

«Cuando siglos y siglos dominares,
Cual mi reinar duró,
Podrás vivir de tu excelencia ufano;
Mas entre tanto, no.

«Goza del puesto, á que te alzó la moda,
Con ménos vanidad:
No es un capricho, que la ciencia tuvo,
Ley justa de verdad.»

FABULA XV.

A LA VEJEZ VIRUELAS.

En la boda de un viejo
Cantaba un tonto:
«Yo sé que leña enjuta
Se enciende pronto.
— Sí; pero advierte
Que á la vejez viruelas
Es mal de muerte.»

FABULA XVI.

LAS ABARCAS OLOROSAS.

«Bien huelen tus abarcas, Julianillo,
(Dijo á un pastor el mayoral del hato).
Sí (contestó Julian); me di un buen rato
Pisando en un erial salvia y tomillo.»
¿Qué no pisa tal vez el poderoso
Por un gusto pueril y caprichoso?

FABULA XVII.

LAS INDIRECTAS DEL PADRE COBOS.

Célebres entre agudos y entre bobos
Las indirectas son del padre Cobos;
Mas como habrá sin duda quien aprecie
Que le declare alguno lo que fueron
Las tales indirectas en su especie,
Trasládole el informe que me dieron.

Parece, pues, que habia
En cierta poblacion de Andalucía
Un convento ejemplar, con un prelado,
Siervo de Dios, perfecto y acabado,
Que de ciencia y paciencia era un portento:
Por lo cual, uno á uno,
Dió en irle á visitar á su convento,
Sin qué ni para qué, tanto importuno,
Que siempre andaba el pobre atropellado
Para cumplir las reglas de su estado.
Era portero de la casa un lego,
Catalan ó gallego,
Cobos apellidado,
Bartolomé de nombre, alto, robusto,
De resuelto genial y un poco adusto.
Llamóle el Superior, y dijo: «Mire
Si puede hacer, por indirecto modo,
Que esa gente comprenda
Que de tanta visita me incomodo.
— Yo haré que se retire
La tal familia presto,»
Respondió el motilon. — «Sí, ponga enmienda;
Pero indirectamente, por supuesto.
— Fie, Padre, en el tino de Bartolo;
Para indirectas, oh! me pinto solo.»
Viene al siguiente dia,
Madrugando solícito, un molesto:
Llama. Tilin, tilin... «Ave María.»
Bartolo, sin abrir la portería,
Dice al madrugador: «Hermano, trate
De ir á otro manantial que no se agote:
Desde hoy ningun *pegote*
Prueba de mi Prior el chocolate.»

Oyendo el hombre la indirecta rara,
Se fué brotando bermellon su cara.
Llega un necio en seguida,
Y Cobos dice: «Excuse la venida;
Miéntras el cargo ejerza de portero,
No entra aquí ni *gandul* ni *majadero.*»
Despedido el segundo visitante,
Cata el número tres. — «Coja el portante,
Prorumpe el fiero Cobos, usiría:
No esta bien entre monjes un *espía.*»
Con una añadidura semejante,
Y en tono proferida nada blando,
Bartolo á cada cual fué despachando;
Y desde entónces al Prior bendito
No perturbó en su celda ni un mosquito.
Contento el Padre y á la par confuso,
Al lego preguntó: «¿De qué manera
Con aquella familia se compuso,
Para que así de verme desistiera?
— Fué cosa muy sencilla,
Mi querido Prior (Cobos repuso):
Cada quisque llevó su indirectilla,
Y huyó de mí la incómoda cuadrilla.
— Cuénteme las discretas expresiones,
Cuya virtud á la razon los trajo.
— Les dije la verdad: Sois un hatajo
De tunos, de chismosos y de hambrones.
— ¿A eso llama indirectas, en efecto?
— Yo nunca en ellas fuí mas circunspecto.
— Pues, hermano, mentiras ó verdades,
Sus indirectas son atrocidades.»

Dijo bien el Prior; mas como hay entes
En grado escandaloso impertinentes,
Echaseles tambien de buena gana
Tal cual indirectilla cobosiana.

FABULA XVIII.

ORIGEN DEL CIGARRO.

Fuman el indio y el charro,
Gil Blas y el Conde de Cabra,
Y no se dicen palabra
Del orígen del cigarro.

Mujer, empero, y varon
Habrán en pintura visto
Un hombre que baja listo
Del cielo con un hachon.

No le representan feo,
No lleva casi ropaje,
Moda griega: personaje
Tal se llama Prometeo.

Númen de clase vulgar,
Es voz que ganó renombre
Formando un proyecto de hombre
Con barro de modelar.

A su gusto concluida
La estatua para modelo,
Cuentan que robó del cielo
Fuego para darle vida.

Júpiter con tal motivo,
No muy grave á la verdad,
Hizo una barbaridad
Con el escultor de vivo.

Clavómele en un peñon
Cual á milano en pared,
Y todo (contemple usted!)
Por el robo de un tizon.

Fijo en solitaria roca
Se le ve representado:
Ya nos le darán pintado
Con un cigarro en la boca.

De la imágen y del fuego
Decir no se necesita
Que es una invencion bonita
De algun ingenioso griego.

Mas yo, que lo cierto sé
De unos documentos raros,
Voy, señores, á trazaros
A Prometeo cuál fué.

Allá en la primera edad,
Que de todo carecia,
Ni encender lumbre sabia
La infantil humanidad.

Prometeo vió caer
Y llamas alzar un rayo,
Y quiso hacer un ensayo
Con medio de tal poder.

«Quédese (dijo) por mio
Este ser devorador;
Pues que da tanto calor,
Bueno será contra el frio.

«Ya se aviva, ya desmaya,
Segun el palo que muerde;
Viene al seco y deja el verde:
Libre está que se me vaya.

«En este mismo lugar
Asilo haré vividero.»
Prometeo fué el primero
Que tuvo casa y hogar.

Vinieron á visitarle,
Y á todos les daba lumbre,
Y estableció la costumbre
De tener fuego y usarle.

Y entre aquellos Robinsones
De la tierra primitiva
La necesidad activa
Produjo mil invenciones.

Bien pronto, asando la caza,
Les confortó el olorcillo;
Pronto cocieron ladrillo,
Pan, yeso, cántaro y taza.

Chamuscábanse el pelaje
Los hombres en ocasiones,
Y á fuerza de quemazones
Labraban el maderaje.

Prometeo, que su ardiente
Hallazgo aplicaba á todo,
Trató de inventar el modo
De llevarlo fácilmente.

Una vez, pues, arrolló,
Ni muy fuertes ni muy flojas,
Mojándolas, unas hojas,
Y secas, las encendió.

Chupó el rollo sin desden,
Y dijo para su saco:
«Esta planta (era tabaco)
Sabe mal; pero arde bien.

«Cómodo arbitrio y seguro
Me da para mi deseo.»
Cate usted á Prometeo
Tan jaque fumando puro.

Dió el invento á conocer,
Y lo adoptó el municipio:
El cigarro en su principio
Fué mecha para encender.

Sustituto él de la hoguera
Con su brasa no costosa,
Toda mujer hacendosa
Tuvo que ser cigarrera.

Como el fuego al caminar
Para todo era la base,
Porque lumbre no faltase,
No cesaban de fumar.

Chupado con ceño adusto
El cigarro primerizo,
Por fin el hábito hizo
Paladearlo con gusto.

En esta disposicion,
El dar en un pedernal
Un golpe fuerte casual
Dió pedernal y eslabon.

Y la llama gigantesca
Del rayo en árbol copudo,
Cualquiera formarla pudo
Con dos cantos y con yesca.

Debió el cigarro ceder
Al método nuevo: ca!
Sin ser necesario ya,
Era costumbre y placer.

Y llevado en compañía
Del guijarro chispeador,
Con el nuevo encendedor
El antiguo se encendia.

Y hoy, desde el suelo andaluz
A los campos de Guajaca,
Los hombres de la petaca
Son hombres de chispa y luz.

Digan sabios eminentes
Que tienen ciertos regalos
Y usos, que parecen malos,
Muy buenos antecedentes;

Yo diré solo (y resumo)
Que es esta, segun la leo,
La historia de Prometeo,
Padre del tabaco de humo,

Varon famoso, del cual,
Suban los puros ó bajen,
Debe tener una imágen
Cada estanco nacional.

Sépase del Nilo al Darro,
Del Plata y Obi al Mondego
Que al propagador del fuego
Se debe el primer cigarro.

FABULA XIX.

EL SASTRE Y EL AVARO.

Hay gente que dice *cólega*
Y *epígrama* y *estaláctita*,
Púpitre, *méndigo*, *sútiles*,
Hóstiles, *córola* y *áuriga*.

Se oye á muchísimos *périto*,
Y alguno pronuncia *mámpara*,
Díploma, *erúdito*, *pérfume*,
Pérsiles[1], *Tíbulo* y *Sávedra*.

Los que introducen esdrújulos
Contra el orígen y práctica,
Imitacion de su método,
Lean la presente fábula.

1 Véase la nota de la página 191.

Sabrán, si me escuchan, ústedes
Que hubo un tal Pedrillo Zápata,
Sastre titular del Cóncejo
De no sé qué villa mánchega.

Era comilon Períquito
Y algo amigo de la gándaya;
Sin embargo, bien á ménudo,
Listo su labor despáchaba.

Vivia en su pueblo un rícote,
Cicatero sobre mánera,
Que le encargó que le cósiera
Calzones, chaleco y cháqueta.

Costumbre de pueblo péqueño
Es, muy general y sábida,
Que al sastre le dé la cómida
El mismo para quien trábaja.

Cose á vista del parróquiano,
Engulle, segun se trátara,
Buen almuerzo y rico púchero,
Cena, y acabó su fátiga.

A casa de don Ceférino
Se fué mi sastre de máñana;
Sirviéronle su desáyuno,
Y seda previno y águjas.

«Ea (dijo), hasta que Isídoro,
Tocando la gorda cámpana,
La hora de comer no séñale,
Coso sin alzar la cábeza.»

Echóse á pensar el ávaro
Si en fuerza de aquellas pálabras,
Del sastre salir le púdiera
La manutencion mas bárata.

«¿Quieres (le propuso á Périco)
La olla comerte prepárada,
Y hasta la cena seguídito,
Proseguir luego la tárea?»

Respondió el sastre: «Me acómoda;
Y aun si la cena me sácaran,
Me la engullera: mi apétito
No corre con hora márcada.

— Corriente (contesta el rícacho):
Vas á comer de una zámpada
Para el dia de hoy por cómpleto,
Y coses luego sin párada.

— La mitad sobra de séguro
(Dijo el ruin para su cámisa):
Ni un avestruz que se púsiera,
Tanto en el buche se encájara.

— Vamos (gritó): pronto, próntito;
Corta la sopa y la ensálada;
Y á Pedro sírvele en séguida
La olla y de cenar, Baltásara.»

Dánselo, y trágalo tódito,
Y dice despues de lá-cena:
«Yo en cenando, no doy púntada.
Buenas noches: voyme á lá-cama.»

La salida del sastrécito
Fué una solemne tunántada;
Mas de burlas á misérables
Ni un místico se escandáliza.

NOTA, A LA PAGINA 189.

Persiles y Sigismunda puso por título Cervantes á su última obra; y no puede dudarse que Cervantes cargaba la fuerza de la pronunciacion en la sílaba *si* del nombre *Persiles*, porque el propio autor, en su *Viaje al Parnaso*, habia rimado ese nombre con las palabras *sotiles* y *fregoniles*, en esta forma:

Yo estoy, cual decir suelen, puesto á pique
Para dar á la estampa el gran *Persiles*,
Con que mi nombre y obras multiplique.
Yo en pensamientos castos y *sotiles*,
Dispuestos en sonetos de á docena,
He honrado tres sujetos *fregoniles*.

La penúltima sílaba de *Tibulo* es larga en latin, segun se ve en este dístico de Ovidio (*Trist.*: Lib. IV. Eleg. 10):

Virgilium vidi tantum; nec amara Tibullo
Tempus amicitiae fata dedêre meae.

La sílaba larga de la voz latina debe llevar en castellano el sonido predominante, diciéndose *Tibúlo*, y no *Tíbulo*. En el mismo caso está el nombre del poeta *Catúlo*, como se prueba por estos versos que Lope de Vega escribió en su *Laurel de Apolo* (silva IX).

Pomponio, Horacio, Juvenal, *Tibúlo*,
Propercio, Mauro, Itálico y *Catúlo*.

El mismo Lope dijo en la propia silva:

Que no hace á los versos el rüido,
Sino el sutil conceto
De posibles metáforas vestido,
Dulce, sonoro, fácil, *erudito*;
Que esto lo hará perfeto,
Y no sobre elefantes un mosquito.

Y en la silva siguiente:

Porque no es *epigrama*
El que por varias sendas se derrama.

Colega tiene tambien la fuerza de la pronunciacion en la *e*, como en esta copla de un villancico de don Diego de Torres, que puede verse en el libro titulado *Juguetes de Talía*:

Al Niño, señor *colega*,
Hacer pruebas es delito,
Pues desciende cuando ménos
Del mismo *Laus tibi Christo*.

Auriga se pronuncia en castellano como en latin, con la fuerza de la articulacion en la penúltima sílaba, á la manera que lo hizo el Maestro Tirso de Molina en la comedia titulada *Por el sótano y el torno*.

RAMOS. *(A un estudiante.)*

¿Le hurga?

EL ESTUDIANTE.

Me fatiga.

RAMOS.

¿Qué es *cochero* en latin?

EL ESTUDIANTE.

¿Cochero? *Auriga*.

FABULA XX.

EL ANTICUARIO.

Dan el nombre de *vacos* y de *ovejos*
Los aldeanos viejos
De la tierra de Cuenca, los muchachos,
Las niñas y las viejas,
A carneros y toros, á los machos
De vacas y de ovejas.
Hizo en una posada
Don Lope Arrugacejas,
Un anticuario, por allí parada;
Y á un pescador oyó, que referia
Que en el monte cercano,
Y orilla de la fuente del Beleño,
Un *vaco* hermoso habia,
Y él por casualidad le vió tendido
Y casi entre las matas escondido,
Entero, al parecer, solo y sin dueño.
«Yo le echaré la mano
(Dijo al instante para sí don Lope),
No me le pille un drope,
Que rompa con furioso desatino
El indemne hasta aquí, númen del vino.»
Preciosa antigüedad, obra excelente,
Se figuró don Lope que seria
El escondido entre maleza y ramos;
Baco, segun oia,
Con mayúscula B: de suerte hablamos,
Que al dios y al buey lo mismo le nombramos.
Va don Lope sin guia
En busca de la fuente;
Registra diligente,
Sin ver al pronto nada;
Y á lo mejor, encuéntrase de frente
Con un toro, de tábanos herido,
Que á tierra le tiró de una hocicada.
Pisado y aturdido,
Temiéndose que el toro le destrice,
Huye el pobre señor, echando un taco;
Y el pescador, que se le encuentra, dice:
«Ya lo previne ayer: ese es el *vaco.*»

— A buen tiempo tambien asomas tú!
(Le contestó don Lope, oyendo tal).
¡Maldigo, amen, el uso irracional,
Que bárbaro confunde B con U!

FABULA XXI.

LA CAMPANA DE TOLEDO.

Se rajó al primer toque
La soberbia campana de Toledo,
Y suena, siglos há, mal, tarde y quedo.
Piensa dejar don Antolin Bodoque
Pasmado al orbe y mudo
Con su drama precoz, *Roma incendiada:*
Fácil es que su ingenio campanudo
Reviente á la primera campanada.

FABULA XXII.

LA GRADACION INVERSA.

Una suegra cerril, hecha un infierno,
Dijo á su pobre yerno:
«Eres un vagamundo,
Y no te dejo en paz si no te enmiendas;
Y á decírselo voy á todo el mundo
En España, en Madrid y en Alcobéndas.»
Hipérboles tremendas
Cierto declamador tan diestro encaja,
Que cuanto mas pondera, mas rebaja.

FABULA XXIII.

EL MASTIN Y EL GALLO.

«¿Por qué ladras á la luna
(Le dijo el gallo al mastin),
Cuando ella su órbita corre
Sin hacer caso de tí?

— Los hombres me oyen. — Y gritan
Que no les dejas dormir,
Y alguno de ellos va á darte
Las gracias con un fusil.

— Pues si enfadan mis ladridos,
Y nadie los quiere oir,
Yo los oigo, y basta y sobra
Con que me gusten á mí.»

Autores, que farfullais
Tanta crítica infeliz,
A no ser para vosotros,
¿Para quién las escribís?

FABULA XXIV.

EL FISCAL.

Comprobando una copia
Cierto señor Fiscal impertinente,
Púsose á corregir de mano propia
Tres faltas que notó del escribiente,
Descuidos ortográficos ligeros.
Raspó lo equivocado;
Pero con tal desmaña ó tal enfado,
Que en el papel abrió tres agujeros;
Y viéndolo inservible,
Lo rasgó y lo tiró; barrió el criado,
Y á un muladar lo echó, revuelto en broza.
Censor hay de genial tan apacible,
Que no ha de corregir si no destroza.

FABULA XXV.

LA ALACENA.

Caminando un Relator
Del Consejo de Ultramar,
Hizo noche en un lugar
En casa de un labrador.

Acompañaba al viajero
Un tal Ayerve de Ruiz,
Mozo de experta nariz,
Pero insigne majadero.

Cenaron en paz de Dios,
Trataron de madrugar,
Y hubiéronse de acostar
En una alcoba los dos.

Veíanse en los costados
De la estancia, frente á frente,
Iguales perfectamente,
Cuatro postigos cerrados.

El un par era un balcon;
El otro correspondia
A una alacena, en que habia
Seis quesos de Villalon.

Cogió el sueño tarde y mal
El Relator, y durmiendo
Soñó sentir el estruendo
De un turbion descomunal.

Cerca de la madrugada,
Le dijo al fulano Ayerve:
«Levántese usted y observe
Si huele á tierra mojada.»

Saltó Ayerve de su lecho,
Y á tientas de mano y pié,
Por ir al balcon, se fué
A la alacena derecho.

Abrió, zampó la cabeza,
Y aunque miró y remiró,
Tan negro el boquete halló
Como el resto de la pieza.

Pero un olor en seguida
Percibió en aquel recinto,
Que le pareció distinto
Del de tierra humedecida.

Y entónces dijo el camueso
Con mucha formalidad:
«No hay en el aire humedad;
Está oscuro y huele á queso.»

Así, ciega y tontamente,
Críticas hacen famosas
Los que no miran las cosas
Desde el punto conveniente.

Tacha de oscuro y condena
Tal concepto Santillana;
Y es que huye de la ventana,
Y se asoma á la alacena.

FABULA XXVI.

LA INVENCION DEL CIRCULO.

El casado casa quiere,
Dice un añejo refran,
Cuya fecha se refiere
Al tiempo del padre Adan.

El cual, así que pensó
Casar á Cain y Abel,
Fabricarse les mandó
Casa en que vivir sin él.

Labrar su nueva morada
Fué, pues, á entrambos preciso:
Cain la trazó cuadrada,
Y Abel redonda la quiso.

Cuando este necesitó
Señalar el redondel,
Un par de estacas ató
A las puntas de un cordel.

Una clavó en el solar,
Y llevando otra en la mano,
Tiró, y se puso á rayar
Con ella en el piso llano.

Dando la vuelta, en efecto,
Y haciendo la raya así,
Recien nacido y perfecto
Resultó el círculo allí.

Con harta razon ufano
Abel de su operacion,
«Mira (le dijo á su hermano),
¡Qué afortunada invencion!»

Cain replicó, envidioso:
«No me parece maleja;
Pero no estés orgulloso
De una traza que es ya vieja.»

— Pues nadie me la enseñó,
Es mia, segun discurro.
— No, señor; que la estrenó
Primero que tú mi burro.

«Para domarle, le eché
Al cuello un largo ramal,
Le até á un árbol, y zurré
De firme al torpe animal.

«Y corriendo él en redondo
Aquel y otro y otro dia,
Un rastro dejó bien hondo
Abierto donde corria.

«Aquel rastro, en buen derecho,
Del círculo orígen es:
Por tí con las manos hecho,
Por el asno con los piés.»

Tal vez un crítico salta
Diciendo que el rasgo tal
Tiene contra sí la falta
De ser poco original;

Y buscando al pensamiento
Su principio, suele al fin
Ser hallazgo de un jumento
Semejante al de Cain.

FABULA XXVII.

EL ESCRITOR Y EL LADRON.

Trabajaba de noche y á deshora
Un escritor purista,
De pluma cazadora
Y de escopeta lista,
Que en monte y en poblado
Con tino singular, con hábil traza,
De conejos y párrafos hacia
Grande, frecuente caza.
Ruido creyó sentir, entró en cuidado,
Su escopeta cogió de dos cañones,
Abrió su librería,
Y un ladron encontró que le rompia
El trasto en que guardaba los doblones.
«Cena de perdigones
(Díjole el fulminante literato)
Voy á embocarte aquí: dáteme preso,
Porque si no, te mato.»
El huésped replicó: «Señor, confieso
Que he vinío á robar; pero, zapato!
No es mucho que yo robe;
Salgo del hespital y soy un probe;
Y siendo rico usté como un tetrarca,
Y tiniendo un magin de mas de marca,
Sigun se ruge afuero,
De libros roba como yo del arca.»
El doble cazador, agrio el aspecto,
Exclamó: «Qué ladron tan incorrecto!
Sin sacudirte el bulto,
Si me hablaras mejor, te despidiera;
Mas con *tiniendo* y *probe*, no hay indulto.
Yo, lo que robo, lo guarnezco y pinto,
Lo aparejo siquiera;
Tú robas, y hablas mal: es muy distinto.
Ergo secundum legem de Mallorca,[1]
Peregilis colgabitur in horca.»[2]
Coge del manuscrito y del impreso
Lo que te plazca mas, pobre Jacinto:
Que mejores que tú practican eso;

[1] y [2] Versos de la vulgar comedia de don José Julian de Castro, titulada *Mas vale tarde que nunca.*

Pero engástalo bien, y pon de casa:
De otra suerte, no pasa.

FABULA XXVIII.

EL LORO.

A un lorito en el Perú
Un hombre enseñó de allí
A decir: «¿Quién eres tú?»
Y á decir: «Véte de aquí.»

Descuidóse el peruano,
Y el loro se le escapó,
Y en el monte mas cercano
En una caverna entró.

A la caverna despues
Llegó por casualidad
Un sencillote alaves,
Dirigido á la ciudad.

Fuera de camino y senda,
Ya con el alma en un hilo,
De una borrasca tremenda
Se libró en aquel asilo.

Era esto al anochecer;
Sacó el hombre salchichon,
Cenó con gana y placer,
Y durmióse en un rincon.

Mas pronto se puso alerta:
Voz, que turba sus placeres,
Bronca y rara le despierta,
Diciéndole: «Tú, ¿quién eres?»

— Soy (respondió el refugiado)
Lúcas Igarrigorría;
De España vengo llamado
Para vender lencería.

«Ya imaginaba ser esta
Inhabitada mansion.
— Véte de aquí», le contesta
Malamente el preguntón.

«Saldré al asomar el dia»,
Repuso humilde el pobrete.
Pero la voz repetia:
«Véte de aquí; véte, véte.

— Este es sin duda un salvaje,
Y como por mal lo tome,
Tengo en su panza hospedaje:
Me descuartiza y me come.»

Tal dijo para su sayo
Un hombre sin cobardía,
Porque le habló un papagayo
Donde no se le veia.

Fuése, pues, de mal humor,
Al raso inmediatamente. —
Pase el benigno lector
A la fabula siguiente.

FABULA XXIX.

EL ENANO DE LA VENTA.

Parece que ántes habia
En la venta del Candil
Un enano que tenia
Voz equivalente á mil.

Habitaba en el pajar;
Y si una riña se armaba,
Decia: «Voy á bajar!»
Y nadie le rechistaba.

Al oir la voz aquella
Tan pujante sobre todas,
Esperábase tras ella
Ver un coloso de Ródas,

Negro, bisojo, feoton,
Barba azul, nariz adunca. —
Sonaba, pues, el bajon;
Mas él no bajaba nunca.

«¿Qué es lo que sucede abajo?»
Bramó el enano una vez.
— Salga á verlo el espantajo»,
Dice un chabal de Jerez.

«Allá voy,» se oyó en un grito,
Que nunca se dió tan fuerte.
«Ven (le contesta el mocito);
Dános el gusto de verte.»

En el portal un monton
De gente en espectativa
Temblaba del vozarron:
El enano, quieto arriba.

«¡Que voy! — Ven. — ¡Que bajo! — Baja.
— ¡No! Sí!» — Era un barullo inmenso.
El enano, allá en la paja,
No bajaba ni por pienso.

Impaciente el jerezano,
De charla inútil se deja:
Sube al pajar, y al enano
Me le saca de una oreja.

Burlona estalló conforme
Risa general sin fin,
Viendo, tras la voz enorme,
Un enanillo codin.

Le iba á mantear la gente,
Si no se escabulle listo:
No viéndole, ¡qué imponente!
¡Qué triste figura, visto!

Al lorito perulero
Muy bien le salió la cuenta;
Pero al enano el ventero
Tuvo que echar de la venta.

Para muchos, es el coco
De mayor autoridad
Quien habla mal, recio y poco
Entre densa oscuridad.

FABULA XXX.

EL MORAL Y LA MORAL.

Moras un gallo comió,
Llenándose bien la panza,
Y despues en alabanza
Del moral cacareó.
Gallo implume le imitó,
Que al salir de vil corral,
Dogmatizando á jornal,
Comiendo de su tarea,
La moral nos cacarea
Como el gallo del moral.

FABULA XXXI.

LOS DOS PINOS.

Yendo á comprar madera
Maese Rogundo Paz, el carpintero,
En medio del corral halló dos pinos,
Bien diferentes, aunque allí vecinos:
Derecho, sano, altísimo el primero,
Sin un nudo siquiera,
Fácil de trabajar como la cera,
Pieza famosa, en fin, viga sin pero;
Miéntras el compañero,
Jorobado, nudoso y con resina,
Ya por su pié buscaba la cocina.
«Leños (dijo el Maese),
Que juntos pareceis ele con ese,
De dónde sois?» Y respondióle el uno:
«Yo nací en un pinar grande y espeso,
Donde, si hay entre mil árbol alguno
Que indolente quizá, quizas avieso,
Cambia su direccion ó lento crece,
Pronto á los piés de los demas perece;
Todos allí por eso,
De tentaciones de pararse faltos,
A competencia son derechos y altos.

— Pues yo (con pesadumbre
Dijo el predestinado de la lumbre),
Parto precoz á fe, pero mezquino,
De un piñon peregrino,
Prófugo de un costal con poco acierto,
Vine solo á nacer en un desierto.
Planta exótica en él, libre y salvaje,
Mi tronco y mi ramaje
Guié segun mi gusto veleidoso;
Y el resultado fué quedarme al cabo
Torcido como rabo
De fosco jabalí, pino roñoso;
Por la estatura corta y fibra endeble
Inútil para casa y para mueble,
Sin que pueda esperar con fundamento
Sino que á golpe de segur violento
Me hagan mañana trizas,
Y tizones despues y al fin cenizas.
— Así tambien (reflexionó Rogundo)
Capaz ingenio se marchita en breve,
Perdido en soledad que á nada mueve;
Miéntras con vivo ardor la competencia
Ser á los hombres da que admira el mundo
Lumbreras de virtud, astros de ciencia.»

FABULA XXXII.

EL MURCIELAGO.

«¡Ya cayó! ¡Muera ese bicho,
Figura en que Lucifer
Se ha copiado por capricho!»

Así, con fiero placer,
Gritaban cuatro muchachos,
Dos hombres y una mujer.

De ira inhumana borrachos,
A un murciélago querian
Los siete partir en cachos.

El lloraba, ellos reian;
Ali-manco en un sillar,
Escobazos le ofrecian.

«Señores, no hay que pegar
(Clamaba el preso): ¿por qué
Se me pretende matar?

«Quien de mí ofendido esté,
Que lo diga: de seguro
No habrá nadie; yo lo sé.

— Tú rondabas este muro
(Dijo la vieja Tomasa),
Volando en lo mas oscuro.

«Tú ibas á entrar en mi casa,
Para emprender á bocados
Con mi nieta Nicolasa.

«Tú á los niños acostados,
Con esos dientes malditos,
Los matas envenenados.

— No tal (replicaba á gritos
El triste acusado): yo
Me alimento de mosquitos.

«Donde un murciélago entró,
Ni uno queda: esto matamos;
Que niños ni grandes, no.

«Sois de mi vida los amos:
Hacedme justicia. — Leña!
(Dijo el corro): ¿qué tardamos?

«Una escarpia no pequeña
Le pase y le fije al pié
Del árbol de la cigüeña.

«Fin ella del monstruo dé,
Y estímenos tal presente,
Señal de amistosa fe.

«Con su pico diligente
No hay un animal nocivo
Por estos campos viviente.

— Lo propio (chilló el cautivo)
Con miles de insectos hago,
Y ved ¡qué trato recibo!

«Sujeto á mi síno aciago,
Sin luz se me pasa el dia,
Trémulo de noche vago.

«Si es fea la traza mia,
Piel rica al tigre hermosea,
Y nadie en el tigre fia.

«Tambien la cigüeña es fea:
Ningun hombre, sin embargo,
En molestarla se emplea.

«Respeto infunde su cargo;
Y es porque la veis muy alta,
Y os grazna con pico largo.

«Culebras con él asalta:
No soy por mi culpa chico,
Y el ánimo no me falta.

«Yo á libertaros me aplico
De la familia que quiebra
En carne de hombres el pico.

«Pero esto no se celebra:
Y á fe que en vuestras alcobas
No entra sapo ni culebra;

«Cínife sí. — No mas trovas!
Grita furioso un cermeño,
Y alzan tres palos de escobas.»

Muere el bicho, sin que el ceño
De su fortuna se ablande:
No se agradece al pequeño
Lo que se admira en el grande.

FABULA XXXIII.

EL AGUILA Y EL CARACOL.

Vió en la eminente roca donde anida
El águila real, que se le llega
Un torpe caracol de la honda vega,
Y exclama sorprendida:
«¿Cómo, con ese andar tan perezoso,
Tan arriba subiste á visitarme?
— Subí, Señora, contestó el baboso,
A fuerza de arrastrarme.»

FABULA XXXIV.

LA RUECA Y LA VARA.

«¿Cual será nuestra suerte?» se decian
Dos arbolitos nuevos,
Que en vegetal amor juntos crecian
En un bosque de pinos y de acebos.
En esto dos mancebos
Llegan y abren allí sendas navajas:
Era el uno el pastor Martin Pedrajas,
Novio de Ines Moral, guapa hilandera;
Y el otro el cabo Romo,
Célebre en los anales de la tropa
Como bestia feroz de grueso tomo,
Y de la dócil plebe mochilera
Miedo continuo, como
Despolvador solícito de ropa
Sobre la percha del cristiano lomo.
«Corte aquí prematuro nos espera,
Segun por las señales imagino,»
Susurraron los verdes camaradas,
Que eran acebo y pino,
Viendo las de Albacete desdobladas.
«Adios, valle natal, grata espesura,
Que ya nuestra raíz en llanto moja:
Nos van á despojar de cepa y hoja;
Quien nos crió concédanos ventura.»

Iban cabo y zagal de ceca en meca,
Todo el monte mirando con esmero,
Y súbito se para
Exclamando Martin: «¡Bonita rueca!»
Dijo el Romo á su vez: «¡Valiente vara!»
Y echan á los amigos el acero.

Cual dama sin brial ni perifollos,
Los dos, ántes pimpollos,
Salieron rabicortos y pelados
Del poblado tallar á tierra llana,
Por su vária fortuna destinados,
El uno á la cintura
De la gallarda Ines, y á verse envuelto
En rastrillado lino y hueca lana;
Y el otro, mas elástico y esbelto,
Cruel ministro de la mano dura
Del Romo caporal, zopenco enorme,
A batanar espaldas de uniforme.

Rueca y vara novicias
No pensaban ya verse, ni noticias
De su bien recibir ó sus reveses;
Pero, á los cuatro meses,
La vara del rigor de viaje vino,
Y halló á su compañera
De lazos adornada,
Con huso al canto, rocadero y lino,
Luciendo en la espetera
Por la gentil Ines acicalada,
Recientemente con Martin casada.
«Rueca amiga, ¿qué tal? — Perfectamente.
Fuí regalo de novio; mi señora
Prenda rica de fe me considera,
De gran estimacion merecedora.
No bien por el oriente,
Con el primer destello de la aurora,
De nácar esa bóveda se pinta,
Me coge Ines y plántame en la cinta.
Hila, y á hilar ayudo:
Confieso que de firme se trabaja;
Pero me quieren bien, me tienen maja
Con el liston que ves de seda y oro;
Y (sin jactancia) dudo
Que entre mil ruecas de cristiano y moro
Mas dichosa ninguna se presente;
Y eso que solamente

La pobre auxiliadora
De una hilandera soy, de una pastora.
— Ya; palitroque tú no resistente
(Contesta sacudida
La cómplice del cabo sacudiente),
Muy buena para tí será tu vida;
Pero á la mia ni con mucho llega.
Tú, á pesar de tus lazos,
Tienes que trabajar; yo doy varazos:
Mas que el trabajador vale el que pega.
Sentí las cortaduras
Del filo agudo que con fiero ultraje
Me escamondó el ramaje;
Luego quedé vengada
Del tajo y mondaduras
Que el soldado me dió sin miramiento;
Por uno que me hirió, maltrato á ciento.
No sabes lo que agrada
Libre poder y á gusto,
Con razon mucha ó poca,
La espalda calentar al mas robusto,
Sin que nos diga el tal: esta es mi boca.
— Anda con Dios, y tu impiedad celebra
(Dignamente repuso
La consorte pacífica del huso);
Vara de cabo atroz pronto se quiebra.
Teme que un golpe recio te haga astillas.
— Teman (dijo la vara) los pobretes,
Que no tienen de acebo las costillas.»

Andaban á cachetes
El Romo y el Pastor, miéntras, al lado
Por una friolera,
Coge la vara el cómitre; le espera
Martin con su cayado;
Y dando en él sin duelo,
Saltó la vara en dos y vino al suelo.
Inesita llegó con várias gentes;
Y oyendo la razon los combatientes,
Ahogóse la pendencia
En una y otra moscatel azumbre,
Y la vara infeliz ardió en la lumbre.

Copiosa descendencia
Vive de la hilandera todavía,
Y se conserva hoy dia
La rueca de Martin, símbolo hermoso

De noble sumision y mansedumbre,
Dicha del que obedece y del que manda.
De la vara deshecha, y no de blanda,
No quedó ni ceniza ni memoria
Sino en esta pueril, métrica historia,
Que enseña á detestar con su argumento
La inicua mano del poder violento:
Mano que, semejante al cabo loco,
De su furor destroza el instrumento,
Y mil le duran poco,
Dando lugar á que se aprenda y note
Que la vara se quiebra en el garrote.

FABULA XXXV.

EL MINISTRO.

Eligió Ministro
El leon al toro,
Y se alborotaron
Sus vasallos todos.

«Ese (le decian)
Perderá tu trono:
Los arranques teme
De animal tan loco.

«Deja que tus brutos
Elijamos otro:
Ya le buscaremos
Adecuado y propio.»

El leon se aviene,
Trátase el negocio,
Y un propuesto logra
General el voto.

Y era el digno objeto
De comun elogio
Pajarraco mixto
De avestruz y loro.

FABULA XXXVI.

EL CABALLO DE CALIGULA.

A su caballo nombró
Cónsul Calígula fiero,
Y el cuadrúpedo altanero
Ya la paja rechazó.
Dorada se le llevó,
Y la comió sin desden.
Echan al pueblo tambien
Paja escritores distintos;
Pero adulan sus instintos:
La doran, y pasa bien.

FABULA XXXVII.

LA DISTANCIA.

Cerca de Toledo el Tajo
Cruza un valle que guarnecen
Dos montañas.
Desde ellas, mirando abajo,
Los transitantes parecen
Musarañas.
Cabalgaba monte arriba
Don Domingo Coronado,
Gran señor;
Con diez escopetas iba,
Por diez hombres escoltado
De valor.
Algunos desde la altura
Vieron, ó creyeron ver,
Dos peones,
Que atravesaban la hondura,
Seguidos, al parecer,
De ladrones.
«Defendamos á los dos,
Dijeron con ira y brio
Los armados;
«Pues, sin auxilio de Dios,
En cuanto lleguen al rio,
Son robados.

«Señor, vuestra escolta frustre
Su intento á la iniquidad,
Que anda lista.»
Era el caminante ilustre
No corto de voluntad,
Sí de vista.
Miró al valle don Domingo,
Teniendo á todos perplejos
Un instante,
Y dijo al fin: «No distingo
Lo que sucede tan léjos.
Adelante!»
No hace el bien ni pone al mal
Un Rey á veces reparo;
Y ¿por qué?
La causa es muy natural:
Porque de léjos, es claro,
No se ve.

FABULA XXXVIII.

EL CANGREJO SASTRE.

En un remoto pueblo
De no sé qué nacion,
El arte y ejercicio
Y aun la casta de sastre se acabó.

Agujas y tijeras
Quedaron, sí, señor;
Quien un remiendo echara,
Quien cortase vestidos, eso no.

Iba el alcalde mismo,
Que era verle un dolor,
Del cuello á los faldones
Roto y aspillerado el leviton.

Llevaba hecha una criba
La esposa del doctor
El manto que velaba
Su moño de figura de aldabon.

Sus dos modestas hijas,
Dos ángeles las dos,
Desgarradillas ambas
Hiciéronse con tanto desgarron.

Sastre la tabernera,
Sastre el procurador,
Sastre la villa toda
Pide al Concejo por amor de Dios.

Sastre buscando salen
Modrego y el Pelon
Una mañana hermosa
Del mes florido al asomar el sol.

Orillas de un arroyo,
Cercado de verdor,
Un animal bullia,
Que el sastrílego par absorto vió.

Era un cangrejo, bicho
Raro en la tal region.
Modrego y su consocio
A un tiempo exclaman con alegre voz:

«Sastre sin duda es este,
Largo trabajador:
Agujas y tijeras
Lleva, para indicar su profesion.»

Le cogen, y hala! El pueblo
Se agolpa en derredor.
«Sastre y barato! (gritan):
Ni palabra de sueldo nos habló.»

Sobre una mesa ponen
Un paño de color,
Al sastre mudo encima,
Y dícenle: «Maestro, un paletó!»

Siguiéndole al cangrejo
Su vaga direccion,
Un bárbaro en la tela
Pegando fué tijeretada atroz.

Registran lo cortado ..
— ¡Qué rabia! ¡qué furor!
Nada que sirva sale.
«¡Muera el sastre! ¡Matemos al bribon!»

Alguno replicaba:
«Nombre su defensor.
— Señores, no olvidemos
Que él hasta aquí no dijo: Sastre soy.

— Perezca! repetia
Toda la poblacion.»
Van y tíranle al rio,
Y prorumpen ufanos: «Ya se ahogó!»

Ahógase de veras,
O al ménos de rubor,
Algun buen ciudadano,
Puesto por fuerza donde no pensó.

Que todos lo hagan todo
Es capricho español.
Y ¿sirve para nada
Metido á sacristan el herrador?

FABULA XXXIX.

LOS CAPULLOS DE ORUGA.

Era dueño de un pinar
El viejo Ramon Velarde,
Y ocurriósele una tarde
Su arbolado visitar.
Con no pequeño pesar
Vió mucho pino pelon,
Y en cada cual un zurron
De orugas aparecia,
Que de ellas arrojaria
Mas adelante un millon.

Contra bichos tan fatales,
El anciano diligente
Marchó, y al alba siguiente
Llevó setenta zagales.
Los capullos criminales
Cayeron del tronco al pié,
Y luego encendida fué
Voraz hoguera de ramas,
Para hacer entre sus llamas
Auto forestal de fe.

Faltaba el postrer limpion
A pocos árboles dar,
Cuando allí vino á parar
El sacristan Cañamon.
Junto al monte de Ramon
El buen atiza-blandones,
En dos menguados rincones,
Tenia un azafranar,
Cuya planta era manjar
Muy gustoso á los ratones.

Cañamon buscar solia
Los capullos perseguidos,
Con los cuales, bien cocidos,
Un pisto infernal hacia.
Donde agujero veia
De raton el Sacristan,
Embocaba con afan
El fiero calducho aquel;
Y muerto el raton con él,
Salvábase el azafran.

Al viejo, con voz de arrullo,
Dijo el pobre azafranero:
«De usted un favor espero,
Pues los hace sin orgullo.
Deje usted algun capullo
De orugas en su lugar;
No me lleguen á faltar,
Si todas perecen hoy,
Para el guiso con que voy
Mis ratones á matar.»

Repuso el viejo ladino:
«¿Cuánto azafran coges? Dí.
¿Onza y media? Pues aquí
Peligra un monte de pino.
Echale al raton dañino
Gato hambriento, que del tal
No deje pronto señal.»
Es de pillos ó de locos
Preferir el bien de pocos
Al provecho general.

FABULA XL.

EL RELOJ DE SOL.

Un reloj de sol hicieron
Los indios allá de Quito:
Parecióles tan bonito,
Que un tejado le pusieron.
De lluvia le guarecieron;
Pero el sol ya no le dió:
Sin él de nada sirvió.
No sirve una ley madura
Por alguna añadidura
Que un celo tonto inspiró.

FABULA XLI.

EL VIAJE DE HERCULES.[1]

Bien sabe cualquier persona
De mas ó de ménos pro
Que el sepulcro pareció
De Hércules en Tarragona.

Bien se sabe que este asunto
A muchos volvió tarumba,
Y que no se halló en la tumba
Ni una raspa del difunto.

Fué que, de siglos atras,
El semidios de la clava,
Bien que allí tendido estaba,
Era durmiendo no mas.

Consistió el no parecer
En que, al sentir la piqueta,
Despertó, cogió soleta,
Y á buscar fué su mujer.

[1] Por otro nombre, *Alcides.*

De paso (lo cual no debe
Tenerse por cosa extraña),
Dió una vuelta por España,
Y al fin se abrazó con Hebe.

Esta, que dió un tropezon
Sirviendo en una comida,
Cayó del cielo aturdida,
Y estaba en el pozo Airon.

Viéronse esposo y esposa
En él con divino gozo:
Fué con el aire del pozo
La entrevista muy airosa.

No ponga duda ni tacha
Nadie: si un viaje resuelven,
Aun los semidioses vuelven
Palacio cualquier covacha.

En diálogo allí casero
Alcídes y su parienta,
Hebe dijo: «¿Qué me cuenta
De España el señor viajero?

«Unos treinta siglos há,
Mano que yo tierna palpe
Grabó en Avila y en Calpe
Su altivo *No mas allá*.

«De España quiero saber
Qué diferencias ofrece;
Que en tres mil años, parece
Que algunas habrán de ser.»

Alcídes, con laconismo
Heróico, le respondió:
«Al *no mas* le falta el *no;*
Lo demas está lo mismo.»

La presente relacion
Escuché yendo de viaje,
Mal preso en el hospedaje
De un fementido meson.

Y al ver tanta porquería
En casa, lecho y hogar,
Y qué horrible era el lugar,
Y qué caminos tenia;

Al ver por mujeres cocos,
Y hombres de aspecto salvaje,
Y niños con solo el traje
De Adan, y sorbiendo mocos,

Dije: «Si juicio severo
De España Hércules formó,
No mas que lo malo vió,
Y habló sobrado ligero;

«O le pasó lo que á mí
En fuerza de suerte ingrata,
Y encontró en su caminata
Mesones como el de aquí.»

FABULA XLII.

EL ELEFANTE DOMESTICADO.

Preguntaba el palomo al elefante:
«¿Por qué desde el instante
Que fuiste como yo domesticado,
Con ojos de dolor en tu hembra fijos,
De mil cosas te quejas á su lado,
Pero jamas de que te falten hijos?»
Y respondió con tétrico semblante
El membrudo animal: «Soy prisionero,
De hierros voy cargado...
¿Hijos esclavos yo? ¡Morir primero!»

FABULA XLIII.

LOS MANDAMIENTOS DE ESPAÑA.

Dicen que locos y niños
Hablan siempre la verdad:
La lengua de un niño loco
Debe ser la mas veraz.

Un niño demente habia,
Que en medio de achaque tal,
Iba, sin embargo, dócil
A la escuela del lugar.

El maestro, que observó
Que era el loco algo capaz,
Quiso que de la doctrina
Supiese lo principal.

«¿Cuáles son (le preguntaba
Un dia para probar)
Los mandamientos de Dios,
Que rigen la Cristiandad?

— A los hombres (dijo el chico)
Diez impuso en general;
Y despues á las naciones
Otros en particular.

«Dios manda que España tenga
Trono firme y libertad,
Montes, caminos, marina...
Y el peñon de Gibraltar.»

FABULA XLIV.

EL PLACER EN LA VIRTUD.

«Enrique, mortifica tu apetito,»
Dijo fray Amador al señorito,
Cuyos pasos al bien encaminaba.
«Si el dulce de guayaba,
Si otro cualquier manjar que ves delante,
Cuando la mesa cubren, estimula
De tal modo tu gula,
Que devorarlo anhelas al instante;
Por el que fué clavado en un madero,
Cómelo con paciencia lo postrero.»
Esto al doncel aconsejaba el Ayo,
Y hallándose presente
Un bellacon lacayo,
Goloso, y hablador impertinente,

«Sí, señorito (replicó travieso):
Tengo experiencia en eso
Mas que fray Amador, aunque me alabe.
Reservando prudente
Para el fin lo mejor, mas bien me sabe.
Gastrónomo de gusto refinado
Ultimo ha de comer el gran bocado.»
Repuso el Preceptor: «Benigno y justo,
Merecimiento Dios hace del gusto.
Verás, Enrique amado,
Verás en la virtud, si la siguieres,
Que ella es el gran placer de los placeres.»

FABULA XLV.

LAS OREJAS DEL BORRICO.

A un burro que vió pasar
Dijo el burlon Baltasar:
«¡Vaya una figura rara
Que tienes, con ese par
De orejas de media vara!

— Yo no me las he escogido,
(Replicó el asno advertido):
No tachándomelas andes;
Que Dios tendrá bien sabido
Por qué me las hizo grandes.»

FABULA XLVI.

MONOS Y HOMBRES.

«Yo por seguro tengo
(Díjole á Blas Manuel)
Que el mono es hoy lo mismo
Que ántes el hombre fué.

«Piedras cual hombre tira,
Y es muy frecuente en él
Reñir á garrotazos
Mejor que un montañes.»

Blas dijo: «Reconozco
Al mono su saber;
Opino, sin embargo,
No como piensa usted.

«Hay en humano traje
Irracional cruel,
Que agarra piedra y palo
Sin qué ni para qué.

«Bicho de tal ralea
Debe sin duda ser
Orangutan exento
De andar en cuatro piés.»

FABULA XLVII.

EL ASTRONOMO Y EL MENDIGO.

Observaba un astrónomo un lucero
Con estudioso ahinco,
Y le pidió limosna un pordiosero
Una vez y otra vez, tres, cuatro y cinco;
Y él, miéntras, agarrado al anteojo,
Firme haciéndole al astro puntería,
Ni vió ni oyó siquiera al que pedia.
Nada manco el mendigo ni era cojo,
Al gaban del astrónomo la mano
Con un tiron echó que lo sintiera,
Y díjole: «Señor, si sois cristiano,
Soltad esos trebejos
Y generoso abrid la faltriquera.
Vuele por un momento como quiera
De tanta luz el brillador enjambre:
Si hay miserias allí, las pasan léjos;
Cerca de vos hay hambre.»

FABULA XLVIII.

LOS CARIBES.

Isla del continente americano,
Y de caribes, era
Una de que un viajero muy anciano,
Docto y pio varon, de cuerpo enjuto,
Quiso tomar noticia verdadera.
La fragata española *Talavera*,
Que le condujo allí, volvió al paraje
Donde el sabio quedó; y al ménos bruto
De aquella tosca gente
Preguntó el Capitan: «¿Y aquel que traje?
— Aquel (dijo el caribe indiferente),
Mechado con tortuga,
Conejillos detras y al fin lechuga,
Sirvió para un almuerzo.
— ¡Comerse á don Froilan, gloria del Bierzo
(Exclamó el español)! ¡Es horroroso!
¡Comerse un hombre así, de alta valía,
Tan bueno, y que ademas, tanto sabia!
— ¡Bah! replicó el mastuerzo.
Mérito le supones asombroso,
Y es aprension no mas, te lo aseguro.
Con todo su saber, estaba soso;
Con toda su bondad, estaba duro.»
Predica, Luis, predica fervoroso:
No hay sermon que les entre
A los que en todo ven cuestion de vientre.

FABULA XLIX.

LOS MICETES.[1]

Por tierras apartadas
Viajaba un español,
Y aguda gritería
Muy de mañana oyó.

[1] Animales llamados tambien *monos parleros*.

Ver quiso quién gritaba,
Guiado por la voz,
Y al trasponer un monte,
Los gritadores vió.

Monos, que en ancha rueda
Formaban un cordon,
Saltaban, y en el medio
De todos el mayor.

Era de gozo vivo
Ruidosa confusion,
Mil bienvenidas eran
Al renaciente sol.

Paróse allí el viajero,
Sagaz observador,
Hasta que el sol mostrara
El último arrebol.

De todas las laderas
Del valle en derredor,
Brincando los monuelos
Volvieron en monton.

Con otro acento que ántes
Alzaran su clamor
De tierna despedida
Y ardiente aclamacion.

Al sol aquellos gritos,
Que el eco repitió,
Decirle parecian:
«Ven otra vez, adios.»

Pasmado el caminante
La frente descubrió,
Saltando de sus ojos
Llanto de fe y amor.

«Sol de Justicia (dijo), [1]
Nunca te olvide yo,
Ni al toque de la aurora,
Ni al toque de oracion.»

[1] El *Sol de Justicia* no es, como entienden algunos, el sol material; es expresion mística por la cual se ha designado siempre á N. S. Jesucristo. Decir *hace un sol de justicia*, en lugar de decir *hoy el sol abrasa*, es una impropiedad.

FABULA L.

LA LAMPARA DE LA TORRE.

Pueblo fué del condado de Bigorre
(O Bigorra, es igual) uno en que habia
Ruinoso templo con fornida torre,
Que dos leguas en torno se veia.
Una lámpara ardia
Toda la noche en ella
Delante de una bella
Imágen de María;
Y en su seno sin mancha recogido,
El Niño Dios en el portal nacido.
Siempre que un aldeano
De los de allí la torre descubria,
Reverente á la Vírgen saludaba,
Y al Fruto de su vientre bendecia.
Para un país lejano
Sale del pueblo aquel el jóven Pio;
Y al ver la torre por la vez postrera,
Levantando en el aire la montera,
Con lágrimas de fe grita devoto:
«Niño de omnipotente poderío!
Madre del desterrado!
Regid mis plantas: en los dos confío.»
Vase á país remoto,
Vuelve de años cargado
(Cincuenta por lo ménos han pasado),
La noche le sorprende en el camino,
La luz al cabo de la torre brilla,
Y Pio descabalga ye arrodilla,
Y del favor divino
Reconoce el poder. ¡Harto bien puso
Jóven la confianza!
Hijo y Madre cumplieron su esperanza.
Con aquel espectáculo, confuso
El guia del viajero, le pregunta
Por qué se apea y llora,
Y se descubre, se arrodilla y ora:
«Es porque allí despunta
La luz del campanario
Que á su Patrona enciende el pueblo mio:
La Vírgen de Noel, nuestra Señora.
— Mudó ya de parroquia el vecindario;
La tiene junto al rio:

La vieja se cayó, la torre queda;
Y la Vírgen (pues esto
De santo en calle con razon se veda)
Logra en la parroquial mas digno puesto.
La luz que asoma allí (por de contado
Mayor que la que hubo),
Es de un reloj, al que ilumina un tubo
Del nuevo gas de pringue de pescado;
Y (como usted repara)
La torre del lugar se ve mas clara.»
El buen anciano aquí, dos veces pio,
Con expresion de lástima y desvío
Replicó, meneando la cabeza:
«Se ve mas claro, sí; mas no se reza.
«La imágen del que vive y nunca pasa
Quitais de las alturas,
Y ¡máquina poneis que el tiempo tasa,
Dado á las criaturas!
«Para cebar la luz que miro enfrente,
Den tierra y mar despojos;
Pero dejad la de Belen patente,
Y alúmbrenos el alma por los ojos.»

NOTAS.

Segun la tradicion inserta desde la página 140 con el título de *La locura contagiosa*, Magdalena, la beata, fué hermana de Cervantes; conforme á las noticias dadas por los biógrafos del gran novelista, Magdalena solo era *hermana beata*.

Pág. 194, líneas 3 y 4:

¡Maldigo, amen, el uso irracional,
Que bárbaro confunde B con U!

Realmente, al fin de este segundo verso, debia haberse impreso una V, y no una U. Pero como el nombre académico de la *u* de corazon es *u consonante;* pronunciando estas dos palabras al fin del verso, no resultaria consonancia ni verso. Con tal ocasion considero necesario decir que el nombre de *u consonante* me parece muy mal aplicado. *Consonante*, hablando de letras, quiere decir *sonido que se pronuncia junto con otro;* y, en verdad, que cuando decimos *u*, no tenemos necesidad de agregarle ningun otro sonido; luego si es consonante no es *u*, y si es *u* no es consonante. Los matemáticos llaman *ve* á la letra de cuyo sonido tratamos, y no pudo ponérsele nombre peor: á pesar de la maldicion lanzada por el Anticuario, lo cierto es que, para la generalidad de los españoles, *ve* y *be* suenan lo mismo. Harto mejor fuera llamarla *va*, ó si no *eve* á semejanza de las letras *efe*, *ele, elle, eme, ene, eñe, erre* y *ese*.

Otras seis letras de nuestro abecedario tienen igualmente nombres impropios.

La *c*, que sirve para expresar dos sonidos, el de la *k* y el de la *z*, deberia recibir otro nombre mas propio, como lo seria el de *ce-cá*.

La *g*, por una razon semejante, deberia ó podria llamarse *ge-gá*.

La *q*, puesto que nunca se emplea en sílabas en que suene la *u* de su nombre, llevaria mejor el de *que*.

La *r*, que se emplea para significar dos sonidos, uno fuerte, como el final de la palabra *carro*, y otro suave, como el final de *cara*, podria llamarse *rere*.

La *x*, cuyo nombre actual es absurdo, porque no expresa el sonido de *c* y *s* ó *g* y *s*, deberia ser *ecse* ó *egse*.

Y, por último, á la *y* se la deberia confirmar con el nombre de *ye*, porque llamándola *i griega* se le da nombre de vocal, y es consonante.

Nada tienen estos reparos y proposiciones de nuevo; pero tienen, en mi concepto, mucho de justo y no poco de necesario.

POESIAS VARIAS.

POESIAS A VARIOS ASUNTOS.

A LA REINA Dª ISABEL IIª

EN LA DECLARACION DE SU MAYORIA.

COPLAS EN CASTELLANO ANTIGUO.

Ley mal aguisada, traida de allende,
Vedaba á la fembra sobir al dosel:
Tú nasces, y en brazos Castilla te prende,
E grita Castilla: «Que regne Isabel.»

Lid muévenos dura tu avieso cormano:
Lid foé que de sangre la tierra fartó:
Clamaba moriendo el fiel castellano:
«Que regne Isabela; mi vida le dó.»

Asaz perezoso el tiempo venia,
Non daban á España sus males vagar:
Vos recia por ende levántase un dia
Diciendo á Isabela: «Comienza á regnar.»

Sabroso es oirse nombrar soberana,
Non bien de la infanza salvando el confin;
Sabor há tu sceptro de poma temprana,
Que amagos de robo sofrió en el iardin.

Ya pues que en el trono te ves regidera,
E finca en tu mano la nuesa salud,
De tí generosas albricias espera
La gen que á fablarte sus cuitas acud.

Sey tú como el íris que en lúcida comba
Señal de amistanza del cielo nos faz;
Sey tú como aquella bendita palomba,
Que troxo en el bico la oliva de paz.

Muy mas que el acero de innúmera hueste
Que fiere cervices de indómita grey,
Muy mas puede un labio con riso celeste
Diciendo entre hermanos: «Concordia teney.»

Catar te conviene non yaga en oprobio
La fe, nin los buenos que lievan su vos:
Non membre afambrida allá en el cenobio
La casta sorora, la esposa de Dios.

Bien es que cuidosa tu régia auctoricia
Mantengas exenta de mengua é reves;
Mas seya delante de tu alta iosticia
Igual del fidalgo el pobre burgues.

E síguese dende que débese pura
Servar la ordenanza del fuero comun:
Franquicias donadas por ley é natura
Non leixes que tengan desmedro ningun.

Farán en España firmísimo asiento
La paz, abundanza é iúbilo ansí;
E todo del tuyo sagaz regimiento,
E todo, señora, vendrános de tí.

Estonce, al trabaio entrando cobdicia,
Verás bienandante la puebla crescer:
Trabaio que luce contenta é desvicia,
Da pan á la boca, virtudes al cuer.

Estonce los yermos agora cerriles,
Do apénas la bestia el paso conduz,
De acuáticas vias, de férreos carriles
Veránse do quiera taiados en cruz.

Estonce, de fructos con rico tesoro
Bogante la nao de ardid mercader,
Trayrános en trueque de América el oro,
Que hoy ya non es nueso, mas fuéralo ayer.

Estonce (é tal dia ¡que non seya lueñe!)
Granada en dotrinas, haberes é honor,
Alzarse veremos la nueva progeñe,
Que torne á la España su antigo splendor.

Progeñe que inore los odios villanos,
Causantes agora contino desman,
Progeñe en que todos se embracen hermanos,
Legítima prole del Cid é Guzman.

¡Oh! mueva de presto el tiempo su rueda,
E á nos, que nascimos á mala sazon,
Catar las primicias la suerte conceda
Del síno que atiende la nuesa nacion.

Que veya, primero que el pié se le hunda,
El vieio cercano del negro lindel,
Que veya en España por esta *Segunda*
El siglo de aquella primera *Ysabel.*

E sí: verá un pueblo sesudo, valiente,
Que en torno á su Reygna bendizla é le diz:
«Tú noble, tú libre, tú sábia é potente,
Tú en fin á tu patria ficiste feliz.»

1843.

EPISTOLA GRATULATORIA
DEL MARQUES DE VILLENA
AL CONDE DE SANT LUIS
POR LA ERECCION DEL TEATRO ESPAÑOL.

Recebid con buen talante,
Nuevo é perínclito Conde
De Sant Luis,
Letra de ánima habitante
Otro mundo que ese donde
Vos vivís.

E catad que non vos tome,
Porque vos fable un finado,
Susto é pena;
Non de facer miedos home
Fué nunca el Marques cuitado
De Villena.

Sepades que, no embargante
 Que aquí los muertos vivamos
 Bien felices,
 A esa tierra malandante
 Por vegadas asomamos
 Las narices.

Cierta noche, discurriendo
 Por las calles de una villa
 Principal,
 Casa vi de mucho atuendo,
 Que ántes de ornalla é pulilla
 Fué corral.

Rumores oí de dentro
 Jubilosos, é por puntos
 Aflictivos:
 Cuélome, cato et encuentro
 Una tropa de difuntos,
 Vueltos vivos.

Allí Pelayo [1] furente
 Con su hermana contendia
 Por el moro;
 E tapándose la frente,
 La triste solo decia:
 «Yo le adoro.»

Allí con sus cuitas vino
 Aquel pagano Jesté [2],
 Rey de Creta,
 E Megara, el numantino [3],
 Et el prisionero [4] de
 Joan de Urbieta.

Allí salieran Guzman [5],
 Camila [6], Rui Calderon [7],
 E Macías [8],

[1] Alúdese á los personajes de *Pelayo* y *Hormesinda* en la célebre tragedia del Señor Don Manuel José Quintana.

[2] *Idomeneo,* en la tragedia de este título, escrita por Don Nicasio Alvarez de Cienfuegos.

[3] Protagonista de *Numancia,* tragedia de Don Ignacio Lopez de Ayala.

[4] *Francisco I. — Solaces de un prisionero,* drama del Señor Duque de Rivas.

[5] *Guzman el Bueno,* drama del Señor Don Antonio Gil.

[6] *Camila,* tragedia del Señor Don Dionisio Solís.

[7] *Rodrigo Calderon,* protagonista de dos dramas, escrito el uno por el Señor Don Ramon de Navarrete, y el otro por el Señor Don Adelardo Lopez de Ayala.

[8] *Macías,* drama del Señor Don Mariano José de Larra.



Edipo [1], Bruto [2], Abrahan [3],
Et el que libró á Sion [4]
De Golías.

E los que en Mártos [5] cayeron,
Enjiemplo duro de estrella
Muy cruel,
Et esos de quien dijeron
Que fué en morir tonta ella,
Tonto él.

E Malvina [6], é Joan Pascual [7],
E Manrique, el malhadado
Trovador [8],
E aquel Cenon [9] al igual
De fortuna gasajado
E de amor

Leiva [10], Quevedo [11], la brava
Joanica [12], el Alonso amante
De Raquel [13],

[1] *Edipo,* tragedia del Señor Don Francisco Martinez de la Rosa.

[2] *Bruto,* en la tragedia titulada *Roma libre*, traducida por el Señor Don Antonio Saviñon: el mismo personaje en la tragedia del Señor Don José Maria Diaz, intitulada *Junio Bruto.*

[3] Personaje de la tragedia titulada *Sara*, del Señor Don Joaquin José Cervino.

[4] *David,* en el *Saul,* tragedia de la Señora Dª. Gertrudis Gomez de Avellaneda.

[5] *Los Carvajales*, en *Don Fernando el Emplazado*, drama del Señor Don Manuel Breton de los Herreros.

[6] *Malvina*, en *Oscar,* tragedia traducida por el Señor Don Juan Nicasio Gallego.

[7] El de la *Segunda parte del Zapatero y el Rey*, drama del Señor Don José Zorrilla.

[8] El Trovador, drama del Señor Don Antonio García Gutierrez.

[9] El marques de la Ensenada, que figura en *La rueda de la fortuna,* comedia del Señor Don Tomás Rodriguez Rubí.

[10] *Antonio de Leiva,* drama del Señor Don Juan de Ariza.

[11] *Don Francisco de Quevedo,* drama del Señor Don Eulogio Florentino Sanz.

[12] *Las travesuras de Juana,* drama de los Señores Don Cárlos García Doncel y Don Luis Valladares y Garriga.

[13] Alfonso *VIII.*, en la tragedia de Don Vicente García Huerta, intitulada *Raquel*; y el mismo rey en el drama del Señor Don Eusebio Asquerino, *La Judía de Toledo.*

Alonso el pintor[1], la Cava[2],
E aun el tesaurizante
Don Samuel[3].

Esquilache[4], el de Alba[5], Hernan
Cortés[6], é la de Molina[7],
La prudente,
E Berenguela[8], et el gran
Cogedor de mies divina,
Fray Vicente[9].

Esos é otros personados
Vi en aquella y otras tales
Trasnochadas,
Allí por arte ayuntados
De péñolas poetales
Bien tajadas.

E plúgome asaz la cosa,
Ca yo ansimesmo capricho
Tuve desto,
E una farsa fiz donosa
Para el rey Fernando, dicho
El Honesto.

Antojóseme saber
Quiénes los auctores fueran
Desas fablas,
Do escribiendo á su placer
Miraclos ansí fecieran
En las tablas;

1 *Alonso Cano*, en el drama del Señor Don Gregorio Romero Larrañaga, intitulado *Misterios de honra y venganza*; y en *La Torre del Oro*, drama del Señor Don Aureliano Fernandez Guerra.

2 *Florinda*, en *El Conde Don Julian*, drama del Señor Don Miguel Agustin Príncipe.

3 *El Tesorero, y el Rey*, drama de los Señores Don Antonio García Gutierrez y Don Eduardo Asquerino.

4 *El motin contra Esquilache*, drama del Señor Don Ceferino Suarez Bravo.

5 *El Duque de Alba*, drama del Señor Don Manuel Cañete.

6 *Hernan Cortés*, drama del Señor Don Patricio de la Escosura.

7 *Doña María de Molina*, drama del Señor Don Mariano Roca de Togores.

8 *La Madre de San Fernando*, drama del Señor Don Cayetano Rosell.

9 *San Vicente Ferrer*, en *Don Fernando el de Antequera*, drama del Señor Don Ventura de la Vega.

E siguiendo uno, que vi
Con desusado alborozo
Coronar;
Sobióse á un zaquizamí,
E acostóse el pobre mozo
Sin cenar.

Gimiendo fugí yo dende,
Por non ver en tanta prez
Tal desdoro....
— E luego mi vista ofende
Palacio do resplandez
Plata é oro.

Rica mensa é pulcro lecho
Dentro víanse, é preciados
Atavíos,
E tales que me sospecho
Que aun fueran avantajados
Para mios.

E supe que dueño fues
De la morada tan mucho
Relumbrante,
Non perlado nin marques,
Sinon solo cierto ducho
Comediante.

«¿Cómo, dije, al estrumento
Merced se faz, é á la mente
Se la amengua?
¿Non val el poetal invento
Lo que el dalle ante la gente
Bulto é lengua?

¿Por qué pues desigualar
A dos que del claro Apolo
Fijos son?
El mayorazgo ¿ha de estar
A fucias del que es tan solo
Segundon?

Mejor al ingenio Grecia
Tener en estima supo,
Supo Roma.
Miéntras usanza tan necia
Ture, acójome y ocupo
Mi redoma.»

Por vos, Conde ilustre, fina
El de tratar al scriptor
Feo modo:
Corona cingísle dîna:
Non ya de Febo el cultor
Vive en lodo.

Mil quisieron ayudalle,
Mil ahorralle pretendieron
Dias tristes:
Vos supistes solo honralle;
Vos lo que tantos dijeron,
Lo fecistes.

¡Gloria á vos, bien meresciente
De las apacibles artes,
Gloria á vos!
Grato á los homes se cuente
Vueso nombre en todas partes,
Grato á Dios.

El vos done la grand paga
Que vuesos graciados non
Pueden bien;
El vida luenga vos faga,
Con la su benediccion
Sancta, amen.

1849.

A S. M. LA EMPERATRIZ
DE LOS FRANCESES.

Iba mirando la Fortuna un dia
La orilla del Genil,
Y una perla encontró donde yacia
El trono de Buabdil.

Era la perla del Genil hermosa,
De precio singular:
Con otras fué por la voluble diosa
Puesta en su mismo altar.

Llegóse en tanto á la Fortuna un hijo
De los que mas amó.
«¡Una corona para mí!» le dijo.
La madre se la dió.

Rica, muy rica, parecióle al verla:
Diadema era imperial;
Mas faltaba en su círculo una perla
Para lucir cabal. —

«Abrid vuestro tesoro soberano,
Y haced completo el don.
— Escoge entre mis joyas por tu mano,
Segun tu corazon.»

Solícito el Amor, libre de venda,
Volaba por allí.
«Mira (le dijo al Príncipe) la prenda
Guardada para tí.»

Puso en la margarita de Granada
Su dedo blando Amor,
Y en la insignia del César engastada,
La realzó en valor. —

«¿Es (me decís) tu narracion amena
Fábula de otra edad?
— Es (con robusta voz responde el Sena)
Magnífica verdad.»

Esas dos palmas ved, que á gran distancia
Juntan sus ramos hoy.
A Granada escuchad: «Trono de Francia,
Emperatriz te doy.»

Aun la flecha de Amor hace atrevida
Conquistas al poder,
Aun se ve repetir ennoblecida
La exaltacion de Ester.

Eras, *Eugenia*, tú dulce ornamento
De tu natal país;
Ya resplandeces donde tuvo asiento
La madre de San Luis.

Por ella el cielo próvido te mande
La luz de su favor:
Deuda en el solio contrajiste grande;
Tu espíritu es mayor.

Haz de satisfacerla empeño y gala:
Digno es de tí ese afan;
A tu hermosura tu virtud iguala;
Tu sangre es de Guzman.

Sangre del que en Tarifa puso freno
Al sitiador cruel.
Timbre glorioso mereció de *Bueno*:
Sé su heredera en él.

A entrambos mundos con asombro tienes
Mirándote los dos. —
¡Flor del suelo andaluz!... ¡Mi lparabienes!
¡Emperatriz!... Adios.

Cuando suene, de Francia bendecido,
Tu nombre en ecos mil,
No sentiremos el haber perdido
La perla del Genil.

Febrero de 1853.

ANTON BERRIO,

POETA DE LA CORTE DE JUAN II. DE CASTILLA,

AL MUY EXCELENTE SCRIPTOR

DON MANUEL JOSEF QUINTANA.

Onorate l'altissimo poeta.

Señor, mucho amado, mio:
Dé convusco en hora buena
La trova que vos envío
Yo el coplero Anton Berrío,
Compadre de Joan Baena.

Del vueso coronamiento
Fízosenos relacion,
E saltamos de contento
Nos, é fasta el fundamiento
D'aquesta elisia region.

E segund prístina usanza,
Solenidad fué dispuesta
Súbito en vuestra alabanza,
E tócame aquí en la danza
Ser el yoglar de la fiesta.

Cierto cuento asaz galano
Romanzar por ende quiero,
D'un pastorcico insulano
E un sculpidor palanciano,
Muy sotil imaginero.

El pastor Andres Llorente,
Que es subjeto de la frasi,
Vivia entre pobre gente
En la Insula Escura, casi
Fuera del mundo yaciente.

Los insulanos Escuros
Alzaron una capiella
De flacos é humildes muros,
Do plañir en sus apuros
A la Madre sin manciella.

Un bulto labrarse hia
De Doña Vírgen María:
Non hí habiendo entallador,
Juró que el bulto faria
Nueso Llorente el pastor.

Omne era d'engeño noto;
Mas nunca estrumentos viera
Del arte cinceladera,
E con un cuchillo boto
Decentaba la madera.

Fué asin, que el tallado leño
Tosquilla sacó la faz
Del santo, fermoso Dueño;
Mas tod' el vulgo insuleño
Contentóse dél asaz.

E vedes, por aventura,
Que aporta en la Insula Escura
Bajel que aventó é lievol
Fasta allí tormenta dura,
De tierras de claro sol.

En la nao derrotada
Un entallador veníe
De maestría muy sonada,
E una imágen hí traíe
De la sola Inmaculada.

Pasmóse cada insular,
E la efigie, decernieron
Ser maravilla sin par,
Fuéras ende que quisieron
Ver al maestro labrar.

El sacó formon é gubia
E lima de recorrer
Fasta el hoyuelo postrer,
Pintura azul, blanca é rubia,
E todo su menester.

E trasteando con ello,
E dejando á todos vello,
Dijo el Maese á la fin:
«Con aquesto faz aquello
Quien sabe facerlo asin.»

Un lenguaraz le arguyó
(Ca de malandrines tales
Nadie en la vida escapó):
«Con estrumentos iguales
Ficiera otro tanto yo.»

«Non ficieras, mal tu grado,
Respuso el pastor honrado,
E nada tu dicho val:
Con fierro bien aguzado
Mano torpe labra mal.»

«Yo adelgacé cuanto pud;
Mas mi obra non es de prez;
De la d'este no hay quien dud:
Fuera pues ingratitud
Non le dar lo que merez.»

«Con rico lauro de honor
Premien al entallador,
E digan los sabidores:
«Si este usó medios mejores,
Fizo tambien lo mejor.»

Tal ha judgado de tí,
Perínclito, buen *Quintana*,
La poetal familia hispana,
Que leda conmora aquí,
Libre d'aficion mundana.

Hobo ántes del tu nascer
Poetas de grand valer;
Mas poco antaño prestaba
Voz que tartamudeaba
Con pequeñuelo saber.

Fabla é dotrina mejor,
Aun en edad posterior,
Alzó mas la poetría;
Fincaba empero vacía
La siella de mas altor.

Tú fuiste á sazon venido
Para ser enaltecido
Rey del castellano metro:
Mil corrieran tras tu cetro;
El s'es á tus manos ido.

Ca tú, superno Cantor,
Sublimaste cual ningun
Virtud é sciencia é valor,
E tierno gemiste aun
Trances de mortal dolor.

Tú al toledano Moises,
Tú al español Abrahan,
Tú al campeon burgales
Luz diste con que despues
Fulgir eternales han;

Tú al que en Villalar cayera,
Suerte derrocando fiera
Su generoso pendon,
Trocaste en laude honradera
El malsinante padron.

Tú el mar pintaste furente,
Tú la blanda fermosura;
Grande tu cor é tu mente,
Loaste cuanto ha excelente
El omne é l'alma Natura.

Noblescidos en tus cantos
Grandes fechos é quebrantos,
El feliz é non feliz,
De las coronas de tantos
Una para tí se fiz.

Luengos años de alegranza
Goces esa bienandanza
Que al tu mérito convien,
E troven en tu membranza
Omnes, é damas tambien.

Vítores de alegre afan
Te envían de nueso albergue
Pelayo, el Cid é Guzman,
E con Lauria é Gutembergue
El privado de don Joan.

E tod' un pueblo en tropel,
De Pirene á Lusitaña,
Glorifique ese laurel
Que te da en nombre d'España
La magnánima *Isabel.*

Marzo de 1855.

EN EL NACIMIENTO DEL PRINCIPE IMPERIAL DE FRANCIA,

EPISTOLA AL Exmo. Sr. D. SALUSTIANO DE OLOZAGA.

Llegó la nueva: rápida volando,
Menajera feliz, el aire cruza
La Fama, cuya voz pujante llena
Los valles anchos y las hondas grutas.

Francia á la hermosa *Emperatriz,* que el suelo
Granadino le dió, *madre* saluda.
Hierve en gozo Paris; desde sus muros
Me manda la amistad.... Tomo la pluma.

Deja, Salustio, que obsequiosos cerquen
Egregios vates la Cesárea cuna:
Disonaria de sus arpas de oro
La de tu amigo, destemplada y ruda.

Benignas otro tiempo visitaban
Este humilde rincon plácidas musas;
La paz de mi retiro las atrajo;
Las apartó de mí la desventura.

Falta aquí el ángel del consuelo mio;
Llora una madre aquí; no ven la suya,
Y la llaman á gritos, y no viene,
Tres desafortunadas criaturas.

Partió con ellas de Madrid, contaba
Tornar con ellas.... ¡Esperanza ilusa!
Con traje de orfandad los tres volvieron;
No volverá la que á los tres enluta.

Casi á la hora que por vez primera
Se oyó nombrar á la *Consorte Augusta*,
Del placentero títúlo adornada,
Gloria y dulce temor de la hermosura;

A las trémulas manos de otra madre,
Revueltas en monton, llegaban juntas
Prendas que fueron juveniles galas,
Despojos ya que desechó la tumba.

No me es dable cantar: piadoso el tiempo
Reprime el llanto y el pesar endulza;
Para la triste esposa de tu amigo
Mas crece con el tiempo la amargura.

No me es dado cantar. Estos borrones
Destinados á tí, guarda y oculta:
Parabienes Eugenia escuche gratos,
No quejas de dolor inoportunas.

Tú, cuya voz tan elocuente fluye
En el trato social y en la tribuna,
Y á la *Madre* feliz de *César* nuevo
Sus dichas puedes anunciar futuras;

Aprovecha el instante en que sus ojos,
Bellos como la luz que nos alumbra,
Los horizontes penetrar queriendo,
Miren á España con filial ternura;

Y díle entónces que si Francia en ella
Las esperanzas de su dicha funda,
Españoles tambien por ella al cielo
Votos dirigen de la fe mas pura.

¡Logre ese *Niño*, que entre palmas nace,
Ganar aquella que jamas caduca!
La de regir su generoso pueblo
Con ley de paz y amor próvida y justa.

Padece aun su combatida Patria
De heridas viejas de azarosa lucha:
Llegue su mano allí, y al blando toque
Lesion no quede ni señal ninguna.

En la remota orilla del Euxino
Cuyos escollos baten furibundas
Hinchadas olas que al chocar bramando
Su enojo escupen en hirviente espuma;

Allí á la Paz en lóbrega caverna
Con hierros en los piés Marte sepulta:
Cautiva lanza lastimeros ayes,
Y el fragor de la mar los traga y burla.

Gruesos cañones de contrarias huestes
Sobre la inmensa cárcel se sitúan,
Y del rimbombe horrible de sus rayos
El tormentoso piélago murmura.

Los férreos globos, que de entrambas partes
El polvo estallador ardiendo empuja,
Siembran la destruccion, llevan la muerte
Do quier que llega su potente furia.

De las entrañas de la tierra salta
Volcan labrado por fatal industria,
Que armas y combatientes y defensas
Arroja por las diáfanas alturas.

Cada postrer suspiro del soldado,
Víctima allí de su infeliz fortuna,
Cuesta, sonando en el hogar paterno,
Mísero lloro, devorante angustia.

Tenga ese azote fin. Cuando á la tierra,
Mal de las aguas del Diluvio enjuta,
Salir dudaba la familia indemne,
Generadora de la edad segunda,

Blanca paloma con el ramo vino,
De perdurable paz señal segura:
Traiga el *Hijo de Luis* la oliva santa
Que á un diluvio de mal término anuncia.

Esto dirás á la *Guzmana Madre*,
Que electa del Señor, planta fecunda,
Vea en torno de sí ricos renuevos
Donde amor sus encantos reproduzca.

Esto dirás en el lenguaje noble
Que presta á la verdad gala y dulzura:
Para plácemes tiernos hoy inhábil,
Agria mi voz al corazon calumnia.

Siglos un español faustos desea,
Gloria sin fin á la progenie augura
Napoleon-Guzman.... — ¡Oh dos de Mayo!
Dios no permitirá que vuelvas nunca.

Marzo de 1856.

LA CASA DE LA MADRE.

A LOS SERENISIMOS SEÑORES INFANTES, DUQUE Y DUQUESA DE MONTPENSIER.

El sueño final dormia
Tendida en funérea caja
Con blanca y negra mortaja
La jóven madre María. [1]

Y, hallando el acceso franco
Un niño en la sala entró,
Y muerta á su madre vió,
Vestida de negro y blanco.

Miró el niño el cuerpo inerte
Con infantil impiedad:
Estaba en la tierna edad
Que aun ignora que haya muerte;

[1] Esta composicion fué escrita en justo elogio de los Señores Infantes Duque y Duquesa de Montpensier, con motivo de haber reedificado en las inmediaciones de Sevilla el antiguo santuario de N^{a}. S^{ra}. de Valme. El autor alude en estos versos á su madre D^{a}. María Josefa Martinez Calleja, que falleció en Madrid á los 22 años. El solar de la casa donde nació D^{a}. María Martinez fué convertido en huerta por los años de 1811; y caidas sus paredes, hechas de escombros, es hoy tierra de sembradura.

Mas causáronle estupor
Aquellas manos en cruz,
Y aquel traje, y tanta luz
De su madre en derredor.

Le alzó en brazos por detras
Un mancebo con cariño:
Sacaron de casa al niño,
Y á su madre no vió mas.

En un templo cierto dia
Dar vió reverente culto
A un triste y hermoso bulto,
Que blanco y negro vestia.

Cercábanle ardientes cirios;
Las manos le vió cruzadas,
Y en el pecho siete espadas,
Indicando sus martirios.

«¡Mirad á mi madre allí!»
El niño al punto exclamó.
Un jóven le dijo: «No.»
Le dijo una anciana: «¡Sí!

Lo es tuya de varios modos
María, que allí se ve.
— María mi madre fué.
— María es madre de todos.»

Juntó con piadoso error
El niño (y hombre las junta)
La madre que vió difunta
Con la Madre del Señor.

Y dulce interes despierta
Oirle en voz conmovida:
«Primer recuerdo en mi vida
Fué ver á mi madre muerta.»

«Veloz el tiempo corrió:
Si el bien alcanzo que anhelo,
Veré á mi madre en el cielo,
Jóven ella, viejo yo.»

A jóven no era llegado,
Y unas flores vió arrancar
De tierra que fué solar
De humilde albergue arruinado.

Y un hombre dijo sombrío,
Suspendiendo su labor:
«Donde esta campestre flor,
Nació tu madre, hijo mio.»

«La casa materna, altar
Debe para el hijo ser:
¡Feliz, si viene á caer,
Quien la puede levantar!»

Por mas que al hijo desplace,
Poco el suelo poseyó
Donde su madre nació,
Nunca el suelo donde yace.

Al muro que el tiempo arrasa
Da tumba naturaleza:
Ni aun deja ver la maleza
Las ruinas de aquella casa.

Ruina era así la capilla
Que, depuesto el rudo almete,
Alzó sobre el Tagarete
El Rey que ganó á Sevilla.

Morada en tiempos mejores
Fué de la mística flor,
Que es Madre del Redentor
Y Madre de pecadores.

Ni el nombre mas venerando
Las iras del Tiempo ablanda;
Mas vió por tierra Fernanda
La fábrica de Fernando;

Y el digno Esposo la vió,
Que es de Príncipes ejemplo;
Y á la voz de entrambos, templo
La ruina resucitó.

¡Bien haya el amor filial
De la pareja querida,
Que alza la casa caida
De la Madre universal!

Aceptad la prediccion
De aquel hijo lastimado:
Por su boca os ha enviado
María su bendicion.

La obra de piedad que haceis,
En sí el galardon encierra:
Dad á Dios casa en la tierra,
Y en el cielo la tendréis.

27 de Setiembre de 1859.

ROMANCE

PARA EL ROMANCERO DE LA GUERRA DE AFRICA.

Lluvia de menudos plomos
Y espesa lluvia de hielo
Sobre las alas caian
Del ave reina del viento.
Dejara el águila el nido
Que labró en monte soberbio,
Cruzando el mar en defensa
De sus hijos en destierro.
Vencedora en el combate,
Y herida por defenderlos,
Fuerzas le pide al reposo
Para ir á lidiar de nuevo.
Enemigos aquilones
Plumas le arrancan al vuelo:
Ruedan por los campos unas,
Otras en el mar cayeron;
Y bajo el risco eminente
Que la abriga en tosco hueco,
Penachos en sangre tintos
Alfombran en torno el suelo.
Su graznido, aun desde allí,
Le infunde al milano miedo:
Con el dolor de la llaga
Recrece en ella el esfuerzo,
Y pronto al Africa vuelve
A desafiar á un tiempo
La barbarie de los hombres,
Las inclemencias del cielo.

Así, por difícil via,
Con mar borrascosa en medio,



Vienen y al Africa tornan
Los españoles guerreros.
Llama la patria al herido,
Y al sano la guerra luego:
Compañera de su viaje
Los va la muerte siguiendo.
Cobra en la batalla, y cobra
Tributo en bajel y en puerto:
¡Valieran los triunfos poco,
Si se ganaran con ménos!

Oid el clamor salvaje
De la hueste de Marruécos:
Ya sus espingardas truenan,
Ya sus caballos partieron.
Gime el valle al estallar
El volcan del cañoneo;
Cimbréanse en los collados
Los árboles corpulentos.
Los claros de cada fila
Se ven de repente llenos;
Por el cristiano caido
Pone otro soldado el pecho.
Furioso turbion de balas
Fulminan los agarenos;
Vidas acaban y vidas
Entre la gloria sin duelo.
Rocas parten lás bombardas,
Obra de andaluz maestro:
¡Qué harán, descreido Cam,
Con las carnes de tus nietos! —
¡Ahogais al dolor el grito
Con el de la lucha horrendo!
¡Fuertes peleais, y fuertes
Dais el suspiro postrero!
El Dios, cuyo altar ahí
Pisaron vuestros abuelos,
Las almas piadoso mire,
Que dejan con ira el cuerpo.

Cadáver hay africano,
Cuyos labios entreabiertos
Guardan con sonrisa fea
De brutal júbilo el sello.
Contaba el mísero iluso,
Soñó, deliró muriendo

Con el soez paraíso
De su profeta embustero.

En tanto en la hueste nuestra
Mano hábil y ardiente celo
Prestan reparo al destrozo
Que hacen el plomo y el hierro.
Tras las filas apretadas,
Muro palpitante, denso,
De entre los piés del que lidia
Sacan al herido en peso.
De rodillas Esculapio
Fibras ata, y une huesos;
Desnuda tierra, harta de agua,
Tiene el doliente por lecho.
No era para España el Moro
Contrario bastante fiero;
Cruel en Africa el hombre,
Lo son mas los elementos.
«¡Victoria!» claman gozosos
Los héroes de Tajo y Ebro.
Contra la voz de alegría
Protesta envidioso el trueno.

Desátanse recias nubes
En copiosos aguaceros,
Que de las tiendas golpean
Con furia el tupido lienzo.
Fuera, penetrante frio,
Dolores y ahogo dentro,
Torrentes de lluvia arriba,
Y abajo balsas de cieno;
Soldado que en la batalla
Sacó lacerado un miembro,
Con todos paga el fiarlos
Al insalubre terreno.
Dan sus efluvios al aire
Desconocidos venenos;
Los cristianos los respiran,
Y al par la muerte con ellos.

Víctimas, que aun de la espada
No fuisteis cabal trofeo,
Salid en hombros amigos
De ese infausto campamento:
Ceuta, el mar, Málaga ofrecen
Aura que aspirar sin riesgo.

¿Quién de ese mal los estragos
No vió ya bajo su techo?
¿Quién hay que por él no llore
Madre, hijo, consorte ó deudo?
El monstruo horrible del Gánges,
De humana sangre sediento,
Con mayor ánsia apetece
La sangre del europeo.

Ya un cordon interminable
De hombres y acémilas veo,
Que por la playa arenosa
Caminan con paso lento.
Tristes compañeros guardan
A sus tristes compañeros;
Cien tumbas de prisa abiertas
Mostrarán por donde fueron.
Henchidos los hospitales,
Ceuta hace hospital el templo:
Cruzan el piélago quillas
Con dolientes cargamentos.
¡Valor! Valor! Ved los altos
Chapiteles malagueños:
Esperad: es la esperanza
La mitad ya del remedio.
Vítores y bendiciones
En ruidoso clamoreo
Las andas humildes cercan
De los triunfantes enfermos;
Y el soldado, que angustioso
Doblaba el lánguido cuello,
Revive y se alza al oir
La voz del amor del pueblo.
Tiernos brazos femeniles,
Que hábito recata honesto,
Posan en huecos vellones
Al desvalido viajero.
La Ciencia y la Caridad
Auxilio le dan y aliento;
Blando aire la Madre Patria
Le hace con el manto regio;
Y afable y majestüosa
Las estancias recorriendo,
Reparte la Religion
Las palmas del sufrimiento.

Casta vírgen, tú, que pasas
La noche y el dia entero,

Vigilante cuidadora
Del que ve el sepulcro abierto,
Díme de tantos dolientes
Que hallaron en tí consuelo,
Quién sufre mas, en quién es
Mas grande el merecimiento.
¿Donde está el héroe cristiano,
De resignacion modelo,
Que el valor santo del mártir
Añade al marcial denuedo?
Nómbrale pues, ora ocupe
Grado ilustre ó pobre puesto.
Siempre es alta la virtud:
Honor merece y respeto,
Lo mismo en noble adalid
Que en combatiente plebeyo,
Y que en tí, y en los ministros
De la ciencia y del Eterno,
Que impávidos arrostrais
Las epidemias y el hierro.

LA HERMANA DE LA CARIDAD.

Yo de rodillas pedí
El hábito en que me miras,
Previendo ya que sus iras
La peste probara en mí.
A buscarla vine aquí;
Riesgo mi vida corrió;
Pero en nada engrandeció
Eso mi sagrado ser:
Cumpliendo estaba un deber,
Y ese me le impuse yo.

El ministro del altar,
Con impulso ígual al mio,
Fué por su libre albedrío
Con los que van á lidiar.
Como él, el sabio en curar
Al campo marchó tambien:
Coronas condignas den
A su virtud y valor;
Mas hay corona mayor
Guardada para otra sien.

El capitan valeroso
Que alcanza insigne victoria,
Voluntario de la gloria
Siguió su estandarte hermoso.

Laurel ciña esplendoroso
De gratitud nacional,
Y con aplauso inmortal
Su nombre entre todos ande:
Aun hay corona mas grande
Guardada en este hospital.

Mira allí, entre aquellas dos,
Que son la Ciencia y la Fe,
Aquel jóven que se ve
Pronto á dar el alma á Dios.
No fué de la gloria en pos
Por ver un lauro en sus sienes:
Pasaba, pobre de bienes,
Los verdes años fugaces;
Dijo España: «Falta me haces;»
El repuso: «Aquí me tienes.»

Le hirieron hijos de Agar
Con rabia y feroz delirio;
Por Dios padeció martirio,
Y El le viene á coronar.
Oyele el nombre invocar
Del que es de justicia Sol...
¡Mira en divino arrebol
Su rostro mortal bañado!...

LA POETA.

¿Quién es ese hombre?

LA HERMANA DE LA CARIDAD.

¡Un soldado
Del ejército español!

Velés, 3 de Marzo de 1860.

LAS TRES BELLEZAS.

VERSOS PARA LA PRIMERA DISTRIBUCION DE PREMIOS A LA VIRTUD, CELEBRADA EN MADRID.

Dijo en el Pindo un pastor
A las hermosas de allí:
«Bellezas, venid á mí;
Quiero cantar la mayor.»

Tres solas fueron al juez
Por la vega ancha florida:
La competencia del Ida
Principió segunda vez.

Llegársele, ya intranquilo,
Vió el pastor á la primera:
Tesoro de encantos era,
Viviente Vénus de Milo.

Naturaleza, empeñada
En su mas difícil obra,
Cien gracias le dió de sobra,
La del pudor no sobrada.

Ella, el ligero cendal
De los hombros derribando,
«Soy (dijo con eco blando)
La belleza corporal.»

«De amor, al verte, se inunda
(Repuso el juez) valle y monte:
Ven, y á mi derecha ponte;
Llega la beldad segunda.»

Con laurel se coronaba,
Y un sol en su frente ardia:
La primera seducia,
La segunda arrebataba.

«Hija del Númen Ismenio
(Prorumpió), su lauro doy.
Cántame sola: yo soy
La Belleza del ingenio.»

Sintió el pastor dentro en sí
Fuego inspirador. — «¡Oh! ven,
Ponte á mi diestra. Mas ¿quién
Viene al certámen tras tí?»

Con tímido paso lento
Caminaba la postrera,
Como si allí la trajera
Resistido mandamiento,

Y no avezada á salir
Nunca de su pobre hogar,
Quisiera el valle cruzar,
Excusando el competir.

La envolvian hasta el suelo
Pliegues de un manto de lino:
Rasgos de rostro divino
Dejaba entrever el velo;

Y de su andar al rumor,
Entre las auras movidas,
Arpa y flores escondidas
Música daban y olor,

Que la razon natural
Creia, sin mas aviso,
Fragancia de Paraíso
Y ecos de arpa celestial.

«Tú eres la beldad sin tilde
(Clamó el pastor): alza el manto.»
Bajos los ojos en tanto,
Callaba la hermosa humilde.

Tras un momento de calma,
Dijo en los aires expresa
La voz de un arcángel: «Esa
Es la Belleza del alma.

«Con viva solicitud
Conságrale ofrenda pura:
No hay en el mundo hermosura
Mas grande que la virtud.»

Asió el pastor anhelante
Del velo á la hermosa en vano:
Con él se quedó en la mano,
Con blanca niebla delante.

Y en las célicas regiones
La voz añadió: «Mortal,
De la Belleza moral
Se juzga por las acciones.»

Y la niebla se aclaró,
Y, en el fondo de un verjel,
España, la de *Isabel*
Al zagal apareció.

Con su corazon á solas,
Que ardor patriótico inflama,
Vió pasar en panorama
Cien virtudes españolas.

El silencio en que han yacido
Su alto valor constituye:
Son el Guadiana, que fluye
Bajo la tierra sin ruido.

El heroismo tal vez
Mas digno de admiracion
Queda oculto en un rincon
Sin testigos y sin juez.

Mas viva en tiniebla densa
Quien el bien haciendo vive:
Lo sabe quien lo recibe,
Y Dios que lo recompensa.

Vió el pastor en su lugar
Lo que hoy nuestros ojos ven.
Ya quiere España tambien
La virtud recompensar.

Allí del falaz Apolo
Arroja el cantor la lira:
Ya mente y labios le inspira
Puro sentimiento solo.

El quiso dar un laurel
Y hay ciento aquí prevenidos:
Oigamos con sus oidos,
Viendo y sintiendo con él.

La virtud se ofenderia
Si en épica voz se oyera:
Su gala es ser verdadera,
Y el rubor su poesía.

Contemplad ¡cuán á deshora
Esa doncella trabaja,
Entre luz trémula y baja
Y el rosicler de la aurora.

—«¿Cuándo al reposo te entregas,
Josefa?[1] Va á amanecer.»
—«¡Ay! tengo que mantener
Mi madre y mi hermana ciegas.»

—«Amalia[2], dáme tu mano;
Tu amor con tu mano pido.»
—«Son de mi padre impedido,
Mi anciana madre y mi hermano.»

—«En este claustro hallarán
Fin tus anhelos, María[3].»
—«Mi ama se quedaria,
Si yo la dejo, sin pan.

«Inseparables las dos,
De aquel propósito cedo:
Sierva del mundo me quedo
Por el servicio de Dios.»

—«Niño[4], por fin te curé;
Mas tienes que abandonar
Tu ejercicio militar.»
—«Mi madre pierde mi pré.»

Mirad esa, á quien dejó
La razon sin un destello,
Feroz agarrarse al cuello
De aquella de quien nació.[5]

Persigue con furia igual
A su hermana[6] otra demente.
«¡Afuera! grita la gente.
Los locos á su hospital.»

[1] Josefa Chasco.
[2] Doña Amalia Roman y Blanco.
[3] María Candelas Rubio.
[4] Patrocinio García, corneta de corta edad, herido en Africa.
[5] Doña Francisca de Diego.
[6] Doña Antonia Fuertes.

—«¡Mi hija! Mi hermana! Yo
La tendré léjos de mí,
Despues de mi muerte sí,
Durante mi vida no.

«Solo las fuerzas apoca
De mi larga resistencia
La lucha con la indigencia,
No el reluchar con la loca.»

Mas ¿qué desgraciado clama?
Cuatro anegándose están:
Triunfantes bramando van
El Tajuña y el Jarama.

«Ya la ropa me desciño.
Animo! no hay que temer.»
¡Acudid á esa mujer
Que tiene en brazos un niño!

¡Envía, Dios que lo ves,
Libertador oportuno!
Para los dos hubo uno [1];
Para hijo y madre hubo tres [2].

De tu solio á manos llenas
Vierte, Señor, bendiciones
Sobre tantos corazones [3]
Con sangre santa en las venas.

No ha muerto aun, ya se ha visto
Con gozosa maravilla;
No ha muerto aun la semilla
Que echó en el Gólgota Cristo.

Poniendo á los vicios dique,
Premiando el ejemplo bueno,
Se hará que en el buen terreno
Mas la virtud fructifique.

Sociedad, que al bien caminas,
Cuando así le galardonas,
Valen mucho esas coronas
Que cubren otras de espinas.

[1] Esteban Hernandez, jornalero de Arganda.
[2] Juan Gascueña, Antonio Gigorro, y Juan Manuel Mayoral.
[3] Los de los dichos y demas premiados, cuyos nombres no caben aquí.

Régia mano las ciñó,
Y adquieren mas precio ya.
Feliz quien el premio da!
Bendito quien le ganó!

1861.

A CALDERON.

SONETO.

Con voz clamaste de pesar profundo,
Al contemplar la pequeñez humana:
«Sombra es la vida, como el sueño vana;
Y es fantástico bien el bien del mundo.»

Pero brillando tú claro y fecundo
Sol en los cercos de la escena hispana,
¿Cómo ilusion te pareció liviana
La fuerza de tu ingenio sin segundo?

Tú, desde el envidiado Manzanares
Al Arno, al Rhin y al Plata, mereciste
Respeto, admiracion, lauros y altares;

Y pues eterna vive tu memoria,
Con mas justa razon decir debiste:
«Sueño todo será; verdad mi gloria.»

A LA PREMATURA MUERTE DEL VIRTUOSO JOVEN EMINENTE Y ARTISTA

DON LEONARDO ALENZA.

SONETO.

Para el mortal, en cuya sien fulgura
Del genio creador la ardiente llama,
Tiene el mundo un laurel, clarin la fama,
Y mármoles y bronce la escultura.

Para premiar á la virtud oscura,
Flor que en la soledad su olor derrama,
Tiene el Padre comun su seno, que ama
Con inefable amor, que siempre dura.

Genio en tí, Alenza, con virtud se unia:
Consiguió tu pincel famoso hacerte:
Ya este mundo te dió cuanto podia.

Dios hoy te llama á su celeste gremio;
Pero es adelantársete la muerte
Anticipar á tu virtud el premio.

1845.

EN LA CORONA POETICA DEL S^R^. D. ALBERTO LISTA.

SONETO.

Yo era infeliz: contra mi suerte en vano
Luchaba sin cesar, ella vencia.
Los umbrales de Licio piso un dia:
Licio me tiende la benigna mano.

A la sagrada voz del vate anciano
El mal huyó de la morada mia,
Y sin ceño Melpómene y Talía
Me vieron en el Pindo castellano.

Licio no existe ya: corona santa
Cíñele Dios; la patria generosa
Hijo le llora, célebre le canta.

Y entre el aplauso y el dolor profundo,
Yo, Licio, grabo en tu modesta losa:
«Fuiste mi bienhechor: sépalo el mundo.»

1849.

LA CAMA DE MATRIMONIO.

¿Adónde va el carpintero
Con tanta madera al hombro?
— Tengo que hacer un tablado
De cama de matrimonio.
— ¿Quién se casa? – Florentina.
— Tú eres entónces el novio.
Mil enhorabuenas, Pedro.
— Mil gracias, amigo Alfonso.

¿Cómo te has hecho ese traje?
— Madre mia, no sé cómo.
Feo salió para boda;
Para mortaja es el propio.
— Rásgale, niña, ó deshazle.
— No, madre; ya no le toco.
Mala me siento hace dias:
Puede que me sirva pronto.

¿Qué trabajas, Pedro amigo,
Tan afanado y lloroso?
— Labro una cama sin piés,
La postrera que usan todos.
— ¿Quién ha muerto? — Florentina.
Por ella trabajo y lloro.
¡En ataúd se ha trocado
La cama de matrimonio!

18 de Mayo de 1854.

LOS AMANTES DE TERUEL,

DRAMA REFUNDIDO

EN CUATRO ACTOS EN VERSO Y PROSA.

PERSONAS.

JUAN DIEGO MARTINEZ GARCES DE MARCILLA ó MARSILLA.
ISABEL DE SEGURA.
DOÑA MARGARITA.
ZULIMA.
DON RODRIGO DE AZAGRA.
DON PEDRO DE SEGURA.
DON MARTIN GARCES DE MARSILLA.
TERESA.
ADEL.
OSMIN.

Soldados moros, cautivos, damas, caballeros. pajes, criados, criadas.

El primer acto pasa en Valencia, y los demas en Teruel. Año de 1217.

ACTO PRIMERO.

Dormitorio morisco en el alcázar de Valencia. A la derecha del espectador una cama, junto al proscenio; á la izquierda, una ventana con celosías y cortinajes. Puerta grande en el fondo y otras pequeñas á los lados.

ESCENA I.

ZULIMA, ADEL; JUAN DIEGO MARSILLA, adormecido en la cama: sobre ella un lienzo con letras de sangre.

ZULIMA.

No vuelve en sí.

ADEL.

Todavía
Tardará mucho en volver.

ZULIMA.

Fuerte el narcótico ha sido.

ADEL.

Poco há se lo administré. —
Dígnate de oir, señora,
La voz de un súbdito fiel,
Que orillas de un precipicio
Te ve colocar el pié.

ZULIMA.

Si disuadirme pretendes,
No te fatigues, Adel.
Partir de Valencia quiero,
Y hoy, hoy mismo partiré.

ADEL.

¿Con ese cautivo?

ZULIMA.

Tú
Me has de acompañar con él.

ADEL.

¿Así al esposo abandonas?
Un Amir, señora, un Rey!

ZULIMA.

Ese Rey, al ser mi esposo,
Me prometió no tener
Otra consorte que yo.
¿Lo ha cumplido? Ya lo ves.
A traerme una rival
Marchó de Valencia ayer.
Libre á la nueva sultana
Mi puesto le dejaré.

ADEL.

Considera...

ZULIMA.

Está resuelto.
El renegado Zaen,
El que aterra la comarca
De Albarracin y Teruel,
Llamado por mí ha venido,
Y tiene ya en su poder
Casi todo lo que yo
De mis padres heredé,
Que ès demas para vivir
Con opulencia los tres.
De la alcazaba saldremos
A poco de anochécer.

ADEL.

Y ese cautivo, señora,
¿Te ama? ¿Sabes tú quién es?

ZULIMA.

Es noble, es valiente, en una
Mazmorra iba á perecer
De enfermedad y de pena,
De frio, de hambre y de sed:
Yo le doy la libertad,
Riquezas, mi mano: ¿quién
Rehusa estos dones? ¡Oh!
Si ofendiera mi altivez
Con una repulsa, caro
Le costara su desden
Conmigo. Tiempo hace ya
Que este acero emponzoñé,
Furiosa contra mi aleve
Consorte Zeit Abenzeit:

Quien es capaz de vengarse
En el príncipe, tambien
Escarmentara al esclavo,
Como fuera menester.

ADEL.

¿Qué habrá escrito en ese lienzo
Con su sangre? Yo no sé
Leer en su idioma; pero
Puedo llamar á cualquier
Cautivo...

ZULIMA.

El nos lo dirá,
Yo se lo preguntaré.

ADEL.

¿No fuera mejor hablarle
Yo primero, tú despues?

ZULIMA.

Le voy á ocultar mi nombre:
Ser Zoraida fingiré,
Hija de Mervan.

ADEL.

¡Mervan!
¿Sabes que ese hombre sin ley
Conspira contra el Amir?

ZULIMA.

A él le toca defender
Su trono, en vez de ocuparse,
Contra la jurada fe,
En devaneos que un dia
Lugar á su ruina den.
Mas Ramiro no recobra
Los sentidos: buscaré
Un espíritu á propósito... (Vase.)

ESCENA II.

OSMIN, por una puerta lateral. — ADEL, MARSILLA.

OSMIN.

¿Se fué Zulima?

ADEL.

Se fué.
Tú nos habrás acechado.

OSMIN.

He cumplido mi deber.

Al ausentarse el Amir,
Con este encargo quedé.
Es mas cauto nuestro dueño
Que esa liviana mujer. —
El lienzo escrito con sangre,
¿Dónde está?

ADEL.

Allí. (Señalando la cama.)

OSMIN.

Venga.

ADEL.

Ten.

(Le da el lienzo y Osmin lee.)

Mira si es que dice, ya
Que tú lo sabes leer,
Dónde lo pudo escribir;
Porque en el encierro aquel
Apénas penetra nunca
Rayo de luz: verdad es
Que rotas esta mañana
Puerta y cadenas hallé:
Debió, despues de rómperlas,
El subterráneo correr,
Y hallando el lienzo...

OSMIN, asombrado de lo que ha leido.

¡Es posible!

ADEL.

¿Qué cosa?

OSMIN.

¡Oh, vasallo infiel!
Avisar al Rey es fuerza,
Y al pérfido sorprender.

ADEL.

¿Es este el pérfido? (Señalando á Marsilla.)

OSMIN.

No;
Ese noble aragones
Hoy el salvador será
De Valencia y de su Rey.

ADEL.

Zulima viene.

OSMIN.

Silencio
Con ella, y al punto ve
A buscarme. (Vase.)

ADEL.

Norabuena.
Así me harás la merced
De explicarme lo que pasa.

ESCENA III.

ZULIMA. — ADEL, MARSILLA.

ZULIMA.

Déjame sola.

ADEL.

Está bien. (Vase.)

ESCENA IV.

ZULIMA, MARSILLA.

ZULIMA.

Su pecho empieza á latir
Mas fuerte; así que perciba...
(Aplícale un pomito á la nariz.)

MARSILLA.

Ah!

ZULIMA.

Volvió.

MARSILLA, incorporándose.

¡Qué luz tan viva!
No la puedo resistir.

ZULIMA, corriendo las cortinas de la ventana.

De aquella horrible mansion
Está á las tinieblas hecho.

MARSILLA.

No es esto piedra, es un lecho.
¿Qué ha sido de mi prision?

ZULIMA.

Mira este albergue despacio,
Y abre el corazon al gozo.

MARSILLA.

¡Señora!... (Reparando en ella.)

ZULIMA.

Tu calabozo
Se ha convertido en palacio.

MARSILLA.

Dí (porque yo no me explico
Milagro tal), dí, ¿qué es esto?

ZULIMA.

Que eras esclavo, y que presto
Vas á verte libre y rico.

MARSILLA.

¡Libre! ¡Oh divina clemencia!
Y ¿á quién debo tal favor?

ZULIMA.

¿Quién puede hacerle mejor
Que la Reina de Valencia?
Zulima te proporciona
La sorpresa que te embarga
Dulcemente: ella me encarga
Que cuide de tu persona:
Y desde hoy ningun afan
Permitiré que te aflija.

MARSILLA.

¿Eres?...

ZULIMA.

Dama suya, hija
Del valeroso Mervan.

MARSILLA.

¿De Mervan? (Aparte. ¡Ah! ¡qué recuerdo!)
(Busca y recoge el lienzo.)

ZULIMA.

¿Qué buscas tan azorado?
¿Ese lienzo ensangrentado?

MARSILLA, aparte.

Si esta lo sabe, me pierdo.

ZULIMA.

¿Qué has escrito en él?

MARSILLA.

No va
Esto dirigido á tí;
Es para el Rey.

ZULIMA.

No está aquí.

MARSILLA.

Para la Reina será,
Haz pues que á mi bienhechora
Vea: por Dios te lo ruego.

ZULIMA.

Conocerás aquí luego
A la Reina tu señora.

MARSILLA.

¡Oh!...

ZULIMA.

No estés con inquietud.
Olvida todo pesar:
Trata solo de cobrar
El sosiego y la salud.

MARSILLA.

Defienda próvido el cielo
Y premie con altos dones
Los piadosos corazones
Que dan al triste consuelo.
Tendrá Zulima, tendrás
Tú siempre un cautivo en mí:
Hermoso es el bien por sí,
Pero en una hermosa, mas.
Ayer, hoy mismo, ¿cuál era
Mi suerte? Sumido en honda
Cárcel, estrecha y hedionda,
Sin luz, sin aire siquiera;
Envuelto en infecta nube
Que húmedo engendra el terreno;
Paja corrompida, cieno
Y piedras por cama tuve.
— Hoy... si no es esto soñar,
Torno á la luz, á la vida,
Y espero ver la florida
Márgen del Guadalaviar,
Allí donde alza Teruel,
Señoreando la altura,
Sus torres de piedra oscura
Que están mirándose en él.
No es lo mas que me redima
La noble princesa mora:
El bien que me hace, lo ignora
Aun la propia Zulima.

ZULIMA.

Ella siempre algun misterio
Supuso en tí, y así espera
Que me des noticia entera
De tu vida y cautiverio.
Una vez que en tu retiro
Las dos ocultas entrámos,
Te oímos... y sospechámos
Que no es tu nombre Ramiro.

MARSILLA.

Mi nombre es Diego Marsilla,
Y cuna Teruel me dió,
Pueblo que ayer se fundó
Y es hoy poderosa villa,
Cuyos muros, entre horrores
De lid atroz levantados,
Fueron con sangre amasados
De sus fuertes pobladores.
Yo creo que al darme ser
Quiso formar el Señor,
Modelos de puro amor,
Un hombre y una mujer,
Y para hacer la igualdad
De sus afectos cumplida,
Les dió un alma en dos partida,
Y dijo: Vivid y amad.
Al son de la voz creadora
Isabel y yo existímos,
Y ambos los ojos abrímos
En un dia y una hora.
Desde los años mas tiernos
Fuimos ya finos amantes;
Desde que nos vimos... ántes
Nos amábamos de vernos;
Porque el amor principió
A enardecer nuestras almas
Al contacto de las palmas
De Dios cuando nos crió;
Y así fué nuestro querer,
Prodigioso en niña y niño,
Encarnacion del cariño
Anticipado al nacer,
Seguir Isabel y yo,
Al triste mundo arribando,
Seguir con el cuerpo amando
Como el espíritu amó.

ZULIMA.

Inclinacion tan igual
Solo dichas pronostica.

MARSILLA.

Soy pobre, Isabel es rica.

ZULIMA, aparte.

(Respiro.)

MARSILLA.

Tuve un rival.

ZULIMA.

¿Sí?

MARSILLA.

Y opulento.

ZULIMA.

Y bien...

MARSILLA.

Hizo
Alarde de su riqueza...

ZULIMA.

¿Y qué? ¿rindió la firmeza
De Isabel?

MARSILLA.

Es poco hechizo
El oro para quien ama.
Su padre, sí, deslumbrado...

ZULIMA.

¿Tu amor dejó desairado,
Privándote de tu dama?

MARSILLA.

Le vi, mi pasion habló
Su fuerza exhalando toda,
Y, suspendida la boda,
Un plazo se me otorgó,
Para que mi esfuerzo activo
Juntara un caudal honrado.

ZULIMA.

¿Es ya el término pasado?

MARSILLA.

Señora, ya ves... aun vivo.
Seis años y una semana
Me dieron: los años ya
Se cumplen hoy; cumplirá
El primer dia mañana.

ZULIMA.

Sigue.

MARSILLA.

Un adios á la hermosa
Dí, que es de mis ojos luz,
Y combatí por la cruz
En las Navas de Tolosa.

Gané con brioso porte
Crédito allí de guerrero;
Luego, en Francia, prisionero
Caí del Conde Monforte.
Huí, y en Siria un frances
Albigense, refugiado,
A quien habia salvado
La vida junto á Besiés,
Me dejó, al morir, su herencia:
Volviendo con fama y oro
A España, pirata moro
Me apresó y trajo á Valencia.
Y en pena de que rompió
De mis cadenas el hierro
Mi mano, profundo encierro
En vida me sepultó,
Donde mi extraño custodio
Sin dejarse ver ni oir,
Me prolongaba el vivir,
O por piedad ó por odio.
De aquel horrendo lugar
Me sacais: bella mujer,
Sentir sé y agradecer:
Dí cómo podré pagar.

ZULIMA.

No borres de tu memoria
Tan debido ofrecimiento,
Y haz por escuchar atento
Cierta peregrina historia.
Un jóven aragones
Vino cautivo al serrallo:
Sus prendas y nombre callo;
Tú conocerás quién es.
Toda mujer se lastima
De ver padecer sonrojos
A un noble: puso los ojos
En el esclavo Zulima,
Y férvido amor en breve
Nació de la compasion:
Aquí es brasa el corazon;
Allá entre vosotros, nieve.
Quiso aquel jóven huir;
Fué desgraciado en su empeño:
Le prenden, y por su dueño
Es condenado á morir.
Pero en favor del cristiano
Velaba Zulima: ciega,

Loca, le salva; — mas, llega
A brindarle con su mano.
Respuesta es bien se le dé
En trance tan decisivo:
Habla tú por el cautivo;
Yo por la Reina hablaré.

MARSILLA.

Ni en desgracia ni en ventura
Cupo en mi lenguaje dolo.
Este corazon es solo
Para Isabel de Segura.

ZULIMA.

Medita, y concederás
Al tiempo lo que reclama.
¿Sabes tú si es fiel tu dama?
¿Sabes tú si la verás?

MARSILLA.

Me matara mi dolor,
Si fuera Isabel perjura:
Mi constancia me asegura
La firmeza de su amor.
Con espíritu gallardo,
Si quereis, daré mi vida:
Dada el alma y recibida,
Fiel al dueño se la guardo.

ZULIMA.

Mira que es poco prudente
Burlar á tu soberana,
Que tiene sangre africana,
Y ama y odia fácilmente.
Y si ella sabe que cuando
Yo su corazon te ofrezco,
Por ella el dolor padezco
De ver que le estás pisando;
Volverás á tus cadenas
Y á tu negro calabozo,
Y allí yo, con alborozo
Que mas encone tus penas,
La nueva te llevaré
De ser Isabel esposa.

MARSILLA.

Y en prision tan horrorosa
¿Cuántos dias viviré?

ZULIMA.

Rayo del cielo! el traidor
Cuanto fabrico derrumba:
Defendido con la tumba,
Se rie de mi furor.
Trocarás la risa en llanto.
Cautiva desde Teruel
Me han de traer á Isabel...

MARSILLA.

¿Quién eres tú para tanto?

ZULIMA.

Tiembla de mí.

MARSILLA.

Furia vana.

ZULIMA.

¡Insensato! La que ves,
No es hija de Mervan, es
Zulima.

MARSILLA.

¡Tú la Sultana!

ZULIMA.

La Reina.

MARSILLA.

Toma, con eso
(Dándole el lienzo ensangrentado.)
Correspondo á tu aficion:
Entrega sin dilacion
A hombre de valor y seso
El escrito que te doy.
Sálvete su diligencia.

ZULIMA.

¡Cómo! ¿Qué riesgo? ..

MARSILLA.

A Valencia
Tu esposo ha de llegar hoy;
Y en llegando, tú y él y otros
Al sedicioso puñal
Pereceis.

ZULIMA.

¿Qué desleal
Conspira contra nosotros?

MARSILLA.

Mervan, tu padre supuesto.
Si tu cólera no estalla,
Mi labio el secreto calla,
Y el fin os llega funesto.

ZULIMA.

¿Cómo tal conjuracion
Á tí?...

MARSILLA.

Frenético ayer,
La puerta pude romper
De mi encierro: la prision
Recorro, oigo hablar, atiendo...
— Junta de aleves impía
Era, Mervan presidia. —
Allí supe que volviendo
A este alcázar el Amir,
Trataban de asesinarle.
Resuélvome á no dejarle
Pérfidamente morir,
Y con roja tinta humana
Y un pincel de mi cabello
La trama en un lienzo sello,
Y el modo de hacerla vana.
Poner al siguiente dia
Pensaba el útil aviso
En la cesta que el preciso
Sustento me conducia.
Vencióme tenaz modorra,
Mas fuerte que mi cuidado:
Desperté maravillado,
Fuera ya de la mazmorra.
Junta pues tu guardia, pon
Aquí un acero, y que venga
Con todo el poder que tenga
Contra tí la rebelion.

ZULIMA.

Dé á la rebelion castigo
Quien tema por su poder;
No yo, que al anochecer
Huir pensaba contigo.
Poca gente, pero brava,
Que al marchar nos protegiera,
Sumisa mi voz espera
Escondida en la alcazaba.

Con ellos entre el rebato
Del tumulto, partiré;
Con ellos negociaré
Que me venguen de un ingrato.
Teme la cuchilla airada
De Zaen el bandolero;
Tiembla mas que de su acero,
De esta daga envenenada.
¡Ay del que mi amor trocó
En frenesí rencoroso!
¡Nunca espere ser dichoso
Quien de celos me mató!

MARSILLA.

¡Zulima!... ¡Señora!...

(Vase Zulima por la puerta del fondo y cierro por dentro.)

ESCENA V.

OSMIN. — MARSILLA.

OSMIN.

Baste
De plática sin provecho.
Al Rey un favor has hecho:
Acaba lo que empezaste.

MARSILLA.

¡Cómo! ¿tú?...

OSMIN.

El lienzo he leido
Que al Rey dirigiste: allí
Le ofreces tu brazo.

MARSILLA.

Sí,
Armas y riesgo le pido.

OSMIN.

Pues bien, dos tropas formadas
Con los cautivos están:
Serás el un capitan,
El otro Jaime Celladas.

MARSILLA.

¡Jaime está aquí! Es mi paisano,
Es mi amigo.

OSMIN.

Si hay combate,
Así tendrá su rescate

Cada cautivo en la mano.
Con ardimiento lidiad.

MARSILLA.

¿Quién, de libertad sediento,
No lidia con ardimiento
Al grito de libertad?

OSMIN.

Cuanto á Zulima...

MARSILLA.

Tambien
Libre ha de ser.

OSMIN.

No debiera;
Pero llévesela fuera
De nuestro reino Zaen.

ESCENA VI.

ADEL, SOLDADOS MOROS — MARSILLA, OSMIN.

ADEL.

Osmin, á palacio van
Turbas llegando en tumulto,
Y Zaen que estaba oculto,
Sale aclamando á Mervan.
Zulima nos ha vendido.

OSMIN.

Ya no hay perdon que le alcance.

MARSILLA.

Despues de correr el lance,
Se dispondrá del vencido.
Cuando rueda la corona
Entre la sangre y el fuego,
Primero se triunfa, luego...

OSMIN.

Se castiga.

MARSILLA.

Se perdona.

VOC. DENT.

¡Muera el tirano!

MARSILLA.

¡Mi espada!
¡Mi puesto!

OSMIN.

Ven, ven á él.
Guarda el torreon, Adel.

ADEL.

Ten tu acero. (Dásele á Marsilla.)

MARSILLA.

¡Arma anhelada!
¡Mi diestra te empuña ya!
Ella al triunfo te encamina.
Rayo fué de Palestina,
Rayo en Valencia será.

ACTO SEGUNDO.

Teruel — Sala en casa de Don Pedro Segura.

ESCENA I.

DON PEDRO, entrando en su casa; MARGARITA, ISABEL y TERESA, saliendo á recibirle.

MARGARITA.

¡Esposo! (Arrodillándose.)

ISABEL.

¡Padre! (Arrodillándose.)

TERESA.

¡Señor!

PEDRO.

¡Hija! Margarita! Alzad.

ISABEL.

Dadme á besar vuestra mano.

MARGARITA.

Déjame el suelo besar
Que pisas.

TERESA, á Margarita.

Vaya, señora,
Ya es vicio tanta humildad.

PEDRO.

Pedazos del corazon,
No es ese vuestro lugar.
Abrazadme. (Levanta y abraza á las dos.)

TERESA.

Así me gusta.
Y á mí luego.

PEDRO.

Ven acá,
Fiel Teresa.

TERESA.

Fiel y franca,
Tengo en ello vanidad.

PEDRO.

Ya he vuelto por fin.

MARGARITA.

Dios quiso
Mis plegarias escuchar.

PEDRO.

Gustoso á Monzon partí,
Comisionado especial
Para ofrecer á Don Jaime
Las tropas que alistará
Nuestra villa de Teruel
En defensa de la paz,
Que Don Sancho y Don Fernando
Nos quieren arrebatar:
Fué Don Rodrigo de Azagra,
Obsequioso y liberal,
Acompañándome al ir,
Y me acompaña al tornar;
Mas yo me acordaba siempre
De vosotras con afan.
Triste se quedó Isabel;
Mas triste la encuentro.

TERESA.

Ya.

MARGARITA.

¡Teresa!

ISABEL.

¡Padre!

PEDRO.

Hija mia,
Díme con sinceridad
Lo que ha pasado en mi ausencia.

TERESA.

Poco tiene que contar.

MARGARITA.

¡Teresa!

TERESA.

Digo bien. ¿Es
Por ventura novedad
Que Isabel suspire, y vos (á Margarita)
Receis, y ayuneis á pan
Y agua, y os andeis curando
Enfermos por caridad?
Es la vida que traeis,
Lo ménos, quince años há...

MARGARITA.

Basta.

TERESA.

Y hace seis cumplidos
Que no se ha visto asomar
En los labios de Isabel
Ni una sonrisa fugaz.

ISABEL, aparte.

(¡Ay, mi bien!)

TERESA.

En fin, señor,
Del pobrecillo Don Juan
Diego de Marsilla, nada
Se sabe.

MARGARITA.

Si no callais,
Venid conmigo.

TERESA.

Ir con vos
Fácil es; pero callar...

(Vanse Margarita y Teresa. Don Pedro se quita la espada y la pone sobre un bufete.)

ESCENA II.

DON PEDRO, ISABEL.

PEDRO.

Mucho me aflige, Isabel,
Tu pesadumbre tenaz;
Pero, por desgracia, yo
No la puedo remediar.

Esclavo de su palabra
Es el varon principal;
Tengo empeñada la mia,
La debo desempeñar.
En el honor de tu padre
No se vió mancha jamas:
Juventud honrada pide
Mas honrada ancianidad.

ISABEL.

No pretendo yo...

PEDRO.

Por otra
Parte, parece que están
De Dios ciertas cosas. Oye
Un lance bien singular,
Y dí si no tiene traza
De caso providencial.

ISABEL.

A ver.

PEDRO.

En Teruel vivió
(No sé si te acordarás)
Un tal Roger de Lizana,
Caballero catalan.

ISABEL.

¿El templario?

PEDRO.

Sí. Roger
Paraba en Monzon. Allá
Es voz que penas y culpas
De su libre mocedad
Trajéronle una dolencia
De espíritu y corporal,
Que vino á dejarle casi
Mudo, imbécil, incapaz.
Pacífico en su idiotez,
Permitíanle vagar
Libre por el pueblo. Un dia,
Sobre una dificultad
En mi encargo y sobre cómo
Se debiera de allanar,
Don Rodrigo y yo soltámos
Palabras de enemistad.
Marchóse enojado, y yo
Exclamé al verle marchar:

¿Ha de ser este hombre dueño
De lo que yo quiero mas?
Si la muerte puede sola
Mi palabra desatar,
Lléveme el Señor, y quede
Isabel en libertad.

ISABEL.

¡Oh padre!

PEDRO.

En esto, un empuje
Tremendo á la puerta dan,
Se abre, y con puñal en mano
Entra...

ISABEL.

¡Vírgen del Pilar!
¿Quién?

PEDRO.

Roger. Llégase á mí,
Y en voz pronunciada mal,
Uno (dijo) de los dos
La vida aquí dejará.

ISABEL.

¿Y qué hicisteis?

PEDRO.

Yo, pensando
Que bien pudiera quizas
Mi muerte impedir alguna
Mayor infelicidad,
Crucé los brazos, y quieto
Esperé el golpe mortal.

ISABEL.

¡Cielos! ¿Y Roger?

PEDRO.

Roger,
Parado al ver mi ademan,
En lugar de acometerme
Se fué retirando atras,
Mirándome de hito en hito,
Llena de terror la faz.
Asió con entrambas manos
El arma por la mitad,
Y señas distintas hizo
De querérmela entregar.
Yo no le atendí, guardando
Completa inmovilidad
Como ántes; y él, con los ojos

Fijos, y sin menear
Los párpados, balbuciente
Dijo: Matadme, salvad
En el hueco de mi tumba
Mi secreto criminal.

ISABEL.

¡Su secreto!

PEDRO.

En fin, de estarse
Tanto sin pestañear,
El, cuyos sentidos eran
La suma debilidad,
Se trastornó, cayó; dió
La guarnicion del puñal
En tierra, le fué la punta
Al corazon á parar
Al infeliz, y á mis plantas
Rindió el aliento vital.
Huí con espanto: Azagra,
Viniéndose á disculpar
Conmigo, me halló; le dije
Que no pisaba el umbral
De aquella casa en mi vida;
Y él, próvido y eficaz,
Avisó al Rey y mandó
El cadáver sepultar. —
Ya ves, hija: por no ir
Yo contra tu voluntad,
Por no cumplir mi palabra,
Quise dejarme matar,
Y Dios me guardó la vida:
Su decreto celestial
Es sin duda que esa boda
Se haga por fin... — y se hará,
Si en tres dias no parece
Tu preferido galan.

ISABEL, aparte.

(¡Ay de él y de mí!)

ESCENA III.

TERESA. — DON PEDRO, ISABEL.

TERESA.

Señor,
Acaba de preguntar
Por vos Don Martin, el padre
De Don Diego.

ISABEL, aparte.

(¿Si sabrá?...)

TERESA.

Como es enemigo vuestro,
Le he dejado en el zaguan.

PEDRO.

A enemigo noble se abren
Las puertas de par en par.
Que llegue. (Vase Teresa.) Vé con tu madre.

ISABEL, aparte.

(Ella á sus piés me verá
Llorando hasta que consiga
Vencer su severidad.) (Vase.)

ESCENA IV.

DON PEDRO.

Desafiados quedámos
Al tiempo de cabalgar
Yo para Monzon: el duelo
Llevar á cabo querrá.
Bien. — Pero él ha padecido
Una larga enfermedad.
Si no tiene el brazo firme,
Conmigo no lidiará.

ESCENA V.

DON MARTIN. – DON PEDRO.

MARTIN.

Don Pedro Segura, seais bien venido.

PEDRO.

Y vos, Don Martin Garcés de Marsilla,
Seais bien hallado: tomad una silla.
(Siéntase Don Martin miéntras Don Pedro va á tomar su espada.)

MARTIN.

Dejad vuestra espada.

PEDRO, sentándose.

Con pena he sabido
La grave dolencia que habeis padecido.

MARTIN.

Al fin me repuse del todo.

PEDRO.

No sé...

MARTIN.

Domingo Celladas...

PEDRO.

¡Fuerte hombre es, á fe!

MARTIN.

Pues aun á la barra le gano el partido.

PEDRO.

Así os quiero yo. Desde hoy, elegid
Al duelo aplazado seguro lugar.

MARTIN.

Don Pedro, yo os tengo primero que hablar.

PEDRO.

Hablad en buen hora: ya escucho. Decid.

MARTIN.

Causó nuestra riña...

PEDRO.

La causa omitid:
Sabémosla entrambos. Por vos se me dijo
Que soy un avaro, y os privo de un hijo.
De honor es la ofensa, precisa la lid.

MARTIN.

¿Teneisme por hombre de aliento?

PEDRO.

Sí tal.
Si no lo creyera, con vos no lidiara.

MARTIN.

Jamas al peligro le vuelvo la cara.

PEDRO.

Sí, nuestro combate puede ser igual.

MARTIN.

Será por lo mismo...

PEDRO.

Sangriento, mortal.
Ha de perecer uno de los dos.

MARTIN.

Oid un suceso feliz para vos...
Feliz para entrambos.

PEDRO.

Decídmele. ¿Cuál?

MARTIN.

Tres meses hará que en lecho de duelo
Me puso la mano que todo lo guia.
Del riesgo asustada la familia mia,
Quiso en vuestra esposa buscar su consuelo.
Con tino infalible, con próvido celo
Salud en la villa benéfica vierte,
Y enfermo en que airada se ceba la muerte,
Le salva su mano, bendita del cielo.
Con vos irritado, no quise atender
Al dulce consejo de amante inquietud.
No cobre (decia) jamas la salud,
Si mano enemiga la debe traer.
Mayor mi teson á mas padecer,
La muerte en mi alcoba plantó su bandera.
Por fin una noche... ¡Qué noche tan fiera!
Blasfemo el dolor hacíame ser;
Pedia una daga con furia tenaz,
Rasgar anhelando con ella mi pecho...
En esto á mis puertas, y luego á mi lecho,
Llegó un peregrino, cubierta la faz.
Angel parecia de salud y paz...
Me habla, me consuela; benigno licor
Al labio me pone; me alivia el dolor,
Y parte, y no quiere quitarse el disfraz.
La noche que tuve su postrer visita,
Ya restablecido, sus pasos seguí.
Cruzó varias calles, viniendo hácia aquí,
Y entró en esa ruina de gótica ermita,
Que á vuestros jardines términos limita.
Detúvele entónces: el velo cayó,
Radiante la luna su rostro alumbró...
Era vuestra esposa.

PEDRO.

¡Era Margarita!

MARTIN.

Confuso un momento, cobréme despues,
Y vióme postrado la noble señora.
— Con tal beneficio, no cabe que ahora
Provoque mi mano sangriento reves.
Don Pedro Segura, decid á quién es
Deudor este padre de verse con vida,
Que está la contienda por mí fenecida.
Tomad este acero, ponedle á sus piés.
(Da su espada á Don Pedro, que la coloca en el bufete.)

PEDRO.

¡Feliz yo, que logro el duelo excusar
Con vos, por motivo que es tan lisonjero!
Si pronto me hallasteis, por ser caballero,
Cuidado me daba el ir á lidiar.
Con tal compañera, ¿quién no ha de arriesgar
Con susto la vida que lleva, dichosa?
Ella me será desde hoy mas preciosa,
Si ya vuestro amigo quereisme llamar.

MARTIN.

Amigos seremos. (Danse las manos.)

PEDRO.

Siempre.

MARTIN.

Siempre, sí.

PEDRO.

¿Y al cabo, qué nuevas teneis de Don Diego?
En hora menguada, vencido del ruego
De Azagra, la triste palabra le di.
Si ántes vuestro hijo se dirige á mí,
¡Cuánto ambas familias se ahorran de llanto!
No lo quiso Dios.

MARTIN.

Yo su nombre santo
Bendigo; mas lloro por lo que perdí.

PEDRO.

Pero ¿qué?...

MARTIN.

Despues de la de Maurel,
Donde cayó en manos del Conde Simon,
De nadie consigo señal ni razon,
Por mas que anhelante pregunto por él.
Cada dia al cielo con súplica fiel
Pido que me diga qué punto en la tierra
Sostiénele vivo, ó muerto le encierra:
Mundo y cielo guardan silencio cruel.

PEDRO.

El plazo otorgado dura todavía.
Un hora, un instante le basta al Eterno:
Y mucho me holgara si fuera mi yerno
Quien á mi Isabel tan fino queria.
Pero si no viene, y cúmplese el dia,
Y llega la hora... por mas que me pesa,
Me tiene sujeto sagrada promesa:
Si fuera posible, no la cumpliria.

MARTIN.

Diligencia escasa, fortuna severa
Parece que en suerte á mi sangre cupo:
Quien á la desgracia sujetar no supo,
Sufrido se muestre cuando ella le hiera.
A Dios.

PEDRO.

No han de veros de aquesa manera.
Yo quiero esta espada; la mia tomad (Dásela.)
En prenda segura de fiel amistad.

MARTIN.

Acepto: un monarca llevarla pudiera.
(Vase Don Martin, y Don Pedro le acompaña.)

ESCENA VI.

MARGARITA, ISABEL.

MARGARITA, aparte, siguiendo con la vista á los dos que se retiran.

(Aunque nada les oí,
Deben estar ya los dos
Reconciliados.)

ISABEL, que viene tras su madre.

Por Dios,
Madre, haced caso de mí.

MARGARITA.

No, que es repugnancia loca
La que mostrais á un enlace,
Que de seguro nos hace
Á todos merced no poca.
Noble sois; pero mirad
Que quien su amor os consagra
Es Don Rodrigo de Azagra,
Que goza mas calidad,
Mas bienes: en Aragon
Le acatan propios y ajenos,
Y muestra, con vos al ménos,
Apacible condicion.

ISABEL.

Vengativo y orgulloso
Es lo que me ha parecido.

MARGARITA.

Vuestro padre le ha creido
Digno de ser vuestro esposo.

Prendarse de quien le cuadre
No es lícito á una doncella,
Ni hay mas voluntad en ella
Que la que tenga su padre.
Hoy dia, Isabel, así
Se conciertan nuestras bodas:
Así nos casan á todas,
Y así me han casado á mí.

ISABEL.

¿No hay á los tormentos mios
Otro consuelo que dar?

MARGARITA.

No me teneis que mentar
Vuestros locos amoríos.
Yo por delirios no abogo.
Idos.

ISABEL.

En vano esperé. (Sollozando al retirarse.)

MARGARITA.

¡Qué! ¿llorais?

ISABEL.

Aun no me fué
Vedado este desahogo.

MARGARITA.

Isabel, si no os escucho,
No me acuseis de rigor.
Comprendo vuestro dolor
Y le compadezco mucho;
Pero, hija... cuatro años há
Que á nadie Marsilla escribe.
Si ha muerto...

ISABEL.

¡No, madre, vive!...
¡Pero cómo vivirá!
Tal vez, llorando, en Sion
Arrastra por mí cadenas,
quizá gime en las arenas
De la líbica region.
Con aviso tan funesto
No habrá querido afligirme.
Yo trato de persuadirme,
Y sin cesar pienso en esto.
Yo me propuse aprender
A olvidarle, sospechando
Que infiel estaba gozando
Caricias de otra mujer.

Yo escuché de su rival
Los acentos desabridos,
Y logré de mis oidos
Que no me sonaran mal.
Pero ¡ay! cuando la razon
Iba á proclamarse ufana
Vencedora soberana
De la rebelde pasion,
Al recordar la memoria
Un suspiro de mi ausente,
Se arruinaba de repente
La fortaleza ilusoria,
Y con ímpetu mayor,
Tras el combate perdido,
Se entraba por mi sentido
A sangre y fuego el amor.
Yo entónces á la virtud
Nombre daba de falsía,
Rabioso llanto vertia,
Y hundirme en el ataúd
Juraba en mi frenesí
Antes que rendirme al yugo
De ese hombre, fatal verdugo,
Genio infernal para mí.

MARGARITA.

Por Dios, por Dios, Isabel,
Moderad ese delirio:
Vos no sabeis el martirio
Que me haceis pasar con él.

ISABEL.

¡Qué! ¿mi audacia os maravilla?
Pero estando ya tan lleno
El corazon de veneno,
Fuerza es que rompa su orilla.
No á vos, á la piedra inerte
De esa muralla desnuda,
A esa bóveda que muda
Oyó mi queja de muerte,
A este suelo donde mella
Pudo hacer el llanto mio,
A no ser tan duro y frio
Como alguno que le huella,
Para testigos invoco
De mi doloroso afan;
Que, si alivio no le dan,
No les ofende tampoco.

MARGARITA.

¿Quién con ánimo sereno
La oyera? — El dolor mitiga;
De una madre, de una amiga
Ven al cariñoso seno.
Conóceme, y no te ahuyente
La faz severa que ves:
Máscara forzosa es
Que dió el pesar á mi frente;
Pero tras ella te espera,
Para templar tu dolor,
El tierno, indulgente amor
De una madre verdadera.

ISABEL.

¡Madre mia! (Abrázanse.)

MARGARITA.

Mi ternura
Te oculté... porque debí...
¡Ha quince años que hay aquí
Guardada tanta amargura!
Yo hubiera en tu amor filial
Gozado, y gozar no debo
Nada ya, desde que llevo
El cilicio y el sayal.

ISABEL.

¡Madre!

MARGARITA.

Temí, recelé
Dar á tu amor incentivo,
Y solo por correctivo
Severidad te mostré;
Mas oyéndote gemir
Cada noche desde el lecho,
Y á veces en tu despecho.
Mis rigores maldecir,
Yo al Señor, de silencioso
Materno llanto hecha un mar,
Ofrecí mil veces dar
Mi vida por tu reposo.

ISABEL.

¡Cielos! ¡Qué revelacion
Tan grata! ¡Qué injusta he sido!
¿Que tanto me habeis querido?
¡Madre de mi corazon!

Perdonadme... ¡Qué alborozo
Siento, aunque llorar me veis!
Seis años há, mas de seis,
Que tanta dicha no gozo.
Mi desgracia contemplad,
Cuando como dicha cuento
Que mis penas un momento
Aplaquen su intensidad.
Pero este rayo que inunda
En viva luz mi alma yerta,
¿Dejaréis que se convierta
En lobreguez mas profunda?
Madre, madre á quien adoro,
El labio os pongo en el pié:
Mi aliento aquí exhalaré
Si no cedeis á mi lloro. (Póstrase.)

MARGARITA.

Levanta, Isabel; enjuga
Tus ojos; confía... Sí:
Cuando dependa de mí...

ISABEL

Ya veis que en rápida fuga
El tiempo desaparece.
Si pasan tres dias, ¡tres!
Todo me sobra despues,
Toda esperanza fallece.
Mi padre, por no faltar
A la palabra tremenda,
Le rendirá por ofrenda
Mi albedrío en el altar.
Vuestras razones imprimen
En su alma la persuasion:
En mí toda reflexion
Fuera desacato, crímen.
Y yo, señora, lo veo:
Podrá llevarme á casar;
Pero en vez de preparar
Las galas del himeneo,
Que á tenerme se limite
Una cruz y una mortaja;
Que esta gala y esta alhaja
Será lo que necesite.

MARGARITA.

No, no, Isabel: cesa, cesa;
Yo en tu defensa me empeño:
No será Azagra tu dueño,
Yo anularé la promesa.

Me oirá tu padre, y tamaños
Horrores evitará.
Hoy madre tuya será
Quien no lo fué tantos años.

ESCENA VII.

TERESA.—MARGARITA, ISABEL.

TERESA.

Señoras, Don Rodrigo de Azagra pide licencia para visitaros.

MARGARITA.

Hazle entrar. A buen tiempo llega. (Vase Teresa.)

ISABEL.

Permitid que yo me retire.

MARGARITA.

Quédate en la pieza inmediata, y escucha nuestra conversacion.

ISABEL.

¿Qué vais á decir?

MARGARITA.

Oyelo, y acabarás de hacer justicia á tu madre. (Vase Isabel.)

ESCENA VIII.

DON RODRIGO.—MARGARITA.

MARGARITA.

Ilustre Don Rodrigo...

RODRIGO.

Señora... al fin nos vemos.

MARGARITA.

Honrad mi estrado, ya que la prisa de venir á mi casa no os ha dejado sosegar en la vuestra.

RODRIGO.

Aquí vengo á buscar el sosiego que necesito. (Siéntase.) ¿Qué me decís de mi desdeñosa?

MARGARITA.

¿Me permitiréis que hable con toda franqueza?

RODRIGO.

Con franqueza pregunto yo. — Hablad.

MARGARITA.

Mi esposo os prometió la mano de su hija única; y, por él, debeis contar de seguro con ella. Pero la delicadeza de vuestro amor y la elevacion de vuestro carácter ¿se satisfarian con la posesion de una mujer, cuyo cariño no fuese vuestro?

RODRIGO.

El corazon de Isabel no es ahora mio, lo sé; pero Isabel es virtuosa, es el espejo de las doncellas: cumplirá lo que jure, apreciará mi rendida fe, y será el ejemplo de las casadas.

MARGARITA.

Mirad que su afecto á Marsilla no se ha disminuido.

RODRIGO.

No me inspira celos un rival, cuyo paradero se ignora, cuya muerte, para mí, es indudable.

MARGARITA.

¿Y si volviese aun? ¿Y si ántes de cumplirse el término, se presentara tan enamorado como se fué, y con aumentos muy considerables de hacienda?

RODRIGO.

Mal haria en aparecer ni ántes ni despues de mis bodas. El prometió renunciar á Isabel, si no se enriquecia en seis años; pero yo nada he prometido. Si vuelve, uno de los dos ha de quedar solo junto á Isabel. La mano que pretendemos ambos, no se compra con oro; se gana con hierro, se paga con sangre.

MARGARITA.

Vuestro lenguaje no es muy reverente para usado en esta casa y conmigo; pero os le perdono, porque me perdoneis la pesadumbre que voy á daros. Yo, noble Don Rodrigo, yo que hasta hoy consentí en vuestro enlace con Isabel, he visto por último que de él iba á resultar su desgracia y la vuestra. Tengo, pues, que deciros, como cristiana y madre; tengo que suplicaros por nuestro Señor y nuestra Señora, que desistais de un empeño, ya poco distante de la temeridad.

RODRIGO.

Ese empeño es público, hace muchos años que dura, y se ha convertido para mí en caso de honor. Es imposible que yo desista. No os opongais á lo que no podréis impedir.

MARGARITA.

Aunque habeis desairado mi ruego, tal vez no le desaire mi esposo.

RODRIGO.

Mucho alcanzais con él: adora en vos, y lo mereceis, porque há quince años que os empleais en la caridad y la peni-

tencia... Pero... ¿os ha contado ya la muerte de Roger de Lizana?

MARGARITA.

¡Cómo! ¿Roger ha muerto?

RODRIGO.

Sí, loco y mudo, segun estaba; desgraciadamente, segun merecia; y á los piés de Don Pedro, como era justo.

MARGARITA.

¡Cielos! Nada sabia de ese infeliz.

RODRIGO.

Ese infeliz era muy delincuente, era el corruptor de una dama ilustre.

MARGARITA.

¡Don Rodrigo!

RODRIGO.

La esposa mas respetable entre las de Teruel.

MARGARITA.

Por compasion... Si Roger ha muerto...

RODRIGO.

Casi espiró en mis brazos. Yo tendí sobre el féretro su cadáver, yo hallé sobre su corazon unas cartas....

MARGARITA.

¡Cartas!

RODRIGO.

De mujer... cinco... sin firma todas. Pero yo os las presentaré, y vos me diréis quién las ha escrito.

MARGARITA.

¡Callad! callad!

RODRIGO.

Si no, acudiré á vuestro esposo: bien conoce la letra.

MARGARITA.

¡No! ¡Dádmelas, rompedlas, quemadlas!

RODRIGO.

Se os entregarán; pero Isabel me ha de entregar á mí su mano primero.

MARGARITA.

¡Oh!

RODRIGO.

Dios os guarde, señora.

MARGARITA.

Deteneos, oidme.

RODRIGO.

Para que os oiga, venid á verlas. (Vase.)

MARGARITA.

Escuchad, escuchadme. (Vase tras Don Rodrigo.)

ESCENA IX.

ISABEL, y despues TERESA.

ISABEL.

¿Qué es lo que oí? No lo he comprendido, no quiero comprender ese misterio horrible: solo entiendo que de infeliz he pasado á mas. (Sale Teresa.)

TERESA.

Señora, un jóven extranjero ha llegado á casa pidiendo que se le dejara descansar un rato...

ISABEL.

Recíbele y déjame.

TERESA.

Ya se le recibió, y le han agasajado con vino y magras; por señas que nada de ello ha probado, como si fuera moro ó judío. Aparte de esto, es muy lindo muchacho: he trabado conversacion con él, y dice que viene de Palestina.

ISABEL.

¿De Palestina?

TERESA.

Yo me acordó al punto del pobre Don Diego. — Como os figurais que debe estar por allá.:..

ISABEL.

Sí. Llámale pronto. (Vase Teresa.) ¡Vírgen piadosa! Que haya sido sueño lo que pienso que oí! ¡Oh! Pensemos en el que viene de Palestina.

ESCENA X.

ZULIMA, en traje de noble aragones, TERESA. — ISABEL.

ZULIMA.

El cielo os guarde.

ISABEL.

Y á vos

Tambien.

ZULIMA, aparte.

(Mi rival es esta.)

ISABEL.

Mejor podeis descansar
En esta sala que fuera.

TERESA.

Este mancebo, señora,
Viene de lejanas tierras,
De Jerusalen, de Jope,
De Belen y de Judea.

ISABEL.

¿Cierto?

ZULIMA.

Sí.

TERESA.

Y ha conocido
Allá gente aragonesa.

ZULIMA.

Un caballero traté
De Teruel.

ISABEL.

¿Cuál? Quién? Quién era?
Su nombre.

ZULIMA.

Diego Marsilla.

ISABEL.

Os trajo Dios á mi puerta! —
¿Dónde le dejais?

TERESA.

Entónces,
¿Era ya rico?

ZULIMA.

Una herencia
Cuantïosa le dejaron
Allí.

ISABEL.

Pero ¿dónde queda?

ZULIMA.

Hace poco era cautivo
Del Rey moro de Valencia.

ISABEL.

¡Cautivo! Infeliz!

ZULIMA.

No tanto.
La esposa del Rey, la bella
Zulima, le amó.

ISABEL.

¿Le amó?

ZULIMA.

¡Sí! mucho!

TERESA.

¡Qué desvergüenza.

ISABEL.

¡Y qué! ¿No viene por eso
Marsilla donde le esperan?

TERESA.

¿Se ha vuelto moro quizá?

ZULIMA, aparte.

(Ya que padecí, padezca.
Finjamos.)

ISABEL.

Hablad.

ZULIMA.

No es fácil
Resistir á una princesa
Hermosa y amante: al fin
Marsilla, para con ella,
Era un miserable.

TERESA.

Pero
Vamos, acabad...

ISABEL, aparte.

(Apénas
Vivo!)

ZULIMA.

El Rey llegó á saber
Lo que pasaba; la Reina
Pudo escapar, protegida
Por un bandidò, cabeza
De la cuadrilla temible
Que hoy anda por aquí cerca;
Y Marsilla...

ISABEL.

¿Qué?

ZULIMA.

Rogad
A Dios que le favorezca.

ISABEL.

¡Ha muerto! ¡Jesus, valedme!
(Desmáyase.)

TERESA.

¡Isabel! ¡Isabel¡ — ¡Buena
La habeis hecho!

ZULIMA, aparte.

(Sabe amar
Esta cristiana de veras;
Yo sé mas, yo sé vengarme.)

TERESA.

¡Señora! — ¡Paula! ¡Jimena!
(A Zulima.)
Buscad agua, llamad gente.

ZULIMA, aparte.

(Salgamos. — Con esta nueva,
Se casará.) (Vase.)

TERESA.

¡Dios confunda
La boca ruin que nos cuenta
Noticia tan triste!... Pero
Un prójimo que no prueba
Cerdo ni vino, ¿qué puede
Dar de sí?
(Salen dos criadas que traen agua.)
Pronto aquí, lerdas.
¿Dónde estábais? A ver: dadme
El agua.

ISABEL.

¡Ay, Dios! ¡Ay, Teresa!

ESCENA XI.

MARGARITA. — ISABEL, TERESA, CRIADAS.

MARGARITA.

¿Qué sucede?

ISABEL.

¡Ay, madre mia!
Ya no es posible que venga.
Murió.

MARGARITA.

¿Quién? ¿Marsilla?

TERESA.

¿Quién
Ha de ser?

ISABEL.

Y ha muerto en pena
De serme infiel.

TERESA.

Una mora,
Que dicen que no era fea,
La esposa del Reyezuelo
Valenciano, buena pieza
Sin duda, nos le quitó.

ISABEL.

¡En esto paran aquellas
Ilusiones de ventura
Que alimentaba risueña!
¡Conmigo nacieron, ay!
Se van, y el alma se llevan.
Ese infausto mensajero,
¿Dónde está? Díle que vuelva.

MARGARITA.

Sí: yo le preguntaré...

TERESA.

Pues como nos dé respuestas
Por el estilo... Seguidme.
(Vanse Teresa y las criadas.)

ESCENA XII.

MARGARITA, ISABEL

ISABEL.

¿Quién figurarse pudiera
Que me olvidara Marsilla?
¡Qué sonrojo! ¡Qué vileza!
Pero ¿cómo ha sido, cómo
Fué que no lo presintiera
Mi corazon? No es verdad:
Imposible que lo sea.
Se engañó, si lo creyó,
La Sultana de Valencia.
Solo por volar á mí,

Quebrantando sus cadenas,
Dejó soñar á la mora
Con esa falaz idea.
Mártir de mi amor ha sido,
Que desde el cielo en que reina,
De su martirio me pide
La debida recompensa.
Yo se la daré leal,
Yo defenderé mi diestra:
Viuda del primer amor
He de bajar á la huesa.
Llorar libremente quiero
Lo que de vivir me resta,
Sin que pueda hacer ninguno
De mis lágrimas ofensa.
No he de ser esposa yo
De Azagra: primero muerta.

MARGARITA.

¿Tendrás valor para?...

ISABEL.

Sí,
Mi desgracia me le presta.

MARGARITA.

¿Y si te manda tu padre?...

ISABEL.

Diré que no.

MARGARITA.

Si te ruega...

ISABEL.

No.

MARGARITA.

Si amenaza...

ISABEL.

Mil veces
No. Podrán en hora buena,
De los cabellos asida
Arrastrarme hasta la iglesia,
Podrán maltratar mi cuerpo,
Cubrirle de áspera jerga,
Emparedarme en un claustro
Donde lentamente muera:
Todo esto podrán, sí; pero
Lograr que diga mi lengua
Un sí perjuro, no.

MARGARITA.

Bien,
Bien. Tu valor... me consuela.
(Aparte. Nada oyó: mas vale así.
La culpa, no la inocencia
Debe padecer.) Ten siempre
Esa misma fortaleza,
Y no te dejes vencer,
Suceda lo que suceda.
Matrimonio sin cariño
Crímenes tal vez engendra.
Yo sé de alguna infeliz
Que dió su mano violenta...
Y... despues de larga lucha...
Desmintió su vida honesta.
Muchos años lleva ya
De dolor y penitencia...
Y al fin le toca morir
De oprobio justo cubierta.

ISABEL.

¡Ah, madre! ¿Qué dije yo?
Me olvidé, con esa nueva,
De otra desdicha tan grande
Que á mi desdicha supera.

MARGARITA.

¡No te cases, Isabel!

ISABEL.

Sí, madre: mi vida es vuestra:
Dárosla me manda Dios,
Lo manda naturaleza.

MARGARITA.

Hija!

ISABEL.

Por fortuna mia,
Marsilla al morir me deja
El corazon sin amor
Y sin lugar donde prenda.
Por mas fortuna, Marsilla
De mí se olvidó en la ausencia,
Y puso en otra mujer
El amor que me debiera.
Por dicha mayor, Azagra
Es de condicion soberbia,
Celoso, iracundo: así
Mis lágrimas y querellas

Insufribles le serán;
Querrá que yo las contenga,
No podré, se irritará,
Y me matará.

MARGARITA.

¡Me aterras,
Hija, me matas á mí!

ISABEL

Tengo yo cartas que lea:
Puede encontrármelas.

MARGARITA.

Oh!
Si como las tuyas fueran
Otras...

ISABEL.

Y tengo un retrato
En esta joya. (Saca un relicario.)
¿Son esas
Sus facciones? Pues sabed
Que, sin estudio ni regla,
De amor guiada la mano,
Al primer ensayo diestra,
Yo supe dar á ese rostro
Semejanza tan perfecta.
Me sirvió para suplir
De Marsilla la presencia;
No le necesito ya:
Mas vale que no le vea.
¡Ah! dejadme que le bese
Una vez... la última es esta.
Tomad. ¿Veis? el sacrificio
Consumo, y estoy serena,
Tranquila... como la tumba.
Imitad vos mi entereza,
Mi calma... y no me digais
Una palabra siquiera.
De mí vuestra fama pende:
La conservaréis ilesa.
Yo me casaré: no importa,
No importa lo que me cuesta. (Vase.)

ESCENA XIII.

MARGARITA.

Y ¿debo yo consentir
Que la inocente Isabel,

Por mi egoismo cruel,
Se ofrezca mas que á morir?
Pero ¿cómo he de sufrir
Que, perdida mi opinion,
Me llame todo Aragon
Hipócrita y vil mujer?
Mala madre me hace ser
Mi buena reputacion.
A todo me resignara
Con ánimo ya contrito,
Si al saberse mi delito,
Yo sola me deshonrara.
Pero á mi esposo manchara
Con ignominia mayor.
Hija infeliz en amor!
Hija desdichada mia!
Perdona la tiranía
De las leyes del honor.

ACTO TERCERO.

Retrete ó gabinete de Isabel. Dos puertas.

ESCENA I.

ISABEL, TERESA.

Aparece Isabel ricamente vestida, sentada en un sillon junto á una mesa, sobre la cual hay un espejo de mano, hecho de metal. Teresa está acabando de adornar á su ama.

TERESA.

¿Qué os parece el tocado? Nada, ni me oye. Que os mireis os digo; tomad el espejo. (Se le da á Isabel, que maquinalmente le toma, y deja caer la mano sin mirarse.) A esotra puerta. Miren ¡qué trazas estas de novia! — Ved qué preciosa gargantilla voy á poneros! (Isabel inclina la cabeza.) Pero alzad la cabeza, Isabel. Si esto es amortajar á un difunto.

ISABEL.

¡Marsilla!

TERESA, *aparte.*

(Dios le haya perdonado.) Ea, se concluyó. Bien estais. Ello, sí, me habeis hecho perder la paciencia treinta veces.

ISABEL.

¡Madre mia!

TERESA.

Si echais ménos á mi señora, ya os he dicho que no está en casa, porque para ella, la caridad es ántes que todo. El Juez de este año, Domingo Celladas, tenia un hijo en tierra de infieles: Jaime, ya le conoceis. Hoy, sin que hubiese noticia de que viniera, se le han encontrado en el camino de Valencia unos mercaderes, herido y sin conocimiento. Por un rastro de sangre que iba á parar á un hoyo, se ha comprendido que debieron echarle dentro; y se cree que hasta poder salir, habrá estado en el hoyo quizá mas de un dia, porque las heridas no son recientes. Vuestra madre ha sido llamada para asistirle; me ha encargado que os aderece, os he puesto hecha una imágen; y ni siquiera he logrado que deis una mirada al vestido para ver si os gusta.

ISABEL.

Sí: es el último.

TERESA.

¡El dulcísimo nombre de Jesus! No lo quiera Dios, Isabelita de mi alma: no lo querrá Dios; ántes os hará tan dichosa como vos mereceis. Pero salid de ese abatimiento: mirad que ya van á venir los convidados á la boda, y es menester no darles que decir.

ISABEL, *con sobresalto.*

¿Qué hora es ya?

TERESA.

No tardarán en tocar á vísperas ahí al lado, en San Pedro. Es la hora en que salió de Teruel Don Diego, y hasta que pase, mi señor no se considera libre de su promesa.

ISABEL.

Sí, á esa hora, á esa hora misma partió... para nunca volver. En este aposento, allí, delante de ese balcon estaba yo, llorando sobre mi labor, como ahora sobre mis galas. Continuamente miraba á la calle por donde habia de pasar, para verle; ahora no miro: no le veré. Por allí vino, dirigiendo el fogoso alazan enseñado á pararse bajo mis balcones. Por allí vino, vestida la cota, lanza en la mano, al brazo la banda, último don de mi cariño. Hasta la dicha ó hasta la tumba, me dijo. Tuya ó muerta, le dije yo; y caí sin aliento en el balcon mismo, tendidas las manos hácia la mitad

de mi alma que se ausentaba. — Suya ó muerta! Y voy á dar la mano á Rodrigo. ¡Bien cumplo mi palabra!

TERESA.

Hija mia, desechad esas ideas. Yo ¿qué os he de decir para consolaros? Que os he visto nacer, que habeis jugado en mis brazos y en mis rodillas... y que diera yo porque recobraseis la paz del alma y fuerais feliz, ay! diera yo todos los dias que me faltan que vivir, ménos uno para verlo.

ISABEL.

¿Feliz, Teresa? Con este vestido, ¿cómo he de ser feliz? ¡Pesa tanto, me ahoga tanto!... Quítamele, Teresa. (Levantándose.)

TERESA.

Señora, que viene Don Rodrigo.

ISABEL.

¡Don Rodrigo! Busca pronto á mi madre. (Vase Teresa.)

ESCENA II.

DON RODRIGO. — ISABEL.

RODRIGO.

Mis ojos por fin os ven
A solas, ángel hermoso.
Siempre un amargo desden
Y un recato rigoroso
Me han privado de este bien.
— Trémula estais: ocupad
La silla.

ISABEL.

Ante mi señor!

RODRIGO.

Esclavo diréis mejor.
Soberana es la beldad
En el reino del amor.

ISABEL.

¡Mentida soberanía!

RODRIGO.

De mi rendimiento fiel,
Que dudarais no creia.
¡Si á conocer, Isabel,
Llegaseis el alma mia!

ISABEL.

¿Para qué? Señas ha dado
Que indican su índole bella.

RODRIGO.

Mi destino desastrado
Solo mostrar me ha dejado
Lo deforme que hay en ella.
Un Azagra conoceis
Orgulloso y vengativo;
Y otro por fin hallaréis,
Que en vuestro rigor esquivo
Figuraros no podeis.
El Alzagra que os adora,
El Azagra para vos,
Aun no le visteis, señora;
Y nos conviene á los dos
Una explicacion ahora.

ISABEL.

Mis padres pueden mandar,
Yo tengo que obedecer,
Nada pretendo saber:
Hiciera bien en callar
Quien ha logrado vencer.

RODRIGO.

El vencedor, que aparece
Lleno ante vos de amargura,
Manifestaros ofrece
Que sabe lo que merece
Doña Isabel de Segura.
Os vi, y en vos admiré
Virtud y belleza rara:
Digno de vos me juzgué,
Y uniros á mí juré,
Costara lo que costara.
Maldicion mas espantosa
No pudo echarme jamas
Una lengua venenosa,
Que decir: — No lograrás
Hacer á Isabel tu esposa.
— Lidiaré, si es necesario,
Por ella con todo el orbe,
Clamaba yo de ordinario.
¡Infeliz el que me estorbe,
Competidor ó contrario!
En mi celoso furor
Cabe hasta lo que denigre
Mi calidad y mi honor.
Amo con ira de tigre...
Porque es muy grande mi amor.
— No el vuestro, tan delicado,

Me pinteis para mi mengua:
Quizá no lo haya expresado
En seis años vuestra lengua,
Sin que me lo hayan contado.
Cuantas cartas escribió
Marsilla ausente, leí:
El su retrato no vió,
Yo sí: junto á vos aquí
Siempre tuve un guarda yo.
Ha sido mi ocupacion
Observaros noche y dia;
Y abandonaba á Monzon
Siempre que lo permitia
La marcial obligacion.
Viéndoos al balcon sentada
Por las noches á la luna,
Mi fatiga era pagada:
Jamas fué mujer ninguna
De amante mas respetada.
Para romper mis prisiones,
Para defectos hallaros
Fueron mis indagaciones;
Y siempre para adoraros
Encontré nuevas razones.
Seducido el pensamiento
De lisonjeros engaños,
Un favorable momento
Espero hace ya seis años,
Y aun llegado no lo cuento.
Pero, por dicha, quizá
No deba estar muy distante.

ISABEL.

¡Qué! ¿Pensais que cesará
Mi pasion, muerto mi amante?
No; lo que yo viviré.

RODRIGO.

Pues bien, amad, Isabel,
Y decidlo sin reparo;
Que con ese amor tan fiel,
Aunque á mí me cueste caro,
Nunca me hallaréis cruel.
Mas si ese afecto amoroso,
Cuya expresion no limito,
Mantener os es forzoso,
Yo, mi bien, yo necesito
El nombre de vuestro esposo.

No mas que el nombre, y concluyo
De desear y pedir:
Todas mis dichas incluyo
En la dicha de decir:
Me tienen por dueño suyo.
Separada habitacion,
Distinto lecho tendréis...
¿Quereis mas separacion?
Vos en Teruel viviréis,
Yo en la corte de Aragon.
¿Temeis que la soledad
Bajo mi techo os consuma?
Vuestros padres os llevad
Con vos: mudaréis en suma
De casa y de vecindad.
Nunca sin vuestra licencia
Veré esos divinos ojos...
¡Ay! dádmela con frecuencia.
Si os oprimen los enojos,
Hablad, y mi diligencia
Ya un festin, ya una batida,
Ya un torneo dispondrá.
Si llorais... ¡Prenda querida!
Cuanda lloreis, ¿qué os dirá
Quien no ha llorado en su vida?
Míseros ambos, hacer
Con la indulgencia podemos
Menor nuestro padecer.
Ahora, aunque nos casemos,
Me podréis aborrecer?

ISABEL.

¡Don Rodrigo! ¡Don Rodrigo! (Sollozando.)

RODRIGO.

¡Llorais! ¿Es porque me muestro
Digno de ser vuestro amigo?
¿No sufrí del odio vuestro
Bastante el duro castigo?

ISABEL.

¡Oh! no, no: mi corazon
Palpitar de odio no sabe.

RODRIGO.

Ni al mirar vuestra afliccion,
Hay fuerza en mí que no acabe
Rindiéndose á discrecion.
Es ya el caso de manera,

Que el infausto desposorio
Viene á ser obligatorio
Para ambos: lo demas fuera
Dar escándalo notorio.
Pero el amor que os consagro,
Se ha vuelto á vos tan propicio,
Que si Dios en su alto juicio
Quiere obrar hoy un milagro...
Contad con un sacrificio.
Ayer, si resucitara
Mi aciago rival Marsilla,
Sin compasion le matara,
Y sin limpiar la cuchilla,
Corriera con vos al ara.
Hoy, resucitado ó no,
Si ántes que me deis el sí,
Viene... que triunfe de mí.

ISABEL.

¡Vos sí que triunfais así
De esta débil mujer!

(El llanto le ahoga la voz por unos instantes; luego, al ver á Don Pedro y á los que le acompañan, se contiene, exclamando):

Oh!

ESCENA III.

DON PEDRO, DON MARTIN, DAMAS, CABALLEROS, PAJES. — ISABEL, DON RODRIGO. Despues, TERESA.

PEDRO.

Hijos, el sacerdote que ha de bendecir vuestra union, ya nos está esperando en la iglesia. Tanto mis deudos como los de Azagra me instan á que apresure la ceremonia; pero aun no ha fenecido el plazo que otorgué á Don Diego. Al toque de vísperas de un domingo salió de su patria el malogrado jóven, seis años y siete dias hace: hasta que suene aquella señal en mi oido, no tengo libertad para disponer de mi hija. (A Don Martin.) Porque veais de qué modo cumplo mi promesa, os he rogado que vinierais aquí.

MARTIN.

¡Inútil escrupulosidad! No os detengais. No romperá mi hijo el seno de la tierra para reconveniros.

ISABEL, aparte.

(¡Infeliz!)

PEDRO.

Fiel á lo que juré me verá desde el túmulo, cual me hallaria viviendo. (Sale Teresa.)

RODRIGO.

Isabel deseará la compañía de su madre: pudiéramos pasar por casa del Juez...

TERESA.

Ahora empezaba el herido á volver en su conocimiento. Si ántes de vísperas no se halla mi señora en la iglesia, es señal de que no puede asistir á los desposorios: esto me ha dicho.

PEDRO.

La esperaremos en el templo. (A Don Martin.) Si la pesadumbre os permite acompañarnos, venid...

MARTIN.

Excusadme el presenciar un acto, que debe serme tan doloroso.

PEDRO.

Estad seguro de que miéntras no oigais las campanas, no habrá dado su mano Isabel. Estos caballeros podrán atestiguar que se esperó hasta el cabal vencimiento del plazo. Marchemos.

ISABEL, aparte.

(¡Morada de mi pasado bien, á Dios para siempre!)

(Vanse todos, ménos Don Martin.)

ESCENA IV.

DON MARTIN.

Con pena, con celos veo yo á Isabel dirigirse al altar. Hubo un tiempo en que la tuve por hija; hoy me quitan su filial cariño, y ella consiente. Pero ¿qué falta hace al mísero cadáver de mi hijo la constancia de la que él amó? Si su sombra necesita lágrimas, bien se puede satisfacer con las mias!

ESCENA V.

ADEL. — DON MARTIN.

ADEL.

Cristiano, busco á Martin Marsilla, que está aquí, segun se me dice. ¿Eres tú?

MARTIN.

Yo soy.

ADEL.

¿Qué sabes de tu hijo?

MARTIN.

¡Moro!... su muerte.

ADEL.

Esa noticia... ¿quién la ha traido?

MARTIN.

Un jóven forastero.

ADEL.

¿En dónde para?

MARTIN.

Apénas se detuvo en Teruel: yo no pude verle.

ADEL.

¿Qué ha pasado con Jaime Celladas?

MARTIN.

Le han herido gravemente al llegar á la villa: en su lecho yace todavía sin voz ni conocimiento.

ADEL.

¿Luego tú nada sabes?

MARTIN.

¿Qué vas á decirme?

ADEL.

Acaba de averiguar que disfrazada con traje de hombre, ha entrado en Teruel Zulima, la esposa del Amir de Valencia.

MARTIN.

¿La que fué causa de la pérdida de mi hijo?

ADEL.

El la desdeñó, y ella se ha vengado mintiendo.

MARTIN.

¿Mintiendo?

ADEL.

¡Anciano! Bendice al Señor: aun eres padre.

MARTIN.

¡Dios poderoso!

ADEL.

Tu hijo libró de un asesinato pérfido al Amir de Valencia, y el Amir le ha colmado de riquezas y honores. Herido en un combate, no se le permitió caminar hasta reponerse. Jaime venia delante para anunciar su vuelta. Sígueme, y no pararé hasta poner á Marsilla en tus brazos. (Vase.)

MARTIN, alzando las manos al cielo, arrebatado de júbilo.

¡Señor! ¡Señor!

ESCENA VI.

MARGARITA. — DON MARTIN.

MARGARITA, dentro.

¡Isabel! ¡Isabel! (Sale y repara en Don Martin, que se retiraba con Adel.) Don Martin...

MARTIN, deteniéndose.

Margarita, sabedlo...

MARGARITA.

Sabedlo el primero. Jaime Celladas...

MARTIN.

Ese moro que veis...

MARGARITA.

Ha vuelto en sí.

MARTIN.

Viene de Valencia.

MARGARITA.

Jaime tambien.

MARTIN.

Vive mi hijo.

MARGARITA.

Lo ha dicho Jaime. Corred, impedid ese casamiento.

(Oyese el toque de vísperas.)

MARTIN.

¡Ah! ya es tarde.

MARGARITA.

¡Dios ha rechazado mi sacrificio!

MARTIN.

¡Hijo infeliz!

MARGARITA.

¡Hija de mis entrañas! (Vase.)

ESCENA VII.

Bosque inmediato á Teruel.

MARSILLA, atado á un árbol.

Infames bandoleros,
Que me habeis á traicion acometido,
Venid y ensangrentad vuestros aceros:
La muerte ya por compasion os pido.
— Nadie llega, de nadie soy oido:
Vuelve el eco mis voces, y parece
Que goza en mi dolor y me escarnece.
Me adelanté á la escolta que traia:
Su lento caminar me consumia.
Yo vengo con amor, ellos con oro.
— Enemigos villanos,
Los ricos dones del monarca moro
No como yo darán en vuestras manos:
Tienen quien los defienda.
Pero las horas pasan, huye el dia.

¿Qué vas á imaginar, Isabel mia?
¿Qué pensarás, idolatrada prenda,
Si esperando abrazar al triste Diego,
Corrido el plazo ves, y yo no llego?
Mas por Jaime avisados
En mi casa estarán: pronto, azorados
Con mi tardanza... Sí, ya se aproxima
Gente. ¿Quién es?

ESCENA VIII.

ZULIMA, en traje de hombre. — MARSILLA.

ZULIMA.

Yo soy.

MARSILLA.

¡Cielos! Zulima!
¡Tú aquí! (Aparte. Presagio horrendo!)

ZULIMA.

Vecinos de Teruel vienen corriendo
A quienes mas que á mí toca librarte:
Yo solo en esta parte
Me debo detener miéntras te digo
Que Isabel es mujer de Don Rodrigo.

MARSILLA.

¡Gran Dios! — Mas no: me engañas, impostora.

ZULIMA.

Zaen, que llega de Teruel ahora,
Zaen ha visto dar aquella mano
Tan ansiada por tí.

MARSILLA.

Finges en vano.
Tú ignoras que mi próxima llegada
Previno un mensajero.

ZULIMA.

Tú no sabes
Que un tirador certero
Supo dejar tu prevision burlada,
Saliéndole al camino al mensajero.
Yo hablé con Isabel, yo de tu muerte
La noticia le di, y á los bandidos
Encargué que tu viaje detuvieran.
Yo, celebradas de Isabel las bodas,
Te las vengo á anunciar.

MARSILLA.

¿Con que es ya tarde?

ZULIMA.

Mírame bien, y dúdalo si puedes.
Inútiles mercedes
El Rey te prodigó: mas he podido
Prófuga yo que mi real marido.
Yo mi amor te ofrecí, bienes y honores,
Y te inmolé mi fe y el ser que tengo;
Tú preferiste ingrato mis rencores:
Me ofendiste cruel, cruel me vengo.
A Dios: en mi partida
Te dejo por ahora con la vida,
Miéntras padeces en el duro potro
De ver á tu Isabel en brazos de otro. (Vase.)

ESCENA IX.

MARSILLA.

Monstruo, por cuya voz ruge el abismo,
Vuelve y dí que es engaño
Todo lo que te oí. (Forceja para desatarse.)
Lazos crueles,
¿Cómo me resistís? ¡Ligan cordeles
Al que hierros quebró! ¿No soy el mismo?
¡Ah! no. Mujer fatal, cortos instantes
Me quedan que vivir, si no has mentido;
Pero permita Dios que mueras ántes!

ESCENA X.

ADEL, pasando por una altura. — MARSILLA.

ADEL.

Rumor aquí he sentido.
Atraviesan el valle bandoleros
Con Zulima á caballo.
Yo, cueste lo que cueste,
La tengo de prender: voy á ver si hallo
Cerca mis compañeros.

MARSILLA.

¿Quién va?

ADEL.

Marsilla es este.
(A voces.)
¡Aquí! ¡Por este lado, caballeros! (Vase.)

ESCENA XI.

DON MARTIN, CABALLEROS, CRIADOS. — MARSILLA.

MARTIN, dentro.

El es.

MARSILLA.

¡Mi padre!

VOCES, dentro.

El es.

MARSILLA.

¡Padre!

MARTIN, dentro.

¡Hijo mio!
Subid, corred, volad: libradle pronto.
(Salen caballeros y criados.)

MARSILLA.

Desatadme, decidme... (Desatan á Marsilla.)

MARTIN, saliendo.

¡Hijo querido!

MARSILLA.

¡Padre!

MARTIN.

Por fin te hallé.

MARSILLA.

Decid... ¿Es tarde?
Yo quisiera dudar... Mi mal ¿es cierto?

MARTIN.

Respóndante las lagrimas que vierto.
Hijo del alma, á quien su hierro ardiente
La desgracia al nacer marcó en la frente,
Tu triste padre, que por verte vive,
Con dolor en sus brazos te recibe.
¿Quién tu llegada ha retardado?

MARSILLA.

El cielo...
El infierno... No sé... Facinerosos...
Una mujer... Dejadme.

MARTIN.

¿La Sultana?
¿Esos bandidos que cobardes huyen
De los guerreros que conmigo traje? —
¿Te han herido?

MARSILLA.

¡Ojalá!

MARTIN.

¿Te han despojado?

MARSILLA.

Nada he perdido. La esperanza solo.

MARTIN.

¡Suerte cruel! Cuando el fatal sonido
De la campana término ponia...

MARSILLA.

¡Esa tigre anunció la muerte mia!

MARTIN.

¿Lo sabes?

MARSILLA.

De ella.

MARTIN.

¡Horror! Entónces era
Cuando Jaime, el sentido recobrando,
La traidora noticia desmentia.
Corro al templo á saber... Miro, enmudezco...
¡Eran esposos ya! Tu bien perdiste...
Dios lo ha querido así... Pero aun te quedan
Padres que lloren tu destino triste.

MARSILLA.

El ajeno dolor no quita el mio.
¿Con qué llenais el hórrido vacío
Que el alma siente, de su bien privada?
¡Padre! sin Isabel, para Marsilla
No hay en el mundo nada.
Por eso en mi doliente desvarío
Sed bárbara de sangre me devora.
Verterla á rios para hartarme quiero,
Y cuando mas que derramar no tenga,
La de mis venas soltará mi acero.

MARTIN.

Hijo, modera ese furor.

MARSILLA.

¿Quién osa
Hijo llamarme ya? ¡Fuera ese nombre!
La desventura quiebra
Los vínculos del hombre con el hombre

Y con la vida y la virtud. Ahora,
Que tiemble mi rival, tiemble la mora.
Breve será su victorioso alarde:
Para acabar con ambos aun no es tarde.

MARTIN.

¡¡Desgraciado! ¿qué intentas?

MARSILLA.

Con el crímen
El crímen castigar. Una serpiente
Se me enreda en los piés: mi pié destroce
Su garganta infernal. Un enemigo
Me aparta de Isabel: desaparezca.

MARTIN.

Hijo...

MARSILLA.

Perecerá.

MARTIN.

No...

MARSILLA.

¡Maldecido
Mi nombre sea, si la sangre odiosa
De mi rival no vierto!

MARTIN.

Es poderoso...

MARSILLA.

Marsilla soy.

MARTIN.

Mil deudos le acompañan...

MARSILLA.

Mi furia á mí.

MARTIN.

Merézcate respeto
Ese lazo...

MARSILLA.

Es sacrílego, es aleve.

MARTIN.

En presencia de Dios formado ha sido.

MARSILLA.

Con mi presencia queda destruido.

ACTO CUARTO.

Habitacion de Isabel en la casa de Don Rodrigo. Dos puertas á la izquierda del espectador, una en el fondo, y una ventana sin reja á la derecha.

ESCENA I.

DON PEDRO, DON MARTIN.

PEDRO.

Ya cesó la vocería.

MARTIN.

Ya se tranquiliza el pueblo.
Zaen en la cárcel queda
Con los demas bandoleros.

PEDRO.

Milagro ha sido salvarlos
Mayor que lo fué prenderlos.

MARTIN.

Y no los prenden quizá,
Si no acuden tan á tiempo
Los moros que de Valencia
Con los regalos vinieron
De su Rey para mi hijo.
¡Regalos ya sin provecho!
¡Castigue Dios á quien tiene
La culpa!

PEDRO.

¡Oh! lo hará. — Primero
Que vayamos esta noche
Los dos al Ayuntamiento,
Donde ya deben hallarse
Juntos el Juez y mi yerno,
¿Tendréis, Don Martin, á bien
Que los dos conferenciemos
Un rato?

MARTIN.

Hablad.

PEDRO.

Aquí está
Zulima.

MARTIN.

Bien me dijeron
Los moros.

PEDRO.

En esta calle
Arremetió con los presos
Un tropel de gente; y ella,
Puesta en libertad en medio
Del tumulto, se arrojó
Por estas puertas adentro.

MARTIN.

Confesad que Don Rodrigo
La salvó.

PEDRO.

No lo confieso...
Porque no lo vi.

MARTIN.

Yo, en suma,
No diré que fué mal hecho:
El debe á la mora estar
Agradecido en extremo.
Por ella logra la mano
De Isabel.

PEDRO.

Resentimiento
Justo mostrais; pero yo,
Que he sido enemigo vuestro,
Necesito de vos hoy.

MARTIN.

Aquí me teneis, Don Pedro.

PEDRO.

Sois quien sois. — Esa mujer
Nos pone en terrible aprieto.
Ya veis, los moros reclaman
Su entrega con mucho empeño.

MARTIN.

Y miéntras el Juez resuelve,
Cercada se ve por ellos
Esta casa.

PEDRO.

Y bien, ¿quisierais
Que entre vos y yo, de un riesgo
Libráramos á Teruel?

MARTIN.

Crímen fuera no quererlo.

PEDRO.

Si en la junta de la villa
Negamos, como debemos,
La entrega de la Sultana,
Va á ser enemigo nuestro
El Rey de Valencia, y puede
Gravísimo daño hacernos.

MARTIN.

Y el que recibimos ambos
De su mujer, ¿es pequeño?

PEDRO.

Pero es mujer, y nosotros
Cristianos y caballeros.

MARTIN.

Proseguid.

PEDRO.

El compromiso
Queda evitado, si hacemos
Que huya en el instante.

MARTIN.

Hagámoslo.
— Págueme Dios el esfuerzo
Que me cuesta no vengarme.
Disponed.

PEDRO.

Con un pretexto
Llevad los moros de aquí.
De vos harán caso.

MARTIN.

Creo
Que sí.

PEDRO.

Lo demas es fácil.
Puesta ya en salvo, diremos
Que ella huyó por sí.

MARTIN.

Voy pues,
Y ya que la mano tiendo
Al uno de los autores
De mi desventura, quiero
Dársela tambien al otro.

Decid al dichoso dueño
De esta casa y de Isabel,
Que mire en estos momentos
Por su vida: que mi hijo
Va, loco de sentimiento
Y de furor, en su busca
Por Teruel; y, ¡vive el cielo
Que, doliente como está,
Valor le sobra al mancebo
Para vengar!... Perdonadme.
A Dios. Voy á complaceros,
Y á buscarle y conducirle
Esta noche misma léjos
De unos lugares en donde
Vivimos los dos muriendo.
(Vase por la puerta de la izquierda, mas cercana al proscenio.)

PEDRO.

Id con Dios. — ¡Padre infeliz!
¿Y nosotros? Me estremezco
Al pensar en Isabel,
Cuando de todo el suceso
Llegue á enterarse.

ESCENA II.

TERESA. — DON PEDRO.

TERESA, dentro.

¡Favor!
¡Que me vienen persiguiendo! (Sale.)

PEDRO.

¡Teresa! ¿Qué hay? ¿Quién te sigue?

TERESA.

Las ánimas del infierno...
Las del purgatorio... No
Sé cuáles; pero las veo,
Las oigo...

PEDRO.

Mas ¿qué sucede?

TERESA.

¡Ay! Muerta de susto vengo.
¡Ay! — Isabel me ha enviado
Por mi señora corriendo,
Que volvió, no sé por qué,

A la casa del enfermo;
Y ántes de llegar, he visto
En un callejon estrecho,
Junto á la ermita caida...
¡Jesus! convulsa me vuelvo
A casa.

PEDRO.

¿Qué viste? Dí.

TERESA.

Una fantasma, un espectro
Todo parecido, todo,
Al pobrecito Don Diego.

PEDRO.

Calla: no te oiga Isabel.
Guarda con ella silencio. —
Marsilla ha venido, y ella
No lo sabe.

TERESA.

Pero, ¿es cierto
Que vive?

PEDRO.

¿No ha de ser?

TERESA.

¡Ay!
Pues otra desgracia temo.

PEDRO.

¿Cuál?

TERESA.

No lo aseguraré,
Por si es aprension del miedo;
Sin embargo, yo creí
Ver que se llevaba el muerto
Asido del brazo al novio.

PEDRO.

¿Qué dices?

TERESA.

Aun traigo el eco
De su voz en los oidos.
Con alarido tremendo
Decia: Vas á morir,
Has de morir. — Lo veremos,
Replicaba Don Rodrigo;
Y echando votos y retos,
Iban los dos como rayos

Camino del cementerio.
Yo, señor, ya les recé
La salve y el padre nuestro
En latin.

PEDRO.

Se han encontrado
Y van á tener un duelo.
Esto es ántes.

ESCENA III.

ISABEL, por la segunda puerta del lado izquierdo. — DON PEDRO, TERESA.

ISABEL.

Padre!

PEDRO.

Aguárdame
Aquí: pronto volveremos
Tu madre, tu esposo y yo.
Venid, Teresa. (Vanse los dos.)

ISABEL.

¿Qué es esto?
¡Mi padre me deja sola,
Cuando con tanto secreto
Un moro me quiere hablar!
Sin duda están sucediendo
Cosas extrañas aquí.
(Acércase á la segunda puerta.)
Llegad. Al mirarle, tiemblo.

ESCENA IV.

ADEL. — ISABEL.

ADEL.

Cristiana, brillante honor
De las damas de tu ley,
Yo imploro, en nombre del Rey
De Valencia, tu favor.

ISABEL.

¿Mi favor?

ADEL.

Tendrás noticia
De que salió de su corte
Zulima, su infiel consorte,
Huyendo de su justicia.

ISABEL.

Sí.

ADEL.

Mi señor decretó
Con rectitud musulmana
Castigar á la Sultana,
Ya que á Marsilla premió.

ISABEL.

¡Premiar!... ¿Ignoras, cruel,
Que le dió muerte sañuda?

ADEL.

Tú no le has visto, sin duda,
Entrar como yo en Teruel.

ISABEL.

¿Marsilla en Teruel?

ADEL.

Sí.

ISABEL.

Mira
Si te engañas.

ADEL.

Mal pudiera.
Infórmate de cualquiera,
Y mátenme si es mentira.

ISABEL.

No es posible. — ¡Ah! sí! que siendo
Mal, no es imposible nada.

ADEL.

Por la villa alborotada
Tu nombre va repitiendo.

ISABEL.

¡Eterno Dios! ¡Qué infelices
Nacímos! — ¿Cuándo ha llegado?
¿Cómo es que me lo han callado?
— Y tú, ¿por qué me lo dices?

ADEL.

Porque estás, á mi entender,
En grave riesgo quizá.

ISABEL.

Perdido Marsilla, ya
¿Qué bien tengo que perder?

ADEL.

Con viva lástima escucho
Tus ansias de amor extremas;
Pero aunque tú nada temas,
Yo debo decirte mucho.
Marsilla á mi Rey salvó
De unos conjurados moros,
Y el Rey vertió sus tesoros
En él, y aquí le envió.
El despreció la liviana
Inclinacion de la infiel...

ISABEL.

¡Oh! Sí!

ADEL.

Y airada con él,
Vino, y se vengó villana
Contando su falso fin.

ISABEL.

¡Ella!

ADEL.

Con una gavilla
De bandidos, á Marsilla
Detuvo, ya en el confin
De Teruel, donde veloces
Corriendo en tropel armado,
Le hallámos á un tronco atado,
Socorro pidiendo á voces.

ISABEL.

Calla, moro: no mas.

ADEL.

Pasa
Mas, y es bien que te aperciba.
— La Sultana fugitiva
Se ha refugiado en tu casa:
En esta.

ISABEL.

¡Aquí mi rival!

ADEL.

Tu esposo la libertó.

ISABEL.

¡Ella donde habito yo!

ADEL.

Guárdate de su puñal.
Por celos allá en Valencia
Matar á Marsilla quiso.

ISABEL.

A tiempo llega el aviso.

ADEL.

Confirma tú la sentencia
Que justo lanzó el Amir.
Por esa mujer malvada,
Para siempre separada
De Marsilla has de vivir.
Ella te arrastra al odioso
Tálamo de Don Rodrigo.
Envíala tú conmigo
Al que le apresta su esposo,
Pena digna del ultraje
Que siente.

ISABEL.

Sí, moro: salga
Pronto de aquí, no le valga
El fuero del hospedaje.
Como perseguida fiera
Entró en mi casa: pues bien,
Al cazador se la den,
Que la mate donde quiera.
Mostrarse de pecho blando
Con ella, fuera rayar
En loca: voy á mandar
Que la traigan arrastrando.
Sean de mi furia jueces
Cuantas pierdan lo que pierdo.
¡Jesus! Cuando yo recuerdo
Que hoy pude...¡Jesus mil veces!
No le ha de valer el llanto,
Ni el ser mujer, ni ser bella,
Ni Reina. ¡Si soy por ella
Tan infeliz! tanto, tanto!...
Díme, pues, dí: tu señor,
¿Qué súplicio le impondrá?

ADEL.

Una hoguera acabará
Con su delincuente amor.

ISABEL.

¡Su amor! ¡Amor desastrado!
Pero es amor...

ADEL.

Y ¿es bastante
Esa razon?...

ISABEL.

¡Es mi amante
Tan digno de ser amado!
Le vió, le debió querer
En viéndole. — ¡Y yo, que hacia
Tanto que no le veia...
Y ya no le puedo ver!.
— Moro, la víctima niego
Que me vienes á pedir:
Quiero yo darle á sufrir
Castigo mayor que el fuego,
Ella con feroz encono
Mi corazon desgarró...
Me asesina el alma... yo
La defiendo, la perdono. (Vase.)

ESCENA V.

ADEL.

He perdido la ocasion.
Suele tener esta gente
Acciones, que de un creyente
Propias en justicia son.
Yo dejara con placer
Este empeño abandonado;
Pero el Amir lo ha mandado,
Y es forzoso obedecer. (Vase.)

ESCENA VI.

MARSILLA, por la ventana.

Jardin... una ventana... y ella luego.
Jardin abierto hallé y hallé ventana;
¿Mas dónde está Isabel? — Dios de clemencia,
Detened mi razon, que se me escapa;
Detenedme la vida, que parece
Que de luchar con el dolor se cansa.
Siete dias hace hoy, ¡qué venturoso
Era en aquel salon! Sangre manaba
De mi herida, es verdad! pero agolpados
Al rededor de mi lujosa cama,
La tierna historia de mi amor oian
Los guerreros, el pueblo y el monarca,
Y entre piadoso llanto y bendiciones —
Tuya será Isabel — juntos clamaban

Súbditos y Señor. Hoy no me ofende
Mi herida, rayos en mi diestra lanza
El damasquino acero... No le traigo...
Y hace un momento que con dos me hallaba!
— Salvo en Teruel y vencedor, ¿qué angustia
Viene á ser esta que me rinde el alma,
Cuando acabada la cruel ausencia,
Voy á ver á Isabel?

ESCENA VII.

ISABEL. — MARSILLA.

ISABEL.

Por fin se encarga
Mi madre de Zulima.

MARSILLA.

¡Cielo santo!

ISABEL.

¡Gran Dios!

MARSILLA.

¿No es ella?

ISABEL.

¡El es!

MARSILLA.

¡Prenda adorada!

ISABEL.

¡Marsilla!

MARSILLA.

¡Gloria mia!

ISABEL.

¿Cómo, ay! cómo
Te atreves á poner aquí la planta?
Si te han visto llegar... ¿A qué has venido?

MARSILLA.

Por Dios... que lo olvidé. Pero ¿no basta,
Para que hácia Isabel vuele Marsilla,
Querer, deber, necesitar mirarla?
¡Oh! qué hermosa á mis ojos te presentas!
Nunca te vi tan bella, tan galana...
Y un pesar sin embargo indefinible
Me inspiran esas joyas, esas galas.
Arrójalas, mi bien; lana modesta,
Cándida flor, en mi jardin criada,
Vuelvan á ser tu virginal adorno:
Mi amor se asusta de riqueza tanta.

ISABEL, aparte.

(¡Delira el infeliz! Sufrir no puedo
Su dolorida, atónita mirada.)
¿No entiendes lo que indica el atavío,
Que no puedes mirar sin repugnancia?
Nuestra separacion.

MARSILLA.

¡Poder del cielo!
Sí. ¡Funesta verdad!

ISABEL.

¡Estoy casada!

MARSILLA.

Ya lo sé. Llegué tarde. Vi la dicha,
Tendí las manos, y voló al tocarla.

ISABEL.

Me engañaron: tu muerte supusieron
Y tu infidelidad.

MARSILLA.

¡Horrible infamia!

ISABEL.

Yo la muerte creí.

MARSILLA.

Si tú vivias,
Y tu vida y la mia son entrambas
Una sola no mas, la que me alienta,
¿Cómo de tí sin tí se separara?
Juntos aquí nos desterró la mano
Que gozo y pena distribuye sábia:
Juntos al fin de la mortal carrera
Nos toca ver la celestial morada.

ISABEL.

¡Oh! si me oyera Dios!...

MARSILLA.

Isabel, mira,
Yo no vengo á dar quejas: fueran vanas.
Yo no vengo á decirte que debiera
Prometerme de tí mayor constancia,
Cumplimiento mejor del tierno voto
Que invocando á la Madre inmaculada,
Me hiciste amante la postrera noche
Que me apartó de tu balcon el alba. —
Para tí (sollozando me decias),

¡O si no, para Dios! — Dulce palabra,
Consoladora fiel de mis pesares
En los ardientes páramos del Asia
Y en mi cautividad! Hoy ni eres mia,
Ni esposa del Señor. Dí, pues, declara
(Esto quiero saber) de qué ha nacido
El prodigio infeliz de tu mudanza.
Causa debe tener.

ISABEL.

La tiene.

MARSILLA.

Grande.

ISABEL.

Poderosa, invencible: no se casa
Quien amaba cual yo, sino cediendo
Á la fuerza mayor en fuerza humana.

MARSILLA.

Dímelo pronto, pues, dílo.

ISABEL.

Imposible.
No has de saberlo.

MARSILLA.

Sí.

ISABEL.

No.

MARSILLA.

Todo.

ISABEL.

Nada.
Pero tú en mi lugar tambien el cuello
Dócil á la coyunda sujetaras.

MARSILLA.

Yo no, Isabel, yo no. Marsilla supo
Despreciar una mano soberana
Y la muerte arrostrar, por quien ahora
La suya vende y el por qué le calla.

ISABEL, aparte.

(¡Madre, madre!)

MARSILLA.

Responde.

ISABEL, aparte.

(¿Qué le digo?)
Tendré que confesar... que soy culpada.

¿Cómo no lo he de ser? Me ves ajena.
Perdóname... Castígame por falsa, (Llora.)
Mátame, si es tu gusto .. Aquí me tienes,
Para el golpe mortal arrodillada.

MARSILLA.

Idolo mio, no; yo sí que debo
Poner mis labios en tus huellas. Alza.
No es de arrepentimiento el lloro triste
Que esos luceros fúlgidos empaña;
Ese llanto es de amor, yo lo conozco,
De amor constante, sin doblez, sin tacha,
Ferviente, abrasador, igual al mio.
¿No es verdad, Isabel? Dímelo franca:
Va mi vida en oírtelo.

ISABEL.

¿Prometes
Obedecer á tu Isabel?

MARSILLA.

¡Ingrata!
¿Cuándo me rebelé contra tu gusto?
Mi voluntad, ¿no es tuya? Dispon, habla.

ISABEL.

Júralo.

MARSILLA.

Sí.

ISABEL.

Pues bien... Yo te amo. — Véte.

MARSILLA.

¡Cruel! ¿Temiste que ventura tanta
Me matase á sus piés, si su dulzura
Con venenosa hiel no iba mezclada?
¿Cómo esas dos ideas enemigas
De destierro y de amor hiciste hermanas?

ISABEL.

Ya lo ves, no soy mia; soy de un hombre
Que me hace de su honor depositaria,
Y debo serle fiel. Nuestros amores
Mantuvo la virtud libres de mancha:
Su pureza de armiño conservemos. —
Aquí hay espinas, en el cielo palmas.
Tuyo es mi amor y lo será: tu imágen
Siempre en el pecho llevaré grabada,
Y allí la adoraré: yo lo prometo,
Yo lo juro; mas huye sin tardanza.

Libértame de tí, sé generoso:
Libértame de mí...

MARSILLA.

No sigas, basta.
¿Quieres que huya de tí? Pues bien, te dejo.
Valor... y separémonos. — En paga,
En recuerdo si no, de tantas penas
Con gozo por tu amor sobrellevadas,
Permite, Isabel mia, que te estrechen
Mis brazos una vez...

ISABEL.

Deja á la esclava
Cumplir con su señor.

MARSILLA.

Será el abrazo
De un hermano dulcísimo á su hermana,
El ósculo será que tantas veces
Cambió feliz en la materna falda
Nuestro amor infantil.

ISABEL.

No lo recuerdes.

MARSILLA.

Ven...

ISABEL.

No: jamas.

MARSILLA.

En vano me rechazas.

ISABEL.

Detente... ó llamo...

MARSILLA.

¿A quién? ¿A Don Rodrigo?
No te figures que á tu grito salga.
No lisonjeros plácemes oyendo,
Su vanidad en el estrado sacia,
No; léjos de los muros de la villa,
Muerde la tierra que su sangre baña.

ISABEL.

¡Qué horror! ¿Le has muerto?

MARSILLA.

¡Pérfida! te afliges!
¿Si lo llego á pensar, quién le librara?

ISABEL.

¿Vive?

MARSILLA.

Merced á mi nobleza loca,
Vive: apénas cruzámos las espadas,
Furiosa en él se encarnizó la mia:
Un momento despues, hundido estaba
Su orgullo en tierra, en mi poder su acero.
¡Oh! maldita destreza de las armas!
Maldito el hombre que virtudes siembra,
Que le rinden cosecha de desgracias!
No mas humanidad, crímenes quiero.
A ser cruel tu crueldad me arrastra,
Y en tí la he de emplear. Conmigo ahora
Vas á salir de aquí.

ISABEL.

¡No, no!

MARSILLA.

Se trata
De salvarte, Isabel. ¿Sabes qué dijo
El cobarde que lloras desolada,
Al caer en la lid? "Triunfante quedas;
Pero mi sangre costará bien cara."

ISABEL.

¿Qué dijo? Qué?

MARSILLA.

"Me vengaré en Don Pedro,
En su esposa, en los tres: guardo las cartas."

ISABEL.

¡Jesus!

MARSILLA.

¿Qué cartas son?...

ISABEL.

¡Tú me has perdido!
La desventura sigue tus pisadas.
¿Dónde mi esposo está? Dímelo pronto,
Para que fiel á socorrerle vaya,
Y á fuerza de rogar venza sus iras!

MARSILLA.

¡Justo Dios! Y decia que me amaba!

ISABEL.

¿Con su pasion funesta reconvienes
A la mujer del vengativo Azagra?
¡Te aborrezco! (Vase.)

ESCENA VIII.

MARSILLA.

¡Gran Dios! Ella lo dice.
Con furor me lo dijo: no me engaña.
Ya no hay amor allí. Mortal veneno
Su boca me arrojó, que al fondo pasa
De mi seno infeliz, y una por una,
Rompe, rompe, me rompe las entrañas!
Yo con ella, por ella, para ella
viví... Sin ella, sin su amor, me falta
Aire que respirar... ¡Era amor suyo
El aire que mi pecho respiraba!
Me le negó, me le quitó: me ahogo,
No sé vivir.

VOCES, dentro.

Entrad, cerrad la casa.

ESCENA IX.

ISABEL, trémula y precipitada. — MARSILLA.

ISABEL.

Huye, que viene gente, huye.

MARSILLA, todo trastornado.

No puedo.

VOCES, dentro.

¡Muera, muera!

MARSILLA.

Eso sí.

ISABEL.

Ven.

MARSILLA.

¡Dios me valga!

(Isabel le ase la mano y se entra con él por la puerta del fondo.)

ESCENA X.

ADEL, huyendo de varios CABALLEROS con espadas desnudas; DON PEDRO, MARGARITA, CRIADOS. — ISABEL y MARSILLA, dentro.

CABALLER.

¡Muera, muera!

PED. y MAR.

Escuchad.

ADEL.

Aragoneses,
Yo la sangre vertí de la Sultana;
Pero el Rey de Valencia, esposo suyo,
Tras ella me envió para matarla.
Consorte criminal, amante impía,
La muerte de Marsilla maquinaba,
La muerte de Isabel...

ISABEL, dentro.

Ay!!!

ADEL.

Ved en prueba
Esta punta sutil envenenada.
(Muestra el puñal de Zulima.)
Marsilla lo que digo corrobore.
Cerca de aquí ha de estar.

(Abrese la puerta del fondo, y sale por ella Isabel, que se arroja en brazos de Margarita. Marsilla aparece caido en un escaño.)

ESCENA XI.

ISABEL. — DICHOS.

ISABEL.

¡Madre del alma!

ADEL.

Vedle allí...

MARGARITA.

¡Santo Dios!

PEDRO.

Inmóvil...

ISABEL.

¡Muerto!

ADEL.

Cumplió Zulima su feroz venganza.

ISABEL.

No le mató la vengativa mora.
¿Donde estuviera yo, quién le tocara?
Mi desgraciado amor, que fué su vida...
Su desgraciado amor es quien le mata.
Delirante le dije: Te aborrezco:
El creyó la sacrílega palabra,
Y espiró de dolor.

MARGARITA.

Por todo el cielo...

ISABEL.

El cielo que en la vida nos aparta,
Nos unirá en la tumba.

PEDRO.

¡Hija!

ISABEL.

Marsilla
Un lugar á su lado me señala.

MARGARITA.

¡Isabel!

PEDRO.

¡Isabel!

ISABEL.

Mi bien, perdona
Mi despecho fatal. Yo te adoraba.
Tuya fuí, tuya soy: en pos del tuyo
Mi enamorado espíritu se lanza.

(Dirígese adonde está el cadáver de Marsilla; pero ántes de llegar, cae sin aliento con los brazos tendidos hácia su amante.)

JUAN DE LAS VIÑAS,

COMEDIA EN DOS ACTOS EN PROSA.

PERSONAS.

Ju an de las Vias.
Don Venancio.
Leocadia.
Don Gorgonio.
Don Lucio.
Un Alcalde.
Un Caballerizo de S. M.
Criados.
Criadas.
Alguaciles.

La accion pasa extramuros de Madrid á principios del siglo XVIII.

ACTO PRIMERO.

Vista de las afueras de Madrid desde el camino de Vallecas: en un ángulo del fondo una casilla de campo con puerta y balcon practicables.

ESCENA I.

JUAN DE LAS VIÑAS, y despues DON GORGONIO.

JUAN. Pasado el convento de Atocha, la segunda casa de campo, á la izquierda del camino de Vallecas: esta es. (Llégase y llama.) ¡Ah de la gente! ¡Ave María purísima!

GORGONIO, dentro. ¿Quién es?

JUAN. ¿No vive aquí don Gorgonio Grajales Ladron de Guevara?

GORGONIO, dentro. Está fuera.

JUAN. Pues lo que es su voz se ha quedado dentro. Si le conozco yo á usted.

GORGONIO, dentro. No puedo yo decir de usted otro tanto.

JUAN. Soy Juanillo el de Cuenca, el hijo de la señora Bárbara su vecina de usted, su administrada de usted, la que se quedó pereciendo por su maña de usted.

GORGONIO, al balcon. En efecto, es el mismísimo Juan de las Viñas, tan agudo como siempre.

JUAN. Para lo que usted guste mandar.

GORGONIO. Yo esperaba que no hubieses encontrado nunca mi casa.

JUAN. Pues ya ve usted que soy mas hábil de lo que usted se figura.

GORGONIO. ¿Y qué es lo que quieres de mí?

JUAN. No es dinero ni cosa que lo valga, porque entonces excusado era el viaje.

GORGONIO. Tú me haces justicia.

JUAN. Pero acaso tendrá usted una carta de mi madre para mí, y vengo por ella.

GORGONIO. ¿Nada mas?
JUAN. ¿Y qué mas?
GORGONIO. ¿De veras?
JUAN. ¿Me ha cogido usted alguna vez en mentira?
GORGONIO. Tienes razon: tú aunque simple, eres un buen muchacho, y si te vas pronto y no vuelves, el mejor del mundo. Aguarda, que bajo á abrir. (Aparte.) Todo lo ignora aun: no hay que andar con recelo. (Quítase del balcon.)

ESCENA II.

JUNA; y luego DON LUCIO, embozado.

JUAN. Nada ha mudado el buen señor: tan berrugo y tan desconfiado es en Madrid como en Cuenca.
LUCIO, saliendo. Mocito, mocito, mocito. ¡Caramba con el mocito! ¿Oye usted, buen hombre?
JUAN. Oigo, sí señor.
LUCIO. ¿Hace rato que anda usted por aquí?
JUAN. Sí señor.
LUCIO. ¿Ha visto usted por aquí una calesa?
JUAN. Sí señor.
LUCIO. ¿Se ha marchado ya?
JUAN. Sí señor.
LUCIO. ¿Como si el calesero se hubiese cansado de esperar?
JUAN. Sí señor, como si hubiese perdido un viaje y le hubiera salido otro.
LUCIO. ¡Carambita, carambola, caramba! ¡Maldita sea la prisa del calesero y la tardanza mia!
JUAN. Amen, por la parte que á usted le toque.
LUCIO. ¿Ha echado usted la vista hácia aquella huerta?
JUAN. No señor.
LUCIO. ¿Hácia aquella puerta falsa?
JUAN. No señor.
LUCIO. ¿No ha visto usted salir por allí una dama jóven?
JUAN. No señor.
LUCIO. ¿Una tapada?
JUAN. No señor.
LUCIO. ¿Ni asomarse á lo menos?
JUAN. Ni aun eso. — Caballerito, ¿quisiera usted decirme...?
LUCIO. ¿Cómo? ¿Usted me viene con preguntas? ¿Usted trata de sonsacarme? ¿Es usted algun espía colocado aquí por el padre de la muchacha?
JUAN. ¿Yo?
LUCIO. Si dice usted una palabra de lo que le he descubierto, si dice usted que me ha visto siquiera....

JUAN. ¿Qué sucederá entónces?

LUCIO. Tenga usted entendido que aunque me han criado para abate, soy hombre de humos.

JUAN. ¿Pretende usted que le abra yo en los cascos una chimenea?

LUCIO. A fe de Lucio Quiñones que si usted chista, le atravieso de un espadinazo. (Aparte. Voy á ver si encuentro otro calesero que fie.) ¡Carambita, carambola, caramba! (Vase.)

JUAN. El abate en ciernes amenaza y se escurre. No sé cómo me he detenido en sacar la tizona. Pero ¿quién se mete con un chisgaravís semejante?

ESCENA III.

DON GORGONIO, JUAN.

GORGONIO. Esta es la carta, la cual vino cerrada dentro de la mia. En justicia me debias abonar la mitad del porte.

JUAN. ¡Para abonos estoy! Si soy dueño de un maí.... llévele el diablo á usted.

GORGONIO. No gusto de oir juramentos ni lástimas: adios.

JUAN. ¿No quiere usted auxiliarme con un consejo?

GORGONIO. Lo que es auxiliarte, lo haria yo de muy buena gana. Dí.

JUAN. Pues, señor, ya sabe usted que mi madre poseia algunos bienes en Cuenca.

GORGONIO. Por cierto que nadie atinaba cómo los habia adquirido, excepto yo.

JUAN. Sabe usted que empezámos á venir á ménos desde que fué usted nuestro administrador.

GORGONIO. Casualidades desgraciadas.

JUAN. Y usted empezó á ir á mas.

GORGONIO. Casualidades venturosas.

JUAN. Sabe usted que abracé varias profesiones, y que me las hicieron dejar.

GORGONIO. No lo digo por alabarte; pero ¡eras tan inepto para todas!

JUAN. Inepto, sí, inepto. Lo que yo sé decir es que me puse á alcabalero; y porque no quise defraudar de sus derechos á la real hacienda, los tratantes (que no podian verme) no pararon hasta hacer que se me destituyera de órden de su majestad don Felipe V. Me puse á mayordomo de un señor; y porque no sisaba con la señora, hizo que su marido me plantara de patitas en la calle. Entré de oficial en una escribanía; y porque rehusé hacer una trampa, mi principal me aconsejó que tomara otro modo de vivir, porque no servia

para la curia. ¿Fué esto ineptitud, ó fué cumplir con mi obligacion?

GORGONIO. Cierto que tu obligacion era cobrar la alcabala; pero como los derechos eran exorbitantes, tú por servir al Rey desollabas á tus convecinos. Cierto que tu obligacion era mirar por los intereses de tu amo; pero los bienes eran del ama, y entre él y tú no le dejabais manejar un maravedí. Cierto que tu obligacion era ejercer legalmente la curia; pero la trampa que te propusieron era de las que llaman legales, y se intentaba para detener los efectos de otra de la parte contraria. Tú obraste honradamente; pero como hiciste daño, natural era que te le hiciesen á tí.

JUAN. Pues: eso mismo me decia todo el mundo; y cada vez que lo oia, me daban unos berrenchines de desesperacion, que ya. — «¡Hola!» exclamé yo entónces: «¿con que el fruto que saco de portarme bien, siguiendo los impulsos de mi corazon, es atraerme desgracia sobre desgracia, y el desprecio de las gentes por añadidura? Pues bueno; yo escarmentaré; yo me corregiré: es decir, me pervertiré, me haré malo, malísimo.»

GORGONIO. Chico, chico...

JUAN. Y cumplí mi propósito. Yo dije :«¿Soy desgraciado obedeciendo á mi natural instinto? Pues voy á hacer todo lo contrario de lo que él me dicte; ¿á ver si así tengo mas fortuna?»

GORGONIO. ¡Hombre!

JUAN. ¿Por qué le parece á usted que me hallo en Madrid?

GORGONIO. Me parece... Me parece que no lo sé.

JUAN. Pues es por una atrocidad, por una inhumanidad sin ejemplo.

GORGONIO. ¡Demonio! ¿Qué has hecho?

JUAN. Una diablura en grande.

GORGONIO. ¿Cuál?

JUAN. La obligacion de un hijo, creo que sea socorrer, mantener á su madre.

GORGONIO. Por supuesto.

JUAN. Mi madre, aunque jóven y guapa, no tenia mas recurso que yo. Pues, amigo, la he abandonado como un galopo.

GORGONIO. Sin decirle...

JUAN. Ni una palabra. Vendí unos vestidos, hice unos cuartos, me acordé de usted, y puse en un papel: «Madre, me escapo de casa y me voy á Madrid: si quiere usted enviarme su maldicion, remítamela franca de porte por conducto de don Gorgonio:» — ¿No se admira usted de mi perversidad? Admírese usted, hombre; admírese usted.

GORGONIO. Me admiro, me espanto, me despeluzno y me encierro en mi casa para no verte. Cata la cruz. (Vase.)

ESCENA IV.

JUAN.

Hace bien en huir de mí: un mal hijo es un monstruo cuya vista mata como la del basilisco. Emprendamos con la carta de madre. ¡Buenas cosas me dirá la infeliz! Que la he condenado á la miseria; que por mí va á morirse de hambre. Me falta valor para abrirla. Pero no, pícaro; ya que hiciste la iniquidad, sufre las consecuencias: lee y aguanta, ó cuélgate de una viga; que sin dinero y maldito de tu madre, nada te está mejor. Con todo, lo del ahorcamiento debe ser la postrera aleluya en la vida del hombre malo. (Abre la carta.) Poco escribe; pero será de mi flor. (Lee.) «*Juanito...*» ¡Juanito á mí! No hay duda que merezco bien esta expresion cariñosa. (Lee.) «*Juanito de mi vida...*» La bondad de mi madre me parte el corazon. (Lee.) «*Juanito de mi vida: no podias haber hecho cosa mas acertada...*» ¿Eh? Acertada, dice. (Lee.) «*No podias haber hecho cosa mas acertada ni mas agradable para mí, que separarte de mi lado.*» ¡Cosa mas particular! Me doy la enhorabuena. (Lee.) «*Yo no soy tu madre.*» ¿Qué es lo que descubro? ¡Cuánto me alegro! ¡cuánto lo siento! ¡Perder una madre que (sin serlo) me ha querido tanto! ¡Librarme del pesar de haber abandonado á mi madre! Porque no siéndolo, vamos, la escapatoria tiene otro ver. (Lee.) «*No soy tu madre: don Lucas Velez queria darme su mano...*» ¡Esas tenemos! (Lee.) «*Pero exigia que te apartase de mí; yo no me atrevia á decirte palabra, y tú me has librado de un cruel compromiso. Si quieres averiguar tu orígen, recurre al santero de San Blas, Cosme Candiles, y á don Gorgonio Grajales, valiéndote de cualquier medio, por violento que sea, para obligar al último á que se explique. Don Lucas, que es ya mi esposo...*» Por muchos años (Lee.) «*Envía con esta fecha órden á don Roque Ruiz, el mercader, para que te dé una ayuda de costa.*» ¡Jesucristo! ¡qué dicha! (Lee.) «*Y de parte de la que te amará como madre siempre, recibe la seguridad de su agradecimiento por tu fuga y su cordial bendicion.*» De rodillas, madre Bárbara, de rodillas la recibo yo, besando tu carta, ya que no tu mano. Esto es lo que se llama acertar contra todas las probabilidades. Está visto que mi sistema es bueno, y no hay mas que seguirlo.

ESCENA V.

LEOCADIA, tapada; JUAN.

Leocadia. Caballero, caballero...

Juan. Eso está en duda.

Leocadia. Caballero en duda, favorézcame usted.

Juan. ¿En qué y cómo?

Leocadia. Usted ha hablado aquí con don Lucio: usted le conocerá, usted será su amigo.

Juan. Nada ménos que eso.

Leocadia. Si tiene usted cara de amigo de todos.

Juan. Entónces tambien lo seré de usted, aunque no la conozco sino para servirla.

Leocadia. Eso es lo que yo pido y usted debe hacer: servirme.

Juan. ¡Y bien! ¿qué le pasa á usted?

Leocadia. La mayor desgracia posible. Yo vivo en aquella primera casa de labor: mi padre, que es un profesor de agricultura muy querido del Rey, muy inteligente en hortalizas y plantíos, y que nada entiende de lo demas, va á marcharse mañana con un buen empleo á las Indias.

Juan. ¿Es esa la desgracia de que usted se queja?

Leocadia. Sí señor, porque mi padre me quiere llevar consigo, y yo no quiero ir.

Juan. ¿Y por qué no quiere usted?

Leocadia. Es porque me quiero quedar.

Juan. ¿Y por qué quiere usted quedarse?

Leocadia. Porque hay una persona que no quiere que me vaya.

Juan. Que será don Lucio Quiñones.

Leocadia. ¿Ve usted como le conoce? Yo no le he dicho á usted su apellido.

Juan. Lo que yo conozco es que usted quiere mucho al señor Carambita.

Leocadia. Mucho, mucho no, porque se me antoja que es un mentecato solemne.

Juan. Basta que usted lo diga.

Leocadia. Y es pobre, segun me ha confesado.

Juan. Y es un marica, un títere, aunque no lo confiese.

Leocadia. Pero yo he vivido siempre encerrada; he cumplido diez y seis años (que me parece que ya es tiempo de tener mi cuidadillo en el alma); don Lucio es el primero que se ha presentado, y... su fortuna le ha valido.

Juan. Fortuna harto envidiable, siendo usted rica, segun supongo, de buena índole, como ya observo, y hermosa, como desearia ver.

LEOCADIA. Mi padre á veces suele exclamar mirándome.... (Se descubre.)

JUAN. ¡Divina criatura!

LEOCADIA. Eso mismo suele decir mi papá.

JUAN. ¿Qué es lo que exige usted de mí? ¿En qué puedo servirla? Mándeme usted: disponga usted de mi persona, de mi vida.

LEOCADIA. Pues óigame usted. Don Lucio queria sacarme hoy de mi casa.

JUAN. Señorita...

LEOCADIA. Va usted á decir que es muy mal hecho; ya lo sé yo: vaya si lo sé; pero hágase usted cargo de la razon.

JUAN. A ver.

LEOCADIA. Mi padre ha aceptado ese maldito empleo, que no le hace falta, y se expone á una navegacion peligrosa, á la diferencia notable del clima, á las enfermedades de aquella tierra..... Yo le he hecho estas reflexiones; pero él..... empeñado en que he de ser millonaria, aunque arriesgue su vida. ¡Mire usted para qué necesitará millones una muchacha que vive á lo labriego! ¿Cómo le estorbo yo á mi padre que se marche á América? Casándome en Madrid; porque como me quiere tanto, donde yo esté ha de vir él. ¿Y cómo me caso? Moviendo un escandalillo que no tenga otra compostura; pues pensar que si don Lucio me pide, mi padre ha de concederle mi mano, eso es pensar en un imposible, porque parece que el Rey le ha dicho á mi padre que él me casará cuando lo crea oportuno. Con que ya ve usted.

JUAN. Ya, ya. (Aparte.) La muchacha es encantadora.

LEOCADIA. Hoy habia de haber venido Lucio por mí con un coche.

JUAN. No he visto ninguno por estos contornos.

LEOCADIA. Ni yo. Solo vi una calesa; y le aseguro á usted que el tal carruaje casi casi me ha quitado las ganas de dejarme robar.

JUAN. Sí, un robo en coche ya es mas decente.

LEOCADIA. Mi padre ha tardado hoy en salir, y así no he podido salir yo hasta despues que ha salido él.

JUAN. Es natural.

LEOCADIA. Aquí entra mi pretension. ¿Quiere usted acompañarme hasta un convento de la calle de Atocha, dejarme allí y buscar á don Lucio?

JUAN. Señorita.....

LEOCADIA. Se lo estimaré á usted tanto....

JUAN, aparte. (¿Cómo resiste uno á...?) Señorita, basta que usted... (Aparte.) Pero ¿y mi sistema?

LEOCADIA. ¿Qué piensa usted?

JUAN, aparte. La obligacion del hombre es amparar á la

mujer, y eso es lo que me dicta mi corazon; pero ¿y si me cuesta caro?

Leocadia. ¿A qué se decide usted? Por Dios...

Juan, aparte. (Nada, nada; lo que debo hacer es todo lo contrario de lo que pienso.) Señorita... (Ahuecando la voz.) ¿Cómo se llama usted?

Leocadia. Leocadia Morales Valdeperal y Tomiza.

Juan. Señorita doña Leocadia Morales etcétera, ¿sabe usted que lo que me propone es un atentado contra las leyes divina y humana?

Leocadia. Sí señor, es verdad; pero....

Juan. ¿Sabe usted que la obligacion de una hija es hacer en todo y por todo la voluntad de su padre?

Leocadia. ¿Qué duda tiene? Yo lo confieso.

Juan. ¿Sabe usted que no hay cosa mas sagrada que un padre capaz de sacrificar sus comodidades, su salud, su vida acaso, por el bienestar de su hija?

Leocadia. ¿No lo he de saber? Si yo propia....

Juan. ¡Y usted ahora, sin reparo, sin remordimiento ninguno, proyecta hacer á ese padre amoroso una ofensa tan grave! ¿Qué pensará cuando vuelva y no la encuentre á usted en casa?

Leocadia. ¡Ay Jesus! no me lo recuerde usted.

Juan. ¿Qué dirá cuando sepa que ha huido usted con un pisaverde, indigno de merecer ese ingenuo corazon, ese tesoro de gracias y de hermosura?

Leocadia. ¡Oh! no me adule usted para reñirme.

Juan. ¡Teme usted que la vida de su buen padre peligre en América! ¿Y el sentimiento que ahora le va usted á dar? ¿no basta para acabar con sus dias?

Leocadia. ¡Qué horror!

Juan. ¿Y por qué es todo? ¿Por que la violencia de una pasion irresistible la arrastra á usted á cometer ese crímen? Ni aun esa disculpa tiene usted. Usted no ama verdaderamente á don Lucio; usted no puede ni debe amarle. Y entónces ¿qué espera usted de un vínculo que la honestidad reprueba y que el amor no justifica?

Leocadia. ¡Ah! perdon, perdon: no añada usted mas. Dios le ha enviado á usted para librarme de mi pérdida; usted es mi santo tutelar, usted es sin duda mi ángel custodio.

Juan, aparte. ¡Vaya un angelito!

Leocadia. Ahora conozco que soy una loca, una hija ingrata. Yo repararé mis desaciertos, yo renunciaré á ese imprudente capricho que deslumbraba mi razon. Perdóneme usted en nombre del cielo y de mi padre. (Se arrodilla.)

Juan. No obtendrá usted mi perdon si al momento no se vuelve á su casa.

LEOCADIA. Bien, sí señor, me volveré: lo que usted quiera, como usted quiera.

JUAN. Alce usted, vamos.

LEOCADIA. Pero no le diga usted nada á mi padre.

JUAN. Eso, señorita...

LEOCADIA. ¡Ay! aquí viene: yo me escapo ántes que me vea. Por Dios no le diga usted nada, no me pierda usted. (Vase.)

ESCENA VI.

DON VENANCIO, JUAN.

VENANCIO, aparte. (¡Mi hija fuera de casa, y hablando con un desconocido!) Hidalgo, palabra.

JUAN. ¿Qué se le ofrece á usted?

VENANCIO. Aquella niña que va hácia allí corriendo, es rama de este tronco.

JUAN. ¡Hombre! ¿tronco es usted?

VENANCIO. Quiero decir que es mi hija.

JUAN. ¡Ah! Muchas con salud.

VENANCIO. Han estado ustedes hablando.

JUAN. Largo y tendido, sí, señor.

VENANCIO. ¿Qué asuntos tienen ustedes que ventilar?

JUAN, aparte. (La otra me ha dicho que calle, y es lo que deberia hacer; por lo mismo no lo hago.) ¿Qué asuntos, eh? Asuntos que le tocan á usted bien de cerca, asuntos de honra.

VENANCIO. Esos se deben tratar con el padre, no con la hija.

JUAN. Ya; pero cuando el padre no cumple con su obligacion...

VENANCIO. ¿Cómo que no cumplo con ella? Mi huerta es la mejor cuidada de la provincia, mis verduras y mis plantíos son la envidia de todos.

JUAN. Sí señor: pero miéntras usted se embebece plantando brécoles y sembrando pepinos, no sabe lo que ocurre en su casa.

VENANCIO. ¿No sé lo que ocurre? Explíquese usted.

JUAN. Su hija de usted está enamorada.

VENANCIO. ¿Sin aguardar el real permiso?

JUAN. A la cuenta no será necesario para querer.

VENANCIO. Pero si es una flor todavía en capullo, una mocosilla que hace seis meses jugaba con las muñecas.

JUAN. Ya es con muñecos.

VENANCIO. ¿Y quién es el que la levanta de cascos?

JUAN. El muñeco que la levanta de cascos es un tal don Lucio Quiñones: ¿le conoce usted?

VENANCIO. Ni en rama ni en grano.

JUAN. Aunque le conociera usted en polvo, nada perdíamos. Pues, señor, como su hija de usted se habia encaprichado de ese doncel, le hacia muy poca gracia el irse con usted hasta el otro mundo.

VENANCIO. Por eso seria el oponer tantas objeciones al viaje.

JUAN. Cabalito. Y viendo que usted las desechaba, ¿sabe usted lo que habian determinado los dos amantes?

VENANCIO. Acabe usted, que tiemblo como la hoja en el árbol.

JUAN. Pues no era mas que trasponer el chico á la chica y acudir al Vicario.

VENANCIO. ¿Trasponerla? Es decir, trasplantarla: es decir, un rapto.

JUAN. Yo lo he impedido.

VENANCIO. ¿Usted?

JUAN. Yo, sí señor: he sabido el lance por una casualidad, he echado un buen sermon á Leocadia, y la he puesto mas blanda que un guante.

VENANCIO. Eso de ponerla blanda corre de mi cuenta. ¡Infame! ¡atrevida! La he de empozar como el cáñamo, la he de enterrar como la escarola, le he de quitar á golpes la vida.

JUAN. Lo que es una buena felpa, merecida se la tiene.

VENANCIO. ¿Cómo? ¿Usted aprueba que maltrate á mi hija? ¡Qué sospecha! ¿Será usted otro amante suyo, zeloso del otro?

JUAN, aparte. (Sin querer, la he salvado de una tollina.) Y bien: ¿y qué? ¿tendria algo de particular?

VENANCIO. Tendria y mucho. ¿Es usted digno de ingertarse en mi casta?

JUAN, con graciosa petulancia. No señor.

VENANCIO. A lo ménos es usted franco. — ¿Es usted noble?

JUAN. No conozco á mis padres.

VENANCIO. ¿Tiene usted bienes?

JUAN. Treinta dias al mes, ropa puerca y bolsa limpia.

VENANCIO. ¿Y con esas cualidades se atreve usted á poner los ojos en mi hija?

JUAN. ¿Y porqué no? Querer por querer, un pordiosero puede adorar á una princesa. Yo hasta ahora no he dicho palabra á su hija de usted.

VENANCIO. ¿No? ¡Y me lo dice usted primero á mí! Hombre, no puedo ménos de confesar que así proceden las personas de honor y de juicio: y esto me previene mucho en favor de usted.

JUAN. ¡Qué! si ustedes se van mañana de este país, y yo me quedo. A muertos y á idos...

Venancio. Cierto: de un amor semejante, ¿quién puedo ofenderse? Amigo mio, su ingenuidad de usted me ha interesado muchísimo, y la extrañeza de su conversacion ha mitigado la ira que me inspiró la temeridad de Leocadia. Usted con un poco de cultivo, con algo de poda, seria un árbol de provecho. ¿Gusta usted de decirme su nombre?

Juan. Juan de las Viñas.

Venancio. Me gusta el apellido por sus consecuencias. ¿Con quién se trata usted en Madrid?

Juan. Don Gorgonio, el que vive aquí, me conoce.

Venancio. ¿Quiere usted hacerme el favor de pasar á mi huerta y aguardarme allí un momento?

Juan. No tengo inconveniente.

Venancio. Pues hasta luego.

Juan. Hasta despues. (Vase.)

ESCENA VII.

DON VENANCIO.

(Llamando en casa de don Gorgonio.)

Señor vecino. — Vaya con la muchacha, ¡qué de vicio va echando! En descuidándose con las hijas, al momento se le plagan á uno de pulgon. Ya se ve, el mismo encierro en que ha vivido, la falta de madre, su propia sencillez, su atolondramiento... Hija de padre al fin.

ESCENA VIII.

DON GORGONIO, DON VENANCIO.

Gorgonio, al balcon. ¿Era usted, señor don Venancio?

Venancio. ¿Me permitirá usted que le haga pregunta?

Gorgonio. Con muchísimo gusto: bajo al momento. (Quítase del balcon.)

Venancio. El Rey me dijo ayer que le pidiese una gracia por despedida: ese chico me ha salvado la honra: voy á hacer una cata en él para tantear su fondo; y si me sale bueno, he de pedir á su majestad que le conceda un destino.

Gorgonio, saliendo. ¿Qué me tiene usted que mandar?

Venancio. Acabo de hacer conocimiento con un jóven muy extravagante, una especie de camueso silvestre...

Gorgonio. Por las señas no puede ser otro que Juan de las Viñas.

Venancio. Justo: me ha dado cuenta de que ronda á mi chica un tal don Lucio; me ha confesado que él la quiere tambien; y me ha petado tanto el diantre del mozo, que si

usted me da buenos informes de él, no me pongo en camino hasta sacarle un empleo en América.

GORGONIO. ¿Trata usted de llevarle á América? (Aparte. ¿Qué mas pudiera yo desear?) Señor don Venancio, Juanito es un mozo de provecho, honrado, fiel, incapaz de hacer una trampa, incapaz de ensuciarse las manos con tizne de moneda. Envíele usted á Indias, envíele usted.

VENANCIO. Pero su familia...

GORGONIO. Excelente, me consta.

VENANCIO. ¿Sí? Pues está usted mas adelantado que él mismo. Diga usted, diga usted.

GORGONIO, aparte. (¡Maldita imprudencia!) Quise decir que me parecia... Hay probabilidades... pero faltan las pruebas. ¿Y qué le hace la familia para la persona? El muchacho es bueno: sáquele usted de España, créame usted: aquí hay Viñas de sobra y en América no.

VENANCIO. Queria yo conocer á fondo su cepa.

GORGONIO, aparte. (¡Qué demonio!) Acaso le podrá dar á usted noticias el mercader don Roque Ruiz.

VENANCIO. ¿Don Roque? No necesito mas: gracias por todo.

GORGONIO. No hay de qué... (Vase don Venancio.) Las noticias que adquiera de don Roque, serán harto vagas; pero no hallando otras, habrá de contentarse con ellas. Lo que es yo, libre está que declare mas. ¡Guarda!

ESCENA IX.

DON LUCIO, DON GORGONIO.

LUCIO, aparte. (Los caleseros se niegan á servirme de balde, y la hora ha pasado: que salga Leocadia y nos iremos á pié.) Buen viejo, ¿ha visto usted pasar por aquí á su hermosa vecina?

GORGONIO. ¿Doña Leocadia? Sí, ha salido y se ha vuelto.

LUCIO. ¡Carambita! ¿Salió sola?

GORGONIO. Sola salió; pero aquí encontró compañía.

LUCIO. ¿Compañía? ¿Quién?

GORGONIO. Un jóven.

LUCIO. ¿Un jóven? Y por casualidad, ¿sabe usted...? ¿Les oyó usted algo?

GORGONIO. No; pero presumo cuál seria el objeto de la conversacion.

LUCIO. ¡Me importaria tanto...!

GORGONIO. ¿Es usted por ventura el don Lucio que pretende á Leocadia?

LUCIO. Silencio, que va usted á perderme.

GORGONIO. No, eso ya está hecho; nada tiene usted ya que perder.

LUCIO. ¿Pues cómo?

GORGONIO. El jóven que habló aquí á doña Leocadia, que es un tal Juan de las Viñas, hijo presunto de Bárbara Robles, vecina de Cuenca...

LUCIO. Sí, bien: ¿qué?

GORGONIO. Ese ha descubierto su amor de usted, y ha dado parte á don Venancio.

LUCIO. ¡Cielos!

GORGONIO. Ese quiere tambien á Leocadia.

LUCIO. ¿Es posible?

GORGONIO. Don Venancio lo sabe, y supongo que aprobará su amor cuando trata de emplearle en América, adonde él se va.

LUCIO. ¿Con que mi rival se interpone entre mi ídolo y yo, y se alza con la proteccion del papá? ¡Carambita, caramba! Es menester que uno de los dos deje de existir.

GORGONIO. Nada perderia yo en que fuese el otro... Mírele usted por dónde viene.

LUCIO. ¿Aquel? Ya le conozco, el de ántes, el de sí señor y no señor, el que queria hacerme una chimenea en el occipucio. Me las ha de pagar.

GORGONIO, aparte. Por sí ó por no, estaré á la mira. (Vase á su casa. y quédase acechando detras de la puerta, que entreabrirá una ú otra vez durante la escena siguiente.)

ESCENA X.

JUAN, DON LUCIO; DON GORGONIO, dentro.

JUAN, sin ver á don Lucio. Vaya que el don Venancio me ha dejado confuso. Que recoja mis papeles y todo lo que me pertenezca. Pues, señor, iré primeramente á San Blas, á ver si me da luces Cosme Candiles.

LUCIO. Señor don Juan de las Viñas...

JUAN. Señor don Lucio Quiñones...

LUCIO. Ya lo sé todo.

JUAN. ¡Dichoso usted que nada tiene ya que aprender!

LUCIO. Usted ha estorbado la fuga de Leocadia, porque es mi rival.

JUAN. ¿Eh?

LUCIO. Sí señor, porque usted la quiere.

JUAN. Santo varon, desengáñese usted... (Aparte.) Pero, ¿qué iba á decirle? Todo al reves.

LUCIO. ¿De qué me he de desengañar? Vamos.

JUAN. De que Leocadia no es para usted.

LUCIO. ¡Oh! no confíe usted en el favor del padre, no crea que porque él le agencie á usted un empleo en América...

JUAN. ¿Empleo en América? Ahora comprendo: esto es lo que me queria dar á entender con tantos circunloquios.

LUCIO. ¿Con que aun no lo sabia usted?

JUAN. No, amigo don Lucio; á usted debo tan agradable noticia.

LUCIO. ¡Y soy yo quien se la participa! — Señor don Juan, yo necesito desahogar mi bílis: yo necesito hacerle á usted algun daño en trueque del que me hace. Yo no soy quimerista; pero estoy furioso, rabioso, reventando de odio y mala voluntad. Si usted no mide conmigo su espada, es un hombre sin honor.

JUAN. Oiga usted.

LUCIO. Un vil cobarde, un gallina.

JUAN. Oiga usted, seor abate renegado, véngase detras de aquellas tapias, y verá quién soy. (Vase.)

LUCIO. Al momento voy, al momento. ¡Carambita con el abridor de chimeneas! Pero Leocadia sale por allí sola: aprovechemos la ocasion. (Va á recibirla.)

GORGONIO, saliendo de su casa. ¡Un desafío! Esto es mejor que el viaje de América para librarme del Juanito dichoso. Avisemos al alcalde de las afueras. (Vase.)

ESCENA XI.

LEOCADIA, DON LUCIO.

LUCIO. Leocadia mia, sígueme: aun es tiempo.

LEOCADIA. Ya no lo es: mira hácia aquella puerta.

LUCIO. ¡Carambita! ¿Es tu padre el que está allí medio asomado?

LEOCADIA. El es, y de su parte vengo á hablar contigo.

LUCIO. ¡Carambola! ¿Y por qué? ¿y para qué?

LEOCADIA. Para pedirte buenamente que renuncies á mi cariño: solo á este precio me perdona mi padre.

LUCIO. Falsa, no es verdad eso: ya sé la verdad: tu nuevo amante acaba de confesármelo.

LEOCADIA. ¿Cuál nuevo amante?

LUCIO. Ese Juan de las Viñas, que ha trastornado mis planes para afirmar los suyos.

LEOCADIA. ¡Calla! ¿Con que todo lo que me dijo fué por estar enamorado de mí?

LUCIO. ¿Luego no lo sabias?

LEOCADIA. Si hasta ahora no se me ha declarado.

LUCIO. ¡Y soy yo quien le sirve de intérprete!

LEOCADIA. ¡Qué disimulado! ¡qué astuto! Mira, Luciito mio, no te enfades; pero francamente, ese Juan de las Viñas sabe mas que tú.

LUCIO. Eso es, alábale en mis barbas.

LEOCADIA. Y lo que es de persona...

LUCIO. ¡Carambita, carambola, caramba!

LEOCADIA. Con que si llego á quererle, no podrás decir que te he dado un sucesor indigno. Adios, y consuélate con ese recuerdo que te envía mi padre. (Le da una cartera y vase.)

LUCIO. Un recuerdo... ¡una cartera! (La abre.) Libranzas contra don Roque Ruiz. ¡Librancitas á mi, y en tal circunstancia! Las haré mas añicos.... No, no; las hará añicos don Roque, si quiere, despues que yo las haya cobrado.

ESCENA XII.

JUAN, por un lado; DON GORGONIO, el Alcalde de las afueras y Alguaciles por otro; DON LUCIO.

JUAN. Señor don Lucio....

GORGONIO, aparte al alcalde. Aquel es el retador, aquel es el verdadero culpable. (Señalando á Juan.)

ALCALDE. Estad á la vista, corchetes.

LUCIO. Señor mio ... (Aparte.) Este pagará por las libranzas.

JUAN. Vengo á buscar á usted.

GORGONIO, bajo al alcalde. Ya oye usted: él le busca.

LUCIO. Señor mio, vamos allá. Aunque he estado á pique de ser abate como decia, nuestro desafío ha de ser á muerte, como decia...

JUAN. Si usted decia eso, yo no lo oí, y yo no lo digo: no admito el duelo.

GORGONIO, aparte. ¡Maldito seas!

ALCALDE, aparte á don Gorgonio. Hombre, esto no es lo que usted me dijo.

LUCIO. ¿Con que usted no admite el duelo? (Aparte. Este es el momento de gallear.) Yo le he ofendido á usted, y estoy en ánimo de ofenderle verbal y manualmente, y cualquiera en su lugar....

JUAN. Es que yo hago lo contrario de lo que haria cualquiera.

LUCIO. Si usted no saca al punto la espada, le hago picadillo con esta. (La saca.)

JUAN. En ese caso, porque usted no me pique... ya me pico yo. (Saca la espada y las cruzan los dos.)

ALCALDE, corriendo á ellos. Ténganse al Rey. Prendedlos, desarmadlos. (Los alguaciles los desarman.) Les hemos oido á ustedes.

LUCIO, aparte. ¡Buena la hice!

JUAN, aparte. ¡Acerté en negarme!

ALCALDE. Señores, ustedes sabrán la severidad de las leyes contra el duelo, y si no lo saben, yo lo sé y basta. Usted (á don Lucio) que es el provocador, no merece miramiento ninguno: irá usted á la cárcel. Usted (á Juan) que ha resistido el duelo, podrá quedar bajo fianza en una casa segura.

JUAN. En la del señor, por ejemplo. (Por don Gorgonio.)

GORGONIO. En la mia no, en la de don Venancio.

LUCIO, aparte. ¡Cielos! ¡con Leocadia!

JUAN, aparte. ¡Con Leocadia!

ALCALDE, á un alguacil. Acompañe usted al señor á casa de don Venancio. (A don Lucio.) Y usted venga conmigo.

LUCIO. ¡Carambita, carambola, caramba! (Vanse.)

ACTO SEGUNDO.

Sala en casa de don Venancio.

Dos puertas laterales y una ventana. Otra puerta en el fondo. Un biombo cubriendo un ángulo donde hay un tocador.

ESCENA I.

DON VENANCIO, DON GORGONIO.

GORGONIO. Por estas razones me pareció que el muchacho estaria mejor en su casa de usted que en la mia.

VENANCIO. Sí, sí: diga usted que los dedos se le antojan huéspedes, y no diga mas. Usted debia fiarle porque le conoce mejor que yo.

GORGONIO. A usted le gusta y á mí me encora.

VENANCIO. Usted se queda aquí, y yo me voy mañana.

GORGONIO. ¿No me ha dicho usted que seria capaz de suspender el viaje hasta sacarle á Juan un destino?

VENANCIO. Ya se le he sacado, ya he visto al Rey. ¿Le parece á usted que si se forma causa sobre el duelo, me serviria de plato de gusto detenerme para custodiar á ese señorito?

ESCENA II.

LEOCADIA, dichos.

LEOCADIA. Ya está corriente la habitacion para el arrestado.

VENANCIO. ¡Qué hacendosa andas tú hoy, por no hallarte á solas conmigo! ¿Creerá usted que se ha compuesto de modo que aun no he tenido ocasion de reñirla?

LEOCADIA. ¿Qué hay que reñir? Si yo he delinquido, tambien he satisfecho. Usted prometió perdonarme si despedia á don Lucio: le despedí: estamos en paz.

VENANCIO. Eso es: todavía habrá que darte dinero encima. — Señor don Gorgonio, yo ando de prisa, y con los preparativos del viaje y con el huésped, tengo toda la gente ocupada. ¿Quisiera usted llegarse á la tienda de don Roque Ruiz y decirle que no se olvide de comunicarme las otras noticias que me ha ofrecido acerca de Juan?

GORGONIO. Con sumo gusto.

VENANCIO. Y perdone usted la molestia.

GORGONIO. Adios, señores.

VENANCIO. Abur.

LEOCADIA. Mucho se entretiene por allá nuestro preso. ¡Ah! ya sale aquí.

ESCENA III.

JUAN, DON VENANCIO, LEOCADIA.

LEOCADIA. ¿Qué le ha parecido á usted el cuarto? Lo he arreglado yo.

JUAN. Está como de mano de usted. Pero ¡qué incomodidades he venido á causar! Ustedes están de marcha, y habrán tenido que deshacer lios, desempaquetar trastos...

LEOCADIA. Favor que nada cuesta no es de estimar.

JUAN. Señor don Venancio, ¿daré yo ocasion á que usted retarde su marcha?

LEOCADIA. ¿Y qué importaria?

VENANCIO. Sí importaria algo; pero segun discurro, no hay que temer. A estas horas suelen sus majestades bajar de paseo al convento de Atocha: iré y daré cuenta al Rey de ese desafío; y aunque ya hoy le he molestado con una peticion, estoy seguro de que mandará poner á usted libre.

LEOCADIA. Sí, sí, papá: no se pierda el tiempo: corra usted.

VENANCIO. Llevaré de camino un ramo de flores para la Reina, lo mejor de mi estufa; las voy á coger. (Aparte á Juan.

Haga usted por desagradar á Leocadia, y se viene usted conmigo á las Indias.) Haz tú compañía al señor.

LEOCADIA. Cuanto usted quiera, papá. (Vase don Venancio.)

ESCENA V.

JUAN, LEOCADIA.

LEOCADIA. ¿Gusta usted de que nos sentemos?

JUAN. Un preso está á la disposicion de su alcaide.

LEOCADIA. En efecto, el alcaide (ó la alcaidesa) ahora soy yo. En virtud, pues, de mis facultades... siéntese usted ahí.

JUAN. Obedezco sin réplica.

LEOCADIA. ¿Se le hace á usted muy dura la cárcel?

JUAN, aparte. (El padre me propone que la disguste; con que debo procurar agradarla.) ¡Ay Leocadia hermosa! Lo que yo sentiré es que tan dulce cautiverio no dure siempre.

LEOCADIA. ¿De veras?

JUAN. ¿Duda usted de mí?

LEOCADIA. Deberia dudar, sí señor: ¡es usted tan misterioso, tan reservado!

JUAN. ¿Reservado yo? Por lo regular suelo decir cuanto me pasa al primero que llega.

LEOCADIA. Pues, y al propio tiempo suele usted guardar con la persona mas interesada un silencio obstinado.

JUAN. ¿Tiene usted alguna queja de mí?

LEOCADIA. Si le parece á usted que no hay por qué...

JUAN, aparte. ¿Si se habrá persuadido tambien que la quiero?

LEOCADIA. ¡Declararse con don Lucio, y no tener confianza conmigo?

JUAN, aparte. ¡Ciertos son los toros!

LEOCADIA. Al diantre se le ocurre elegir por confidente á su opositor. ¿Qué habia de resultar? un lance, de fijo. Si hubiese habido muerte ó heridas, ¿quién hubiera tenido la culpa?

JUAN, con tono sentimental algo afectado. La desgracia que sin cesar me persigue.

LEOCADIA. ¿Su desgracia de usted? Pues cierto que debe usted quejarse. Sin haber dicho esta boca es mia, se halla usted instalado en casa, con honores de favorito del padre y de predicador de la hija: ya es avaricia pretender mas.

JUAN, aparte. (A una indirecta de esta especie debia uno echarse á sus piés y declararle su amor: yo todo al contrario.) Señorita, (levantándose) las quejas de usted, que serian capaces de sacar de sus casillas á un anacoreta, me ponen en un extraño conflicto. Yo, señorita, soy un hombre particular,

singular, exótico, (como diria don Venancio): soy un hombre que siente en el corazon ciertos arranques centrípetos, y luego en la cabeza ciertos sacudimientos centrífugos: hombre sistemático, problemático, tal vez lunático: hombre cuya razon y cuyos afectos andan tornapuntados... y entre sus afectos y su razon, entre la inclinacion impulsiva y la voluntad repelente... no sabe cómo demonios salir de la trapisonda en que se ha metido.

LEOCADIA. Habla usted que da envidia oirle; pero... ¿qué quiere usted decir?

JUAN. Señora, lo que digo es que entre su padre de usted por un lado, y usted por otro lado, y don Lucio por otro lado, y yo por otro, que son los cuatro costados de mi posicion, estoy aquí preso con muchísimo gusto... digo, contra mi santísimo gusto... me alegro, y lo siento... y... Cada vez me voy embrollando mas.

LEOCADIA. Ya varía eso algo de lo que decia usted ántes. Al principio afirmó usted que se alegraba infinito de hallarse preso, y ahora veo que en parte se alegra y en parte lo siente. Pues lo que es yo, le prometo hacer que la prision dure todo lo posible: si á usted le agrada, para complacerle; y si no, para castigarle de sus enredos.

JUAN. ¡Oh! eso será lo que tase un sastre. Si se me antoja salir, ¿quién me detiene?

LEOCADIA. Amiguito, en nombre de su majestad ha sido usted preso: la obligacion de un buen vasallo es respetar la justicia del Rey.

JUAN. Es que yo...

LEOCADIA. Y la obligacion de un arrestado es no comprometer á su fiador.

JUAN. Eso basta para que haga yo todo lo contrario.

LEOCADIA. ¿Tratará usted de fugarse?

JUAN. Andandito.

LEOCADIA. Cerraré las puertas. (Va á cerrarlas.)

JUAN. Brincaré por la ventana.

LEOCADIA. No salte usted, no, que se hará usted daño. ¡Ah!

(Salta Juan por la ventana.)

ESCENA V.

DON VENANCIO, LEOCADIA.

VENANCIO. ¿Por qué chillas?

LEOCADIA. ¡Ay papá! ¡qué picardía tan grande! ¡qué insulto! Enfádese usted. Consuéleme usted.

VENANCIO. ¿De qué? ¿Por qué? ¿Ha entrado algun rebaño en la huerta?

LEOCADIA. No señor, no ha habido entrada sino salida: el arrestado se ha ido de casa sin hacerme caso.

VENANCIO. ¿Juan de las Viñas?

LEOCADIA. Juan de las Viñas, sí señor, que se ha portado como un Juan Portal.

VENANCIO. ¡Lindo! Si el Rey no le indulta, vienen á tomarle declaracion: no podré presentarle, y me veré en un descubierto con la justicia.

LEOCADIA. Sí señor: á eso nos expone.

VENANCIO. ¡Voto á la cebolla del azafran! ¡Y yo que no estaba léjos de aclimatar á ese cermeño en mi casa!

LEOCADIA. ¡Y yo que he estado bien cerca de decirle que le queria!

VENANCIO. ¿Eso ibas á hacer, cabeza de chorlito?

LEOCADIA. Como me habian asegurado que él me queria á mí...

VENANCIO. ¿Quién te lo ha contado?

LEOCADIA. Don Lucio.

VENANCIO. ¿Y de quién lo sabia don Lucio?

LEOCADIA. De quien no podia equivocarse, de Juan.

VENANCIO. Juan me juró á mí que en su vida te habia dicho palabra.

LEOCADIA. Eso es verdad: ni aun ahora se ha explicado tampoco.

VENANCIO. ¿No? (Aparte. Ya lo entiendo: como le mandé que la disgustase, ha huido para desairarla.) Pues, hija mia, cuando un mozo de las prendas de señor don Juan de las Viñas, ha sido capaz de abandonar la casa de su fiador, sus razones le habrán asistido: respetémoslas.

LEOCADIA. ¡Con que usted ya le disculpa!

VENANCIO. No me pregunte usted, no sonsaque usted á su padre.

LEOCADIA. ¡Ah! ya lo entiendo yo tambien. Usted le habrá exigido palabra de callarme su amor; y el pobrecillo, por no faltar á su promesa, y temiendo caer en la tentacion, ha recurrido al ingenioso arbitrio de la fuga.

VENANCIO, aparte. ¡Qué penetracion de chica! Toda ha salido á mí.

LEOCADIA. ¿Quién no ha de admirar un sacrificio tan grande? ¿quién no ha de querer á un jóven tan virtuoso?

VENANCIO. Niña, niña, usted sabe cuántas veces el Rey ha prometido casarla. Usted no debe querer sino á quien mande el Rey.

LEOCADIA. Yo le rogaré que me mande querer á Juan.

VENANCIO. Tú mereces otra cosa mejor.

LEOCADIA. Esa es vanidad de padre. Usted ha confesado que pensaba instalar en casa á mi prófugo.

VENANCIO. Sí, pero ¿por qué? Porque como él te queria, y yo pensaba que tú á él no, ninguno mejor para espantajo, digo, para vigilante tuyo y de tus pretendientes.

LEOCADIA. Por no hacer de espantajo, se habrá espantado él.

ESCENA VI.

El Alcalde, Dichos.

ALCALDE. Señores, señores, ¡gran novedad!

VENANCIO. ¿Lo dice usted por la escapatoria del preso?

ALCALDE. Tranquilícese usted: don Juan se ha encontrado conmigo al salir, y que quieras que no, le he hecho volver.

LEOCADIA. ¡Ah!

VENANCIO. ¡Hola!

ALCALDE. Leyendo queda un pliego que le ha traido un dependiente de la Real Casa.

VENANCIO, aparte. Su nombramiento.

ALCALDE. La novedad que vengo á anunciarles á ustedes, es que don Lucio se halla ya libre.

VENANCIO. ¿Don Lucio libre?

LEOCADIA. Pues entónces Juan....

ALCALDE. Queda libre tambien, por supuesto. Es lo único que le he dicho de cuanto pasa.

LEOCADIA. Pero ¿qué pasa?

ALCALDE. Que al entrar yo en Madrid con don Lucio y los alguaciles, tropezámos con sus majestades que paseando á pié, venian á Atocha.

VENANCIO. En efecto, nada tenia de particular.

ALCALDE. Don Lucio atropella á su escolta, corre y se echa á los piés del Rey pidiéndole indulto. «¿Qué has hecho?» preguntó su majestad entre bondadoso y rígido. — «Señor, es un desafío; no ha habido sangre; apénas hemos llegado á cruzar las espadas: el alcalde lo puede decir.» — Yo declaré que era verdad. — «¿Y quién es el...?» — «El que ha reñido contigo», queria decir el Rey; pero la Reina le interrumpió diciendo con gracia: «No preguntes quién es él, sino quién es ella.»

VENANCIO. ¡Hola! ¿Con que la Reina...?

ALCALDE. Al momento adivinó que habia dama por medio.

LEOCADIA. ¿Y qué les respondió don Lucio?

ALCALDE. ¿Qué habia de responder? que el duelo habia provenido de tener zelos él de un galan mas afortunado, y que la dama era doña Leocadia Morales.

VENANCIO. ¡Pues! ya saben los Reyes tus devaneos. ¡Buen escándalo das!

Alcalde. «¿Leocadia?» exclamó el Rey, «ya la conozco: es una muchacha muy linda.»

Venancio, con enfado. Favor de su majestad.

Alcalde. «Una niña muy loca», añadió la Reina.

Leocadia. Favor de su majestad.

Alcalde. Con esto el Rey alargó benignamente la mano á don Lucio, pronunciando el: «Yo te perdono.»

Venancio. ¡Qué Rey tan bueno!

Alcalde. Y volviéndose á mí, me dijo: «Cuéntale á Morales el lance; adviértele que se divulgará al momento, porque nos han oido mas de treinta personas; y aconséjale en mi nombre que trate de que su hija se case al punto con el que ella prefiera.»

Leocadia. ¡Qué Rey tan bueno!

Alcalde. Con que le cuento á usted el lance, le advierto que se divulgará al momento, porque lo han oido mas de treinta personas, y le aconsejo en nombre de su majestad que trate usted de que la niña se case con el que ella prefiera.

Venancio. Pero, señor, si me voy de Madrid mañana.

Leocadia. ¿Si querrá su majestad que me case hoy?

Alcalde. Su majestad me anunció por último que enviaria desde Atocha sus órdenes.

Leocadia. ¡Ay papá! mire usted: un caballerizo de su majestad.

ESCENA VII.

Un Caballerizo de su majestad, Dichos.

Caballerizo. El señor don Venancio Morales.

Venancio. Caballero caballerizo, yo soy.

Caballerizo. Su majestad me manda prevenir á usted que habiendo consultado con el señor arzobispo, que estaba en Atocha, su excelencia dispensa las amonestaciones: y esperan á usted, á su hija y al novio para desposarlos dentro de media hora.

Venancio. ¡Dentro de media hora!

Caballerizo. El señor alcalde será el padrino. Tal es la órden de su majestad. (Vase.)

ESCENA VIII.

DON VENANCIO, LEOCADIA, el Alcalde; luego Criados y Criadas.

Leocadia. ¡Dios mio! ¡yo novia de real órden!

Alcalde. ¡Yo padrino!

Venancio. ¡Yo suegro!

Leocadia. Su majestad lo manda: no hay mas que obedecer.

ALCALDE. No hay mas que obedecer.
VENANCIO. No habrá otro recurso.
LEOCADIA, llegándose á una puerta. Juana, Manuela, Martina.
VENANCIO, llegándose á otra puerta. Andres, Tomas.
ALCALDE, asomándose á la ventana. Cabo de ronda, que le dé á usted mi ama de gobierno el vestido de gala. Corra usted; que es cosa del real servicio. (Salen por distintas puertas tres criadas y dos criados.)
CRIADOS. ¿Manda usted, señor?
CRIADAS. ¿Manda usted, señorita?
VENANCIO. La casaca de corte, la peluca de sacatrapos: pronto. (Vanse los criados.)
LEOCADIA. Que abran, que descerrajen los cofres: traedme el jubon, la basquiña y la mantilla del Córpus. (Vanse las criadas.)
ALCALDE. Aquella bendita mujer no va á saber dónde están las hebillas. (Vase.)
VENANCIO. ¡Media hora para escoger un yerno!
LEOCADIA. ¡Media hora para peinarse y vestirse! ¡imposible!
VENANCIO. Y no hay que darle vueltas: su majestad quiere que case á la chica con el que ella prefiera.
LEOCADIA. Papá, ahora que me acuerdo: ¿á quién he de preferir yo? No venga usted luego diciendo que no me he casado á su gusto: decídalo usted.

ESCENA IX.

JUAN, DON VENANCIO, LEOCADIA.

JUAN. Leocadia, ya ve usted que no me he escapado muy léjos. — Señor don Venancio, acabo de recibir una real órden...
VENANCIO. Yo otra.
LEOCADIA. Yo puedo decir que otra tambien.
JUAN. La mia es un nombramiento.
LEOCADIA. La mia es una facultad de nombrar.
JUAN. A usted (por don Venancio) debo sin duda que cambie mi suerte con una novedad tan feliz.
VENANCIO. Hay mas novedades.
LEOCADIA. El Rey está en Atocha.
VENANCIO. Y la Reina tambien.
LEOCADIA. Y el arzobispo tambien.
VENANCIO. Y tendremos que ir nosotros tambien.
LEOCADIA. Pues, tambien nosotros. El primero mi papá.
VENANCIO. Pues, con la novia.
LEOCADIA. Y con el novio.
VENANCIO. Y el padrino, que ha ido á buscar las hebillas.

JUAN. Señores, ¿qué jerigonza es esta?

LEOCADIA. Si es lo mas claro del mundo. Mire usted: don Lucio le ha dicho al Rey que no ha corrido sangre.

VENANCIO. El Rey le ha dicho á don Lucio que ¿quién era él?

LEOCADIA. La Reina le ha preguntado que ¿quién era ella?

VENANCIO. Luego ha venido el alcalde.

LEOCADIA. Luego el caballerizo: y ya no hay amonestaciones, y hay indulto, y un consejo y una órden.... y se divulgará el lance.... y dentro de media hora.... ya verá usted.

JUAN. Lo que es hasta ahora estoy á ciegas.

ESCENA X.

Dos Criados y Dos Criadas, trayendo prendas de vestir; Dichos.

CRIADO. Señor amo, aquí está la ropa.

CRIADA. Señorita, cuando usted quiera.

LEOCADIA. Hablen ustedes; que detras del biombo bien puedo oirlos. (Ella y las dos criadas se colocan detras del biombo.)

VENANCIO. Señor don Juan de mi vida, voy á explicar á usted la rara situacion en que usted me encuentra, embrollado con una boda que ha de sembrarse, nacer, crecer y madurar en un periquete. ¿Me permite usted que en su presencia me vista?

JUAN. Es usted muy dueño. (Don Venancio se muda de peluca, chupa y casaca.)

LEOCADIA, detras del biombo. Papá, repito que disponga usted libremente; pero préstele un traje á Juanito por sí ó por no.

VENANCIO. Sí, ya entiendo. Vé á buscarlo, Tomas. (Vase el criado.) Amigo don Juan de las Víñas, su majestad para atajar las murmuraciones que ha de producir el desafío de don Lucio y usted, quiere que Leocadia se case al instante.

JUAN. ¡Cielos! ¿Con quién?

LEOCADIA, detras del biombo. Con el que yo prefiera: tal es la augusta voluntad de la Real Persona.

VENANCIO. Me hallo, pues, en el caso de conferenciar con usted gravemente sobre el particular.

UN CRIADO, volviendo con un vestido. Aquí está la ropa, señor don Juan.

JUAN. ¿Y me he de encajar yo eso?

LEOCADIA, detras del biombo. Haga usted lo que se le mande.

JUAN. Veamos en qué para esta funcion. (Se quita su ropa.)

VENANCIO. Por fortuna parece que á Leocadia no se le habia arraigado mucho la aficion al caballero Quiñones.

LEOCADIA, detras del biombo. ¡Qué pesadez! Corre pronto esa jareta, Martina.

JUAN. ¡Oh! El sermon que yo le eché esta mañana era capaz de ablandar á un risco.

VENANCIO. Usted por su parte me confesó que estaba prendado de la chica: usted hizo igual declaracion á don Lucio: don Lucio se lo contó á Leocadia: Leocadia lo sabe....

JUAN, enajenado. ¡Ah! Y yo sé tambien cómo debo aprovechar tan feliz coyuntura. (Acercándose al biombo.) ¡Leocadia, Leocadia hermosa! y bien... si sabe usted eso, ¿qué es lo que usted me dice?

LEOCADIA, detras del biombo. ¿Yo?... Vístase usted.

JUAN. ¡Dios mio! ¡qué dicha! Yo dudo si lo entiendo, yo dudo si me equivoco. Señor don Venancio, á usted acudo para....

VENANCIO. Hombre, vístase usted.

UNA CRIADA, detras del biombo. Señor amo, la señorita está mirando á don Juan por un agujero, y no se deja aviar. ¡Ay!

VENANCIO. ¿Qué ha sido eso?

CRIADA, detras del biombo. Un pellizco atroz.

JUAN, junto al biombo. Leocadia, vida mia, perdone usted mi turbacion, mi sorpresa....

VENANCIO. Que se pone usted la chupa al reves.

JUAN. ¿Quién piensa en la chupa ahora que...?

VENANCIO. Ahora que se trata de casaca: es verdad.

JUAN. Un sueño creo que es lo que me está pasando; pero ¡qué sueño tan delicioso! Ya por fin descubro los afectos de mi corazon, por fin me conozco. Sí, Leocadia mia, desde el momento que la he visto á usted, la he amado: mi amor, sin sospecharlo yo, me ha hecho por instinto impedir la fuga de usted, hablar con su padre, deslumbrar á mi rival y dejarme conducir á esta casa. Leocadia, Leocadia mia, yo no la merezco á usted: yo no merezco ni alzar los ojos á mirarla. Desde aquí (arrodillándose junto al biombo) la adoro á usted postrado, porque en su presencia no tendria valor para estampar mis labios en esa mano hermosa, prenda de mi ventura.

LEOCADIA, sacando la mano por un agujero del biombo. Tómela usted sin verme. (Juan la besa repetidas veces.)

VENANCIO. Basta, basta, hombre: avíese usted; no se impacienten sus majestades.

JUAN. ¡Justo cielo! ¡Yo sin bienes, sin padres, sin ser conocido de ustedes, yo yerno de usted!

VENANCIO. Media una órden del Rey, el cariño de una hija mimada, la poca aprension de un padre, y un viaje á Indias donde todo el mundo hace papel.

Juan. ¡Qué injusticia tan grande hacia yo al saber de la Providencia! Figúrese usted que amostazado de que mi honradez solo me atraia desgracias, me habia propuesto el absurdo sistema de hacer todo lo contrario de lo que me dictase mi corazon.

Venancio. Yerno mio, usted (sin vanidad) es un poco simple; y como su corazon, aunque honrado, no le dictaria mas que imprudencias; el modo de acertar y proceder con cordura, era practicar todo lo contrario. Hay honradeces muy estúpidas, amigo Juan.

Juan. ¡Calle! Pues bueno seria que tuviese usted razon. Recapitulemos. El primer acto de mi sistema fué abandonar á la que yo tenia por madre, que andaba triste y despegada conmigo.

Venancio. Si usted estorbaba, hizo bien en quitarse del medio.

Juan. Luego Leocadia me pidió su amparo, y se le negué.

Leocadia, detras del biombo. Hizo usted bien, porque de lo contrario hago yo un disparate.

Juan. Luego le emboqué á usted el cuento del galanteo de don Lucio.

Venancio. Hizo usted bien, porque peligraba mi honra.

Juan. Luego dije á don Lucio que yo amaba á Leocadia.

Venancio. Hizo usted bien, porque así se le desahuciaba y nos librábamos de él.

Leocadia, detras del biombo. Hizo usted bien, si dijo verdad.

Juan. Sí que la dije, sinó que aun no habia caido en ello. Pero ¿y el haber rehusado un desafío?

Venancio. Fué muy bien hecho, porque el duelo es un crímen.

Juan. ¿Y el haber querido quebrantar el arresto?

Venancio. Entónces he conocido yo toda la delicadeza de usted.

Leocadia, detras del biombo. Y yo.

Juan. Resulta que sin saberlo me he portado como un Salomon. ¡Viva mi fortuna! ¡viva mi sistema! Pero no: muera para siempre: desde ahora lo abandono y declaro que ya no rige.

Venancio. ¿Por qué?

Juan. ¿No lo adivina usted? Porque lo que ahora me dicta mi corazon, y yo ejecuto, es aceptar con entusiasmo este enlace; y segun mi sistema lo deberia rehusar.

Venancio. ¡Toma! es que el rehusarlo seria una necedad tan grande como lo hubieran sido las que usted ha evitado: este caso no entra en regla comun.

ESCENA XI.

DON GORGONIO, con una carta en la mano; Dichos.

Gorgonio. Santas y buenas tardes, señores.

Venancio. Felices.

Juan. Felicísimas.

Gorgonio. Señor don Venancio, don Roque acababa de salir de su tienda; pero habia dejado para usted esta carta, por lo cual se la traigo á usted.

Venancio. Désela usted á don Juan, que á él le pertenece.

Juan. ¿A mí? ¿Y qué viene á ser esto?

Venancio. Tal vez halle usted ahí noticias acerca de su familia.

Juan. ¿De mi familia? En entrando yo en la de usted, lo demas..... (Abre la carta.)

Leocadia, saliendo de detras del biombo, ricamente vestida. ¿De la familia de Juanito se trata?

Juan. ¡Ah! ¡qué hermosa está usted!

Venancio. Veamos, veamos.

Juan, lee. «*Señor don Venancio Morales Valdeperal: Muy señor mio...*» (A Leocadia.) Es que parece usted un serafin... (Lee.) «*No pudiendo, como ya le previne á usted, ilustrarle mas en órden á los padres de Juan de las Viñas...*»

Gorgonio, aparte. Ya sabia yo que seria bien poco.

Juan, á Leocadia. El pico del peto está torcido. (Lee.) «*Mandé llamar, segun quedámos, á Cosme Candiles, el santero del San Blas...*»

Gorgonio, aparte. ¡Maldita ocurrencia! ¿Qué habrá dicho ese diablo?

Juan, lee. «*Y suyos son los datos que á usted comunico.*» (A Leocadia.) En el hombro tiene usted cogido el encaje con el escote.

Venancio. Hombre, usted se emboba contemplando á la chica, y á cada renglon hace una pausa. Dé usted aquí. (Quítale el papel.)

Leocadia. Lea usted pronto; que hay mucho que hacer.

Venancio, lee. «*Candiles... de San Blas... El susodicho Candiles declara que llevó desde Madrid á Cuenca á Juan de las Viñas de edad de tres meses, y le puso en manos de Bárbara Robles por encargo de una persona desconocida.*»

Gorgonio, aparte. Bien.

Juan. Esa Robles es la que he tenido por madre.

Venancio, lee. «*Declara asimismo el referido Candiles,*

con toda seguridad y certeza, que acerca de los padres del expresado Juan de las Viñas nada sabe de fijo.»

GORGONIO, aparte. Salí del susto.

VENANCIO. Pues, señor, el informe del tio Candiles puede arder en un candil. ¡Vaya un...!

LEOCADIA, cogiendo á su padre el papel. Si se interrumpe usted así, no acabaremos: yo seguiré. (Lee.) «*Nada sabe de fijo; pero segun lo que oyó á cierto sujeto que hoy se halla en Madrid*...»

GORGONIO, aparte. ¡Diantre!

LEOCADIA, lee. «*El padre del mencionado Juan de las Viñas fué... el difunto*...» (Soltando el papel.) ¡Dios mio! ¡qué horror! ¡qué horror! (Huye á su cuarto.)

JUAN. ¡Leocadia!

LEOCADIA. No se me acerque usted. (Entra y echa la llave.)

VENANCIO. ¡Qué diantres le pasa! (Coge el papel y lee.) «*El padre del mencionado Juan... fué*...» (Suelta el papel.) ¡Vírgen de los Enebrales! ¡qué descubrimiento! (Dirígese á su cuarto.)

JUAN. ¡Señor don Venancio!

VENANCIO. ¡Apártate de mí, infeliz! (Entra y cierra.)

JUAN. Pero, señor, ¿quién es mi padre? (Coge el papel.) Salgamos de dudas. (Lee.) «*El padre del mencionado fué*...» (Soltando el papel.) ¡Jesucristo! Yo no sobrevivo á este golpe. Voy á precipitarme en el pozo de la huerta. (Vase.)

GORGONIO. Pero ¿qué demonios dice ese papel, que vuelve loca á esta gente? Leamos. (Coge el papel y lee.) «*El padre de Juan de las Viñas fué el difunto ejecutor de justicia de esta Villa y Corte.*» ¡El ejecutor! El verdugo. ¡Ah! Ya lo adivino: bien fácil es. Pero ¿cómo habia yo de acordarme al pronto de lo que le dije á Cosme veinte años há? En fin, si el muchacho se ahorca de rabia, pleito por ménos.

ESCENA XII.

DON LUCIO, DON GORGONIO; luego VENANCIO.

LUCIO. El señor don Juan de las Viñas ¿está por acá?

GORGONIO. Ha salido á tomar el fresco.

LUCIO. ¡Carambita! su majestad me enviaba á que me reconciliase con él.

VENANCIO, saliendo por la puerta del fondo. Toma ese dinero, infeliz: huye donde nadie te... (Reparando en don Lucio.) Caballero, perdone usted. ¿Quién es usted?

LUCIO. Soy don Lucio Quiñones.

VENANCIO. ¡Don Lucio! El que me... el que la... Muy señor mio.

LUCIO. Vengo de Atocha, donde acabo de recibir una

gracia de su majestad despues de haber recibido otra: total dos. Principio por pedir á usted el perdon mas humilde. ¡No lo volveré á hacer mas, no!

VENANCIO. ¿Viene usted de Atocha, eh? Su majestad ¿nos estará esperando?

LUCIO. Por momentos.

VENANCIO. Su majestad ¿se disgustaria si no se efectuase la boda?

LUCIO. Le he oido decir que tenia empeño formal en ella.

VENANCIO. ¡Empeño! Está visto, seria un escándalo el excusarse. Señor don Lucio, usted ha querido á Leocadia.

LUCIO. Y la quiero todavía; pero...

VENANCIO. Usted será su esposo.

LUCIO. ¡Carambola! Pero es que ya...

VENANCIO. Usted lo será, usted lo va á ser. Venga usted conmigo.

LUCIO. Mire usted que Leocadia...

VENANCIO. Leocadia ha de hacer lo que yo le mande, ó le costará la vida. Sígame usted.

LUCIO. ¡Caramba! Atiéndame usted.

VENANCIO. Sígame usted.

LUCIO. Señor, que yo...

VENANCIO. Señor, que yo lo quiero. Venga usted, venga usted. (Llévasolo por fuerza.)

ESCENA XIII.

DON GORGONIO, y luego JUAN.

GORGONIO. ¡Calla! ¿Con que al cabo don Lucio se casa con Leocadia, y entra en la boda el Rey? Y parece que don Venancio habia pensado ántes en otro yerno: no podia ser sino Juan.

JUAN, subiendo por la ventana, trayendo un palo. ¡Un hombre solo! Sí, sí: esto es lo que debo hacer. (Cierra la vidriera y despues la puerta del fondo.)

GORGONIO. ¿Aquí otra vez este? ¡Ay Vírgen santa! — Oyes, oyes: ¿qué haces, chico?

JUAN. ¿Qué hago, eh? Lo que debe hacer un hombre desesperado y dejado de la mano de Dios.

GORGONIO. El que está desesperado se ahorca.

JUAN. Eso es lo que suele hacerse; pero no lo que se debe hacer. No debe uno ahorcarse, sino dejarse ahorcar: es mas cristiano, mas nuevo.

GORGONIO. Hombre, ¿quieres obligarme á que te ahorque yo?

JUAN. No señor, ello vendrá por sus pasos contados. El camino del cadalso es el delito: yo quiero delinquir.

GORGONIO. Delinque tú solo; déjame huir para no ser tu cómplice.

JUAN. Yo no le quiero á usted para cómplice, sino para víctima.

GORGONIO. ¡Juanito!

JUAN. No hay Juanito que valga. En la huerta me he encontrado con el pozo abierto de par en par, que no parecia sino que me convidaba á sepultarme en su seno...

GORGONIO. ¿Y porqué has rehusado el convite?

JUAN. Porque no he querido meterme en honduras. Allí cerca vi este garrote...

GORGONIO. ¡Juanito!

JUAN. Y al momento comprendí que era el instrumento de muerte destinado á mí...

GORGONIO. ¿Para matarte?

JUAN. Para matar con él al primero que hallara.

GORGONIO. ¡Animas benditas!

JUAN. El primero ha sido usted: póngase bien con Dios, porque para merecer la horca, para ir al palo, voy á principiar por deslomarle á usted de una paliza.

GORGONIO. ¡Favor!

JUAN, echándole mano. Le ahogo á usted si chista, le derriengo si calla: escoja usted.

GORGONIO. ¡Juanito! — ¡Válgame Dios! Yo no sé que decirle para ablandarle. — Juanito, recuerda nuestras antiguas relaciones.

JUAN. Así será mayor el delito y mayor la pena, mejor para mí. ¡Muere á mis manos! (Apalea á don Gorgonio.)

GORGONIO, huyendo. Juanito, por Dios, que estás engañado, que yo he conocido á tu padre.

JUAN. Razon mas para que te acogote. Toma.

GORGONIO. Que no es eso: que tu padre era un caballero ilustre.

JUAN. Eso lo dice usted por salvar su pellejo. Zurrido.

GORGONIO. Créeme: á fe de Gorgonio Grajales Ladron de Guevara. Tengo testimonios irrecusables, auténticos...

JUAN. ¿Pues qué? ¿No era mi padre verdugo?

GORGONIO. Sí; pero...

JUAN, dándole. Toma.

GORGONIO. Hombre, no, no: óyeme. Verdugo era; pero él no era el verdugo.

JUAN. Toma, para que te vengas con retruécanos.

GORGONIO. Era Verdugo de apellido; de oficio no.

JUAN. ¿Será posible? ¡Verdugo de apellido! ¡apellido noble! Pero ¿cómo lo confundió el santero?

GORGONIO. Le dije... le... le deslumbré yo.
JUAN. Es decir que le engañó usted.
GORGONIO. Fué con la verdad.
JUAN. ¿Y á qué vino ese engaño?
GORGONIO. A que tus padres... — Hombre, tira ese palo, si quieres que me explique. (Juan lo tira.) Tus padres, que estaban proscritos por haber sido secuaces del archiduque, murieron ocultos en mi casa, donde tú naciste.
JUAN. ¿Y por qué me hizo usted hijo de nadie sin mi permiso? ¿por qué? (Coge el palo.)
GORGONIO. Tente, y te devolveré el dinero de tus padres que guardo todavía: tente, por Dios.
JUAN. ¿Con qué usted me ha robado mi herencia?
GORGONIO. Robarla no: me quedé con la mitad en remuneracion de haber escondido en mi casa á tus padres, y la otra mitad se la di á tu madre adoptiva en Cuenca.
JUAN. ¡Y se hizo usted nuestro administrador para alzarse tambien con esa parte de mis bienes! De modo que pudiendo yo vivir cómodamente con lo mio, aun he tenido que ser gravoso á mi pobre nodriza. Es menester de todos modos acabar con usted. (Le apalea.)
GORGONIO. ¡Socorro! ¡socorro!

ESCENA XIV.

El Alcalde y Alguaciles; luego DON LUCIO, DON VENANCIO y LEOCADIA; Dichos.

ALCALDE, abriendo la puerta del fondo de una patada. ¿Qué alboroto es este? ¿qué pasa aquí?
GORGONIO. Señor alcalde, sálveme usted de este verdugo.
JUAN. Señor alcalde, préndame usted á ese ladron.
LUCIO, saliendo, como que huye de don Venancio. Señor alcalde, haga usted que me escuche este hombre.
VENANCIO. Señor alcalde, mande usted á ese frugívoro que se deje casar.
LEOCADIA, que ha salido deteniendo á su padre. Señor alcalde, sáqueme usted de aquí y lléveme á un convento.
ALCALDE. Por supuesto, al de Atocha: allá vamos todos.
LUCIO. ¡Carambita! ¿Me dejarán ustedes hablar? Yo no puedo casarme, porque acabo de aceptar un beneficio eclesiástico: voy á ser abate.
VENANCIO. ¿Abate? ¿Y quién se casa con mi hija?
LEOCADIA. Ya que no ha de ser el señor (por Juan), ninguno.
JUAN, casi sin poder hablar de gozo. Es que... Leocadia mia... es que... señor don Venancio... es que... señor alcalde... es que ya puedo casarme yo.

VENANCIO. ¿Habiendo sido su padre de usted verdugo?

JUAN. Lo fué como yo: todos en mi familia hemos sido Verdugos, con muchísima honra, porque este es el apellido de mi familia.

VENANCIO. ¡El apellido!

LEOCADIA. ¡Ah!

VENANCIO. ¿Es creible?

GORGONIO. Es cierto, indudable. Una equivocacion del santero. Yo tengo las pruebas y las presentaré á su majestad. El señor es verdugo como yo soy ladron.

JUAN. Usted lo es de...

GORGONIO. Sí, Ladron de Guevara: y tú eres Verdugo de...

ALCALDE. De las Viñas.

GORGONIO, resintiéndose. De Costillares. Yo he sido hasta hoy depositario de ese secreto.

JUAN. Y de otras cosas.

GORGONIO. Pero hoy restituyo al señor su nombre y demas.

ALCALDE. ¡Señor don Juan Verdugo de Costillares!

VENANCIO. ¡Yerno mio!

LEOCADIA. ¡Juanito mio!

ALCALDE. ¡Ahijado mio!

VENANCIO. ¡Qué susto nos has hecho pasar!

JUAN. Todo el mal ha consistido en haberme separado de mi sistema: y si no vuelvo á él y apaleo al señor...

ALCALDE. ¿Con que llegó usted á darle á don Gorgonio?

JUAN. ¡Oh! pero de firme! El señor lo puede decir.

GORGONIO, llevándose la mano á la espalda. Testimonios hay.

VENANCIO. ¡Qué atropello!

LEOCADIA. ¡Pobre vecino!

JUAN. Pero la virtud de ese talisman prodigioso (señalando el palo) ha hecho al señor confesar que conserva en su poder bienes de mis padres.

ALCALDE. ¡Hola, hola!

VENANCIO. Entónces has obrado perfectamente. Hay árboles que dan á palos el fruto.

JUAN. Ahora me acuerdo de que mi madre me encargaba que hiciese hablar al señor de cualquier manera. Tiene usted razon, suegro: he hecho perfectamente. Ya ve usted, don Gorgonio: la obediencia filial...

VENANCIO. Don Gorgonio debe alegrarse de que le hayas excusado un pleito.

ALCALDE. Que lo hubiera perdido con costas.

GORGONIO. Me hubieran dolido ménos que las costillas.

ALCALDE. Pero ¿qué hubiera sido de usted si le hubiese cogido la muerte poseyendo lo ajeno?

LEOCADIA. ¡Ay! quizá debe usted su salvacion eterna á mi Juan.

Gorgonio. Vaya, pues... gracias por todo al señor don Juan.

Juan. Mande usted, don Gorgonio, mande con franqueza sobre el particular.

ESCENA ULTIMA.

El Caballerizo de su Majestad, Dichos.

Caballerizo. Señores, está un coche de su majestad á la puerta para conducir á los individuos de la boda. ¿Se hallan prontos ustedes?

Leocadia. El papá sí.

Venancio. La novia tambien.

Alcalde. El padrino y testigos tambien. (A don Lucio y don Gorgonio.) Ustedes lo serán.

Caballerizo. ¿Y el novio?

Juan. ¡Qué pregunta! Por supuesto que el novio... Pero ¡qué digo! El novio no.

Todos. ¿Cómo?

Juan. Como que no: ¡estoy escarmentado! La única vez que he cedido á mi natural impulso, he recibido una noticia horrible: si hago lo mismo ahora, me va á suceder otro percance.

Alcalde. Pero, hombre, ¿quiere usted casarse? Sí ó no.

Juan. Quiero casarme; pero voy á decir que no quiero.

Venancio. Entónces ¿cómo te han de casar?

Leocadia. ¡Juanito!

Juan. Compónganse ustedes como gusten: yo no quebranto mi sistema: yo no me dejo casar voluntariamente.

Venancio. Pues mi honor está ya comprometido, y la boda ha de verificarse.

Leocadia. Yo estoy comprometida tambien.

Alcalde. Y yo, como alcalde y como padrino.

Caballerizo. Y sobre todo la voluntad del soberano. Tiene usted que casarse por fuerza.

Todos. Eso es, por fuerza, por fuerza.

Alcalde. Alguaciles, cojan ustedes al novio y llévenle al coche.

Todos. Al coche, al coche.

Juan. Basta, señores: eso ya es otra cosa. Cuando se me violenta, lo que mi ánimo me dicta es resistirme á todo trance: debiendo segun mi sistema hacer todo lo contrario... lo contrario de resistir es obedecer.

Venancio. ¡Gracias á Dios!

Juan. Leocadia mia, estoy á tus piés. Señores mios,

estoy á sus órdenes. Señor don Gorgonio, despues ajustaremos cuentas. No corre prisa: cuanto ántes mejor.

LEOCADIA. ¡Ay! Vámonos, vamos: no se impaciente su majestad.

JUAN. Al reves de lo que siento
(al público)
Procedo, y atino así:
Haga el auditorio aquí
Lo mismo en este momento.
Si es que ha quedado contento,
Con no aplaudir lo dirá:
Si es que disgustado está,
Retumben estas paredes
De aplausos: verán ustedes
¡Qué pesadumbre nos da!

Leipzig. — En la imprenta de F. A. Brockhaus.

OBRAS ESCOGIDAS

DE

DON JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

EDICION ALEMANA DIRIGIDA POR EL AUTOR.

TOMO SEGUNDO.



LEIPZIG:
F. A. BROCKHAUS.

1863.

Como una adicion al artículo biográfico del Señor Don Juan Eugenio Hartzenbusch, que precede al tomo I.º de la coleccion de sus obras, podemos decir que este distinguido escritor ha sido nombrado, en Diciembre de 1862, Director de la Biblioteca Nacional de Madrid, en la vacante que resultó por el fallecimiento del eminente crítico Don Agustin Duran.

INDICE.

LA LEY DE RAZA,

DRAMA EN TRES ACTOS EN VERSO,

ESTRENADO EN EL TEATRO DEL DRAMA A 24 DE ABRIL DE 1852.

PERSONAS.

HERIBERTA.[1]*
GOSVINDA.
FULGENCIO.
RECESVINTO.
BERTINALDO.
EGILAN.
GUNDEMARO.
Godos, Españoles, Esclavos, Esclavas.

La escena es en Toledo, año de Cristo 653.[2]

* Las notas correspondientes á este y los demas números se hallan al fin del drama.

ACTO PRIMERO.

Sala en el palacio del Gobernador de Toledo. Dos puertas, una á cada lado; una mesa con libros, pergaminos sueltos y papiros, y una urna de sortear ó votar.

ESCENA I.

FULGENCIO. GUNDEMARO.

GUNDEMARO.

Entrad. Mi Señor, el Conde
Gobernador de Toledo,
Manda que espereis aquí,
Miéntras vuelve del entierro
De su hermana, la princesa,
Que está por vos en el cielo.

FULGENCIO.

Aquí esperaré.

GUNDEMARO.

Vos fuisteis
Esta vez único médico
De la difunta: la ley
Os coge de medio á medio.

FULGENCIO.

¡Sábia ley! seguramente
Digna de los que la hicieron.

GUNDEMARO.

La prudencia la dictó.

FULGENCIO.

No: la ignorancia y el miedo.

GUNDEMARO.

Siendo los conquistadores
De España los godos, siendo
Vosotros los españoles
Los vencidos, ¿fuera bueno
Fiar la salud y vida
Nuestra del capricho vuestro?
No sin razon en sus códigos
Nuestros reyes escribieron:
«Si hace el médico sangría,[3]
Y muere el paciente luego,
Quede el médico al arbitrio
De los parientes del muerto.»
— Sangrasteis á la Princesa;
Murió: bajo este supuesto,
Su hija y su hermano tienen
Justo, innegable derecho
Sobre vos de vida y muerte,
Pena y gracia.

FULGENCIO.

Sí por cierto.

GUNDEMARO.

Como alcaide de la torre,
De ver sentenciar, entiendo
Algo de causas, y opino
Que, dándose bien el pleito,
No escapais de ser esclavo.

FULGENCIO.

¡Esclavo!

GUNDEMARO.

Si han de venderos,
Yo os compro: suele ocurrir
Mas de una vez que tenemos
Que dar á algun delincuente
De elevado nacimiento
Una pócima que le haga
Ir sin ruido al cementerio;
Y vos podréis. . .

FULGENCIO.

Gundemaro,
Por favor. . . .

GUNDEMARO.

Creed, Fulgencio,
Que haré buen amo: aunque soy
Ostrogodo, soy biznieto
Del rey Téudis.

FULGENCIO.

¿Y servís
Al Conde?

GUNDEMARO.

¿Qué extraño es eso?
La corona es electiva:
Muerto un rey, elige el reino
Otro, y sus familias quedan
Como ántes del nombramiento
Del agraciado. Ya van
Algunos introduciendo
La costumbre de que al padre
Siga el hijo, con asenso
De la nacion; Recesvinto
Está nombrado heredero [4]
De Quindasvinto, y por él
Rige el timon del gobierno;
Mas como no tuvo tanta
Fortuna mi bisabuelo,
Yo, en vez de su vara de oro,
Solo empuño mi llavero.
Y, por Dios, que no me aflige
Mi suerte: peligra ménos
Un alcaide que un monarca.

FULGENCIO.

No han fallecido en su lecho
Muchos reyes visigodos:
Nunca habeis sido modelos
De lealtad.

GUNDEMARO.

Es de valientes
El pecar algo de inquietos.
Ya lo veis: el Conde Froya,
Improvisando un ejército
De vascones y franceses,
Proclama en el Pirineo
La rebelion; y anteayer
Prendimos aquí un mancebo
Noble, emisario del dicho,
Que iba ganándole adeptos;
Pero descubierta ya
La trama, no hará progresos.
Hoy morirá ese muchacho;
Los Reyes vendrán corriendo
Aquí desde San Roman

De Hornisga, adonde se fueron
Para la consagracion
De aquel edificio nuevo,
Y.......

FULGENCIO.

¿Cómo se llama el cómplice
De Froya?

GUNDEMARO.

Lotario, deudo
Próximo suyo. — ¡Ay! ahora
Que le he nombrado, recuerdo
Que el padre abad Ildefonso
Le quiere ver. Pronto vuelvo.

(Vase y cierra.)

ESCENA II.

FULGENCIO.

¡Esclavo á mi edad! Bien hizo
Dios en llamar á su seno
A mi esposa y á mi hija
Sin este dolor acerbo.
Yo solo padeceré.
Con todo, no desmayemos:
La hermosa Heriberta, hija
De la Princesa, es espejo
De virtud; y si su tio
El Conde juzga severo
Mi causa, ella interpondrá
Por mí su piadoso ruego,
Que es órden casi: Heriberta
Dará la mano, en volviendo
Nuestro anciano Rey, al príncipe
Recesvinto, Rey electo.
Dignísima soberana
Será del gótico imperio. —
Abren.

(Abrese la puerta que está á la derecha del espectador, y sale Heriberta con precaucion, trayendo una carta y una llave en la mano.)

ESCENA III.

HERIBERTA, FULGENCIO.

FULGENCIO.

Ella es!

HERIBERTA.

Di con vos
Al fin.

FULGENCIO.

¿Me andabais buscando?

HERIBERTA.

En vos estuve pensando
Toda la noche de Dios.

FULGENCIO.

¡Oh! ¡cuánta bondad!

HERIBERTA.

Si corre
Peligro la vida vuestra,
Con esta llave maestra
Podeis huir de la torre.
Por vos al Gobernador
Hablé; no me ha respondido
Palabra, y aquí he venido...
A que me hagais un favor.

FULGENCIO.

¡Ojalá me fuera dado
Serviros cual corresponde!

HERIBERTA.

Desde esta mañana el Conde
Me deja sin un criado.

FULGENCIO.

¿Por qué de vos los aparta?

HERIBERTA.

Porque quiere que me fie
De los suyos, y no envíe
Hoy al Príncipe esta carta.

FULGENCIO.

Yo la llevo: dadme.

HERIBERTA.

Vais
A oirla, que es importante,

Y os sorprenderá bastante
Lo que dice.

FULGENCIO.

Ya tardais.

HERIBERTA, lee.

«Al ínclito príncipe godo Recesvinto, Rey futuro de España, su sierva fidelísima.»

FULGENCIO.

¡Sierva!

HERIBERTA.

Lo vais á entender.

(Lee.) «Cuando partiste á San Roman con tu padre el Rey, nonagenario y achacoso, temias volver solo á Toledo; volveréis felizmente los dos, y me hallaréis huérfana. Ayer falleció la princesa Berengarda, á qüien tuve por madre, y al morir me declaró que no soy su hija.»

FULGENCIO.

¡Señora! ¿no os engañais?

HERIBERTA.

¡Ay! no. Oid.

(Lee.) «La declaracion fué hecha delante del Conde Bertinaldo y su hija Gosvinda. La moribunda confesó que hallándose léjos de su esposo, el príncipe Radimiro, dió á luz una niña que murió poco despues, no de enfermedad, sino por un descuido inexcusable de la misma Princesa. Temiendo el terrible enojo de Radimiro, sustituyó la malograda criatura con otra que acababa de quedar sin padre ni madre, españoles ambos; la supuesta hija fuí yo. La ley de raza prohibe que se case godo con española; nuestro concertado enlace ya es imposible; nuestra separacion precisa y urgente: señala un retiro donde viva léjos de tí la española Heriberta.»

FULGENCIO.

Vos que brillais
En la cumbre del poder,
En virtud esclarecida,
En gracias única y sola,
¿Sois de la raza española
Por los godos abatida,
Por esos conquistadores
Bárbaros vil declarada,
Con ignominia alejada
Siempre de cargos y honores?

HERIBERTA.

Igual vuestra soy.

FULGENCIO.

Señora,
¿Qué region os vió nacer?
¿Quiénes os dieron el ser?

HERIBERTA.

Imposible es por ahora
Satisfaceros: la misma
Berengarda no logró
Saberlo, y hoy que faltó,
Mas el secreto se abisma.
Recibióme de un viajero,
Que movido á caridad,
Me trajo de una ciudad
Sita en la márgen del Duero.

FULGENCIO.

¿Cuál? ¿Numancia por ventura?

HERIBERTA.

La Princesa no lo supo.

FULGENCIO.

Allí perecer le cupo
A la mujer de alma pura,
En cuyos labios oí
El dulce nombre de esposo;
Tambien allí el fruto hermoso
De sus entrañas perdí.

HERIBERTA.

¿Esposo fuisteis y padre?

FULGENCIO.

Al ser padre, hube de hacer
Un viaje; y hallé al volver
Sepultadas hija y madre.

HERIBERTA.

¡Triste suerte!

FULGENCIO.

Sí, en verdad,
Suerte fué bien lastimera:
La infeliz niña viniera
Hoy á tener vuestra edad.
Mas ¿cómo de vos me olvido?
Perdonad mis digresiones;
Dadme vuestras instrucciones
Para el príncipe querido,

Que la raza indo-germana
Feroz, que nos dominó,
Juntar piadoso intentó
Con la española-romana.
Lo que principió imparcial,
Como hábil hombre de estado,
Conclúyalo interesado,
A fuer de amante leal.

HERIBERTA.

No son tales pensamientos
Los que mostrar me compete;
Le encargaréis que respete
La ley de los casamientos;
Pero que anule advertido
Las demas que en sus rigores,
Mengua de los vencedores,
Tormento son del vencido.
Si esto Recesvinto hiciere,
Solo con que se proponga
Conseguírnoslo, disponga
De mí segun le cumpliere.

FULGENCIO.

Señora...

HERIBERTA.

Fué en el abril
Placentero de mi vida
Por el rey Tulga pedida
Mi mano casi infantil:
Mis padres se la ofrecieron;
El cielo se la negó:
Con pena la daba yo,
Con ira me lo riñeron:
Recesvinto, á la sazon
Sin el real poderío,
Dominaba mi albedrío,
Rey era en mi corazon.
Debió Tulga renunciar
El cetro, mal de su grado,
Y el padre de mi adorado
Fué elegido en su lugar;
Y en época posterior
Nombró al hijo el reino entero,
De su padre compañero,
Conreinante y sucesor.

De su aclamacion al grito
Vertí llanto de placer;
Mi amor no pudo crecer,
Porque ántes era infinito.
Si Recesvinto, sus fueros
Guardando á mi suerte esquiva,
De otro vínculo se priva,
Fiel á sus votos primeros;
Aunque en triste soledad
Viva y muera de él lejana,
Felicidad mas que humana
Será mi felicidad.
Si dispone de su fe,
Porque otro amor se lo mande,
Mi dolor será muy grande;
Mas yo lo soportaré,
Y firme se me verá,
Combatiendo con mi suerte,
Amarle en vida y en muerte,
Y aun, si puedo, mas allá.
Esto al Príncipe decid,
Esto no mas.

FULGENCIO.

Ruido siento.
Idos pronto, idos.

HERIBERTA.

Me ausento;
Pero volveré.

FULGENCIO.

Salid.

(Abre Fulgencio con la llave maestra la puerta del lado derecho, y vase Heriberta.)

ESCENA IV.

BERTINALDO, GUNDEMARO, FULGENCIO.

BERTINALDO, á Fulgencio.

Habréis esperado mucho;
Mas para juzgaros, quiero
Que os oiga el Duque Egilan,
Y aun no ha venido: al momento
Que llegue, se os llamará;
Miéntras viene, distraeos
Los dos en la galería
Próxima.

GUNDEMARO.

Os obedecemos.

(Vanse Fulgencio y Gundemaro.)

ESCENA V.

GOSVINDA, BERTINALDO.

GOSVINDA.

Padre, ya despedí á todos
Los criados que sirvieron
A Heriberta.

BERTINALDO.

Encarga mucho
Que la vigilen los nuevos.
Evita que por ahora
Cunda ese descubrimiento.

GOSVINDA.

¿Porqué?

BERTINALDO.

Despues lo sabrás.
¿Qué hace Heriberta?

GOSVINDA.

Hace... esfuerzos
Para mostrarnos que sufre
Con valor su abatimiento.

BERTINALDO.

Grande ha sido su caida.

GOSVINDA.

Mayor fué su orgullo.

BERTINALDO.

Pero
Harto lo expía.

GOSVINDA.

La hermosa
Dama, de florido ingenio,
Sol refulgente de España,
Justa envidia de su sexo;
La que intenta Recesvinto
Llevar al tálamo regio,
Pérfidamente injuriando
Mayores merecimientos,
¡Nacer de sangre villana,

Cual flor que brotó del cieno!
¡Bien me ha vengado la suerte
Del que, voluble, y soberbio,
En ella puso el amor
Que yo merecí primero!

BERTINALDO.

La venganza verdadera
Será conquistar su puesto.
Clava los ojos en él.
Yo te allanaré el sendero.

GOSVINDA.

Gosvinda le correrá
Con esplendor. Ya no tengo
Rival que temer; la tuve,
La odiaba: la compadezco.
¡Española quien se estaba
Reina de los godos viendo!
Fábula desde hoy será
De grandes y de pequeños:
Guarecerla deberé
Del general menosprecio.
Cubra su cabeza rasa
Toca de lino modesto,
Y harémosla superiora
De algun lejano convento.

BERTINALDO.

Ya está aquí Egilan: retírate.

GOSVINDA.

Ella el báculo, yo el cetro. (Vase.)

ESCENA VI.

EGILAN, BERTINALDO.

EGILAN.

Léjos de Toledo habito:
Por la distancia he tardado.

BERTINALDO.

Duque amigo, te he llamado
Porque de tí necesito.

EGILAN.

Ya me tienes á tu lado.
Tu carta me sorprendió
Mas que puedo encarecer.

BERTINALDO.

Por hombres de gran valer
España nos designó.
¿Qué es lo que nos toca hacer
En ocasion tan funesta?

EGILAN.

Pensar y obrar sin demora,
Conde.

BERTINALDO.

La cuestion es esta.
Nuestro rey futuro adora
En mi sobrina supuesta.

EGILAN.

Ella es española.

BERTINALDO.

Tilde
Que sobra para estorbar,
En el órden regular,
Que aun el godo mas humilde
Lleve á Heriberta al altar.

EGILAN.

La ley que hasta aqui rigió
Dice: «Quien godo nació,
Con goda, segun su clase,
O vándala ó sueva case;
Mas con española no.»

BERTINALDO.

Y bien, ¿se someterá
El príncipe Recesvinto
A esa ley?

EGILAN.

Dos veces ya,
Desde que reinando está
Con su padre Quindasvinto,
Dejarla quiso abolida.

BERTINALDO.

En siendo por él sabida
La confesion de mi hermana
(Y espero de hoy á mañana
De hijo y padre la venida),
Gozoso de una ocasion,
Que disculpa en cierto modo
La intentada abolicion,

Deroga sin remision
La ley que ennoblece al godo;
La mano á Heriberta da;
Y el dia que sustituya
Al Rey, que no tardará,
Una española será
Mi soberana y la tuya.

EGILAN.

¡Oh! pues yo tengo jurado
Desde el concilio pasado
No sufrir legislador,
Que alce al pueblo conquistado
Igual al conquistador.
El vencido, que soporte
Su yugo, baja la frente:
¿Porqué no fué mas valiente?

BERTINALDO.

Está la raza del norte
Muy sobre las de occidente.

EGILAN.

Si ese terrible decreto
A darse llegara al cabo,
Mañana quizas un nieto
Mio se viera sujeto
Al hijo de un casi esclavo.
Semejantes exenciones
No se adquieren con renglones
De tinta; cuestan mas caras:
Den cosecha estas regiones
De Viriatos y Megaras.
¿Qué hazañas han merecido
Que saquemos de villanos
A los que tanto lo han sido,
Que se les llama *romanos*,
Porque hasta el nombre han perdido?
No será, no. Decision,
Bertinaldo.

BERTINALDO.

La tendremos,
Egilan. Dí tu opinion.

EGILAN.

Es preciso que estorbemos
A toda costa esa union.

BERTINALDO.

Y... ¿cómo?

EGILAN.

Es fuerza ocultar
A esa mujer en lugar
Seguro, cual se requiere,
Para que, miéntras viviere,
Nadie la pueda encontrar.

BERTINALDO.

Mal proyecto, Duque. ¿Dónde
Sin peligro se la encierra?
¿Quién de su guarda responde?
Tesoro tal, si se esconde,
Pide sobre sí...

EGILAN.

¿Qué?

BERTINALDO.

Tierra.

EGILAN.

Juzgo que no hay precision
De que tan léjos vayamos.

BERTINALDO.

Pues con determinacion
De otra especie, no afianzamos
La suerte de la nacion.

EGILAN.

Tiene muy negro matiz
Eso, Conde.

BERTINALDO.

¡Qué delirio!
Ella ha de ser infeliz:
Abreviemos su martirio,
Y se le excusa un desliz
Al Príncipe.

EGILAN.

¿Cuál?

BERTINALDO.

Si echamos
Del mundo á esa desgraciada,
Sin esperar la llegada
De su amante, y ocultamos
Que fuere española, nada
A Recesvinto exacerba
Contra la ley, y la ley
Sigue

EGILAN.

En verdad, sangre sierva...

BERTINALDO.

Donde el hacha no reserva
Ni aun la garganta del rey...

EGILAN.

Poco supone.

BERTINALDO.

Y el mal
Que ha de traer es enorme.

EGILAN.

La defensa es natural.

BERTINALDO.

Pues muera, si estás conforme,
Con un veneno.

EGILAN.

Sí tal.

BERTINALDO.

Se dirá que sucumbió
A un accidente violento,
Y habrá quien jure que vió
Cuanto importare al intento.
Con esclavos se probó
Siempre cuanto se queria.

EGILAN.

Eso ha de ser.

BERTINALDO.

Todavía
Me falta el veneno.

EGILAN.

¿Quién
Nos le proporcionaria?

BERTINALDO.

Servirnos pudiera bien
Fulgencio: yo, de contado,
Para ponerle en apuro,
Encarcelarle he mandado,
Y teme un castigo duro.

EGILAN.

¿Por qué?

BERTINALDO.

Por haber sangrado
Con desacierto fatal
A Berengarda, lo cual
Me le entrega á discrecion,
Conforme á la ley penal
De su triste profesion

EGILAN.

Háblale.

BERTINALDO.

Ambos le hablaremos. —
(Llamando.) Gundemaro.

EGILAN.

No debemos
Decir para qué persona
El tósigo proporciona.

BERTINALDO.

En su lugar nombraremos
A Lotario. Oyeme y calla,
Y estarás pronto de acuerdo
Conmigo.

ESCENA VII.

GUNDEMARO, EGILAN, BERTINALDO.

GUNDEMARO.

Señor...

BERTINALDO.

Que venga
Ese hombre.

GUNDEMARO, á Fulgencio.

Pasad adentro.

BERTINALDO.

Vos salid.

(Vase el alcaide y sale el médico.)

ESCENA VIII.

FULGENCIO, EGILAN, BERTINALDO.

BERTINALDO, á Fulgencio.

Ya supondréis
La causa por que estais preso.

FULGENCIO.

Conde Bertinaldo, sí.

BERTINALDO.

Dispone el ordenamiento
Sobre los físicos....

FULGENCIO.

No
Teneis que buscar el texto:
Conocedor de la ley,
A su rigor me someto.

EGILAN.

Hablais el lenguage de hombre
De valor y entendimiento.

BERTINALDO.

Pero ha delinquido: sé
Que hace larguísimo tiempo
Que no asiste á nadie, y debe
Creerse con fundamento
Que, sin práctica segura,
Se me presentó, ofreciendo
Curar á mi hermana, solo
Por la codicia del premio
Que prometí, la alquería
De mas valor que poseo.

EGILAN.

¿Qué respondeis?

FULGENCIO.

Que es verdad.
Desde que nos impusieron
La dura ley visigoda,
Ley que hunde en el vilipendio
La dignidad del saber,
Emanacion del Eterno,
Juré no asir en mi vida
El brazo calenturiento
De hombre nacido á la sombra
Del solio de Recaredo.
Muerta mi esposa, y con ella
Mi hija, presa del fuego
Mi pobre hogar, años y años
Devorando mi despecho,
¿Qué necesitaba yo
De la ciencia que profeso?
¡He tenido tantas veces
En las manos un veneno!

BERTINALDO.

¿Cómo?...

EGILAN.

¿Sabeis?...

FULGENCIO.

A Dios gracias,
Supe tener sufrimiento.
Me hospedaron algun dia
Vuestros piadosos renteros,
Y el favor pagarles quise
Con la granja de su arriendo.
Solo codiciaba yo
Que me llevase uno de ellos
A los campos de Numancia,
Para saludar muriendo
Los escombros de mi albergue,
De mi consorte los restos.

EGILAN.

Bertinaldo, este español,
Por sus nobles sentimientos,
Merece, en ley de equidad,
Indulgencia con sus yerros.

BERTINALDO.

En ver de imponerle pena
Mayor, le desterraremos
A los campos de Numancia,
Ya que suspira por verlos.

FULGENCIO.

¡Patria mia!

BERTINALDO.

Pero es fuerza
Que por tan dulce destierro
Nos muestre su gratitud.

EGILAN.

Justo es.

FULGENCIO.

Mi vida os ofrezco.

BERTINALDO.

Bien. El Conde Froya trae
A los vascones revueltos;
Lotario, cómplice suyo,
Está convicto, confeso
Y sentenciado, y conviene
Mucho que muera en secreto.

De un tósigo hablasteis; uno
Para Lotario queremos.

FULGENCIO.

¿Es justa su muerte?

BERTINALDO.

Ahí
En la mesa está el proceso:
Podeis enteraros.

EGILAN.

No
Debeis abrigar recelo.

BERTINALDO.

Se quiere que no padezca
Rubor ni dolor el reo.

FULGENCIO.

¿Me lo jurais?

BERTINALDO.

Por mi nombre.

EGILAN.

Por mi fe.

FULGENCIO.

Pues dándoos crédito,
Y descargando en vosotros
De la accion íntegro el peso,
Registrad la arquita donde
Traje los medicamentos,
Y un pergamino hallaréis
En una caja de hierro.
Aquel pergamino es obra [5]
De un hábil físico griego,
Por quien en Numancia fué
De órden superior compuesto;
Y depositado en mí,
Cuidadoso le conservo.
Los caracteres en él
Trazados, que son muy gruesos
(Pues el que los escribió
Debió formarlos á tiento),
Con un tósigo impregnados
Están, el mas pronto y recio
Que hay. Al desarrollarle,
Pone el roce en movimiento
La sustancia letal fija

En las letras, despidiendo
Un como vapor sutil
El pergamino funesto;
Y al aproximarle al rostro,
Como es natural hacerlo
Para leer, mata en una
Sola inspiracion de aliento.

EGILAN.

¡Tan pronto!

FULGENCIO.

Es un rayo.

BERTINALDO.

¿Deja
Señales?

FULGENCIO.

Ninguna.

BERTINALDO.

¿Hay riesgo
En desarrollarle?

FULGENCIO.

No,
Como se le tenga léjos
De la boca y la nariz;
Aspirando y absorviendo
Sus efluvios, da la muerte.
Por un descuido ligero
Del mismo que le compuso,
Trastornósele el cerebro,
Y murió loco.

EGILAN.

Y el arca
¿Dónde está?

FULGENCIO.

Queda en mi encierro.

EGILAN.

¿Abierta?

FULGENCIO.

Puesta dejé
La llave.

BERTINALDO.

Duque, busquemos
Ese rollo. Vos quedad;
Y si aun dudais, convenceos,
Viendo la causa.

EGILAN, aparte al Conde.

Que ahora
no entre nadie.

BERTINALDO, aparte á Egilan.

Cerraremos:
Allí tú, yo aquí.

EGILAN.

Bien.

BERTINALDO.

Vamos
Pues á probar los efectos
Del pergamino en Lotario.

EGILAN.

Sí.
(Vase cada uno por su lado, y cierran.)

ESCENA IX.

FULGENCIO.

Se hablaban con misterio.
¿Me habrán engañado? Público
Es lo del levantamiento
De los vascones. Veamos
Si resulta verdadero
El delito de Lotario.
(Llégase á la mesa y examina un papiro.)
El lo confiesa. — Yo tiemblo
A pesar de todo. Alguno
Mas va á morir sin remedio
Con ese escrito.
(Llaman á la derecha.)
¿Quién es?

ESCENA X.

HERIBERTA, FULGENCIO.

HERIBERTA, dentro.

Abrid.
(Abre Fulgencio con la llave maestra y sale Heriberta.)
Informada estoy
De que debe llegar hoy
El Príncipe: dadme pues
La carta.

FULGENCIO.

Tomadla.

HERIBERTA.

¿Os han
Juzgado?

FULGENCIO.

Se me confina
En mi patria

HERIBERTA.

¡Peregrina
Clemencia! Salí de afan.

FULGENCIO.

Ya mí un recelo me acosa
Cuando mi riesgo fenece.
¿Creeréis que me parece
Esta piedad sospechosa?

HERIBERTA.

¿Cómo?

FULGENCIO.

Con ingratitud
Procedo, y me lo acrimino;
Pero me saca de tino
Cierta invencible inquietud.
Vos, sobre quien el amargo
Cáliz la suerte derrama,
Vos, ¿nada temeis?

HERIBERTA.

Me ama
El Príncipe.

FULGENCIO.

Sin embargo,
Oid, oid los acentos
De mi fe, de mi experiencia.
Señora, la Providencia
Nos da los presentimientos;
Y al quedar mi vida inmune,
Brota en mí la inspiracion
De que hoy en este salon
Dios por algo nos reune.
Por algo vos hoy en mí
Secretos depositais,
Por algo sobresaltais
Mi pecho desde que os vi.

Yo no sé lo que se trata;
Pero al Conde le he fiado
Cierto escrito envenenado,
El cual, leyéndole, mata.

HERIBERTA.

¿Que mata, decís?

FULGENCIO.

Oh! sí:
Con rapidez inaudita
O quita la vida, ó quita
El uso del juicio: así
Obrad con detenimiento:
Sabed, por lo que pudiera
Suceder, que tiene afuera
Título de testamento.
Con verdad ó con tramoya
El Conde me le ha pedido
Para que muera sin ruido
Un reo, secuaz de Froya.

HERIBERTA.

Condenado á muerte yace
Preso el infeliz Lotario,
Que es de Froya partidario;
Pero mi vida ¿á quién hace
Daño? ¿á quién estorba?

FULGENCIO.

Jóven
Hay á quien la envidia encona:
Si os quitaren la corona,
Que sin la vida os la roben.

HERIBERTA.

¡Corona! Mano clemente
La alzó sobre mi cabeza;
Otra mano con fiereza
Me la arrancó de la frente.
Ella se llevó espantados
Mis sueños de amor tan bellos,
Ella dejó mis cabellos
Por el hierro amenazados.
Ya, por mi dicha futura
Fingiendo sinceros votos,
Me hablan de vínculos rotos,
De soledad y clausura.

De sí me arroja el recinto
Que tembló bajo mi pié.
¡Recesvinto! ¿Qué seré
De hoy mas para Recesvinto?

FULGENCIO.

Vienen: debeis retiraros.
Pronto. Adios.

HERIBERTA.

Adios. Quedad.

FULGENCIO.

El aviso recordad
Sobre el veneno. (Vase Heriberta.)

ESCENA XI.

BERTINALDO, Soldados godos, FULGENCIO.

BERTINALDO, á Fulgencio.

Llevaros
Debe el decurion Arnesto:
Id pues con él.

FULGENCIO.

Permitid....
El pergamino.....

BERTINALDO.

Partid.

FULGENCIO.

Me importa....

BERTINALDO, al decurion.

Alejadle presto.
(Los soldados se llevan á Fulgencio.)
Debe de todas maneras
Lo que suceda ignorar,
Porque es fácil sospechar....

ESCENA XII.

EGILAN, con un rollo de pergamino en la mano, BERTINALDO.

EGILAN.

Lotario acabó.

BERTINALDO.

¿De veras
Quedó sin vida?

EGILAN.

No hizo
Mas que lo que viste. Inerte
Como la piedra. Es la muerte
Misma ese infernal hechizo.

(Pónele en la mesa.)

BERTINALDO.

Conocida su eficacia,
Y estando para llegar
Los reyes, hay que atajar
nuestra inminente desgracia.
Tú no querrás comision
Tan odiosa.

EGILAN.

Es muy sencillo
Que repugnen á un caudillo
Comisiones de sayon.

BERTINALDO.

Pero este negocio, ves
Que por su misma entidad,
Pide mancomunidad
Completa, y no es para tres.

EGILAN.

Confiésolo francamente.

BERTINALDO.

Sorteemos.

EGILAN.

Aceptado.

BERTINALDO.

El que saque negro el dado,
Hará el funesto presente.

(Lléganse á la mesa.)

EGILAN.

Sí.

BERTINALDO.

Mueve esa urna.

EGILAN, sacude la urna y la abre ó destapa.

Sea.

Saca.

BERTINALDO, sacando un dado.

Blanco me tocó.

EGILAN, sacando otro dado.

Dado negro.

BERTINALDO, aparte.

Me sirvió
El acaso.
(Coge el rollo y se le da á Egilan.)
Ten: que lea.
Te la enviaré. (Vase.)

ESCENA XIII.

EGILAN.

Cruelmente
Resolví sin vacilar;
Y ahora tiemblo de atentar
Contra esa pobre inocente.
Pero si vive, consiento
El mal que nos amenaza:
Primero es la ley de raza
Que una española ni ciento.
Su amante nuestro perjuicio
Quiere: esto me justifica.
El es quien la sacrifica,
Y á él le salva el sacrificio.

ESCENA XIV.

HERIBERTA, EGILAN.

HERIBERTA.

A vos, Duque, me dirigen:
Dadme pues conocimiento
De no sé qué documento
Donde se explica mi orígen.

EGILAN, le da el pergamino.

Leed.

HERIBERTA, tomándole.

Estais conmovido.

EGILAN.

Tal vez.

HERIBERTA.

Mi suerte ¿os da pena?
Yo la soporto serena.
Miradme.

EGILAN.

Señora, os pido
Que no me hableis ni mireis,
Ni pretendais que se os mire...

HERIBERTA.

Bien.

EGILAN.

Y ántes que me retire,
Leed.

HERIBERTA.

¡Qué ceño poneis,
Egilan! (Aparte. Entro en cuidado.)
Y ¿qué es este pergamino?

EGILAN.

Señora, vuestro destino,
Que no es muy afortunado.
Leed.

HERIBERTA.

Concibo la idea
De que no ha de ser noticia
La que halle, tan impropicia,
Cuando me instais á que lea.

EGILAN.

Justo...

HERIBERTA. aparte, mirando el rollo por fuera.

(¿Qué es lo que reparo?
¡Testamento!) — ¿Dice aquí
Testamento?

EGILAN.

No advertí...
Sí. *Testamento*... muy claro.

HERIBERTA.

Claro me va pareciendo
Ya todo. ¿Quereis hacerme
El obsequio de leerme
Esto, Duque?

EGILAN.

¿Yo?

HERIBERTA.

Comprendo.

EGILAN.

¿Qué?

HERIBERTA.

Que este escrito, al reves
De lo que era de esperar,

A vos os debe dañar,
Y á mí no.

EGILAN.

Sí.

HERIBERTA.

Cierto. Y ¿es
Aquí vuestra compañía
Necesaria á la lectura?

EGILAN.

¡Oh! no. Os dejo. (Ap. ¡Qué tortura
Padecí!)

(En el momento en que Egilan vuelve la espalda, Heriberta desarrolla con ruido el pergamino, evitando verle.)

HERIBERTA.

¡Vírgen María!

(Cae en el suelo; al oir la exclamacion de Heriberta, vuelve Egilan.)

EGILAN.

¡Heriberta!... Consumó
El suicidio involuntario.
Crímen era necesario. —
¡Conde! (Llamando.)

ESCENA XV.

BERTINALDO, EGILAN, HERIBERTA, inmóvil en el suelo.

BERTINALDO.

¿Qué hay?

EGILAN.

Mira.

BERTINALDO.

¡Ah! Leyó.

(Recoge y guarda el pergamino.)

Hola! (Llama.)

EGILAN.

¡Infeliz!

BERTINALDO.

¡Hola!

ESCENA XVI.

GOSVINDA, ESCLAVAS, ESCLAVOS, Dichos.

BERTINALDO, á su hija.

Ven.
Llegad: un fiero accidente
(á las esclavas)
La acometió de repente.
Llevadla donde le den
Auxilios.

(Las esclavas levantan á Heriberta, y la conducen á una silla.)

HERIBERTA.

¡Ay Dios!

EGILAN.

¡Respira!

BERTINALDO, fuera de sí, mirando atónito al Duque.

¿Qué hubo aquí?

HERIBERTA, con voz sorda.

¡Maldad!... ¡engaño!

GOSVINDA.

¿Qué ha sido esto?

HERIBERTA.

Ya... no hay daño.

GOSVINDA.

Pero ¿qué fué?

HERIBERTA.

Que delira
Mi pobre madre... que niega
Lo que sabeis que es verdad.
¡No la creais, no! ¡Callad!

ESCENA XVII.

GUNDEMARO, Dichos.

GUNDEMARO.

Señor, el Príncipe llega.
(Levántase Heriberta.)

BERTINALDO.

El Príncipe ya en mi casa!
(Hace que se va.)

HERIBERTA.

Aguardad. (Detiene al Conde.)

EGILAN, aparte.

¿Si el maleficio
Le habrá trastornado el juicio?

BERTINALDO, á Gosvinda.

Vé y cuéntale lo que pasa;
Prevenle.

(Vase Gosvinda. Heriberta, teniendo asido al Conde, coge con la otra mano á Gundemaro y le dirige las expresiones que debia dirigir al Conde.)

HERIBERTA, á Gundemaro.

Viejo taimado,
Pariente infernal, confiesa
Y jura... que soy princesa:
Respeta mi principado.

GUNDEMARO.

Ved...

HERIBERTA.

Esa voz de agonía
Que te dió gozo feroz,
La has de olvidar: esa voz
O deliraba ó mentia. (Suelta á Bertinaldo.)

GUNDEMARO.

Pero..

(Heriberta lleva á Gundemaro delante de una ventana.)

HERIBERTA.

Allí, tras la montaña,
Negro vapor aglomera
El cierzo, que á la lumbrera
Del dia la luz empaña.
Mas el viento es cambiadizo:
Paró; y el turbion que nace...
Se deshace... se deshace...
Se deshace... se deshizo.

(Dirígese al Conde y al Duque.)

De un sepulcro alzarse veis
Nube que á mi frente sube:
Rayos lanzará la nube,
Si no la desvaneceis.

GUNDEMARO.

Qué es esto? (A las esclavas.)

BERTINALDO, aparte á Egilan.

Lo que al autor
Del veneno le sucede.

EGILAN, aparte á Bertinaldo.

Faltándole el juicio, puede
Vivir.

ESCENA XVIII.

RECESVINTO, GOSVINDA, Godos, HERIBERTA, EGILAN, BERTINALDO, GUNDEMARO, Esclavas, Esclavos.

BERTINALDO.

¡Príncipe y señor!

GUNDEMARO.

¡Qué infortunio presenciais!

RECESVINTO.

Apartad, hablarla quiero. —
Heriberta....

HERIBERTA.

Caballero...

RECESVINTO.

Soy Recesvinto.

HERIBERTA.

Seais.
¿No sois mas?

GOSVINDO.

Tu amante.

HERIBERTA.

Amante...
Amante... ¡Oh! ¡dulce sonido!

RECESVINTO.

Pero ¿qué le ha sucedido?

HERIBERTA.

Mil cosas en un instante.
Sobresaltos y sonrojos
Y peligros y caidas.
Víboras pisé dormidas...
Embistiéronme á los ojos.

RECESVINTO.

¿Cómo?

HERIBERTA.

La viuda á quien diste
Un abrazo en esta sala,
De pronto se puso mala;
De verla, me puse triste.

Vinieron á casa ¡tantos
Hombres de alta dignidad!
Su divina Majestad,
Y la Vírgen y los tantos...
¡Pero ay! entre hachas de luz
Tendida la vímos yerta,
De áspero sayal cubierta,
Las manos juntas en cruz.
¡Cuán poco duran los bienes
Del mundo! ¿Quién lo diria?
El pecho se me partia,
Se me saltaban las sienes.
Otra mas, otra dolencia
Me iba royendo cruel:
Su nombre es como la hiel
De amargo: se llama *ausencia*.
Ojos, manos y clamores
Alcé á la esfera azulada;
Cubriómela una bandada
De buitres devoradores.
Una bóveda movible
Era de alas, garras, picos...
Graznaban grandes y chicos;
Pero en lengua inteligible.
Una chillaba: «Heriberta,
Reina te hace la lisonja;
No lo serás: monja, monja.
Dos gritaron: Muerta, muerta.»
— Huí: tinieblas y truenos
Detuviéronme horrorosos,
Y reptiles monstrüosos,
Lanzadores de venenos.
Imposible resistir
A tal angustia y espanto:
No pude romper en llanto,
Y eché de golpe á reir.
¡Ah, ja, ja, ja, ja!

GODOS.

¡Está loca!

RECESVINTO.

Su juicio se extravió,
Alguien contra ella atentó.
¿Quién ha sido? Hablad. ¿Quién?

HERIBERTA.

Poca

Precision hay de que arbitres
Por mí ninguna medida:
Con tu ruidosa venida
Se han espantado los buitres.

RECESVINTO.

¿Quién te ofendió?

HERIBERTA.

Convendrá
Sí, que unos lazos les echen...

RECESVINTO.

Dí, dí mas.

HERIBERTA.

Donde no acechen.
Adentro. Ah, ja, ja, ja!
(Tómale de la mano, y éntranse.)

ACTO SEGUNDO.

Salon del pretorio ó palacio del Rey.

ESCENA I.

HERIBERTA, con el cabello corto, y vestida con un saco de penitente, GOSVINDA, con traje rico.

HERIBERTA.

¡Ah, ja, ja! Bien dije yo!
Soy adivina famosa.

GOSVINDA.

¡Eh! calla.

HERIBERTA.

«Doliente el Rey,
¿Al Príncipe se le antoja
Llamarnos á su pretorio?
No volveré pesarosa.» —
Aun hay quien me quiera bien.

GOSVINDA, aparte.

¿Que ha de humillarme una loca?

HERIBERTA.

¡Gracioso gesto nos hizo
Cuando me vió motilona!
¡Qué ojos te echó! Te pusiste
Mas pálida que una momia.

GOSVINDA.

Tu confesor y tu médico
Lo mandaron.

HERIBERTA.

Te equivocas.
De tu buen padre son ese
Hipócrates y ese hipócrita.

GOSVINDA.

¿Crees tú...

HERIBERTA.

Ya dije al Príncipe:
«Mi prima no es envidiosa:
Hecha una vision me trae;
Sin embargo, no supongas
Que es por deslucirme: yo,
Con buena ó mala ropa,
Valgo mas que ella.»

GOSVINDA.

¡Atrevida!

HERIBERTA.

Mujer, á mí me desmochan,
Me jaropean, me encajan
Un sayo de hilaza tosca,
Me llevan de templo en templo,
Me santiguan y me hisopan...
¿A qué propósito viene
Semejante trapisonda?

GOSVINDA.

A reponerte cual ántes,
En tu juicio.

HERIBERTA.

¡Qué rabiosa
Manía! Porque unos pájaros
Volaban echando roncas
En mi cuarto, y me asusté,
¡Ya se me supone idiota!
¿No vino el Príncipe, y yo
Me reí de mi congoja?

¿No vino en seguida el Rey,
Y hablámos, tres cuartos de hora,
Solitos el viejo y esta
Su obediente servidora?
Pues él me desatontó.
Pero, no señor; no hay forma
De persuadiros. En parte
Sufro sin pena la broma,
Porque la vida que tuve
Antes... ¡era deliciosa!
Los ojos siempre en el suelo,
Siempre un candado en la boca...
Ya me permiten decir
Y hacer cuanto me acomoda...
Ménos tratar de casarme
Y disponer de mis joyas.

GOSVINDA.

Se te guardan para...

HERIBERTA.

Al cabo
Me dejais la mas preciosa.
Este anillo que me dió
El Príncipe. Guarda y goza
Las demas: esta no es fácil
Que en el dedo te la pongas.

GOSVINDA.

¡Heriberta!

HERIBERTA.

¿Qué te da,
Prima?

GOSVINDA.

¿Tú de mí te mofas?

HERIBERTA.

Tal vez.

GOSVINDA.

¿Sabes tú quién eres?

HERIBERTA.

¡Pche! Yo sé que el Rey me nombra
Nuera; su hijo me dice
Que sigo siendo su novia:
Las especies de otra especie
Se me van de la memoria.

GOSVINDA.

¡Pérfida!

ESCENA II.

BERTINALDO, HERIBERTA, GOSVINDA.

BERTINALDO.

¿Qué pasa?

HERIBERTA.

Aquí
Mi prima se me sofoca,
Y porque os hacen tutor
Mio, la echa de tutora.

BERTINALDO, aparte á su hija.

(Disimula.) No haya mas.

HERIBERTA.

Tu padre, ni cuando ahorca
Sin razon á un infeliz
Sale de su calma heróica:
Aprende de él.

BERTINALDO.

En efecto,
No obstante que me ocasiona
Grave daño lo que hiciste
Dias há, mi bondadosa
Condicion, sin reparar
En nada, te lo perdona.

HERIBERTA.

¡Perdonar! ¿Qué habeis tenido
Vos que perdonarme?

BERTINALDO.

Rotas
Mis arcas lo están diciendo.

HERIBERTA.

Les entraba la carcoma:
Cogí un hacha... zas... manaron
Oro... lo invertí en limosna.

BERTINALDO.

Guardaba yo allí escrituras,
Y las quemaste.

HERIBERTA.

Sí.

BERTINALDO.

¿Todas?

HERIBERTA.

No: reservé un pergamino.

BERTINALDO.

¿Cuál?

HERIBERTA.

Uno con letras gordas
Por de fuera.

BERTINALDO.

¿Qué decian?

HERIBERTA.

«Testamento.»

BERTINALDO, aparte.

(El es.) Importa
Que me le vuelvas.

HERIBERTA.

Al Rey
Con eso.

BERTINALDO.

¿Al Rey?

HERIBERTA.

Le custodia
El... por mas señas, en una
Caja pequeña redonda,
Para libros, que le traje
Cuando hice la escapatoria
Para verle. Mi tesoro
Le oculto allí.

GOSVINDA.

¿Qué atesoras
Tú?

HERIBERTA.

Felicidad... en cartas.

GOSVINDA.

¿De amor?

HERIBERTA.

Del Príncipe.

BERTINALDO.

Cosa
Es ya de advertir al Rey...

HERIBERTA.

Pero si el Rey nada ignora.

BERTINALDO.

¿Cómo?

HERIBERTA.

Como que me dijo
Desde luego: «Tú de tonta
No pecas: mira, si el Príncipe
Te sonsaca, no respondas
Acorde, ¡no! disimula,
Y espera á que se reponga
Mi salud.» Yo disimulo,
Yo espero... y él empeora,
Y ambas Españas invade
La peste de la discordia.
Eco infiel dilata el grito
De la rebelde Vasconia;
Soldados por todas partes
En Toledo se amontonan:
Recesvinto ha de salir
Con ellos á Zaragoza;
Van descontentos con él;
Voces oigo misteriosas
Allá en él palacio nuestro,
Y caras miro traidoras.
Mi amor, que observa con susto
Las nubes que el cielo entoldan,
Prevé la tormenta horrible
Que viene rugiendo sorda.

GOSVINDA

¿Qué tormenta?

BERTINALDO.

¿Qué has oido?

HERIBERTA.

Cuando llueve, se deshojan
Las flores: ántes que al suelo
Caigan las primeras gotas,
Voy por un ramo al verjel
Real. — (A Gosvinda.) Te traeré una rosa...
Amarilla... como tú.

GOSVINDA, á su padre.

¿Vos consentís?...

HERIBERTA.

Una copla.

Amarilla volvióse
La rosa blanca,
Por envidia que tuvo

De la encarnada.
Teman las niñas
Convertirse de blancas
En amarillas.

GOSVINDA.

Oye.

HERIBERTA.

Niña grande, adios. (Vase.)

ESCENA III.

BERTINALDO, GOSVINDA.

GOSVINDA.

Padre, esta locura...

BERTINALDO.

¿Tornas
A sospechar que es fingida?

GOSVINDA.

¿Hay razon satisfactoria
Para imaginarla cierta?

BERTINALDO.

Sí tal, hay razon de sobra.
(Aparte.) No sabe lo del escrito
De la letra venenosa.

GOSVINDA.

Esto de no recordar
Ni una vez que es española...

BERTINALDO.

Ese olvido y el silencio
Nuestro se combinan y obran
Juntos para tí. Conviene
Que el Príncipe no conozca
La cuna de la que amó;
No haga crecer esa historia
Su amor á los españoles
Que á los godos alborota;
Y no les dará cuidado
Si ciñes tú la corona.

GOSVINDA.

¡Ceñirla yo! Recesvinto
Nunca me querrá; me odia,
Y yo... le aborreceré.

BERTINALDO.

Iras de mujer celosa,
Que debe lanzar del pecho
Quien la diadema ambiciona.
Mal se ganan voluntades
Con frente ceñuda y torva;
Muéstrate amante, y verás
Que ser bien pagada logras.
Al Príncipe en este punto
Propone Egilan tus bodas.

GOSVINDA.

Las rehusará; le tiene
Ciego mi competidora:
Triunfará de mí.

BERTINALDO.

¿Ha de ser
Una demente su esposa?
Fia en mí y en Egilan:
Toda la nobleza gótica
Quiere la union que prepara
Mi diestra fuerte y mañosa,
Y pronto el regio dosel
Dará á tu cabeza sombra.

GOSVINDA.

¿Pronto, decís?

BERTINALDO.

Y si no,
Toledo se insurrecciona....
Y tu rival... á mi cargo
Queda.

GOSVINDA.

Ella vuelve.

ESCENA IV.

HERIBERTA, con un ramo de flores, BERTINALDO, GOSVINDA.

HERIBERTA.

Señora
Prima, flores traigo aquí
De vario color y aroma:
Las que no tienen espinas,
Te las ofrezco; las otras,
Para mí son buenas.

GOSVINDA.

Gracias.

HERIBERTA.

Ahí queda en la estancia próxima
Vuestro alcaidde. (A Bertinaldo.)

BERTINALDO.

¿Gundemaro?

HERIBERTA.

Pues: le acompaña una tropa
De médicos, recogidos
Con celeridad pasmosa
Por él y otros, en ciudades
Inmediatas y remotas.

BERTINALDO.

Para que asistan al Rey,
El Príncipe los convoca.

HERIBERTA.

De aquel sabio, que en mi madre
Desgració su mano docta,
Tiene para mí una carta
Gundemaro: pues os toca
Verla primero, mirad
Si es lectura peligrosa
Para mí.

GOSVINDA.

Lo veré yo.

BERTINALDO.

Ven por ella.

HERIBERTA.

Quiere ahora
Hablarme el Príncipe.

GOSVINDA.

Vamos
De aquí, padre.
(Vanse padre é hija.)

ESCENA V.

EGILAN y RECESVINTO dentro, HERIBERTA.

EGILAN, dentro.

No desoigas
Mi voz.

RECESVINTO, dentro.

Egilan, ya basta.

HERIBERTA.

Conversacion borrascosa
Traen: esperemos. (Vase.)

EGILAN, dentro.

Oye,
Si amas tu vida y tu gloria.

ESCENA VI.

EGILAN, RECESVINTO.

RECESVINTO.

¡Duque!...

EGILAN.

No vuelvo á insistir
En que á Gosvinda concedas
Tu mano: tú me lo vedas,
Y hay mas en que discurrir.

RECESVINTO.

¿Qué mas?

EGILAN.

Déjame rogar
Que no alteres la costumbre,
Cuando tanta muchedumbre
De gente quieres armar.
Se dice en calle y en plaza
Que deben los reclutados
Españoles ir mandados
Por caudillos de su raza.

RECESVINTO.

Tal pienso: con recompensas
Justas, amor inspiremos;
No digan mas que vencemos
Sin su pro y á sus expensas.

EGILAN.

Tú, pues, no tan solamente
Al vínculo te has negado
Que te afianzara un reinadc
Pacífico y floreciente,
Sino que, dado al afan
Continuo de malquistarte,
Pretendes que el talabarte
Se ciña de capitan

Gente que se me figura
Que va á pensar, muy en ello,
Que la cadena del cuello
Se le pasa á la cintura.

RECESVINTO.

La cadena agobiadora
Volver quiero yo ligera:
Nuestra raza degenera,
La indígena se mejora.
Forzadas á competir,
Ganen ambas á la par:
No querrá el godo bajar,
Si ve al español subir.

EGILAN.

¿Temes tú que la nobleza
Visigoda se avillane?

RECESVINTO.

Yo pretendo que se hermane
Lo que unió naturaleza.
Siglo y medio há que vivimos
Juntos en una region:
Ni ellos lo que fueron son,
Ni nosotros lo que fuimos.
Tu habla, tu aspecto, esa ropa,[6]
Digna de un galan de Aspasia,
¿Muestran al bárbaro de Asia,
Huésped y azote de Europa?
Echados del setentrion
Por el frio y por el hambre,
Caimos, inmenso enjambre,
Sobre una y otra nacion;
Y donde rico estipendio
No pagó nuestra jornada,
La dejaron bien marcada
La mortandad y el incendio.
Pero en España, que fin
Puso al dilatado viaje,
No era ya el godo el salvaje
Que á nado cruzaba el Rhin;
Antes al ver con escándalo
En ella déspotas nuevos,
Arrolló alanos y suevos,
Lanzó al silingo y al vándalo.
Mandatarios imperiales,
Ascendimos á señores,

Venciendo á los invasores,
Ganando á los naturales;
Y ellos, en la sujecion
Conservándose sin mengua,
Nos impusieron su lengua,
Costumbres y religion.
En virtud, sabiduría
Y número, nos exceden.

EGILAN.

Ejercer con fruto pueden
Labranza y ganadería,
Tejer seda con primor
Y edificar un castillo;
Pero el cargo de caudillo
Pide ánimo superior.

RECESVINTO.

Froya dirá si en justicia
Mi resolucion se apoya.

EGILAN.

Y ¿no vencerás á Froya
Sin esa nueva milicia?

RECESVINTO.

Poco le temo, Egilan;
Soldados rijo de cuenta;
Pero á tí ¿no te amedrenta
Desde Africa el musulman?
Hácia nosotros avanza;
Nadie de él está seguro:
Fabriquémonos un muro
Donde se rompa su lanza.
Unidos para las lides
Godo y español, sereno
Aguardaré al sarraceno
En las columnas de Alcídes;
Pero teniendo neutral
Al español y remiso,
Como tenerle es preciso
Cuando se le trata mal;
Si nosotros no atajamos
La furiosa inundacion,
Dejará con su inaccion
El, que naufraguen sus amos;
Y á salvo en puerto contiguo,
Reirá de ver que llegó

Dia en que pisoteó
Nuevo tirano al antiguo.
Corona espera mi sien,
Egilan; y si algo puedo,
No exhalará mi Toledo
El ay de Jerusalen.

EGILAN.

Un riesgo que ignoras labras,
Y el que presientes no evitas:
Mira que te precipitas;
Por Dios, que los ojos abras.
Cuando sulquen el Estrecho
Las galeras del infiel,
A recibirle en tropel
Iremos con firme pecho,
Donde sin ayuda ajena,
Sino la que el cielo preste,
Gane el triunfo nuestra hueste,
O se abra tumba en la arena.
Muera yo, como haga riza
Primero, y quiebre la hoja
De mi espada, no la coja
Mano de sangre mestiza,
Sangre hispana, que cien veces
Con otra se revolvió,
Y en la mezcla desechó
Lo bueno, y guardó las heces.
Luz de gloria nunca radie
Sobre esa familia extraña:
Nosotros somos España;
Fuera de nosotros, nadie.
Al hombre que nace y crece
A nuestros piés, no podemos
Amarle; le aborrecemos,
Y aun al que no le aborrece.
¿Quieres una prueba? Impía
Es, horrorosa es la prueba;
Mas dice adónde nos lleva
Nuestra terca antipatía.
Si Heriberta no enloquece,
Muere á mis manos de fijo.

RECESVINTO.

¡Matar á la que yo elijo
Para tu reina! Merece
Tan solo el pensarlo, mil
Muertes, mil. Pues, ¿qué os ha hecho?

EGILAN.

La llamabas á tu lecho,
Y es una española vil.

RECESVINTO.

Es hija de Radimiro,
Es hija de Berengarda.

EGILAN.

Es de la estirpe bastarda:
Lanzando el postrer suspiro
Berengarda, reveló
El hecho, el cómo y por qué,
Y el Conde testigo fué,
Y Heriberta lo escuchó.

RECESVINTO.

¡Cielo santo!

EGILAN.

Ahora, desnuda
Tu acero, y el pecho parte
Al que, mirando á salvarte,
No enfrena su lengua ruda.
Tú luego perecerás;
Ya está en feroz asonada
Tu muerte determinada.

RECESVINTO.

¡Oh! yo sabré....

EGILAN.

Ni sabrás
Ni podrás: no hay defensores
De Rey que su ser abjura;
Tragará la sepultura
Tus planes trastornadores;
Tragará contigo al viejo
Nonagenario, que hubiera
Finado en paz su carrera.

RECESVINTO.

¡Mi padre!... ¡Duque!...

EGILAN.

Un consejo.
En sus manos moribundas
Pongamos nuestras cuestiones;
Yo diré mis pretensiones,
Dí tú el no y en qué lo fundas.

RECESVINTO.

Egilan, el Rey consiente
Mi justo y noble decreto.

EGILAN.

Quizá escuche con respeto
La voz del riesgo inminente.

RECESVINTO.

¡El temer!

EGILAN.

Si convenís,
Mi parecer avasallo
Al tuyo.

RECESVINTO.

Dicte su fallo
Mi suerte y la del país. (Vanse.)

ESCENA VII.

HERIBERTA. GUNDEMARO.

GUNDEMARO.

Pasad. ¿Qué estabais haciendo
Aquí?

HERIBERTA.

¿No lo comprendeis?

GUNDEMARO.

Acechabais, ¿eh?

HERIBERTA.

Y oia
Cosas de mucho interes.

GUNDEMARO.

¡Linda maña!

HERIBERTA.

Las mujeres
Son amigas de saber.
A propósito, ¿me das
El consabido papel?

GUNDEMARO.

A eso vine. (Se le da.)

HERIBERTA.

¿Qué te dijo
Fulgencio?

GUNDEMARO.

Que os quiere ver,
Que necesita salir
De Numancia; que logreis
Que le perdone el destierro
El Conde, mediando el Rey.

HERIBERTA.

¿Por qué se quiere venir?

GUNDEMARO.

Porque intenta recorrer
Media España; ha descubierto
Que una hija que tuvo, fué
Robada; pues no murió,
Como le hicieron creer.

HERIBERTA.

¿Es posible!

GUNDEMARO.

El hombre tiene
El juicio hecho una babel
Con la noticia, y anhela....

HERIBERTA.

Sí. Leamos.

GUNDEMARO.

¿Aun leeis
Sin dificultad?

HERIBERTA.

Ninguna:
Todo lo comprendo bien.
Oye y juzga.

(Lee.)

«Princesa, necesito veros por vos y por mí; sabed entretanto que se disponen várias ciudades á unirse con el rebelde Froya, y que se niegan muchas á hacerle guerra: el designio de conferir grados militares á los españoles irrita á los godos contra el Príncipe, contra nosotros y aun contra vos: aunque no se dice, comprenderéis el motivo. Dad esta carta al Príncipe: que resuelva pronto, porque el peligro da poca espera.»

Y ¿es verdad
Todo esto?

GUNDEMARO.

Distinguiré.
A los pobres españoles
Hoy los tienta Lucifer:
Con lo de ofrecerles jefes
Propios, cobran altivez,
Y sin pérdida de tiempo
Quitársela es menester.
Esto es verdad; y si ocurre
Algun degüello, pardiez
Que no será extraño. Es cierto
Que se conspira tambien
Contra el Príncipe. . De vos
Nadie se queja; al reves,
Todos sentimos que el Príncipe
Rival tan indigna os dé.

HERIBERTA.

¿Quién! Gosvinda?

GUNDEMARO.

Si esa fuera,
Todo se arreglara.

HERIBERTA.

Pues
¿Qué otra rival tengo? ¿Cómo
Se llama? ¿Quién es? Dí. ¿Quién?

GUNDEMARO.

Dicen que es una española
Duende, que no se la ve,
Y todo lo enreda.

HERIBERTA.

Ah sí:
Ya estoy.

GUNDEMARO.

Contra esa mujer
Es el odio general
De toda la goda grey.
Esa pierde al Príncipe, esa
Le llevará á perecer,
Esa condena á su estirpe
A un exterminio cruel.

HERIBERTA.

No lo creas, Gundemaro.
Gracias. Yo lo evitaré.

El Príncipe viene. Déjame
Hablar á solas con él.
(Vase Gundemaro.)

ESCENA VIII.

RECESVINTO, HERIBERTA.

RECESVINTO, aparte.

(Mi padre, con tal porfía,
¡Mandarme salir!... ¡quedarse
Con Egilan!... ¿Va á frustrarse
La firme esperanza mia?)
Heriberta...

HERIBERTA.

¡Qué oportuna
Es tu venida, señor! (Rasga la carta.)

RECESVINTO.

¿Qué rasgas?

HERIBERTA.

Un borrador
Sin importancia ninguna.

RECESVINTO, aparte.

(Española... He de indagar...)
Mira, ven: recapacita...

HERIBERTA.

Es que aguardo una visita....
¡Visita que hace temblar!

RECESVINTO.

¿Temblar? ¿Quién es?

HERIBERTA

Bien que no:
Respetará el regio albergue.
— ¡Ay! mi cabello se yergue.
Nada respeta. Ya entró.

RECESVINTO.

¿Quién?

HERIBERTA.

Berengarda. Allí: mira....
Al verte, se queda atras.

RECESVINTO, aparte.

(¡Española, y ademas
Así la infeliz delira!)

Vuelve en tí, y el error cese
Que tu pensamiento embarga.

HERIBERTA.

Viene y la mano me alarga
Para que vaya y la bese.

(...a algunos pasos, se arrodilla y hace como que toma y besa la mano que supone le tiende la sombra de Berengarda.)

RECESVINTO.

Sola estás conmigo.

HERIBERTA.

¡Sola!
¿No la ves pegada á mí?
¿No oyes que me dice: «Dí,
Díle que eres española?»

RECESVINTO.

Vuelva tu juicio á su ser,
Y hasta el solio te levanto.

HERIBERTA.

¿Oís? Queriéndome tanto,
¿Quién le deja de querer?

RECESVINTO.

Alza, mi bien.

HERIBERTA, aun de rodillas.

¿Qué?... No: el resto
Ménos le debe importar.
Ya no se puede casar
Conmigo: basta con esto.

RECESVINTO.

¿Qué mas quiere esa vision....
Esa ilusion que te engaña?

HERIBERTA.

Quiere, para bien de España,
Que oigas una prediccion.
(Dirigiéndose á la sombra.)
Mi labio no acertaria...
No espereis que se lo anuncie.
(Se levanta.)
No es razon que yo pronuncie
Contra mí la profecía.
(Huye de la sombra.)
¡Señora, mil veces no!
— ¡Ella en mi cuerpo se embebe!
Ella es quien mi lengua mueve;
Ella habla en mí: no hablo yo.

RECESVINTO, aparte.

(Este delirio es tan raro,
Que á maravilloso pasa.)

HERIBERTA, con una voz como sepulcral.

¡Recesvinto! De tu casa
Eres el varon preclaro.
¡Recesvinto! el cielo dones
Grandes te va á conceder:
Procura corresponder
Bien á tus obligaciones.
De la prenda que te quito,
Sepárate con grandeza:
En tí fuera una flaqueza
Imperdonable delito.

RECESVINTO.

¡Qué es lo que oigo!

HERIBERTA.

Cruel, vana,
Y amante de ocio y placeres
Fuera la que tu prefieres,
En la silla soberana.
Queriendo atajar el curso
Del mal que á traeros iba,
Para bien de ambos la priva
El cielo de su discurso.
Por esa infausta doncella
Pierde tu amoroso afan,
O te la asesinarán,
Y á todo un pueblo con ella. (Vase.)

ESCENA IX.

RECESVINTO.

¡Asesinármela! Rios
De sangre derramaré
Primero: yo prevendré
Vuestros intentos impíos,
Godos, que á la rebelion
Tan ágil prestais la mano:
Pues no me quereis Trayano,
Temblareis de otro Neron.
De mi justicia despojos
Los que hoy osan conspirar,
Nadie en mi reino ha de alzar
Contra Heriberta los ojos.
Resuélvase el Rey....

ESCENA X.

EGILAN, RECESVINTO.

EGILAN.

Vencí.
El Rey, á quien no disuades,
Teme de tus novedades
El daño que yo temí.

RECESVINTO.

¿Se opone!

EGILAN.

Dice que está
Bien la ley que nos divide,
Y que al pueblo que no pide,
Le pervierte quien le da.

RECESVINTO.

Cuando bien provincias doma
El infiel con sus legiones...

EGILAN.

Dice que esas distinciones...
Quien las quiere, se las toma.

ESCENA XI.

BERTINALDO, GOSVINDA, RECESVINTO, EGILAN.

GOSVINDA.

Gran señor, los toledanos
Contra vos se alborotaban
Por mí: fuí donde gritaban,
Y atajé voces y manos.

BERTINALDO.

Lazos á mi fe han tendido
Con un informe siniestro;
Temor del peligro vuestro
Me dejó sordo el oido.

RECESVINTO.

¡Gosvinda!

ESCENA XII.

GUNDEMARO, RECESVINTO, GOSVINDA, BERTINALDO, EGILAN.

GUNDEMARO.

Acudid, llegad.
El Rey envía á llamaros
A los tres para dictaros
Su postrera voluntad.

RECESVINTO.

¡Padre mio!

EGILAN.

Ese motin....

BERTINALDO.

Ya cesó completamente.

ESCENA XIII.

HERIBERTA, GODOS, RECESVINTO, GOSVINDA, EGILAN, BERTINALDO, GUNDEMARO.

HERIBERTA.

Recesvinto, el Rey doliente,
Que ve próximo su fin,
A tí me envía, fiado
En que es mi ruego eficaz,
Para que vuelvas la paz
Que á sus reinos has quitado.

RECESVINTO.

¿Yo?

HERIBERTA.

Te pide, ántes que rinda
Su espíritu al Criador,
Que un sí reconciliador
Te haga esposo de Gosvinda.

RECESVINTO.

¿El quiere?...

HERIBERTA.

Siendo notorio
Tu gran respeto filial,
Toda la casa real
Junté para el desposorio.

RECESVINTO.

El Rey... que esposa me elige...
Me debe escuchar aun.

HERIBERTA.

El te la ofrece, segun
El público bien exige.

RECESVINTO.

Cuando eso diciendo estás,
¿Sabes tú lo que profieres?

HERIBERTA.

Satisfaga sus deberes
El que impone los demas.
Mira ese rostro que hechiza,
Mira mis ropas groseras:
Esta es ilustre de veras,
Yo fuí princesa postiza.

RECESVINTO, aparte.

¡Oh Dios! ¡oh martirio doble!

EGILAN, á Heriberta.

¿Vos cedeis?...

HERIBERTA.

De buena gana.
¡Bah! Desde que soy villana,
Tengo corazon muy noble.
Y no porque yo lo diga;
Lo ha dicho y lo ha repetido
El Rey, y me ha bendecido,
Para que Dios me bendiga.
No cesa de sollozar
Sobre si gano.... si pierdo....
Si.... Me enternece el recuerdo
Sin poderlo remediar.

RECESVINTO, aparte.

¡Infeliz!

BERTINALDO, aparte, á Egilan.

Triunfamos.

HERIBERTA.

Ea,
Id. Este anillo tenia....
Ser de tu esposa debia...
Toma... para que lo sea.

RECESVINTO.

¡No!

HERIBERTA.

Sí. — Rinde en el encuentro
Con tu valor tu pesar.
Un príncipe ha de llorar
De los párpados adentro.

RECESVINTO.

¡Ah!

HERIBERTA.

Falta la accion postrera
De mi loco frenesí.
Tu mano. (A Gosvinda.)
(A Recesvinto.) La tuya aquí.
(Une las de ambos.)
Marchad: el Rey os espera.
Salga el sí que vais á dar
Bien firme de vuestra boca...
— Y desterradme á una roca
Del piélago balear.

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

EGILAN y FULGENCIO, en pié. BERTINALDO, sentado, distante de ellos.

FULGENCIO.

Mil veces recuso y tacho
De incompetente, el dictámen
De los médicos judíos,
En caso tan importante.

EGILAN.

Interesado es el tuyo,
Y nada en justicia vale.
Diez personas de saber,
Y en la cuestion imparciales,
Afirman que el Rey difunto
Muerto de veneno yace;[7]
Las apariencias acusan
Del asesinato infame
A los españoles, y eres
Español: ¿quién ha de darte
Fe sin pruebas, cuando abogas
La causa de tu linaje?
Tan cierto es el regicidio
Como será inevitable

El horroroso escarmiento
Que está para ejecutarse.

FULGENCIO.

Pero ¿es posible? ¿Seréis
Capaz de tanta barbarie?

EGILAN.

Los próceres lo han resuelto
Así; Gosvinda y su padre,
Que rigen á España en tanto
Que Recesvinto combate,
Lo han aprobado, y me encargan
La ejecucion: no me es dable
Ni aun deferirla. (Vase.)

ESCENA II.

BERTINALDO, FULGENCIO.

FULGENCIO, dirigiéndose al Conde, que se levanta.

Señor...

BERTINALDO.

Buen Fulgencio, harto se sabe
Que vos estáis á cubierto
De acusacion semejante.
Casi moribundo el Rey
Un mes há, vos le salvasteis;
Y le vió con grato asombro
Toledo pisar sus calles.
De la ciudad os hallabais
Ausente seis dias hace,
Noticias de vuestra hija
Buscando afanoso en balde,
Hasta que volvisteis hoy
Por este funesto lance.
Supuesto que no se os culpa,
Dejad que muera el culpable.

FULGENCIO.

Señor, la muerte del Rey,
Segun lo que enseña mi arte,
No ha sido violenta, ha sido
Natural.

BERTINALDO.

Soy ignorante
En vuestra ciencia; con todo,
En un tumulto es bien fácil...

FULGENCIO.

¿Tumulto, señor? Llegó
La noticia deplorable
De que dejaban al Príncipe
Solo muchos capitanes
Godos, y lanzó Toledo
Un grito de horror unánime.
Recorrió á pié la ciudad
El anciano venerable,
Nuestro Rey, sin consentir
Guardia que le acompañase;
Y entónces mil españoles
Fieles, de todas edades,
Con sus vidas le brindaron
Contra el rebelde pujante.

BERTINALDO.

Y vinieron hasta aquí,
Persiguiéndole tenaces...

FULGENCIO.

Con ruegos.

BERTINALDO.

Con exigencias
De sedicioso carácter;
Y poco despues yacia
Muerto el Rey: es indudable
Que se introdujo un traidor
Entónces á envenenarle.

FULGENCIO.

Pero ¿quién fué?

BERTINALDO.

Si á quien fué
No se me entrega esta tarde
Antes de la hora de sexta,
Se diezman los habitantes
Que hay de vuestra casta dentro
De la ciudad.

ESCENA III.

GOSVINDA, BERTINALDO, FULGENCIO.

GOSVINDA.

¿Qué debate
Es este?

FULGENCIO.

¡Reina y señora
Mia! Con los tristes ayes
De un pueblo infeliz me acerco
A vuestras plantas reales.
Un reo nos piden. Tiempo
Dejadnos para buscarle.
Si hay un traidor, muera él;
Vivan en paz los leales.
Ya disteis á vuestro esposo
Cuenta del fatal desastre;
Aguardad á que él envíe
Su sentencia inapelable:
Será de su juicio digna,
Y de su espiritu grande.
Recordad que interrumpidos [8]
Vuestros regios esponsales,
Las galas el desposado
Necesitó desnudarse;
Y sin haber recibido
Las bendiciones nupciales,
Del tálamo se privó
Por las tiendas militares.
Ved que el nuevo Rey de España
Quizá en este mismo instante
Mueve por segunda vez
Contra el rebelde sus haces.
Mas feliz que la primera,
Triunfe su regio estandarte
Con el favor que de Dios
Vuestra clemencia le gane.
Fuera triste, gran señora,
Fuera horrible ensangrentarle
Vos la página primera
De sus gloriosos anales.

GOSVINDA.

No se la ensangrentaré
Con un castigo que ultraje
Su nombre, mas no penseis
Que el regicida se salve.
Muy cerca estoy de saber
Quién es.

BERTINALDO.

¡Cómo! ¿Averiguaste?...

GOSVINDA.

Mucho.

FULGENCIO.

¡Oh Dios!

GOSVINDA.

Vé y dí á los tuyos
Que alienten.

FULGENCIO.

El cielo os pague
La esperanza que me dais
Con tan propicio mensaje. (Vase.)

ESCENA IV.

BERTINALDO, GOSVINDA.

BERTINALDO.

¿Se descubre algo en efecto?

GOSVINDA.

Gundemaro, nuestro alcaide,
Mas explícito conmigo
Que fué con vos ni con nadie,
Noticias me tiene dadas,
Pruebas evidentes casi.

BERTINALDO.

¿Pruebas de qué?

GOSVINDA.

Anoche el Rey
Difunto, para librarse
De la turba de españoles
Que le acosaba incesante,
Se encerró en su cuarto.

BERTINALDO.

Sí.

GOSVINDA.

A poco de retirarse
Los españoles, oyó
Gundemaro como si alguien
Hablase al Rey; y mirando
Por el hueco de la llave,
Vió que trémulo y convulso
Peleaba por soltarse
De los brazos...

BERTINALDO.

¿De quién?

GOSVINDA.

De una
Mujer, que al verle expirante,
Huyó veloz por la puerta
Oculta de aquel paraje.

BERTINALDO.

¡Una mujer!

GOSVINDA.

Y, segun
La luz dejaba enterarse,
Heriberta era la furia,
En cuyas manos fatales
Pereció el Rey.

BERTINALDO.

¡Gundemaro
Dice eso!

GOSVINDA.

Podeis llamarle.

BERTINALDO.

¿Cómo Heriberta ha venido
Aquí de las baleares?

GOSVINDA.

Ella nos lo explicará:
La buscan por todas partes.

BERTINALDO.

¿Sabes, Gosvinda, que fuera
Mejor que no la buscasen?

GOSVINDA.

Muera quien mató.

BERTINALDO.

¡Una loca!
No hay castigo que aplicarle.

GOSVINDA.

¿Y si está en su juicio?

BERTINALDO.

Atiende.
En la junta de magnates
Que se ha tenido secreta
Sin Egilan, personajes
De mucha cuenta han querido
Que un escarmiento notable
Aterre á los españoles,

Que han principiado á inquietarse.
Reina te aclaman, con esta
Condicion irrevocable:
Para cumplirla, conviene
Que no se siga el alcance
Mucho al matador.

GOSVINDA.

Primero
Es que me pongan delante
La que amarga de antemano
Mis venturas conyugales.

BERTINALDO.

Te las amargan tus celos,
Que son injustificables.
Esas cartas de Heriberta,
Que por tu mal encontraste,
Fueron al Príncipe escritas
Cuando eran los dos amantes;
Y con todo, tú por ellas
La guardas odio implacable.

GOSVINDA.

Se le guardo: no sé qué
Diera por apoderarme
De las que él la dirigió:
Allí viera yo si cabe
Que, habiéndose amado tanto
Los dos, pueda aniquilarse
La inclinacion de mi esposo
Que en férvido afan me trae
Con sobresalto de dia
Siempre el corazon me late;
Por la noche me persigue
Una y otra hórrida imágen:
Mi muerte he soñado ya
Tres veces, las tres iguales.

BERTINALDO.

¿Crédito á sueños otorgas?

GOSVINDA.

Oid el mio, y juzgadme.
Coronada y en mi trono,
Puesto en la cumbre de Calpe,
Dosel me daban las nubes
En pabellones flotantes.
Al pié del monte, acullá

En hondura inmensurable,
Cruzaba un agrio sendero,
Cavernoso árido valle.
Por un extremo venia
La Muerte, vision gigante;
Por el otro iba Heriberta
Con la vision á encontrarse.
Cetro de ébano empuñaba
El espectro formidable:
Alzábalo, y se morian
Las águilas en el aire.
De tumbas poblaba el suelo
Su mirada fulminante;
Saltaban las rocas, hechas
Lápidas ya sepulcrales.
Llegó á la fantasma al cabo
Mi enemiga detestable,
Y un corazon le arrojó
Que echaba fuego por sangre.
Rugiendo entónces la Muerte,
Sus alas despliega y bate:
Huye, su cetro abandona,
El cetro en las manos cae
De Heriberta, y al asirle,
Prolóngase hasta tocarme
La frente: no bien la toca,
Polvo mi corona se hace,
Caigo del solio, rodando
Sus escalones de jaspe;
Rasgan las piedras del monte
Mis vestidos y mis carnes;
Voraz ensancha un abismo
Su boca para tragarme,
Y hundida en su fondo, tiento
A cada lado un cadáver.

BERTINALDO.

¿Será un pronóstico?

UNA VOZ, dentro.

Sí.

GOSVINDA.

¡Gran Dios!

VOZ DENTRO.

Triunfaré. Dejadme
Paso.

BERTINALDO.

Esa voz...

GOSVINDA y BERTINALDO.

¡Heriberta!

ESCENA V.

HERIBERTA, GODOS, ESPAÑOLES, BERTINALDO, GOSVINDA.

GOSVINDA, aparte á Bertinaldo.

La soñé con ese traje...
Con ese ademan...

BERTINALDO, aparte á su hija.

Repórtate.

HERIBERTA.

¿Por qué te asusta el mirarme?

GOSVINDA.

¿Porqué en mi alcázar penetras?
¿Quién autorizó tu viaje?

HERIBERTA.

Siempre en Toledo he vivido.

GOSVINDA, observando á Heriberta.

¡Mirad, mirad su semblante!
No está loca esa mujer.

HERIBERTA.

Tiempo es de arrojar disfraces.
Nunca lo estuve.

BERTINALDO.

¡Ah!

GOSVINDA.

¿Porqué
Tu locura simulaste?

HERIBERTA.

Por vivir.

GOSVINDA.

¿Quién á tu vida
Osó atentar?

HERIBERTA, á Bertinaldo.

¿No lo sabe?

BERTINALDO.

¿Por qué ha de saberlo?
(Aparte á Heriberta.)
Calla.

GOSVINDA.

¿Quién fué contra tí?

HERIBERTA.

Tu padre,
Por ser de Egilan amigo,
Pudiera quizá informarte.

BERTINALDO.

Salid todos.

HERIBERTA á Bertinaldo.

Vos tambien.

BERTINALDO.

Es necesario que te hable.

HERIBERTA.

Despues que á la Reina yo.

BERTINALDO, aparte.

Llevo mi plan adelante.

(Vanse Bertinaldo y los que salieron con Heriberta.)

ESCENA VI.

HERIBERTA, GOSVINDA.

GOSVINDA.

¿Conque así nos has burlado?
¿Así me has escarnecido?

HERIBERTA.

Un Rey tienes por marido,
Gosvinda; yo te le he dado.

GOSVINDA.

¡Tú!

HERIBERTA.

Justo es que me indemnice
Quien todo mi bien estraga:
Yo vengo aquí por la paga
Del sacrificio que hice.

GOSVINDA.

¿Qué pretendes?

HERIBERTA.

Defender
A mi pueblo calumniado:
Se le achaca un atentado
Que no pudo cometer.

GOSVINDA.

¿Que no pudo? Antes que emprendas
La defensa que meditas,
Vindicarte necesitas
De inculpaciones tremendas.

HERIBERTA.

Lograr mi objeto presumo.

GOSVINDA.

¿Por qué no marchaste á Palma?

HERIBERTA.

Faltóle valor al alma
Despues del esfuerzo sumo.
Debí al Príncipe casar
Contigo, y supe cederle;
Quise renunciar á verle;
No he podido renunciar.

GOSVINDA.

Tú ¿le amas aun?

HERIBERTA.

Gosvinda,
Si el Rey anciano viviera,
El, aunque anciano, dijera
Si es posible que se rinda
Al tiempo el amor que abrigo.
El de mi delirio ciego,
El de mi llanto de fuego
Fué consolador testigo.

GOSVINDA.

¡El Rey! ¿Dónde le veias?

HERIBERTA.

En el convento cercano
Doble, de San Emiliano,
Que él me destinó.

GOSVINDA.

¿Solias
Venir aquí?

HERIBERTA.

Bien que tuve
La llave correspondiente,
La usé un dia únicamente.

GOSVINDA.

¿Estuviste anoche?

HERIBERTA.

Estuve.

GOSVINDA.

¿Para qué?

HERIBERTA.

La vez postrera
Que el Rey mi albergue pisó,
De mis padres ofreció
Darme razon verdadera.
Por él anoche llamada,
Sola aquí me dirigí;
Temblando, el quicio moví
De la puerta reservada.
Pero en la cámara augusta
Entro apénas y pregunto,
Cuando el Rey, casi difunto,
Me grita con voz que asusta:
«Mis años... la conmocion...
— Huye, no te encuentren sola
Conmigo... eres española...
Muero... y odian tu nacion.
Allí (prosiguió), allí... apriesa...
Tú verás.»... Y señalaba
Una cajita que estaba
Cerca de él en una mesa.
A socorrerle acudí;
Pero de mí se apartó
Convulso: ruido sonó,
Tomé la caja y huí.

GOSVINDA.

Segun lo pintas...

HERIBERTA.

Lo pinto
Como sucedió.

GOSVINDA.

¿Qué habia
En la caja?

HERIBERTA.

Contenia
Las cartas de Recesvinto.

GOSVINDA.

¡Cartas de mi esposo allí!
Pues ¿cómo?... De qué manera?

HERIBERTA.

A fin de que el Rey pidiera
Las que al Príncipe escribí,
Le fueron por mí entregadas
Antes.

GOSVINDA.

¡Y no las cambió!
Sin duda se las negó
Recesvinto: las taimadas
Frases de tu amor vulgar
Aun leia con placer. —
Tú me las has de volver,
Y has de verlas abrasar.

HERIBERTA.

La calle, cuando salí,
Estaba de gente henchida:
Por un tropel oprimida,
La caja en medio perdí.

GOSVINDA.

¡Me engañas!

HERIBERTA.

Reina, si miento
Esta vez, no es con ventaja
Mia; guardaba la caja
Tambien aquel testamento,
Que tu padre sin cesar
De mil modos me pedia...

GOSVINDA.

¿De quién era?

HERIBERTA

El lo sabia,
Y yo lo debo callar.
Y á fe que excitó iras tales
Al Rey cuando se le dí,
Que perecieran sin mí
Dos vidas muy principales.
Pasó en fin la triste escena
Del Rey como dije ya;
Sin culpa mi pueblo está;
Libértesele de pena.

GOSVINDA.

Aunque hartas dudas me ofusquen,
A creerte me decido

Aun hasta el haber perdido
La caja, que haré que busquen.
Consiento en mandar piadosa
Que ese proceso se corte;
Mas yo soy del Rey consorte,
Y le amo y estoy celosa.
De tu funesta beldad
Nace el mal que se me atreve:
Por la vida de tu plebe
Quiero mi tranquilidad.
Como hasta ahora te han visto
Grandes y pequeños loca,
Te has librado de la toca
De las esposas de Cristo.
Hoy es preciso que al pié
Del altar sumisa llegues,
Y esos cabellos entregues,
Que á mi pesar te dejé.
No basta para vivir
Yo en paz, que el amante cedas;
Es preciso que no puedas
Amarle sin delinquir;
Y que al Africa te ausentes,
Donde ahoguen tu gemido
Los tigres con su rugido,
Con su silbo las serpientes.
Resuelve: la salvacion
De tu pueblo en tí descansa.

HERIBERTA.

No esperé mas de tu mansa
Y apacible condicion.
El edicto furibundo
Revoca; yo admito el pacto.
Dispon, ordena en el acto
Mi separacion del mundo.
Pero del claustro las leyes
Mandan á la religiosa
Que ruegue á Dios fervorosa
Cada dia por sus reyes;
Y para el que amé pedir
Mercedes al Criador,
Tambien es amor, amor
Que no se puede impedir.
Soy por ese amor capaz
De rogar por tí, que fuiste,

Casi desde que naciste,
Mi enemiga pertinaz.
En fin, haz al que han unido
A tu suerte mis fatigas
Tan dichoso, que consigas
Que á mí me ponga en olvido.
Templa misericordiosa
De mi raza la opresion...
O teme la maldicion
De una rival generosa.

GOSVINDA.

Teme tú que me arrepienta
Por tu audacia desmedida,
Y que esa cerviz erguida
Se doble á mi pié sangrienta.
Puedo hacerte aparecer
Del Rey envenenadora.

HERIBERTA.

¡Acusacion bienhechora,
Que te debo agradecer!
Sí: que un golpe me liberte
De siglos de atroz tormento.

GOSVINDA.

No, vivirás: el convento
Castiga mas que la muerte.

ESCENA VII.

GUNDEMARO, HERIBERTA, GOSVINDA.

GUNDEMARO, á Gosvinda.

Perdonad, señora, tengo
Precision de hablaros.

GOSVINDA.

Habla.

GUNDEMARO, aparte á Gosvinda, recatándose de Heriberta.

A una mujer encubierta
Que de aquí se retiraba,
Le quitó esta caja anoche
Un esclavo del alcázar.
(Se la enseña aparte.)
Cartas contiene del Rey
Para Heriberta.

GOSVINDA, aparte.

¡Las cartas
De Recesvinto! Por fin
Logré lo que deseaba.
(Aquí estará el misterioso
Pergamino que con ansia
Quiso recobrar mi padre
Sin declararme la causa.)
Lleva la caja á mi cuarto,
Sin que la vean. (Vase Gundemaro.)
(A Heriberta.) Prepara
Tú ánimo: dentro de un instante
Van á llevarte á las aras,
Donde es fuerza que renuncies
A toda aficion mundana.
(Aparte.) Triunfé: quiero sin testigos
Saborear mi venganza. (Vase.)

ESCENA VIII.

HERIBERTA.

Resuelta vine á ceder
A mi patria mi vivir;
Gosvinda supo elegir
Mas grande mi padecer.
Por tí, sañuda mujer,
Heriberta se destrona;
Y tú, que en la ardiente zona
Duro encierro me destinas,
Clavas en la frente espinas
A quien te dió la corona.
Clávalas: dócil ofrezco
A sus puntas ambas sienes:
No hay madre ni padre, á quienes
Angustie lo que padezco.
Sierva nací, y obedezco
La ley con que Dios contrasta
De nuestra abatida casta
La paciente resistencia. —
Muda, señor, tu sentencia:
Basta de ignominia, basta.
Sí: justo compensador
Hará el Santo de los Santos
Que el pueblo presa de tantos
Se alce un dia vengador.

Temblará de su valor
La verde y la azul campaña;
Y cuando á su justa saña
Contrario llegue á faltar,
Brotará el seno del mar[9]
Nuevos mundos para España.
Tú, que á nuestra exaltacion
Preparabas el sendero,
Recibe el adios postrero
De mi amante corazon.
En dura separacion
Nuestro amor vino á parar:
Entre los dos un altar
Y un conyugal juramento,
Aun de sí mi pensamiento
Debe tu imágen borrar.
Quédense pues anegadas
En la corriente del Tajo
Las ilusiones que trajo
Mi pasion acariciadas.
¡Aires de las enramadas
Donde á Recesvinto hablé!
Cuando él, solo en ellas, dé
Por su española un suspiro,
Llevádmele á mi retiro
Por tantos que exhalaré.

ESCENA IX.

EGILAN, GUNDEMARO, GODOS, HERIBERTA.

EGILAN, al salir.

Que Fulgencio se apresure
A venir. (A Heriberta.) Jóven, jurad
Que nos dirás la verdad.

HERIBERTA.

La diré sin que lo jure.
¿Qué ocurre?

EGILAN.

Vos, Gundemaro,
Mirad bien esa mujer.

GUNDEMARO.

La vi en el pretorio ayer
Noche: cuanto mas reparo
En el aire y vestidura,
Mas en mi aserto me afirmo.

HERIBERTA.

Yo vuestro aserto confirmo,
Alcaide.

GUNDEMARO.

Huyó con presura,
Y de su brazo pendia,
Cuando abrió para escapar....

HERIBERTA.

Una caja circular.

GUNDEMARO.

Lo mismo que yo decia.

HERIBERTA.

Tengo á la Reina mi encuentro
Con el Rey allí explicado.

EGILAN.

La Reina... nos lo ha callado.
¿Llevaba la caja dentro
Algo?

HERIBERTA.

Cartas.

EGILAN.

¿Solamente
Las cartas?

HERIBERTA.

Y un pergamino
Que vos, segun imagino,
Conoceis perfectamente.

EGILAN.

Decid claro lo demas.

HERIBERTA.

El pergamino ministra
La muerte al que le registra.

EGILAN, *á los godos.*

¿Oís? *(A Heriberta.)* Convencida estás.
El Rey tu amor contrarió;
En su aposento has entrado
Con el rollo envenenado:
El Rey con él pereció.

HERIBERTA.

¿Con él? En poder estaba
Del Rey; pero bien sabia
El peligro que debia
Correr si le desdoblaba.

Abreviemos la cuestion:
¿Es la Reina, mi señora,
La benigna promotora
De tan vil acusacion?

ESCENA X.

FULGENCIO, DICHOS.

FULGENCIO.

Señor...

EGILAN.

¿Lograsteis que aliente
Siquiera su pecho helado?

FULGENCIO.

Dios para siempre ha quitado
La corona de su frente.

EGILAN.

Murió Gosvinda, Heriberta.

HERIBERTA.

¡Gosvinda!

EGILAN.

Un esclavo halló
La caja, la Reina vió
El rollo fatal, y es muerta.

HERIBERTA.

¡Gran Dios! ¡Qué fin!

EGILAN.

Sí, bien triste.
— Asómbrate y haz extremos,
Cuando por tí la perdemos,
Despues que al Rey muerte diste.
Declara sin dilacion,
O tormentos inauditos
Habrán de arrancarte á gritos
La horrorosa confesion.

ESCENA XI.

BERTINALDO, GODOS, DICHOS.

BERTINALDO, *á los que le acompañan.*

En la pena con que lucha
Un padre en desgracia tal,
Aun á esa mujer fatal
Quiero ver y oir. — Escucha.

HERIBERTA.

Decid. (Hablan aparte.)

BERTINALDO.

Tu rostro compon
De modo que lo que oyeres
No lo conjeturen: eres
Hábil para la ficcion.

HERIBERTA.

Hablad sin mas prevenir.

BERTINALDO.

Gosvinda muere dichosa:
No oyó la nueva espantosa
Que acabo de recibir.

HERIBERTA.

¿Cuál?

BERTINALDO.

Fiero el destino vário
Nos deja el trono desierto.

HERIBERTA.

Pues ¿qué?....

BERTINALDO.

Recesvinto ha muerto,
Vencido por su contrario.

HERIBERTA.

¡Ha muerto!

BERTINALDO.

A los regicidas
Aquí es preciso aterrar.
Piensa que puede salvar
Tu muerte miles de vidas.

HERIBERTA.

¡Ay, mi bien!

BERTINALDO.

Sangre villana
Tu madre te ha transmitido;
Pero el pecho le has bebido
A la princesa mi hermana.
Pon el labio renitente
De la verdad al contraste;
Y si á traicion te vengaste,
Confiésalo noblemente.
(Tocan clarines dentro.)

HERIBERTA.

¿Qué suena?

BERTINALDO.

Son los pregone
Con que á tu mísera raza
Nuestro poder amenaza.
Sofoca tus ambiciones;
Pues aunque del Rey quizas
No fueras la matadora,
No te has de ver sucesora
De tu víctima jamas.

HERIBERTA.

Cargos me haceis convincentes,
Y eludirlos no me es dable. —
Jueces, yo soy la culpable.[10]

FULGENCIO.

¡Vos!

BERTINALDO, á los godos.

Fallad ya.

HERIBERTA.

Sed clementes
Conmigo en acelerar
La pena al delito junta....
— Y excusad cualquier pregunta
Penosa de contestar.

(Vase Bertinaldo.)

ESCENA XII.

HERIBERTA, EGILAN, FULGENCIO, GUNDEMARO, GODOS.

FULGENCIO.

Jueces, el entendimiento
De esta mujer está herido.

EGILAN.

Ha declarado que ha sido
Su locura fingimiento.

HERIBERTA.

Sí, todo se descubrió.
Respiren los toledanos,
Mis inocentes hermanos,
Y muera quien delinquió

FULGENCIO.

Jueces, ajena es del crímen
Tan noble tranquilidad.
No la creais, no; dudad,
Inquirid...

HERIBERTA.

No se dirimen
Así tan graves contiendas:
Si yo no soy delincuente,
Que Fulgencio le presente,
O dé para hallarle, prendas.

EGILAN.

Vana es, si no, tu fatiga.
Culpar ó no defender. (A Fulgencio.)

FULGENCIO, aparte.

(Irresistible poder
A libertarla me instiga.)

EGILAN.

¿Quién el crímen perpetró?
Habla.

HERIBERTA.

¿De qué estais perplejo?

FULGENCIO, aparte.

(Ella es jóven, yo soy viejo)
El delincuente soy yo.

EGILAN.

¡Tú!

HERIBERTA.

Quien al Rey dió salud,
¿Cómo su obra destruyera?

FULGENCIO.

¿Cómo una mujer hundiera
Al Rey en el ataúd?

HERIBERTA.

Por él fuí desposeida
Del bien que mi alma anheló.

FULGENCIO.

El á mi estirpe negó
Una gracia merecida.

HERIBERTA.

El coronó á mi rival.

FULGENCIO.

Fué ingrato conmigo.

HERIBERTA.

Acabe
La cuestion: yo tengo llave
De la cámara real. (Muéstrala.)

FULGENCIO.

Yo tambien esta que veis. (Muéstrala.)

EGILAN.

Iguales exactamente. —
Mas ó ménos claramente,
Reos ambos pareceis:
Mas á tan lóbrego cáos
Dará luz el tribunal,
Castigando á cada cual
Segun merece.
(A Heriberta y Fulgencio.)
Quedaos.
(Vanse Egilan, Gundemaro y los Godos.)

ESCENA XIII.

HERIBERTA, FULGENCIO.

FULGENCIO.

Heriberta, ¿qué habeis hecho?
Porque vos os acusais
Falsamente.

HERIBERTA.

Vos juzgais
Mi pecho por vuestro pecho,
Y acertais. Con la advertencia,
Que me hicisteis, prevenida,
Una locura fingida
Me conservó la existencia.
Ya no hay por qué la conserve:
Soy palma sin compañero.
Murió por quien viví... muero
Tambien.

FULGENCIO.

¡Jesus!

HERIBERTA.

Lloro... y hierve
Mi pecho en rubor y en ira.
Froya, un traidor le ha vencido.

FULGENCIO.

¿Es cierto!

HERIBERTA.

Pues ¿cuándo ha sido
Nueva de dolor mentira?
Quien miente soy yo. ¡Perdon,
Eterna Verdad, que ofendo!
¡Perdon de morir mintiendo!

FULGENCIO.

¿Y vuestra reputacion?

HERIBERTA.

Muchas de virtud y gloria
Da sin razon la fortuna:
Que haya de ignominia alguna,
Con falsedad meritoria.
De mi vida hice un manojo
De flores, no para mí:
Faltó el dueño que les di,
Y en su tumba las arrojo.

FULGENCIO.

Mi edad á su fin avanza:
Perezca yo.

HERIBERTA.

No debeis.
Aun esa hija hallaréis.

FULGENCIO.

Me abandonó la esperanza.

HERIBERTA.

Noticias me prometió
Daros el Rey.

FULGENCIO.

¿Es verdad!
¿Es posible!

HERIBERTA.

El santo abad
Ildefonso ya partió
Con otro encargo y con ese.

FULGENCIO.

Y ¿qué!... Decid... Se ha sabido?...

HERIBERTA.

Poco tiempo ha trascurrido
Para que al Rey escribiese.

ESCENA XIV.

EGILAN, con una caja para volúmenes, HERIBERTA, FULGENCIO.

FULGENCIO.

¡Cielos!

HERIBERTA.

¿Qué nos anunciais?

EGILAN.

Discurrid qué pensaremos
De los dos, cuando sabemos
El secreto que ocultais.

HERIBERTA.

¿Qué secreto?

EGILAN.

¿Reconoces
Esta caja por la tuya?

HERIBERTA.

Sí.

EGILAN.

Todo lo que ella incluya,
Lo habrás visto.

HERIBERTA, saca várias cartas.

Sí. ¡Oh goces
Para siempre fenecidos! —
Estarán como al dejarlas
Al Rey... No puedo mirarlas,
Me trastornan los sentidos.

EGILAN.

¿Y esto?
(Presenta á Heriberta un papiro.

HERIBERTA.

¡Letra del Rey!

FULGENCIO.

¡Del
Rey difunto letra ahí!

HERIBERTA.

¡Para esto llamada fuí!
¡Porque viera este papel
Dijo con voz ronca y tarda:
Allí, allí!

FULGENCIO.

¿Qué os escribe?

HERIBERTA.

(Lee.) «Vuestra madre ya no vive,
Como afirmó Berengarda;
Víctima fué de asesinos,
Que en bárbaras correrías
Quemaron las alquerías
De los campos Numantinos.»

FULGENCIO.

Allí mi esposa murió
A manos de bandoleros.

HERIBERTA.

(Lee.) «Por testigos verdaderos
Ildefonso averiguó
Que, llevada con la presa
De Numancia recogida,
Te vendió recien nacida
Un bandido á la Princesa.»

FULGENCIO.

Proseguid.

HERIBERTA.

(Lee.) «Ella sin padre
Te creyó, como el bandido
Supuso; no le has perdido:
Vive.»

FULGENCIO.

¡El nombre de la madre!

HERIBERTA.

El de la Madre de Dios
Era el nombre de la mia!
(Dando una mirada rápida al papiro.)

FULGENCIO.

¡Era mi esposa María!

HERIBERTA.

¡Fulgencio es mi padre, vos!

FULGENCIO.

¡Hija!

HERIBERTA.

¡Padre!

EGILAN, aparte.

(No, no es falso
Esto; no se conocian.)

FULGENCIO.

¡Hija adorada! Y querian
Conducírmela al cadalso.
No, jamas, no lo tolero;
Para tí no se ha de alzar
El hacha de ajusticiar;
Muera ántes el mundo entero. —
Ya veis, Duque, yo tomaba
Su defensa tan activa...

EGILAN.

Porque la fuerza instintiva
De la sangre te impulsaba.

FULGENCIO.

Porque supe su inocencia.
Sí, Duque; no es criminal.
Heriberta, hija, en señal
Primera de tu obediencia,
Rinde homenaje sincero
A la verdad, yo lo mando.

HERIBERTA.

Y ¿qué lograré negando
Lo que sostuve primero?

EGILAN.

Nada, si al punto no tratas
De acreditar lo que niegues;
Todo, si ya que no entregues
Otro reo, le delatas.

HERIBERTA.

¿Yo? Padre, vuestra cordura
Medite la condicion:
Me salva una delacion,
Es decir, una impostura.

FULGENCIO.

Duque, por Dios, que atendais
A lo que dije y repito:
Yo soy autor del delito,
Yo el culpable que buscais.

EGILAN.

Ya indagaron mis conjueces
La verdad y se aclaró:
Heriberta delinquió,
Y tú inculpable apareces.
Tú entrabas por ese umbral

Cuando el Rey ya no existia;
De allí Heriberta salia,
Y el Rey quedaba mortal.

FULGENCIO.

Ved que á vuestros piés me humillo.
Yo soy el reo.

EGILAN.

Levanta.

FULGENCIO.

¡No!

HERIBERTA.

¡Padre!...

EGILAN.

Esa es la garganta
Que debe herir el cuchillo.

FULGENCIO

¡Hijo tengas que te aflija
Yendo á morir de este modo!
Mas no, no merece un godo
Un hijo como esta hija.

EGILAN.

Sí fuera hija mia, ya
Estuviera en sus entrañas
Este acero....

ESCENA XV.

GUNDEMARO, DICHOS.

GUNDEMARO.

Señor...

EGILAN.

¿Qué?

GUNDEMARO.

La hora del plazo es llegada.

FULGENCIO.

¡Hija infeliz!
(Gundemaro habla bajo al Duque.)

HERIBERTA.

Padre mio,
Dios del infeliz se apiada:
Con la muerte que me envía
Mis desventuras acaban.

Léjos de temerla, salgo
Con júbilo á saludarla.
Mostrar nos toca valor:
Hemos nacido en Numancia.

GUNDEMARO, aparte á Egilan.

Llegan tropas, hay noticias
Opuestas de una batalla....
Jinetes en luto envueltos
Encamínanse al alcázar.
La ciudad se altera; van
A las puertas y murallas
Todos.... Tomad la sentencia
Y el rollo, y ejecutadla.
(Da al Duque un papiro y el pergamino arrollado.)

EGILAN.

Que venga el Conde.
(Vase Gundemaro. Egilan lee el papiro y lo deja sobre una mesa.)

ESCENA XVI.

HERIBERTA, EGILAN, FULGENCIO.

HERIBERTA.

Egilan,
Estoy pronta.

FULGENCIO.

No te aparta
De mis brazos el verdugo,
Si ántes no me despedazan.

EGILAN.

Pena tiene capital;
Pero sin pública infamia.
Ved. (Les muestra la sentencia.)
Puede morir aquí
De la manera que mata:
Con este rollo.

HERIBERTA.

¡Con ese!
Vos, en la que fué mi casa,
Me dijisteis de ese escrito
Que mi destino encerraba.
Proféticas, Duque, fueron
Vuestras ambiguas palabras.

EGILAN.

Yo contra tu vida entónces
Pérfido atenté sin causa;
Ya soy juez, y tú eres rea
Por confesion voluntaria:
Perdóname generosa,
Y cumple tu suerte aciaga.

HERIBERTA.

Pues me librais de que muera
Escarnecida en la plaza,
Por esa piedad, en vez
De perdon, recibid gracias.
Idólatra el numantino
Antes, con su mano aïrada
Fin á su vivir ponia;
Yo, numantina cristiana,
La muerte recibiré
De yerbas, dogal ó espada;
Mas no me la doy. — (A Fulgencio.) A vos
Debo la vida, cobradla.

FULGENCIO

¡Yo de tí? Yo!

HERIBERTA.

Vos la diestra
Pondréis, el Duque la daga,
Yo el corazon... Ese acero...

(Coge la daga al Duque y teniéndola en la mano derecha se lleva á los labios los dedos de la mano izquierda y pasa luego la punta de la daga entre los dedos de dicha mano, para que el acero tome alguna humedad.)

El rollo. (El Duque se le entrega.)
Dos muertes. De ambas
Una puedo hacer.... así....
Ved... así....

(Teniendo el pergamino en la mano izquierda, y la daga en la derecha, introduce la hoja del arma en él, oprimiendo el pergamino al verificar la frotacion.)

EGILAN, aparte.

¡Me aterra!

FULGENCIO.

Basta:
Por levemente que hiera,
Mortal es la herida que abra.

HERIBERTA.

Fuí huerfana; padre hallé,
Ver á mi madre me falta:
(Arrodillándose delante de su padre.)
Enviadme donde está,
Enviadme sin tardanza.

FULGENCIO.

¡Hija!

HERIBERTA.

¡Dios! ¡misericordia
Con esta desventurada!
Tomad. (Da la daga á Fulgencio.)

FULGENCIO.

No me mires, cierra
Los ojos, vuelve la cara.
(Cubre con la mano izquierda los ojos á Heriberta, y dispónese a herir.)
Duque, yo no puedo... Vos,
Que decís que la matarais,
A ser hija vuestra, sed
Su padre. Pura y sin tacha
La perseguisteis: herid,
Ya que la juzgais culpada.

EGILAN.

Pues bien, trae. (Tómale la daga.)
Pero ¿qué?
Yo tiemblo mas que temblaba
Cuando el rollo la ofrecí.
No es una mujer malvada
Esta, no. Fuera el puñal.
(Arrójalo y entra el arma por el vano de una puerta de costado, correspondiente á una pieza inmediata. Rumor confuso en ella.)
(A Fulgencio.)
Ponla de pié.

ESCENA XVII.

BERTINALDO, que sale cayendo, clavada la daga en el pecho. GODOS, que venian con él. HERIBERTA, FULGENCIO, EGILAN.

BERTINALDO.

¡Dios me valga!
(Cae á los piés de Heriberta.)

HERIBERTA, EGILAN, FULGENCIO.

¡Bertinaldo!

GODOS.

Le han herido...

EGILAN.

¡He sido yo!

HERIBERTA.

¡Vírgen santa!

(Fulgencio arranca á Bertinaldo la daga. Le alzan y socorren.)

EGILAN.

Tiré... no miré... (Aparte á los Godos.)
Y está
Esa hoja envenenada.

HERIBERTA.

Buscad antídotos, padre.

EGILAN y GODOS.

Corred.

HERIBERTA.

Salvadle. (Vase Fulgencio.)
(Voces dentro.) Salvadla.
(Otros dentro.)
Que nos oigan.

ESCENA XVIII.

HERIBERTA, BERTINALDO, EGILAN, GODOS.

BERTINALDO.

Heriberta...
Yo muero... yo te engañaba.
¡Reeesvinto vive!

HERIBERTA.

¡Vive!

BERTINALDO.

Dieron los médicos... falsas
Declaraciones.

EGILAN.

¿Porqué?

HERIBERTA y GODOS.

¿Por quién?

BERTINALDO.

Por mis amenazas.

EGILAN, HERIBERTA y GODOS.

¡Oh!

BERTINALDO.

Dios dispuso del Rey.

EGILAN.

¡Y esta infeliz!...

BERTINALDO.

Coronadla.
Es inocente.

GODOS.

¡Inocente!

BERTINALDO.

Sí. La eternidad me aguarda. (Muere.)

ESCENA XIX.

RECESVINTO, en manto negro sobre la malla. Escuderos suyos, con manto negro tambien. Españoles, con trofeos, palmas y ramos de oliva. Otros españoles, vecinos de Toledo; Fulgencio y otro médico con una arquita de medicamentos. HERIBERTA, EGILAN, GODOS, BERTINALDO muerto.

FULGENCIO á Recesvinto.

Vedlo: era en vano.

RECESVINTO.

¡Heriberta!
Por mi padre, que te amaba
Tanto como el tuyo, dí...

EGILAN.

Está ya justificada
Por el Conde.

GODOS.

Es inocente.

FULGENCIO.

Su vida sacrificaba
Por su pueblo.

EGILAN.

Para ella
Reclamó el trono de España
Bertinaldo al exhalar
Del mísero cuerpo el alma,
Y dos féretros repiten
El eco de sus palabras.

ESPAÑOLES y GODOS.

¡Viva Heriberta!
(Recesvinto estrecha la mano de Heriberta.)

FULGENCIO, alzando ojos y manos al cielo.

¡Señor!...

HERIBERTA.

¡Señor! si no me dais lágrimas
Para el placer, me dais muerte.

RECESVINTO.

Egilan, mira esas palmas:
El triunfo que solemnizan
No debe á los godos nada.
Contra mí se rebelaron
Los caudillos que mandaba,
Y á Froya me ví llevar
Preso entre vendidas armas.
Alzaron los españoles
Mis banderas desgarradas:
Ellos á mis enemigos
Embisten, vencen, amarran,
Y á destrozar al tirano
Piden que á su frente vaya.
Recibe Froya de mí
La muerte que me aprestaba,
Perece á hierro la flor
De la Vasconia y la Galia;
Cánticos de triunfo suenan...
Mi llanto los acompaña:
La púrpura victoriosa
En luto filial se cambia.
(A Egilan.) Tú que de ánimo español
Nunca esperaste una hazaña,
Sentencia lo que merecen
Los que de Froya te salvan.

EGILAN.

Llegó el tiempo de borrar
Las distinciones de raza.

RECESVINTO.

Téngase la misma ley
Teniendo la misma patria. [11]

GODOS.

¡Sí!

EGILAN, presentando á Heriberta el rollo y el puñal.

Heriberta, yo he sido...

RECESVINTO.

Responde, cual soberana.

HERIBERTA.

Loca estuve... no recuerdo.
Entregad eso á las llamas.
(Toma de un soldado un ramo de oliva.)

Huya con vuelo rápido
Léjos de aquí el encono;
Paz y hermandad recíproca
Cerquen desde hoy el trono,
Y, ojalá difundiéranse
Por cuanto alumbra el sol!
Gloria se dé al Altísimo,
Y él bendicion derrame
Sobre el piadoso espíritu,
Que, roto el yugo infame,
La libertad ingénita [12]
Devuelve al español.

NOTAS.

1

HERIBERTA.

Sirve de desenlace á este drama el casamiento del rey godo Flavio Recesvinto con *Heriberta*. Segun los críticos mas avisados, la esposa de Recesvinto fué la princesa *Reciberga*, á quien otros suponen mujer de Quindasvinto, padre de Recesvinto. Siendo el nombre de *Reciberga* poco á propósito para el teatro, principalmente habiendo de llevarle una princesa jóven, le he sustituido con el de *Heriberta*, que tiene las mismas vocales, colocadas en el mismo órden.

2

La escena es en Toledo, año de J. C. 653.

He supuesto que las bodas de Recesvinto y Heriberta ó Reciberga se verificaron en el año 653 en que falleció el rey Quindasvinto *, porque nada hay en la historia que la contradiga. De aquella malograda reina solo sabemos, por el epitafio que le compuso S. Eugenio III, que habiéndose casado á la edad de quince ó diez y seis años, falleció de veintidos y ocho meses, muy llorada por su real esposo, de quien fué entrañablemente querida. El epitafio carece de fecha.

Sostienen algunos historiadores que la rebelion de Froya, único disturbio que agitó el quieto reinado de Recesvinto, ocurrió algunos años despues del fallecimiento de su padre; pero Quindasvinto murió el dia último de Setiembre ó primero de Octubre de 653; y en 17 de Diciembre del mismo año se abrió el concilio octavo de Toledo, en el cual se habla de una rebelion sofocada: esta pudo ser la de Froya, que segun Ferreras, estalló aun en vida de Quindasvinto.

3

Si hace el médico sangría, etc.

(Fuero Juzgo, libro 11.º, título 1.º, ley 6.ª Texto castellano.)

«Si algun físico sangrar algun omne libre... si muriere, metan el físico en poder de los parientes que fagan dél lo que quisieren.»

4

Está nombrado heredero
De *Quindasvinto*.

Chindasvinto y *Chindasvindo* solemos llamar á este rey; pero segun la eti-

* Algunos dicen que este rey murió en 653; otros que en 652; otros que en 650. *Non nostrum tantas componere lites.*

mología del nombre y el uso de personas eruditas, debe ser *Kindasvinto* ó *Kindasüinto,* porque se compone de las dos palabras góticas *Kind* y *swinth,* que significan *poderoso en hijos.* En las ediciones de la Historia de Mariana hechas por la Real Biblioteca, en la introduccion al Fuero Juzgo publicado por la Real Academia española, y en algun otro libro aquel nombre se ve impreso de esta manera: *Chîndasvinto.* El acento circunflejo sobre la *i* significa que la consonante doble que le precede varía de sonido, convirtiéndose la *ch* en *k* ó *q*; no pudiendo ponerse acento ni otra señal sobre dicha consonante, se ponia en la vocal inmediata. Así llemos *Simmaco* y *Antioquía* donde aparece impreso ó manuscrito *Simmâcho* y *Antiochîa,* y aun respecto de estos dos nombres y otros, tengan ó no el acento circunflejo, pronunciamos constantemente la *ch* como *k.*

El Sr. Bergnes de las Casas, traductor de la *Historia de España,* escrita en frances por Mr. Romey, escribe *Quindasvinto.*

5

Aquel pergamino, etc.

Este recurso y las situaciones á que da lugar están tomados de *La fingida Arcadia,* comedia de Calderon, Moreto y otro poeta cuyo nombre se ignora.

Antes habia empleado Lope un recurso análogo en *La boba para los otros y discreta para sí;* despues se halla usado en *La prudencia en la niñez* y otras composiciones dramáticas.

6

Esa ropa,
Digna de un galan de Aspasia, etc.

En el siglo VII era muy conocido en España el traje griego, ó por las poblaciones griegas que habia en ella, ó porque algunos españoles usaban aquel traje, como puede colegirse de estas palabras de San Isidoro en sus Etimologias: «Exotica vestis est peregrina de foris veniens, ut in Hispaniam a Graecis.»

7

El rey difunto
Muerto de veneno yace.

(Mariana, Historia de España, libro 6.°, capítulo 8.°)

«Falleció Quindasvinto en Toledo de enfermedad, ó como otros dicen, con yerbas que le dieron.»

(Morales, Crónica general de España, libro 12.°, capítulo 28.°)

«Fallesció en Toledo de su enfermedad, y otros dicen con ponzoña.»

8

Recordad que interrumpidos
Vuestros regios esponsales,
. . . .
. . . .
Y sin haber recibido
Las bendiciones nupciales, etc.

El contrato de esponsales, esposayas ó desposorios, era entre los godos un verdadero matrimonio civil, hecho el cual, aunque podia diferirse el matrimonio sacramental hasta dos y cuatro años, los novios quedaban durante este tiempo obligados á guardarse fidelidad completa; y si el desposado se casaba

clandestinamente con otra, ó la desposada perdia su honor, ambos eran castigados con la pena de los adúlteros. Así Gosvinda, aunque aun no hubiese recibido las bendiciones de la Iglesia, era ya consorte de Recesvinto por haberse desposado con él, recibiendo el anillo y el beso. Véase el Fuero Juzgo, libro 3º.

9

Brotará el seno del mar
Nuevos mundos para España.

Heriberta, que habia estudiado los autores latinos, recordaria el famoso vaticinio hecho por Séneca en su *Medea.*

Venient annis secula seris
Quibus Oceanus vincula recum
Laxet, et ingens pateat tellus;
Tethysque novos detegat orbes,
Nec sit terris ultima Thule.

10

Soy la culpable.

La noble ficcion de Heriberta, la causa que la motiva y la competencia entre Heriberta y Fulgencio, están imitadas de la *Jerusalen* del Taso, canto 2.º Hay sobre aquel asunto una tragedia alemana del Baron de Cronegk y un drama de Mercier, ambas obras con el título de *Olinto y Sofronia.* En la comedia de Calderon *Fineza contra fineza* se halla tambien una imitacion de ese bello episodio del Taso.

11

Téngase la misma ley,
Teniendo la misma patria.

(Fuero Juzgo, libro 3.º, título 1.º, ley 1.ª Texto vulgar.)

«Tollemos nos la ley antigua, é ponemos otra meyor: establescemos por esta ley, que ha de valer por siempre, que la mujier romana pueda casar con omne godo, é la mujier godo puede casar con omne romano.»

Romano significaba en esta ley *español.*

Lardizábal en la introduccion al Fuero Juzgo, impreso el año de 1815 por la Real Academia Española, dice: «Siguiendo Recesvinto el ejemplo y máximas de su padre... para introducir la union é igualdad entre las dos naciones de godos y romanos que componian la monarquía, comprendiendo bajo el nombre de *romanos* á los *españoles,* como se debe entender que se comprenden en las leyes, volvió á prohibir el uso de las leyes romanas en toda la extension de la monarquía.»

Salvá en su Diccionario dice: *Romano* significaba antiguamente *español,* en contraposicion á *godo.*

12

La libertad ingénita
Devuelve al español.

(Fuero Juzgo, libro 3.º, título 1.º, ley 2.ª Texto latino.)

«Nec parum exultare debet libertas ingenita, quum fractas vires habuerit priscae legis absoluta sententia... Sancimus ut tam gotus romanam, quam etiam gotam romanus... facultas eis nubendi subjaceat.

UN SI Y UN NO,

COMEDIA

ESTRENADA EN MADRID, EN EL TEATRO DEL PRINCIPE,

A 18 DE FEBRERO DE 1854.

. . . . . . Los matrimonios
De esa gente no se entablan
Por trato y cariño. Cogen
La pluma, y en una llana
De papel, suman . . . Segun
Lo que en el ajuste ganan,
Hay boda ó no hay boda.

MORATIN, en su comedia *El Baron*,
acto II, escena VI.

PERSONAS.

PILAR.
GARCIA.
DON MARCOS.
FLORENCIO.
DOÑA GREGORIA.

La escena es en una casa de huéspedes, en Madrid, año 1853.

El teatro representará una sala con cinco puertas, dos á cada lado, y una en el fondo. La habitacion de Pilar y la de García están á la derecha del espectador; á la izquierda, la de Florencio y la que desde el acto segundo ocupa don Márcos. La puerta del centro deja ver un pasillo, con el cual comunican el cuarto de Pilar y otros á la derecha; el pasillo, por el lado opuesto, conduce á la calle.

Mueblaje decente: un armario pequeño de dos cuerpos, con puertecillas en el superior, y cajones en el de abajo. Una mesa, sillas, un espejo, etc.

'99.

UN SI Y UN NO.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

PILAR, DOÑA GREGORIA.

Pilar aparece bordando una pechera de camisa, puesta en un bastidor á propósito. Pasan algunos instantes de silencio, durante los cuales doña Gregoria mira y arregla los trastos de la sala.

DOÑA GREGORIA. Ni en mi cuarto ni aquí la encuentro, Pilar.

PILAR. No se canse usted mas en buscarla, doña Gregoria.

DOÑA GREGORIA. Yo misma la recibí del cartero. No sé dónde puedo haberla escondido. Una distraccion de las mias.

PILAR. ¿Está usted segura de que la tal carta era para mí?

DOÑA GREGORIA. A doña María del Pilar Villaurrutia decia el sobre, calle de la Estrella, número 23, cuarto principal, habitacion de huéspedes. En esta casa no hay mas Pilar que usted.

PILAR. Pues no sé de quién pueda venir. A mí nadie me escribe.

DOÑA GREGORIA. Algun antiguo conocimiento de su padre de usted. El era muy rico, ¿verdad?

PILAR. Muy rico no; pero cuando vino á Madrid, contaba con cincuenta mil duros para mi dote.

DOÑA GREGORIA. Y ¿todo lo perdieron ustedes?

PILAR. Lances de fortuna, doña Gregoria. Un millon poseíamos, en billetes de banco por cierto; y, al morir mi padre... haga usted cuenta que ni un maravedí nos quedó. Habia una deuda, que importaba mas de otro tanto; era mi padre muy hombre de bien, y quiso pagarla.

Doña Gregoria. Ya. Debiendo... y teniendo conciencia... No tenia conciencia de huésped su padre de usted. Si me hubieran pagado á mí todos los que me han debido hospedaje, ya hubiera dejado este ejercicio tan afanoso. Bien que ahora con ustedes tres, mucho me duren, estoy en la gloria.

Pilar. Temo que se va á quedar usted pronto sin uno.

Doña Gregoria. ¿Don Pablo tal vez?

Pilar. No, señora, Florencio.

Doña Gregoria. ¡Adios! Habrán ustedes vuelto á reñir.

Pilar. Con mas fuerza que la otra mañana.

Doña Gregoria. ¿Rompimiento formal?

Pilar. Poco ménos.

Doña Gregoria. ¿Y con qué motivo?

Pilar. Con el de siempre. Estábamos solos. Rabia Florencio por conversar á solas conmigo. Principió á ponderarme su afecto con unas razones tan sin razon... Me habló de las doce tablas de la ley, que yo no sabia que pasasen de dos; me citó las *Novelas* de Justiniano que estudió en la Universidad, asombrándome yo de que allí hubiese cátedra de novelas; y me dijo por fin que ya tenia en su poder el título de licenciado en jurisprudencia. Todo esto sin dejarme dar aquí una puntada, porque trae tal desasosiego cuando está cerca de mi silla, que si no me enfado, no hay forma de averiguarme con él. «Florencio, le dije, permítame usted concluir el bordado de esta pechera; que es para un novio, y la está esperando la oficiala que ha de hacer la camisa. — Yo no quiero que borde usted sino para mí. — ¿Tiene usted licencia ya de su padre para contraer matrimonio? — ¡Matrimonio! replicó entónces con un gestillo de probar acerolas verdes; con tan poca edad, y sin haber defendido un pleito, ¿cómo quiere usted que me arriesgue á casarme? — Y ¿cómo quiere usted que entre tanto le oiga yo hablar de novelas que no paran en boda?» — Se picó, me llamó exigente, le exigí que se retirara, se marchó trinando á su habitacion, y seguí mi tarea; he roto una docena de agujas, y creo haberme dado cien punzadas en este dedo.

Doña Gregoria. Pilar, don Florencio nunca ha pensado en ser esposo de usted.

Pilar. Dias hace que lo sospecho.

Doña Gregoria. ¿Por qué diantre quiere usted á ese títere?

Pilar. ¿Qué sé yo por qué le quiero, señora? Porque no debiera quererle, por eso quizá. El aun no ha cumplido veinticinco años; yo voy caminando á los veintisiete; él es un muchacho elegante, que frecuenta las tertulias de Madrid mas lucidas; yo, desde que la pérdida de mi padre me dejó huérfana, de vivir entre costureras y tenderos, me he convertido

en una especie de modistilla groseruela y sin aprension. Su padre está bien; yo del mio no heredé sino tentaciones. El, que ya es abogado, puede aspirar á los destinos mas principales; mi bastidor es mi hacienda y mi única esperanza para lo sucesivo. ¿Cuánto le parece á usted que me pagan por esta pechera, doña Gregoria?

Doña Gregoria. Veinticinco duros lleva por ellas el comerciante; le dará veinte napoleones á usted.

Pilar. ¡Veinte! Doce; y me cuesta un mes de trabajo, á catorce horas de tarea diaria, de cuyas resultas ya la vista se me va resintiendo. Compare usted mi situacion con la de mi... con la de ese hombre.

Doña Gregoria. Quien debe compararla es usted. Pero Dios mejora sus horas, Pilar. Si se marcha Florencio... Es un huésped que paga bien, sentiria perderle; sin embargo, todavía sintiera mas la fuga del otro. Si Florencio levanta el campo, no hay que afligirse: á pollo muerto, gallo vivo. Ahí queda el bueno de don Pablo García, que, sin ponderacion, adora en usted.

Pilar. ¡García! Pues nunca me ha dicho...

Doña Gregoria. Como ve que el otro es quien priva... Y él, que no peca de temerario.... Soldado fué; pero lo que tiene de emprendedor Florencito, lo tiene García de respetuoso y atento. Ha servido muy bien á su país en las armas, y le sirve en las letras.

Pilar. Es un hábil calígrafo... sujeto muy honrado y juicioso... como que no es ya ningun muchachuelo.

Doña Gregoria. Treinta y ocho años cuenta: me parece que para usted...

Pilar. Sí, comprendo. Para mí, que he salido ya de minoría, mejor fuera un hombre de mas edad que yo, que uno de ménos.

Doña Gregoria. Como nuestros apreciadores afirman que desmerecemos tanto en sumando los cinco cincos... Bien que usted apénas representa veinte años, y cada dia tiene mas gusto para acicalarse.

Pilar. Mas gusto no, mas necesidad sí. Por eso gasto ahora doble tiempo que ántes, y doble dinero, en componerme y vestirme.

Doña Gregoria. Y con ese cuerpo tan lindo, lo luce usted, que da gozo verla. Ayer la contemplaba á usted García desde su balcon...

Pilar. ¿Ayer?

Doña Gregoria. Siempre que sale usted á cualquier diligencia. La seguia con los ojos miéntras iba usted calle arriba, tan embelesado y tan contento el pobre, que no se pudo contener al fin sin decirme: «¡Doña Gregoria, mire usted

con qué garbo y qué señorío va Pilar por aquella acera! Agil sin desgarro, derecha sin tiesura...»

PILAR. ¡Derecha! Sí, buen trabajo me va costando.

DOÑA GREGORIA. ¿Qué dice usted?

PILAR. ¿Cómo quiere usted que se conserve derecha una mujer, plegada todo el dia sobre los banzos del bastidor? Crea usted que si deseo mudar pronto de estado, es principalmente por el miedo terrible de que, siguiendo algunos años amarrada á este pícaro trasto, no me libro de una corcova.

DOÑA GREGORIA. Pues, hija, don Pablo suspira por usted en silencio, y aunque no es mucho lo que gana extendiendo títulos y enseñando primeras letras, puede mantener con decencia á su esposa; fuera de que, el dia ménos pensado, le colocarán por influjo de ese consejero, á quien dió lecciones de ortografía. Determínese usted por él, y conservará sin curva la espalda.

PILAR. Primero es que él se determine á manifestarme su pensamiento.

DOÑA GREGORIA. ¿Y si llega el caso?

PILAR. Ya veré. No estoy ahora para decir...,

DOÑA GREGORIA. Los once años que García le lleva á usted ¿no le costarán un desaire?

PILAR. ¡Me traen á la memoria un lance tan raro esos once años de diferencia!

DOÑA GREGORIA. ¿Qué lance?

PILAR. La historia de mi primer amor viene á ser.

DOÑA GREGORIA. ¿Sí? Refiérala usted.

PILAR. Cuando murió mi padre, vivíamos junto á las Calatravas, en un cuarto bajo. Dos años ántes de aquel desgraciado acontecimiento, que contaba yo trece, un dia de fiesta por la tarde me senté á la reja, y entreabriendo unas cortinillas de tafetan, me puse á mirar á los que bajaban al Prado. De pronto me ocurrió decir para mí: «Yo, si Dios no dispone otra cosa, me casaré el dia de mañana; voy á ver, de los jovencitos que pasan, cuál me gusta para marido.»

DOÑA GREGORIA. Con tiempo lo tomaba usted.

PILAR. Lo mismo que si pudiese escoger esposo á la manera que elige sultana el emperador de los turcos, empecé á observar á cada cristiano transeunte, poniéndoles faltas á casi todos. El uno era feo, el otro desgarbado, este parecia un hortera, aquel un aprendicillo de barbero. Pasó en fin por medio de la calle un airoso jóven en un caballo chiquito perla; y apénas le vi, solté las cortinas y me quité de la ventana diciendo: «Aquel, no veo mas.» Figurábame yo que mi preferido seria un mancebo de quince años á lo sumo; en los periódicos del dia siguiente leí que, cerca de la ermita

del Angel, un caballo perla habia derribado y muerto al jinete...

DOÑA GREGORIA. ¡Pobre criatura!

PILAR. Criatura de veinticuatro años, segun los periódicos.

DOÑA GREGORIA. ¡Ay, Jesus!

PILAR. De trece á veinticuatro van once. Como la calle de Alcalá es harto espaciosa, engañada yo por la distancia, habia elegido un novio que me doblaba casi la edad. Considere usted ¡qué feliz y durable fué mi primera eleccion!

ESCENA II.

FLORENCIO, de bata, PILAR, DOÑA GREGORIA.

FLORENCIO. Doña Gregoria, ¿me hace usted el obsequio de mandar que aseguren con dos puntadas esta presilla?

(Señalando una de la bata.)

DOÑA GREGORIA. ¿Por qué no? — (Llamando.) ¡Sinforosa!

FLORENCIO, aparte. Aun dura su enojo, segun las señas.

DOÑA GREGORIA. ¡Sinforoso! — ¡Esta maña de no responderme!

PILAR. Si es sorda la pobre.

DOÑA GREGORIA. Siempre se me olvida. Una de mis distracciones. Voy á llamarla.

PILAR, á Florencio. Lléguese usted aquí, si gusta.

FLORENCIO. ¡Gracias, Pilar. Siento yo tanto que usted se incomode!..

PILAR. Yo no me incomodo... cuando se trata de pequeñeces. (Toma otra aguja, y sin levantarse, cose la presilla.)

DOÑA GREGORIA, aparte, retirándose. Paso de reconciliacion se prepara. Me convenzo de que hace bien en callar el pobre calígrafo.

(Vase.)

ESCENA III.

PILAR, FLORENCIO.

FLORENCIO. Pilarcita... Alce usted los ojos á mirarme, Pilar.

PILAR. Déjeme usted ver lo que hago, señor.

FLORENCIO, aparte. (¡Qué hermosos cabellos! ¡Qué preciosas manos, blancas á la par de la nieve!) ¡Adorada mia! (Al querer abrazarla, se clava la aguja con que Pilar estaba cosiendo.) ¡Ay!

PILAR. ¿A quién le ocurre, cuando estoy con la aguja en la mano?... ¿Se ha hecho usted mucho mal?

Florencio. No. ¿Qué? (Aparte. ¡Diantre!)
Pilar. Está usted servido.
Florencio. Pilarcita, yo venia á justificarme con usted.
Pilar. A ver cómo.
Florencio. Usted exige que dé cuenta de nuestro amor á mi padre.
Pilar. O que no vivamos tan cerca.
Florencio. Pues bien, hoy mismo saldré de Madrid á impetrar su consentimiento.
Pilar. ¿Hoy, dice usted?
Florencio. Esta tarde á las seis, en el correo de la Mala.
Pilar. ¡Mala! No promete cosa buena ese nombre.
Florencio. ¡Preocupacion! A las cuatro de la madrugada se llega á la venta de Juanilla; tomando caballerías allí ó en Santo Tomé de Pié del Puerto, á las dos horas ó dos y media sorprendemos á mi padre en Riaza.
Pilar. ¡Sorprendemos! ¿Quién va con usted á la tal sorpresa?
Florencio. Quien destruirá, quien desvanecerá con su encantadora presencia las dificultades que mi padre pudiera oponer á mi dicha. Usted.
Pilar. ¡Yo, Florencio! ¡Yo, de noche, sola con usted en un carruaje, y mas sola despues por esos caminos! A una mujer á quien se aprecia, no se hace semejante proposicion.
Florencio. Una mujer que ama debe admitirla.
Pilar. Una mujer que ame puede no saber tenerse á caballo. Eso me pasa: con que el tal viaje no es para mí. Hágale usted solo, emplee con su padre todos los recursos de la oratoria que tiene aprendida, y vea de ganar la primera causa que toma á su cargo. Aunque es de pobre, no me parece injusta.
Florencio. ¿Se burla usted de mí, Pilar?
Pilar. ¿Pretende usted burlarme, Florencio?
Florencio. Mire usted que si declaro á mi padre que su futura nuera es una bordadora, mi pretension no será muy bien acogida. Viéndola á usted, viéndola tan hermosa y amable, él, un labriego de capa burda, no sabrá negarme su bendicion.
Pilar. Yo no debo ir á solicitarla en persona; la bordadora tiene mucha presuncion para eso.
Florencio. Pilar, ó me acompaña usted, ó parto y no vuelvo.
Pilar. ¡Dios mio!
Florencio. Decídase usted, y sea pronto.
Pilar. Florencio, me trata usted como á una infeliz menestrala. Eso soy; pero acuérdese usted de que no siempre lo he sido.

FLORENCIO. Si cabalmente aspiro á que vuelva usted á ser lo que fué.

PILAR. Pero salir de Madrid así... Y sin haber despachado aun mi labor... Voy á concluirla en un instante... Despues...

ESCENA IV.

GARCIA, PILAR, FLORENCIO.

GARCIA. Señor don Florencio... — Con licencia de usted, Pilarcita.

FLORENCIO. ¿Qué hay, señor don Pablo?

GARCIA. Tengo que dar á usted una noticia muy agradable.

FLORENCIO. ¡Oiga!

GARCIA. Su padre de usted ¿no se llama don Márcos?

FLORENCIO. Márcos Mauricio.

GARCIA. Vecino de Riaza, labrador acomodado, miembro de varias sociedades mineras...

FLORENCIO. Sí, señor. ¿Y bien, qué?

GARCIA. En una de las diligencias Peninsulares llega hoy á Madrid.

PILAR. ¡Qué dice usted!

FLORENCIO. ¡Mi padre! ¡Cómo!... Pues... ¿á qué viene?

PILAR, aparte. Dios le conduce.

GARCIA. ¿A qué ha de venir sino á dar un abrazo á su hijo, que ha terminado su correra brillantemente? Esto dijo ayer á un camarada mio, que estaba como él aguardando la diligencia en el parador de Juanilla. Mi camarada, de quien acabo ahora de separarme en la administracion, tomó el primer coche; su padre de usted pensaba ocupar un asiento en el otro. No han venido juntos porque el señor don Márcos tenia que visitar no sé qué personas en Villarejo ó Rosuero.

FLORENCIO. Labradores olvidadizos que estarán debiéndonos la renta.

PILAR. Florencio proyectaba salir hoy de Madrid para ver á su padre; ya no necesita moverse.

FLORENCIO. En efecto, se frustró mi propósito.

PILAR, levantándose. ¡Gracias á Dios!

FLORENCIO. ¿Qué?

PILAR. Que despaché mi labor... y voy á entregarla. (Quita del bastidor el bordado.) Supongo que su padre de usted vendrá aquí de huésped.

GARCIA. Es natural; hay habitaciones desocupadas.

FLORENCIO, con amarga ironía. Sí, se arregla bien todo.

PILAR. Se ha quedado usted frio con la noticia que ha

traido el señor. ¡Qué hijo tan poco amoroso para con su padre! ¡Si viera yo entrar por esas puertas al mio!...

FLORENCIO, volviéndose á García. ¿No le ha dicho á usted su camarada alguna otra cosa?

GARCIA. Me ha contado un desastre que acaba de suceder en aquella carrera.

PILAR. No está por aquí mi pañuelo... Sacaré otro del armario. (Abre con llave un cajon del armario, saca un pañuelo y lo desdobla.)

FLORENCIO. ¿Cuál ha sido el suceso?

GARCIA. Parece que un aventurero sedujo con palabra de matrimonio, y robó de la casa paterna estos dias, á una señorita de Búrgos... (Pilar, que iba á echar la llave al cajon, lo deja solamente encajado, y se acerca á García, llena de curiosa inquietud.) La abandonó luego en una posada; y la infeliz jóven, caminando sola y á pié en medio de una noche oscurísima, cayó en un precipicio, y á estas horas habrá muerto del golpe.

PILAR. ¡Qué horror!

FLORENCIO. Desgracia ha sido, seguramente.

PILAR, con doble intencion. Peligrosa es la carrera de la Mala, Florencio. Traiga Dios con bien á su padre de usted. (Pone la pechera en el pañuelo, que ata por las puntas, y se va á su cuarto. Luego, por la puerta del fondo, se la ve cruzar el pasillo, ya con mantilla, para salir de casa. En la mano lleva el pañuelo con el bordado.)

ESCENA V.

GARCIA, FLORENCIO.

FLORENCIO. ¿Qué tardará en llegar esa diligencia?

GARCIA. Sobre una hora.

FLORENCIO. Iré dentro de un rato á esperar á mi padre.— Amigo, se ha lucido usted en la portada que ha dibujado para el álbum de Isabelita.

GARCIA. ¿Ha visto usted el álbum de la señorita Valdáriz?

FLORENCIO. Conozco á esa niña y al consejero, su tio y tutor, aunque no visito su casa. Quien allí manda en jefe es usted.

GARCIA. Don Luis y su pupila me aprecian: hace mucho tiempo que nos tratamos.

FLORENCIO. Ayer le tuvieron á usted á su mesa.

GARCIA. Fué el cumpleaños de Isabelita.

FLORENCIO. Me han asegurado que don Luis trata de casarlos á ustedes.

GARCIA. Ni ella ni yo sabemos palabra.

FLORENCIO. Con pocas puede arreglarse el asunto. Isabel es amable y su dote crecido.

GARCIA. No soy de los que idolatran en el dinero.

FLORENCIO. Pues mire usted, se comprende bien ese linaje de idolatría. Discurriendo positivamente, lo único apreciable, lo único útil, lo único bueno que hay en este mundo es el dinero.

GARCIA. ¿Y la virtud? Y el honor? Y el saber?...

FLORENCIO. La virtud, el honor y el saber sin dinero son atropellados y escarnecidos por el dinero sin honor, sin saber ni virtud: así pues, aunque no sea mas que para la natural defensa, el virtuoso, el honrado y el sabio tienen absoluta necesidad de dinero, de mucho dinero.

GARCIA. El hombre de bien, como junte para vivir, no necesita mas.

FLORENCIO. El que solo tiene para vivir, es pobre; y el pobre, por muchas virtudes que posea, no deja de ser un ente inmoral.

GARCIA. ¿Está usted en su juicio! Pues el pobre virtuoso ¿á quién da mal ejemplo?

FLORENCIO. A cuantos amen la virtud, sin amar la indigencia. Ponga usted á un muchacho á la cabecera de un hombre de bien que se muere de hambre, y diga usted á la criatura que aprenda del moribundo á ser bueno: ¿qué responderá el chico? «Yo seré un santo; pero quiero comer.» Pues ese niño es la fiel imágen del género humano, tal como existe en la actual sociedad. La virtud, en coche y con brillantes, alienta á seguirla; descalza y con andrajos, á nadie enamora.

GARCIA. Señor don Florencio Pascuaflorida, usted es licenciado de universidad, y yo del ejército. Usted ha aprendido á sostener con razones, ó cosa que se les parezca, una opinion buena ó mala, y yo no; pero escúcheme usted una historia, no ajena del caso. En Alhama, la de Aragon, el año 1839, compartian el modesto albergue de una viuda anciana dos forasteros, que habian ido allí á tomar las aguas medicinales; el uno tenia con la viuda algun parentesco, y era persona acaudalada, sin mas dolencia que un exceso de robustez; el otro era un huérfano de pocos medios y endeble salud. Salteó una gavilla de bandidos el pueblo; robó y quiso matar á los dos huéspedes de la anciana; dos hijos de ella, el uno muy honrado, el otro un perdido, valientes ambos, los defendieron á todo trance, y arriesgándose mucho, les salvaron la vida. Repúsose con aquellas aguas el huérfano; se celebró entónces un sorteo de quinta, y cayó soldado el hijo bueno de la patrona. Era aquel jóven el sosten de su madre, porque del otro no tenia que esperar mas que pesadumbres y trampas. Acudió la madre á su deudo, pidiéndole prestada una cantidad para tomar un sustituto por el buen hijo; contestó el pariente que no habia necesidad de dinero ni sustituto, porque él daria

eficaces consejos al hijo malo, á fin de que se portara bien con su madre miéntras el bueno llevaba el fusil. El otro huésped, sin dar ni pedir consejos á nadie, se presentó por suplente del quinto, y sirvió siete años por él. Dígame usted, señor don Florencio, ¿ejerceria nocivo influjo la conducta de aquel muchacho?

FLORENCIO. Hombre...

GARCIA. ¿Qué le fué mas beneficioso á la viuda? ¿tener derecho al amparo de un rico, ó haber merecido el agradecimiento de un pobre? ¿Cuál de los dos quisiera usted ser? el pariente, ó el huérfano?

FLORENCIO. ¿Qué renta anual disfrutaba el pariente?

GARCIA. No bajaria de cincuenta mil reales.

FLORENCIO. Esos quisiera yo para excusarme de escribir pedimentos. Pero, hallándome en lugar del ricote, hubiera sacado del apuro á la viuda. Ya ve usted que ni soy avaro ni muy ambicioso.

GARCIA. A la verdad, cuando usted pretende á una bordadora...

FLORENCIO. Esa es harina de otro costal. Pilar me gusta mucho; pero...

GARCIA. ¿Pero qué?

FLORENCIO. Aun soy menor... aun no estoy casado.

GARCIA. ¿Qué quiere usted decir?

FLORENCIO. Que dependo todavía de mi padre... y que voy á aviarme para recibirle. (Vase.)

ESCENA VI.

GARCIA.

¿Qué piensa este hombre! Tanto calor al hablar de dinero, y tanta indiferencia al tratarse de sus amores, qué dan á entender? ¿Que le devora la sed del oro, y que sus pretensiones con Pilar son poco legítimas? ¿Y por qué he de maliciar del prójimo? Esa indiferencia será afectada; el amor es padre del disimulo; yo me precio de franco, y estoy encubriendo mi amor desde que vi á Pilar, de modo que Florencio me supone galan de Isabel. — Sí, ella y su tutor estiman al hombre que, á fuerza de ahorros, les ha pagado los mil duros que les estafó el hijo malo de mi patrona; pero nuestras amistades no van mas allá. Extinguida por fin la deuda, viviré con algun desahogo: esta circunstancia y ese lenguaje de mi competidor justifican la resolucion que anoche formé. Tengo escrita la carta en que me declaro; ¿dónde estaria bien para que la hallase Pilar? ¿Allá dentro? Ah! se ha dejado puesta la llave de este armario. Ningun sitio mejor. (Tira del cajon.)

En el cajon echaré la carta. (La busca en el bolsillo.) ¿Pero dónde la tengo? Pues yo jurara que la traia en este bolsillo. (Saca de él varios papeles.) No doy con ella.

ESCENA VII.

FLORENCIO, en traje de calle, GARCIA.

FLORENCIO, aparte, al salir. ¡Calla! El armario de Pilar está abierto. ¿Qué hace nuestro insigne calígrafo delante de él?

(Quédase á la puerta de su habitacion observando á García.)

GARCIA, sin ver á Florencio. Me la he dejado encima de mi pupitre.

(Empuja el cajon, y se va á su cuarto.)

ESCENA VIII.

FLORENCIO.

Cerró y se fué. Abrir no le he visto: ¿encontraria abierto el cajon? ¡Qué? No. Pilar dejó el cajon embebido en su hueco. Hubo de aturdirse con la catástrofe de la dama de Búrgos, y se le olvidó quitar de ahí la llave: lógicamente se deduce que abrió García. Y ¿cómo ese mosquita muerta se atreve?... Porque él no es curioso... ni quiere á Pilar. El le hizo un regalo por año nuevo: habrá querido sorprenderla con otro? Veamos. (Tira del cajon y lo mira.) Bien sospeché. Dos cajas de carton hallo aquí. (Saca una.) Un pañuelo hay en esta. Yo no he visto á Pilar con este pañuelo: se deduce lógicamente que García acaba de poner en el cajon esta caja. (La coloca en su sitio, y saca otra.) Y esta menor ¿qué tendrá? (La destapa, y saca unos papeles cogidos con una faja por en medio.) ¡Santa Rita! ¡abogada de los imposibles! ¡Billetes de banco! No da tanto de sí la caligrafía: esto no lo ha visto don Pablo en su cofre... ni aquí... (Hojea los billetes con ansia.) Cuatro mil... cuatro mil... cuatro mil... Son muchísimos. En la faja dice... (Lee.) «Herencia que me dejó mi padre: un millon de reales en doscientos cincuenta billetes. Pilar Villaurrutia.» Es su letra, es su firma, es poseedora de un millon! Cerremos, no me vean. (Impele el cajon.) No entra el cajon. (Cierra de golpe.) ¡Qué estrépito armé! (Huye hácia su cuarto; luego vuelve al medio de la sala.) Nadie... nadie. – Un tesoro es esta muchacha. Por cierto que si me descuido, me quedo sin él; gracias á que ella se ha descuidado. A don Pablo decia yo que me contentaba con cincuenta mil reales de renta; un millon, solo al seis, rinde sesenta mil, y puede producir el doble. Ahora va de veras. Oh! sí, sí; Pilar es mi esposa. — Pero cómo callaba

esto, señor? — Quisiera discurrir tranquilo, y no acierto. — Heredar un millon, y trabajar ella cual si lo necesitara para comer, es altamente contradictorio. ¡Necio de mí! Es que ha recobrado la tal herencia estos dias... y ha querido hacer conmigo una prueba. Por eso me hablaba con tanto brio, por eso insistia de aquel modo en que pidiese la licencia á mi padre. Voy volando por ella. (Vase.)

ESCENA IX.

GARCIA, con una carta.

Ni encima ni dentro del pupitre tenia la carta, la tenia conmigo. Aquí sobre el corazon la traia guardada, y él sin decírmelo. ¡Tierna y fiel expresion de un cariño tantos años oculto; Dios te proteja! La colocaré sobre... (Tira del cajon.) ¡Qué veo! Esta cajita no estaba así. (La saca: está abierta y vacía.) Se volcaria cuando cerré; se levantó la tapa, y se salieron estos papeles. (Los toma y mira.) Pero... ¡son billetes! ¡Dinero aquí! ¡Y yo lo he tocado!... (Pone la caja en el cajon.) ¡Eh? ¿Qué dice este letrero? (Lee el de la faja.) «Herencia que me dejaba mi padre: ¡un millon!...» ¡Cielos! Pilar es rica. No hay duda; lo firma ella. Esto es un caudal; este caudal es suyo; esta mujer no es para mí. — La herencia á su sitio. (Coloca los billetes en la caja, y la cierra.) La carta... No, ya no pongo ahí la carta.

ESCENA X.

PILAR, GARCIA.

PILAR. ¡García!

GARCIA. ¡Oh Dios! (Cáesele al suelo la carta.)

PILAR. ¿Qué estaba usted haciendo en mi armario?

GARCIA. Nada, señora, nada ya.

PILAR. ¿Ese papel que ha dejado usted caer en el suelo, es mio?

GARCIA. No es de nadie, no es nada. (Lo hace pedazos.)

PILAR. ¿A qué viene el rasgarlo?

GARCIA. Era un papel inútil.

PILAR. ¿Ha registrado usted este cajon, García?

GARCIA. Pilar... Sí.

PILAR. ¿Sabe usted lo que contiene esta caja? (Mostrándosela.)

GARCIA. Lo sé; no puedo negarlo.

PILAR. ¿Por qué ha hecho usted eso, García?

GARCIA. El por qué, lo reservo. Lo que declaro es que he hecho muy mal, y me pesa en el alma.

PILAR. Con una confesion así, ya no debo reñirle á usted; tendré sí que rogarle.

GARCIA. ¿A mí, Pilar? Si me pidiera usted la vida, se la diera con gusto.

PILAR. Eso fuera quedarme yo sin un amigo, á quien estimaba mucho hasta hoy.

GARCIA. ¡Oh! si hay algun medio para que yo conserve su estimacion de usted, indíquemelo, por difícil que sea.

PILAR. Usted sabe ya que existe en mi poder un millon de reales en billetes de banco, secreto que he conservado hasta ahora cuidadosamente, por motivos de que enteraré á usted, no en este momento en que me tiene usted un poco enfadada; pero sí cuando el mal humor se me haya pasado. (Cierra el cajon. Al volver la cabeza, sorprende á García en un ademan de vivo dolor; visto lo cual, suaviza ella el tono de su lenguaje.) Aun miéntras pasa, ya ve usted que no me impide hablarle con la templanza de la indulgencia.

GARCIA. ¡Divina criatura!

PILAR. Pues este secreto, de que ya participa usted, ha de continuar tan ignorado de todo el mundo como cuando le poseia yo sola.

GARCIA. Bien, Pilar, bien.

PILAR. ¿Me promete usted callarlo religiosamente?

GARCIA. Lo juro. Fie usted de mí.

PILAR. ¿A fe de soldado?

GARCIA. A fe de hombre de bien.

PILAR. Contando con ello, porque los hombres de bien no han de ser curiosos ni parlanchines, me doy por desenojada, y ahí va mi mano de amiga.

GARCIA. Pilar, es usted un ángel.

PILAR. ¡Angel que borda! Angelito de aguja y dedal.

ESCENA XI.

DOÑA GREGORIA, PILAR, GARCIA.

DOÑA GREGORIA. ¡Hola, hola! ¿A las manos han llegado ustedes? ¡Bueno va!

PILAR. No va como á usted le parece, doña Gregoria.

GARCIA. No forme usted juicios temerarios, por Dios.

DOÑA GREGORIA. Ello dirá. — (A Pilar.) Lo que yo venia á decir á usted es que la criada tampoco me da razon de esa bendita carta. ¿La ha visto usted por ahí, García?

GARCIA. ¿Qué?

DOÑA GREGORIA. Una carta dirigida á Pilar.

GARCIA. No, señora, yo no.

Pilar. Pues ¡no ha tomado usted con poco empeño la busca de la carta dichosa! Una carta que nada me puede importar.

Doña Gregoria. ¿Qué sabe usted?

Pilar. Me lo figuro. Bien que... ¿Era de Sevilla?

Doña Gregoria. No; traia sello de Castilla la Nueva.

Pilar. Entónces viva usted sin cuidado. A propósito de Sevilla... (A García.) Voy á dar á usted un encargo.

Garcia. Mándeme usted.

Pilar, abriendo el cajon. Yo he deseado mucho saber quién es el heredero de don Cárlos Figuérez, natural de Sevilla, que falleció en Puerto-Príncipe, y jamas he podido lograrlo. (Da á García un papel que ha sacado del cajon.) Tome usted esta nota, y aprovechando las noticias que incluye, vea usted si es mas feliz que yo.

Garcia. Serviré á usted con el mayor gusto. Convendria, sin embargo, que me facilitara usted algunas explicaciones...

Pilar. Conténtese usted por ahora con las de ese papel. Ya he dicho que no gusto de amigos curiosos.

Garcia. Bien está, señora. Voy á enterarme de la nota, y á principiar en seguida mis diligencias. (Yéndose.) ¡Don Cárlos Figuérez! Jurara haber oido este nombre al hijo malo de mi patrona. (Vase. Pilar cierra el cajon y quita la llave.)

ESCENA XII.

PILAR, DOÑA GREGORIA.

Doña Gregoria. Con que vamos, Pilarcita, ¿qué ha pasado entre García y usted?

Pilar. Nada de particular. Me disgustó mucho una imprudencia de García, me aplaqué luego, hicimos las paces, y llegó usted á la conclusion del tratado.

Doña Gregoria. Ya comprendo yo lo que ustedes han podido tratar.

Pilar. Me parece que no.

ESCENA XIII.

FLORENCIO, PILAR, DOÑA GREGORIA.

Florencio. Pilar, he visto, he abrazado á mi padre... Soy el mas feliz de los hombres. — Doña Gregoria, haga usted el favor de arreglar para mi querido padre la habitacion principal.

Doña Gregoria. Con mucho gusto. — (Llamando.) ¡Sinforosa!

FLORENCIO. ¡Si era sorda la última vez que usted la llamó!

DOÑA GREGORIA. Siempre se me olvida. Voy corriendo yo propia.

FLORENCIO. Sí. Gracias. Y si enviara usted á Manuel á buscar á mi sastre... Ya sabe usted quién es.

DOÑA GREGORIA. Sí, ese de... el de la calle de... allí junto á...

FLORENCIO. Justamente. Mi padre viste al uso de su pueblo, necesita ropa... Tenga usted esa condescendencia.

DOÑA GREGORIA. Inmediatamente, señor. (Vase.)

ESCENA XIV.

PILAR, FLORENCIO.

PILAR. ¿Cómo deja usted á su padre solo, y se viene aquí?

FLORENCIO. Así lo ha querido. Se encontró en la administracion de diligencias con un amigo, allá de Sepúlveda, el cual se empeñó en conducirle á esta casa; un coche los espera miéntras se verifica el registro del equipaje. Trae allí mi papá tanto enredo!... Cestas de mantecados, cecina, muestras de minerales, caza, paños del país... una carga de piñas para encender la lumbre... Yo, por otro lado, ardia en deseos de llegar á los brazos de mi adorada.

PILAR. A los brazos, perdone usted.

FLORENCIO. A los piés, si no, pidiendo mil perdones á usted. Hasta hoy no he conocido yo quién era usted y lo que valia.

PILAR. ¿Y qué resulta de ese conocimiento?

FLORENCIO. Que he corrido á buscar á mi padre, que apénas ha bajado del coche, cuando con la prisa, con la vehemencia de mi pasion, se la he descubierto, informándole de las prendas y circunstancias que adornan á usted, y está él muriéndose por llamarla con el nombre de hija. ¿Qué dice usted ahora?

PILAR. Digo que... Digo que no proponia yo ningun desacierto cuando instaba á usted para que escribiese á Riaza.

FLORENCIO. Quien andaba peligrosamente descaminado era yo. En reparacion de mis yerros, necesitamos ir mañana á la Vicaría.

PILAR. Deje usted eso á cargo de padre.

FLORENCIO. Mañana por la mañana, Pilar.

PILAR. Es demasiado pronto.

FLORENCIO. ¿Se complace usted en dilatar mi ventura?

PILAR. Déjeme usted prolongar estos instantes de expectacion..... de confianza... de aturdimiento... Déjeme usted.

FLORENCIO. Es que la veo á usted parada, la veo triste...

PILAR. Anhelaba este momento con vivas ansias, y ahora que llega, el corazon se me oprime... los ojos se me llenan de lágrimas..... no sé qué presentimiento me acosa..... ¡Ay! Florencio, ¡Florencio! quiera usted de veras á esta pobre mujer.

FLORENCIO. Sí, con el alma y la vida, sí. (La abraza.)

ESCENA XV.

GARCIA, PILAR, FLORENCIO.

GARCIA, aparte. ¡Cielos!

PILAR. ¡Ah!

FLORENCIO. Señor de García, autorizado con el beneplácito paterno, tengo la honra de presentar á usted mi futura consorte.

GARCIA. Pilar... que sea muy en... Que sea usted feliz.

FLORENCIO. Lo espero.

GARCIA. Yo no podré presenciar las satisfacciones de ustedes.

PILAR. ¿Por qué?

GARCIA. Se me ha confiado la comision de averiguar á quién dejó por heredero un tal don Cárlos Figuérez, natural de Sevilla... Necesitaré vivir algun tiempo en aquella comarca.

PILAR. ¿Qué precision hay...

GARCIA. ¡Oh! usted no sabe, usted no puede comprender que me es absolutamente preciso.

FLORENCIO. ¿Cuándo marcha usted?

GARCIA. Voy á disponer al punto mi viaje. — Adios, señor don Florencio. Pilar... Adios.

FLORENCIO. Adios. (Vase. Le acompaña Florencio.)

PILAR, aparte. Me ha sobresaltado, me ha llenado de angustia ese hombre. Parece que se lleva consigo mi dicha futura.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

PILAR, con un buen vestido; DOÑA GREGORIA.

DOÑA GREGORIA. No acierto á volver en mí de sorpresa. ¡Qué poco esperaba yo tal acontecimiento! Ya es usted novia. Florencio se ha explicado categóricamente, y su padre dice, en propios términos, que no se le cuece la hogaza hasta ver á ustedes *uncidos*. ¡Uncidos! ¡Vaya un suegro fino que se echa usted!

PILAR. Don Márcos habla y viste como un lugareño de Castilla la Vieja; pero no descubre pelo de tonto.

DOÑA GREGORIA. ¿Tonto? Socarron y taimado es lo que me ha parecido.

PILAR. Un buen hombre de villa.

DOÑA GREGORIA. Mejor me haga Dios. En fin, va usted á casarse á su gusto; que sea para bien.

PILAR. Me parece que sí lo será.

DOÑA GREGORIA. ¿Y el pobre García?

PILAR. ¡Qué bizarro! ¡Qué obsequioso conmigo! — ¡Si tuviéramos otro corazon de reserva para una ocasion!...

DOÑA GREGORIA. ¡Yo que esta mañana supuse que ya estaban ustedes conformes! Los vi tan mano á mano...

PILAR. Tratábamos de otros asuntos, créame usted.

DOÑA GREGORIA. Pero, señor, este repentino viaje á Sevilla... Nada, nada. García se ausenta por no ver á usted casada con su rival.

PILAR. Eso me ocurrió en un principio; despues he desechado la idea, y usted se hará cargo de la razon. Cuando conocimos á don Pablo, noté que parecia mirarme con algun interes: aguardé á que se explicara, muy satisfecha. Pasaron dias, semanas, meses... García, mudo como una estatua: chascos de esta especie nunca dejan de incomodar. Vínose aquí Florencio de huésped, y empezó á dirigirme requiebros desde el primer dia; por mucho que lo fuí dilatando, tuve al cabo que responder; en aquel intermedio, pasé algunas noches de insomnio crueles. A mí me sucede una cosa muy particular; y es que, estando recogida y despierta, no hay para mí tinieblas ni silencio completos; veo ó creo ver unas vislumbres vagas y tenues, y se me figura percibir, ya un ruido

como de lluvia, ya un toque de campanas lejano, ó cosa parecida, que no cesa de zumbarme en los oidos hasta que me duermo: este rumor se asemeja á veces á una voz humana.. Pues si supiera usted, doña Gregoria, ¡cuántas noches, agitándome en el lecho la idea de una eleccion entre ambos huéspedes, me parecia oir... qué digo parecerme? oia claro un nombre, repetido muy bajo detras de mi almohada una vez y otra, ciento, mil veces!... García, García, García... — y García entre tanto pensaba en mí lo mismo que García del Castañar. Levántabame descolorida y ojerosa de la incómoda trasnochada, me ponia al bastidor, cruzaba por aquí don Pablo... «Buenos dias, Pilar; ¿se ha dormido bien?» — No mucho: me han tenido en vela unas aprensiones... — Pues ¿quién le quita á usted el sueño, criatura? — Estuve alguna vez por decirle: «Usted, majadero, que no sabe lo que me da que pensar.» Llegaba el otro... ¡Eche usted flores á puñados!... ¡Y qué ofertas! ¡y qué instancias! «¿Cuándo me sacará usted de angustias? ¿Cuándo me dirá si me quiere?» Para librarme de sus importunidades, tuve que decirle: «Hombre, sí.» Y no crea usted que le profesara por entónces grande cariño; despues he ido cobrándosele mayor, porque, dada ya mi palabra... soy mujer de bien... he debido cumplirla.

Doña Gregoria. ¡Qué ocasiones ha desperdiciado ese santo varon!

Pilar. Me acostumbré á mirar á don Pablo como un amigo, como un hermano mayor, que inspira confianza... y algun respeto. Le escucho gustosa, tranquila... mas tranquila que al otro, porque ese ántes me infundia una especie de susto... — ¡Jesus! ¡Qué locuras estoy diciendo! Para concluir, siento muchísimo que García se ausente; no sé qué diera por excusarle cualquier pesadumbre; mas hoy he quedado seriamente comprometida con Florencio, y ya formo escrúpulo hasta de pensar si me ha mirado con buenos ojos algun pretendiente. Yo no sé querer de otro modo.

Doña Gregoria. Aun por eso ha empezado usted á sacar lo mejor del cofre, para lucirlo con el novio y el suegro.

Pilar. Como tenemos que salir... ¡y en coche! Doce años há que no he puesto los piés en un carruaje. — ¿Estoy bien?

Doña Gregoria. ¿No se ha mirado usted al espejo?

Pilar. Doscientas veces. Obsérveme usted, doña Gregoria: ¿no es verdad que ando ya enteramente derecha? (Recorre la sala con gallardía y desenvoltura, hasta que ve salir á don Márcos.) ¡Ah!

ESCENA II.

DON MARCOS, PILAR, DOÑA GREGORIA.

DOÑA GREGORIA, riéndose. ¡Ah! ¡ja, ja, ja! — Señor don Márcos, ¿no le parece á usted algo corcovada la novia?

DON MARCOS. Corcová sea mi alma, si tal se me ofrece [1]. Y ¡qué maja se ha puesto! ¡Buena figura voy á hacer entre vosotros en el carricoche con este arreo y este calcijo! [2]

PILAR. Pronto lo deja usted.

DON MARCOS. Sí por cierto: lo que yo he dicho es lo que se ha de hacer. Me llevais á uno de esos almagacenes donde se halla de too...

DOÑA GREGORIA. ¿Queda usted contento de su habitacion, señor don Márcos?

DON MARCOS. ¿Pues no? ¡Señor don Márcos! Soldemente por oirse uno llamar *señor don Fulano*, pué venirse á Madrid. Allá en Riaza, como casi toos prenuncian *l* en igual de *r*, unos me dicen *tio Málcos*, otros *tio Maulicio*... mas corre el Maulicio, porque, ya se ve, tiene traza de mote, y allí no hay cristiano sin él... El tio Pelines, la tia Carramposa, el tio Zarramango, la Guindolera... (A Pilar.) ¡Cómo se retrae [3] usté á la tal Guindolera! Es usté su vivo retrato.

PILAR. ¿Quién es esa mujer?

DON MARCOS. Fué una pobre aldabona que criaron en Turrubuelo.

DOÑA GREGORIA. ¿Qué se entiende por aldabona?

DON MARCOS. Tola, mestiza, echá, ó por mejor decir, desechá. Hija de padres desconocíos.

DOÑA GREGORIA. Acabáramos.

PILAR. Expósita.

DON MARCOS. Guapa era como ella sola... no, no, como usté. Algo mas rolliza, pero la mesma gracia, la mesma fechuría de rostro, la propia caida de párpagos... No me dejará mentir mi Florencio.

DOÑA GREGORIA. ¡Oiga!

PILAR. ¿Cómo?

DON MARCOS. No se asome usté á la celosía; que el muchacho enjamas pudo tragar á la tola. Si Dios no se la lleva tan pronto, quizá seria hoy madrastra de usté.

DOÑA GREGORIA. Ya.

DON MARCOS. Muy engolondrinao me tuvo; sea dicho sin agravio de lo presente.

[1] Se me ocurre.
[2] Calzado.
[3] Se parece.

PILAR. Voy, con permiso de usted, á echarme la mantilla. (Vase.)

ESCENA III.

DON MARCOS, DOÑA GREGORIA.

DON MARCOS. No pué negarse que mi hijo se lleva una hembrica de lo bueno que hay.

DOÑA GREGORIA. En todos conceptos.

DON MARCOS. Doña Gregoria, las pinas de encender la lumbre son pa usté.

DOÑA GREGORIA. Mil gracias.

DON MARCOS. Son cosa rica; mucho mejor que too lo que usan al efeto en Madrid. A propósito de ricura: usté conoce bastante tiempo hace á Pilar.

DOÑA GREGORIA. Desde ántes que muriera su tutor, y con mucho.

DON MARCOS. Soldrá ustré saber qué ha hecho y qué ha dicho... si tiene, si deja de tener...

DOÑA GREGORIA. Seis años ha vivido en mi compañía, mirándola yo cual si fuera su madre.

DON MARCOS. Usté no extrañará que me entere de ciertas minucias; pues, como padre de mi hijo, tengo obligacion de conocer los requilorios de la nuera que se me endilga.

DOÑA GREGORIA. Ya se ve que sí.

DON MARCOS. Allí truje... ya usté lo habrá visto... un tabaque lleno de caza...

DOÑA GREGORIA. Sí, codornices y pollos de codorniz.

DON MARCOS. Aparte usté pa sí la mitá de las guarnices y la mitá de los guarnigones.

DOÑA GREGORIA. Usted se empeña en abochornarme.

DON MARCOS. Le he cobrao á usté ley al istante, porque penetro yo que es usté una de aquellas personas imposibilitás de decir una cosa por otra.

DOÑA GREGORIA. Corresponderé á la confianza con que usted me honra, señor don Márcos.

DON MARCOS. Pues, señor, yo no tengo mas hijo que ese... porque, como me quitó que me casara con la Guindolera... Y cuando yo me reucí[1] á no darle madrastra, ya se deja ver si le quiero.

DOÑA GREGORIA. ¡Vaya!

DON MARCOS. Que le envié á Madrid á estudiar, que he gastao con él toíta la hijuela de su madre, que ha concluío su carrera... mucho bueno hasta aquí. Pero cate usté, doña

[1] Reduje.

Gregoria de mi alma, que el juéves 15 recibo una carta de un amigo que tengo aquí-nesto[1] la corte, un alfolinero[2] que fué de Sepúlveda, el cual me escribia: «Tu hijo anda con dolor de cabeza por cierta individua; si es pa boda, no le conviene á él; si es pa broma, no le conviene á ella: mira tú qué os conviene á los tres.»

Doña Gregoria. Es hombre de juicio el ex-alfolīero.

Don Marcos. Me planto en Madrid, se me cuelga al pescuezo el muchacho, y me dice de Pilar tales cosas, que no puedo ménos de exclamar: «Corriendo, á casarte.» Hétele en seguida al del alfolin; zámpome solo con él en un coche, le doy cuenta de tó, y se empeña en que mi hijo, si no sueña, miente. — «Desa mina, me dijo...» El des-alfolinero es viz-presidente de una sociedá minera, entitulá la Tragantona... «Desa mina, dijo, no se saca ni el coste de la enuncia.»

Doña Gregoria. No comprendo...

Don Marcos. A propósito de minas... En el término de Horcajuelo hay una, de que soy casi único propietario. Voy á regalar á usté una accion.

Doña Gregoria. Señor don Márcos, por nuestra Señora del Cármen, déjese usted de eso. — ¿Y de qué es la mina? ¿De oro? ¿De plata?

Don Marcos. A la hora desta solo es de agua salobre; pero toos los inteligentes aseguran que ha de ser con el tiempo riquisma, inagotable.

Doña Gregoria. ¿Inagotable de agua?

Don Marcos. De metal rico... ó si no, de alcohol... ó por lo ménos, de polvos de escribir. Con que, amiga doña Gregoria, ¿con qué dinero hace usté á Pilar?

Doña Gregoria. Deje usted. Doce que hoy ha cobrado, tres que tenia, cinco prestados á una compañera que murió en el santo hospital anteanoche... Veinte pesos duros... y el mes pagado.

Don Marcos. ¿Cómo dice usté?

Doña Gregoria. Hay que añadir una Vírgen del Pilar de plata, que pesa treinta onzas, única alhaja que no le vendió su tutor. Cabales en todo, cincuenta pesos.

Don Marcos. Cincuenta pesos... cincuenta mil... Aquí-nesto la heróica villa, plantan á las cosas unos motes tan equivoquibles... Verbo y gracia: ¿quién ha de figurarse, como no se lo adviertan, que una talega sinifica trescientos treinta y tres doblones y pico? Dígame usté: los pesos de ahora, valen veinte reales, ó veinte mil?

[1] Aquí *en* la corte.

[2] Alfolīero el encargado del alfolí, *toldo*, ó despacho de sal.

Doña Gregoria. A cinco pesetas se cambian, señor don Márcos.

Don Marcos. Demontre, demontrijo[1]! Entónces el viz-presidente de la Tragantona estaba en lo cierto. Cincuenta duros... ¡en igual de!...

Doña Gregoria. ¿Se habia usted figurado que Pilar poseia cincuenta mil? ¿que tenia de dote un millon? ¡Ah! ya caigo.

Don Marcos. Sin daño sea. A ver la caida.

Doña Gregoria. Su padre era millonario; pero de lo que él tuvo, no han quedado á la hija mas que recuerdos... tentaciones, como ella dice.

Don Marcos. ¡Tentaciones, eh!... ¿Y está usté segura de lo que afirma?

Doña Gregoria. Así estuviera tan segura la riqueza de la mina de agua. No hay mas que preguntarle á Pilar. ¿Quiere usted que la llame?

ESCENA IV.

FLORENCIO, DON MARCOS, DOÑA GREGORIA.

Florencio. Sí, sí, haga usted el favor de avisarla, que vamos á salir.

Don Marcos. Aguarde usté un poco; tenemos que hablar.

Doña Gregoria. Como ustedes quieran. (Aparte. ¡Duros de veinte mil reales! Qué aprensiones tienen los de Riaza!) (Vase.)

ESCENA V.

DON MARCOS, FLORENCIO.

Don Marcos. Chico, vamos á cuentas... ¿Qué demontre me has dicho de la herencia desa mujer?

Florencio. Que se compone de un millon de reales en billetes de banco.

Don Marcos. Mira que el des-alfolinero jura y rejura que eso es cháchara.

Florencio. Ríase usted de ese hombre, y présteme fe.

Don Marcos. Mira que esa tia Gregoria se ha reido ya de mí, porque le he preguntao si era rica Pilar.

Florencio. Quiere decir que doña Gregoria no sabe, no ha visto lo que he visto yo.

Don Marcos. ¿Acostumbras tú ver visiones? ¿Te acontece soñar dispierto?

[1] Demonio, demoniejo.

FLORENCIO. Cuando le digo á usted que ahí en ese armario, aquí en este cajon, hay encerrados cincuenta mil duros...

DON MARCOS. A dinero me huele ese trasto, no te lo negaré; pero se lleva uno petardos tales en herencias y bodas... tantos casi como en negocios de minas. Por nuestra Señora de Hontanares te ruego que no me engaites. Si la borda'orcilla te gusta, bien te vaya con ella; tambien me gusta á mí, y te conceo licencia pa que te cases. Pero no me hagas consentir en que posé ese bienaventurao millon, si, en igual de millon, es cuento.

FLORENCIO. ¿Le parece á usted que me casaria yo con quien no tuviese mas caudal que su aguja?

DON MARCOS. Hombre, yo estuve aínas [1] si me caso con la Guindolera.

FLORENCIO. Los viejos todavía suelen hacer locuras de esa especie; los jóvenes de ahora, no. Miramos algo mas á lo positivo.

DON MARCOS. En fin, tú lo dices, tú lo quieres... Orégano sea, y no alcaravea. No estaria de mas que ántes que viésemos al escribano... Pilar viene. (Alzando la voz para que le oiga Pilar.) En cuanto á eso del escribano...

ESCENA VI.

PILAR, con mantilla, DON MARCOS, FLORENCIO.

PILAR. Eso no urge. Avíese usted de ropa, ya que este señor se lo exige, y otro dia, con mas sosiego... (Abre el armario y saca de él unos guantes.)

FLORENCIO. Hoy ha de ser, como estaba pensado. No nos acostumbremos á cambiar de propósito sin motivo.

DON MARCOS, acercándose al cajon á mirar. Esta papelerilla me gusta; me he de llevar una igual á Riaza.

PILAR. Llévese usted esta.

DON MARCOS. ¿Y dónde ha de poner usté lo que tiene ahí?

FLORENCIO. No faltaria donde.

PILAR. Poco lugar ocupa lo que merece guardarse.

DON MARCOS. Ya... si es dinero... Con esa invencion de lo que llaman *talones*, en un papelejo como un naipe pué cualquiera tener un millon.

PILAR. ¡Un millon! ¡Qué casualidad! Parece que adivinaba usted que tenia yo que hablarles de uno.

DON MARCOS. ¿Sí? Pues eche usté por esos labios de claveles.

[1] Por poco, casi.

FLORENCIO. Explíquese usted.
PILAR. Bajemos, y en el coche lo iré contando.
FLORENCIO. Aquí es mejor.
DON MARCOS. En el coche no oigo yo bien; el ruido de la diligencia me tiene atronao.
FLORENCIO. Siéntese usted.
DON MARCOS. A mi laíto.
FLORENCIO. Entre los dos. (Siéntanse.)
PILAR. ¡Qué curiosidad manifiestan ustedes!
DON MARCOS. La gente de pueblo no toa es limpia; pero curiosa...
FLORENCIO. El deseo de saber es la base de la filosofía.
DON MARCOS. Ya lo oye usté. Filosofiquemos sobre la base del millon.
PILAR. Pues oigan ustedes. Uno de nuestros últimos vireyes de Nueva-España, que poseia en Sevilla unas fincas, dejó estos bienes al pariente suyo que resultara mas inmediato. El Virey no tenia mas que dos, y distantes: mi padre, que Dios haya, y un tal don Cárlos Figuérez Brahones.
DON MARCOS. Ese don Cárlos ¿era de la provincia de Avila?
PILAR. No, señor, de Sevilla.
DON MARCOS. Yo tuve escondido en mi casa unos dias á un don Cárlos Figuérez, á quien buscaba la policía; pero aquel era natural de Gotarrendura.
FLORENCIO. Pilarcita, prosiga usted.
PILAR. Llevaba mi padre el apellido de Teran y el de Villaurrutia. Pasó de nuestro pueblo á Sevilla, presentó sus documentos donde convenia, y apareciendo por la línea Teran pariente mas cercano al Virey que don Cárlos por la línea Brahones, fué puesto en posesion de la herencia.
DON MARCOS. Ese es el registro de la mina.
PILAR. Queria mi padre que mi educacion se perfeccionara en Madrid, trató de establecerse en la corte, vendió las fincas del Virey por bastante ménos de lo que valian... (Se levanta.)
DON MARCOS. Ese es el filon.
PILAR. Y vinimos aquí. Un millon de reales nos habia producido la venta. (Saca del armario la caja.)
FLORENCIO. ¡Un millon de reales, y vendiendo barato!
PILAR. Aquí tienen ustedes el dichoso millon.
DON MARCOS. Déjeme usté verle la cara. (Destapa la cajita.) ¡Mira, mira, qué gloria de miles!
FLORENCIO. Gloria de papel.
PILAR, aparte. ¡Bien! no es codicioso.
FLORENCIO. Mas me interesa la relacion de Pilar.
PILAR. Pues falta referir lo mejor.

Don Marcos. ¿Falta lo mejor? (Aparte. ¿Si retoñará otro millon por ahí?)

Pilar. Un dia recibió mi padre un anónimo, que le afligió profundísimamente; cayó enfermo de pesadumbre, y ella le condujo á la muerte.

Don Marcos. ¡Dios nos asista!

Florencio. ¿Qué le trajo ese anónimo?

Pilar. Eso le preguntaba yo cada instante... «¿Qué carta de excomunion es esa, papá? Desde que usted la vió, no ha tenido hora buena. — Ya es necesario informarte de todo,» me dijo, — y aquella fué la última vez que me habló. Me hinqué de rodillas para escucharle, y en dos palabras me enteró de que la herencia del Virey no nos pertenecia.

Florencio. ¿No?

Don Marcos. ¡Demóncano![1]

Pilar. Nos la habian adjudicado como á parientes mas inmediatos del testador por la línea Teran; y el anónimo, que nos remitia un árbol genealógico, demostraba que don Cárlos era deudo mas próximo por la línea Figuérez.

Florencio. Pero mentiria el anónimo.

Don Marcos. Por supuesto, ese árbol mentia por el tronco y las ramas.

Pilar. ¡Ah! no, señor. Mandadas practicar por mi padre las comprobaciones debidas, resultaba que el anónimo decia la verdad.

Florencio. ¿Es posible?

Don Marcos, aparte. La mina de oro se ha vuelto de agua.

Florencio. Y á todo esto, ¿qué hacia ese don Cárlos?

Pilar. Parece que habiendo venido á Madrid y comprometídose en una causa política, huyó por entónces á Francia; ello era que se ignoraba su paradero.

Florencio. De manera que su padre de usted...

Pilar. Mi padre, de buena fe, habia tomado posesion de una hacienda que no era suya, la habia vendido á ménos precio, estaba en conciencia obligado á restituir su valor; y si lo restituia, yo, su hija única, yo, á quien amaba con delirio, quedaba sin pan!

Don Marcos. La concencia es á veces el mesmo enemigo. Dios nos libre della, digo, dél.

Florencio. Acabe usted, que nos tiene atónitos.

Don Marcos. Aturrullaos.

Pilar. Me abracé con el pobre viejo, lloré, le reñí, reí para desimpresionarle... ¿qué sé yo cuántas cosas hice?... mas ya no habia remedio para él. Juré, besando sus manos convulsas, que entregaria fielmente á don Cárlos el importe

[1] Demonio.

total de su hacienda; me bendijo el moribundo, me recordó las virtudes de mi santa madre... y partió á reunirse con ella.

Don Marcos. ¡Válgame nuestra Señora de Hontanares!

Florencio. Pero usted era menor entónces...

Don Marcos. En efeto, era usté menora...

Florencio. Tendria usted tutor...

Pilar. Mi tutor, que nada sabia y á quien nada quise decir del millon, apénas se enteró de que mi herencia se reducia á cuatro muebles y unas pocas alhajas, no hizo de mí casó ninguno; y á no valerme de mis regulares disposiciones para bordar en blanco, hubiera tenido que mendigar ó servir.

Don Marcos. ¡Con un millon en ese almario!

Pilar. Lo que yo deseaba era echarle fuera. Hice poner avisos en los periódicos, ocultando mi nombre, y averigüé que don Cárlos era difunto. Se llamó á su heredero; no pareció, y ahí tienen ustedes á ese aciado millon esperando á su dueño.

Florencio. ¡Bien lo ha guardado usted!... y el secreto, mejor. Como que yo debiera ofenderme de la poca franqueza de usted.

Pilar. A saber usted mi secreto, su cariño me hubiera parecido ménos espontáneo.

Florencio. Pero al fin de tres años de suspirar por usted...

Pilar. Es que apénas hace tres horas que pidió usted mi mano.

Florencio. Es que si á mi padre no le ocurre tratar de un millon, ¿qué sé yo cuándo nos hubiera usted contado la historia de ese?

Pilar. Esta misma tarde queria contarla.

Florencio. Usted lo dice...

Pilar. Y usted debe creerlo. Y no miento nunca.

Florencio. Pero sabe usted disimular.

Pilar. ¿A disimulo achaca usted la reserva mia para custodiar el caudal ajeno? Pues es una disimulacion que me honra bastante. ¿Hubiera sido mejor pregonar por ahí que era depositaria de ese caudal, exponiéndome á un robo, á un fraude, á solicitudes interesadas?

Florencio. ¿Me supone usted interesado á mí?

Pilar. ¿Sabia usted que tuviese yo tal dinero?

Don Marcos. ¿Chicos, vais á reñir delante de esta gracia de Dios?

ESCENA VII.

GARCIA, PILAR, DON MARCOS, FLORENCIO.

GARCIA. Buenas tardes, señores.

PILAR. García, ántes que usted emprenda su viaje, necesito conferenciar con usted.

GARCIA. Mi viaje se frustra; no me dejan marchar. — He hallado noticias de don Cárlos Figuérez.

DON MARCOS. ¡Calle!

PILAR. ¿Quién se las ha proporcionado á usted?

GARCIA. Don Luis Valdáriz, un caballero á quien Florencio conoce.

FLORENCIO. Un sujeto muy relacionado con los ministros, tio y tutor de una linda sobrina.

PILAR. ¿Es el consejero que á los cincuenta años aprendió ortografía?

GARCIA. Es una persona muy estimable... que ha residido muchos años en la isla de Cuba.

PILAR. En efecto, el señor Figuérez, el de Sevilla, murió en Puerto-Príncipe.

DON MARCOS. El de Gotarrendura tambien.

GARCIA. Estaba usted equivocada, Pilar. Don Cárlos Figuérez no era natural de Sevilla, sino de Gotarrendura, como dice el señor.

DON MARCOS. Entónces yo he tenido á ese hombre en Riaza, oculto en un granero.

GARCIA. Ya; por eso él...

FLORENCIO. ¿Pero cómo ha sido el hacer usted ese descubrimiento?

GARCIA. Cuando estaba preparándome al viaje, me envió á llamar á su casa don Luis; era para entregarme en propia mano mi nombramiento de inspector de Instruccion primaria.

PILAR. ¡Bien por el discípulo de ortografía! Muchas enhorabuenas.

FLORENCIO. Repito.

DON MARCOS. Idem.

GARCIA. Muchísimas gracias. Manifesté á don Luis que necesitaba salir de la corte para averiguar á quién habia dejado por heredero don Cárlos Figuérez... y enseñé la nota que llevaba conmigo. «Ya está usted de vuelta», me dijo don Luis. El habia conocido en Puerto-Príncipe á don Cárlos Figuérez, y conserva, con diferentes papeles suyos, su testamento.

PILAR, DON MARCOS, FLORENCIO. ¡Su testamento!

GARCIA. Don Luis entónces me hizo una relacion, cuyo resúmen es que don Cárlos murió, no muy rico, en la isla de

Cuba, dejando por heredero á un extraño que le habia prestado un asilo en Riaza.

DON MARCOS. Ese de Riaza soy yo.

GARCIA. Don Márcos Mauricio Pascuaflorida es el heredero de don Cárlos Figuérez.

DON MARCOS. ¡Santa María, madre de Dios!...

FLORENCIO. ¡Mi padre es el que hereda!...

PILAR. ¿Es de veras, García?

GARCIA. Lean ustedes el testamento. (Saca unos papeles. Pilar, don Márcos y Florencio toman y leen á una el testamento.) Muerto don Cárlos, un escribiente suyo malversó la herencia, y ocultó los papeles de su principal para no rendir cuentas al heredero. Vino á la Península, entró á servir á don Luis Valdáriz, se portó mal con él, y al huir de su casa, abandonó en ella esos documentos.

DON MARCOS. ¡No marra! ¡Yo soy!

PILAR, tomando la caja. Señor don Márcos, satisfaciendo el último deseo de mi padre y el mas vehemente de los mios, pongo en manos de usted esta caja. Esto es de usted. — Yo no creia casarme con el hijo de un millonario; como Florencio mejora en fortuna, le debo en conciencia devolver la palabra con que hoy ha querido favorecerme. (Vase. La llave queda puesta en el cajon del armario.)

DON MARCOS. ¡Ah, boca de ángel, corazon de cien querubines, encarnaos en hembra! En contando, hablaremos. — (A Florencio.) Reza tú en el ínter por el difunto.

(Cuenta los billetes.)

ESCENA VIII.

GARCIA, DON MARCOS, FLORENCIO.

GARCIA. Esto significa sin duda...

FLORENCIO. Que Pilar ha tenido en depósito un millon de reales pertenecientes á don Cárlos Figuérez que hoy corresponden á mi papá.

DON MARCOS. Veintiseis, veintisiete, veintiocho. — Servidor de usté. — Veintinueve, treinta, treinta y uno...

GARCIA, á don Márcos. Reciba usted mi parabien por la herencia. (A Florencio.) Se le he dado á usted por la novia, que vale mas.

DON MARCOS. Tiene usté razon, caballero. — Cincuenta y uno, cincuenta y dos, cincuenta y tres, cincuenta y cuatro. — Tiene usté razon. (Vase García.)

ESCENA IX.

DON MARCOS, FLORENCIO.

DON MARCOS. Cincuenta y cinco, cincuenta y seis, cincuenta y siete, cincuenta y ocho, cincuenta y nueve, sesenta. — Esa muchacha merece ser emperaora de cuantas mujeres bordan y cosen. Bien y rebien me paecía con el millon; toadía me páece mejor sin él.

FLORENCIO. Ya, porque ha venido á parar á manos de usted.

DON MARCOS. Mis manos ó las tuyas lo mismo da. Too se queda en casa.

FLORENCIO. Si da lo mismo, cédame usted esa cantidad por via de regalo de boda. Yo contaba con ella.

DON MARCOS. Ya la cogerás, y con buena crez,[1] cuando me echen la laude[2] encima. Entónces, con mas años, acertarás á manejarte mejor en el mundo. Un muchacho que aun no llega á los veinticinco, no necesita tanto dinero.

FLORENCIO. Quien no lo necesita es usted, acostumbrado á vivir en Riaza como un pegujalero infeliz. Yo tengo que vestir bien, ocupar un cuarto bonito, darme trato decente... ¡pero usted! Apuesto á que todavía no ha probado el champaña.

DON MARCOS. Nunca lo he bebido; pero en el parador de Lozoyuela lo he visto beber. — A la vida de rico, en un periquete se amaña el mas zonzorrion. — Doscientos cuarenta y seis, doscientos cuarenta y siete, cuarenta y ocho, cuarenta y nueve, cincuenta. Cabal. Doscientos cincuenta billetes de á cuatro mil componen justo un millon de reales. Vea usted! Si el canalla del escribiente no hubiera ocultao ese testamento, doce años há que estaria yo manejando esta suma, y nos hubiera ya proucío otro medio millon.

FLORENCIO. O si Pilar la hubiese invertido en acciones del Banco. De eso nos defraudan sus necios temores.

DON MARCOS. ¿Ya la acusas de necia? Pues esta mañana, por bien aguda me la vendiste. ¿Va y viene el cacúmen con los billetes azulaícos?

FLORENCIO. ¿Papá, de cuántos va usted á desprenderse en nuestro favor?

DON MARCOS. Pagaré el diezmo, aunque ya no se usa. Cinco mil duros regalo á tu novia.

FLORENCIO. ¿Nada mas?

[1] Aumento.

[2] Losa de sepultura.



Don Marcos. ¿Habrá ambicioson? ¿No es bastante para poner casa, abrir tu gufete y empezar á vivir?

Florencio. Cinco mil duros, los he de ganar yo en tres años; y en teniéndolos, una mujer con solo ese dote ya no es para mí una gran conveniencia. Al hijo de un millonario, lo que le conviene es la hija de quien posea, cuando ménos, el mismo caudal.

Don Marcos. Discurres con juicio; pero de que[1] media un amor tresañejo...

Florencio. Tres años de continuas quimeras. No puede usted figurarse lo esquiva que ha sido conmigo Pilar.

Don Marcos. A ser mas dulce que agraceña, ¿cuántas semanas hubieran durao tus amoríos?

Florencio. Tiene tambien mas edad que yo.

Don Marcos. ¿Tenia ménos que tú de que la conociste?

Florencio. Hasta los treinta años, apénas principia el hombre á vivir. ¡Buena vida me espera, si me hallo entónces con una cáfila de chiquillos, y su madre hecha una vision!

Don Marcos. Y ¿no te han pintao esas reflexiones hasta que Pilar te ha dicho que no tiene un cuarto?

Florencio. La juventud, la inexperiencia... el amor, que nos pone una venda en los ojos...

Don Marcos. Tú ya no la tienes; dentro desta caja se te ha caido. (La tapa.)

Florencio. Cuando á uno se le desgracia un plan, siempre se desazona y...

Don Marcos. Yo te conozco, y aquí nadie nos oye: declárame la verdá sin rodeos. Se me antoja que ya, desenmillonâ la pobre novia, el ansia de casorio se te afufó.

Florencio. La verdad es que, no interviniendo esa circunstancia, yo no habia pensado esclavizarme tan presto.

Don Marcos. Licenciadillo licencioso, ¿con qué fin me galanteaba usté á la bordaora?

Florencio. Primero por capricho, luego por amor propio, ella tiene relativamente su mérito; por otra parte, un soltero de regular posicion no parece bien sin su adjunta: es una de las exigencias del siglo.

Don Marcos. Es decir que si no le ocurre á ese cafrílago registrar el cajon del almario...

Florencio. Si no salgo yo á tiempo de verle; si él no se retira, proporcionándome ocasion de abrir esa caja, crea usted que, léjos de hablar hoy de matrimonio á Pilar, hubiera declarado á doña Gregoria que con esta fecha cesaba de ser huésped suyo. Bastante consecuencia ha sido la mia, sosteniendo por tres años esa especie de amor en líneas para-

[1] Cuando.

lelas, prolongadas hasta lo infinito, y siempre á la misma distancia.

Don Marcos. ¿Sabes, hijo, que con ese amor para lelas, y con tó lo demas que me dices, me vas entrando en ganas de coger un garrote y agramarte los huesos? Bravamente has adelantao en Madrid! Antaño, el que cerdeaba por la codicia ó por otro lao vicioso, tenia vergüenza de que se lo conociesen, cuanto mas de decirlo; pero hogaño, en igual de sentir cochura, páece que se hace gala de los apetitos desordenaos de toa clase. En fin, ya que hablas á tu padre con tanto desahogo, vamos á ver qué tal te gobiernas con esa infeliz. Esta tarde, ahora mesmo, íbamos á otorgar la declaracion de bienes; mañana teníamos de ir á la iglesia: ¿cómo eslapas[1] del atollaero en que te has metío?

Florencio. Muy fácilmente; los señores de antaño se apuran por nada. Yo diré á Pilar que nuestra delicadeza nos prohibe disponer de esa caja miéntras no aclaremos la cuestion de la herencia; que yo, como jurista, quiero estudiar á fondo el asunto y reconocer los documentos originales, para lo cual es indispensable que vaya á Sevilla. De este modo se gana tiempo; y una carta bien puesta concluye en definitiva el negocio. Está reducido á una dilacion, una ausencia y una despedida cortés.

ESCENA X.

PILAR, DON MARCOS, FLORENCIO.

Pilar. Tres viajes van hoy proyectados aquí, uno á Riaza y dos á Sevilla; detuvo el primero el señor don Márcos; don Luis, el segundo; y yo, que he tenido el gusto de oir á ustedes su amena plática, salgo á suspender el tercero. Sin dilacion, sin ausencia y sin carta, acepto cortésmente la des pedida.

Don Marcos, con sentimiento del que supone en Pilar. Hija, quien escucha...

Pilar. Su mal oye, dice el refran; esta vez ha salido falso: he oido mi bien; mi mal hubiera sido casarme con el que me llama (ademas de pobre) vieja y regañona. (A Florencio.) La falta ó sobra de mis años, que apénas pasan de veintiseis, no es culpa mia; lo de pobre, no debe afeármelo quien por mí se enriquece; y en cuanto á si riño, testigo es usted de la enmienda, y eso que la ocasion era para hablarle á usted fuertecito. Señor don Márcos, usted que parece no ser enemigo de los amores paralelos, enseñe á ese niño cómo ha de

[1] Escapas.

portarse con mujeres de honor, aunque sean bordadoras y mayores de edad, y aunque usen de cierta esquivez con los disolutos que tratan de envilecerlas. — Beso á ustedes la mano, señores.

Don Marcos. Que te enseñe me ha dicha. Para lelos... esta es la mejor enseñanza.

(Coge una silla para tirársela á Florencio, que huye á su cuarto.)

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

DON MARCOS, DOÑA GREGORIA.

Doña Gregoria. ¡Jesus! ¡Jesus! Villanía igual no se ve.

Don Marcos. Ha sido una trastá... una barbarie.

Doña Gregoria. Una iniquidad, una monstruosidad.

Don Marcos. Sin perdon de Dios ni de los hombres. No lo sabe usté bien.

Doña Gregoria. Si me hallo presente, me cuelgo de sus orejos como un alano: dispense usted la comparacion.

Don Marcos. Si no eslapa tan presto, del primer aguzonazo [1] le descuadrilo. [2]

Doña Gregoria. Como remanezca por esta sala, entre mi Sinforosa y yo le pelamos. Y cuenta, que la sorda no es manca. (Repara en la llave del cajon, que está puesta; cierra, la quita y se la guarda.)

Don Marcos. Tiene usté razon; aquí no debe asentar los piés. He cometido una imprudencia, mandando á llamarle.

Doña Gregoria. Si usted le ha llamado, es muy diferente. De usted no tenemos queja ninguna.

Don Marcos. He querido que me le busquen para saber si ha encontrao ya casa donde hospedarnos. Tarda tanto en venir!...

Doña Gregoria. Tambien Pilar se detiene bastante. ¿Si le habrá sucedido algo? No quisiera que se viesen aquí los dos.

Don Marcos. Ni yo tampoco. Mas ya supondrá usté que

[1] Hurgonazo.

[2] Le deshago un cuadril, le estropeo una cadera.

yo no me voy sin hablar á la chica, para cumplir con ella segun corresponde.

Doña Gregoria. ¿Piensa usted hacerle alguna expresion?

Don Marcos. Expresion y expresiones hay prevenidas para ella.

Doña Gregoria. Si pudiera usted asegurarle una suertecilla...

Don Marcos. Déla usté por segura y por buena.

Doña Gregoria. Señor don Márcos... indudablemente es usted un hombre de bien á carta cabal... y yo una tonta, una zopenca aforrada en malicia. Pues ¿no se me habia figurado usted un codicioso por el estilo de Florencio, aunque mas taimado? ¡Dios de piedad! El me lo perdone, y perdónemelo usted tambien; que yo me acusaré de ello.

Don Marcos. Señora, toos necesitamos indulgencia plenaria. Dicen que hay en Madrid un señor tan repagao de su mérito, que le reza padre-nuestros á su propio retrato; si tuviera yo el mio, no le rezara ni un Ave María. No estoy sastifecho de mi santidá.

Doña Gregoria. Lo cierto es que merecia usted otro hijo, que le diese mas honra.

Don Marcos. Majaderote como él no ha nacido en mi tierra. Hétele allí. En mentando á Juan Loma, luego asoma.

Doña Gregoria. ¡Huy! me voy por no verle; que se me exalta la bílis de un modo... ¡Huf! (Vase.)

ESCENA II.

FLORENCIO, DON MARCOS.

Florencio, presentándose temeroso. Me tiene usted á sus órdenes, papá.

Don Marcos, haciendo señal á su hijo de que se acerque. Pilar no está en casa, la sorda trastea por mi cuarto y el tuyo, la patrona se ha marchao á sus hazanas [1] acullá dentro... Bien podemos hablar aquí sin temor de que aguaiten. [2]

Florencio. Nada se perdió con que nos acechara Pilar. Salimos del compromiso ántes.

Don Marcos. Pero tú ¿conservas en el cuerpo el alma que trujiste á Madrid, ó se te ha escabullido entre las hojas de algun libraco? ¿No sientes la pena que has causao á Pilar?

Florencio. ¿Pues no he de sentirla, señor? Una cosa es mirar por el propio interes, y otra carecer de afecciones humanas. Compadezco el mal de cualquier prójimo ó próji-

[1] *Hazanas* ó *hazañas*, quehaceres.

[2] Acechen, atisben.

ma; pero mi bienestar exige de la mujer que haya de ser mia ciertas condiciones, con que supuse adornada á Pilar, y que ella no tiene. No es un pícaro el hombre que, yendo á comprar una joya, se entra por equivocacion en una tienda de loza comun.

DON MARCOS. Te doldrá la tal equivocacion, te doldrá. Entre barro humilde estaba la joya, Florencio; tú has reñido con el mercante, y él ahora guardará pa otro la alhaja.

FLORENCIO. ¿Qué quiere usted decir?

DON MARCOS. Casi nada, galan. Que el millon consabido no es nuestro.

FLORENCIO. ¿Pues de quién es?

DON MARCOS. Era del padre de Pilar; por consecuencia, podrá [1] ser de la hija.

FLORENCIO. ¡Con mil diantres! ¿Pero qué trasiego de herencia es este?

DON MARCOS. Es que la fortuna, que se regodea zangoloteando á los presumidos, va y les pone en la mano el bien, de que á ellos se les antoja tirarlo al suelo.

FLORENCIO. Al caso, papá.

DON MARCOS. Ahí-neso mi cuarto hay sobre una mesilla redonda una porcion de tildos...

FLORENCIO. ¿Tildos?

DON MARCOS. ¿Ya se te ha olvidado ese nombre? Belhezos, cacharros, vasijas...

FLORENCIO. El juego de café. Vamos, ya estoy.

DON MARCOS. Me puse á mirar aquellos cachivaches, asin, maquinariamente; destapé uno, y hallé dentro una carta dirigida á Pilar. A doña María del Pilar Villaurrutia, calle de la Estrella, núm. 23.

FLORENCIO. La carta que buscaba doña Gregoria.

DON MARCOS. «¿Oblea negra? ¡Malo!» dije yo. «Algun azar mas pa la chica, tras la barrabasá que mi hijo le ha hecho. Por sí ó por no, me enteraré de la epístola; y si es lo que barrunto, á la lumbre va.» ¡Ras! Abrí. — ¿Nos avizoran?

FLORENCIO. Creo que no. — Seguros estamos.

DON MARCOS. Toma. Recréate. (Dale una carta.)

FLORENCIO. Veamos quién escribe. (Lee.) «El hijo malo de la patrona de don Pablo García.» — ¿Qué perillan es este?

DON MARCOS. Un presidario que trabajaba en el canal de Isabel Segunda. — Lee, lee.

FLORENCIO, lee. «Hospital de Torrelaguna... 1853. Un

[1] Deberá. Con la misma significacion dijo D. Márcos en la escena 2.ª del acto segundo, *soldrá*.

delincuente condenado á cadena perpetua, un enfermo ya moribundo, se dirige á usted implorando misericordia. Sé que vive usted en la misma casa que don Pablo García; por él tendrá usted las noticias que necesitare de mí. Yo fuí secretario de don Cárlos Figuérez, quien por este apellido tenia con el virey de Nueva-España parentesco mas inmediato que ustedes por la línea Teran; pero ustedes eran deudos mas próximos que don Cárlos por la rama de los Villaurrutias: descubrimiento que hizo el propio don Cárlos, despues de adjudicada á ustedes la herencia. Es decir, señorita, que el legítimo heredero del Virey era su señor padre de usted, aunque no por el costado en que fundó su derecho, sino por el otro, cuyo entronque le era desconocido. Valiéndome de esta ignorancia para sacarle cantidad de dinero, escribí aquel anónimo que anticipó la muerte á su padre de usted; pues en efecto, averiguando él que era verdad lo que yo le decia, no descubrió la verdad que yo le ocultaba. Precisado á fugarme, no acabé de coger el fruto de mis inicuas maquinaciones. Perdónemelas usted en nombre de su virtuoso padre, y moriré con ménos remordimientos.» — Mas abajo, de letra distinta: «Ha fallecido ya.»

Don Marcos. ¿Qué tal? ¿Qué me dices?

Florencio. Por consideracion al carácter de hombre, no declaro que soy un cuadrúpedo. He perdido una novia con cincuenta mil duros de dote.

Don Marcos. Por tu codicia, por tu ligereza, por no hacer caso deste rudo labriego, que sin haber estudiao latin, sabe algo mas que tú de negocios en castellano.

Florencio. Verdad poco ménos que evangélica, papá. He procedido cual pudiera el mayor mentecato; pero me arrepiento sinceramente de mi locura, y voy á procurar enmendarla como es razon.

Don Marcos. ¿De qué manera?

Florencio. Con el favor de usted, que sabe mas que yo, agregando luego mis pobres esfuerzos. Pilar no habrá visto aun esa carta.

Don Marcos. ¿Cómo? Toadía no ha vuelto.

Florencio. Será forzoso restituirle el millon.

Don Marcos. Forzoso... mas que voluntario; pero ¿qué remedio hay?

Florencio. Antes de pasar á la devolucion, vea usted de proporcionarme una entrevista con mi enojada.

Don Marcos. Dificilillo ha de ser obtenerla; mas yo probaré.

Florencio. Yo intentaré luego pacificarla.

Don Marcos. Mal pleito emprendes, razones endebluchas alegarás.

Florencio. En la pura verdad fundaré mi defensa. Yo, para casarme, necesito una mujer con honradez y con dinero. Cada uno tiene su gusto, y este es el mio, que me parece nada ofensivo á la buena moral. Pilar, que es honrada, ya es rica. La señorita Pilar, que ántes no me convenia, ya me conviene.

Don Marcos. ¿Y su esquivez? ¿Y sus veintisiete del pico?

Florencio. A la rosa del pudor guarnecen espinas; esas son las esquiveces de una doncella. Los veintiseis (que aun no ha cumplido los veintisiete) se disimulan á la mujer de buenas dotes y dote mejor.

Don Marcos. Tú no puedes hacerla feliz; tú no la quedrás nunca de veras.

Florencio. ¡Oh! me juzga usted mal. Cuando yo me vea instalado en una habitacion cómoda, con lujoso mueblaje y servidumbre á la inglesa; cuando guie una berlina elegante tirada por fogosos caballos; cuando me siente á una mesa con servicio de plata y china, crea usted que no se quejará de mí la mujer á quien deba aquel fausto. Los positivistas son hombres de bien cuando les tiene cuenta.

Don Marcos. Falta que Pilar se convenza dello.

Florencio. Espero que usted cooperará á mi rehabilitacion.

Don Marcos. Sí; pero si no lo consigo, no extrañarás que trate de quedar bien con la señorita, aunque no quede muy bien con el señorito.

Florencio. ¿Quiere usted comentarme esas expresiones?

Don Marcos. No, no fio yo á traque barraque mis proyectos á un andulario,[1] que malada[2] torpemente los suyos. — Véte á mi cuarto, y no salgas dél.

Florencio. Como usted disponga, papá.

ESCENA III.

DON MARCOS.

Oí muchas veces á la Guindolera cantar, con aquella voz de calandria, esta copla:

Siente el hombre y sentirá,
Segun la suerte le incita,
Muy poco el bien que le da,
Muy mucho el bien que le quita.

[1] Perdulario.

[2] *Maladar* ó *malhadar*, echar á perder, estropear.

Purico, purico,[1] lo que me pasa con el millon. Yo predico á Florencio; mas aunque me sermonearan á mí, no estaria de sobra. Sí, señor, sí, señor; ántes se hace uno á poseer que á desposeerse; y entre un *toma* y un *tomo*, hay una diferencia de tomo y lomo. Si pudiese yo amugronar en terreno mio esa vid hermosísima de la herencia!... se entiende, sin que resultara perjuicio de tercero... — Allí asoma la estrella de la calle de ídem.

ESCENA IV.

PILAR, con mantilla, DON MARCOS.

PILAR. Felices tardes, señor don Márcos.

DON MARCOS. Téngalas usté muy buenas, Pilar. ¿Cómo se siente usté?

PILAR. Bien, gracias, muy bien.

DON MARCOS. La vi á usté salir tan arrebatá...

PILAR. Ya menguó la creciente.

DON MARCOS. ¿Podrá usté oirme dos palabras sin que torne á subir?

PILAR. Si no me habla usted de su hijo, sí, señor.

DON MARCOS. El se va mañana de aquí.

PILAR. Por muchos años.

DON MARCOS. Disponga Dios. Tal vez en una calle se estropiecen ustés...

PILAR. Cada uno seguirá su camino.

DON MARCOS. Florencio no; zanqueará tras usté.

PILAR. ¿Con qué objeto?

DON MARCOS. Con el de solicitar su perdon.

PILAR. Memorial perdido, señor don Márcos.

DON MARCOS. ¡Bah! Súplica de indulto no la niega un buen corazon.

PILAR. Bien... con tal de no ver al suplicante en su vida...

DON MARCOS. ¿Por qué no ha de verle usté mas?

PILAR. Porque entre él y yo todo ha cesado.

DON MARCOS. Si no pué ser...

PILAR. Si no puede ni debe ser otra cosa. Florencio no me ha querido nunca... ni yo á él; ahora lo conozco. Quiso mi honor, quiso mi dinero; á Pilar Villaurrutia, jamas.

DON MARCOS. Repare usté...

PILAR. Yo me le figuraba apasionado y fiel, imprudente sí, mas por efecto de su misma pasion; él no era nada de esto, es decir, que Florencio no es el hombre á quien yo queria.

[1] Igualito, idénticamente.

Don Marcos. Figuracion que dura tres años, mal se desbarata en dos horas. Muerta la llama de una hoguera, queda el rescoldo. Yo espero toadía que trilleis bien [1] los dos.

Pilar. Ni lo piense usted. ¿No ve usted que se lo digo con firmeza, con serenidad, sin lágrimas?

Don Marcos. Cargadillo se muestra el cielo pa que falte agua.

Pilar. ¿Tan pusilánime cree usted que soy? ¿Merece su hijo de usted que le lloren?

Don Marcos. Lo que él merece, ya le acontece.

Pilar. «Una dilacion, una ausencia y una despedida cortés!» — Cuando recuerdo estas palabras... No hablemos de Florencio, señor don Márcos; ya lo dije desde el principio.

Don Marcos. Norabuena. — ¿Qué se ha hecho usté dende que salió?

Pilar. Pasearme. Necesitaba respirar en anchura; me dirigí al Canal.

Don Marcos. ¿Donde se tiran los que pierden el juicio?

Pilar. No me hallaba en tal caso. Quien vive con pureza, no debe morir entre cieno. Ademas, iba con mi maestra.

Don Marcos. ¿Concurre allí gente?

Pilar. Poca; sin embargo, allí andaba un sujeto... Ellos no me vieron á mí.

Don Marcos. ¿Quiénes eran ellos?

Pilar. García, con una jóven y un hombre de edad.

Don Marcos. Serian don Luis Valdáriz y su pupila.

Pilar. Tal he creido.

Don Marcos. García visita mucho su casa.

Pilar. ¡Mucho, eh?

Don Marcos. Ayer estuvo de servilleta prendida con esos señores... Bien que ya no se prenden las servilletas.

Pilar. Ayer... En efecto, aquí no comió.

Don Marcos. Don Luis le ha sacao ese empleo, le ha estorbao que se marche á Sevilla...

Pilar. Justo. ¡Cuántas cosas que yo no apreciaba, que no sabia! Y usted, ¿de quién las sabe?

Don Marcos. De persona bien informá, segun que se ve.

Pilar. ¿No le han dicho á usted por qué frecuenta esa casa García?

Don Marcos. Por muy santo y muy buen motivo, Pilar.

Pilar, con amargura. Ya... Era de suponer. — ¿Hácia dónde se mudan ustedes?

Don Marcos. Aun no lo sé. No hará usté la pregunta porque trate de visitarnos.

[1] *Trillar bien con uno,* llevarse bien con él: úsase mas con negacion, *no trillar bien.*

PILAR. Es porque trato de mudarme lejísimos.

DON MARCOS. ¿Tambien huye usté de la pobre doña Gregoria?

PILAR. De ella no, de sus huéspedes.

DON MARCOS. ¿Entro yo en lista?

PILAR. No, no, por Dios. Perdone usted, que no estaba en mí.

DON MARCOS. Ya que nos apartamos, que sea como buenos amigos. Yo he recibido de usté un millon... el cual... es de usté.

PILAR. ¿Mio? Un millon de gracias por el millon. — Hágame usted el gusto de hablar de otra cosa.

DON MARCOS. Escuche usté, y admitirá lo que le pertenece.

PILAR. Basta, señor don Márcos. No me está bien pellizcarle su herencia al desinteresadísimo don Florencio.

DON MARCOS. ¡Su herencia! ¿Y si la huele y no la cata?

PILAR. ¡Buen chasco seria! Casi me alegrara, mire usted.

DON MARCOS. Alégrese usté, porque... chasqueado ya está; chasquearle mas... en usté consiste.

PILAR. ¿Cómo?

DON MARCOS. Cásese usté conmigo, Pilar.

PILAR. ¡Yo con usted!

DON MARCOS. Poquismo valgo pa tan garrida moza, es verdá; pero ¡qué demontre! Ya se casaba usté con Florencio, que, sin alabarle, vale mucho ménos que yo.

PILAR. No se compare usted con él...

DON MARCOS. No soy un Matusalen, que digamos; cuatro docenas de pascuas floridas aun prestan. Tengo un natural alegrote; riño pocas veces; con la Guindolera, que era el vivo retrato de usté, no reñí nunca. De mi tosquedá puedo perder mucha sin gran trabajo. Mire usté; allá en Riaza, trocando la *r* en *l* como los mas, decia yo *diveltilse* por *divertirse*, *folastelo* por *forastero*, *ganao de celda* en igual de *ganao de cerda*. Se rió una vez de mí la difunta aldabona, me piqué, me puse á *rrrrrererear*, y dále que dále, no paré hasta prenunciar como ella. Crea usté que se pué sacar partido de mí.

PILAR. No lo dudo, señor don Márcos, y agradezco á usted en el alma los favores que me dispensa. Con todo, casarse por vengarse suele ser casarse para arrepentirse.

DON MARCOS. Pues desacotemos venganzas. Armistía completa. Salgo corresponsable de que el zangarullon de Florencio está bien repiso: vuelva usté á ennoviar con él.

PILAR. ¡Con él! Todo ménos eso. Antes fuera esposa... ¿de quién diré yo?...

DON MARCOS. Del tio Maulicio. Pues, pa que la familia no pierda. Animo; resuélvase usté. Un sí entre dientes no cuesta mucho.

PILAR. Cuesta quizá la felicidad de la vida.

DON MARCOS. Con un marido que se desviva por usté, y con un millon de dote, no debe usté ser infeliz.

PILAR. ¡Dote!... Si busca usted amor, no ponga por delante el dinero.

DON MARCOS. No la ofendo á usté con esas palabras... pero... oiga yo una de... de... — cariño seria pedir gollerías... Amistad. Una promesa de amistad... con privilegio exclusivo.

PILAR. No puedo, no debo darla ahora.

DON MARCOS. Pero, hija, ¿tiene usté otro novio mejor que yo?

PILAR, llorando. ¿Qué he de tener?

DON MARCOS. Pues entónces... Vamos... Pero no se me alicaiga usté asin, criatura.

PILAR. Señor don Márcos...

DON MARCOS. Si acierta Florencio á salir, y la ve á usté zollipando [1] tan fuerte ..

PILAR. ¡Qué! ¿Ha vuelto? Creeria que lloraba por él... No, eso no... Se envaneceria... reiria... Ya se habrá reido. Es menester que me respete, que me tema, que delante de todo el mundo me bese esta mano, esta donde ha escupido. Sí, soy su madrastra.

DON MARCOS. Alabao sea Dios. ¡Me quita usté del garguero un ahoguío!... Me doy por el hombre mas dichoso del mundo.

PILAR. ¡Sí! Gran dicha cabe donde yo esté. Hágame usted el favor de dejarme sola.

DON MARCOS. Norabuena. — (Aparte, retirándose. Mio es el retrato de la Guindolera, y, de revertidura [2], el millon.)

ESCENA V.

DOÑA GREGORIA, DON MARCOS, PILAR.

DON MARCOS. ¡Ah! Doña Gregoria, hágame usté el favor de oir dos palabras.

DOÑA GREGORIA. Mande usted.

DON MARCOS, á Pilar. Dinquiá luego. [3]

(Vanse doña Gregoria y don Márcos al cuarto de este.)

[1] Sollozando.

[2] Añadidura.

[3] *Diquiá, disquiá, dinquiá,* de aqui á...

ESCENA VI.

PILAR.

Ya no me ve nadie, ya puedo llorar sin reparo. ¡Ay, Jesus! ¡Ay de mí! «Tienes un millon de dote, me decia tambien mi padre; debes prometerte un buen porvenir.» Si me profetizaba este, mas vale que no sea testigo de él. La primera vez que miré á un hombre con ideas de matrimonio, puse los ojos en uno que, para mí entónces, era ya viejo: no estaba de Dios que me casara con jóven. ¡Oh! y él no permita que al pobre don Márcos le suceda lo que al jinete aquel del caballo perla. Solia yo, huérfana ya, contemplar la cajita donde custodiaba esa fatal herencia, y decir: «Nunca se me ha ocurrido cambiar uno de esos billetes; Dios me premiará al cabo por ello.» Con dinero me premia... No apetecia yo billetes de banco. ¿Si será que no valgo ya nada, y por eso... (Se mira al espejo de la sala.) No, lo que es gimoteando, no estoy bonita. Resignémonos; la resignacion debe ser el ejercicio cotidiano de la mujer. García se casa con otra... Madrastra, madrastra; madrastra de Florencio para escarmentar al hijastro.

ESCENA VII.

GARCIA, PILAR.

GARCIA. Muy buenas tardes.

PILAR. Bien venido. — (Aparte. ¡A tiempo resucita el señor inspector de escuelas!)

GARCIA. Pilar, me parece usted... como triste. No quisiera incomodar á usted preguntándole...

PILAR. Pregunte usted cuanto se le antoje. Necesito algo que me distraiga.

GARCIA. Es tan poco amena mi conversacion...

PILAR. Sí, á veces...

GARCIA. Por eso huyo de molestar á usted. — Me retiro.

PILAR. Riñamos siquiera para entretenernos.

GARCIA. ¡Reñir con usted! No sé que usted me haya dado motivo.

PILAR. Pues usted me ha dado muchos á mí. Por ejemplo, esta mañana, con qué propósito abrió usted el cajon de ese armario? Yo lo pregunté, y usted hasta ahora no me ha respondido...

GARCIA. Pilar...

PILAR. Y es necesario que me responda.

GARCIA. Pilar, una vez que va usted á casarse con don Florencio...

PILAR. Tarde recibe usted el correo de vecindad. No, señor. No me voy á casar con él.

GARCIA. ¿Es posible? ¿Se han desavenido ustedes?

PILAR. Sí, señor.

GARCIA. ¿Y eso la tiene á usted agitada... inquieta?...

PILAR. Eso es lo de ménos. Contésteme usted.

GARCIA. Pilar, no se enoje usted conmigo mas que lo está; prométalo usted.

PILAR. Prometo. Hable usted.

GARCIA. Yo abrí el cajon para poner dentro una carta.

PILAR. ¿Para quién?

GARCIA. ¿Para quién habia de ser? Para usted.

PILAR. ¿Dónde está esa carta?

GARCIA. La rasgué delante de usted.

PILAR. Es verdad. Mal hecho, porque ahora tendrá usted que decirme verbalmente su contenido.

GARCIA. Se reducia á esta breve frase: «Pilar, yo adoro en usted.»

PILAR. ¡Hola! ¿Desde cuándo?

GARCIA. Desde que la vi.

PILAR. Cinco años há que nos conocemos, cinco palabras tiene esa expresion, á palabra por año sale: tiempo ha tenido usted para ir combinándola.

GARCIA. Antes de hoy no he podido escribirla.

PILAR. ¿Por qué?

GARCIA. Porque ántes de contraer nuevas obligaciones, necesitaba pagar una deuda.

PILAR. ¡Deudas, hombre tan arreglado! Explíqueme usted ese enigma.

GARCIA. Es una historia larga.

PILAR. Mis labores de hoy están hechas.

GARCIA. Obedeceré. Mi padre fué un pobre maestro de equitacion, que se empeñó en que su hijo enseñara niños en vez de potros; yo, no obstante, gustaba mucho de regir un caballo, y presumia de buen jinete, presuncion que por poco me cuesta cara. Tenia mi padre una jaca perla...

PILAR. ¿Perla?

GARCIA. Sí, muy linda. Salí en ella una vez al Prado, bajando la calle de Alcalá...

PILAR. ¿De Alcalá?

GARCIA. Y era dia señalado por cierto; el 15 de agosto, la Asuncion.

PILAR. ¡La Asuncion! ¿Qué año?

GARCIA. Mil ochocientos treinta y nueve.

PILAR. ¡Jesus! Pues entónces... (Reprimiéndose.) Pues entónces vivia yo en la calle de Alcalá. De una jaca perla me acuerdo... ¿Qué le sucedió á usted con la suya?

Garcia. Que me arrojó cerca de la ermita del Angel, y quedé en el suelo como difunto. Al otro dia los periódicos anunciaron mi muerte.

Pilar. Parece imposible. (Aparte. ¡Oh! sí, él es... ¡y nunca advertí!... ¡Qué extraña es mi suerte!)

Garcia. Disculpa tuvieron los periodistas, porque fuí llevado sin sentido á mi casa. Quien murió poco despues fué mi padre. Tal me habia parado la jaca perla, que tuve que tomar las aguas de Alhama. Dos hermanos, hijos de mi patrona, me salvaron allí la vida, robado ya por unos facinerosos. Por el un hermano, hijo excelente, serví en el ejército; el otro fué despues secretario de don Cárlos Figuérez y de don Luis.

Pilar. Ya que nombra usted á ese caballero, ¿qué relaciones median entre su sobrina y usted?

Garcia. Las de pura amistad. La señorita Valdáriz, esta misma tarde en paseo, ha confesado á su tutor, en presencia mia, que la obsequia un ingeniero ausente, el cual estará muy pronto en Madrid. Este ingeniero, ingeniero civil, es el hijo bueno de mi patrona.

Pilar. Ya... siendo así... (Aparte. ¡Las noticias del tal don Márcos!...)

Garcia. El otro hijo, sirviendo á don Luis, le distrajo veinte mil reales, pertenecientes á su pupila; yo me obligué á satisfacerlos, y por eso conozco á la familia Valdáriz. He necesitado seis años para extinguir la deuda; sin medios para establecerme durante este tiempo, he amado y he callado mi amor. Ayer entregué á don Luis lo último que debia el infiel dependiente, que paró por fin en presidio; me atreví hoy á escribir á usted, abrí ese cajon, vi un millon dentro... rasgué la carta.

Pilar. Pero esto que me dice usted hoy, ¿por qué no me lo ha dicho cinco años há?

Garcia. El bien que uno hace, no debe contarlo.

Pilar. A una amiga fiel, ¿por qué no?

Garcia. ¿A quién ha dicho usted que guardaba el millon?

Pilar. Yo á nadie perjudicaba callando; su silencio de usted... no merece perdon.

Garcia. ¿No me ha dicho usted que ya no se casa con Florencio?

Pilar. Sí; pero tengo prometida mi mano á su padre.

Garcia. ¡A su padre! ¿Cómo? ¿Por qué?

Pilar. ¿Por qué? Porque la ha pedido, porque ha sabido aprovecharse de mi exasperacion, de mi aburrimiento, de noticias erradas... porque no estaba usted aquí.

Garcia. ¿Luego para mí no hay esperanza?

Pilar. Espere usted en su valor y cordura, espere usted

en el tiempo y en el olvido; en mí no. Siendo mujer de bien, he sido muy poco afortunada hasta ahora; si falto á mi promesa, careciendo de causa, ¿no debo temer la ira y el castigo de Dios?

GARCIA. Es verdad, razon tiene usted. Mia ha sido la culpa, no debo quejarme de la pena.

PILAR. No es la pena para usted solo.

GARCIA. Pilar... mi querida Pilar... Si doy ocasion á que usted padezca... no me aborrezca usted.

PILAR. ¡Aborrecer! En veintiseis años no he aborrecido á nadie, ¿he de principiar por usted?

DOÑA GREGORIA, dentro. Bueno, bueno; lo haré.

PILAR. Vienen. Separémonos.

GARCIA. Pilar mia... Mia no. — Pilar... adios. (Vase.)

ESCENA VIII.

DOÑA GREGORIA, PILAR.

DOÑA GREGORIA, dentro aun. Será usted servido. — (Sale.) ¡Ah! Don Pablo se retira de aquí. ¿Sabe ya las novedades ocurridas en casa?

PILAR. Ya sabe cuanto hay que saber.

DOÑA GREGORIA. Habrá dicho... cuanto hay que decir.

PILAR. Sí; pero tarde.

DOÑA GREGORIA. Ya lo creo; al fin de cinco años... Oiga usted ántes que me distraiga. Usted, al sacar el millon, dejó ahí puesta la llave.

PILAR. No habia ya que guardar.

DOÑA GREGORIA. Yo la he cogido... y, sin licencia de usted, por si no la da... voy á abrir y cerrar el cajon. (Abre.)

PILAR. ¿Para qué?

DOÑA GREGORIA. Para volver esta caja á su sitio. (Muestra la caja, que traia oculta, y la echa en el cajon.)

PILAR. No, doña Gregoria, deténgase usted. Eso no es mio.

DOÑA GREGORIA. Don Márcos me asegura que sí. Yo no lo entiendo... (Cierra, y quita la llave.) Pero el hombre se obstina en que le haga recibir á usted el millon, á lo ménos para guardárselo.

PILAR. ¿No le ha manifestado á usted el motivo de...?

DOÑA GREGORIA. Nada, no ha querido explicarse.

PILAR, llamando. ¡Señor don Márcos!

DOÑA GREGORIA. Aunque yo he cumplido su empeño, no le aconsejaré á usted que reciba ni un real sin oir á García, que cuenta ya con un sueldo regularcito.

ESCENA IX.

DON MARCOS, PILAR, DOÑA GREGORIA.

DON MARCOS. ¿Qué tiene usté que mandarme, Pilar?

PILAR. Mandar... Sí, señor, dos cosas mando; luego, siempre obedeceré.

DON MARCOS. Veamos.

PILAR. Yo quisiera que recobrase usted esa caja... Quisiera tambien... salir de Madrid.

DON MARCOS. Lo segundo, corriente. En el pueblo se hará la boda.

DOÑA GREGORIA. ¿La boda? ¿Con que ya está arreglado todo?

DON MARCOS. Toíto. ¿Quiere usté ser madrina, doña Gregoria?

DOÑA GREGORIA. ¿Pues no he de querer? Supongo que es usted el padrino.

PILAR. Doña Gregoria...

DON MARCOS. ¿Quién se figura usté que es el novio?

DOÑA GREGORIA. ¡Buena pregunta! Bien que... (A Pilar.) ¿Ha hecho usted las paces con el señorito del *sí* y del *no*?

DON MARCOS. No se casa Pilar con Florencio.

DOÑA GREGORIA. Entónces, ¿con quién se ha de casar sino con García?

PILAR. ¡Por Dios!...

DON MARCOS, á doña Gregoria, aparte. (¡Demóncano!) García... ¿no pretende á la señorita Valdáriz?

DOÑA GREGORIA. ¿Quién le ha engañado á usted con esa patraña?

DON MARCOS. Señora, mi Florencio está muy creido...

DOÑA GREGORIA. ¡Sabrá bien don Florencio lo que hay en casa de don Luis, cuando no ha sospechado lo que pasa en la mia! En negocios de interes material verá como un lince; para lo demas, necesita lentes del número dos. Créame usted: García quiso á Pilar desde el punto y hora que la vió, y ella se le inclinaba muchísimo; él, por su pobreza, no le declaró sus intenciones; vino el otro, y... ¡Discurra usted! ¿Entre un mudo y un hablador, quién habia de ganar el pleito? Tras cinco años de un amor jamas desmentido, bien merecerá un sujeto como don Pablo que se le haga justicia.

DON MARCOS. ¿Cinco años de amor?

DOÑA GREGORIA. Bobos.

DON MARCOS. Pilar, oiga usté. (Se la lleva á un lado.)

DOÑA GREGORIA, aparte. ¡Qué misterio es este! ¿Si me habré distraido en algo?

DON MARCOS. Pilar... usté me dijo que no tenia otro pretendiente mejor que yo.

Pilar. Entónces... dije la verdad.

Don Marcos. Con que el señor García ¿ha venido á explicarse...

Pilar. Despues.

Don Marcos. Y usté, ¿qué le ha contestao?

Pilar. Lo que debia. Ofrecí á mi padre entregar al heredero de don Cárlos la manda del Virey; lo cumplí. He prometido á usted mi mano, de usted será.

Don Marcos. «Tal vez un sí cuesta la felicidá de la vida.» Su aquel tenia este dicho de usté. «Casarse por vengarse, tal vez es casarse pa arrepentirse.» Ya lo estoy viendo... y tengo de que arrepentirme tambien. ¡Ea, hija; voto á un chino de arroyo! ensanche usté ese corazoncejo; yo le restituigo á usté su palabra... como usté nos restituyó la de Florencio... con ménos razon. Yo ni aun sospechaba los amores de nuestro cardífago. Usté es capaz de alborotar el espritu á un anacoreta. Usté, á mas, heredó esa cara á la pobre mestiza de Turrubuelo, que me trujo sin sombra. Luego, páece que ese demontrijo de dinero lo mesmo encalabrina el meollo al mocete que al viejo, al de la corte que al de la aldea. Por fortuna, á este mal aun alcanza remedio. (Alto, de modo que doña Gregoria lo oye y se acerca.) Lea usté esa carta, que no debí yo tomar ni leer, y verá usté cuán justo era que la tal caja de mis pecaos tornase allí-neso á su propio nidal. (Da á Pilar la carta.)

Pilar. ¿Qué carta es esta? (La desdobla y lee.)

Doña Gregoria. Me parece la que yo recibí.

Don Marcos, á doña Gregoria. Sí, señora, la topé en mi cuarto, metida en un bote con tapiron.[1]

Doña Gregoria. En una pieza del juego de café. Ahora me acuerdo...

Pilar. ¡Padre desventurado mio!

ESCENA X.

GARCIA, con un papel, PILAR, DON MARCOS, DOÑA GREGORIA.

Garcia. ¿Pilar, ha recibido usted una carta de Torrelaguna?

Pilar. Mírela usted.

Garcia. ¿Sabe usted ya que es heredera legítima del virey de Méjico?

Doña Gregoria. ¡Qué oigo! ¿Es de usted el millon?

Pilar. Doña Gregoria... parece que sí.

Don Marcos. No hay cosa mas parecía á la verdá que ella mesma.

[1] Tapon, tapa.

GARCIA. El hermano del que ha escrito esa carta, el ingeniero, el hijo bueno de mi patrona, acaba de salir de casa. Al morir el culpable escribiente, le encargó que sacara de una escribanía de Madrid, y le presentase á usted, este testimonio, que prueba el derecho de los Villaurrutias con ventaja evidentísima al de los Figuérez.

DON MARCOS. Señor candílgrafo, ese derecho... y otros... quedan ya reconocíos por mí. Nuestra Señora de Hontanares me lo ha ispirao para librarme del abuchorno que me esperaba.

PILAR. Ya no tiene usted de qué avergonzarse, don Márcos. Es usted un hombre de bien.

DON MARCOS. De los que hocican á lo mejor. Voy á dar la enhorabuena al bendito de mi Florencio; tambien se queda esta vez sin madrastra.

DOÑA GREGORIA. ¡Sin madrastra! (Aparte. ¡Lo que descubro!)

DON MARCOS. Con Dios, hija mia. Escríbame usté dos palabras de paz y consuelo á Riaza.

PILAR. De agradecimiento serán. Mi imprudencia pudo condenarme á una vida de lágrimas. De ella me libra usted.

DON MARCOS. ¡Lágrimas! Por excusarle á usté una, diera yo cuanta sangre hay aquí. — Diquiá nunca, señores. (Vase.)

ESCENA XI.

PILAR, GARCIA, DOÑA GREGORIA.

DOÑA GREGORIA. ¡Con que era don Márcos el novio! Y yo que ignorante de lo que pasaba, le di cuenta de la inclinacion de don Pablo! ¡Buena manera de agradecerle sus guarnices y guarnigones!

GARCIA. Pilar, cuando creí á usted millonaria, rasgué mi declaracion por escrito; olvide usted ahora la que me oyó.

PILAR. Por olvidada; mi eleccion está fija.

DOÑA GREGORIA. ¿En quién?

PILAR. En persona de quien debe usted acordarse, doña Gregoria. En el hombre que me inspiró el primer pensamiento de amor.

DOÑA GREGORIA. Pues ¿no se estrelló en el paseo de Atocha? ¿Vive aun el jinete del caballo perla?

GARCIA. ¡Ah! ¡Soy yo! Me arrojo á esos piés.

DOÑA GREGORIA. ¿Era usted? ¡Ay! entónces, déjese usted de piés, y tome las manos.

GARCIA. ¡Pilar! ¡Pilar! ¡Suspirado bien de mi alma!

PILAR. ¡Oh! ¡si mi pobre padre viera este dia!...

DOÑA GREGORIA. Viéndolo está, gozando en nuestro júbilo.

PILAR. El nos envíe su santa bendicion desde el cielo.

VIDA POR HONRA,

DRAMA EN TRES ACTOS, EN PROSA.

OBRA ESTRENADA EN EL TEATRO DEL PRINCIPE A 9 DE OCTUBRE DE 1858.

10*

PERSONAS.

Don Juan de Tassis ó Tarsis, Conde de Villamediana.
Gabriel Tovar.
Paula Reina.
Jusepa Reina, niña.
Don Diego Francos de Garnica, Alcalde de Casa y Corte.
Pedreguera, Escribano.
Alonso Mateo.
Santoyo.
La Marquesa de Toral, Doña Guiomar, Ines, Petronila, Caballeros, un Ciego, un Rosariero, un Alojero, una Frutera, un Santero, Mancebos de Tienda, un Escudero, una Dueña, Alguaciles, Pueblo.

La accion pasa en Madrid, año de 1622.

ACTO PRIMERO.

Sala baja de una casita en la calle del Arenal. A la mano izquierda del espectador, puerta que da á la calle; á la derecha, otra puerta que comunica con las piezas interiores. En el fondo, un armario embebido en la pared. Una mesa con varios papeles y recado de escribir; sillas y otra mesa de escaparate. Un par de cuadros en las paredes.

ESCENA I.

GABRIEL, descubierto y en cuerpo; el Alcalde de Corte DON DIEGO FRANCOS DE GARNICA, el Escribano PEDREGUERA y varios ALGUACILES, todos saliendo por la izquierda.

ESCRIBANO. ¡No habeis tardado poco en abrir la puerta!

GABRIEL. Lo que habeis tardado en decir quién sois.

ESCRIBANO. La Justicia, en el modo de llamar se conoce.

GABRIEL. La conocerá quien la hubiere oido. Como es la primera vez que tengo la honra de veros por mi casa...

ALCALDE. Dad al Escribano las llaves de ella, porque van á registrarla toda en nombre de S. M. Don Filipe IV.

GABRIEL. Las puertas ó trastos con llave la tienen consigo. No hay cosa de interes que guardar aquí.

ALCALDE, á los Alguaciles. Haced ese reconocimiento con escrupuloso cuidado. (Registran dos Alguaciles el escaparate, no hallan lo que buscaban, y cierran. Otros abren el armario del fondo, en el cual aparecen una capa y un sombrero, cada cosa en su percha, y una espada debajo, sostenida horizontalmente en dos ganchos. Cierran el armario, y se entran todos los Alguaciles por la puerta de la derecha.) Sentaos, Pedreguera. (A Gabriel.) Formad la señal de la Cruz, mancebo. ¿Jurais por Dios N. S. decir la verdad en cuanto se os pregunte?

GABRIEL. Sí juro. (Siéntase el Escribano y escribe.)

ALCALDE. ¿Cómo os llamais?

GABRIEL. Gabriel Jimenez.

ALCALDE. Vuestra patria.

GABRIEL. Valladolid.

ALCALDE. El estado.

GABRIEL. Soltero.

ALCALDE. Nombres de vuestros padres.

GABRIEL. Segun mi partida de bautismo, que podrá vueseñoría ver en ese legajo (el que está sobre la mesa), soy hijo de Gabriela Jimenez y de padre desconocido.

ALCALDE. ¿Con qué motivo os hallais en Madrid?

GABRIEL. Con el de buscar acomodo en alguna casa principal.

ALCALDE. Y ¿de qué deseariais acomodaros?

GABRIEL. De secretario, de mayordomo, de picador... cualquier empleo de pluma... ó de espuela.

ESCRIBANO. ¡Picais con pluma, eh?

ALCALDE. Veamos cómo la manejais. Levantaos, Pedreguera: dejad el puesto al señor Gabriel, para que escriba lo que yo le dictare.

GABRIEL. Con mucho gusto, señor Juez. (Se sienta.) ¿Qué papel tomo?

ALCALDE. Con una cuartilla teneis de sobra. (Saca el Alcalde un papel y recórrelo.) Solo vais á escribir diez renglones.

ESCRIBANO. Y cortos.

ALCALDE. Una décima.

GABRIEL. Dicte vueseñoría.

ALCALDE. Aguardad que elija. (Mira el papel.) Mmmm...

(Lee como para sí.)

«Noble y no, clero y seglares
Ven con amargos pesares
A España de muerte enferma:
Herida del tonto Lerma,
Sabio la mata Olivares.»

ESCRIBANO. ¡Ahí va ese puñado de honra!

GABRIEL. ¿Es eso lo que debo escribir?

ALCALDE. No, esto otro. (Dictando.)

«Honestos, aunque gallardos...»

GABRIEL, escribe, y lee despues.

«Honestos, aunque gallardos...»

ALCALDE, dictando.

«Los Reyes de España, ya...»

GABRIEL, leyendo el escrito.

«Los Reyes de España, ya...»

ALCALDE, dictando.

«Desde Cárlos Quinto acá...»

GABRIEL, escribe, y luego dice.

«Desde Cárlos Quinto acá
No sacan pollos bastardos.»

ALCALDE. ¡Hola! ¿Sabeis de memoria esa horrible sátira?

GABRIEL. Como la sabe todo Madrid.

ALCALDE. Pues escribid la décima entera.

GABRIEL, repite. «Honestos, aunque gallardos
Los Reyes de España, ya

Desde Cárlos Quinto acá
No sacan pollos bastardos.»
(Díctase y escribe.)
«Faldellin de picos pardos
Al nuevo Rey alboroza;
Tendrá de Leonor Mendoza
Un real bastardo flamante:
Dé Dios el cielo al infante,
Y á Leonor... tunda y coroza.»

ALCALDE. Mostrad acá lo que habeis escrito.
(Da Gabriel la décima al Alcalde.)

ESCRIBANO. Comparemos, señor don Diego.

ALCALDE. Estas ees son muy cerradas de ojo.

ESCRIBANO. Las de aquí muy abiertas.

ALCALDE. Estas haches son de las ligeras, de figura de cinco.

ESCRIBANO. Las de aquí son de enlace, de ele con i.

ALCALDE. Las bees de mi papel...

ESCRIBANO. Tienen la barriga muy ancha.

ALCALDE. Lo contrario de estotras.

ESCRIBANO. Cierto. Vista la diferencia de letra de un papel y otro, no cabe dudar que son de la misma pluma y la propia mano.

GABRIEL. De la misma pluma pudieran ser, porque toda la vecindad se sirve de mi tintero; de la propia mano, ¡bah! eso no.

ALCALDE. La verdad es que estas formas de letra no se parecen cosa; pero tal cuestion corresponde á peritos. ¿Cómo habeis adquirido vos conocimiento de este papel?

GABRIEL. Vueseñoría no puede ignorar que, hace una porcion de noches, se encuentran copias de él á docenas encima de los guardacantones de las esquinas.

ALCALDE. Y ¿quién es el autor de estas coplas?

GABRIEL. Señor Alcalde, el autor... no soy yo.

ALCALDE. Pero vos debeis conocerle.

GABRIEL. No creo haber dado lugar á esa suposicion.

ALCALDE. Cabalmente por haberle dado, vengo á vuestra casa, Gabriel. ¿Dónde os hallabais anoche á las nueve y media?

GABRIEL. En la taberna de Melchor, cerca de Palacio, calle del Tesoro del Rey.

ALCALDE. Y ¿de qué se habló allí mas principalmente?

GABRIEL. De la sátira contra los ministros.

ALCALDE. Parece que todos allí se la atribuyeron...

GABRIEL. A ese señor, cuya casa da espaldas á esta, con la calle del Arenal en medio: al señor Conde de Villamediana Don Juan de Társis, Correo mayor de S. M.

ALCALDE. Vos solo sostuvisteis, y con mucho empeño, que el señor Conde de Villamediana no debia ser el autor de la sátira.

GABRIEL. Han informado exactamente á vueseñoría.

ALCALDE. Habiendo sostenido vos que estos versos no eran obra del señor Conde de Villamediana, debemos suponer que os consta son de otro.

GABRIEL. Si vueseñoría quiere saber por qué hablé yo así, dígnese concederme unos breves instantes de audiencia privada.

ESCRIBANO. ¡Cómo! ¡Sin mí! ¿Sin que se pongan por escrito vuestras declaraciones?

GABRIEL. Lo que voy á decir al señor Alcalde no debe escribirse.

ALCALDE. Retiraos, Pedreguera. (Vase el Escribano.)

ESCENA II.

El ALCALDE, GABRIEL.

ALCALDE. Hablad.

GABRIEL. Señor Alcalde, aunque viene vueseñoría con oficio de juez, yo le voy á hablar como á caballero. Yo soy hijo natural de Jorge Tovar.

ALCALDE. ¿De Don Jorge el Ministro?

GABRIEL. Jorge Tovar, Secretario del Real Patronato, Ministro desde el tiempo del Duque de Lerma, es el desconocido á quien se refiere mi fe de bautismo. Jorge Tovar conoció á mi madre cuando era soltero; quiso casar con ella á tiempo aun para reparar la falta cometida por ambos; y su familia se lo impedió: mi madre es hija de un tendero, y mi padre noble. Mi madre se entró monja en Valladolid; mi padre se casó, precisado por el suyo; me crió mi abuelo; privó mi padre con el Duque de Lerma, y llegó á ocupar ese puesto eminente. — Si conoce vueseñoría á la esposa de mi padre, sabrá que es una excelente mujer.

ALCALDE. Una santa, es cierto. Proseguid.

GABRIEL. Jorge, ántes de casarse, declaró á esa virtuosa dama que era padre de un hijo. «¡Cómo ha de ser! contestó ella: reconocedle. — Mi familia se opone. — Pues aguardemos á que se pueda, sin que nadie se oponga.» Aguardaron; fueron muriendo los enemigos de mi madre; llegó el dia en que mi padre envió á Valladolid por mí; pero ¿cuándo llegó? Cuando toda España habia levantado el grito contra el Duque de Lerma y contra sus hechuras; cuando corrian de mano en mano por ciudades y villas, entre toda clase de gentes, aquellas alevosas décimas, aquellos venenosos libelos, atribuidos

al Conde de Villamediana, en que al Duque de Lerma y á Don Rodrigo Calderon se les trataba de ladrones, al Duque de Osuna se le llamaba traidor y partidario del Turco, al Presidente de Castilla borracho, al Patriarca patricofre, y al Confesor del Rey fraile sin crianza ni entendimiento... Vueseñoría sabe mejor que yo...

ALCALDE. Adelante, Gabriel.

GABRIEL. Tambien se mentaba á mi padre en aquellas décimas. El vil autor de la infame sátira no quiso confundirle con los demas á quienes heria; buscó el lado mas sensible para lanzar á Jorge el mortífero dardo de la calumnia: le acusó de judío.

ALCALDE. ¡Así fué!

GABRIEL. Cuando mi abuelo me anunció que mi padre estaba resuelto á reconocerme, yo rehusé dejarme reconocer. Un judío en España es un reo con pena de muerte en fuego y con oprobio para toda su descendencia: mas vale carecer de padre que tenerle infamado.

ALCALDE. Pero vos habeis dicho ya que era una calumnia.

GABRIEL. Pero, en primer lugar, yo no lo sabia entónces, y en segundo, la calumnia tiene la dicha de que, mas ó ménos, todos la creen; y en siendo gorda, por mucho que la opinion rebaje, siempre queda para perder á un hombre de bien. Con que yo le dije á mi abuelo: «Enviadme á vivir algun tiempo en Madrid hasta que averigüe si es cierto ó no lo que se canta de mi padre: como él nunca me ha visto, podré poner el hecho en claro mas fácilmente. Si resulta cierta la inculpacion, guarde su apellido el Sr. Tovar para su hija y sus hijos legítimos; el ilegítimo lo renuncia: si la acusacion es mentira, yo sabré quién es el calumniador, y le haré desdecirse.» — Con este objeto ando por Madrid entremetiéndome en todas las casas de conversacion; y anoche, como otras, estuve en la taberna de Mechor, calle del Tesoro.

ALCALDE. Falta ahora que me expliqueis...

GABRIEL. Allí todos afirmaban unánimes que la sátira nueva contra el Conde de Olivares y su gobierno era del Conde de Villamediana. «Lo dudo (replicaba yo), porque años há, todo el mundo decia que las sátiras contra el Duque de Lerma eran tambien de Villamediana; y hasta hoy nadie sabe quién las compuso.» Yo esperaba que saliese alguno diciendo: «Sí; el Conde de Villamediana ha compuesto todos esos papeles, y yo lo sé por este ó por el otro conducto.» Pero nada: cada cual queria que se le creyera bajo su palabra sin dar prueba admisible: y esta es la hora en que solo sé que mi padre es un ministro recto y desinteresado y un fiel católico; que le difamó pérfidamente un coplero impostor;

y que no puedo dar con él. Vea vueseñoría el motivo de lo que dije anoche en defensa, mas aparente que real, del Sr. Conde de Villamediana.

ALCALDE. De modo que vos aun no os habeis presentado á Jorge Tovar.

GABRIEL. Ni me pondré delante de él hasta que deshaga la calumnia que ha manchado su nombre.

ALCALDE. No alcanzo el por qué.

GABRIEL. Señor Alcalde, entre los medios que use yo para descubrir á ese hombre, ¿no los pudiera haber que no mereciesen la aprobacion de mi señor padre?

ALCALDE. Sí, y la mia ménos; con que ved lo que haceis.

GABRIEL. En todo caso, espero que vueseñoría no dirá á mi padre, ni á otra persona, palabra de cuanto le he confiado.

ALCALDE. Yo os lo prometo con una condicion.

GABRIEL. ¿Cuál?

ALCALDE. Mirad, Gabriel. Ya inferiréis de mi porte con vos que yo, por mí, no vengo armado de excesivo rigor. La sátira contra el Conde de Olivares tiene muy ofendido á S. M. y muy deseoso de descubrir y castigar al autor maldiciente. El Conde de Olivares está persuadido de que el autor es el Conde de Villamediana; y aunque hoy son enemigos entrambos Condes, el de Olivares cuida de que el Rey no llegue á conocer al ingenio mordaz, porque ahora el castigo seria espantoso. Quiere dirigir un aviso oportuno al de Villamediana, y por mi conducto vais á dársele vos.

GABRIEL. ¿Yo, señor Alcalde?

ALCALDE. Hay quien dice que las copias de la sátira nueva... todas están escritas por vos.

GABRIEL. ¿No ha vista vueseñoría mi letra?

ALCALDE. La que haceis con la mano derecha sí; la de la izquierda, todavía no la conozco: parece que sois pendolista ambidextro.

GABRIEL. Pero ¿cree verosímil vueseñoría que sirva al Conde quien, como yo, debe ser su enemigo?

ALCALDE. Servir á un enemigo para espiarle y sorprenderle no es cosa fuera de lo hacedero. Gabriel Tovar, decid al Conde de Villamediana que su vida corre peligro, si no se reconcilia con Olivares; que el Conde perdonaria esa sátira si la hubiese escrito un hombre sin nota; pero á D. Juan de Társis, Conde de Villamediana segundo, no es lícito vituperar la conducta de nadie.

ESCENA III.

JUSEPA, El ALCALDE, GABRIEL.

JUSEPA, dentro. Deje el paso libre, mostrenco.

UN ALGUACIL, dentro. Vaya á la calla la mocosa.

OTRO ID., íd. Déjala tú: entrar pueden todos, salir ninguno.

JUSEPA, dentro. ¿Lo ve usarcé, seor fantasmon? — (Sale.) Alabada sea la Vírgen del Cármen, señores. Beso las manos á usiría, señor don Diego. — (A Gabriel.) Me alegro mucho de veros vivo, señor Gabriel.

GABRIEL. Jusepita, muy bien venida seas.

JUSEPA. ¿Qué habeis hecho, que anda la Justicia á vueltas con vos?

ALCALDE. Por ahora no le amenaza grave daño. Pero ¿á qué vienes tú aquí, niña?

JUSEPA. El señor Gabriel no ha pasado por nuestra calle ni ayer ni anteayer: con que vengo á saber de su persona, de parte de mi hermana.

ALCALDE. Y ¿quién es tu hermana?

JUSEPA. ¡Pues qué! ¿no se acuerda de mí usiría? Pues algunas veces he estado en su casa. A mi hermana y á mí nos conoce todito Madrid. Soy Jusepita Reina, hermana de Paulita Reina, la dibujante de bordados de la calle del Cármen, covachuela del centro.

GABRIEL. La que llaman la Francesilla.

JUSEPA. Sin ser gabacha.

ALCALDE. Por haber estado algun tiempo en Bayona: ya sé.

JUSEPA. El dibujo de esas vueltas es de mi hermana. (Las del Alcalde.)

ALCALDE. ¿Concurre con frecuencia á tu casa el señor?

JUSEPA. A casa de la Francesilla concurren solitos el aguador y el carbonero. Mi hermana no habla con hombre nacido sino en la covachuela, á puerta de calle, donde todo el mundo vea y oiga lo que se hace y se dice. Mas de cuatro ricotas quisieran la reputacion de la Francesilla.

ALCALDE. En efecto: Paula Reina es una doncella honradísima. ¿Qué habla con ella el señor Gabriel?

JUSEPA. Le dice que es guapa: eso se lo dicen muchos.

ALCALDE. ¿Y qué mas añade?

JUSEPA. Que se quiere casar con ella: eso ya no se lo dicen tantos.

ALCALDE. Y ella ¿qué responde?

JUSEPA. Calla y dibuja, y suele echar el dibujo á perder.

ALCALDE, á Gabriel. Casi se os debia prohibir el pasar por la calle del Cármen. A la Francesilla le haceis perjuicio.

JUSEPA. Paula no se queja, señor.

GABRIEL, á Jusepa. Díle que en estos dos últimos dias no he tenido un momento libre; que, si me lo permite el señor Alcalde, iré luego á verla.

ALCALDE, llamando. ¡Pedreguera!

ESCENA IV.

ESCRIBANO. ALGUACILES, Dichos.

ESCRIBANO. Señor...

ALCALDE. ¿Habeis hallado algun papel de los que buscábamos?

ESCRIBANO. Ni rastro, señor.

ALCALDE. Firmad lo que habeis declarado, y nos retiraremos, Gabriel. No me descuideis el encargo que os dejo.

GABRIEL. Espero que vueseñoría no echará en olvido mi súplica.

ALCALDE. Os complaceré por ahora. Dadme vuestra fe de bautismo, y cualquiera otro papel que compruebe vuestras declaraciones.

GABRIEL. Tome vueseñoría. (Le da el legajo que estaba sobre la mesa.)

ALCALDE. Podeis hablar desahogadamente con el señor Gabriel, Jusepita.

JUSEPA. ¿Yo con un hombre á solas? Y ¡que me azotara luego mi hermana! Si no hubiese visto gente á la puerta, por la reja de la calle le hubiera hablado. — Señor Alcalde, guarde Dios á usiría: beso las manos á mi señora la Alcaldesa y á la señora hija y á la señora cuñada y á Mari-Sarmiento, la cocinera. — ¡Perdido, á Dios! (Vase.)

ALCALDE. A Dios quedad, Gabriel.

GABRIEL. Rendido criado de vueseñoría.

(Vanse el Alcalde, el Escribano y los Alguaciles, y Gabriel despidiéndolos.)

ESCENA V.

(Suenan dentro del armario unos golpecitos; vuelve Gabriel, y abre las puertas del armario; ábrese hácia adentro el fondo del mismo, y sale por allí el Conde de Villamediana.)

El CONDE, GABRIEL.

GABRIEL. Señor Conde, venís á tiempo.

CONDE. Desde las ventanas de mi casa que dan á la calle del Arenal, se ha visto rondar por aquí á ese alcalde farandulero; y he venido á verte por el pasadizo subterráneo.

GABRIEL. Señor Conde, mal va nuestro asunto.

CONDE. ¿Qué te ha dicho el seor Diego Francos de Garnica?

GABRIEL. Que correis peligro de muerte, si no haceis las paces con el Privado.

CONDE. El Privado, aunque nació en Roma en la casa que fué de Neron, y hace honor al lugar de su nacimiento, no se atreve á matar á un Conde por unas coplas.

GABRIEL. Parece que la tempestad viene mas alta. El Rey está furioso contra el autor de las décimas, incógnito para él todavía; pero como el Conde de Olivares lo sabe todo...

CONDE. ¿Crees tú que lo sepa?

GABRIEL. Lo creo firmemente, porque vos habeis dicho á D. Luis de Haro, muy en secreto, que sois el autor de la sátira; D. Luis de Haro, mas en secreto aun, se lo ha confiado al Marques de Alenquer; este señor, con el mayor secreto posible, se lo ha contado á don Pedro Dávila, que está para casarse con la camarista Doña María Tercero, de la cual, secretísimamente informada por su galan, lo ha sabido el Conde.

CONDE. Gabriel, tú escribes con dos manos, y solo hablas con una lengua; pero tal vez se te habrá deslizado...

GABRIEL. Mi lengua hasta ahora no ha cometido ningun desliz. Yo me presenté en vuestra casa pidiéndoos ocupacion en ella, y me preguntasteis qué sabia hacer. Os dió golpe el oirme que tenia dos letras, diferentísimas entre sí, una que hacia con la mano derecha, y otra con la izquierda, que nadie conocia, porque la reservaba para lances extraordinarios. Me propusisteis de allí á unos dias copiar y esparcir un papel satírico insignificante; os serví á satisfaccion y me concedisteis vuestra confianza. Me señalasteis para habitacion esta casita que desde el tiempo de Felipe II. comunica con la vuestra, porque aquí era donde el Correo mayor vuestro padre despachaba á los emisarios secretos; y aquí he recibido vuestras órdenes sin que nadie nos viera. Ni una palabra ni un gesto mio os han hecho traicion: vos habeis sido quien, oyendo á vuestro amigo D. Luis de Haro alabar vuestras coplas, no pudisteis conteneros y le dijisteis no solo que vos las habiais compuesto, sino que os las trasladaba yo con la mano zurda. Vos habeis andado mas zurdo que yo.

CONDE. No te apures por eso, que hasta ahora yo solo peligro.

GABRIEL. Pero vos haréis paces con el Privado, porque no podeis ménos; el Conde de Olivares aplacará al Rey de modo que vos quedeis libre de su ira; y como en estos lances hay siempre una víctima, lo seré indudablemente yo, si es que me descuido.

Conde. No te falta razon, y quizá te sobra, porque yo no pienso en una reconciliacion sincera ni firme. Amigo de Olivares en tiempo de Felipe III, trabajé con él para derribar al Duque de Lerma y á su hijo que le sucedió en el ministerio; pero fué con el presupuesto de que Olivares gobernaria mejor que Lerma y Uceda: veo que España no ha ganado nada en el trueque, y digo de Olivares lo que dije de su antecesor.

Gabriel. De su antecesor y sus paniaguados contabais horrores; el nuevo Rey dió con ellos al traste: uno degollado, otros presos, perseguidos todos, no ha quedado títere con cabeza. Deciais que robaban; las arcas reales van hichiéndose de confiscaciones hechas á esa gente. Se han llamado Cortes, se ha vencido en una batalla naval á los Holandeses, se ha refrenado el lujo; el Rey, en vez de vivir como su padre, encerrado en su alcázar sin saber lo que sucedia en la Corte, asiste á los Consejos en tribuna secreta, sale, ve y se deja ver, y se informa de todo. En Palacio no ha quedado una persona malquista del público; hasta los franceses y francesas que servian á la Reina regresaron á su país; y se ha nombrado Confesor de S. M. Madama Isabel al ejemplarísimo religioso trinitario Fr. Simon de Rojas. Todo esto en un año que va desde la muerte de Felipe III...

Conde. Yo no censuro lo bueno que se hace, sino lo malo: entre tantos aduladores que tiene el poder, aguante un fiscal. ¡Buenos frutos va dando la reforma del lujo! Saquearon los alguaciles unas cuantas tiendas de la calle Mayor donde se vendian galas prohibidas, y celebraron auto de fe de prendas bordadas: ¿qué hemos adelantado con eso? Que no pudiendo los mercaderes vender bueno y caro, han subido hasta la bayeta y la estopa. Y en cuanto á la ventaja de que el Rey salga por esas calles de dia y de noche, Leonor Mendoza puede informar.

Gabriel. ¡Ay, señor Conde! ¡lo que he sabido!

Conde. ¿Qué es ello?

Gabriel. Que la tal Leonor aun no habia dejado verse del Rey cuando escribisteis contra ella.

Conde. ¿Cómo?

Gabriel. Entónces era una muchacha de bien: vuestra décima le quitó el crédito, y el diablo sin duda hubo de decirle al oido: «Ya perdiste la honra, no pierdas el provecho.»

Conde. Pues ya ves: todo ha sido adelantar la noticia... un correo ganando horas. El Rey debe estarme agradecido en vez de quejoso.

Gabriel. Pero ¡si deseabais una coroza á esa pobre mujer, cuando merecia la palma de Lucrecia!

Conde. Hombre... ese es un dicho...

GABRIEL. Que ha producido un hecho.
(Llaman á la puerta del zaguan.)
CONDE. Han llamado: me entraré ahí.
(Vase el Conde por el armario.)
GABRIEL. ¿Quién?

ESCENA VI.

El ESCRIBANO, GABRIEL. El CONDE, detras del armario. Despues, ALONSO MATEO.

ESCRIBANO, dentro. Gente de Justicia.

GABRIEL. Ya van. (Va á abrir.)

CONDE, entreabriendo la puerta que forma el fondo del armario.) Me quedaré aquí para oir lo que sea. (Vuelve Gabriel con el Escribano y Alonso Mateo.)

GABRIEL. ¿Qué novedad ocurre, señores?

ESCRIBANO. Novedad importante y urgente, señor Gabriel. Ahí en la calle de la Zarza, á dos pasos de aquí, ha recibido el señor Alcalde un pliego del señor Conde de Olivares, en que se dispone de vos.

GABRIEL. Y ¿de qué manera?

ESCRIBANO. Benignísimamente. Se os manda salir de Madrid en el término de dos horas, acompañado del señor Alonso Mateo.

MATEO. Servidor vuestro.

GABRIEL. ¿Servidor ó amo?

MATEO. Llevo el encargo de cuidaros mas que á mi persona, y os tengo elegida una mula excelente. No penseis mas que en vuestra maleta.

ESCRIBANO. Os presentaréis al Virey de Valencia de aquí á seis dias, y él os embarcará para Formentera...

MATEO. Una isla pequeña...

GABRIEL. Sí, de las Baleares.

ESCRIBANO. No, de las Pitiusas.

MATEO. Poca tierra entre mucho mar... una vista soberbia.

ESCRIBANO. Podréis haceros cuenta que estais en un barco que no naufraga.

MATEO. Ni produce mareo.

GABRIEL. Y ¿por cuánto tiempo se me confina?

ESCRIBANO. Dependerá eso de lo que dure en el favor del Rey Leonorcita Mendoza.

GABRIEL. Con que mi destierro ¿viene de ahí?

MATEO. Es el estreno de su influencia.

GABRIEL. ¡Soy el primero á quien coloca! Debo darle las gracias.

MATEO. Linda es como pocas, vengativa como ninguna: sírvale al señor Gabriel de gobierno.

ESCRIBANO. Dice el señor Alcalde que si necesitais dinero, me lo digais.

GABRIEL. Decid de mi parte á su señoría que solo necesito de su silencio.

ESCRIBANO. ¿De su silencio?

GABRIEL. Pues.

ESCRIBANO. Ya. Feliz viaje, señor Gabriel.

GABRIEL. Señor Pedreguera, salud y pleitos.

ESCRIBANO. Un aviso para la travesía. Si quereis no marearos, oled azafran de la provincia de Cuenca.

MATEO. Sí, oliéndolo en Cuenca no se marea nadie.

ESCRIBANO. Hasta que Dios quiera, señor Gabriel.

MATEO. Dentro de un rato me tendréis á la puerta con las caballerías. (Vanse el Escribano y Mateo.)

ESCENA VII.

El CONDE, GABRIEL.

CONDE. No sé si he oido bien. ¿Es Alonso Mateo el que ha de ir contigo?

GABRIEL. Así le ha nombrado el Escribano.

CONDE. Mira que no es un alguacil; es un ballestero del Rey, es un asesino.

GABRIEL. ¡Hola!

CONDE. Estuvo condenado á horca, y el Rey le indultó... yo sé por qué. Díme: ¿quieres que te oculte en mi casa? ¿que te envíe disfrazado á otra parte?

GABRIEL. Quiero ir á la Formentera... y permitidme una observacion. Si no hubieseis calumniado á Leonor Mendoza, no seria dama del Rey, y no seria yo desterrado por ella: ya veis que el decir mal de una persona puede incitarle á que lo haga, y que el mal que hiciere, puede recaer en el que la calumnió.

CONDE. En cambio de tu observacion permíteme otra mas oportuna. Tu partida urge, y no hemos ajustado cuentas aun: ventilemos este negocio. Tú aun no has querido recibir ni una blanca de mí; pero me parece que ahora...

GABRIEL. Sí; ahora tengo que pediros...

CONDE. Mil ducados voy á traerte por lo pronto: desde Valencia me avisarás de lo que necesites.

GABRIEL. No es dinero lo que necesito de vos, señor Conde, sino cosa que vale mas.

CONDE. ¿Qué hay que valga mas que el dinero?

GABRIEL. Entre caballeros la honra.

CONDE. En verso así se dice; en prosa, poco practicado se ve.

GABRIEL. A propósito de verso y de prosa: lo que yo tengo que pediros es, en prosa, una declaracion; y en verso, una sustitucion.

CONDE. ¿Sobre qué y de qué?

GABRIEL. Aquellas décimas tan famosas contra el Duque de Lerma, que tanto contribuyeron á su caida, ¿son vuestras?

CONDE. ¡Cuántas veces y de cuántas maneras me lo habrás preguntado! Sal por fin de penas, hombre. Sí: mias son.

GABRIEL. Ya tengo la declaracion deseada: vamos á lo otro.

CONDE. ¿Qué es?

GABRIEL. Que me habeis de hacer el inestimable favor de alterar en las décimas susodichas lo que se dice de una persona.

CONDE. ¿Qué persona?

GABRIEL. Jorge Tovar.

CONDE. Y ¿en qué sentido se ha de hacer la variante?

GABRIEL. En sentido favorable á Jorge.

CONDE. ¿Cómo? ¿una retractacion?

GABRIEL. Una correccion de estilo: cambiar lo injurioso en... en reverente.

CONDE. Y ¿por qué he de hacer yo ese cambio?

GABRIEL. En obsequio de la verdad.

CONDE. Verdad ó mentira, esas coplas no han traido perjuicio ninguno á Jorge. Apénas tuvo noticia de ellas, apénas comprendió que podia perder su secretaría del Patronato, acudió á las Descalzas Reales á informar á su hija la monja; la monjita acudió á la Infanta, monja tambien, Doña Margarita; Su Alteza Descalza puso dos letras al Rey su sobrino, y Jorge permaneció inmoble en su puesto cuando Uceda y los suyos rodaron.

GABRIEL. Permaneció en su puesto porque le fué muy fácil justificarse de la primera acusacion que se le dirigia: presentó sus cuentas, y se vió que no era hombre que usurpaba lo ajeno.

CONDE. Llamar á uno ladron es un dicho...

GABRIEL. Que hace maniobrar al verdugo, que produce ahorcados.

CONDE. De la clase de ministros no: á lo sumo se les degüella, como á Don Rodrigo Calderon. ¡Y eso ocurre tan de tarde en tarde!.... ¿Cuándo volverá á ver Madrid otro degollado Marques?...

GABRIEL. Pero vos acusasteis tambien á Tovar de judío.

CONDE. ¡Causa bien singular de desconsuelo!
Judío fué David, y está en el cielo.

Gabriel. ¡Ah! ¡vos no sabeis qué de lágrimas de amargura han corrido en casa de Jorge! Si hubierais visto á aquel venerable viejo ahogado de pena, abrazado con su virtuosa consorte, decirle sin poder casi articular las palabras: «Yo no he dudado jamas de mi fe; pero me parece imposible que me hayan dirigido tan horrorosa acusacion sin motivo alguno: ¿habrá habido entre mis ascendientes algun infeliz que haya dado lugar á tan fea nota?» ¡Si le hubierais visto pasar las noches en claro revolviendo los papeles de su familia! estremecerse al entrar en una iglesia donde habia listas de penitenciados por el Santo Oficio! ¡recurrir en fin á la Inquisicion misma, pidiendo que mirasen en sus negros registros si algun Tovar habia ocupado sus calabozos!...

Conde. Pero si yo no entro en casa de Tovar, ¿cómo he de saber esas menudencias?

Gabriel. Pero bien habréis podido advertir que en solos dos años ha envejecido Tovar por doce; que su esposa no se deja visitar de nadie, que sus dos hijos huyeron de la Corte, desesperados por no poder atajar la calumnia ni castigarla.

Conde. Yo no he advertido nada de eso; lo que sí advierto es que tomas á tu cargo la defensa de un hombre, con el cual yo no sé qué relaciones te unen.

Gabriel. Las de hijo con padre, señor Conde de Villamediana.

Conde. ¡Hijo tú!... ¡Hijo vos de Tovar!

Gabriel. Hijo natural, señor Conde.

Conde. ¿Con que el bienaventurado Tovar tambien ha tenido sus... ¿Quién habia de figurárselo? Y ¡á su hijo de ganancia me le ingiere en casa para buscar mi pérdida!

Gabriel. Mi padre no me conoce aun; me supone en Valladolid con la persona que me ha criado. Mio exclusivamente fué el pensamiento de relacionarme con vos...

Conde. Para apoderáros de mis secretos, y logrado que hubieseis vuestro vil espionaje, ir con el soplo al dignísimo engendro del áureo alcázar de Neron.

Gabriel. No, porque os he jurado no descubriros, y ahora os voy á prestar otro juramento aun mas importante.

Conde. Si es porque os crea, jurais en vano.

Gabriel. Por mi madre, que es esposa de Dios, os prometo que, pues os veis en temible riesgo por vuestros últimos escritos, me los atribuiré yo y ofreceré por vos mi vida, si reparais la ofensa hecha á mi noble padre.

Conde. Gabriel...

Gabriel. Se supone, salvando siempre vuestro decoro: bastaria con una palabra benévola para aquel anciano afligido.

Conde. Gabriel, advertid...

Gabriel. Una palabra que no necesitariais pronunciar:

podria mediar un amigo vuestro, una persona de virtud y respeto como el padre Simon de Rojas ó la Infanta Descalza, segun vos decís.

CONDE. Gabriel, vos me pedís una retractacion, y podeis delatarme; pero si yo os envío á la gloria de una estocada, me excuso la retractacion y aseguro mejor mi secreto. Me habeis ofrecido vuestra vida: la acepto en esta forma. Tomad vuestra espada.

GABRIEL. Tomad vos la pluma; extended la declaracion, y en seguida combatiremos. (Coge la espada.) Si triunfais de mí, queda á vuestra disposicion el papel.

CONDE. Pero, hombre, si yo peleo por no escribirlo.

GABRIEL. Y yo no riño como no lo escribais. Y como urge mi partida, me permitiréis ir á despedirme de vuestro confidente y mi casero Santoyo, y de otra persona. (Se ciñe la espada.)

CONDE, aparte. Atajarle la salida no puedo; y si sale y quiere venderme, poco tiempo le basta.

GABRIEL. Señor Conde, fuera de aquí, tengo, de mi letra ordinaria, vuestras sátiras últimas y dos ó tres composiciones amorosas que me habiais dado á copiar: me quedo con todas, porque si llega el caso, me propongo sostener que son mias.

CONDE. Tovarito... sois un plagiario singular: ¡al autor mismo le anunciais en su cara el plagio! Es una especie de insolencia magnánima, que me seduce. Pues, porque todo nace de un afecto muy noble... el amor filial. — Id á ver si hallais á Santoyo, y decidle de mi parte que venga.

GABRIEL. ¿Aquí?

CONDE. ¿Por qué no? El, vos y yo somos los tres que saben el secreto del pasadizo. Quiero tratar con él la manera de complaceros.

GABRIEL. ¡Ah, señor!

CONDE. Cesará el duelo de casa de Jorge, Gabriel.

GABRIEL. Me habréis hecho un gran beneficio; pero os lo pagaré, señor Conde, os lo pagaré. (Gabriel saluda respetuosamente al Conde, toma del armario la capa y el sombrero, y se va.)

ESCENA VIII.

El CONDE.

«Os lo pagaré.» ¡Vaya si me lo pagará! Si me hace de buena fe ese ofrecimiento, yo le aseguro, de buena fe tambien, que el dar la tal satisfaccion al padre rabino le ha de costar al judihuelo una pesadumbre. Soy Correo mayor, y ¡un zagal me ha corrido! al fin de la jornada veremos quién se tiene á caballo. En fin, con Olivares tengo que negociar:

negociemos tambien con Jorge. ¿Con que está el Rey tan airado conmigo, porque le echo á la calle su primer galanteo? ¡Eh! si acaba de cumblir diez y siete años; si apénas tiene barba que rasurarse, y es esposo de una linda princesa, qué mas necesita? Y ella le ama. Yo traté de derribar á Olivares interesándola en mi favor, y nada alcancé. Estoy divertido: mi Reyecito me amenaza, Gabriel me sorprende, y la covachuelista del Cármen se rie de mi. Pues de alguien he de reirme yo. Escribamos á Don Luis de Haro para que se vea con Olivares y con Tovar. — Abren la puerta: será Santoyo. (Escribe.)

ESCENA IX.

SANTOYO. El CONDE.

SANTOYO, dentro. No hay que tener cuidado: soy yo.

CONDE. Adelante.

SANTOYO. Estoy á vuestras órdenes, señor Conde.

CONDE. Vas á llevar una esquelita á casa del Marques del Carpio.

SANTOYO. ¿Para el señor Marques ó para su hijo?

CONDE. Para el hijo, para Don Luis.

SANTOYO. Gabriel, segun me ha dicho, se marcha.

CONDE. Le hacen marchar; pero no le da gran cuidado.

SANTOYO. No dejará de darle, no.

CONDE. ¿Por qué?

SANTOYO. Porque tiene amores.

CONDE. ¿Con quién?

SANTOYO. Con esa muchacha de las covachuelas del Cármen, la Francesilla.

CONDE. ¡Cómo! ¿La Paula Reina?

SANTOYO. La reina de las Paulas y aun de las Antonias.

CONDE. La reina de todas las hermosas de España. Pero... ayer me viste, y no me dijiste palabra ayer.

SANTOYO. Lo he sabido hoy.

CONDE. ¡Gabriel enamorado de Paula! ¿No vive esa Paula en una casa que tú me administras?

SANTOYO. La de la calle de Rompelanzas.

CONDE. Y ¿estás bien seguro de que esa chica...

ESCENA X.

JUSEPA, El CONDE, SANTOYO.

JUSEPA, dentro. ¡Señor Santoyo! abrid.

SANTOYO. ¿Oís? La hermanilla de Paula. Vendrán á despedir á Gabriel

CONDE. Muéstrale este billete, ciérrale luego y llévale. Dí ademas á Gabriel que en Vallecas me despediré de él: que me aguarde á la entrada.

JUSEPA, dentro. ¿Os habeis dormido, señor casero?

SANTOYO. Ya voy. (Va á abrir.)

CONDE. ¡Gabriel amante de Paula Reina! ¡Por eso se mostraba tan esquiva la niña! Le ha de pesar al mocito ese el haberme burlado. (Entrase por el armario y cierra.)

ESCENA XI.

GABRIEL, con unos papeles en la mano; PAULA, JUSEPA, SANTOYO.

GABRIEL, á Santoyo. En Vallecas esperaré. — Esos trastos los recogerá la prendera que los alquila.

SANTOYO. Yo le haré entrega de ellos.

JUSEPA. La maleta quiero arreglarla yo.

GABRIEL. No, deja...

JUSEPA. He de ser yo... con ayuda del señor Santoyo.

GABRIEL. Vaya, pues pon estos papeles en ella.

SANTOYO, á la niña. Yo te ayudaré en viendo si me quedan sanos los vidrios. (Entranse por la derecha.)

ESCENA XII.

GABRIEL, PAULA.

PAULA. ¿Con que te me ausentas, Gabriel?

GABRIEL. Paula, me separan de tí.

PAULA. ¿Pasaré mucho tiempo sin verte?

GABRIEL. No... Me parece que no. Cuando el Gobierno busca dinero por todas partes, destierros como el mio fácilmente se rescatan con oro. Mi abuelo es rico, y por mí no le duele gastar.

PAULA. ¡Esta separacion, cuando hace tres dias que aquella carta de tu madre me dió el gozo mayor que he tenido en mi vida!

GABRIEL. En el cariño que á mi madre y á su padre les debo, su beneplácito para nuestra union era indefectible. Ya los verás á entrambos, y los amarás como yo.

PAULA. Pero con su cariño y el de tu Paula, ¿qué mas querias? ¿Por qué te has hecho instrumento de ese hombre que no quieres nombrarme? Para maldecirle, no necesito saber quién es. — No merecias que te mantuviese en mi memoria.

ESCENA XIII.

JUSEPA, desde la puerta de la derecha; Dichos.

PAULA. Si eso de la memoria lo dices por el relicario que le regalas, ya no le saco de la maleta, por no revolver. (A Gabriel.) Queria que no lo supieras: con que hazte cuenta que no he dicho palabra. (Entrase.)

ESCENA XIV.

GABRIEL, PAULA.

GABRIEL. Paula mia, tú no me conoces aun. Yo te ví, yo te amé; con los ojos y con mis papeles te dije mi amor hartas mas veces que con mis labios; casi no me has consentido que te hable sino en presencia de embarazosos testigos. Por eso no he podido aun darte á conocer cuál era mi amor; pero yo creia que si el tuyo era grande, leal, decidido, capaz de resistir á la ausencia y al tiempo; en el tuyo, como en un espejo, podias mirar el de tu Gabriel. La imprudencia, la temeridad tal vez, que momentáneamente me desvía de tu dulce lado, tiene un orígen muy respetable, Paula mia: mi padre no me ha visto nunca, y yo queria presentarme á mi padre llevando en la mano una firma difícil de arrancar á una diestra aleve, una prenda mas preciosa si cabe que la que tu amor me regala. ¿Que no siento el partir? ¡Pues qué! ¿no sé yo lo que vales? ¿No sé que este tesoro me lo codician muchos? Paula, yo marcho á un destierro, á una torre solitaria quizá entre las olas del Mediterráneo... tú quedas en la corte de España, al pié de la Lonja del Cármen.

PAULA. Sí, donde me ven todos, donde todos tienen licencia de hablarme, donde algun poderoso me solicita.

GABRIEL. ¡Un poderoso! ¿Quién es, Paula? Dímelo: ¿quién?

PAULA. Aun no lo sé, me ha escrito sin nombrarse.

GABRIEL. Muéstrame sus cartas: ántes de partir he de verlas.

PAULA. De esos papeles no conservo sino una parte: quemo lo escrito, me quedo con lo blanco, y dibujo encima.

GABRIEL. ¡Paula! Paula! el poderoso que te escriba, tiro hace á tu honor.

PAULA. ¡Oh! no debo temer: ¡bien á mano estarás para defenderme!

GABRIEL. ¡Paula! Hoy parto; yo te juro que pronto volveré.

PAULA. Vuelve, sí, Gabriel mio; vuelve muy pronto: tu

pobre Paula, tan alegre y tan animosa cuando no amaba, tiene miedo de quedarse sin tí.

ESCENA XV.

El ESCRIBANO, SANTOYO y JUSEPA, que van saliendo sucesivamente, GABRIEL, PAULA, despues MATEO.

Escribano. Última vez que os molesto por hoy. Tengo que dar fe de que os he visto partir.

Santoyo. Todo está sano y limpio, sobre todo el fogon: se conoce que comiais en la hostería.

Jusepa, cruzando el teatro desde la puerta de la derecha á la de la izquierda. Señor Alonso, ya podeis coger la maleta. (Sale Mateo, pasa á lo interior y vuelve con una maleta.)

Gabriel. Es llegado el momento. ¡Paula! ¡bien mio! ¡A Dios!

Paula. Gabriel... ¡A Dios! Vuelve pronto, Gabriel.

Jusepa. Gabriel, abrazadme á mí tambien. ¡Vaya!

Gabriel. ¿Qné quieres que te traiga, Jusepa?

Jusepa. Traedme al novio de mi hermana... y unos caracolillos del mar. (Vanse todos ménos Santoyo.)

ESCENA XVI.

El CONDE, que sale por el armario, SANTOYO.

Conde. ¡Santoyo!

Santoyo. ¡Señor!...

Conde. Echa mañana á la Francesilla del cuarto que habita.

Santoyo. Si lo tiene pagado hasta San Miguel.

Conde. Echala con cualquier pretexto. Haz obra en la casa, derríbala si es menester.

Santoyo. Es que si no halla pronto donde mudarse...

Conde. Has de hacer que se mude aquí.

Santoyo. ¿A este cuarto?

Conde. A este mismo, Santoyo. Ofrécesele de balde... No, que no aceptaria. Ofrécesele de manera que se mude al instante.

Santoyo. Ya. — Supongo que la comunicacion por el armario no habrá de saberla.

Conde. Ya la sabrá cuando llegue el caso.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion del acto primero, con otros muebles. Un farol encendido, y dos candeleros con vela sobre una mesita con cajon.

ESCENA I.

PAULA, JUSEPA.

JUSEPA. Paula mia, por Dios...

PAULA. Jusepita, no puede ser. Coge el farol y vámonos.

JUSEPA. ¿Tambien esta noche dormimos en la covachuela?

PAULA. Lo mismo que las dos pasadas. Anda, hermosa, que va haciéndose tarde.

JUSEPA. ¡Miren que es mucho! Porque no tiene cerrojo esa puerta ni las de adentro, se te ha figurado que no es muy segura esta casa. Cerrojo tiene la puerta de calle y la de entrada al cuarto: ¿qué falta hace mas?

PAULA. Cuando tomé este cuarto, dije al casero que me habia de poner á esas puertas cerrojo: tres dias van desde que nos mudámos, y uno con una excusa y otro con otra, los cerrojos están sin poner. No me gusta una habitacion así. Mañana los mandaré yo poner á mi costa, y traeremos aquí las camas; esta noche dormimos allá.

JUSEPA. Dormirás tú; que yo, en claro me la llevaré como la pasada y la antepasada. Yo ¡que tengo un miedo tan grande á los muertos!... y en la Lonja del Cármen, encimita de nuestra covachuela, enterraron un jorobado anteayer!

PAULA. ¡Una chica de tanto juicio como tú!...

JUSEPA. De dia me estaré sola en el sotanillo desde el alba á las oraciones: maldito el cuidado que me da, porque ya se sabe que los difuntos duermen con el sol; así que anochece, me atraganto de susto. En acostándome, se me figura que el techo se va escurriendo, se va poco á poco bajando, bajando; y luego se abre, y el ataúd con el jorobado se me descuelga sobre la cama.

PAULA. Esta noche será la última que nos recojamos allí: tendremos luz, yo trabajaré á ratos, y lo demas lo pasaremos en conversacion ó rezando.

JUSEPA. Rezar, vaya: puede que rezando me duerma. ¡Pero si voy á soñar con el vecino del entresuelo! Tambien tú soñabas anoche con buena congoja... y decias, decias tantas veces...

PAULA. ¿Qué?

JUSEPA. Ese nombre nuevo con que te han confirmado.

PAULA. ¿Cómo?

JUSEPA. Hace unos dias que en lugar de Francesilla, te llaman Francelisa.

PAULA. ¡Jusepa!... ¡Calla!

JUSEPA. «¡Hola, Francelisa! ¡ya sabemos quién es el dichoso!» ¡Cuántos te decian esto ayer! ¡Qué hatajo de brutos Ninguno habia conocido ántes que querias á Gabriel.

PAULA. Basta, vámonos.

JUSEPA. Aguarda un poco: tú me has predicado contra el miedo, y yo te quiero predicar contra la tristeza. ¡Eh! no hay por que afligirse. Gabriel te ha escrito desde el camino que esperaba volverse pronto: con que es menester que tengas buen ánimo... y que estés en lo que haces. Mira que ayer en la tienda no parecias la misma: tan aturdida... ¡tan sofocada!... ¿Qué te decian al oido?

PAULA. ¿Nada percibiste?

JUSEPA. Absolutamente nada: y eso que no dejé de atender. ¡Pero si tambien me atolondraban á mí! En fin, todos los dibujos que habia, recientes y añejos, todos se despacharon. Lo que me chocó fué que apénas entró una mujer á comprar ni encargar.

PAULA. ¡Jesus!...

JUSEPA. Y una porcion de parroquianas, señoronas y señoruelas, pasaron por la acera de enfrente sin saludarnos. La marquesa de Toral, la letrada de la calle de Sal-si-puedes, la alquiladora de coches de la calle de Noramala-vayas....

PAULA. Coge, coge el farol.

JUSEPA. Voy á llevarme que leer. (Toma el farol y se entra por la derecha.)

PAULA. ¡Dios mio! ¿qué he hecho yo para que todo el mundo así se me atreva? ¿Quién es el que me quita el crédito? ¡Si llegara á saberlo Gabriel!... (Vuelve Jusepa con un papel.)

JUSEPA. Este papel estaba entre las jácaras que me llevo.

PAULA. A ver.

JUSEPA. ¡Calla! Es una copla que te han sacado.

PAULA. Dáme, dáme: no leas.

JUSEPA. ¡Oh! ¡Si es muy linda! Oyela. (Lee.)

Francelisa la bella
Ya tiene dueño:
La noticia se sabe
Por el correo.
Guapo de rumbo,
Alcanzóla el que corre
Mas que ninguno.

PAULA, aparte. ¡El Correo mayor! ¡El Conde de Villamediana! ¡Oh!

JUSEPA. ¡Vítor el poeta! Me gusta. ¡Muy bien!

PAULA. Querida hermana, tú sabes que esa es una calumnia atroz.

JUSEPA. No es sino la pura verdad. Este guapo de rumbo es Gabriel.

PAULA. ¿Gabriel?

JUSEPA. Gabriel, soberbio jinete, que pretendia entrar de picador en Palacio. ¿No viste qué bien manejaba la mula que le trajo Mateo? Consolaos, Francelisa la bella... Ahora lo comprendo: te llaman así porque habrá corrido esta seguidilla toda la corte.

PAULA. ¡Si supieras lo que me afliges!...

JUSEPA. Alégrate, Paula: siendo corredor tan famoso el amigo ausente, volverá corriendito. Ea, vamos á velar al difunto del Cármen.

(Llaman á la puerta de calle.)

PAULA. ¿Quién es?

VOZ, dentro. Venid á verlo.

JUSEPA. ¿Abro?

PAULA. No, no: quiero yo conocerle. (Toma la luz y se va por la izquierda.)

ESCENA II.

JUSEPA.

Fama tenia Paulita; pero segun va, ni Lope de Vega. Le componen seguidillas, romances... Francelisa la llaman tambien en aquel romance del galan desdeñado. — Francelisa... No atino por qué le suena mal ese nombre... Francelisa la bella... Si es mote, es bonito... y á ninguna fea se le puede poner.

ESCENA III.

El ALCALDE, PAULA, JUSEPA.

PAULA. Pasad, señor Alcalde, pasad.

JUSEPA. ¡El señor Francos de Garnica! Tenga usiría muy buenas noches, señor Alcalde.

PAULA. Enciende esas velas, Jusepa.

ALCALDE. Niña, déjanos á solas un rato.

JUSEPA. Obedezco á usiría con muchísimo gusto. (Enciende las luces, toma el farol y se entra por la derecha.)

ESCENA IV.

El ALCALDE, PAULA.

ALCALDE. Paula, á estas horas, algo extrañaréis mi visita.

PAULA. Un poco me inquieta, señor Alcalde.

ALCALDE. Vengo por vuestro bien, y he procurado que no me vean. (Se sientan.) ¿Qué relaciones teneis con Gabriel Jimenez?

PAULA. Su madre y su abuelo aprueban que se case conmigo.

ALCALDE. ¿Cómo es que se os atribuyen públicamente muy otros amores?

PAULA. ¡Ah señor Juez! ¿qué os podré yo decir? Yo gozaba de una reputacion sin mancha; la paz y la alegría de una conciencia pura me acompañaban en mi reducido obrador, en la calle, en el lecho: estimada de los ancianos, obsequiada honestamente por los jóvenes, me respetaban todos; — y de pronto veo que huyen de mí las damas, los vecinos me escarnecen, los disolutos me solicitan con escándalo, me insultan con suposiciones las mas injuriosas... suposiciones que son una horrible mentira, señor Alcalde, que no tienen el mas leve fundamento de verdad.

ALCALDE. Y sin embargo, la voz que os acusa es tan general y de tal enemiga, que esta noche las placeras del barrio trataban de daros una cencerrada afrentosa.

PAULA. Yo no soy culpada, os lo juro: defendedme, por la pasion de Nuestro Señor.

ALCALDE. A eso vengo: parte de mi ronda está esparcida por las inmediaciones, parte junto á la puerta. Mas ¿cómo se ha formado, qué orígen ha tenido esa mala voz? Supongo que sabréis la copla que...

PAULA. Ya me la han dicho al oido en la covachuela, señor; ya me la han dado escrita; creo que sin el respeto que inspiran los pocos añes de mi hermana, me la hubieran cantado.

ALCALDE. Esa copla, divulgada precisamente cuando el Gobierno dispone rigorosas medidas para la reforma de las costumbres, ha producido malísimo efecto... y alguna causa debe tener. ¿Qué ha mediado entre vos y el Correo Mayor?

PAULA. Señor, yo apénas conocia de vista al Conde de Villamediana; de oidas sí, nada ventajosamente por cierto. Habia oido contar de él que de todo el mundo habla mal, y que por eso le habian ya desterrado; que, despues que enviudó, á la mujer mas honrada se atreve; que una habia muerto, por causa del Conde, á manos de un marido celoso; en fin, que hasta habia sido capaz de...

Alcalde. Acabad.

Paula. Esta primavera se dijo que representándose en Aranjuez no sé qué comedia del Conde, en cuyo espectáculo figuraba la Reina, prendió el Conde fuego á unas colgaduras, para sacar á la Reina en brazos. Tal es la opinion que tenia yo del señor Conde de Villamediana.

Alcalde. Y ¿cómo es que ahora...

Paula. Hará un mes cumplido que al retirarme con mi hermana (siendo ya de noche) desde la covachuela del Cármen á mi habitacion en la calle de Rompelanzas, un hombre embozado me solia decir al paso alguna expresion galante y decente; yo continuaba mi camino sin ladear la cabeza. En mi casa tropecé con papeles echados allí por debajo de la puerta: el que me los escribia afirmaba ser persona de alta posicion, y me hacia cuantiosas ofertas: rasgué los papeles. Por fin, la noche del dia en que Gabriel salió de Madrid, habiéndose quedado detras mi hermana, porque un paje la detuvo de intento, el embozado se llegó á mí á la puerta de mi casa, y me habló; por primera vez le miré, y conocí que era el Conde de Villamediana.

Alcalde. Y vos entónces...

Paula. Imaginad cómo le responderia yo que pocas horas ántes habia visto partir á Gabriel. Llegó Jusepa; se fué irritado el Conde, agriamente despedido por mí; al otro dia me envió con unos versos unas joyas de gran valor; devolví las joyas, me quedé con los versos; no le he vuelto á ver desde entónces, y todos me dicen que ese hombre ha triunfado de mi honra.

Alcalde. ¿Teneis ahí á mano esos versos?

Paula. No sé dónde los he confundido, porque he andado hoy como loca... loca, señor Alcalde. Tal vez mi hermana... Con vuestro permiso. (Levántase y llama.) ¡Jusepa! — Ella es tan curiosa y tan amiga de leer...

ESCENA V.

JUSEPA, El ALCALDE, PAULA.

Jusepa. ¿Qué quieres?

Paula. ¿Has visto unos versos... un romance que...

Jusepa. Mujer, tú tienes la cabeza perdida: ya me preguntaste por ellos, y te convenciste de que por fuerza se los habias dado á un comprador ú otro, envolviendo en ese papel un dibujo.

Paula. ¡Ay! Tienes razon. — Distraida, le di; y no puedo recordar á quién. Ya no es posible que lo veais.

Jusepa. Verlo no; pero si el señor Alcalde se contenta con oirlo, yo sé de memoria el romance.

Alcalde. Pues ¿cómo?

Jusepa. Lo leí tres veces: no necesitaba yo mas.

Alcalde. Vaya, pues recítanoslo.

Jusepa. Dice arriba, de letra gorda: «A Paula Reina, la Francesilla:» luego entra así:

¿Para quién, Amor, tu diestra [1]
Tan solícita se armó
Con tanto encendido rayo,
Con tanto punzante arpon?
Para quien no se resiste,
Bastaba fuerza menor:
Ya conoce tu inclemencia
Mi rendido corazon.
Son mis amores reales:
Ciego niño, ciego dios,
Vuelve á tu aljaba las flechas:
En tierra postrado estoy.

Alcalde. ¿Qué quiere decir eso de *amores reales,* Paula?

Jusepa. Como se llama Paula Reina...

Alcalde. Es verdad: sois Reina de apellido.

Jusepa. Los amores con Paula Reina son reales amores paulares ó paulinos; pero sin disputa reales. Y sigue:

Francelisa, cuyos ojos
Mi culpa y disculpa son,
Dulcísimo laberinto,
De mil almas perdedor;
Si no olvida quien bien ama,
No esperes que olvide yo;
Que no escarmientan desdenes
Al que adora tu rigor.
Causa de mi mal hermosa,
Que con negros rayos sol,
Haces á las hebras de oro
Vencedora emulacion;
Permite que á las cadenas
Que amor tan puro forjó,
No se les atreva el tiempo
Ni la desesperacion.

Alcalde. Por ese romance no se puede hacer cargo á la persona que lo escribe: respira sumision y ternura sin asomo de resentimiento.

[1] En este romance de Villamediana, y en un soneto que se verá en el acto tercero, se ha variado algo el texto original.

JUSEPA. Sí: ¡fiad en la blandura de ese Conde galopo! Con un papel requiebra, y con otro araña.

ALCALDE. ¿Cómo sabeis que es de un Conde ese escrito?

PAULA. ¿Nos has escuchado?

JUSEPA. Como el señor Alcalde no me dijo que no escuchase...

PAULA. ¡Este sonrojo me faltaba!

ALCALDE. Retiraos al zaguan: acompañad al Escribano.

JUSEPA. Paula, créeme: el Conde es el que te quita el crédito, ese lengua de hacha es.

ALCALDE. ¿Teneis algun motivo para...

JUSEPA. Pues ¿no está claro? El Conde ha querido á mi hermana; mi hermana no le ha querido á él; y él, de rabia, la acusa para que ninguno la quiera. Alcalde habia yo de ser hoy; que cuando no me le azotasen mañana temprano, como á la embustera de Guadalajara... Perdone usiría la indirecta, señor don Diego: me voy al zaguan. (Vase.)

ESCENA VI.

El ALCALDE, PAULA.

ALCALDE, aparte. ¡Cuidado con la niña! Quizá... quizá..

PAULA. Señor Juez, proporcionadme una entrevista con el Conde.

ALCALDE. ¿Con Villamediana?

PAULA. A mí me calumnian, á él tambien. Si á un caballero no le deshonra, no le hace favor que le atribuyan la pérdida de una humilde trabajadora. A los dos nos conviene justificarnos: que vea yo al Conde.

ALCALDE, llamando. ¡Pedreguera!

ESCENA VII.

El ESCRIBANO, Dichos.

ESCRIBANO. Señor...

ALCALDE. Llegaos á casa del señor Conde de Villamediana, y preguntadle si quiere honrar mi habitacion esta noche unos breves momentos.

ESCRIBANO. Al instante voy. (Vase.)

ESCENA VIII.

El ALCALDE, PAULA.

ALCALDE. Paula, ya conoceréis que no debeis dejaros ver del público por algun tiempo.

PAULA. En las entrañas de la tierra quisiera esconderme.

ALCALDE. Yo os propondria que os recogieseis voluntariamente por un corto plazo.

PAULA. Pues bien, señor Don Diego: en Madrid, la voz que me denigra ya se ha extendido por todas partes; fuera de aquí no habrá cundido todavía. En el convento de Santa Clara de Valladolid es religiosa la madre de Gabriel; la opinion de aquella santa esposa de Cristo me importa mas que la de toda la corte: yo quisiera prevenir en mi favor á la que miro ya cual si fuera mi madre; allí sabria tambien de su hijo. Yo quisiera retirarme á Valladolid.

ALCALDE. Muy discretamente pensado. Os trasladaréis esta noche á mi casa; hablaréis allí al Conde; y cuando mejor os parezca, partiréis á Valladolid.

PAULA. Estoy á vuestras órdenes, señor Don Diego.

ALCALDE. Si ahora os vieran salir conmigo, creerian que ibais presa: me retiraré con la ronda, quedando en la esquina Pedreguera con un criado, que os acompañen cuando salgais. Otro llevará ahora, cubierta con la capa, á la niña, para que no la vean.

PAULA. ¡Gracias, señor Alcalde! Infinitas gracias por tanta bondad: el cielo os la premie.

ALCALDE. Paula, hasta luego. Quedaos, hija.

PAULA. Quiero cerrar. (Toma una luz y acompaña al Alcalde. — Un momento despues se va abriendo lentamente el armario.)

ESCENA IX.

El CONDE, que sale por el armario.

El Alcalde Garnica ha venido á esta casa, y ha puesto alguaciles por los contornos. Paula no tendrá miedo esta noche como las dos pasadas, y permanecerá aquí. Ya se van. ¡Ah! se llevan la niña. Paula va á quedar sola: puedo hablarla ya sin obstáculo.

ESCENA X.

PAULA, El CONDE.

PAULA, sin ver al Conde. Sí, mi calumniador es el Conde: yo se lo diré; se lo haré confesar, aunque no parezca el romance... que era de su letra sin duda.

CONDE. ¡Paula!

PAULA. ¡Jesus! María!

CONDE. Tranquilízate y óyeme.

PAULA. ¿Cómo habeis entrado?... ¡Ah! por allí!

CONDE. Por allí se baja á una escalera que termina en un pasadizo, el cual, atravesando la calle del Arenal, va á parar á mi librería. Soy tu casero, Paula: Santoyo es un dependiente mio.

PAULA. ¡Ah! Y ¿él me ha traido aquí por mandato vuestro?

CONDE. En otra parte no te me dejabas hablar.

PAULA. Ni aun aquí habeis de conseguir que os escuche. Tornad por donde habeis venido, ó principio á gritar...

CONDE. Grita, si quieres. Alguaciles andan por ahí; vendrán, los esperaré, me entraré á su vista por ese armario, y tú les dirás lo que se te ocurra para defender tu reputacion.

PAULA. ¡Mi reputacion! ¡Vos me la habeis quitado!

CONDE. Este miserable mundo es así: no hay en él un bien que no traiga su inconveniente. Eres hermosa, has de ser amada: desdeñas á un amante, hace lo que puede para rendirte.

PAULA. Habeis podido calumniarme, rendirme no.

CONDE. Debo decirte en primer lugar, que Gabriel se ha escapado del que le acompañaba, se ha venido á Madrid y está preso.

PAULA. ¡Preso!

CONDE. Por disposicion del Conde de Olivares, mi amigo.

PAULA. ¡Amigo vuestro!

CONDE. Eramos contrarios poco há; ya estamos unidos, y yo soy árbitro de la suerte de Gabriel.

PAULA. ¡Vos!

CONDE. Yo. El se ha declarado autor de una sátira que tiene enfurecidísimo al Rey; se dará cuenta á S. M., que aun no tiene noticia de la declaracion de Gabriel; y Gabriel perderá la vida, si desdeñas mas á Villamediana.

PAULA. ¡Oh! Todo eso es falso.

CONDE. Es tan cierto como que Paula Reina está públicamente preconizada por favorita del Correo Mayor. Que lo seas, que no, de esta nota no te libras ya.

PAULA. Es que mi Gabriel no puede creerlo.

CONDE. En cuanto le digan que vives aquí: sabe que esta casa y la mia se comunican, y no es él capaz de amar á una mujer sin buena opinion.

PAULA. Pero, señor Conde, esa opinion en que vos me habeis puesto, esa hedionda mentira con que me habeis salpicado la tez, ese inicuo enredo, obra de pocos dias, ¿ha de durar siempre? ¿ha de resistir á la fuerza de la verdad? No soy yo como Leonor de Mendoza, que atemorizada con la calumnia, ha justificado al calumniador; culpada yo en el concepto de todos, el testimonio de mi conciencia me sostiene: yo sé que soy mujer de bien, aunque todo el mundo afirme

lo contrario. Yo acudiré á los tribunales; acusaré de impostores á cuantos me traigan en lenguas; haré ver que lo que se dice de mí no ha podido ser. ¿Cuándo habeis podido vos acercaros á mí? ¿De dia? Los mercaderes y vecinos fronteros al Cármen jurarán que no habeis puesto los piés en mi tienda nunca. ¿De noche? No se aparta de mi lado mi hermana... — Vamos, yo estoy loca ó se me principia á trastornar la razon. Pues ¡no estoy vindicándome ante vos, que sabeis mi inocencia mejor que nadie! Con la mirada firme, con la cabeza erguida me presentaré á defender mi honra con tres testigos, la verdad, la inocencia y el crímen; Dios, mi hermana y vos mismo, Conde, vos que en frente de un Juez no os atreveréis á mentir contra el cielo, contra vos, y contra la que ni en vida ni en muerte será de vos.

CONDE. Paula, yo te amo, y soy poderoso, y no estoy enseñado á rogar. El Conde Juan de Tássis Peralta no se ha echado el embozo por otra que tú; á ninguna mas ha rondado, á ninguna le ha escrito mas de un papel. Tú me has hecho olvidar mi ambicion; émulo de Olivares, por no desviarme de tus ojos he pactado treguas con ese fatuo, con ese raposuelo taimado y miedoso, que puesto al frente de un pueblo de leones, ha de acobardarlos, ha de perderlos. Constante escarnecedor del orgullo, de la ignorancia, la venalidad y la hipocresía; desde que puse mi amor en tí, de nada hago caso; dejo á los bellacos y á los necios en inesperado sosiego: el mordaz Conde de Villamediana no murmura ya. Paula, caminos tortuosos hay que por último conducen al bien; soy libre, y te amo yo mucho, Paula; nada habrá difícil para mí cuando tú me ames. Llámete yo mia, y dispon de mi existencia á tu gusto: enfrenaré mi lengua, romperé mi pluma satírica: me siento por tí capaz de ser virtuoso.

PAULA. Principiad ahora y aquí; si esperais llegar á la virtud por el arrepentimiento, arrepentíos de haberme infamado; arrepentíos de esta venida: no os falta de que.

CONDE. Dáme tú el ejemplo arrepintiéndote de tu necio desvío.

PAULA. Señor Conde...

CONDE, poniéndose delante de la puerta de la izquierda. Por aquí no habeis de pasar: por allí (señalando á la derecha) no hay salida: convenceos de que estais en mi poder.

PAULA. ¡No, infame! ¡no! (Huye rápidamente, éntrase por el armario y cierra la puerta que le sirve de fondo.)



ESCENA XI.

El CONDE.

¡Paula! Paula! — Cerró de golpe, los pestillos cebaron, y quedó tan firme la puerta como si realmente apoyara en un muro: por aquí no hay manera de abrir. ¡Vive Dios! Paula va á llegar á mi cuarto sin dificultad: á mano tiene luz; la puerta de allá quedó con la llave puesta por este lado... Si la ven, me alborota la casa; si no la ven, se marcha á la calle. Ir á mi casa es lo mas urgente. (Vase por la izquierda.)

ESCENA XII.

MATEO, El CONDE.

MATEO, dentro. ¿Quién va?

CONDE, dentro. ¿Quién viene?

MATEO, dentro. Quien necesita conoceros. Volved piés atras.

CONDE, volviendo con la espada en la mano. ¿Quién se atreve á estorbarme el paso?

MATEO, saliendo con espada en mano. ¡Calle! Esto sí que no lo esperaba yo.

CONDE. ¡Aquí Mateo!

MATEO. ¡Vos aquí, señor Conde!

CONDE. ¿A quién buscais en esta casa?

MATEO. Al que vivió en ella, y todavía no habrá olvidado el camino. A Gabriel.

CONDE. Está preso.

MATEO. Está libre.

CONDE. ¿Cómo ha sido el soltarle?

MATEO. Gabriel escribió en su encierro dos cartas, una al señor Conde de Olivares, y otra á Jorge Tovar; fueron ambos á verle, y salió entre los dos, asido á sus brazos.

CONDE, aparte. Declararia que es Jorge su padre.

MATEO. Ignorando vos esto, no habréis visto á Gabriel, no está aquí.

CONDE. Aquí no.

MATEO. ¿No? Pues está en vuestra casa.

CONDE. ¡En mi casa!

MATEO. De fijo. Desde que supe que habia salido de su encierro en Palacio, he corrido tras él, y hace poco le vi rondando de la calle Mayor á la del Arenal. Me pareció que habia entrado en vuestra casa; creí luego que le habia visto acercarse á esta: no hallándose aquí, en vuestra casa le teneis.

CONDE. Pues necesito... necesito ir á verle inmediatamente.

MATEO. Yo tambien: os iré sirviendo.
CONDE. En buen hora.

ESCENA XIII.

El ESCRIBANO, ALGUACILES, El CONDE, MATEO.

ESCRIBANO. ¡Alto!

CONDE. ¿Quién se entra aquí?

ESCRIBANO. Bésoos las manos, señor Conde. Es la ronda del señor Alcalde Don Diego Francos de Garnica.

CONDE. Y ¿á qué viene la ronda á esta casa?

ESCRIBANO. A saber quién se introduce en ella. El señor Alcalde nos puso en acecho; hemos visto entrar á un galan, hemos querido conocerle, y nos hallamos dos en lugar de uno.

MATEO. Pedreguera, el que entró pocos instantes há, fuí yo.

CONDE. Yo estaba... yo no tengo que responderos.

ESCRIBANO. Si yo no os pregunto. Solamente os diré que el señor Alcalde tiene precision de veros esta noche en su casa; que ya di el aviso en la vuestra; y como no estabais en ella, no habeis podido recibirlo.

CONDE. Iré á ver al señor Alcalde. (Dirígese á la puerta.)

ESCRIBANO, llamando. ¡Paula!

CONDE, deteniéndose. Paula... no está.

ESCRIBANO. ¿No ha de estar? ¡Vaya! — ¡Señora Paula!

CONDE. Cuando os digo que no se halla aquí...

ESCRIBANO. ¡Si estaba y no ha salido, señor!

CONDE. Mirad si la encontrais.

ESCRIBANO. No he quitado ojo á la puerta miéntras he permanecido en la calle; con que... (A dos Alguaciles.) Vos y vos hacedla salir. Si le da vergüenza, que se eche el manto; pero ha de venir con nosotros. (Entranse por la derecha los dos Alguaciles.)

CONDE. ¿Os parece que si estuviera ella aquí, y uno de nosotros fuera galan suyo, se os habia de permitir llevarla?

MATEO. Yo no soy galan de mujer nacida; lo fuí de una, y gracias á un malvado que Dios extermine...

(Salen los Alguaciles.)

UN ALGUACIL. No hay nadie en la casa.

OTRO. Ni puerta por donde escaparse.

ALGUACIL 1.º Ni sitio donde haberse escondido.

ESCRIBANO. ¡No! Guardad aquella puerta.

(Entrase por la derecha.)

ESCENA XIV.

El CONDE, MATEO, ALGUACILES.

CONDE, queriendo salir. Permitid...
ALGUACIL 1.º No hay paso.
ALGUACIL 2.º No hay salida.
MATEO. ¿Qué prisa teneis? Aguardemos á ver en qué para esto.

ESCENA XV.

El ESCRIBANO, El CONDE, MATEO, ALGUACILES.

ESCRIBANO. Pues, señor, ¡no está!
CONDE. ¿Veis cómo es cierto?
ESCRIBANO. Cierto es que no está: mas tambien es cierto que no ha salido.
CONDE. Si no hubiera salido, estaria.
MATEO. Eso lo comprende un negro bozal, Pedreguera; echo ménos vuestra perspicacia esta vez.
ESCRIBANO. Pues entónces, por donde ha salido ella, salgan vuesas mercedes: nosotros nos vamos, y los dos quedais bajo llave.
MATEO. Buenas noches: yo ya he cenado.
CONDE. Pedreguera, ¿olvidais quién soy yo?
ESCRIBANO. Señor Conde, esta no es vuestra casa ni de Mateo, y os hallo aquí á entrambos, y no hallo al ama de la casa, la cual, si no ha volado por el cañon de la chimenea ó por entre los hierros de las ventanas, no ha podido escapar: de tal prodigio debe darse cuenta á la Inquisicion para que lo califique. Vos, señor Conde, pasais por travieso; el señor Mateo, mi camarada, estuvo ya sentenciado á colgar...
MATEO. ¡Pedreguera! El Rey sabe por qué.
CONDE. ¡Pedreguera!
ESCRIBANO. El señor Alcalde tiene que verse con el señor Conde; vive cerca; pronto le avisamos, y le haréis la honra de hablarle aquí.
CONDE. Escribanillo, os acordaréis del 27 de Julio de 1622.
ESCRIBANO. ¡Qué! ¿Me pondrá en coplas el señor Conde? Escríbalas, y que se extiendan mucho: soberbias multas cogeré. ¿Os parece que habérselas con un escribano es lo mismo que satirizar á un ministro? Probad y veréis. A la calle, muchachos.

(Vase con los Alguaciles y cierran con llave.)

ESCENA XVI.

EL CONDE, MATEO.

MATEO. De buena gana me reiria, si no me hubiesen renovado la memoria de mi delito... la memoria de aquella infeliz.

CONDE, aparte. ¿Qué habrá hecho Paula? Si ha tropezado con Santoyo, aquel apocado vejete la deja marchar.

MATEO. Señor Conde, ya que nos ponen presos, aunque por poco tiempo será, voy á tomarme la licencia de pediros una merced.

CONDE. ¿Qué merced? ¿Qué puedo hacerte yo?

MATEO. Vos, como poeta, conoceréis á todos los que hacen versos en Madrid: querria me dijeseis de quién son unos, de quién es la letra de unos que traigo conmigo cuatro años há.

CONDE. A ver.

MATEO. Tengo los tales versos en dos papeles, que parecen original y copia, aunque tal vez la copia pertenecerá tambien al autor. (Saca una cartera, y de ella dos papeles.)

CONDE, aparte. Mi romance para todas, quizá.

MATEO. Este es el papel mas antiguo... y este es el mas moderno. (Da el mas antiguo al Conde.)

CONDE, aparte. (El romance á Margarita es.) — Veamos.

(Lee.) ¿Para quién, Amor, tu diestra
Tan solícita se armó
De tanto encendido rayo,
De tanto punzante arpon?

MATEO. Lo mismo dice aquí; y despues:
(Lee.) Para quien no se resiste,
Bastaba fuerza menor;
Ya conoce tu inclemencia
Mi rendido corazon.

CONDE, lee. Alarde excusado hiciste,
Ciego niño, ciego dios:
Vuelve á tu aljaba las flechas;
En tierra postrado estoy.

MATEO, lee. Margarita, cuyos ojos
Mi culpa y disculpa son...

CONDE. Basta. ¿Para qué quieres saber tú quién compuso estos versos?

MATEO. Para matarle.

CONDE. ¿Y si te ahorcaban?

MATEO. Harian muy bien.

CONDE. Y yo muy mal si diera lugar á dos muertes que se evitan así. (Rasga el papel.)

MATEO. ¡Señor Conde! ¿Qué habeis hecho?

CONDE. Lo que haria en tal ocasion todo hombre de juicio. Yo no puedo decirte de quién sea esa letra; ya tampoco te lo podrá decir ninguno; te excuso un crímen, te salvo la vida.

MATEO. ¿Qué me importa la vida á mí desde que maté á mi mujer?

CONDE. Y ¿qué tiene que ver la muerte de tu esposa con este romance?

MATEO. Por el que lo escribió la maté.

CONDE. ¿La galanteaba ese hombre?

MATEO. Galanteaba á la esposa de mi amo, la Duquesa de...

CONDE. La Duquesa Margarita: lo indica el romance.

MATEO. Yo servia al Duque, y mi mujer era criada de la Duquesa. Yo queria á mi mujer con delirio, y tenia celos del sol que le daba en la frente. El autor de estos versos, que nunca pude saber quién era, trató de seducir á mi noble señora, ménos firme que noble; y una noche oscurísima sorprendí en el jardin de mis amos á un hombre embozado, que hablaba cariñosamente á mi Andrea, y le tenia cogidas las manos. Desenvainé la espada, ciego de ira, dirigiendo el golpe al traidor embozado: huyó el cuerpo, y mi espada se clavó en el pecho de mi inocente esposa.

CONDE. Y el embozado... se retiró sin que le conocieras.

MATEO. Una palabra de mi Andrea me impedió el perseguirle. «¿Qué has hecho?» me dijo; pero ¡cómo exhaló su boca moribunda aquella expresion! «¡Qué has hecho!» fué decirme... oh! lo comprendí perfectamente... fué decirme: «Tú me quitas la vida, y yo te amaba; te amo, te he sido fiel siempre; ese hombre no me hablaba por mí.» — Cayó en tierra, caí á sus piés, me tendió una mano. . en ella estaba la prueba de su inocencia; ese papel que habeis leido, que me habeis roto . . . en él estaba el nombre de Margarita, el de Andrea nó.

CONDE. Cierto: fué un error lastimoso.

MATEO. «No pierdas á mi ama,» dijo al entregarme el papel; «no pierdas á mi ama, esposo mio.» — ¡Esposo mio! Y ¡estaba espirando á manos de su esposo! ¡Pobre Andrea mia! Cumplí su mandato, guardé el papel, dejé llevarme preso, me condenaron á muerte; el Rey, que era entónces Príncipe, obtuvo mi indulto á ruegos de mi ama, y quizá de alguien mas... Por esto vivo, y por esto quiero matar á ese hombre, aunque muera por ello.

CONDE. Y ¿no has enseñado ese papel á nadie?

MATEO. A nadie mas que á vos.

CONDE. ¿Por qué te he debido la preferencia?

MATEO. Porque han dado en decir en Palacio estos dias que tambien pedisteis vos al Príncipe que solicitara mi indulto.

CONDE. ¿Yo?

MATEO. Y por si conociais á mi embozado... Si le conoceis, bien podeis avisarle que se guarde de mí.

CONDE. No olvides las palabras de Andrea: «No pierdas á mi ama.»

MATEO. Matarle no seria perderla.

CONDE. El no te ha ofendido: segun tu relacion, ese hombre pedia á tu mujer que llevara esos versos á Margarita, versos de los cuales se infiere que entre el autor de ellos y la Duquesa no habia culpable amistad.

MATEO. Señor Conde, mi mujer y yo éramos los guardianes de la honra de mi señor, achacoso y anciano: muerta mi Andrea, y yo en una cárcel...

CONDE. Déjate de suposiciones, que, para mí, son bien excusadas: media en esto una gran señora, y es obligacion mia, como caballero, defender su decoro. A otra cosa.

MATEO. Pues á otra cosa. Los alguaciles estarán ya léjos de aquí, y no nos verán si salimos de encierro: ¿quereis que salgamos?

CONDE. ¿Por dónde hemos de salir?

MATEO. Por la puerta.

CONDE. ¿De qué modo?

MATEO. Abriéndola.

CONDE. Abriéndola... ¿con qué?

MATEO. Con su llave: con esta. (Saca una con guardas en ambos extremos.)

CONDE. ¡Esa! Y esa llave, ¿abre las dos puertas?

MATEO. Con estas guardas de este extremo abre la puerta de la entrada á la habitacion; con estotra la puerta de calle.

CONDE. ¿Cómo has adquirido tú esa llave, Mateo?

MATEO. Sabeis que salí de Madrid con Gabriel; de aquí á Valencia no le perdí ni un instante de vista; pero en Valencia se me escapó, teniéndome que abandonar su maleta: en ella iban ropas y unos papeles, y en jubon suyo encontré esta llave.

CONDE. Trae pues, trae: salgamos. (Vase con la llave.)

MATEO, siguiéndole. Con esa llave he venido yo aquí, figurándome que cuando Gabriel se habia quedado con ella, y su novia vivia tambien aquí, á este nido habia de venir á parar. (Vuelve al proscenio.)

ESCENA XVII.

MATEO.

Se marchó, dejándome con la palabra en la boca. No, pues yo no me retiro hasta que vea si doy con algo que fortifique ó destruya mis fundadas sospechas. Pero ¿cómo ha de haber cosa que las destruya? Este romance, copia fiel del rasgado, lo encontré con otros versos en la maleta de Gabriel: Gabriel debe de haberlo escrito; él debe ser el galan encubierto de mi ama. El romance que me entregó mi difunta, era de otra letra, es verdad; pero Gabriel sabe hacer dos formas de letra: con la una escribiria á mi ama, con la otra se habrá copiado. De las dos, todavía no conozco de cierto ninguna; pero Paula tendrá cartas de él aquí: registremos. (Abre el cajon de la mesa.) Dibujos... Mas dibujos... Planas de Jusepa... Nada... Ahi dentro tal vez...

(Vase por la derecha.)

ESCENA XVIII.

GABRIEL, saliendo por el armario.

¡Aquí no está el Conde! ¿Qué habia de estar? En todo me engañaba la pérfida. Mejor hubiera sido esperarle en su misma casa, y matarle allí. Salgo de un encierro; me dice mi padre que Paula me vende; quiero hablar al Conde; Santoyo me deja en la librería de su amo; se abre la puerta del secreto; y aparece allí Paula! ¡Traidora! Y ¡aun queria persuadirme de su inocencia! Santoyo la libró de mis iras; que si no se la lleva pronto á la calle...

ESCENA XIX.

MATEO, con un farol y una carta, GABRIEL.

GABRIEL. ¡Un hombre! ¡No es él!

MATEO. ¡Él es!

GABRIEL. ¿A qué habeis venido á esta casa, Mateo?

MATEO. A buscar un papel y al que lo haya escrito. El papel es este: el que lo ha escrito, ¿quién es?

GABRIEL. Soy yo: es una carta mia, dirigida á Paula.

MATEO. Mirad bien si os esquivocais.

GABRIEL. Es mi letra y mi firma.

MATEO. Y aquellos papeles que llevabais en la maleta, ¿son de vuestra mano tambien?

GABRIEL. Todos estan escritos por mí.

MATEO. Reparad que esa declaracion puede comprometeros.

GABRIEL. Esa declaracion la he dado al Conde de Olivares, y sin embargo he sido puesto en libertad.

MATEO. Ved que hay allí unos versos con el nombre de cierta dama...

GABRIEL, aparte. Leonor Mendoza. Vergüenza da... Pero yo no falto á mi palabra, aunque la haya dado á un rival infame.

MATEO. ¡Callais! Aquello era mucho para un hombre de vuestra especie: no pueden ser vuestras aquellas coplas.

GABRIEL. He dicho que es mio, canalla.

MATEO. ¡Hijo de mala madre! no lo repetirás. (Desenvaina.)

GABRIEL. La vida te costará ese horrible insulto, vil asesino. (Desenvaina.)

MATEO. Asesino pudiera ser, y te permito sacar la espada: valgo mas que tú. (Lidian, y es herido Gabriel.)

GABRIEL. ¡Santo Dios! ¡Ah Conde! ¡Ah Paula! (Cae.)

ESCENA XX.

El ALCALDE, El ESCRIBANO, ALGUACILES, Dichos.

ALCALDE. ¿Qué es esto?

ESCRIBANO. ¡Un herido!

GARBIEL. Socorredme. Llevadme de aquí.

ALCALDE. ¡Es Gabriel!

MATEO. Es Gabriel Jimenez, herido por Alonso Mateo, ballestero del Rey.

GABRIEL. Ha sido un error.. un error á que yo he dado lugar.

MATEO. Yo no necesito que se me disculpe. Se me mandó acompañar á ese hombre, y se me autorizó para matarle si trataba de huir. Huyó en Valencia, le hallé en Madrid; y en Madrid... ya veis... le estorbo la fuga.

ACTO TERCERO.

Interior de una rica tienda de sedas y lienzos, en la Calle Mayor, esquina á la callejuela de San Gines, ahora calle de Coloreros. Gran puerta en el fondo, con dos grandes ventanas inmediatas á ella, por donde se ven los portales de enfrente y la calle de Boteros, hoy de Felipe III. Una puerta á la izquierda abre comunicacion con el resto del cuarto; otra á la derecha da á la callejuela. Mostrador, asientos: una imágen de Santa Ines, titular de la tienda, sobre la puerta del fondo.

ESCENA I.

Un CIEGO, un ROSARIERO, un ALOJERO, una FRUTERA, y gentes de todos clases van y vienen por la Calle Mayor; INES, DOÑA GUIOMAR y PETRONILA en la tienda; despues, la MARQUESA, dos DUEÑAS y un ESCUDERO.

CIEGO. ¡Papeles nuevos! ¡noticias y oraciones!

ROSARIERO. ¡El camandulero de Sevilla! ¡Camándulas!

ALOJERO. ¡Obleas y aloja! ¡Bizcochos de soplillo!

CIEGO. ¡Evangelios y coplas! ¡La premática nueva!

ALOJERO. ¡Soplillos y suplicaciones! ¡Barquillos y aloja!

FRUTERA. ¡Peras de Agosto! ¡Melocotones de Aragon!

(Sale la Marquesa con dos Dueñas y un Escudero.)

MARQUESA. Dios os guarde, Ines. Doña Guiomar, Petronila, muy buenas tardes.

INES. Señora Marquesa, venga vueseñoría en muy buena hora.

GUIOMAR. Beso las manos á vueseñoría.

PETRONILA. Beso á su señoría la mano, señora Marquesa.

MARQUESA. Perdonad si os he hecho esperar mucho, mis buenas amigas.

GUIOMAR. Acabamos de llegar, señora Marquesa.

MARQUESA. No he querido traer el coche, y ¡en qué me he visto para cruzar las calles! — ¡Hay un gentío!...

INES. Como es hoy domingo, y la tarde algo fresca, todo Madrid sale á paseo á esta Calle Mayor.

CIEGO. Nuevo decreto de S. M. mandando que á los Ministros y demas personas que sirvieron oficios graves, se les haga inventario de sus haciendas, para que se sepa con qué caudal entraron en sus plazas.

PETRONILA. Con esa medida, no hubiera juntado tanto dinero don Rodrigo, el que degollaron.

MARQUESA. Pasma el ver que muchos principian á desempeñar ciertos cargos, hechos unos Adanes...

ALOJERO. ¡Obleas y barquillos! ¡soplillos y suplicaciones!

ROSARIERO. ¡El camandulero! ¡camándulas!

MARQUESA. Y esos perdidos, á los pocos años revientan de...

FRUTERA. ¡Gordos y ricos, melocotones de Aragon!

MARQUESA. Con que vamos á darnos cuenta recíproca de nuestras diligencias. (Las Dueñas y el Escudero se retiran.)

CIEGO. Soneto á una doncella que deja el siglo, soneto famoso del señor Conde de Villamediana.

MARQUESA. ¡Calla! ¿Si será...

INES. ¡Ciego! ¡Aquí! A la tienda de santa Ines.

ROSARIERO. Por ahí, buen hombre.

CIEGO, pasando de la calle á la tienda. Soneto del señor Conde de Villamediana. ¿Quién pide otro? Soneto grande; catorce versos de marca imperial.

INES. ¿A quién es el soneto, hermano?

CIEGO. Aunque no lo dice, se sabe que se ha escrito para la Francesilla. ¡Es gran cosa! Un maravedí vale: tasa del Consejo.

PETRONILA. Tomad un cuarto.

CIEGO. Viva muchos años, hermana. Con Dios. (Vase.)

PETRONILA. Háganos la merced de leerlo, señora Marquesa, porque yo... una triste alquiladora de coches...

INES. Yo soy mercadera, y tampoco sé leer mas que las marcas de los paquetes: en sabiendo cobrar...

GUIOMAR. A mí me está enseñando ahora mi hijo, y cada dia me da palmetas. Pero yo no he de quedarme sin aprender, porque no le está bien á la mujer de un letrado no conocer las letras.

MARQUESA. Dice pues el soneto: «A una niña hermosa que deja el siglo»...

ESCENA II.

El CONDE, la MARQUESA, INES, GUIOMAR, PETRONILA, Gente en la calle.

CONDE. Bésoos los piés, señoras.

MARQUESA. ¡Oh señor Conde!

CONDE. ¡Señora Marquesa de Toral! ¡Señoras mias!

INES. El señor Conde adelanta hoy un poco su visita á mi tienda.

CONDE. Por anticiparme la satisfaccion que aquí me aguardaba.

MARQUESA. Leednos vuestro soneto á Paula: acabamos de comprársele á un ciego.

CONDE. Es un pensamiento comun: como la persona á quien se dirige.

INES. No, la hermosura de vuestra Francelisa no es nada comun.

MARQUESA. La tijera del Conde es la de las Parcas: á nadie perdona.

GUIOMAR. Con que... dice el soneto...

CONDE. Dice así: (Lee.)

Tú, que el dulce vivir de alegres años
Vas á trocar en reclusion penosa,
Y el blando peto y falda vagarosa
En cilicio cruel y rudos paños;
Tú, que, viendo del mundo los engaños,
Te recoges al puerto presurosa,
Cual nave que entre noche tenebrosa
Teme del mar los encubiertos daños;
Canta la dicha que en su seno encierra
La que amante de Dios, de Dios amada,
Su fe le rinde con ferviente anhelo;
Que si el piloto, divisando tierra,
Mueve la voz, de júbilo embargada,
¿Qué hará viajera que descubre el cielo?

MARQUESA. Bonito soneto, ¡señor Conde!

PETRONILA. ¡Precioso!

MARQUESA. Si compusiereis siempre cosas así!...

GUIOMAR. Pero un soneto del señor Conde á la Francesilla debia ser mas tierno.

PETRONILA. Mas amoroso.

CONDE. ¿Por qué?

INES. ¡Válgame Dios! ¿Por qué será?

PETRONILA. ¿Por qué estamos reunidas aquí nosotras?

GUIOMAR. ¿No es para proporcionar á esa chica un dote, con que se entre en los Angeles?

MARQUESA. Y hace un mes no tenia vocacion de monja.

INES. Ni ahora se le nota mucha; pero tiene pundonor y delicadeza...

MARQUESA. A la covachuela no podia volver.

PETRONILA. Sus humos no son para sujetarse á servir.

MARQUESA. Gabriel (gracias que vive) no trata de casarse con ella: no le quedaba mas arbitrio decente que meterse monja. Nosotras éramos parroquianas suyas, la estimábamos, le teníamos lástima; fuimos á verla á casa del Alcalde Garnica... allí nos juró por Dios y santa María que era inocente...

CONDE. Y juró la verdad.

MARQUESA. ¡Desgraciada verdad! Nadie le ha dado crédito, ni aun el mismo Gabriel.

INES. Ella y el señor Conde ¿qué han de decir? Otra cosa no les estaria bien.

MARQUESA. Ello es que al cabo de llorar muchísimo y de una infinidad de protestas, hubo de rendirse á nuestras exhortaciones, consintió en recogerse, y nosotras nos obligámos á facilitarle los medios.

CONDE. Así una opinion general errónea obliga á esa jóven, estimulada por su pundonor, á tomar un estado que le repugna. Yo repito aquí lo que declaré con juramento en la informacion sobre la herida causada á Gabriel. Nada he tenido que ver con la Francesilla.

GUIOMAR. Si os encontraron una noche en su casa.

INES. Y á ella en la vuestra.

PETRONILA. Y se ha descubierto que entre las dos casas hay un pasadizo por debajo de tierra.

MARQUESA. Decid cuanto querais en favor de Paulita; con ese pasadizo, no pasa.

INES. Van acercándose los caballeros que á estas horas concurren diariamente aquí para conversar: vámonos adentro nosotras.

MARQUESA. Yo he reunido mas de cuatrocientos ducados entre mis conocidos; ¿cuánto ha recaudado mi amiga Ines?

INES. Trescientos cincuenta.

PETRONILA. Yo mas de trescientos.

GUIOMAR. No he juntado yo tanto; pero pasa de cien ducados lo que traigo conmigo.

INES. Ha de haber mas que se necesitaba. Sírvase vueseñoría pasar.

MARQUESA. A mas ver, señor Conde. (Vanse las cuatro.)

ESCENA III.

SANTOYO, El CONDE.

SANTOYO. Señor amo...

CONDE. ¿Qué ocurre, Santoyo?

SANTOYO. Que ha ido á visitaros Gabriel.

CONDE. ¿Qué tal se halla ya?

SANTOYO. Bastante endeble; hoy es el primer dia que sale. Fué la herida terrible.

CONDE. Y ha librado bien el maldito del ballestero. ¿Qué queria Gabriel?

SANTOYO. No me lo declaró; mas yo conocí que no os busca de paz. Le dije que vendriais, como soleis, á esta tienda...

CONDE. Bien. Si me quiere algo, que me busque. Yo no estoy ya mal con él. Si Paula no es mia, no es suya tampoco: hay para consolarse. Me despreció esa simple, le compuse una seguidilla: se enclaustra, le dedico un soneto: la indemnizacion pasa de equitativa, raya en generosa.

Santoyo. Quisiera advertiros, cuando me dejeis hablar, como en efecto no soleis...

Conde. Me han dicho que el soneto á Paula deberia ser mas enamorado: yo no quiero ya tal mujer. Encaprichada por su Gabriel, ó por su convento, no merece que Villamediana piense mas en ella: húndase para mí en el olvido: revuelva contra todos mi furia satírica, principiando por ese Rey, que no sabe mas que hacer coplas y malas; pasando á la Reina, francesilla pusilánime, que ni aun tiene el espíritu de la Francesilla vulgar... — Gasto un mes en escribirle á S. M. femenil una comedia de tramoyon, hirviendo en lisonjas, que el discurrirlas me dió calentura... (yo lisonjero); le hago ver que prestándome su favor, podríamos echar á puntapiés á ese Conde, que aun á ella la humilla; la cojo en brazos en un incendio, y me dice con su lengüecilla gabacha: «Solo el Rey toca á mí: decatmi; no custo de isto.» — Tampoco gusta el Conde de quien desconoce su puesto.

Santoyo. Parece que en las Gradas de San Felipe han leido un papel...

Conde. Paula Reina... Mejor llevaria la corona esa testaruda... esa villana indómita... — Hombre, no me mientes á Paula nunca.

Santoyo. Si sois vos quien me la nombrais.

Conde. No quiero acordarme de ella, no quiero nada que me la recuerde.

Santoyo. El año de 1618 os desterró el difunto Rey por...

Conde. ¿Oyes, estantigua?

Santoyo. Os oigo, á ver si me escuchais luego á mí.

Conde. Ofrece á las religiosas de los Angeles una lámpara de plata de tres arrobas, por la trenza de Paula.

Santoyo. Ya veo que no quereis nada que os la recuerde.

Conde. Tú te figuras que, por la Francesilla, seré yo capaz de cualquier disparate.

Santoyo. No, señor; de casaros con ella no os creo capaz.

Conde. Tendria que pedir vénia al Rey; se mofaria de mí la Reina; Quevedo el patojo me traeria entre consonantes, y Lopillo, y el frailuco de la Merced... Y Rojas se haria rajas de gusto, y á Juanete Alarcon no le cabria en la corcova la risa, y eso que cabe allí el arca de Noé.

Santoyo. Señor Conde, cuando os desterraron cuatro años há...

Conde. Cuando me desterraron la segunda vez, bramaba de ira, y no tenia tan mal humor como tengo ahora. No digas á nadie el por qué.

Santoyo. ¿Digo yo de vos nada? Miéntras yo viva, seguros están los secretos que me habeis confiado.

CONDE. Miéntras tú vivas... ¿Quién morirá primero?

SANTOYO. Señor Conde, paso de los sesenta.

CONDE. Una estocada se administra en Madrid con tan poco reparo... dígalo Gabriel. Si muero ántes que tú, quedas facultado para declarar de mí cuanto sepas. Aborrezco la hipocresía: la seguidilla contra Paula se me pone en los labios á cada momento.

SANTOYO. Por murmurar, hasta de vos murmurariais.

CONDE. Cuando te hallas muy triste, ¿qué sueles hacer?

SANTOYO. Hago bien al prójimo: suelo dar una limosna crecida.

CONDE. ¿Te entristeces muy á menudo?

SANTOYO. Una vez al año... cuando es bisiesto.

CONDE. No te empobrecerá la melancolía. Me conviene hacer hoy una buena obra: Paula no me ha consentido que la dote...

SANTOYO. Dadme vuestras órdenes y correré yo con el donativo: si lo haceis vos, lo echaréis á perder con alguna aprension.

ESCENA IV.

Un SANTERO, con un cuadro de demanda, Dichos.

SANTERO. Caballeros, esta bendita imágen tiene concedida indulgencia plenaria: sacad una alma del purgatorio.

CONDE. Cien duçados hay ese en bolsillo.

SANTERO. Cien almas habeis enviado al cielo.

CONDE. ¿Teneis certeza de que ya están allá?

SANTERO. Tengo fe segurísima.

CONDE. Al que entra en la gloria, no le despiden: recojo el dinero para otra obra de caridad. (Coge la bolsa y vase.)

SANTERO. Mal hace en burlarse de los difuntos ese caballero: á todos nos ha de llegar nuestra hora.

ESCENA V.

JUSEPA, SANTOYO, El SANTERO.

JUSEPA. Buenas tardes, señor Santoyo.

SANTOYO, aparte. (Por no encontrarse con la chiquilla, se va mi amo.) — Buenas tardes, mudita. (Al Santero.) Yo os entregaré los cien ducados: venid conmigo. (Aparte.) Al fin se me escapó, sin que le instruyera de lo que se susurra: volveré luego aquí. (Vanse Santoyo y el Santero.)

JUSEPA. ¿Dónde se han detenido? ¡Ah! ya llegan.

ESCENA VI.

El ALCALDE, PAULA, JUSEPA. Despues, LA MARQUESA, INES, DOÑA GUIOMAR, PETRONILA.

PAULA. No me abandoneis, Sr. D. Diego: ya que me habeis dispensado la honra de traerme aquí, ayudadme á persuadir á mis protectoras. (Salen la Marquesa, Ines, Doña Guiomar y Petronila.)

MARQUESA. Bueno, bueno: estamos conformes. — ¡Ay! ¡que tenemos aquí á Paulita!

INES. ¡Nuestra santa!

GUIOMAR. ¡Nuestra penitente!

PETRONILA. ¡Nuestra convertida!

JUSEPA, aparte. Convertida la llaman, y el señor Alcalde no vuelve por ella! No lo puedo sufrir. (Vase á la puerta del fondo.)

MARQUESA. Hija mia, ya no teneis que desvelaros por vuestra suerte: mil y doscientos ducados de dote os hemos reunido.

JUSEPA, aparte. Me escapo á las Gradas de San Felipe. (Vase.)

INES. Mañana principiaremos las diligencias para que os den el hábito.

PAULA. Vivais largos y felices años, señoras: hay que devolver ese dinero á mis bienhechores: no lo necesito ya.

PETRONILA. ¿Cómo es eso, niña?

GUIOMAR. ¿Renunciais á vuestro buen propósito?

MARQUESA. Eso seria...

PAULA. No, señoras, no: demasiado sé que mi reputacion exige ese sacrificio de mí.

ALCALDE. Paula está ya admitida en el monasterio de Santa Clara de Valladolid.

PAULA. Allí es religiosa una madre, que en recompensa de los beneficios que ha prestado al convento, tiene derecho á un hábito para huérfana pobre. Con tal proporcion, debe esa cantidad reservarse para otra mas necesitada que yo.

MARQUESA. El desembolso ya está hecho, y el uso no podia ser mejor: ese dinero no debe tornar á los que le han dado.

ALCALDE. Pudiera servir para dote de Jusepita.

PETRONILA. ¡Mucho!

MARQUESA. ¡Sí por cierto!

GUIOMAR. ¡Muy buena idea!

INES. Para dote de la niña será en cualquier estado que elija.

PAULA. ¡Oh señoras mias! Eso sí que os lo agradezco con el alma y el corazon. Gracias por ella, gracias por mí, que ya quedo sin cuidado en el mundo. Pero por aquello

que mas ameis; por Dios, á quien debemos amar sobre todo; por Dios nuestro Señor, que si en el dia de mañana consultais la voluntad de esa niña, no se la contrarieis como la suerte se complace en contrariársela á su infeliz hermana.

MARQUESA. Vamos, Paula, es menester olvidar esos devaneos, afirmar los piés en el buen camino, y no volver los ojos atras.

ESCENA VII.

GABRIEL, PAULA, LA MARQUESA, INES, DOÑA GUIOMAR, PETRONILA, El ALCALDE.

GABRIEL. Señoras... el señor Conde de Villamediana ¿ha venido?...

PAULA. ¡Gabriel!

GABRIEL. ¡Paula!

INES. El señor Conde se ha retirado de aquí; pero entiendo que volverá.

GABRIEL. Señor Don Diego, sabeis que durante mi curacion yo no he visto á Paula: hallándola aquí, ¿me permitiréis vos y estas damas una corta entrevista?

ALCALDE. ¿Por qué no?

MARQUESA. Si Paula quiere...

PAULA. Yo... necesito querer.

MARQUESA. Nos retiramos á la puerta, para concederos mas libertad. (Apártanse las cuatro señoras y el Alcalde.)

PAULA. Gabriel, desde casa del señor Alcalde Garnica te dirigí tres cartas: no sé si te las habrán entregado.

GABRIEL. Sí; me las dieron juntas, cuando el estado de mi herida lo permitió. No podia escribirte, dije que te veria... y al fin nos vemos. Quise ver ántes á tu galan; pero te hubiera visto despues.

PAULA. ¡Tú tambien! ¿tú piensas de mí como todos? Las declaraciones del Conde, ¿no me justifican completamente, siquiera contigo?

GABRIEL. Para el vulgo, te justifican poco; para mí, se te ha querido justificar demasiado: uno y otro te pierde.

PAULA. Tú deliras, Gabriel.

GABRIEL. Paula, ¿no jura el Conde que ni te hablaba ni te escribia? Pues sí que te ha escrito: me lo declaraste al partir desterrado. Y no me negarás que te habló: cuando te encontré en su aposento, me lo dijiste. El Conde ha mentido, el Conde se ha hecho reo de perjurio por salvar tu fama: ¡perjurio inútil! Madrid no le cree por lo que sospecha, y yo por lo que sé.

PAULA. En casa del Conde me hallaste fugitiva de él, y

habiéndole encerrado en la habitacion que fué tuya. Despavorida, tropezando á cada momento en mi precipitacion honrada, oscilando la luz en mi mano trémula, crucé el angosto subterráneo de una casa á otra, pidiendo al cielo un defensor de mi inocencia bajo el techo del Conde. Abro con angustia una puerta; veo al hombre que amaba, me arrojo á sus brazos... ¡Cómo me recibiste! ¡Me rechazaste con oprobio, Gabriel!

GABRIEL. El desventurado Gabriel Tovar es hijo de madre que no fué esposa; la primera vez que me dijeron el nombre de mi padre, le oí denostado y escarnecido. Yo nací con amor á la honra; yo no podia quitarme los padres que me habia dado quien todo lo ordena; pero podia y queria emplear mi amor en una mujer que trajese á mi casa cariño para mi cariño, buen nombre para mi buen comportamiento con ella. Cariño me tenias, de buen nombre gozabas: ¿dónde se fueron?

PAULA. De mi nombre, pídele cuento al que me le roba; yo no mando á la suerte: mando en mi pecho, y mi amor es el mismo que siempre fué. Haber ocupado la morada en que tú viviste, ocuparla por eso ¿ha de contárseme por agravio á tu amor?

GABRIEL. Cierto. Nada mas inocente que pasarte á mi cuarto; yo no te habia dicho que tenia comunicacion con la casa del Conde. — Te solicitaba un poderoso, le tenias miedo, me necesitabas para tu defensa, no estaba yo aquí... yo he tenido la culpa, no me debo quejar.

PAULA. Basta, Gabriel. Víctima de un descrédito inmerecido, me daba horror pensar que me echaban á empellones del mundo, quedando en él alguien que llorase acaso perderme. Te unes á mis detractores, nadie piensa bien de mí, nadie me cree sino tu madre: ¿qué he de hacer sino reunirme con ella? Sola, abandonada, sin defensor entre los hombres, ¡ampáreme la providencia de Dios! (Vase por la derecha.)

MARQUESA. Sigámosla. (Entranse tras Paula las cuatro.)

ESCENA VIII.

MATEO, GABRIEL, El ALCALDE.

MATEO. Señor Alcalde, el señor Conde de Olivares necesita veros al punto.

ALCALDE. ¿Dónde?

MATEO. En Palacio.

ALCALDE. Voy á servir al señor Ministro. (Vase.)

ESCENA IX.

GABRIEL, MATEO.

MATEO. Señor Don Gabriel, yo os herí malamente, y la Justicia me dió por libre.

GABRIEL. Combatímos de igual á igual, y tú con excusa bastante: por eso ni mi padre ni yo hemos pedido nada contra tí.

MATEO. La culpa fué vuestra: os hice una pregunta, y no me respondisteis verdad.

GABRIEL. Mateo, nada tenemos que hablar los dos.

MATEO. Dijisteis que era vuestro el romance á la Duquesa Margarita, encontrado por mí en vuestra maleta; y eso no me lo debisteis decir.

GABRIEL. Te dije, ó te quise dar á entender por lo ménos, que eran mios los versos contra doña Leonor Mendoza.

MATEO. Ya: ved ahí el error.

GABRIEL. Ademas, de todo papel escrito de mi mano, respondo yo.

MATEO. No debeis responder de lo que no habeis podido hacer. Habrá un año que estais aquí, y el romance á la Duquesa Margarita se hallaba en mi poder hace cuatro años cumplidos: cuando el autor de ese romance lo ponia en Madrid en manos de mi difunta Andrea, estabais vos en Valladolid. Al autor de esos versos buscaba yo, y sigo buscándole.

GABRIEL. ¿Por qué?

MATEO. Porque, por él, tuvo el Rey que perdonarme... lo que no puedo perdonarme yo. En vuestra maleta encontré, ademas de ese papel aciago, una llave de vuestra casa.

GABRIEL. En algun bolsillo de mi ropa.

MATEO. Cabal. Llegué á Madrid, supe que Paula habia tomado la habitacion que vos tuvisteis, y se me figuró que de noche por lo ménos, habriais de verla.

GABRIEL. Fuí preso al llegar, y conducido á un calabozo de Palacio con gran sigilo...

MATEO. Como que ignorante yo de ello, entré á buscaros en vuestra habitacion, ya de Paula, tres noches seguidas.

GABRIEL. ¿Tú? ¿Cómo entraste allí?

MATEO. Con vuestra llave: con ella y con una linterna el dia de mi llegada á Madrid, siendo ya media noche, me fuí á la calle del Arenal, decidido á penetrar, si podia, en el cuarto de Paula, para ver si os refugiabais allí. Metí la llave en la cerradura del portal, y la puerta se abrió. Como no estaba echado el cerrojo por dentro, y allí no habia mas vecino que Paula, comprendí que la inquilina debia estar fuera. En efecto, con la misma facilidad abrí la puerta del cuarto; encendí luz, y me hallé solo en él.

GABRIEL. ¡Gran Dios! Y ¿qué noche fué esa?

MATEO. La del 25 de Julio, el dia que se mudó Paula, porque hasta ese no la precisaron á dejar su cuarto de la calle de Rompelanzas.

GABRIEL. Con que la noche del 25 ¿no la pasó Paula en la casita de la calle del Arenal?

MATEO. A las seis de aquella mañana la vi abrir desde adentro la covachuela de la calle del Cármen. Y á la noche siguiente sucedió lo mismo; la tercera, que fuí temprano, tropecé primero con el Conde, y con vos despues.

GABRIEL. ¡Y me lo decia Paula en casa del Conde con el mas puro acento de la verdad, y no quise, no pude, no acerté á creerla!

MATEO. Y parece que miéntras tanto, ya cantaban las fregonas al ir por agua:

Francelisa la bella
Ya tiene dueño:
La noticia se sabe
Por el correo.

GABRIEL. ¡Por él se ha sabido, sí! Esa infame voz es obra del Conde; es sistema suyo difamar á una mujer, para que se pierda, ó cobarde ó desesperada. ¡Conde! el último dia de tu vida es hoy.

ESCENA X.

JUSEPA, GABRIEL, MATEO.

JUSEPA. Bien puede ser, porque anda ya un tole tole contra el tal Condecito, que tiene que oir. Y soy yo quien ha levantado la polvareda.

GABRIEL. ¿Tú?

MATEO. ¿Cómo?

JUSEPA. No mereciais que lo dijese; pero cuando no habeis muerto de la estocada que os pegó este salvaje, Dios quiere sin duda que volvais á ser muchacho de juicio.

GABRIEL. Al caso.

JUSEPA. Pues, señor, ese Conde malo escribió á mi hermana un romance, que principia con estos versos:

¿Para quién, Amor, tu diestra
Tan solícita se armó
De tanto encendido rayo,
De tanto punzante arpon?

MATEO. Ese romance ya habia servido para otra.

JUSEPA. Ese romance se le habia dado Paula con unos dibujos á una mujer, y no sabia quién. Cuando vi yo que el señor Conde sostuvo que ni habia escrito ni hablado á mi

hermana, me puse rabiosa. ¡Habrá embustero! Pues ¡si habia yo tenido su papel en mis manos, si lo sabia de memoria!... ¿Lo he sacado yo de mi cabeza? ¿galanteo á mi hermana yo?

MATEO. ¿Estaba ese papel escrito de mano del Conde?

JUSEPA. Pues ¿no habia de estar?

GABRIEL. ¿Por dónde te consta?

JUSEPA. Porque me lo ha dicho una dama que, á la cuenta, lo debe saber.

GABRIEL. ¿Qué dama es esa?

JUSEPA. Doña Leonor Mendoza.

GABRIEL. ¿Cómo has hablado tú con ella?

JUSEPA. Porque una criada suya solia comprar dibujos en nuestra covachuela. Yo me desvivia con el ansia de encontrar el dichoso romance para mostrárselo al Conde y decirle: «¿Veis cómo habeis escrito á mi hermana? Pues como habeis mentido en esto, habréis mentido en otra cosa mas principal.»

GABRIEL. Y ¿esa criada... ó esa Leonor...

JUSEPA. Miéntras vos penabais con vuestra herida, y mi hermana con sus pesadumbres, yo, cada dia con un pretexto, salia de casa del señor Alcalde á preguntar á las parroquianas por nuestro curioso romance. Ayer tropecé con la Serapiona, a criada de Doña Leonor. Le digo: «¿Te ha dado mi hermana unos versos con algun dibujo?» Me dice: «Allí tengo un papel escrito: no sé leer. — Vamos á verlo.» Y me encajo en casa de Doña Leonor.

MATEO. Esta chica es el diantre.

JUSEPA. ¡Ay, amigos! ¡qué bonita es la Doña Leonor! ¡Y qué amable! Apénas le dije que el Conde de Villamediana era un pícaro, me plantó un par de besos, que me dejó señal.

MATEO, á Gabriel. Leonor sabe ya por Doña María Tercero, que la décima contra ella es obra del Conde.

GABRIEL. Y en efecto, ¿el romance...

JUSEPA. Estaba envolviendo unos festones de guardapiés. Ya he dicho que Doña Leonor es muy guapa; pues cuando acabó de leer el romance, se puso divina: le relucian los ojos de una manera...

MATEO. Ya.

JUSEPA. Me hizo mil cariños, y me regaló una porcion de cosas, porque le dejara el romance hasta hoy. Yo le hice presente que trataba de pedir al Rey que mandase averiguar quién era el que habia calumniado á mi hermana, y que para ello se necesitaba presentar á S. M. el romance. «El Rey lo verá, me dijo Leonor, y es inútil que veas al Rey.» Yo callé; pero desde allí me fuí á vuestra casa, caballero Gabriel Tovar; se lo conté á vuestra señora madrastra, què vale mucho mas que su hijastro; me ha sacado la audiencia, y ahora vamos á Palacio las dos.

MATEO. ¿Y el romance? ¿os lo han vuelto?

JUSEPA. Me ha dicho la Serapiona que lo tiene el Rey. Pero aquí entra lo mejor.

GABRIEL. ¿Qué es?

JUSEPA. Que en ese romance hay un verso que dice: *Son mis amores reales...*

MATEO. ¿Cómo es eso?

GABRIEL. ¿Cómo dice así?

JUSEPA. Como que fué escrito para una reina... la Reina Paula, primera de este nombre.

MATEO. ¡Ah!

GABRIEL. ¿Y qué?

JUSEPA. Que doña Leonor, no sé con qué motivo, ha mandado extender copias á docenas del bendito romance, diciendo por supuesto que es obra del Conde; y para no perjudicar á mi hermana, se ha suprimido en las copias el primer renglon del original.

GABRIEL. ¿Qué decia el primer renglon?

JUSEPA. «Á Paula Reina, la Francesilla.» Como ya no va en el romance el nombre y apellido de Paula, parece que se ha escrito, no para la Reina Francesilla, sino para la Reina Francesa, la Reina real y efectiva, nuestra señora: lo han leido miles de personas, y está medio alborotada la poblacion.

ESCENA XI.

El ESCRIBANO, Dichos.

ESCRIBANO. Niña, la señora secretaria del Patronato llega ya aquí.

JUSEPA. Adios, Gabriel. Voy á ver á S. M.

MATEO. ¡Jusèpa, Jusepa! recobrad el romance; necesito yo verle. (Vanse Jusepa, el Escribano y Mateo.)

ESCENA XII.

El CONDE, Varios CABALLEROS, GABRIEL.

GABRIEL. ¡El Conde!

CONDE. No deis en esa necedad, señor don Gonzalo: el romance fué escrito para la Francesilla. *Francelisa* es un anagrama libre de *Francesilla.*

CABALLERO 1°. Y de *lis francesa* ó *francesa lis,* distintivo de la casa Real de Francia.

CABALLERO 2°. *Son mis amores reales,* dice á la letra uno de los versos: me parece que esto no necesita explicacion.

CONDE. Paula se llama Reina de apellido. — ¡Ah! ¡Señor don Gabriel!

CABALLERO 1º, á los otros. ¿Y la comedia de Aranjuez?
CABALLERO 2º. ¿Y el abrazo entre el fuego?
CABALLERO 1º. ¡Fuego en el abrazo!
CONDE. Habeis ido á mi casa: ¿qué teneis que mandarme?
GABRIEL, aparte, al Conde. Señor Conde, vos habeis declarado que no habeis pretendido á Paula.
CONDE. Cierto: por defender su honra.
GABRIEL. Y acabais de decir que le habeis escrito un romance de amores.
CONDE. Cierto: por defender la honra de S. M.
GABRIEL. Pues á pesar de lo noble de ambas defensas, la una ó la otra declaracion es men...
CONDE. ¡Chit! no acabeis. Convaleced, curaos del todo: y si quereis, reñiremos entónces.
GABRIEL. Ha de ser ahora.
CONDE. Yo os propuse un duelo cuando me dijisteis quién erais, y lo rehusasteis por que no os convenia; soy ménos egoista que vos: por conveniencia vuestra, me niego á este.
CABALLERO 1º. Señor Conde, nos olvidais.
CONDE. Queria obtener del señor D. Gabriel Tovar que nos favoreciese con su compañía.
CABALLERO 1º. Nos honrará mucho el señor D. Gabriel.
CONDE. Venid, agregaos al corro, sentaos. Hoy dejais el lecho despues de tres semanas: tratad de esparciros, no lo querais todo en un dia.
GABRIEL, aparte. Yo veré de irritarle.
CONDE. Estas son mis Gradas de San Felipe; en las otras, de la acera de enfrente, se reunen mis enemigos.
GABRIEL. Mucha gente se junta allí.
CONDE. Vivimos entre hombres tan raros, que el obrar mal no se tiene por culpa, y es culpa el decirlo. Y ¡son tantos, amigo y señor D. Gabriel, son tantos aquellos de quienes se puede decir!...
CABALLERO 1º. Hoy, como es domingo, nos colocamos aquí, á la parte de adentro, para que el soportal quede libre á los paseantes.
CABALLERO 2º. Es extraño en verdad que se pasee tanta gente por la Calle Mayor, y tan poca en el Prado.
CONDE. Se abstienen de pisar la yerba, por si la necesitan pacer.
CABALLERO 1º. A propósito de pacientes: allí va el Alguacil Mayor.
CONDE. ¿Periquito Verjel?
CABALLERO 2º. El señor D. Gabriel no le conocerá.

CONDE. ¡Qué galan pasa Verjel
Con cintillo de diamantes,
Diamantes que fueron ántes
De amantes de su mujer!

CABALLERO 1º. ¿Qué os parece el epigramita?

GABRIEL. El señor Conde rima la palabra *verjel* con la de *mujer*, y no son consonantes.

CONDE. Licencia poética, maese Gabriel.

GABRIEL. Es muy aficionado á licencias el señor Conde.

CABALLERO 1º. Su musa ostenta siempre cierto espíritu juvenil...

GABRIEL. Quizá tenga ménos de juvenil que de Juvenal.

CONDE. Al señor Tovar le ha servido servirme.

CABALLERO 2º. ¡Señores, novedad! ¡Doña Aldonza á pié!

CABALLERO 1º. Es verdad, que siempre va en coche.

CABALLERO 2º. O por lo ménos, á caballo.

CONDE. En jumento la he visto yo una porcion de veces.

CABALLERO 1º. ¿Cuándo?

CONDE. Cuando se apea en brazos de su caballerizo.

CABALLERO 1º. Aquella tapada debe ser Leonorcita Mendoza.

CABALLERO 2º. Bella dama es.

CONDE. Dama, sí; ¡bella... cá!

TODOS LOS CABALLEROS. ¡Bellaca! ¡Ah! ja! ja! ja!

CABALLERO 2º. ¿Qué niños son aquellos vestidos de blanco?

CABALLERO 1º. Unos moritos marroquíes, bautizados esta mañana: parece que su padre es un sujeto ilustre.

CONDE. ¿Niños moros, hijos de padre ilustre? Serán hijos del Virey de Nápoles, moro oculto de las Vistillas.

CABALLERO 2º. ¿Hablais del Virey que fué, ó del que lo es?

CONDE. Del que era Virey, y por concision queria un título con dos letras ménos.

CABALLERO 1º. *Virey*, sin la primera sílaba, *Rey*.

GABRIEL. Señor Conde, eso es llamar traidor al Duque de Osuna, y parece poco puesto en razon hablar así de un hombre que, hallándose preso, no puede defenderse de vos.

CONDE. ¿Creeis que esté preso por nada?

GABRIEL. ¿Os desterraron á vos por algo?

CONDE. ¿Sois vos juez de mis escritos ni de mi lengua?

GABRIEL. ¿Podeis moverla vos contra nadie?

CONDE. Mirad que todavía no he dicho nada que os toque á vos.

GABRIEL. Esto es advertiros con tiempo que tengo espada.

CONDE. ¿Espada? Una caña con una esponja os estaria mejor.

GABRIEL. Maldiciente sin vergüenza, defiéndete. (Desenvaina.)

TODOS LOS CABALLEROS. ¡Señores!

ESCENA XIII.

INES, LA MARQUESA, PAULA, DOÑA GUIOMAR, PETRONILA, Dichos. Despues, dos Mancebos de tienda.

MARQUESA, INES, PETRONILA. ¡Señores! señores!

(Tocan á la oracion; descúbrense todos los Caballeros.)

CONDE. Señores... ¡tocan á oracion! Ave María, como dice Fr. Simon de Rojas.

PAULA, á Gabriel. Señor Don Gabriel, los soldados rezan con la espada en la mano; vos no perteneceis al ejército. (Le hace envainar, tomándole ella misma la mano derecha y la vaina de la espada.)

GABRIEL, aparte á Paula. ¡Paula! ¡era para vengar tu inocencia!

PAULA, aparte. ¡Ah! ¡Todavía me ama! (Salen dos mancebos de la tienda, encienden luces y se retiran.)

MARQUESA. ¡El Rosario de las mujeres! (Pasa un Rosario de mujeres por la Calle Mayor con direccion á la calle de los Boteros.)

GABRIEL, aparte á Paula. ¡Perdon, Paula mia: no vayas á Valladolid!

LAS MUJERES DEL ROSARIO, cantan:

Madre nuestra del Rosario,
Dadnos fe, salud y paz,
Y en la muerte no nos falte
Vuestro amparo celestial. (Vanse.)

ESCENA XIV.

El ALCALDE, ALGUACILES, El CONDE, GABRIEL, LAS SEÑORAS, LOS CABALLEROS, Despues MATEO.

ALCALDE. Buenas noches, señores. (Sale Mateo y se coloca detras de los Alguaciles.)

INES. Buenas, y muy buena venida, señor Alcalde.

ALCALDE. Señor Conde de Villamediana, comisionado por el señor Conde de Olivares para lo que os diré, tengo que preguntaros si reconoceis como vuestros el concepto y letra de este romance.

CONDE. A ver. (Mateo procura ver el papel, sin ser visto del Conde.) Sí, señor: esta letra es mia, estos versos son mios.

ALCALDE. ¿Para quién habeis escrito esto?

CONDE. Cuando el papel estaba entero, y no recortado al rededor como ahora, decia para quién. Para Paula Reina.

ALCALDE. Señora Paula Reina, ¿habeis recibido vos este papel de manos ó de parte del Conde?

PAULA. De parte del Conde. (Teniendo Paula el papel, Mateo lo ve.)

MATEO, aparte. ¡La misma letra! ¡Es mi embozado!

ALCALDE. Paula, el señor Conde de Olivares, atento á vuestra honra y á las pretensiones del señor Conde de Villamediana, ha impetrado de S. M. la vénia y del Vicario la licencia precisas, y desea que esta misma noche case el Conde con vos.

PAULA. ¡Conmigo!

CONDE. ¡Con Paula!

GABRIEL. ¡El Conde con Paula!

UN ALGUACIL, aparte á Mateo. Orden secreta: si rehusa el Conde casarse, cumplidla. (Le da un papel.)

ALCALDE, aparte al Conde. Prestaos á la boda; es negocio de estado: hay que probar que el romance no era para la Reina.

CONDE, aparte. ¡Lindo rato voy á dar á Gabriel!

MATEO, aparte, mirando la órden. Esto es avivar el apetito al hambriento.

CONDE. Como el señor Conde de Olivares es tan mi amigo, fuerza es complacerle, y no desairar el permiso de S. M. Estoy pronto á casarme con Paula, si ella consiente.

PAULA. Ruego al señor Alcalde que me oiga.

GABRIEL. Respetando los deseos del señor Ministro, pido que se me escuche.

CONDE. Señor Don Gabriel, deseos de un privado, suelen ser órdenes del Rey disfrazadas. Yo he pretendido el amor de Paula, y no lo he podido obtener, quizá por no haber tomado desde luego el recto camino á que me conduce una mano... benévola. Irritado al ver que de nada me aprovechaban con mi desdeñosa ni obsequios ni dádivas, esparcí yo mismo voces contra su honor.

PAULA. ¿Oís, señores?

CONDE. Yo soy el autor de esa seguidilla tan creida como engañosa: manché la copa que deseaba llegar á mis labios; pero con el firme propósito de purificarla. El amor aspira siempre á destruir las desigualdades; el Rey trata de premiar la virtud; la manera no me disgusta... Espero que mi Francelisa me tenderá la mano en señal de perdon; y estoy seguro de que la nueva Condesa llevará dignamente su título. — ¿Dónde es la boda, señor Alcalde?

ALCALDE. En casa de la novia, en mi oratorio. Podeis iros allá. (Sale Santoyo.)

CONDE. Llegais muy á tiempo, Santoyo: necesitamos reunir

la familia. Gabriel, vos convaleciente y yo de boda, dilataremos el ajuste de nuestra cuenta para fines de año. — Paula, bajaos ese manto á los hombros: en Castilla, las doncellas nobles y honradas, las Reinas, van á desposarse en cabello. (Bájale á Paula el manto, besa una punta de el, saluda y se va retirando. — Aparte á Santoyo): ¡Santoyo, adelántate! ¡Postas para Zarragoza! ¡postas para el Correo Mayor!

ALGUACIL, aparte á Mateo. Ya veis que obedece.

MATEO, aparte al Alguacil. Me convido á la boda. — (Aparte.) La infeliz Andrea me empuja tras él. (Vase.)

ESCENA XV.

PAULA, GABRIEL, El ALCALDE, La MARQUESA, INES, DOÑA GUIOMAR, PETRONILA, ALGUACILES, CABALLEROS.

PAULA. Señor Alcalde, hoy la opinion pública me obligaba á sepultarme en un claustro: hoy, con la mediacion de S. M., se me quiere obligar á contraer un matrimonio, ajeno de mi clase y de mi eleccion. ¿Por qué culpa merezco yo que el pueblo y el Rey, todos, me tiranicen el albedrío?

ALCALDE. Paula, ved que ser esposa de un Conde vale cuanto os pueda costar.

PAULA. Me costará la vida.

INES. Cobraréis vuestra honra.

MARQUESA. Vida por honra, Paula: esta es la divisa de la mujer de bien.

GABRIEL. Esa es la divisa del caballero. Si amasteis á un hombre, si ese hombre os amó, ese hombre debia conoceros mejor: cuando os vió calumniada, no debió dar crédito á las inculpaciones y á la calumnia, debió creeros á vos sola; y ni os creyó, ni os defendió, ni os vengó. Ha dejado á su rival que viva; sufra el triunfo de su rival. Paula, sed Condesa, olvidad á Gabriel.

ALCALDE. Vuestro casamiento es un castigo para el Conde y para Gabriel: para el Conde por haber escrito contra S. M., para Gabriel por haber sido cómplice.

PAULA. Y ¿por qué se me castiga á mí? Justificada ya tan completamente por el Conde, ¿quién tiene derecho para casarme contra mi gusto?

ALCALDE. La declaracion del señor Conde, para la Justicia es prueba inconcusa; para la malicia no.

MARQUESA. Pues, porque ya el Conde tenia interes personal en justificaros.

INES. Si no os casais con él, no quedais bien.

PAULA. ¿Con que la verdad no se cree, y la calumnia sí?

ALCALDE. Casaos con el Conde: si no, el velo de reclusa caerá sobre vos.

PAULA. Mil veces le prefiero. Conducidme á Valladolid, encerradme en el convento de Santa Clara.

ESCENA XVI.

JUSEPA, El ESCRIBANO, Dichos.

JUSEPA. ¡Ay, Paula mia! nada hemos obtenido. El Rey estaba muy enojado con el Conde; le nombré á Doña Leonor, y se irritó mas.

ESCRIBANO. Como que se hallaba la Reina allí.

JUSEPA. A Gabriel se le indulta: como hijo de Ministro, sale mejor librado. A tí te sentencian á ser Condesa, y tendrás que irte al destierro de tu marido. (Ruido y voces en la calle.)

PAULA, viendo al Conde. ¡Santo Dios!

JUSEPA. ¡A mi hermana destierro! — ¡Ah!

ESCENA XVII.

El CONDE, herido, apoyado en SANTOYO, Dichos.

CONDE. Destierro... destierro... Entierro es lo que ya necesito.

ALCALDE. Llegad... asistidle... un médico... (Vase un Alguacil.) ¿Señor Conde, quién os ha herido?

CONDE. Un acreedor.... impelido por otro.

SANTOYO. Mateo, señor Alcalde; Mateo, que debió seguirnos sin que le viéramos. Al salir de aquí, se llegó á nosotros Don Luis de Haro, que aguardaba á mi señor con su coche: la gente que se detenia para ver pasar el Rosario, nos detuvo tambien. Dijo mi señor á Don Luis...

CONDE. Sí... que me iba de Madrid... que á mí no me casaba por su gusto la amiguita del Rey...

SANTOYO. Lo oyó Mateo...

CONDE. Hirió... y huyó.

ALCALDE. Salid en su busca. (Vanse algunos Alguaciles.)

CONDE. No le persigais; debe ser mandado. — Paula, cerca está mi casa... y he querido venir á despedirme de tí. Este (señalando á Santoyo), este dirá cuanto se necesite para... para que te cases con Gabriel.

PAULA. ¡Ah señor!

CONDE. Tú rogarás por mí... Tú y la Reina... virtuosas, inocentes las dos. Yo te queria... yo me hubiera casado contigo... pero hoy no... ántes habia de burlar al Privado... y á Leonor y al que... Me oyeron el dicho... ¡Esto ya es

hecho! ¡Justicia de Dios! ¡Calumnia por calumnia! ¡Vida por honra! (Muere. Se oye la música del Rosario, que vuelve. Entran dos Alguaciles trayendo á Mateo; va el Alcalde hácia él, Mateo le entrega la órden secreta, y el Alcalde al verla se descubre con respeto y dolor; hace una seña á los Alguaciles, y dejan retirarse á Mateo. Miéntras tanto el Rosario, bajando por la calle de los Boteros, pasa por la Calle Mayor, dirigiéndose hácia Santa María, es decir, á la derecha del espectador, por donde vino.)

CANTAN. Por nosotros pecadores,
Abogada celestial,
Pide ahora y en la hora
Que tremenda sonará.

LA ARCHIDUQUESITA,

COMEDIA EN TRES ACTOS EN PROSA,

ESTRENADA EN MADRID, EN EL TEATRO DEL PRINCIPE, A 8 DE NOVIEMBRE DE 1854.

PERSONAS.

FERNANDO III, Emperador de Alemania.
EL ARCHIDUQUE LEOPOLDO GUILLERMO.
LA ARCHIDUQUESITA MARIANA.
MATILDE.
EL DOCTOR PER-AFAN.
CLAUS.
CUNEGUNDA, dueña.
OTILIA, menina.
Damas, Caballeros, Meninas, Dueñas.

La accion pasa en Viena, en Diciembre de 1646.

ACTO PRIMERO.

Sala correspondiente á la habitacion de la Archiduquesita en el palacio imperial. En el fondo hay dos retratos del Príncipe de España, D. Baltasar Cárlos. Chimenea grande, mesa, sitiales, taburetes, etc.

ESCENA I.

El EMPERADOR FERNANDO III, en traje de casa. El ARCHIDUQUE LEOPOLDO, de obispo.

LEOPOLDO. No, no; eso te corresponde exclusivamente, Fernando. Eres el Emperador y eres su padre.

FERNANDO. Y tú su tio, y ademas, príncipe de la Iglesia.

LEOPOLDO. Prelado y Archiduque, Maestre de la Orden Teutónica y Generalísimo de tus ejércitos, me doy por inhábil para negociar el matrimonio de mi sobrina.

FERNANDO. Leopoldo Guillermo, habla con tu hermana sin disimulo. ¿Desapruebas que procure casar á mi hija con un rey de España?

LEOPOLDO. ¿Cómo podria desaprobar una medida tan conveniente? ¿Qué seria de nosotro en esta guerra, privándonos de la cooperacion de los españoles?

FERNANDO. ¡Veintiocho años que van ya de lucha incesante!

LEOPOLDO. Y llegará á los treinta, segun se ve. La Archiduquesa Mariana, tu hija, debe ser esposa de su tio Filipe IV; pero él cuenta ya cuaranta y un años, y ella todavía no ha cumplido los doce: natural es que la pobre niña no tenga mucha prisa para tal matrimonio.

FERNANDO. Sin embargo, bien le suena el título de Reina de las Españas y de las Indias.

LEOPOLDO. La soberanía de una potencia en cuyos dominios nunca se pone el sol, á cualquiera seduce. Pero vuelve la vista allí. (Señalando los cuadros.) Muerto el Príncipe don Baltasar Cárlos, hijo de don Felipe, mandaste quitar de esta sa-

la esos retratos suyos; por bien de paz hubo que devolvérselos á Mariana. ¡Con ese novio sí que estaba contenta!

FERNANDO. Ya. Un jóven de poca mas edad que ella, con bellísima traza...

LEOPOLDO. Murió en Octubre, y estamos en Diciembre: ¿es fácil que en tan breve intervalo se olvide Mariana del hijo, y acepte al padre?

FERNANDO. Yo, por mi voluntad, no apresuraria la boda; circunstancias independientes de mi querer me obligan á ello. Precisa es nuestra union con España, y parece que la fortuna se complace en romperla. Yo estaba casado con la hermana de Felipe IV; la perdí. Desposo á mi hija con el Príncipe de Asturias; unas viruelas acaban con el Príncipe en cuatro dias. Viudo, como yo, mi cuñado, se le ofrecen cuatro proporciones de casamiento, sin contar la de aquí: la Duquesa de Montpensier, la Princesa de Mantua, Leonor Gonzaga, y las dos hijas de nuestra prima Claudia, Archiduquesa de Inspruck. Si nos descuidemos un poco...

LEOPOLDO. La de Montpensier y la de Mantua no son partidos para Felipe, hallándose en guerra con los franceses como nosotros. En cuanto á nuestras primitas, las tirolesas de Inspruck, sabes lo que he dicho centenares de veces. Cásate con la una, y Claudia casará la otra como tú dispusieres.

FERNANDO. No pienso pasar á segundas nupcias tan pronto.

LEOPOLDO. ¿Me dices la verdad, Fernando?

FERNANDO. ¡Archiduque Leopoldo!...

LEOPOLDO. El Archiduque Leopoldo, hermano menor del Emperador Fernando III, le debe el homenaje de súbdito; pero como obispo de cinco ciudades, Leopoldo puede amonestar á Fernando. Tú rehusas casarte con nuestra prima Leopoldina, jóven y hermosa, no por amor á la Emperatriz difunta, sino por amor á su sucesora.

FERNANDO. ¡Sucesora! ¿Quién le sucede? ¿A quién amo yo? ¿Quién te ha contado eso?

LEOPOLDO. Ciertas inadvertencias tuyas me han dicho bastante.

FERNANDO. Te juro que, desde el fallecimiento de la Emperatriz, no he dirigido palabra de amor á mujer nacida.

LEOPOLDO. Si no la has dicho, ya la dirás. La señora de tus pensamientos ha de residir aquí en Viena, quizá en este mismo palacio imperial. Ignoro aun quién es; pero yo llegaré á descubrirlo.

FERNANDO. ¿Con qué objeto?

LEOPOLDO. Con el de oponerme á tu inclinacion, si no fuere digna de tí.

FERNANDO. ¡Cómo abusas de mi carácter benigno, Leopoldo! Deja de ocuparte con los amores que me atribuyes, y piensa en la boda de tu sobrina, que importa mas al bien del Imperio. Yo se la he propuesto á Mariana, pero sin fruto; yo la quiero infinito; veo que se aflige en hablándosele de tal materia, y no me atrevo á darle pesar. Por eso deseaba que probases á reducirla.

LEOPOLDO. Si le hago reflexiones, me escuchará sin réplica, pero con disgusto; si le dictamos órdenes, obedecerá, pero de malísima gana: y es cargo de conciencia enviar á Felipe IV una esposa que le tenga aversion.

FERNANDO. Viviera la Emperatriz, ¡y vieras entónces!...

LEOPOLDO. Aunque no educó muy bien á su hija, nos sacaria con facilidad del apuro: una mujer siempre sabe cómo se convence ó persuade á otra. Sola una mujer casaria sin violencia á Mariana.

FERNANDO. ¿Una mujer? Sí, Leopoldo, sé cuál.

LEOPOLDO. No obstante, repito que es muy pronto aun para importunar á la Archiduquesa con proposiciones de casamiento. De aquí á dos meses...

FERNANDO. De aquí á dos dias habrá declarado solemnemente mi hija que será con gusto Reina de España. Puedes entrar á verla. Ceso de rogarte que medies en este negocio.

LEOPOLDO. Me dedicaré al de tu boda. César amante, adios.

FERNANDO. El te guie, Leopoldo. (Vase el Archiduque.)

ESCENA II.

FERNANDO.

(Repitiendo. ¡Sola una mujer casará sin violencia á Mariana!) Tiene razon el Archiduque. Matilde, la Tenienta de Aya, que fué ántes menina, casi niñera de mi Archiduquesita, ejerce en su ánimo el imperio, la seduccion, la fascinacion irresistible á que cedo yo propio: la mujer á quien ama el padre, colocará á la hija en el solio de Isabel la Católica. Todavía ignora Matilde que ha fijado en ella los ojos el Emperador de Alemania; pero mi observador hermano saldrá pronto de Viena, y podré declararme del todo; la declaracion ya está principiada. Suecos, franceses, alemanes luteranos, el Turco, la mitad de Europa está haciéndome guerra: necesito entre tantos afanes un corazon que dé algunos momentos de paz al mio; necesito amar para combatir con mas fuerza: me hará el amor la victoria mas dulce ó el vencimiento ménos amargo.

ESCENA III.

CLAUS, FERNANDO.

CLAUS. Sacra Majestad...

FERNANDO. ¡Hola, Claus! Inquieto me has tenido toda la mañana. ¿Qué has hecho por fin?

CLAUS. Vuestra Majestad Imperial queda servido.

FERNANDO. ¿Pusiste el regalo donde te dije?

CLAUS. Donde mandó Vuestra Majestad Cesárea lo he colocado. Con el dinero que me entregó, fuí al platero, le pagué, y recogí la joya en su estuche. Volví á palacio. Ni mi amo el Doctor Per-Afan de Ribera, ni mi ama la señora Matilde, su sobrina, ni la misma Cunegunda, su dueña, me habian echado ménos aun: con que no tuve que dar excusa de la escapatoria. Llamó en esto desde su cuarto el señor Doctor, y acudímos los tres: era que entre la señora Matilde y la señora Cunegunda le habian cogido veinte pliegos que tenia escritos de notas á Séneca, y habian encendido con ellos la chimenea de nuestra sala. Miéntras el Doctor, lleno de bondad y sabiduría, les echaba una arenga para probarles que, si habian de quitarle papel, agarrasen el blanco y respetaran el manuscrito, me escurrí bonitamente hácia el aposento de la señora Matilde, abrí una arquilla de su tocador donde guarda pomitos de olores, planté en medio el estuche, y me salí de cuarto como un bendito.

FERNANDO. ¿Ha visto ya Matilde la joya?

CLAUS. Creo que no, porque nada nos ha preguntado todavía, ni á mí ni á la dueña. Como viste hábito desde aquella enfermedad que padeció Su Alteza la Archiduquesita, no trastea mucho en el tocador.

FERNANDO. Sírveme fiel, avísame de lo que averigües... y... toma. (Le da dinero.)

CLAUS. Obedeceré á Vuestra Majestad Cesárea, que viva mil años. (Vase el Emperador.)

ESCENA IV.

CLAUS.

(Repitiendo. Sírveme fiel!) Yo hago todo lo que Su Majestad Imperial ordena: me parece que es bastante fidelidad, sin dejar por eso de servir á todos los que me necesiten. Ahí han andado en esas provincias matándose por la libertad de conciencia; yo me contento con la libertad de servicio, y su consecuencia inmediata, libertad de propinas. (Se embolsa la suya.)

ESCENA V.

LEOPOLDO, CLAUS.

LEOPOLDO. Me alegro de hallarte, amigo Claus. ¿Qué tenemos de aquel encargo?

CLAUS. Creo que Vuestra Alteza Serenísima se dará por servido. Acabo de poner con el mayor sigilo en el tocador de la señora Matilde una joya, de órden de Su Majestad Imperial.

LEOPOLDO. ¡Una joya!

CLAUS. De mil escudos.

LEOPOLDO. ¿Luego es Matilde á quien ama el Emperador?

CLAUS. Tal parece, á lo ménos.

LEOPOLDO. ¡Parece! Pues ¿qué?... ¿no lo sabes de cierto?

CLAUS. Sé que Su Majestad Imperial ha destinado esa joya para mi ama; sé que mañana me entregará otra para ella, y pasado mañana otra mas, de doble y de triple valor; sé que tras la tercera irá una carta que explique de quién, por qué y para qué son las tres joyas; fuera de esto, no sé palabra.

LEOPOLDO. ¿Con que todavía la declaracion está por hacer? No mentia Fernando, sosteniéndome que desde que enviudó, no habia enamorado á mujer alguna. Llega la noticia á buen tiempo. Yo cortaré los vuelos á ese peligroso capricho. Matilde ha nacido vasalla mia: dispondré que la lleven á Inspruck, y allí mi prima Claudia la pondrá en un convento, ó la casará segun le parezca.

CLAUS. A Vuestra Alteza Serenísima, como prelado, lo primero que se le ocurre, tratándose de establecer á una jóven, es el convento.

LEOPOLDO. Se han deshecho tantos en la guerra presente... Matilde, para monja, tiene andada la mitad del camino; ya lleva el hábito.

CLAUS. Ciertamente; pero...

LEOPOLDO. Este es el bolsillo que te ofrecí. Ten. (Le da una bolsa.)

CLAUS. Beso á Vuestra Alteza los piés.

LEOPOLDO. Todavía tendrás que servirme.

CLAUS. Lo haré como suelo. Yo no deseo mas que proporcion de servir.

ESCENA VI.

DON PER-AFAN, LEOPOLDO, CLAUS.

PER-AFAN. Alteza Ilustrísima...

LEOPOLDO. Doctor Per-Afan, seais bien venido. Tengo que hablar ahora con un sacerdote sobre ese invento de la piedra filosofal, que tanto alborota. Esperad, y veámonos.

PER-AFAN. Mande á su servidor Vuestra Alteza. (Vase el Archiduque.)

ESCENA VII.

PER-AFAN, CLAUS.

PER-AFAN. Claus...

CLAUS. Señor...

PER-AFAN. ¿Sabes que Matilde todavía no se ha dado por entendida?

CLAUS. Con vos tal vez no, conmigo sí.

PER-AFAN. Y ¿á qué aguardabas para decírmelo?

CLAUS. A que vos me lo preguntaseis. Miéntras no se me sonsaca, no chisto.

PER-AFAN. ¿Qué te ha dicho pues? Habla, explícate.

CLAUS. Esta mañana, que andaba mi señora muy cavilosa, muy distraida... — Por distraccion fué el echar á la lumbre vuestros comentarios á Séneca. — Esta mañanita me dijo...

PER-AFAN. ¿Qué? Acaba.

CLAUS. Me dijo: «Mira, Claus, hace meses que me hallo en mi aposento unas cartas anónimas de no sé qué galan español: estas cartas no han de venirse por sí solas á casa. Eso no tiene vuelta de hoja, le respondí: las cartas necesitan correo. Solo podeis traérmelas, prosiguió, Cunegunda ó tú, y Cunegunda es una mentecata, de quien nadie se fiaria. Razon teneis, repuse; no sirve para ello. Con que tú has de ser el correveilleva, continuó, porque eres un solemne bellaco. — Favor que no merezco, señora. — No te hagas el simple, dijo marchándose; que no quiero comprometerte. Díle á ese hombre que, á fuerza de ser terco, me ha vuelto curiosa. Díle que deseo ya conocerle.»

PER-AFAN. ¿Eso dijo?

CLAUS. Y se marchó corriendo, para que no viese que se le ponia el rostro como un pimiento colorado, de vuestra tierra.

PER-AFAN. Toma, Claus, toma por esa feliz noticia. (Dale dinero.)

CLAUS, aparte. Y van hoy tres tomas por noticias de mi ama.

PER-AFAN. Por fin, ya quiere saber quién le escribe.

Claus. Y ¿qué sucederá cuando sepa que su tio es su amante anónimo?

Per-Afan. Eso es lo que temo; pero ¿de qué otro arbitrio me habia de valer en mi situacion? Yo, que amo ahora con delirio á Matilde, no podia sufrirla cinco años há, y ella me correspondia con su cordial aborrecimiento.

Claus. ¿Es posible?

Per-Afan. Mi hermana, madrileña como yo, servia á la Infanta doña María, ántes que Su Alteza casase con Fernando III. Al venir á Alemania doña María, se trajo á mi hermana y la casó con un buen caballero, cuya casa solariega radica en los dominios del Archiduque.

Claus. Allí nació la señora Matilde.

Per-Afan. A los seis años quedó huérfana.

Claus. Os la enviaron á Madrid.

Per-Afan. Me encargué de educarla. Ya ves que ahora mi sobrina es el ornamento de este palacio por sus gracias y elegante despejo... Entónces era casi fea... ¡y tan ruda! Cinco años tardó en aprender el castellano medianamente: cinco años fueron de desesperacion para mí. Los españoles no tenemos sobrada paciencia para enseñar.

Claus. Ni para aprender.

Per-Afan. Para nada. Dice un refran de allí, que la letra con sangre entra: la instruccion que recibió de mí la pobre Matilde, fué acompañada de tantas angustias... ¡Así me odiaba ella!

Claus. Con escuela tan dulce...

Per-Afan. Doña María, Emperatriz ya, se acordó de Matilde, y me escribió á Madrid que se la trajese para menina de la Archiduquesita Mariana: vinimos á Viena. Ella en palacio, yo en mi casa, estábamos como apetecíamos: Matilde, libre de un maestro verdugo, y yo sin una discípula impertinente. Pero al rayar Matilde en la juventud, y al salir de una enfermedad, su comprension, ántes limitadísima, se trocó de pronto en vivo y penetrante ingenio; la niña de poco agradable aspecto, fué paso á paso transformándose en una dama de brillante hermosura; y al propio tenor, el dómine adusto en galan rendido. Yo, que habia ansiado separarme de mi sobrina, ya no podia vivir sino donde me alumbrara la luz de sus ojos; pretendí, conseguí que se me nombrase preceptor de castellano y latin de la Archiduquesa; volvimos á habitar bajo un mismo techo Matilde y yo; traté de reparar mis antiguos rigores, y cesó ella de aborrecerme; pero noté que en su corazon se albergaba una antipatía contra mí, que sin ser muy fuerte, era de temer que fuese invencible. Quise renunciar á toda esperanza; admití una comision para la corte de Felipe IV; mi amor se tornó mas violento en la ausencia; y desde Madrid, desde

aquella casa donde tanto habia hecho gemir á la infeliz criatura, le escribí papeles, que recibieron sobre sí muchas veces mis lágrimas. Decíale en ellos que me era forzoso encubrirle por algun tiempo mi nombre y mi rostro; que podria contestar á mis cartas por medio de...

CLAUS. El señor Archiduque vuelve.

PER-AFAN. Déjame solo. (Vase Claus.)

ESCENA VIII.

LEOPOLDO, PER-AFAN.

LEOPOLDO. Perdonad si he tardado.

PER-AFAN. ¡Señor!...

LEOPOLDO. Maese Per-Afan, vos sois un español honradísimo, y teneis una sobrina alemana, tan buena como vos: yo, que os conozco, me intereso por ambos.

PER-AFAN. Beso vuestros piés augustísimos.

LEOPOLDO. Don Per-Afan, vuestra sobrina se halla ya en edad de tomar estado.

PER-AFAN. Cierto que sí, Príncipe Serenísimo.

LEOPOLDO. Doctor Per-Afan, vuestra sobrina pudiera estar mejor que en este palacio.

PER-AFAN. ¿Quién lo duda? Hay tanto pisaverde en la corte!...

LEOPOLDO. Pisaverdes y pisamaduros hay, que son de temer. Vos habeis hecho un viaje á Madrid en este año sin vuestra sobrina; ¿quisierais hacer otro con ella, no mas que al Tirol?

PER-AFAN. Con grandísimo gusto. Si partí sin Matilde á España, fué porque el Emperador no permitió que la Archiduquesita se quedara sin su predilecta menina.

LEOPOLDO. Penetro la razon. Pues, Doctor, yo quisiera que tio y sobrina partieseis á Inspruck inmediatamente, con un mensaje para la Archiduquesa Claudia.

PER-AFAN. Se dice si su Majestad Imperial se casa ó no se casa con la hija mayor de la Archiduquesa: ¿tendria relacion con eso nuestro mensaje?

LEOPOLDO. Relacion estrechísima, Doctor Per-Afan.

PER-AFAN. En arreglándolo con su Majestad Vuestra Alteza, disponga de Matilde y de mí.

LEOPOLDO. Yo salgo á todo. ¿Qué estado convendria mas á vuestra sobrina?

PER-AFAN. Si mi voto valiera... Pero Vuestra Alteza puede informarse mejor de la interesada.

LEOPOLDO. Con aquel hábito de la Anunciacion, está hecha una imágen.

PER-AFAN. Por eso dice que no piensa quitárselo nunca.

LEOPOLDO. ¿Eso dice? ¡Perfectamente! ¡Bien haya su boca! Y vos ¿qué decís?

PER-AFAN. Yo... (*Aparte.* Esta es la ocasion de agenciarme un padrino.) Señor, un palaciego me pidió hace poco la mano de Matilde; yo le declaré que estaba en ánimo de negársela á todos.

LEOPOLDO. No pudierais haber contestado mas á mi gusto.

PER-AFAN. Vuestra Alteza comprenderá lo que tal contestacion significa.

LEOPOLDO. No es muy difícil. Hoy haré una plática á Matilde sobre ese punto, y espero demostrarle cuál es para ella el mejor esposo.

PER-AFAN. ¡Cuánta bondad!

LEOPOLDO. Maese Per-Afan, yo quiero concluir este asunto con gran celeridad y secreto.

PER-AFAN. ¿Qué mas pudiera desear yo?

LEOPOLDO. Esta noche á las diez, sin decir nada á nadie, partiréis con Matilde.

PER-AFAN. ¿A Inspruck?

LEOPOLDO. A Inspruck. Os acompañará uno de mis capellanes que os presentará á la Archiduquesa Claudia, y ella propia será la madrina. El dote corre por mi cuenta.

PER-AFAN. No sé cómo expresar á Vuestra Alteza mi agradecimiento. Capellan, madrina, dote... en todo ha pensado Vuestra Alteza.

LEOPOLDO. Hasta en el convento.

PER-AFAN. ¿Convento?

LEOPOLDO. Si os es igual, yo preferiria el de la Anunciacion.

PER-AFAN. ¡Ah! Como lleva Matilde ese hábito, quereis que sea allí donde cambie de estado. Bien, lo mismo nos da.

LEOPOLDO. Ahí teneis á vuestra sobrina. Decidle algo, y yo luego le diré lo demas.

ESCENA IX.

MATILDE, con hábito de la Anunciacion[1], PER-AFAN.

MATILDE. ¡Ay, señor tio! ¡qué mal rato os habré hecho pasar con la pérdida de vuestro manuscrito! Lo he sentido mas, por lo mismo que no os habeis enojado.

PER-AFAN. No se enoja ya con Matilde su tio. Demasiado áspero fuí contigo cuando eras niña.

MATILDE. Díganlo mis orejas. Esta me la despegasteis una vez de un tiron.

[1] Hábito pardo, escapulario encarnado, manto y toca blancos, y velo negro.

PER-AFAN. ¿Me lo has perdonado, Matilde?

MATILDE. ¡Perdonar! ¡Vos me pedís perdon!

PER-AFAN. No viviria si me aborrecieses, Matilde.

MATILDE. ¿Sabeis, tio, que de poco tiempo á esta parte os habeis hecho bondadosísimo?

PER-AFAN. ¿Te pesa de ello?

MATILDE. Todo al contrario: necesitaré tantas veces de vuestra indulgencia!

PER-AFAN. Acaso necesite yo mas de la tuya.

MATILDE. ¡De la mia! ¿Por qué?

PER-AFAN. Por ocasiones que se ofrecen. Ahora acaba de proponerme el Archiduque Leopoldo que me vaya con tí al Tirol.

MATILDE. ¿A qué?

PER-AFAN. A un negocio de estado. Y yo, sin aguardar tu consentimiento, he dicho que iríamos.

MATILDE. Pues, tio, perdonad. Yo no querria salir de Viena.

PER-AFAN. ¿Por?...

MATILDE. Por no disgustar á la Archiduquesa. Me quiere en extremo; la quiero igualmente; por ella uso este hábito; anda triste desde la muerte de don Baltasar, y se opondria á que el Emperador me diese licencia para acompañaros.

PER-AFAN. Si tuviera yo que ausentarme de Viena sin tí, mucho lo sentiria un paisano mio.

MATILDE. ¿Quién?

PER-AFAN. Un caballero de Madrid, que debes conocer, por escrito á lo ménos.

MATILDE. ¿Por escrito?

PER-AFAN. Durante mi ausencia, y aun despues que volví, ¿no has recibido algunas cartas que no han venido por el correo?

MATILDE, con gran viveza é interes. ¿Quién me las ha escrito? ¿Le conoceis? Decidme todo lo que sepais.

PER-AFAN. Diré cuanto pueda.

MATILDE. Su nombre, tio, su nombre lo primero.

PER-AFAN. El te lo dirá ántes que lleguemos á Inspruck.

MATILDE. ¡El! ¿Va tambien á Inspruck ese caballero?

PER-AFAN. Sí, conmigo.

MATILDE. ¿Con vos? Vaya, pues entónces me dará licencia Su Majestad.

PER-AFAN. ¿Con que tú deseas conocer á tu amante incógnito?

MATILDE. Si hace ya cinco meses que me está escribiendo ternezas... Aunque no sea mas que por curiosidad... ¿Qué especie de persona es?

PER-AFAN. Persona... de claro linaje... buen sujeto... — Conveniencias, nada mas que medianas.

MATILDE. Y... ¿qué edad?... ¿qué aspecto?...

PER-AFAN. Mediano todo. Si hoy no se ven mas que medianías.

MATILDE. Mediana edad... Es decir que la suya...

PER-AFAN. Se halla entre la del Archiduque y la de Su Majestad.

MATILDE. El Emperador tiene treinta y ocho años, el Archiduque treinta y dos: con que nuestro incógnito contara...

PER-AFAN. Treinta y cinco.

MATILDE. Treinta y cinco años... Sí! él ya me previno en su declaracion que no era un muchacho... Treinta y cinco años... De manera que tiene... los mismos que vos!

PER-AFAN. Yo todavía no los he cumplido.

MATILDE. ¿Y él sí?

PER-AFAN. El... tampoco. Lo que tú has dicho, mi propia edad.

MATILDE. Pero decidme, señor tio: siendo ese don... El incógnito tendrá don.

PER-AFAN. Por supuesto.

MATILDE. Siendo ese don Fulano persona aceptable, ¿por qué no se me ha presentado á cara descubierta en vez de escribirme?

PER-AFAN. Eso lo sabrás en Inspruck. Lo que puedo decirte ahora, es, que ese hombre, como te ve mas jóven que él, hermosa, favorita de la Archiduquesa, y en disposicion de aspirar á un destino brillante; como él es extranjero, y no descuella ni por ilustre, ni por buen mozo, ni por opulento, ha dicho para sí: «Matilde merece un esposo mejor que yo; pero yo la quiero como nadie podrá quererla; pongamos por delante mi amor, que es en mí lo que vale mucho, y luego se presentará la persona, que vale ménos.»

MATILDE. Siempre vale algo el que no es presumido. Vos, tio, me pintais al incógnito de manera... En resúmen, ¿qué me aconsejais?

PER-AFAN. Matilde... yo... — De tu corazon es de quien debes tomar consejo.

MATILDE. ¿Doy calabazas al don Fulano?

PER-AFAN. ¡Oh! No lo merece.

MATILDE. Un susto pequeño sí le estaria bien empleado.

PER-AFAN. ¿Por qué?

MATILDE. Por la zozobra en que me trae tanto tiempo há. Aturdida, azorada, pensando en él, condené al fuego vuestros comentarios á Séneca. Y luego, cierta dósis de honesta esquivez no es mal estímulo para un amante así, cachazudo. Decidle que... — Que prefiero á otro seria demasiado mentir. — Decidle que tengo mucho cariño á este hábito, que quiero ser monja.

PER-AFAN. Fuerte pesadumbre le voy á dar.

MATILDE. Componedlo de suerte que no se aflija tanto... y conserve alguna esperanza. Tal vez con el miedo se declare ántes.

PER-AFAN. ¡Ah! ¿Por eso lo haces?

MATILDE. Me parece un medio bastante eficaz.

PER-AFAN. Te saldrás al fin con la tuya. El don Fulano tomará la vénia del Archiduque...

MATILDE. ¿Entiende el Archiduque en este negocio?

PER-AFAN. Y te ofrece un buen dote, y ya tiene buscada madrina, y hasta el capellan que ha de casarte en la iglesia de la Anunciacion de Inspruck.

MATILDE. Es bien raro eso en el Archiduque: mas suele proteger los monjíos que los matrimonios.

ESCENA X.

FERNANDO, PER-AFAN, MATILDE.

FERNANDO. Dios os guarde, amigos.

PER-AFAN. Besamos los piés á Vuestra Cesárea Majestad.

FERNANDO. Vos, Matilde, y vos tambien, Maese Per-Afan, podeis prestar á mi corona un singular servicio.

MATILDE. Dicte órdenes Vuestra Majestad Imperial á su humilde súbdita.

PER-AFAN. Disponga Vuestra Majestad Imperial de un español agradecido.

FERNANDO. Vos, por Tenienta de Aya, vos por maestro de mi hija, teneis ascendiente con ella.

PER-AFAN. Yo, poco; Matilde es quien...

FERNANDO. A Matilde me dirijo principalmente. Se trata de casar á la Archiduquesa con su tio... vuestro Rey, Doctor Per-Afan.

PER-AFAN. En efecto, cuando yo salí de Madrid, ya se susurraba la boda.

FERNANDO. ¿Cómo se recibia en España la idea?

PER-AFAN. Muy bien, señor, sumamente bien. La Archiduquesa es hija de nuestra Infanta doña María, que fué queridísima de los españoles.

FERNANDO. Pues, amigos, la Archiduquesa repugna esta boda.

MATILDE. ¡Oh! la Archiduquesita es dócil y obediente.

FERNANDO. Hará lo que su padre le mande, sí; pero querria yo persuadirla de modo, que obedeciera sin asomo de repugnancia, que se casara de buen grado, con gusto. Querida Matilde, el Emperador os confiere este encargo.

MATILDE. Honrosísimo es; impropio, por lo mismo, de mi persona.

FERNANDO. Vos sois muy capaz de llevarlo á su término. — Creo que mi hermano me busca por esas antecámaras: entretenedle un momento, don Per-Afan.

PER-AFAN. Cabalmente yo tenia que hablar á Su Alteza. (Vase.)

ESCENA IX.

FERNANDO, MATILDE.

FERNANDO. Matilde, la recompensa de este servicio no desdecirá de su magnitud.

MATILDE. No dudará Vuestra Majestad que profeso el mas reverente amor á la Archiduquesa. Contribuya yo en algo á su bien, y no aspiro á mas paga.

FERNANDO. El amor á la hija debe agradecéroslo el padre. Bella Matilde, hay en mi corte quien suspira en silencio por vos.

MATILDE. ¿Por mí?

FERNANDO. Algnna muestra de su cariño habréis recibido.

MATILDE. Yo...

FERNANDO. ¿No habeis hoy hallado en vuestro tocador...

MATILDE. ¡Ah! sí, señor: una joya riquísima.

FERNANDO. ¡Riquísima! Es de muy escaso valor para lo que vuestras prendas merecen.

MATILDE. ¿No podrá Vuestra Majestad revelarme el nombre de ese oculto galan?

FERNANDO. El desea con ansia decíroslo, y no tardará. Guardad por ahora un impenetrable secreto, y veréis pronto cuán digno es de una agradecida correspondencia el vivo y tierno amor que habeis inspirado.

MATILDE. No creo que entre la ingratitud en el número de mis defectos; la curiosidad, sí.

FERNANDO. Reprimidla unos pocos dias, unas horas al ménos. Entended que hay en Viena quien amenaza perseguir ese amor naciente.

MATILDE. Aun no sé si amo, y ya tengo enemigos! Defiéndame Vuestra Majestad.

FERNANDO. Fiad en vuestro amante, fiad en mí. — El Archiduque! Despues hablaremos. (Vase.)

MATILDE. ¡Un amante anónimo! ¡Un enemigo oculto! ¿Quién es el uno? ¿Quién será el otro?

ESCENA XII.

LEOPOLDO, MATILDE.

LEOPOLDO. Matilde, estaréis ya enterada por vuestro tio, de que he tomado á mi cuenta el estableceros.

MATILDE. Soy vasalla vuestra de orígen, soy vuestra sierva por gratitud.

LEOPOLDO. Peligrais en este palacio, Matilde, peligrais en Austria.

MATILDE. Lo acabo de saber con asombro. Yo no merezco la persecucion que se me prepara, yo estoy inocente, yo estoy ignorante de todo.

LEOPOLDO. Me consta, y quiero conservar á todo trance vuestra inocencia. Partiréis esta noche á Inspruck.

MATILDE. Es que se me ha conferido el encargo...

LEOPOLDO. Ya tengo entregada á mi capellan vuestra dote.

MATILDE. ¡Oh, señor!...

LEOPOLDO. Mi prima Claudia os servirá de madrina.

MATILDE. ¡Tantas honras á mí!...

LEOPOLDO. De aquí á ocho dias seréis monja en el convento de la Anunciacion.

MATILDE. ¿Monja? ¡Yo monja! ¿No le ha dicho á Vuestra Alteza mi tio...

LEOPOLDO. Que amais ese hábito: ¡feliz noticia para mí, que necesito colocaros en un monasterio!

MATILDE. Señor Archiduque, mi tio y Su Majestad saben que yo he principiado á prestar oidos...

LEOPOLDO. A la voz del Señor, sí: perseverad en vuestro santo propósito, y absteneos de decir palabra al Emperador: vuestro señor natural os lo veda. Hoy la partida; dentro de una semana renunciais al mundo, y evitais el peligro que os amenaza. (Vase.)

MATILDE. ¡Dios mio! ¿Qué va ser de mí?

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

La ARCHIDUQUESITA MARIANA y DON PER-AFAN, sentados á una mesa de estudio, CUNEGUNDA y otras DUEÑAS, OTILIA y otras MENINAS, haciendo labor junto á la chimenea.

PER-AFAN. Principiemos la traduccion de Virgilio.

MARIANA. Pero, ¿y Matilde? No acierto á dar leccion sin ella.

CUNEGUNDA. Ha dicho que necesitaba presentarse á Su Majestad: estará esperando ocasion.

MARIANA. Aquí podia esperar tan bien como en la antecámara de mi padre. Se acaban de recibir noticias del ejército, y se han encerrado mi padre y mi tio á tratar de la guerra: me figuro que no despacharán tan pronto, porque eso de matarse los hombres, bien merece pensarse despacio.

PER-AFAN. ¿Y nosotros? ¿Cuándo pensamos en nuestro latin?

MARIANA. Pensemos; pero no traduzcamos.

PER-AFAN. Cuatro versos no mas.

MARIANA. No me gustan los versos latinos.

PER-AFAN. Tres líneas en prosa.

MARIANA. La prosa me fastidia. A mi hermano, que se cria para obispo, le aburre el latin: ¿qué me pasará á mí con él?

PER-AFAN. Ea, si es un instante.

MARIANA. Don Per-Afan, si quereis que traduzca ese punto, me habeis de enseñar ántes una traduccion de burlitas.

PER-AFAN. ¿Cómo, de burlas!

MARIANA. Sí, de esas de *conservare digneris*, conservar el dinero; *Deum de Deo*, dé donde diere.

PER-AFAN. ¡Vaya por Dios! ¿Cómo entendeis en su recto sentido la cláusula *qui temperas rerum vices*?

MARIANA. El *qui*, segun el verbo que le sigue, debe corresponder á segunda persona de singular: con que deberá traducirse *tú que*. *Temperas*, templas.

PER-AFAN. Moderas, riges.

MARIANA. *Vices*, las veces.

PER-AFAN. Las vicisitudes, el órden alternado.

MARIANA. *Rerum*, de las cosas. Tú que riges las vicisitudes...

PER-AFAN. Del mundo. Pues oid otro género de version.

En un pueblo de España tenia cátedra de latinidad un dómine muy bondadoso y muy sufrido, contra la costumbre de los gramáticos. Poseia el buen dómine un huertecillo, en medio del cual descollaba un peral corpulento, cuya fruta vendimiaban de tal manera los alumnos ciceronianos, que el pobre maestro no la cataba. Fuése un dia al huerto, y sorprendió á todos sus discípulos despojando el peral. Sin irritarse, los llamó uno por uno; y reunidos en su presencia, preguntó al mayor por qué le robaban de aquella suerte. «Dómine, respondió sin cortedad el muchacho, es que hemos leido en vuestro breviario, *qui temperas rerum vices. Qui temperas* quiere decir *quiten peras.* — *Rerum vices*, replicó el dómine; *raras veces*, no siempre, no todos los dias, reniego de vosotros; que no cojo ninguna.»

MARIANA. No gastaba mal genio el tal preceptor.

PER-AFAN. Aplicando yo sus palabras al caso presente, rogaré á Su Alteza la Archiduquesita Mariana, que pida cuentecillos á su maestro de latin *raras veces*, no á cada paso, porque se irá en cuentos la hora de estudio.

MARIANA. Dispensadme por hoy; estudiaré mañana doble.

PER-AFAN. Cesa aquí por hoy la leccion de latin; pasemos á la de castellano.

MARIANA. ¿Para qué quiero aprender ya ese idioma?

PER-AFAN. Para entender á vuestros vasallos.

MARIANA. Mis vasallos hablan aleman como yo.

PER-AFAN. Los actuales, que os llaman *Alteza*; ¿no querréis cambiarlos por otros que os den *Majestad?*

MARIANA. Si me vais á hablar de eso, prefiero la leccion de latin.

PER-AFAN. Leamos unos versos en español.

MARIANA. ¿Quereis que os diga de memoria unos que sé?

PER-AFAN. ¿Cuándo los habeis aprendido?

MARIANA. Anoche: son de una comedia.

PER-AFAN. ¿Quién os la ha dado, contra las órdenes de Matilde?

MARIANA. Se la dejó ella en mi dormitorio.

PER-AFAN. ¿Y qué comedia es?

MARIANA. *Los Amantes de Teruel*, compuesta por el Maestro Tirso de Molina. Es muy divertida: hace llorar tanto!...

PER-AFAN. ¡Buena diversion!

MARIANA. Hay allí un jóven que se marcha á la Morería, y cuando vuelve, se muere de pena, porque su dama se ha casado con otro. El entierro de él pasa por delante de la casa en que vive ella, y es á tiempo que la estaban peinando. Como se oye la bulla, se asoma la criada, y vuelve á su ama y le dice... — Veréis qué versos tan sentidos!

PER-AFAN. Recitadlos ántes que aparezca Matilde. Empezad.

MARIANA, declamando.

Ponte á la ventana,
Y asida á la reja,
Verás con asombro
La villa revuelta.
Campanas que doblan,
A todos inquietan
De muros adentro,
De fosos afuera.
Cuadrillas, formadas
En calles diversas,
Corriendo por otras,
Ocupan la nuestra.
Piadosos vecinos
Que arrastran bayetas,
Bañados los ojos,
Caminan por ella.
En muchos balcones
Arrancan de pena
Sus rubios cabellos
Hidalgas doncellas.
Matronas y ancianos
Con lágrimas tiernas
La ropa de luto
Salpican de perlas.
Oyense suspiros
Que el aire penetran:
El eco doliente
Suspira en respuesta.
En son destemplado
Tambores resuenan,
Pausado quejido,
Clamor de la guerra.
Detras de ellos viene
La gente de Iglesia
Con capas de coro
Y fúnebre cera:
Los golpes de caja
Y el canto de exequias
Mezclados infunden
Extraña tristeza.
Despues, mas abajo,
Se ven por la tierra
De moros vencidos
Rasgadas banderas;

Y en hombros de nobles
Un féretro asienta,
Y en él va un guerrero
Con palma en la diestra.
Lanzando alaridos
El pueblo le cerca:
Su gloria le llaman,
Sin gloria se quedan.
Ya dicen las voces
Que el féretro llega,
Y el alma te dice
Quién es el que entierran.

ESCENA II.

MATILDE, MARIANA, PER-AFAN, CUNEGUNDA, OTILIA, MENINAS, DUEÑAS.

MATILDE. Muy bien, ¡señora Archiduquesa! ¡muy bien! ¡Lindo modo de aprovechar el tiempo!

MARIANA. ¡Ay, Matilde! Perdóname.

MATILDE. ¡Leer un libro que yo no os he dado! ¡una farsa! Ni puedo perdonároslo á vos, ni á este señor maestro que no os lo reprenda.

PER-AFAN. Yo te ruego por mi discípula.

MATILDE. Rogais en vano: y os advierto que no debeis tutearme como á sobrina cuando hablo como Tenienta de Aya de Su Alteza Imperial.

PER-AFAN. Se os complacerá, señora Tenienta.

MATILDE, á Mariana. Iréis á vuestro cuarto y estudiaréis una hora mas de latin.

MARIANA. ¡No! ¡tanto no!

MATILDE. Estudiaréis hincada de rodillas.

MARIANA. ¡Por Dios!

MATILDE. Y sin almohadon.

MARIANA. ¡Con qué humor vienes!

MATILDE, á las meninas y dueñas. Acompañad á la Archiduquesa por espacio de una... por espacio de media hora.

MARIANA, aparte á Otilia. Ya ha habido rebaja.

OTILIA, aparte á la Archiduquesa. Serán quince minutos. (Vanse la Archiduquesa, Cunegunda, Otilia, las meninas y las dueñas.)

ESCENA III.

MATILDE, PER-AFAN.

PER-AFAN. ¿Sabes que dice bien tu discípula? ¿que traes un humor insufrible?

MATILDE. ¿Sabeis lo que el Archiduque me ha dicho?
PER-AFAN. Que te casa y te dota, supongo yo.
MATILDE. ¡Si está empeñado en que he de ser monja!
PER-AFAN. ¿Monja?
MATILDE. De este hábito: para eso quiere sacarme esta noche de Viena. Porque no estoy bien aquí, porque me persiguen. Y el Emperador me habia dicho ántes lo mismo.
PER-AFAN. ¿Tambien quiere ahuyentarnos de Viena el Emperador?
MATILDE. El, creo que no, porque me encargó delante de vos que procurase reducir á la Archiduquesa á casar con su tio. Confusa con tales contradicciones, he querido verme con Su Majestad Imperial, y no ha sido posible: de modo que estoy fuera de mí. Yo quise dar un susto á ese don Fulano con lo de mi supuesto monjío; pero el chasco se vuelve contra mí propia, se convierte en verdad.
PER-AFAN. No será tal, si Dios me da vida. ¡Tú monja! ¡Bien quedaba entónces tu oculto amante!
MATILDE. ¿Cuánto va á que todo este embrollo nace de algun desatino, hecho á medias entre vos y él? Porque vos, tio, ¡me habeis dado tantas pesadumbres desde la hora fatal en que os conocí!
PER-AFAN. ¿Fatal consideras aquella hora? ¿Estás cierta de que has llegado á conocer bien á tu pobre tio?
MATILDE. A otro me importa conocer mas que á vos: y en verdad que no se comprende qué motivo justo hay para tanto misterio. El hombre de bien, el que lícitamente puede pretender á una dama, no niega su nombre. Ahora mismo vais á decirme el de mi galan incógnito, que, á pesar de su elocuencia epistolar, ya me tiene harta, sin haberle visto ni oido.
PER-AFAN. Matilde...
MATILDE. Nada, nada, en este instante me lo vais á decir.

ESCENA IV.

LEOPOLDO, MATILDE, PER-AFAN.

LEOPOLDO. Matilde, he sabido que habeis solicitado con gran empeño hablar á Su Majestad Imperial. No seria para contarle lo que hemos tratado.
PER-AFAN. Señor Archiduque, nosotros quisiéramos...
MATILDE. Señor Archiduque, no debo mentir. Vuestra Alteza me honra con favores que yo no merezco: la perfeccion del estado religioso no es para mí.
LEOPOLDO. ¿No? Pues yo os lo propuse, porque me dió su aprobacion vuestro tio.

MATILDE. ¡Mi tio? Para mí siempre vienen los azares por su conducto.

PER-AFAN. Señor, Vuestra Alteza me dijo, que seria conveniente dar estado á Matilde: me habló de dote, de esposo... Yo me figuré que Vuestra Alteza pensaba casarla.

LEOPOLDO. Si me asegurasteis que Matilde no querria despojarse nunca de ese hábito.

PER-AFAN. Yo lo dije, sin intencion, porque se lo habia oido á ella.

MATILDE. Yo lo he dicho, porque mi anónimo me escribió en una de sus cartas, que era el traje que me estaba mejor.

LEOPOLDO. ¿Cartas os ha escrito ya vuestro amante?

MATILDE. Muchas. ¿Vuestra Alteza lo ignora?

PER-AFAN. ¿Y por qué lo habia de saber el señor Archiduque?

LEOPOLDO. No estoy yo tan á oscuras del tal galanteo, Doctor Per-Afan. (A Matilde.) Pero yo entendia que solo os habia enviado una joya.

PER-AFAN. ¡Una joya! ¿Qué joya has recibido, Matilde?

MATILDE. Esta que veis. (Mostrándola.)

PER-AFAN. ¡Esta! Yo no la conozco. Y es de gran coste. ¿Quién la puso en tus manos?

MATILDE. Hoy me la he encontrado en un cofrecillo que hay encima de mi tocador.

PER-AFAN. Matilde, el que te ha dirigido las cartas, no te ha regalado esta joya.

LEOPOLDO. Pues el que le regala esa joya, todavía no le ha escrito una línea.

PER-AFAN. Yo no conozco á ese hombre.

LEOPOLDO. Ni yo á ese otro.

MATILDE. De manera que segun averiguo...

LEOPOLDO. Teneis dos amantes.

MATILDE. De los cuales al uno conoce mi tio, al otro Vuestra Alteza, y yo á ninguno.

PER-AFAN. No debe quedarse Matilde para monja con dos pretendientes.

LEOPOLDO. Pues el que yo conozco no ha de ser su marido.

MATILDE, aparte. ¿Si será el mejor?

LEOPOLDO. Por eso queria yo trasladaros á Inspruck. (A don Per-Afan.) ¿Quién es el que vos conoceis?

MATILDE. Decidlo por fin.

PER-AFAN. A Matilde, no puedo.

LEOPOLDO. ¿Y á mí, podeis confiármelo?

PER-AFAN. Sin la menor dificultad. (Aparte á Leopoldo.) Señor Archiduque, el de las cartas soy yo.

LEOPOLDO, aparte á don Per-Afan. ¡Vos! Me alegro mucho. Contad conmigo.

PER-AFAN, aparte al Archiduque. ¿Quién es el de la joya?

MATILDE, anunciando. Señores, el emperador.

LEOPOLDO, aparte á don Per-Afan. Matilde os lo ha dicho.

PER-AFAN. ¡Ah!

LEOPOLDO. No iréis al convento, Matilde.

MATILDE. (Aparte. Respiremos.) Voy á indultar á la pobre Archiduquesita. (Vase.)

ESCENA V.

FERNANDO, LEOPOLDO, PER-AFAN.

FERNANDO. Doctor Per-Afan, mi Director de minas, el Conde de Russ, me escribe desde Praga una nueva importante. Parece que un desconocido, vascongado segun las señas, ha descubierto la verdadera piedra filosofal.

LEOPOLDO. ¿Da el Conde crédito á esas patrañas?

FERNANDO. Me dice que el desconocido le ha proporcionado unos polvos de color de púrpura, con los cuales el azogue se convierte en oro purísimo.

LEOPOLDO. Haz venir á Viena á ese español.

FERNANDO. Se marchó ya de Praga, y no se sabe su paradero. Pero ha dejado al Conde una especie de instruccion ó receta para obtener esos polvos purpúreos, receta de que no puede el Conde servirse, por estar escrita en vascuence. Como vos, Doctor Per-Afan, sabeis ese idioma...

PER-AFAN. Yo traduciré la instruccion, al momento que Vuestra Majestad Imperial se sirva entregármela.

FERNANDO. No quisiera enviarla el Conde, sino que se la tradujeran allí. Me hareis, pues, el favor de pasar á Praga...

PER-AFAN. ¡A Praga?

FERNANDO. Poniéndoos esta tarde en camino, ó mañana temprano.

PER-AFAN. Señor...

LEOPOLDO, aparte. Quiere separar al tio de la sobrina.

FERNANDO. No doy entera fe al aviso del Conde; pero, en conciencia, tampoco debo desatenderle. La guerra tiene mi tesoro agotado; si por ese medio pudiera librar á mis vasallos de algunos gravámenes, favor les haria. Conviene, amigo Doctor, salir sin tardanza.

PER-AFAN, aparte. ¡Abandonar á Matilde ahora!

LEOPOLDO. Yo daré leccion á mi sobrina, don Per-Afan. (Con intencion.) Yo supliré por vos en cuanto fuere necesario.

PER-AFAN. Deberé á Vuestra Alteza una inestimable merced.

FERNANDO. Preparad vuestro viaje.
PER-AFAN. Obedezco á Vuestra Majestad Imperial. (Vase.)

ESCENA VI.

FERNANDO, LEOPOLDO.

FERNANDO. Leopoldo, tu partida tampoco podrá diferirse: los franceses y los suecos toman otra vez la ofensiva. (Da un pliego al Archiduque.) Lee ese nuevo parte recien llegado.

LEOPOLDO, Leyendo. «Turena avanza contra Munich... Vrangel saquea la Bohemia...» — Tienes razon, Fernando: no espero mas. Con las fuerzas y provisiones que hay reunidas, marcho mañana; tú enviarás el resto.

FERNANDO. Iré yo con él.

LEOPOLDO, aparte. La defensa de Munich importa mas que la de Matilde. (Vase.)

ESCENA VII.

MATILDE, FERNANDO.

FERNANDO. Matilde, la guerra separará de vos dentro de poco al amante por quien me intereso.

MATILDE, en tono supositivo. Vuestra Majestad se interesa por el de la joya.

FERNANDO. Pues ¿qué? ¿teneis otro?

MATILDE. Ahora acabo de averiguarlo.

FERNANDO. ¿Y quién es el audaz que compite?...

MATILDE. Parece que es un paisano de mi tio. El le conoce; pero yo solamente conozco su letra.

FERNANDO. ¿Os ha escrito?

MATILDE. Una porcion de cartas en español.

FERNANDO. ¿Y el buen don Per-Afan protege á ese amante?

MATILDE. Con mucho empeño.

FERNANDO. ¿Sin deciros su nombre?

MATILDE. Sin declarármelo, por mas que le ruego, cosa que me desagrada bastante.

FERNANDO. Para no disgustaros, no imitaré yo su reserva. ¿Quereis ver esta noche á mi protegido?

MATILDE. Verle... ¿Dónde?

FERNANDO. Donde no sea visto sino de vos. En vuestra habitacion.

MATILDE. Mi habitacion se cierra, y mi tio recoge las llaves.

FERNANDO. No duerme el Doctor esta noche en Viena: saldrá luego á Praga.

MATILDE. Yo no puedo recibir á solas á un hombre.
FERNANDO. Le recibireis en presencia mia.
MATILDE. ¿A qué hora?
FERNANDO. A las doce.
MATILDE. ¿Me responde Vuestra Majestad Imperial de que no arriesgo nada en esa entrevista?
FERNANDO. ¿Qué peligro podeis correr que yo no repare?
MATILDE. No acierto á librarme de una dolorosa inquietud. Si mi tio se ausenta, quedo yo sin custodia: sírvame de escudo, sírvame de padre Vuestra Majestad Imperial.
FERNANDO. ¿Nace ese temor de que os inclinais con preferencia al galan extranjero?
MATILDE. No, señor; el ser amigo de mi tio no es una recomendacion para mí: puede parecérsele, y tengo muy presente cómo me trataba de niña. Ademas, por lo mismo que el señor Archiduque se opone á que el galan de la joya sea mi marido...
FERNANDO. ¿Conoce mi hermano al galan de la joya?
MATILDE. Tanto, que para impedir nuestra union, queria sacarme de Viena esta noche.
FERNANDO. ¡Esa estratagema disponia mi Generalísimo!
MATILDE. Y enviarme á Inspruck, y colocarme de religiosa en el convento de la Anunciacion.
FERNANDO. ¡Vos religiosa sin mi permiso!
MATILDE. Pero Su Alteza abandonó ya su proyecto: por eso no reparo en dar cuenta á Vuestra Cesárea Majestad.
FERNANDO. Ved si os anuncié yo con razon que amenazaban persecuciones á vuestro amante.
MATILDE. Es lo que me inclina á decidirme por él.

ESCENA VIII.

MARIANA, FERNANDO, MATILDE.

MARIANA. Señor padre... — ¿Llego á mal tiempo?
FERNANDO. No, hija mia, de ningun modo.
MARIANA. No quisiera que Matilde me penitenciara hoy otra vez.
FERNANDO. ¿Te ha castigado?
MATILDE. Muy levemente: un rato mas de estudio.
MARIANA. Arrodilladita en el suelo.
FERNANDO. Trata de tener contenta á Matilde; hoy te lo encargo muy especialmente.
MARIANA. ¿Por qué?
FERNANDO. Porque si tú la enojas, puede ella luego enojarse con otro. Adios. (Vase.)

ESCENA IX.

MARIANA, MATILDE.

MARIANA. ¡Enojarse con otro! ¿Y qué otro es ese? ¿Tu criado Claus, por ventura? ¡Gran sujeto para que se desvele por él un Emperador!

MATILDE. ¿Burloncilla va haciéndoseme Vuestra Alteza?

MARIANA. Un poquito no es grave pecado: así me ha dicho mi confesor, el padre Everardo Nithard.

MATILDE. Servíos de sentaros aquí.

MARIANA. ¿Para qué?

MATILDE. Para arreglaros un poco el tocado: le teneis descompuesto.

MARIANA. ¡Ah! sí; que lo haces á las mil maravillas. No hay dama en palacio que se peine tan bien como tú. (Se sienta en un sitial, y Matilde, arrodillándose sobre un almohadon, arregla á Mariana el prendido y la ropa.)

MATILDE. Ya habré perdido la habilidad: mi tocado, ahora, poco tiene que hacer.

MARIANA. Para dos años va que vistes el hábito, y eso que solamente le ofreciste por uno.

MATILDE. ¿Os acordais aun de vuestra dolencia?

MARIANA. ¡Ay! ¡qué dias! ¡qué dolor de cabeza! ¡qué desvarío! ¡qué angustia, y qué sed! ¡Abrí una vez los ojos con tanto trabajo! ¡miré á un lado y otro; me vi tan sola!

MATILDE. ¡Sola, decís?

MARIANA. Sola contigo. Tú estabas de rodillas á los piés de la cama con las manos juntas, ocultando la cara contra la colcha para que no te viese llorar. Te pregunté qué hacias, y me respondiste que un voto para que me restituyera Dios la salud.

MATILDE. ¡Bien empleado fué: sea bendita la divina misericordia!

MARIANA. ¡A las veinticuatro horas ya estaba yo buena! ¡Con un brio, con un apetito!... Me tenian á dieta, y tú me traias de tapadillo conservas de España.

MATILDE. (Aparte. Esta es la coyuntura.) Vienen de allá cosas que os gustan mucho.

MARIANA. Como no las tenemos aquí... Melones, tomates, pimientos, granadas, limones, naranjas... — naranjas, sobre todo. Las naranjas deben ser las manzanas de oro de las Hespérides.

MATILDE. Si vais por Valencia, vereis campos dilatadísimos cubiertos de azahar.

MARIANA. Valencia... De Valencia se va á Madrid. ¿Me preparas el sermon que oigo á todos?

MATILDE. No, señora, no. Su Majestad Cesárea queria que me valiese de todos los recursos posibles para decidiros á ser esposa de vuestro tio; yo hubiera podido rogároslo echada á vuestros piés; hubiera podido recordaros que me prometisteis, cuando tomé este hábito, concederme una gracia; pudiera pediros que la gracia fuese admitir la corona de España y sus Indias; pero yo, fuera de lo concerniente al cargo de Aya, no pienso molestaros con súplicas ni dirigiros amonestaciones.

MARIANA. No querrás dirigírmelas; pero por sí ó por no, me echas en cara lo que hiciste por mí, reclamas lo que te he prometido, y te me pones ahí de rodillas á mas.

MATILDE. Para serviros de camarera.

MARIANA. Sí, para engatusarme. Pues aunque beses la tierra que piso, nada conseguirás. (Se levanta.)

MATILDE. Lo que yo quisiera conseguir es que me escuchaseis tranquila, y si para ello es preciso que ponga los labios en el suelo...

MARIANA. Con esas marrullerías, haces de mí lo que se te antoja. Vamos, levántate. Hazme el favor de levantarte, mujer.

MATILDE. Dadme primero á besar vuestra mano.

MARIANA. Si tienes licencia de mi padre para besarme aquí. (Le presenta la mejilla.) Siéntate. Siéntate. (Siéntase la Archiduquesa en el sitial y Matilde en un almohadon largo, donde apoya los piés Mariana.) Vamos, ¿qué tienes que decirme?

MATILDE. Ya sabeis que yo todavía no os he hablado palabra acerca del matrimonio que se os ofrece.

MARIANA. Es verdad.

MATILDE. Yo os quiero entrañablemente... y desearia que (fuera con quien fuese) os casarais á gusto.

MARIANA. Con mi tio no puede ser.

MATILDE. En buen hora. Manifestadme las razones en que os fundais para desdeñar ese enlace, y yo se las haré presentes al Emperador, á ver si logro que no os importunen.

MARIANA. ¿Te encargas tú de eso?

MATILDE. Si os he dicho que huyo de contrariar vuestro libre albedrío.

MARIANA. Ahora veo que me quieres de veras. Necesito regalarte mi joya mejor.

MATILDE. ¡Teneis tan poquitas!

MARIANA. Sí: con estos veintiocho años de guerra, el Sacro Romano Imperio está pobre.

MATILDE. Como no poseemos Indias, que envíen galeones cargados de oro...

MARIANA. ¡Ay! — Mucho puede gastar, mucho bien puede hacer una Reina de España.

MATILDE. Con lo que ha invertido Felipe IV en fiestas de cañas, comedias y toros, para distraer á su esposa, tal vez se sostendria uno de nuestros ejércitos.

MARIANA. Cañas, comedias, toros... — La funcion de toros debe ser brillantísima.

MATILDE. Admirable, señora.

MARIANA. ¿Y la comedia? ¿Ven las Reinas de España comedias?

MATILDE. Tiene el Rey teatro en palacio.

MARIANA. ¡Cómo me divertirian á mí las comedias de España! Pocas he leido; pero...

MATILDE. Una vez que habeis empezado, gracias á mi descuido, yo os proporcionaré las mejores. Pero hay otro espectáculo mas magnífico aun que la comedia en España: ya os he hablado de él.

MARIANA. Sí, los autos sacramentales que representan en el dia del Córpus.

MATILDE. Como aquello no hay nada en el mundo.

MARIANA. Si pudiera verlos yo, sin ir por allá...

MATILDE. ¡Qué lujo se ostenta en Madrid aquel dia!

MARIANA. ¡Lástima es que hayan prohibido á las damas usar guardainfante! ¡Me gustaria á mí tanto ir hecha una campana, con un guardainfante de seis varas de ruedo, y unos chapines de un palmo de altura!

MATILDE. Bien agradecerian las madrileñas que se restableciese esa moda.

MARIANA. ¿Sí?

MATILDE. Las españolas generalmente no son muy altas: por eso les gustan los chapines de gran ponleví.

MARIANA. Aquí me haceis llevar unos zapatillos tan bajos... Tentaciones me dan... No, no: tente, lengua.

MATILDE. Pero, señora, vamos á cuentas. Si os gustan los dulces de España, las naranjas, las comedias, los toros, los guardainfantes, los tacones y los patacones de España, ¿por qué no sois Reina de allí?

MARIANA. ¡Toma! Porque no es Rey aquel. (Señalando el retrato de don Baltasar.) Dí tú que mi primo viviera...

MATILDE. Dios no lo ha querido... probablemente por vuestro bien.

MARIANA. ¡Por mi bien, quitarme un esposo tan guapo y tan bueno!

MATILDE. Un ángel era en cuerpo y en alma; pero ¿y si no os hubiera querido gran cosa?

MARIANA. ¿Por qué no habia de quererme?

MATILDE. ¿Os teneis vos por tan buena como él?

MARIANA. ¿Tan mala soy?

MATILDE. Os lo voy á decir muy bajito. Pecais algo de ambiciosilla, de atolondrada y caprichosa, de vana y terca.

MARIANA. ¡Echa mas!

MATILDE. Los maridos perfectos no suelen ser los mas cariñosos.

MARIANA. Pues con todas mis imperfecciones, tú bien me quieres.

MATILDE. Primeramente, yo no soy marido, ni soy una santa; en segundo lugar, yo os regaño, os amenazo, os castigo, os hago llorar con frecuencia: ¿gustariais mucho de un esposo por el estilo?

MARIANA. ¡Huy! Ni por pienso.

MATILDE. Don Felipe adoraria en vos, porque (perdóneme su ausencia) valeis mas que él.

MARIANA. ¡Cuarenta y un años, y dos hijos, Matilde!

MATILDE. El hijo no vive con el padre; la Infanta es una niña de ocho años.

MARIANA. ¡Pero el Rey es un niño de cuarenta y uno! tres mas que mi padre! ¡Cuarenta y uno don Felipe, y yo siete!

MATILDE. ¡Eh! ¡Se hacen tantos matrimonios así!...

MARIANA. Yo no he visto ninguno.

MATILDE. Yo sí, varios.

MARIANA. ¿Dónde?

MATILDE. En España y en Alemania.

MARIANA. ¿Y qué tal se llevan?

MATILDE. Tan lindamente. Como él sea hombre de bien, y ella mujer honrada, poco importa la diferencia de edad.

MARIANA. Pero esas mujeres quizá se habrán casado por su gusto con hombres mayores, y yo no acabo de resolverme á...

MATILDE. Tambien una princesa tiene ciertas obligaciones, de que está libre cualquiera dama particular. Como una corona vale mucho, natural es que, á proporcion, cueste algo.

MARIANA. Si yo viese un ejemplo feliz de lo que me dices...

MATILDE. ¿Qué ejemplo quisierais?

MARIANA. Si yo viese que á una jóven le proponian que se casara con un viejo, y ella obedecia sin gran repugnancia, y no vivia triste con tal marido, puede que entónces...

MATILDE. En seis años ó mas, hasta que tengais de catorce á quince, no ha de efectuarse vuestro matrimonio: tiempo os queda para observar alguno de tio formal y sobrina muchacha.

MARIANA. Los quisiera yo tener á mi lado, para ver lo que les pasaba.

MATILDE. No habria dificultad en traeros á palacio una pareja así.

MARIANA. ¿Y si me engañaban? Era menester que pre-

senciase yo la proposicion de boda, para que advirtiera si la novia torcia el gesto; era menester cogerla descuidada; que le hiciese la propuesta yo misma.

Matilde. Vos daréis estado á vuestras damas, andando el tiempo: se os pudiera ya permitir que establecieseis una.

Mariana. No quisiera yo casar dama, sino menina.

Matilde. ¿Menina?

Mariana. Tú eres mi predilecta, Matilde. Cásate con tu tio, y me caso yo con el Rey de España. (Se levanta.)

Matilde. ¡Señora!...

Mariana. Nada, está dicho. Compláceme tú, y obedeceré yo dócilmente á mi padre. Tú me has enseñado á soltera, enséñame tambien á casada.

Matilde. Archiduquesa, reflexionad...

Mariana. Y mira que sales mucho mejor librada que yo. Quince años te lleva el Doctor Per-Afan: don Felipe me lleva á mi, treinta y cuatro.

Matilde. Bien, pero...

Mariana. Y no has tenido un novio como ese. (Señalando el retrato.)

Matilde. No obstante...

Mariana. Y como, á pesar de tu hábito, no manifiestas vocacion de convento... — Bien que si tratas de meterte monja, no insisto en la idea. O monja, ó doña con don Per-Afan.

Matilde. Esa idea es un capricho extravagante, como los que os tengo reprendidos mil veces.

Mariana. Yo soy terca si doy en uno, tú misma lo has dicho, y en este no cedo. Yo se lo diré á mi padre y á mi tio y á mi confesor y al Arzobispo de Praga y al ministro Conde de Kevenhüller, y al Embajador mismo de España, Duque de Terranova. Veremos si les parece bien que una maestra se niegue á dar á su discípula leccion de obediencia.

Matilde. Sosegaos, ilustre discípula: servíos de atender á una observacion. El proyecto de casaros y el de casarme no corren iguales. Vuestro tio, el Monarca español, pretende vuestra mano; mi tio, el Doctor, no apetece la mia.

Mariana. ¡Ay! es verdad. Mujer, no se me habia ocurrido tal cosa. Tienes mil razones.

Matilde. Si mi tio tratara de casarse conmigo...

Mariana. Vuelvo á decir que tienes razon, y que soy una loca. Pero aguarda; que ahora me acuerdo... Mi tio don Felipe nos ha escrito que sus ministros y su Consejo y sus Cortes y el bien de su Reino le han aconsejado que se case con su sobrina; yo, por bien tuyo y mio, por el interes comun de Alemania y España, voy á aconsejar á don Per-Afan que te ofrezca su docta mano.

MATILDE. Si no querrá.

MARIANA. Lo veremos. (Llamando.) ¡Otilia!

MATILDE, aparte. No deja de inquietarme... Pero mi tio, que favorece al incógnito de las cartas, no ha de prestarse...

ESCENA X.

OTILIA, MARIANA, MATILDE.

OTILIA. ¿Qué manda Vuestra Alteza?

MARIANA, á Otilia. A don Per-Afan, que venga corriendo. (Vase Otilia.) Si él se niega, no insistiré; ya sé yo que á los hombres no se les casa tan fácilmente contra su gusto: esa y otras distinciones por el estilo quedan reservadas para nosotras.

ESCENA XI.

PER-AFAN, OTILIA, MARIANA, MATILDE.

PER-AFAN. Señora Archiduquesa, cabalmente venia yo en busca de Matilde, cuando salia de aquí la señora Otilia.

MARIANA. ¡La buscabais, eh? Me parece de buen agüero que la buscaseis. (Vase Otilia.) Don Per-Afan, á ver: contestadme con sinceridad á una pregunta,

PER-AFAN. Señora, decid.

MARIANA. (A Matilde. ¡No vale hacer señas, cuidado!) La pregunta es muy breve. (A Matilde.) Baje la desvergonzada esos ojos. Las doncellas no han de mirar al novio, sino al santo suelo.

PER-AFAN. ¿Quién es el novio de mi sobrina?

MARIANA. Su tio, si él quiere. Yo os propongo que os caseis con Matilde, y os aviso que por ella no habrá inconveniente.

MATILDE, á su tio. Vos ya sabeis...

MARIANA. ¡Silencio, niña! — Declarad si os acomoda el partido.

PER-AFAN. Señora, yo, verdaderamente, no soy digno de tanta dicha...

MATILDE. Ya veis que mi tio rehusa, me da calabazas.

PER-AFAN. Todo al contrario. Conozco mi falta de méritos; pero cuando la fortuna me hace hallar un tesoro, ¿debo rehusarlo?

MARIANA. Estás de enhorabuena, Matilde. Quedaos con vuestro hallazgo, Doctor: voy á dar cuenta á mi padre y á mi tio, para que os lo adjudiquen definitivamente. Adios, tesoro, adios. (Vase.)

ESCENA XII.

PER-AFAN, MATILDE.

MATILDE. Pero, tio, el Señor os ha dejado á vos de su mano.

PER-AFAN. ¿Por qué? ¿Porque no rechazo la tuya?

MATILDE. ¿No la destinabais al anónimo de las cartas?

PER-AFAN. No me quejaré yo si se la concedes: entónces yo lo arreglaré con su Alteza.

MATILDE. No, señor; no, señor: vuestro paisano vendrá á ser un español como vos...

PER-AFAN. Nos parecemos alguna cosa.

MATILDE. Pues no quiero esposo que se os parezca.

PER-AFAN. Como tienes un galan que te regala joyas riquísimas...

MATILDE. A ese prefiero: segura estoy de que si le conocierais, me confesariais que aventaja en todo á vuestro paisano.

PER-AFAN. Sé que le excede en mucho; pero en todo no es fácil.

MATILDE. ¿No digo? Será mas ilustre.

PER-AFAN. Sí, algo mas.

MATILDE. Y mas rico.

PER-AFAN. Tambien.

MATILDE. Bastante mas jóven.

PER-AFAN. No, algo ménos.

MATILDE. Mas afectuoso, mas amante.

PER-AFAN. Eso queda por ver.

MATILDE. En fin, mucho mejor para mí.

PER-AFAN. Infinitamente mejor... si se casa contigo.

MATILDE. El se vale del Emperador, y Su Majestad Imperial quiere esta boda.

PER-AFAN. Y el Archiduque la contraría. Deja que se anuncie la nuestra, y verás cómo se apresura á declararte sus intenciones. Juzga entónces y elige.

ESCENA XIII.

FERNANDO, LEOPOLDO, MATILDE, PER-AFAN.

FERNANDO. ¿Cómo he de acceder yo á un capricho de niña?

LEOPOLDO. Para mí es un caso providencial. — Matilde, la boda que os propone la Archiduquesa, merece mi aprobacion completísima: corre á mi cargo solicitar la dispensa de Roma.

MATILDE. Si piensa Su Majestad Imperial como que Vuestra Alteza...

FERNANDO. Sin ofensa de vuestro tio, mi pensamiento se diferencia del de mi hermano.

LEOPOLDO. Reflexiona que será para tu hija un espectáculo muy ejemplar y delicioso el de un matrimonio feliz, arreglado por ella. — Teneis que casaros, para que ella case con nuestro pariente y natural aliado, el Rey don Felipe; teneis que amaros, para que Matilde cobre amor á su novio.

PER-AFAN. Vuestra Majestad y Vuestra Alteza ¿me permiten manifestar mi humilde opinion?

LEOPOLDO y FERNANDO. Hablad.

MATILDE. Tio...

PER-AFAN. Ese capricho de la Archiduquesita pudiera pasársele en muy pocos dias. Entre tanto que dura ¿no podríamos contentar á mi señora la Archiduquesa con una farsa?

LOS TRES. ¿Cómo?

PER-AFAN. Declarando Matilde y yo que estábamos dispuestos á complacerla.

LEOPOLDO. No me parece mal.

MATILDE. Pero...

PER-AFAN. Pero sin obligarnos formalmente á nada. Yo haria el papel de galan respetuoso, Matilde el de vasalla dócil, ó si no, el de víctima resignada; satisfecha la Archiduquesita, prestaria el consentimiento que se desea; y Matilde casaria por último con quien, atendidas las circunstancias, obtuviese el permiso de Su Majestad Imperial.

LEOPOLDO. ¡Excelente proyecto, Doctor!

FERNANDO. Si no lo desaprueba Matilde...

MATILDE. Con mi tio, no corro peligro de enamorarme. Por ver cómo se ingenia para el galanteo, porque me pague las rabietas que me hizo pasar cuando niña, consiento en la farsa.

FERNANDO, aparte. Mujer al fin.

LEOPOLDO. No hay mas arbitrio que dar tu beneplácito.

FERNANDO. Bien, estoy conforme.

PER-AFAN. Vuestra Majestad, en este supuesto, me relevará del encargo que me fué conferido. No me parece ahora oportuno alejarme hasta Praga.

LEOPOLDO. ¡Oh! no. Si habeis de obsequiar á Matilde, y Mariana ha de verlo, necesitais permanecer en Palacio. Nosotros partimos, y vos os quedais.

FERNANDO. Pero el bien parecer exige que, declarados novios Matilde y su tio, cesen de habitar en un mismo cuarto.

MATILDE. Seguramente: es uso comun, que no podemos quebrantar sin escándalo.

LEOPOLDO. Pasaos á mi habitacion, Doctor Per-Afan.

PER-AFAN. Miles de gracias.

LEOPOLDO. Y dejad vos el hábito desde luego, Matilde.

ESCENA XIV.

MARIANA, DAMAS, CABALLEROS, FERNANDO, LEOPOLDO, MATILDE, PER-AFAN.

MARIANA. (A la comitiva que trae. ¿Oís lo del hábito? Eso es que mi tio aprueba desde luego la boda.) Traigo á estos poquitos señores, para que delante de ellos otorguen mis novios la promesa recíproca de esponsales.

LEOPOLDO. En efecto, hemos consentido en lo que deseas, Mariana.

MARIANA. Yo soy tu madrina, Matilde: pediré en tu nombre la licencia, segun costumbre. (La coge de la mano.)

PER-AFAN. Primero á su señor natural, el señor Archiduque.

MARIANA. Ven. (Matilde se arrodilla ante el Archiduque.) Tio y señor, Leopoldo Guillermo, Archiduque de Austria, Obispo de Passaw, de Estrasburgo, de Hallerstadt, de Olmutz y Breslaw, Maestre de la Orden Teutónica, Abad de Murbach, Gobernador y Generalísimo, etc., etc., ¿concedeis vuestra vénia á Matilde Ochsenaugen, para dar la mano á su tio el Doctor don Pedro-Afan de Ribera?

LEOPOLDO. Alzad, Matilde. El Señor os haga dichosa con el esposo que os conviene. (Besa Matilde la mano al Archiduque, y se levanta.)

MARIANA. Ahora, al amo. (Se arrodilla Matilde ante el Emperador.) Padre, y Emperador siempre Augusto, ¿permitís á mi Tenienta de Aya que se case... como yo quiero?

FERNANDO. Matilde, haced la dicha de quien os ama. (Matilde besa la mano al Emperador, el cual la levanta y le dice aparte:) Esperadme á las doce.

MARIANA. Pregunto: ¿debe tambien pedir licencia á su tio para casarse con él?

PER-AFAN. No, á su tio toca arrojarse á vuestros piés y á los de Matilde.

MARIANA. Mas arriba, á sus brazos.

PER-AFAN, aparte. No la arrancará de ellos el poder del mundo.

MARIANA, á Matilde. Como tú he de ser yo: vamos á ver qué ejemplo me das.

ACTO TERCERO.

Habitacion de Matilde. En el fondo, un balcon interior con celosías y cortinajes, correspondiente á otro cuerpo de la misma habitacion, mas alto de piso. Dos puertas á la derecha del espectador: una da paso al cuarto de la Archiduquesita, otra al de Per-Afan. En el costado izquierdo otras dos puertas: la mas inmediata al proscenio conduce á una galería de palacio: la de mas arriba comunica con el piso alto del fondo. Una mesa, y en ella un espejo y un cofrecillo; al lado opuesto, un retrato de la Emperatriz doña María, colgado en la pared. Sillas, luces.

ESCENA I.

CLAUS, abatido y preocupado. CUNEGUNDA, observándole.

CUNEGUNDA. Claus...

CLAUS. Esto va mal.

CUNEGUNDA. Claus...

CLAUS. No veo remedio.

CUNEGUNDA. ¡Claus!...

CLAUS. De esta no me libro.

CUNEGUNDA. ¿Qué te pasa, que andas tan mustio desde que nos dejó solos el amo?

CLAUS. No me le nombres.

CUNEGUNDA. ¿Por qué? ¿Te trae perjuicio que habite el Doctor en el cuarto del Archiduque?

CLAUS. ¡Archiduque! No me le mientes.

CUNEGUNDA. No estamos por eso mas distantes del Emperador.

CLAUS. Por la Emperatriz de los cielos, no me recuerdes que hay Emperador en el mundo.

CUNEGUNDA. ¿Qué majaderías estás diciendo? Si nos ocurre pedir una gracia, ¿no es bueno tener á uno y otro señor ahí tan á mano?

CLAUS. ¡Ay, Cunegunda! ¡Qué gracias suelen ocurrírseles á los tales señores!

CUNEGUNDA. Sirviéndolos bien, haciendo uno cuanto le manden...

CLAUS. Eso hacia yo, y por ello precisamente me veo expuesto... á una exposicion pública...

CUNEGUNDA. ¿Exposicion? Explícate mas claro; que me traes aturdida y suspensa.

CLAUS. ¡Suspensa! El suspenso voy á ser yo.

Cunegunda. ¿Cómo?

Claus. Del cuello.

Cunegunda. ¿Por qué?

Claus. Porque me lo ha ofrecido Su Majestad. Pues. Y la palabra de un César Augusto...

Cunegunda. ¿Qué has hecho tú para atraerte una suspension de ese género?

Claus. Nada que desdiga de mi calidad de sirviente. Servir al Emperador, servir al Archiduque, servir á mi amo. Han venido los tres á saberlo, y enojados con mi servicialidad, que les ha debido parecer excesiva, me ha hecho cada uno por sí una oferta. El Doctor me promete cien palos; el Archiduque un novenario de disciplina en los Capuchinos, y Su Majestad Imperial cinco minutos de horca.

Cunegunda. ¡Solos cinco minutos! Cualquier ladronzuelo se lleva siete horas: no sé por qué te asusta cantidad de tiempo tan mínima.

Claus. Tú no tienes corazon, Cunegunda. Miento, sí le tienes; de dueña.

Cunegunda. Pero ¿qué? ¿no admite apelacion la triple sentencia?

Claus. Pudiera admitirla, pues cada uno de los tres me ha hecho con posterioridad un encargo, asegurándome el perdon si lo cumplo. Pero bien: sirvo á uno; dejo mal contentos á dos.

Cunegunda. Claus amigo, el adagio dice: «Del mal el ménos.» Obedece á su Majestad Cesárea, líbrate de la ene de palo, y aguanta los de mi señor y los nueve ejercicios.

Claus. Mujer, si yo nací para complacer á todos, y no puedo resistir á mi vocacion. Estoy viendo que serviré por fin á los tres quejosos; que van á enfurecerse mas porque no les he mantenido la exclusiva; y voy á disfrutar por su órden las tres mercedes: paliza, vapuleo y cuelga.

Cunegunda. Principia tú por los cinco minutos, y ríete luego de lo demas.

ESCENA II.

OTILIA, CUNEGUNDA, CLAUS.

Otilia. Señora Cunegunda...

Cunegunda. Señora Otilia...

Otilia. Pasad al salon de su Alteza. Vuestra ama necesita de vos.

Cunegunda. Voy allá corriendo. (Vanse las dos.)

ESCENA III.

CLAUS.

Real y verdaderamente abusan de mi carácter oficioso estos buenos señores: no hay recurso de que no se valgan para conquistarme, siendo yo tan fácil conquista! Me dice el Doctor: «Cien palos mereces por haber traido á Matilde la joya; cien escudos te pongo en mano, si esta noche dejas descorrido el cerrojo de la puerta divisoria entre el cuarto de Matilde y el que era mio.» ¿Cómo se responde á tan eficaz argumento? Así. (Llégase á la primera puerta del costado izquierdo, y descorre el cerrojo.) Paliza, una; cerrojo, uno: de uno á uno, pago. Un acreedor ménos.

ESCENA IV.

MARIANA, con un capotillo y una cofia de noche. CLAUS.

MARIANA. ¡Chit! Claus...

CLAUS. ¿Quién?... ¿Vos por aquí?

MARIANA. Me acostaron; pero en cuanto me quedé sola, me levanté. Matilde tuvo que llamar por un momento á la camarera de guardia; vi la puerta libre, y pif! *volaverunt.* Nadie ha reparado. Como todo anda revuelto con la marcha de mi padre y mi tio...

CLAUS. ¿Tambien sale Su Majestad?

MARIANA. Tambien. Tales noticias ha recibido, que no puede excusarlo. Yo, en el ínterin, quiero observar aquí en su cuarto á Matilde.

CLAUS. ¿Con qué motivo?

MARIANA. Desde la ventana de mi alcoba he divisado un hombre que se escondia en el jardin, atisbando hácia este ángulo del palacio; por mí no ha de ser: he de averiguar si es por Matilde. Yo, que la caso, tengo derecho y obligacion de vigilar su conducta.

CLAUS. Ciertamente, señora.

MARIANA. Tú has de ayudarme.

CLAUS. Dejad primero que medite sobre cinco minutos.

MARIANA. Medita con esta sortija en el dedo. (Le da una.)

CLAUS. Mandad, señora: soy el sirviente universal por inclinacion y por estrella.

MARIANA. Ocúltame donde pueda acechar.

CLAUS, señalando el balcon interior. Allí estaréis bien.

MARIANA. No me engaña Matilde á mí: la veo muy desapacible desde esta mañana, y adivino el por qué. Su tio la quiere; á ella no le gusta su tio.

Claus. (Aparte. Aquí entra el encargo del Archiduque para el indulto del novenario.) Tiene ella otro amante.

Mariana. ¿Otro? ¿Quién es?

Claus. Un incógnito conocidísimo, un viudo.

Mariana. ¡Miren la del hábito! ¡La que me vedaba que leyese comedias! Yo no las leo, y ella las hace.

Claus. La familia del viudo pretende que dicho incógnito señor se case con una prima suya, muy guapa y de catorce años; pero él no hace de ella maldito el aprecio, por causa de Matilde.

Mariana. ¡Ay, qué pícaro! ¡Despreciar á una prima, cuando me casaba yo tan á gusto con mi primo don Baltasar! ¿Qué edad viene á tener el viudo? ¿La del Rey de España siquiera?

Claus. Por ahí, por ahí.

Mariana. De manera que ese moscardon levanta de cascos á mi Aya (que se ha de casar con su tio, quiera ó no quiera), y se burla de una muchacha como un pimpollo! Pues no seré yo Archiduquesa de Austria, ó el tal primo ha de dar la mano á su prima. No le valdrá el ser hombre para salirse con la suya.

Claus. Y lo que es la prima le tiene aficion.

Mariana. ¿Sí, eh? ¿A pesar de que es viudo, ya casi viejo, y anda tras otra?

Claus. Eso avive quizas el amor de la niña. Cuando median los celos...

Mariana. ¿Qué son celos?

Claus. Envidias de amantes.

Mariana. ¿Si no acertaré yo por eso á querer á mi tio? Como no me da envidia, como no me pone celosa... ¿Has oido tú si don Felipe tiene algun capricho en Madrid?

Claus. Corrió voz, tiempo há, de que cierta cómica...

Mariana. ¿Cómica dijiste? ¡Ay! ¡qué celda tan hermosa le voy á alquilar!

Claus. Llegais ya tarde: creo que es Abadesa de unas monjas Benitas, allá en un desierto.

Mariana. ¿Abadesa? Bien ha librado; lega fregona la hubiera hecho yo. Por mi cuenta corre satisfacer sus celos á la prima del viudo.

Claus. Entraos, que vienen. Soy luego con vos.

Mariana. Ven pronto.

(Vase por la puerta de la izquierda, mas inmediata al fondo.)

ESCENA V.

MATILDE, de dama. CUNEGUNDA, CLAUS.

MATILDE. (Aparte. Dos-galanes... tres con mi tio. El de la joya es el que me desasosiega.) Claus, ¿tienes ya cerrada la puerta de la galería?

CLAUS. La de la galería y la del jardin. Todo está cerrado, ménos la reja de ese tránsito á la habitacion de Su Alteza, por donde venís. Las llaves, como previnisteis, quedan en su sitio.

MATILDE. Recogeos al instante los dos.

CUNEGUNDA. Perdonad: yo me acostaré cuando os deje acostada.

MATILDE. No te necesito.

CUNEGUNDA. Podeis necesitarme: vòs no estais buena. Tarde y noche me habeis dicho que os hallabais desazonada; y en efecto, allá en el salon de Su Alteza, andabais como tristona, como distraida... La mudanza de traje no os sienta bien.

MATILDE. ¡Qué!... ¿me caia mejor el hábito?

CUNEGUNDA. Queria decir que siendo aquella ropa de mas abrigo, y habiéndoos quedado en cuerpo y en cabello, habréis cogido un pasmo sin duda. Os traeré un capote y un serenero.

MATILDE. Deja esos disfraces en su lugar.

CUNEGUNDA. Como ya no han de visitaros...

MATILDE. Retírate, y recógete al punto.

CUNEGUNDA. Señora... buenas noches. (Vase.)

ESCENA VI.

MATILDE, CLAUS.

CLAUS. Señora, descansad. (Vase retirando muy poco á poco.)

MATILDE. (Aparte. ¿Quién será ese hombre? Conforme se va acercando la hora de verle, mi curiosidad se hace insufrible.) Claus...

CLAUS. Mi buena señora...

MATILDE, abriendo el cofrecillo. A tu parecer, ¿qué vale esta joya? (La saca y se la entrega á Claus.)

CLAUS. ¿Esta? ¡Ah! esta... de fijo ha costado sus mil escudos.

MATILDE. Es tuya, si me dices quién me la regala.

CLAUS. ¡Mia! Señora... yo... ¿Cómo?... (Aparte.) Joyería voy á poner en dejando el servicio.

MATILDE. Tú lo sabes; yo he de averiguarlo muy pronto: con que nada arriesgas en decírmelo.

CLAUS. ¿Siendo así, no podeis aguardar?...

MATILDE. No quiero aguardar. Me mata la impaciencia. Responde.

CLAUS. Solo puedo responder que esta joya...

MATILDE. Sí.

CLAUS. La ha mandado hacer y la ha costeado... Su Majestad Cesárea.

MATILDE. ¡Su Majestad!... Véte. Véte con ella...

CLAUS, aparte, retirándose. Con esto, y abrir la puerta de la galería, me libro de los cinco minutos de colgadura. Me quedan cien escudos de beneficio. (Vase.)

ESCENA VII.

MATILDE.

¡Su Majestad! ¡El Emperador! Sí, no cabe ya duda. Mi corazon estaba deseando amar, amaba ya sin saber á quién: ya lo sabe. Le estremecieron, le arrebataron aquellas cartas del español incógnito; creí que el de las cartas era tambien el de la joya; es otro; es forzoso elegir; al español no le conozco ni siquiera de nombre; Claus acaba de pronunciar el mas ilustre que se conoce. Pero yo, ¿merezco esta dicha? ¿Es cierto que el Emperador me ama? El me ha dicho: «Veréis á vuestro amante en presencia mia.» El dijo tambien: «Casad á mi hija con el Rey don Felipe; haréis á mi corona el mas alto servicio; recompensa no inferior os aguarda.» ¡Recompensa! ¡Corona! Palabras que el acaso juntó, ¿fuisteis el anuncio de mi destino? Fernando III es un monarca virtuoso; él me asegura que su amor es digno de agradecimiento... Amor que no es puro, no merece que se agradezca. Y á mí, ¿qué otra clase de amor se me puede ofrecer? Mi opinion, la severa enseñanza que me dió mi tio... — No puedo ahora ménos de sonreirme... «¡Para nada eres!» me gritó una vez tan furioso... y echó aquí la mano... (Tócase una oreja y juguetea con el pendiente.) ¡Pobre Doctor! Y ¡maltrataba una oreja imperial! ¡Yo Emperatriz! (Vuelve la vista hácia el retrato de Doña María.) Aquella lo ha sido. (Mírase al espejo.) Esta soy yo. ¿Tanto desmereceria esta delante de aquella? Hermana fué de Felipe IV... Yo soy una sirviente de su hija... — Sí; pero en esta guerra de casi treinta años, que ha trastornado el antiguo imperio, ¿cuántos casamientos desiguales no ha visto Alemania? — ¡Ay! ¿cuántas ambiciones de mujer vemos tambien castigadas con la ignominia? El Archiduque me declaró enérgicamente que el incógnito de la joya ¡no seria mi esposo! Vendrá á las doce el Emperador por aquella puerta, que da paso á la habitacion de su hija; ¿qué vendrá

con él para mí? ¿Será la dicha? ¿Será la mayor de las desventuras? Una reja atraviesa el tránsito: paso tiene por entre sus hierros la dicha; la deshonra no pasa. Voy á cerrar. — ¡El Archiduque!

ESCENA VIII.

LEOPOLDO, en traje militar. MATILDE.

LEOPOLDO. Matilde...

MATILDE. ¡Alteza ilustrísima!...

LEOPOLDO. Habiéndome ya despedido, como visteis, de vuestra alumna, quiero despedirme de vos en particular, y comunicaros una noticia.

MATILDE. Vuestra Alteza me está siempre favoreciendo.

LEOPOLDO. La noticia es esta. El matrimonio del Emperador con mi prima, la Archiduquesa Leopoldina, de Inspruck, es un asunto casi ya terminado.

MATILDE. ¡Su Majestad se casa? ¿Es posible?

LEOPOLDO. Es seguro. El Consejo y la Corte lo solicitan con vehemencia, el interes del Estado lo exige, yo lo tengo á mi cargo, y en fin Su Majestad mismo no ha podido negarse.

MATILDE. ¡Su Majestad consiente?

LEOPOLDO. El procura que se difiera; pero ha consentido. Como será poco agradable para mi sobrina tener madrastra, podeis utilizar esta circunstancia tan poderosa, á fin de decidirla á casarse.

MATILDE. Cierto. — Bien... bien está.

LEOPOLDO. La futura Emperatriz cuenta catorce años y es amabilísima: creo que mi hermano acabará por quererla mucho, aunque ahora, con sus devaneos...

MATILDE. ¡Devaneos el Emperador!

LEOPOLDO. Se ha aficionado á una pobre muchacha, que no sabe el riesgo en que vive.

MATILDE. ¡Riesgo! Vuestra Alteza deberia avisarla, protegerla, salvarla.

LEOPOLDO. Matilde, yo salgo de Viena esta madrugada; y aunque mi hermano parte conmigo, él puede volver ántes que yo.

MATILDE. Vuestra Alteza, ¿no podria manifestar al Emperador?...

LEOPOLDO. Le prediqué ya, y no he visto fruto. Quisiera, sí, decir algo á la niña; pero no hay tiempo. Si no os repugnara dirigirle en mi nombre una súplica...

MATILDE. ¿A quién?

LEOPOLDO. A ella. Claus, vuestro sirviente, sabe su nombre.

MATILDE. Vuestra Alteza diga, Vuestra Alteza me mande.

LEOPOLDO. Rogadla que, siendo como es, virtuosa y discreta, proceda con mi hermano de modo, que Su Majestad case pronto cual debe.

MATILDE. Satisfaré el deseo de Vuestra Alteza.

LEOPOLDO. Ofrecer premios á esa jóven seria ofenderla; pero ya os podeis figurar si yo le quedaré agradecido, y si vale algo la gratitud y amistad sincera de Leopoldo Guillermo. Ni ¿qué mas premio de una accion buena, que la satisfaccion dulcísima que produce en nosotros, y la certidumbre de que los ángeles la escriben en el libro eterno de los acreedores á la bienaventuranza sin límite?

MATILDE. ¡Ah, señor! Conmovida al oiros...

LEOPOLDO. ¿Os enterneceis, mi buena Matilde? Yo tambien. Una despedida siempre cuesta lágrimas... Y cuando es para ir á buscar los combates... Por si no volvemos á vernos, recibid mi bendicion apostólica.

MATILDE. Cuando Vuestra Alteza regrese: tengo esperanzas de merecerla.

LEOPOLDO. Contad entónces con la del cielo. (Vase.)

ESCENA IX.

MATILDE.

¡Sueños momentáneos! Delirios del orgullo y de la ambicion! huid, alejaos para siempre. Me felicito de haber dado la joya á Claus: equivale á tirarla. No tardará en venir el Emperador: puedo recibirle sin sobresalto. Luego se ausenta... Sí; pero volverá... y volverá sin el Archiduque... Defensor necesito, defensor constante y seguro.

ESCENA X.

PER-AFAN, MATILDE.

PER-AFAN, saliendo por la primera puerta de la derecha. ¡Matilde!

MATILDE. ¡Mi tio! (Aparte. Es el confidente del español, del autor de esas cartas que brotan fuego.)

PER-AFAN. No te enojes por esta visita. (Permanece en la puerta.)

MATILDE. Pasad, pasad. No venís á mal tiempo.

ESCENA XI.

CLAUS, asomándose con recato por el balcon del fondo. — MATILDE, PER-AFAN.

CLAUS, muy bajo. ¡Chit! señores...

MATILDE. ¿Qué hay?

CLAUS. La Archiduquesa está ahí. (Señalando lo interior de la pieza del fondo.)

MATILDE. ¿Cómo?

CLAUS. Ha venido furtivamente á ver lo que haceis.

PER-AFAN, aparte. ¡Qué ocasion!

CLAUS. No os deis por entendidos. (Bajo, dirigiéndose á Mariana, que aun está dentro.) Venid: aquí estaréis bien. (Apártase para dejarle puesto.)

PER-AFAN. Nos oirá tu discípula. Tenemos que hablarnos como personas destinadas á casarse.

MATILDE. Habladme del incógnito de las cartas.

ESCENA XII.

MARIANA, en el balcon, oculta entre las cortinas, MATILDE y PER-AFAN, en la sala, CLAUS, tambien en el balcon, detras de Mariana.

MARIANA, aparte á Matilde. ¡Los dos aquí! Esto es mas de lo que esperaba.

PER-AFAN. Siéntate por un momento, Matilde.

MATILDE. ¿Cómo habeis podido penetrar hasta mi habitacion?

PER-AFAN. Me quedé con la llave doble de la puerta al jardin. He aguardado en él hasta ver cerrar todas las ventanas de palacio, y he abierto en seguida.

MARIANA, aparte á Claus. ¡Era él quién rondaba!

CLAUS, aparte á Mariana. Como es su novio...

MARIANA, aparte á Claus. ¿Me rondará don Felipe á mí?

CLAUS, aparte á Mariana. ¡Poquito aficionado es él á rondas galanas!

MARIANA, aparte á Claus. Eso me gusta mucho. Tapa, que miran.

PER-AFAN. Antes de las doce te dejaré: como cuando vivíamos juntos. Me tenias tan hecho á este rato de conversacion, que ni por un dia he querido privarme de él.

MATILDE. ¿Qué dirá si os ha visto alguno?

PER-AFAN. Que somos amantes, noticia oficial de hoy en la corte. Que necesitamos casarnos pronto, eso es lo que yo deseo.

MATILDE, oponiéndose. Pues yo...

PER-AFAN, bajo. Que te oye: disimula.

MATILDE. Pero, tio, vos ántes no me teniais demasiado cariño; hoy, gracias á aun antojo de mi discípula, que merecia una mano de azotes...

MARIANA, aparte. ¡Ca!

MATILDE. Os habeis declarado mi pretendiente. ¿Quién hace caso de unos amores tan repentinos?

PER-AFAN. ¿Repentinos, Matilde? ¿Cuánto há que recibes unas cartas de amor anónimas?

MATILDE. Una porcion de meses.

PER-AFAN. Pues bien... (Baja la voz.)

MARIANA, aparte á Claus. ¿Por qué no me escribe mi tio anónimos?

CLAUS, aparte á Mariana. Porque aun está de luto, y no dicen bien cartas de amor con oblea negra.

MATILDE. ¿Vos el amante incógnito? (Aparte á don Per-Afan. ¿Es broma, tio?)

PER-AFAN, aparte á Matilde. No preguntes: no caiga en sospecha.

MATILDE. Notas á Séneca, ya sé que sabeis escribir; pero cartas de amor tan apasionadas, versos tan lindos, lo ignoraba completamante.

PER-AFAN. Quien sabe sentir, sabe decirlo.

MARIANA, aparte á Claus. ¿No hace versos tambien mi tio?

CLAUS, aparte á Mariana. ¡Si le llaman el Rey poeta!

MATILDE. Algo tarde habeis aguardado á sentir.

PER-AFAN. Nadie como tú puede apreciar la causa. Destinado á las letras por mi familia, que observaba mi ardorosa inclinacion al estudio, ellas ocuparon exclusivamente mi juventud, ellas devoraron los mas verdes años de mi existencia. Compitiendo con unos, aprendiendo de otros, adelantándome á bastantes, reconociendo la superioridad en el que la tenia; entre gozos y contrariedades, entre los murmullos de la envidia y el lisonjero estímulo de la opinion benévola, llegué sin sentir á la edad en que el hombre cuyo corazon vivió dormido miéntras el entendimiento velaba, se le encuentra de improviso impaciente, anhelante, sediento de emociones dulces y tiernas, robusto como de varon, tímido como al salir de la infancia. Ya es tarde entónces para amoríos de paseo y de iglesia, de calle y ventana; se avergüenza uno de ir contra la gravedad que debe distinguir al hombre científico, porque el uso de libros buenos conserva su pudor al espíritu, como la compañía de una casta madre, la modestia en sus hijas. Entónces mira el hombre al rededor de sí; mira cerca, porque el nebuloso horizonte del mundo, que no conoce, le cansa la vista; y si halla á su lado, bajo su techo mismo, un semblante hermoso y un corazon angélico, ni puede ni quiere ni debe ir mas léjos á buscar la felicidad: sabe que el cielo nos la co-

loca siempre inmediata. Si él la ha desconocido por mucho tiempo; si deslumbrado con el brillo de la humana gloria, no reparó en el tesoro de gracias y virtudes con que estaban casi tocando sus manos, ¿qué ha de hacer al advertir su error, sino confiarlo al papel primero, y arrojarse despues á las plantas de la que adora?

MATILDE. Tio, por piedad... Si vinieran...

PER-AFAN. Dí que me perdonas, Matilde; que perdones mi antiguo desamor y mi amor presente, es lo que pretendo. Con el disimulo del inferior entre superiores, del que ha ofendido y no sabe cómo reparar sus ofensas, hay aquí para tí mas y mas puro amor que ha de consagrarte ninguno. Yo no pido tu afecto, si hay quien lo merezca mejor. Yo quiero tu bien aun á costa del mio: si te ofrece la mano de esposo quien valga mas, yo tendré valor para enlazársela con la tuya.

MARIANA, descorriendo la cortina y gritando. No digais eso; que os dará calabazas.

MATILDE. ¡Archiduquesa! ¿Vos acechando ahí?

MARIANA, saltando del balcon á una silla y de esta al suelo. Sí, señora, y me alegro mucho de haber acechado. ¿Cómo se entiende? ¡Consentir que un tio, que dice cosas tan bonitas, estuviese con la rodilla en tierra, sin tenderle la mano! ¿Es este el respeto á los mayores, que me enseñabas?

MATILDE. Venid á vuestro cuarto, donde os enseñaré cómo debeis respetarme á mí.

MARIANA. ¿A tí? Ya no: tienes por que callar.

MATILDE. ¡Archiduquesa!

PER-AFAN. ¡Señora!

MARIANA. Digo bien. Vos ignorais las picardigüelas de vuestra novia. Tiene otro galan.

MATILDE. ¡Señora Archiduquesa!

MARIANA. Madrina, se me dice. — Sí, señor: tiene mi ahijadita otro amante mas principal que vos; pero no os dé cuidado: es un maula que no trata de casarse con ella.

ESCENA XIII.

FERNANDO, MARIANA, MATILDE, PER-AFAN.

FERNANDO. ¿Qué es esto?

PER-AFAN, aparte. ¡El Emperador!

FERNANDO. ¡Aquí la Archiduquesa á estas horas, Matilde!

MATILDE. Aun no son las doce.

FERNANDO. Sin embargo, extraño un poco veros tan acompañada.

MATILDE. Yo extraño tambien que Vuestra Imperial Majestad venga por esa puerta, y venga tan solo.

FERNANDO. Por no alborotar la habitacion de esta niña, á quien supuse ya reposando, llamé á la puerta de la galería.

MARIANA. Señor padre, como estais de marcha, no ha querido acostarse mi hermano hasta veros partir: no he de ser ménos.

FERNANDO. Aunque lo estimo, dame ahora el gusto de pasar á tu gabinete. Llevadla, Matilde.

MATILDE, aparte á don Per-Afan. De veras, tio: ¿son vuestras las cartas?

PER-AFAN, aparte á Matilde. Ahí van de mi letra. (Le da unos papeles.)

MATILDE. Madrina, venid. (Llégase cariñosamente á Mariana y le besa una mano.)

FERNANDO. Doctor, esperad. (Vanse Mariana y Matilde.)

ESCENA XIV.

FERNANDO, PER-AFAN.

FERNANDO. Habiéndose dispuesto que os trasladeis á otra habitacion miéntras pasais por capitulado con vuestra sobrina, pudierais haber comprendido que no era decente visitarla á estas horas.

PER-AFAN. Como novio de burlas, no me consideré tan escrupulosamente obligado.

FERNANDO. Para mi corte es negocio de veras, y yo debo impedir que se esparzan hablillas en daño de la reputacion de Matilde. Doctor Per-Afan, me acompañaréis en mi viaje.

PER-AFAN. Doy á Vuestra Imperial Majestad rendidas gracias por esa honra; se las doy mas rendidas por el interes que le merece la opinion de Matilde. Ruego por lo mismo á Vuestra Majestad que la proteja contra las tentativas de un amante oculto y poderoso que tiene.

FERNANDO. ¿Un amante? En efecto, se me ha dicho que la galantea por escrito no sé qué personaje español. Pero me han asegurado que á ese le favoreceis vos.

PER-AFAN. No es español el sujeto á quien me refiero; el español debiera tener perdidas las esperanzas, porque no puede competir con el aleman.

FERNANDO. ¿Quién es ese último?

PER-AFAN. El primero entre sus iguales, que son muy pocos. Prometido consorte de una princesa del Tirol, deuda suya, mal podrá casarse con mi sobrina.

FERNANDO. ¡Maese Per-Afan!...

PER-AFAN. Pedro Afan de Ribera quizás aconsejaria á Matilde que ni aun la mano de ese amante admitiese: matri-

monios tan desiguales pocas veces acaban en bien. Para ménos que esposa, no ha nacido Matilde.

FERNANDO. ¿Quién os ha dicho que ese amante, irritado ya de que por todos lados haya quien ose contrarestar su gusto, no piensa igualar con su altura la mujer en quien deposita su amor?

PER-AFAN. Lícito le seria comó cristiano; pero atendidas ciertas graves razones...

FERNANDO. Ni os ha elegido por consejero el galan de Matilde, ni en este asunto ha de guiarse por voto ajeno. Retiraos de aquí.

PER-AFAN, aparte. ¡Emperatriz Matilde!... Séalo, y ¡mas que me cueste la vida! (Vase.)

ESCENA XV.

FERNANDO.

Mi hermano, Kevenhüller, el Arzobispo de Praga, todos hasta ese miserable extranjero, se conjuran contra una aficion todavía inocente, ¡una aficion que todavía no he declarado! ¿Ilegítima la suponen? ¡Por ellos voy á legitimarla!... (Llamando.) ¡Claus! — Rompo todo empeño anterior. — ¡Claus!

ESCENA XVI.

CLAUS, FERNANDO.

CLAUS. Majestad Cesárea...

FERNANDO. Que aguarde el correo de Tirol. A mi hermano, que vuelva á reunir el Consejo al instante. Ha de ser obra de cinco minutos.

CLAUS, aparte. ¡Cinco minutos de obra! ¡Dios mio! ¿Si será obra de tira y aprieta? (Vase.)

ESCENA XVII.

MARIANA, FERNANDO.

MARIANA. ¡Señor padre!...

FERNANDO. ¿Aun vuelves aquí?

MARIANA. Me envía Matilde.

FERNANDO. ¿A qué?

MARIANA. A entreteneros, miéntras ella acaba de llorar.

FERNANDO. ¡Matilde llora!

MARIANA. Como una Magdalena.

FERNANDO. ¿Por qué?

MARIANA. Porque tiene dos novios, y se queda sin el mejor.

FERNANDO. ¡Sin el mejor! ¿Sabes tú quién es?

MARIANA. Dice Matilde que es persona distinguidísima, que yo no conozco. Un viudo con hijos, y con una primita de siete años, preciosa muchacha.

FERNANDO. ¿Y el otro?

MARIANA. El otro es el que yo le he propuesto, don Per-Afan. ¡Buena mano he tenido! ¿Creeréis que el Doctor estaba enamorado de Matilde en secreto?

FERNANDO. ¿El de Matilde?

MARIANA. Años hace. Y le ha escrito unas cartas anónimas, que segun Matilde, levantan en vilo.

FERNANDO. ¿Cómo sabes tú eso?

MARIANA. Porque él se lo ha confesado á ella esta noche, y yo lo estaba oyendo... por casualidad.

FERNANDO. Y entónces, ¿qué le dijo Matilde?

MARIANA. Nada, porque les corté la conversacion. Pero á mí luego, ¡qué cosas me ha dicho!

FERNANDO. A ver, á ver cuáles.

MARIANA. En primer lugar, ella se iba inclinando al viudo.

FERNANDO. ¿Se le inclinaba?

MARIANA. Pero ya no hay inclinacion que triunfe: don Per-Afan es el preferido.

FERNANDO. ¿Por qué razon?

MARIANA. Por dos. Por no hacer mala obra á la prima del viudo, y porque el viudo tiene obligacion de casarse con su primita.

FERNANDO. No, hija, no: á ese viudo, á quien yo conozco, no hay obligacion que le apremie. Pudiera muy bien casar con Matilde.

MARIANA. Ya se lo impediremos nosotros.

FERNANDO. ¿Por qué?

MARIANA. Porque si casara él con Matilde, parece que se enfadaria muchísimo Don Felipe IV con vuestro gobierno: lo cual, ya veis, no nos tendria cuenta ninguna.

FERNANDO. Yo apaciguaré á Don Felipe. No temas.

MARIANA. No creais que yo temo; quien debe temer es el viudo. Alguna desgracia va á sucederle.

FERNANDO. ¿Desgracia?

MARIANA, *señalando el retrato de doña María.* Asegura Matilde que aquella de allí, mi madre que está en gloria, miraria esa boda con muy malos ojos.

FERNANDO, *aparte.* ¡Oh! ¡no me atrevo á dirigirle los mios!

MARIANA. Peligroso es tener descontentos en el otro mun-

do. Por eso Matilde, puesta de rodillas, con las manos en cruz, ha ofrecido echarse el hábito para toda la vida, porque Dios envíe á ese hombre luz y conocimiento.

FERNANDO. Basta, hija, basta.

MARIANA. Oidme una especie. El viudito que nos enreda, tiene que ser aleman ó español. Si es del Imperio, decidle de mi parte que se arregle con su prima y nos deje en paz. Si es vasallo del Rey de España, yo le pondré una bonita carta anónima á Su Majestad, para que retire de nuestra corte á ese prójimo, y le encierre por medio año en la Inquisicion.

FERNANDO. ¿Tú escribirias al Rey de España?

MARIANA. Sí, señor, ya sí. Como he visto á Matilde resuelta á casarse con el Doctor, y segura de que ha de ser con él felicísima, he dicho: «Bueno: yo me casaré tambien con mi tio.»

FERNANDO. ¡Hija de mi alma!

MARIANA. Que aprenda de nosotras el viudo. Cuando sobrinas tan en flor se casan á pares con tios granados, bien puede un primo cuarenton contentarse con una primita de catorce cosechas. — Que estudie la fábula de la guindilla y el dulce.

FERNANDO. ¿Qué fábula es esa?

MARIANA. Una en castellano, que dice así.

(Recita.)

Se juntaron á comer
Una vez en un meson
Un viajero solteron
Y un casado mercader.
Tras mil discursos prolijos,
Vino el soltero á decir
Que era imposible regir
La voluntad de los hijos.
— «Pues, señor, conmigo viaja,»
Repuso atento el casado,
«El niño que tengo al lado,
Y este chico es una alhaja.
Vos pudierais ser testigo
De que, sin esfuerzo grande,
Cuanto yo quiera y le mande,
Me lo hace segun le digo.
— ¡Vaya! esos serán extremos
Del amor que le teneis.
— Hombre, no. — ¡Bah! ¡bah! — ¿Quereis
Que apostemos? — Apostemos.»
Apuestan, y en la porfía
Gran cantidad se atraviesa.

En esto pone en la mesa
Dos platos el que servia.
Como hay entre los viajantes
Gustos del todo contrarios,
Un plato eran dulces varios,
Otro, pimientos picantes. —
«Basta una prueba sencilla,»
Dijo el solteron sin duelo:
«Mandad á ese ángel del cielo
Que se coma una guindilla.
— Hijo, complace al señor,»
Contesta el padre; «anda, listo!»
La guindilla... Jesucristo!...
Volcaba con el olor.
El pobre niño, aterrado
Con el atroz mandamiento,
Cogió llorando el pimiento
Para tirarle un bocado.
El padre en tanto, con poca
Prudencia ó fuerte apetito,
Pilló un dulce callandito,
Y acercóselo á la boca.
Fuera el muchacho de sí,
Gritó al mercader: «¡Por Dios!
¿Confitura para vos,
Y picante para mí?
Yo de obedeceros trato,
La apuesta quiero ganar;
Pero comed á la par
Otra guindilla del plato;
Que no será proceder
Como padre, hombre de juicio,
Exigirme un sacrificio,
Y vos no quererle hacer.»

FERNANDO. ¡Mariana!
MARIANA. Aquí está Matilde.

ESCENA XVIII.

MATILDE, FERNANDO, MARIANA.

FERNANDO. Llegad, Matilde. Aunque mi hija me acaba de dar perfectamente la leccion que le habeis enseñado, necesito aun oir á la maestra. (Mariana se llega á la mesa y se entretiene registrando cuanto hay allí.)

MATILDE. Vuestra Majestad Imperial me fió el honroso cargo de reducir á mi señora la Archiduquesa á casar con el

Rey Católico: vuestra cesárea voluntad queda cumplida. ¿No mereceré en pago que me oiga con benignidad un recuerdo?

FERNANDO. Recordad ántes vos...

MATILDE. Vuestra Majestad es mi natural protector: mire por él.

FERNANDO, bajo á Matilde. ¿No querréis admitir mi corona imperial?

MATILDE, bajo al Emperador. Quiero mas, quiero darla. Despues de haber hecho una Reina por vuestro gusto, debo hacer una Emperatriz por el mio.

MARIANA. Con que, señor padre, ¿me encargo yo de que desaparezca ese viudo incómodo?

FERNANDO. Ha desaparecido, hija mia. El galan incógnito de Matilde no existe ya.

MARIANA. ¿Se ha muerto? Y nosotros que no sabíamos nada! Porque tú no lo sabias, ¿no es verdad?

MATILDE. Esperaba la noticia, señora.

MARIANA. ¡Ya! por eso llorabas tanto hace poco. ¡Pobre Matilde! ¡Pobre ayita mia! Pero ¿ves qué igual es nuestra suerte, mujer? Tu viudo se te muere, y á mí se me murió mi soltero! Bien que el viudo te hace un favor dejándonos; pero yo sin mi primo... (Al Emperador.) No os ofendais; iba á escapárseme un despropósito; le he recogido al vuelo. Ya que se fué el incógnito, ¿no podréis decirme quién era?

FERNANDO. Un padre de una gran familia, no indigno del amor de sus hijos; un curioso que, buscando la dicha, habia encontrado la piedra filosofal. Vió que hacer el oro con materias humildes era peligrosísimo para el mundo, y ha conseguido de Dios que le deje desaparecer de la tierra con su secreto.

MATILDE. Así se ha hecho acreedor á una gloria inmortal.

MARIANA. A mí me ha chasqueado, porque ¡habia consentido yo tan de veras en casarle contra su gusto!..

FERNANDO. Gusto igual te dará tu padre.

MARIANA. ¿Sí! Cómo?

FERNANDO. Tu tio, mi Consejo, y otras personas mas, creen que es absolutamente preciso que vuelva á contraer matrimonio.

MARIANA. ¡Vos!

FERNANDO. Y tendré que avenirme, á pesar de mi repugnancia.

MARIANA. Yo lo creo que os repugnará. ¡Digo! Habiendo tenido una esposa como esa! (Señalando el retrato.)

MATILDE. Por vos necesita contraer ese enlace Su Majestad.

MARIANA. ¿Por mí? ¿Qué necesidad tengo yo de madrastra?

MATILDE. Como vais á serlo, conviene que aprendais á

desempeñar bien ese difícil cargo. En vuestra prima Leopoldina, de poca mas edad que vos, tendréis un dechado perfectísimo de madre política.

MARIANA. Leopoldina ha de tener unos catorce años... ¡Qué semejanza entre el incógnito de Matilde y mi padre! Los dos viudos, los dos con hijos, los dos con primas, los dos sin gana de casarse con ellas... En fin, si mi señora Leopoldina es tan buena para segunda madre, yo tambien me siento con famosas disposiciones. Padre y señor mio, don Felipe cada dia pierde, y yo la gano: que dure poco la enseñanza de madrastría.

ESCENA XIX.

LEOPOLDO, FERNANDO, MARIANA, MATILDE.

LEOPOLDO, al Emperador. ¿Para qué mandas reunir el Consejo?

FERNANDO. Para noticiarle un suceso próspero. La Archiduquesa acaba de manifestar que está ya deseando salir de Viena para Madrid.

LEOPOLDO. ¿Es cierto, Mariana?

MARIANA. Sí, tio; certísimo. Rehusé ántes, porque no sabia lo que he visto despues entre mi Aya y don Per-Afan; ya estoy convencida de que, dando con un tio que escriba amores anónimos á su sobrina, le componga versos, y le hable de noche á solas como don Per-Afan á Matilde, la sobrina quiere al tio sin remision. Don Felipe, que ha sido casado, aun sabrá de amores mucho mas que don Per-Afan de Ribera, que principia á ejercer.

ESCENA XX.

PER-AFAN, FERNANDO, LEOPOLDO, MARIANA, MATILDE.

PER-AFAN. Estoy á las órdenes de Vuestra Majestad Imperial. Tengo ya hechos mis preparativos de viaje.

FERNANDO. Doctor Per-Afan, os quedais en Viena.

MARIANA. Para casaros con Matilde cuanto ántes.

FERNANDO. En recibiendo la dispensa de Roma.

LEOPOLDO. (Aparte al Emperador. Bien, Fernando!) Vendrá con la de mi sobrina en muy poco tiempo.

PER-AFAN. ¡Señores!... ¡Matilde!... ¿A quién dirigiré primero la efusion de mi gratitud?

MARIANA. A mí, don Per-Afan. Mi padre y Matilde me casan con Su Majestad Católica; yo caso á mi padre con mi prima Leopoldina de Inspruck, y á Matilde con vos.

FERNANDO, al Archiduque. ¿Estás contento? (Leopoldo le abraza, y hablan aparte.)

MATILDE, aparte á su tio. ¿Y vos lo estáis?

PER-AFAN, aparte á Matilde. Una palabra que me dé confianza, Matilde.

MATILDE, aparte á don Per-Afan. He preferido vuestra mano á la de Fernando III.

MARIANA, á Matilde. Háblale alto: si ya me figuro qué le dirás: que le vas á querer tantísimo!...

MATILDE. He de serviros de modelo...

MARIANA. No te deslucirá la copia. Tan segura estoy de que pueden probar bien los casamientos de tio con sobrina, que á la primera hija que tenga, la he de casar con mi hermano, si no es obispo. Señor padre, ¿qué regalo de boda haré á la futura doña Matilde?

FERNANDO. El título de Condesa de Blumenfeld.

LEOPOLDO. Uno de mis estados.

MATILDE. ¡Señores!...

MARIANA. Condesa de Blumenfeld, seréis la favorita de la Reina Mariana.

MATILDE, presentando á Mariana por la mano al público.

A España nos llevarán
A mi señora y á mí:
¿Saben ustedes, allí,
Cómo nos recibirán?
Venga á sacarnos de afan
Alguna demostracion:
Es de niña la funcion;
Que pase por niñería;
Niñada mayor seria
Negarle un cortés perdon.

EL MAL APOSTOL Y EL BUEN LADRON.

DRAMA EN CINCO ACTOS EN VERSO,

ESTRENADO EN MADRID, EN EL TEATRO DEL CIRCO, A 25 DE FEBRERO DE 1860.

PERSONAS.

JUDAS ISCARIOTE.
DIMAS, EL BUEN LADRON.
BETSABÉ (ó MARIA), pastora.
ANAS.
PONCIO PILATOS.
PROCLA, mujer de Poncio.
NACOR, fariseo anciano.
SARA, esclava anciana.
LONGINOS.
BARRABAS.
GESTAS.

Sacerdotes, Escribas, Fariseos, Soldados romanos, Acompañamiento de Pilatos, Pobres, Esclavos, Esclavas, Sayones, Ladrones, Judíos y Pueblo judío, Padres del Limbo, Angeles, Demonios.

La escena es en las cercanías de la ciudad llamada Efrén, en la de Jerusalen y extramuros.

ADVERTENCIA.

En este drama se emplean los siguientes nombres hebreos para expresar el de Dios.

Adonái, que significa . .	Señor.
Ehyéh	Eterno.
Elí	Dios mio.
Elóha	Adorable.
Elohím	Perfectísimo.
Jehováh	El que soy, era y seré.
Jelión ó Helión	Altísimo.
Sadái ó Schaddái . . .	Omnipotente.
Yah ó Jah	Clemente.

ACTO PRIMERO.

Valle inmediato á Efren.

ESCENA I.

JUDAS, GESTAS, BARRABAS.

(Géstas y Barrabas armados salen al encuentro á Júdas que va de camino.)

GESTAS.

¡Alto ahí!

JUDAS.

¡Paso!

BARRABAS.

Detente,
O mueres.

JUDAS.

Gente soez,
Dejad el camino libre,
Y las espaldas volved:
Nadie debe, nadie acaso
Me puede á mí detener.

BARRABAS.

¿Quién eres tú, que nos hablas
Con esa loca altivez?

JUDAS.

Un discípulo de Cristo,
Que va, mandado por él,
A llevar á una familia
Pan y salud, paz y fe.

GESTAS, llamando.

¡Capitan!...

JUDAS.

Ni el Capitan,
Ni vosotros dos, ni diez
Mas impediréis que vaya
Donde prescrito me fué.

ESCENA II.

DIMAS, JUDAS, GESTAS, BARRABAS.

DIMAS.

¿Qué hay?

GESTAS.

Este hombre es compañero
De Jesus de Nazaret.

DIMAS.

Llega muy á tiempo.

JUDAS.

¡Dímas!

DIMAS.

¡Júdas!

BARRABAS, aparte á Géstas.

A lo que se ve,
Se conocen.

JUDAS.

Erès tú
Ese bandido cruel,
Ese Dímas, que aterraba
Las cercanías de Efren?

DIMAS.

Yo soy.

JUDAS.

Vengativo, sí
Fuiste desde la niñez;
Inclinado al hurto, no.

DIMAS.

Tú sí.

JUDAS.

Con la edad cambié.

DIMAS.

Soberbio y desconfiado,
No pensabas nunca bien
De nadie, nunca al ajeno
Cedia tu parecer.

JUDAS.

Yo discurria...

DIMAS.

Envidioso
Y avaro al par, una sed
Insaciable de riquezas
Te devoraba.

JUDAS.

Y ¿á qué
Sales al camino tú?
¿Es á dar?

DIMAS.

Es á verter
Sangre. — Géstas, haznos guardia
Tras la peña del cipres.

GESTAS.

Voy.

DIMAS.

Tú, Barrabas, avisa
Cuando asome Betsabé.
(Vanse Géstas y Barrabas.)

ESCENA III.

JUDAS, DIMAS.

JUDAS.

Quedamos solos: me alegro.

DIMAS.

No ignorarás el reves
Que ha padecido mi tropa.

JUDAS.

Sí, toda cayó en poder
De Poncio Pilátos.

DIMAS.

¡Oh!
¡Destrúyale Dios, amen!

JUDAS.

No le maldigas.

DIMAS.

¡Reniego
De tí! ¡le bendeciré!

Me ha crucificado á toda
Mi gente; busca á los tres
Que pudimos escapar...
¿Es esto de agradecer?

JUDAS.

Si alguna vez te llegaras
A mi Maestro...

DIMAS.

Eso es
Lo que á mis dos compañeros
Unicos propuse ayer.
«Se nos persigue; coraje
Y audacia tenemos: pues
Que rija nuestro valor
Hombre que le haga valer.
En todas las doce tribus,
Lo mismo en la de Ruben
Que en la de Leví, lo mismo
Por Judá que por Aser,
Corre voz de que Jesus
Es el Mesías, aquel
A quien las naciones todas
Del orbe han de obedecer.
Guerreros de fuerte brazo,
Caudillos de pecho fiel,
Para emprender esa gran
Conquista, habrá menester.»
— Aquí estoy yo, deseando
Entrar en Jerusalen,
Y no dejar vivo en ella
Ni un contrario de Israel.

JUDAS.

Dímas, Jesus, á quien llaman
Los descendientes de Heber
El Ungido del Señor
Que habló en la zarza de Horeb,
Su Profeta, su Mesías,
No es conquistador ni rey
De los que triunfan llevando
Hierro y llamas por do quier.
En vez de lidiar, predica;
Y, sin cetro ni dosel,
Mejorar al hombre intenta,
No hincar en su cuello el pié.
No mata Jesus, no hiere;

Quita al mudo la mudez,
Ágiles á los tullidos
Sus remos hace mover,
Da al ciego luz, y al cadáver
Le infunde vida otra vez.
«Respeta (dice al esclavo)
El dueño que Dios te dé.»
Le dice al señor: «Tu siervo
Es tu hermano; es tu deber
Tratarle como igual. Ricos,
Al pobre favoreced;
Pobres, bendecid la mano
Que os parte el pan que comeis.
Resista el justo á los males
Que le embistan en tropel;
Pida el pecador al cielo
Perdon, amparo y merced:
El reino de Dios se acerca;
Yo á gozarle os llevaré.»

DIMAS.

Yo buscaba un rey David,
Y no un profeta Ezequiel. —
Hermanos dice que somos
Jesus: no lo negaré;
Pero al hermano Cain,
¿Por qué ha de quererle Abel?
Querrá á quien le mate. — Un deudo
Mio, ladron, quitó un buey
Al fariseo Nacor,
Viejo ruin, alma de hiel,
Que me achacó el hurto á mí,
Siendo yo ¡sí, por Ehyéh!
Mozo entónces inocente
Como un levita novel.
Testigos falsos adujo
Nacor; engañó á mi juez;
Y, azotado y en cadenas,
Vivo porque las quebré.
¿Será extraño que á Nacor,
Para vengarme despues,
Le matara yo ganados,
Hijos, hijas y mujer?

JUDAS.

Haz bien al que te hace mal,
Nos dice Jesus.

DIMAS.

¡Pardiez!
No han debido hacerle mucho,
Cuando habla así; pero quien
Difuntos vuelve á la vida,
Poco tendrá que temer.

JUDAS.

Ya escribas y fariseos
Con rabiosa avilantez
Le han delatado á Pilátos,
Y le han querido prender.

DIMAS.

Pues cuando amarrado á un poste
Sienta en la espalda el cordel,
Y pueda con una voz
Polvo á su verdugo hacer,
Y no se vengue, predique
Paciencia, y le atenderé:
Milagro mayor seria
Este para mí, que haber
Parado el sol, como cuentan
Que allá lo paró Josué.
Miéntras tanto, si ladron
Me hizo una calumnia ser,
Hasta que á Nacor no mate,
Ladron permaneceré.

JUDAS.

¿No sientes remordimientos
Jamas?

DIMAS.

Hay que suponer
Que no ha de estar siempre el ánimo
De un temple: quizá tambien
Tú de Cristo dudarás
Hartas veces.

JUDAS.

¡Lucifer!
¡Calla!

DIMAS.

Lo dudabas todo
Cuando contigo traté;
No sé si luego...

JUDAS.

¡No, Dímas!
¿Ves una fuente correr?

Tapa con la diestra el caño:
No sale el agua. — Sosten;
Que te vencerá. — Sostienes;
Mas no es posible que estés
Empujando siempre. ¿Aflojas?
Cuanto caudal contener
Pudiste, otro tanto fluye
Can mas fuerza y rapidez.
Tal es la duda: resistes;
Finge dejarse vencer,
Y vuelve luego; y al cabo
De una semana y un mes,
Tú cansado y ella no,
La lid á empezar volveis. —
Yo los milagros he visto
De Jesus; quiero creer,
Y no acabo: mi razon
Se rebela contra él.

DIMAS.

¿Cómo es eso?

JUDAS.

Hijo se nombra
De Dios; hijo de José,
De un carpintero, le llaman
Los que le vieron nacer.
Ser hijo de Dios, y Dios
Como el Padre, nuestra ley
Lo contradice, y él da
Por cierta la de Moises.
Afirma que ha de morir
Y en cruz. ¿Podrá padecer
Un Dios, ni morir? ¡Absurdo!
Luego ignorancia ó doblez
Descubre, y Dios es la suma
Verdad y el sumo saber:
El que miente, ni es Dios, ni
Profeta, ni hombre de bien.

DIMAS.

Júdas, por las obras, todos
Nos damos á conocer.
Tu Cristo ¿qué vida trae?

JUDAS.

La de Elías y Samuel
En lo santa, con mayor
Caridad y mas poder.

DIMAS.

Pues yo, á un santo, le creyera
Y no le juzgara: ¡buen
Apreciador es un Júdas,
Tratando de comprender
A un Dios!

ESCENA IV.

BARRABAS, JUDAS, DIMAS.

BARRABAS.

Betsabé se acerca.

DIMAS, *á Júdas.*

Amigo, te estimaré
Que, un rato, solo me dejes.
Criada en la sencillez
Del campo, cándida flor
De solitario verjel,
Vive aquí una hermana mia,
De otra madre, sin tener
Idea de quién soy yo.
Voy á abrazarla, no sé
Si por vez postrera.

JUDAS.

Iba
Yo tambien á socorrer
A unos pobres.

DIMAS.

Nos veremos.

JUDAS.

¿Dónde?

DIMAS.

Yo te buscaré.

JUDAS.

Dios te saque de tal vida.

DIMAS.

Y á tí de dudas tambien.

(Vase Judas.)

ESCENA V.

DIMAS, BARRABAS.

BARRABAS.

¿Se va como vino?

DIMAS.

Sí:
Tuvo aficion á coger
Sin sembrar; caudal maneja
De otros..

BARRABAS.

Hurtará...

DIMAS.

Ya ves.

BARRABAS.

¡Pché! Lobos de una camada...

DIMAS.

No nos hemos de morder. (Vase Barrabas.)

ESCENA IV.

BETSABÉ, DIMAS.

BETSABÉ.

¡Jesaí!

DIMAS.

¡Betsabé!

BETSABÉ.

¡Hermano!

DIMAS.

¿Cómo es que sola te deja
Sara?

BETSABÉ.

¡Pobrecita vieja!
Marchó á ese pueblo cercano.

DIMAS.

¿A qué fué?

BETSABÉ.

Hay gran novedad.

DIMAS.

Y ¿es?...

BETSABÉ.

Con ella me confundo.
Parece que anda en el mundo
Gente de mucha maldad.

DIMAS.

Viejo es eso ya.

BETSABÉ.

¿Qué dices?
Triste verdad averiguo.
Quiere decir que es antiguo
Que haya en la tierra infelices.

DIMAS.

Hay gente malvada y rica
Muy contenta... — bien que á ratos
Pasan mucho.

BETSABÉ.

Y si un Pilátos
Los prende y los crucifica,
Digo!

DIMAS.

¿Esa es la nueva rara?

BETSABÉ.

Sí: con la mísera muerte
De unos bandidos, mi suerte
Será, segun dice Sara,
Mucho mejor.

DIMAS.

¿Mejor?

BETSABÉ.

Sí:
No ve la anciana en su engaño
Que mi bien es mi rebaño
Y ella y tú, ¡mi Jesaí!
Sola traspuso las cimas
Del valle, para indagar
En el próximo lugar
Si ha muerto Dímas.

DIMAS.

¿Quién?

BETSABÉ.

Dímas:
Un hombre de Belcebú,
Que á todo crímen se atreve:

Un hombre que no se debe
Mentar donde te halles tú.

DIMAS.

Con tu lenguaje, á la par
Tierno para mí y adusto,
Siento, hermana, gozo y susto,
Y amor envuelto en pesar.
¡Bien hice yo cuando, muertos
Mis padres, te recibí
De Sara, dándote aquí
Guarida en riscos desiertos!
Del amor de un solo dia
Naciste en ciudad lejana:
Huérfana quedó mi hermana,
Y yo no la conocia.

BETSABÉ.

¡Cuán alegre aquí he vivido,
Mi grey mansa apacentando!

DIMAS.

¡Ay! Solo de cuando en cuando
Verte me fué permitido.

BETSABÉ.

Y nadie aquí parecia
Sino tú.

DIMAS.

¡Gracias á Dios!

BETSABÉ.

Pero ayer me hablaron dos.

DIMAS.

¿Quiénes?

BETSABÉ.

Jesus y María.

DIMAS.

¡Jesus! ¿Qué solicitud
Le condujo á tu vivienda?

BETSABÉ.

Dice que ama toda senda
Por donde va la virtud.
Cosas trataron del cielo
Con habla de halagos llena:
Ménos regalada suena
La voz del blando arroyuelo,

Y no da tanto placer
Inocente pajarillo
Durmiéndose en un tomillo
Cantando al anochecer.

DIMAS.

De ese Dímas, bandolero,
¿Te habló Jesus?

BETSABÉ.

¡Oh! sí tal.

DIMAS.

¿Qué te dijo?

BETSABÉ.

«Aunque anda mal,
No tendrá mal paradero.»

DIMAS.

Loco los brazos te ciño.
(La abraza.)

BETSABÉ.

«Cambiará Dímas de nombre,
Oyendo de boca de hombre
Palabras dichas por niño.»

DIMAS.

¡Por niño!

BETSABÉ.

Así se expresó.

DIMAS.

¿Qué niño entendió el Profeta?

BETSABÉ.

Mucho al parecer, te inquieta
La suerte de Dímas.

DIMAS.

¡Oh!
No tal. (Aparte. ¡Que esto no me cuadre!
Pero sí!) Dáme otro abrazo.
(Aparte. ¡Aquel niño en el regazo
De su hermosísima madre!...
Huian, y los libré.)
¿Qué mas el Profeta dice?

BETSABÉ.

Que vaya á que me bautice.

DIMAS.

¿Dónde?

BETSABÉ.

En nuestro lago.

DIMAS inclina la cabeza pensativo; despues dice:

Vé,
Si quieres.

BETSABÉ.

Tú la cerviz
Doblas, como lirio ajado.

DIMAS.

De tí ¿no ha profetizado
Jesus?

BETSABÉ.

¡Oh! seré feliz.

DIMAS.

¡Tú!... ¡y yo!

BETSABÉ.

Porvenir dichoso
Ambos á dos gozaremos,
Y pronto en vida entraremos
De inalterable reposo.

DIMAS.

¡Ay! ¡Cuánto le necesito!

BETSABÉ.

¡Si tú conmigo vivieras!...
La sombra de mis palmeras
¡Da una paz!...

DIMAS.

(Aparte. Rencor maldito,
¿Por qué de aquí me arrebatas?)
Pero ¿no te cansarás
De este valle?

BETSABÉ.

¿Yo? Jamas.

DIMAS.

¿Nunca de casarte tratas?

BETSABÉ.

No.

DIMAS.

¡Santo Dios! ¡Tú, lumbrera
De amor de mis turbios dias!...

BETSABÉ.

Como ha nacido el Mesías,
No es tacha morir soltera.

DIMAS.

Dále á ese designio arraigo;
Ya es noble la vida casta.
Quiérele á tu hermano, y basta...
— Y hablemos del fin que traigo.

BETSABÉ.

Hablemos.

DIMAS.

Por los rigores
De mi suerte, determino...

BETSABÉ.

Calla. — ¿Oyes cantar, con trino
Mas dulce, los ruiseñores?
Así la dichosa entrada
Le anuncian al valle nuestro
Del Salvador y Maestro
De la tierra esclavizada.

DIMAS.

Oye; que dudando estoy...

BETSABÉ.

A Sara, que viene, dí
Tu voluntad, Jesaí.
Me llama Jesus, y voy.
(Vase.)

ESCENA VII.

SARA, DIMAS.

DIMAS.

Sara...

SARA.

Mi señor... (Aparte. ¡Oh Yah!
Defiende á tu pobre sierva.)

DIMAS.

Tú habrás dicho: «Mala yerba,
Trabajo arrancarla da.»

SARA.

Yo soy fiel...

DIMAS.

Bien se te alcanza
Que Dímas es vengativo.
Murió mi gente; yo vivo,
Y aquí no ha de haber mudanza.

Sin compasion te retuerzo
El cuello inmediatamente,
Si adivina esa inocente
Cuál oficio es el que ejerzo.

SARA.

Es un ángel en candor,
Sin sospecha y sin mancilla.

DIMAS.

¿Por qué, muerta mi cuadrilla,
Mi hermana estaba mejor?
¿Cuál era tu mal deseo,
Viniéndole yo á faltar?

SARA.

Señor, quise consultar
Al profeta galileo.

DIMAS.

¿Qué te dijo?

SARA.

No le hallé:
Nada tu paz alborote.
De un Júdas Iscariote
De tu suerte me informé,
Y supe...

DIMAS.

Bien está. ¡Sus!
Obedecer y callar.

SARA.

Yo lo haré.

DIMAS, aparte.

Quiero acechar
Desde léjos á Jesus. (Vase.)

SARA.

¡Ay! ¡qué peligro he corrido,
Santo y poderoso Elí!

ESCENA VIII.

JUDAS, SARA.

JUDAS, para sí.

La pobreza socorrí. —
La hermana de este bandido...

SARA.

Buen apóstol, sucedió
Lo que tú me predecias:
Aunque entre mil agonías,
Me excusé, y él me creyó.

JUDAS.

Por Jelion, Padre Eternal,
Que me hables, de engaño ajena.
¿Cómo es tan pura y tan buena
La hermana de un criminal?

SARA.

Si me juras por el Templo
Reservar lo que te diga...

JUDAS.

Por Dios te lo juro, amiga.

SARA.

Oye, señor, un ejemplo
De lealtad, que deja ufano
Para siempre el corazon.

JUDAS.

Dí.

SARA.

Yo fuí de Gesaron,
Padre de Dímas: ya anciano,
Desgracias al buen hebreo
Le hicieron vender su hacienda;
Y yo, doméstica prenda,
Fuí compra de un fariseo.
Dímas, por un fiero ultraje,
Frenético de furor
Contra mi amo Nacor,
Juró extirpar su linaje.

JUDAS.

¿Nacor?

SARA.

Una noche oscura
Dímas asaltó á mis amos:
Nacor y yo nos salvámos
Y una infeliz criatura.

JUDAS.

¿Tuya?

SARA.

¿Qué? ¡No! Si querella
Le guardo á Nacor prolija

Porque él huyó sin su hija,
Salvándome yo con ella.
Escondido él de medroso,
Yo sin hogar ni sustento,
Supe el atroz juramento
De Dímas el rencoroso;
Y espíritu del Señor
Me hizo partir atrevida,
Y hacer que á la perseguida
Guardara el perseguidor.

JUDAS.

Pues ¿cómo?...

SARA.

Por necesaria
Intimidad, yo sabia
De Gesaron que tenia
Prole ilegal en Samaria.

JUDAS.

Y ¿qué?

SARA.

A hija y madre les cupo
Rápido fin y funesto:
Sabiendo lo demas, esto
Dímas de nadie lo supo.
Busquéle y dije: «Aquí está
La niña samaritana
Betsabé, tu única hermana,
Sin padre ni madre ya.»
— El es tigre que devora
Su víctima, aullando fiero;
Pero el tigre carnicero
Se amansa á veces y llora.
Besó aquel rostro infantil
Dímas llorando hilo á hilo,
Nos trajo á seguro asilo,
Nos dió cabaña y redil,
Nombre tomó que encubriera
De Dímas el nombre horrendo,
Y tiene, demonio siendo,
Un serafin que le quiera.

JUDAS.

Y allá contigo encontré
Por...

SARA.

A Dímas por difunto
Dieron, y nuevas al punto
De Nacor solicité.

JUDAS.

¿Vive?

SARA.

En edad achacosa
Vive opulento en Sion.

JUDAS.

Y ¡está en manos de un ladron
Su hija aquí, rica y hermosa!

SARA.

Haz tú que Jesus le llegue
Al corazon al malvado;
Que Dímas, reconciliado
Con Nacor, dócil entregue
A Betsabé; y huya y viva
Desconocido en extraño
Suelo, donde no haga daño,
Ni él tampoco le reciba.

JUDAS.

Dímas llega: véte.

(Vase Sara.)

ESCENA IX.

DIMAS, JUDAS.

DIMAS, hablando consigo.

Sí,
Portentoso personaje
Sin duda es este Jesus.

JUDAS.

Dímas, tengo que avisarte
Que peligras aquí.

DIMAS.

¿Yo?

JUDAS.

Te buscan por todas partes.
Un centurion con su tropa
Va á penetrar en el valle.

DIMAS.

Sé yo guaridas en él,
Que no las conoce nadie.

JUDAS.

Huye, Dímas. ¿Quieres oro?

DIMAS.

Aun me queda á mí bastante.

JUDAS.

Créeme: si has de vivir
Te es forzoso expatriarte.
Véte.

DIMAS.

¿Y mi hermana?

JUDAS.

Tu hermana
Puede quedar con la madre
De Jesus.

DIMAS.

De verla vengo.

JUDAS.

¿Dónde?

DIMAS.

Ahí abajo, á la márgen
De la plácida laguna,
Pila de los manantiales
Que brotan estrepitosos
De esas montañas gigantes.
Mas allá sentado estaba
Jesus, y, puesta delante,
De rodillas Betsabé.
Curioso quise acercarme;
Mas alzándose del césped
Cristo, prorumpió: «Muy tarde
Me buscas; pero esta pascua
Me encontrarás.» La tal frase,
No sé por qué, me infundió
Un terror insuperable.
Me aparté... Me habló María...
— ¡Que no pueda yo acordarme
Dónde ó cuándo he visto yo
Aquellas facciones ántes!
Mas yo las he visto. — En fin,
Búsquenme ó no, ya lo sabes:

Que me encontraré con él,
Dice Cristo: si he de hallarle,
Si he de hablar con él (y quiero
Hablar), no he de estar distante.
No me voy.

JUDAS.

Para Jesus
No es difícil ningun viaje,
Por largo que sea... — y él
Debe querer apartarte
De Betsabé.

DIMAS.

¿De mi hermana?
¿Por qué?

JUDAS.

Tus iniquidades
Y su inocencia... se avienen
Muy mal.

DIMAS.

¡Por Dios, que le calles
Que soy Dímas! Jesaí
Me llamo, y han de llamarme
Todos así para ella.
¡Triste del que me arrebate
Su estimacion! Es la dicha
Que tengo: no la hay mas grande
Para mí. No soy su hermano
Solamente; soy su amante:
Necesito conservar
Su amor, y si no matarme,
Y á ella, y á quien revele
Mi secreto formidable.
Yo adoro en ella, ella es
En cuerpo y virtudes ángel. —
¡Mírala en el cielo!... ¡Mira
En esa nube su imágen!

(Dentro de un cerco de nubes aparece, por un milagroso espejeo, la imágen, reflejo ó figura reflejada del Salvador bautizando á Betsabé, asistida por la Vírgen, la cual tiene en el brazo izquierdo unos vestidos blancos para la neófita, y en la mano derecha una corona de rosas blancas. Betsabé despues de bautizada, besa los piés á la imágen del Salvador; va á besar los de la Vírgen, y la figura de Nuestra Señora le ciñe la corona y le abre los brazos. Confúndense en seguida las tres imágenes.)

JUDAS.

Jesus bautiza á tu hermana...
De espejo las nubes hacen...

¡Angel es tu Betsabé
En este feliz instante!

DIMAS.

Los rudos ecos resuenan
Con sonidos celestiales...
Fragancia divina da,
Las alas batiendo, el aire...
—¿Cómo he de partir de aquí,
Dónde rinden homenaje
Los cielos al amor mio?

JUDAS.

Sacrílego, no profanes
Los misterios de Adonái
Con bárbaras liviandades.
Esa apariencia hace ver
A los ojos de la carne
Que el bautismo de Jesus
Alza y lleva á los mortales
Del triste encierro de Adan
A la mansion del arcángel.

DIMAS.

¡Ay! todo se desvanece.

JUDAS.

La noche su sombra esparce.

DIMAS, arrebatado.

Si el bautismo santifica,
Si eso ha venido á mostrarme
La hermosa vision, ¡Señor,
Señor, que oyes al culpable
Y al justo! permite ahora
Que la doncella que sale
De las aguas de ese lago
Mas pura que sus cristales,
Me anuncie mi suerte, y sepa
Qué senda seguir me cabe.

JUDAS, participando de la impresion de Dímas.

¡Señor, que las dudas ves
Con que mi pecho combate!
Díme qué ha de ser de mí,
Porque mi fe se afiance.

ESCENA X.

Preséntase BETSABÉ en medio de las rocas del fondo, vestida de un blanco ropaje y coronada de rosas, blancas tambien. — JUDAS, DIMAS.

DIMAS.

Allí viene Betsabé.

JUDAS.

Aquella corona... el traje...

DIMAS.

Ornato celeste son.

JUDAS.

Cerrados los ojos trae.

DIMAS.

Las peñas le abren camino.

JUDAS.

Las matas le forman calle.

DIMAS.

¡Betsabé!

JUDAS.

¡Betsabé!

DIMAS.

No
Nos oye.

JUDAS.

Los labios abre.

DIMAS.

¿Qué va á decir?

JUDAS.

La zozobra
Convierte en hielo mi sangre.

BETSABÉ, con voz profética.

Por tu ciego rencor precipitado,
Tú, ladron, morirás crucificado:
Tú, apóstol, que al infierno te aproximas
¡Pídele á Dios que mueras como Dímas!

(Júdas y Dímas, aterrados y suplicantes, se dirigen á Betsabé; salen de entre las peñas varios ángeles con varas de oro en las manos, que los detienen. Betsabé en tanto va retirándose lentamente; y segun pasa, van cerrándose las peñas y los matorrales como ántes estaban.)

ACTO SEGUNDO.

Patio de la casa de Pilátos en Jerusalen. A la derecha del espectador, galeria perteneciente á un cuerpo de edificio de arquitectura judaica; á la izquierda, un palacio romano; en el fondo, un hermoso jardin. Un toldo de púrpura cubre parte del patio.

ESCENA I.

ANAS y JUDIOS; despues, LONGINOS y soldados romanos.

JUDIOS.

¡Pilátos! (Salen gritando.)

ANAS.

Basta.

JUDIOS.

¡Pilátos!

ANAS.

Yo hablaré.

JUDIOS.

¡No, no!

LONGINOS, saliendo con sus soldados.

¡Silencio!
¿Judíos escrupulosos
Huellan, sin reparo, suelo
De casa donde hay altares
De Júpiter, Juno y Febo?

ANAS.

Buen Longínos, hasta aquí
Se pisa neutral terreno.
Yo fuí pontífice, sé
Dar á mi ley cumplimiento,
Y si nos contaminamos,
Ya nos purificaremos. —
Quieren estos vendedores
Pedir justicia.

JUDIO 1.º

Queremos
Que se castigue á Jesus.

JUDIO 2.º

Que pague el daño que ha hecho.

LONGINOS.

Pedid sin alborotar,
O ¡por el sol, que os degüello!

ESCENA II.

PILATOS, Acompañamiento, Dichos.

PILATOS.

¿Qué solicitais?

JUDIOS.

¡Justicia!
¡Justicia!

PILATOS.

Yo os la prometo
Cabal, en el nombre augusto
De nuestro César Tiberio.
Anas, habla.

ANAS.

Insigne Poncio
Pilátos, Virey nuestro,
Que honre Dios: Jesus, llamado
El Cristo y el Nazareno,
Que ayer en Jerusalen
Entró, la ciudad poniendo
En conmocion con su triunfo...

PILATOS.

Al caso. — ¡Triunfo soberbio,
Y montaba el triunfador
Un asno sin aparejo! —
¿Qué es lo de hoy?

ANAS.

Hoy, á pesar
Del aparato modesto
De ayer, llegando Jesus
Al templo de Dios...

PILATOS.

Del vuestro.

ANAS.

Del único.

PILATOS.

¡Bah!

ANAS.

Estos hombres
Estaban allí vendiendo
Sus palomas, y otras aves
Que en sacrificio ofrecemos.

PILATOS.

Y ¿qué?

ANAS.

Jesus les mandó
Que abandonaran el puesto.

PILATOS.

Y ¿qué hubo?

ANAS.

Lo que habia
De haber: se le resistieron.
Asió Jesus unas cuerdas
Entónces, y dió tras ellos.
Trastornó mesas, volaron
Las aves... en fin, tuvieron
Estos hombres que ceder
Y huir.

PILATOS.

¡Cuánto lo celebro!

ANAS, JUDIOS.

¡Cómo!
¡Señor! } (A un tiempo.)

PILATOS.

Sin cesar me están
Rogando los fariseos
Que eche de allí á los tratantes;
Y, porque sacan provecho
Los levitas, me porfían
Que es lícito allí el comercio.
Resuelta Cristo me da
La cuestion: vended mas léjos.

JUDIO 1.º

Nos ha llamado ladrones.

PILATOS.

¿Así os llamó?

JUDIO.

Así.

PILATOS.

Lo siento
Por vosotros, porque dicen
Que Jesus, ni es embustero,
Ni se equivoca. — Longínos,
Hazte con la vida y hechos
De estos quejosos, á ver
Si... — ¡Madre del coro bello
De las Musas, que nos das
Memoria! ¿qué es lo que advierto?
Yo te azoté por estafas (al Judío 1.º)
Al principiar mi gobierno.

LONGINOS.

Yo á estos dos.

PILATOS, al Judío 2.º

Ponte de lado,
Tú, á ver... ¡Una oreja ménos!
Esa advertencia al oido
Se les hace á los rateros.
Pontífice Anas, ¿qué gente
Vienes aquí defendiendo?

ANAS

Defiendo tu dignidad.
Siempre ha sido un atropello...

PILATOS.

Que no ha de quedar impune,
Te lo aseguro; mas tengo
Cosas que tratar ahora
De gusto mayor.

ANAS, aparte á los Judíos.

Es pleito
Perdido.

PILATOS, aparte á Longínos.

¿No habeis hallado
Aun á Sara?

LONGINOS.

No por cierto.
Hallámos, en vez de Dímas,
En aquellos vericuetos,
A Betsabé; la trajimos.
Te la entregámos, y he vuelto.
Sara no parece.

PILATOS.

¡Tiene
Betsabé desasosiego
Tal, sin esa esclava!...

ANAS.

Poncio,
Nos retiramos: yo espero
Que á los males que Jesus
Nos causa, pondrás remedio.

PILATOS.

Tres años há que predica,
Y tres años há que observo
Que, sin echar mas tributos,
Casi es doble el rendimiento.
Habrá ocho dias, volvió
La vida á no sé qué muerto;
Curó ayer, segun me han dicho,
Porcion de cojos y ciegos:
Haced mucho mal así
Vosotros, y no hayais miedo
Que se os castigue.

ANAS.

Es que afirman
Que sostiene ese blasfemo
Ser hijo... ¡del mismo Dios!

PILATOS.

Es que... bien pudiera serlo.
¡Hay tantos dioses con hijos!...
Hércules, Mínos, Perseo,
Faeton, Aquíles, Enéas
Y otros infinitos fueron
Hijos de Dios.

ANAS.

La doctrina
De Jesus deja sin freno
La conciencia de Israel.
(Tocan dentro una trompeta.)

PILATOS.

¿Qué trompeta se oye?

ANAS.

Creo
Que es llamada para dar
Limosna.

PILATOS.

¡Sí! ya me acuerdo.
Cuando hacen bien los judíos,
Lo trompetean primero.

ESCENA III.

NACOR, traido por Esclavos, en una litera: otros dos Esclavos tocando trompetas. Pobres, que los siguen, Dichos.

NACOR.

No toqueis, obedecedme.
No es de vanidades tiempo
Ya para mí.

PILATOS.

¡Nacor!

NACOR.

¡Poncio!

PILATOS.

¿A qué, si estabas enfermo,
Sales de tu casa?

NACOR.

Allí
Me estaban dando tormento
La vecindad, los amigos,
Los que se dicen mis deudos...
— Yo no tengo deudos ya.
¡Infelices! ¡perecieron
A manos de Dímas todos!

PILATOS.

Tranquilízate, buen viejo.

NACOR.

Ayer á Jesus oí:
Sus palabras me infundieron
Otro ser. — Me robó Dímas,
Y sin embargo poseo
Grandes riquezas...

PILATOS.

Ya sé...

NACOR.

Yo he sido siempre avariento;
Ya solo codicio paz,
La paz del reposo eterno.

Partir quisiera mis bienes
Con los pobres, por consejo
De Cristo Jesus.

PILATOS.

Anas,
El resultado estás viendo
Que da la predicacion
De Jesus: no es muy funesto
A fe.

ANAS.

Nacor, piensa bien...

NACOR.

Eso me dicen... y pienso
Que á veces el corazon
Ve mas que el entendimiento.

PILATOS.

Sí, Nacor, sí.

NACOR, á Pilátos.

Tu mujer
Procla, singular modelo
De virtud, conoce á muchas
Doncellas de porte honesto,
Que suma estrechez padecen:
Que una me busque pretendo,
Para adoptarla.

PILATOS.

¡Bien!

(Habla Pilátos con su acompañamiento.)

ANAS, aparte á Nacor.

¡Fias
De una idólatra, teniendo
Amigos!...

NACOR.

¡Que todos quieren
Ser únicos herederos!

PILATOS, á Nacor.

Pasa, y vé á Procla.

NACOR, al Judío 1.º, al 2.º y otros.

Joran,
Sofer, Eliacin, Faselo,
Todos vosotros, id hoy
A mi casa por el precio

De las palomas que habeis
Perdido: todo lo adeudo
Y lo abono yo.

JUDIO 1.º

¿Lo dices
De veras?

NACOR.

¿Prestarme crédito
Dificultais? ¡Ya! ¡Tenia
Yo tanto amor al dinero! —
Perdí esposa, hijos perdí;
Pero salvé un cofre, lleno
De oro. Lloraba á mis hijos;
Pero encontraba consuelo,
Abriendo el cofre. Pasaban
Los años, iba en aumento
Mi caudal, otro era el cofre,
No pudiera ya moverlo
Ni Sanson: el arca grande
Volvió mi dolor pequeño.
Miraba yo el oro, y él
Mirábame sonriendo;
Tocábale yo, y hablaba;
Quedito, eso sí, muy quedo.
«No hay mal que no cure yo,»
Decia, sonando á cielo:
Ya suena á cántaro frágil,
Que tiran roto al estiércol. —
¡Esposa mia! ¡Hijos mios!
¡Pronto necesito veros!
Avaro fuí, ya soy hombre.
¡Fruto de mi amor postrero!
¡Hija de mi ancianidad!
¡María! María! — ¡Presto,
Poncio! que Procla me dé
Otra María.

PILATOS.

Vé luego,
Vé.

NACOR, á los Judíos.

Marchad á resarciros.
Yo voy á comprar aliento
De amor, que me haga vivir.
Si no me quieren, me muero.
(Vase sostenido por dos esclavos.)

PILATOS, á los Judíos.

Ya se os indemniza: andad.

(Vanse los Judíos, los Pobres y los que tocaban las trompetas.)

ESCENA IV.

PILATOS, ANAS, acompañamiento.

ANAS.

Salud, Poncio. Trataremos
De Cristo en otra ocasion
Los dos y Caifas mi yerno.

PILATOS.

Mas justicia le haréis.

ANAS.

Hazla
Tú pronta en el desafuero
De hoy, y sabe que en Sion
Fué siempre comun proverbio,
Que no viene cosa buena
De tierra de galileos.

(Vanse todos, ménos Pilátos.)

ESCENA V.

BETSABÉ, rodeada de Esclavas, que pretenden detenerla. — PILATOS.

BETSABÉ.

Soltadme, dejadme paso.

PILATOS.

¿Dónde vas? ¿A quién buscabas?

BETSABÉ.

A tí, ya que tus esclavas
No quieren hacerme caso.

PILATOS.

Tú con imperio absoluto
Las riges á tu albedrío.

BETSABÉ.

Pues este vano atavío
Truequen en ropas de luto.

PILATOS.

¿Contra mí quejas exhalas,
Que verte brillar deseo?

(Vanse las esclavas.)

BETSABÉ.

Yo soy hermana de un reo:
Me afrentan joyas y galas.
Cuando con fiero pregon
A perseguirle estimulas,
El favor con que me adulas,
Ya es otra persecucion.

PILATOS.

Si tras él mando correr,
Fingidamente quizas,
De tu hermano dispondrás
Como él se deje prender;
Y de buen gobernador
Ganar el título pienso,
Pues la virtud recompenso,
Y amenazo al malhechor.
— Luz jerosolimitana,
Sol claro de Palestina,
Rival de Vénus Ciprina,
Pura ninfa de Diana,
Del hombre que es tu baldon
Huye la memoria acerba:
Tú eres en juicio Minerva,
Y Témis en corazon.

BETSABÉ.

Siempre justo á ese le vi,
A quien recelo que oprimas:
Nunca sospeché que á Dímas
Encubriera Jesaí.
Por divina inspiracion
Sus crímenes he sabido;
Si no, lo hubiera creido
Calumnia y difamacion.
Debo á la justicia eterna
La frente humilde abatir:
Déjame, señor, huir
A una escondida caverna,
Donde en perpetua oracion
Y aspereza penitente
Por mi caro delincuente
Le pida al cielo perdon.

PILATOS.

Lanza tan lúgubre idea:
Mansion aquí te darán
Grutas de verde arrayan,
Que entretejió Citerea.

Conmigo en Sion habita
Roma la imperial, y abarca
La ciudad triste del Arca
Mi palacio sibarita.
Del sangriento robador
Leve será la condena:
Sufre tú por él en pena
Los dulces hurtos de amor.
(Va á abrazarla.)

BETSABÉ.

¡Tente, señor!

PILATOS.

Sé mi amada
Con gozo y con ufanía:
Soy romano.

BETSABÉ.

Yo judía,
Yo por Jesus bautizada.

PILATOS.

Si benévolo te agracio,
No me hagas usar de imperio.
Para tí, yo soy Tiberio,
Y otra Cáprea mi palacio;
Y del César al querer
Alzado en Cáprea un altar,
La vida suele costar
El retardarle un placer.

BETSABÉ.

¡Dios, cuya ley recibí!...

PILATOS.

A otra es fuerza que te inclines.
Pasa luego á esos jardines.

ESCENA VI.

PROCLA, PILATOS, BETSABÉ.

PROCLA.

Pasa; que yo quedo aquí.

BETSABÉ.

¡Ah!

PILATOS.

¡Procla!
(Vase precipitada Betsabé.)

ESCENA VII.

PILATOS, PROCLA.

PROCLA.

Imágen de Augusto
En la mísera Judea,
Tu esposa imperial desea
Que oigas y apruebes lo justo.

PILATOS.

Procla, tú con sumision
Siempre mi gusto has mirado.

PROCLA.

Hasta que le has colocado
En la hermana de un ladron.
Dudo que haya fundamento
Para una ley que estatuya
Que, siendo yo solo tuya,
Des libre tu amor á ciento:
Mas ya que el uso establece
Tan cruel desigualdad,
Mi altiva fidelidad
A la costumbre obedece:
De mi espíritu guiada,
Grande como el pueblo rey,
No me hace falta la ley
Para ser noble y honrada.
Forme tirano derecho
La práctica torpe y vil;
Yo, por honor femenil,
Otra invoco en mi provecho.

PILATOS.

Procla, basta de preludio.

PROCLA.

Quédate con Betsabé.
Yo te retiro mi fe,
Pilátos: ¡yo te repudio!

PILATOS.

¡Procla! por tu juicio temo,
Cuando has quién soy olvidado.
¡Tal dices al magistrado
Y al pontífice supremo
De Roma en Jerusalen!

PROCLA.

Tropa romana, judíos
Y extraños, aquí son mios
Todos: el hacerles bien
Me vale. Si tú imaginas
Detenerme, vano afan
Te tomas; conmigo irán
Hasta las siete colinas
De Roma cien defensores
De mi decoro ultrajado.

PILATOS.

En tu enojo he vislumbrado
Cambiantes de dos colores.
Dále á Betsabé lugar,
Pues alto queda tu asiento:
De lo que yo no me afrento,
No te debes afrentar.
¡Filósofa, y al reves
Hacer esta vez la cuenta
De Séneca la parienta,
Del gran sabio cordobes!
Imposible: de celosa
No pecas, lo tengo visto;
Pero es alumna de Cristo
Esa infeliz: y mi esposa,
Romana digna y prudente,
De ingenio y linaje claro,
Que jamas hizo reparo
En eso, quejas me miente,
Porque dijo al parecer
Jesus en no sé qué arenga,
Que es fuerza que solo tenga
El marido una mujer.

PROCLA.

Por esa y por mil razones
Me abrazo con su doctrina:
Sabiduría divina
Vi de Cristo en los sermones.
Máximas vierte asombrosas
Ese Maestro; no alcanza
De Séneca la enseñanza
Verdades tan luminosas.
Mi deudo es antorcha, sol
Cristo; bien que declaro
Que ántes me sirvió de faro
La antorcha del español.

Tú, juez y gran sacerdote,
Dí si á tus dioses canallas
Dignos de cruz no los hallas,
O de cadena y azote.
Este disoluto, aquel
Traidor, otro parricida;
La diosa mas entendida
Vana, soberbia y cruel.
¿Qué mujer de honra imitó
A Vénus libidinosa?
Valiendo mas que una diosa,
¿Cómo he de adorarla yo?
Quieres mancharte y manchar
De Betsabé el porvenir;
Si no lo puedo impedir,
No lo quiero autorizar.

ESCENA VIII.

JUDAS, PILATOS, PROCLA.

JUDAS.

Presidente...

PILATOS.

¿Con qué objeto
Vienes á mi casa?

PROCLA.

¿Es Júdas?

PILATOS.

Júdas es, el hombre á dudas
Perpetuamente sujeto.
Dudando esposa elegir,
Con su madre se casó,
Porque á su padre mató,
Dudando una vez reñir. —
¿Qué encargo Jesus te ha dado?

JUDAS.

No es suyo el que traigo.

PILATOS.

¿Cómo?

JUDAS.

Es de Dímas el que tomo,
Por tu pregon excitado.
Prometes un rico premio
Al que á tus plantas le rinda.

PILATOS.

Es cierto.

JUDAS.

Pues él te brinda
Con su entrega, sin apremio.

PROCLA.

¡El!

JUDAS.

El: viene de Emaús
Aquí, si se le concede...

PILATOS.

¿Qué?

JUDAS.

Que ántes Betsabé quede
Con la madre de Jesus.

PROCLA.

Dásela, te lo suplico.

JUDAS.

A esto vengo.

PILATOS.

Barbirojo,
Sábete que, si hoy le cojo,
Mañana le crucifico.

JUDAS.

El cuenta ya con que vibre
Su rayo tu diestra fuerte;
Mas no le importa la muerte,
Quedando su hermana libre.

PROCLA.

Poncio, ¡es valor!

PILATOS.

O bambolla.

JUDAS.

Valor es, con móvil santo.

PILATOS, aparte.

No tendrá su hermana tanto
Viéndole puesta la argolla.

PROCLA.

Cede; que Procla te ruega.

PILATOS.

(Aparte. Dentro y fuera soy el dueño...
¿Quién no cede á tanto empeño?
— Júdas, admito. — Haz la entrega.
(A Procla.)

PROCLA.

Poncio, yo te aplaudo.

PILATOS.

Aplaude,
Miéntras con próvido aviso
Cuidamos, como es preciso,
Que no haya en el cambio fraude.
(Vase.)

ESCENA IX.

JUDAS, PROCLA.

PROCLA.

Yo misma quiero llevar
A los brazos de María
La huéspeda que temia
Con peligro aposentar.

JUDAS.

Tampoco el nuevo hospedaje
Serle podrá duradero:
Voy á decir por entero
La doble intencion que traje.
Betsabé, por quien amor
Muestra Dímas tan ardiente,
No es su hermana.

PROCLA.

¡Omnipotente
Dios!

JUDAS.

Es hija de Nacor.

PROCLA.

¡De Nacor! Te oigo pasmada.
¿Me engañas con tales nuevas?

JUDAS.

Va á darte Sara las pruebas;
En tu piedad confiada,
Te busca: suceso es largo
De cantar, y no comun.

Ignora Dímas aun
El secreto; sin embargo,
Por fraternal propension
Ninguno se sacrifica,
No; celos y amor indica
Tan audaz resolucion.

PROCLA.

Merece Dímas por ella
Vivir.

JUDAS.

Traigo ese interes;
Pero ha de ignorar quién es
El padre de la doncella.
Crió tan honda raíz
En él á Nacor el odio,
Que solo un ángel custodio
Salva al anciano infeliz
De Dímas en libertad.

PROCLA.

Pues ¡qué! su amor encendido
¿No ha de engendrar el olvido
De la rancia enemistad?
¡Oh! sí; y ademas, prision
En distante fortaleza
Domeñará la fiereza
Del selvático leon.

JUDAS.

De Nacor ves que agoniza
La lámpara ya vital:
Muerto él, el fuego fatal
Del odio será ceniza.
Deja que Nacor concluya
Su triste carrera tarda.

PROCLA.

Hija de adopcion aguarda,
Le voy á entregar la suya. (Vase.)

ESCENA X.

JUDAS.

Diríjate Sadai y él no consienta
Que, por el daño que recelo, gimas. —
¡Terrible prediccion! Cuál me atormenta!
«Pídele á Dios que mueras como Dímsa!»

El una vida acabará malvada
Con fin que atemorice criminales,
Y ¡aun su muerte ha de ser de mí envidiada!
Me esperan, sí, las llamas infernales! —
¿Podrá ser ilusion? Ma no; que vieron,
Vieron á Betsabé mis tristes ojos,
Y estos oidos con terror oyeron
La voz salir entre sus labios rojos. —
Y profética voz... y mentirosa...
¿No la finge tal vez diestro enemigo?
— Mi enemigo es mi duda ponzoñosa:
Por ella Satanas vive conmigo.
¿Cómo sé la verdad, si la evidencia
Ni ojos ni oidos me la dan segura?
Busco la persuasion en la conciencia,
Y á tientas vago por caverna oscura.
Yo al malhechor me dirigí con celo,
Y confuso le vi, le oí contrito:
Si con el palo vil escala el cielo,
Venga pena mayor, la solicito.
¿Crian, del Iris á la par llovidas,
Una gota un reptil, otra la perla?
Eco yo de verdades combatidas,
¿Puedo fe predicar, y no tenerla?
Borra, ladron, á quien me miro atado,
Tu mal vivir con penitencia justa.
Por esa prediccion amenazado,
Tu muerte no, tu iniquidad me asusta.

ESCENA XI.

DIMAS, JUDAS.

DIMAS.

¡Júdas!

JUDAS.

¡Tan pronto aquí!

DIMAS.

¿Por qué lo extrañas?
El Presidente aceptará el partido.
Tú aprenderás de mi saber las mañas.
Nadie por la ciudad me ha conocido.
En ella buscan Barrabas y Géstas
Favor...

JUDAS.

¡Favor!

DIMAS.

Y amparo conveniente.
La pascua viene señalando fiestas,
Y hay en Jerusalen bizarra gente. —
¿Dónde está Betsabé? Verla me importa;
Que por hablar con ella, me adelanto.
Una entrevista aquí le pido corta:
La casa de Jesus me diera espanto.

JUDAS.

De salvarte la vida aquí se trata.

DIMAS.

Quede mi salvacion á cuenta mia.
¿Dónde está Betsabé?

JUDAS.

¿Te fuera grata
De esa tu Betsabé la compañía?

DIMAS.

¡Vivir con Betsabé! De culpa exento,
Fué la mansion de Adan el Paraíso;
Delinquió, y el albergue del contento
Ya le negó su floreciente piso.
Yo, mas feliz que Adan, veces distintas,
Del crímen al Eden iba y pasaba:
Con las manos aun de sangre tintas,
Viendo á mi Betsabé, mi Eden hallaba.

JUDAS.

Ignoraba tus crímenes; ahora
Tropezando tu vista en su sonrojo,
La sonrisa de paz encantadora
Vuelta verás indignacion y enojo.

DIMAS.

¿Qué debo hacer?

JUDAS.

Tus culpas considera.
Juntaste á la maldad la hipocresía.

DIMAS.

Yo quiero aun que Betsabé me quiera:
Tributo á su virtud, virtud fingia.

JUDAS.

Ya es en vano mentirle.

DIMAS.

Venga á verme,
Diga qué debo hacer, y yo lo hago.

JUDAS.

A Nacor luego...

DIMAS, exaltado ya.

Si en la tumba duerme,
Con saber que murió me satisfago;
¡Si no!...

JUDAS.

Conviene que á Nacor...

DIMAS.

Repito
Que venga Betsabé, no me desmande.
Llámala.

JUDAS.

Voy.

DIMAS.

La mano del delito
Chico me quiere hacer, y yo ser grande.

(Vase Júdas.)

ERCENA XII.

DIMAS.

Sí, renunciemos al trazado intento:
Cúmplase la tremenda profecía.
Muera mi enamorado pensamiento;
Perezca en flor, si el fruto amargaria.
Ser no es posible de mi hermana esposo,
Y con trabajo ya mi amor constriño;
La cruz me librará de incestuoso:
Guarde su candidez el puro armiño.
Dése á Dios Betsabé con voto casto,
Y á Géstas y á sus bárbaros contengo:
Puedo ofrecer á su codicia pasto
Con el caudal que en el Calvario tengo.
¡Yo adoro en Betsabé! Si me dijera:
«Tu aversion á Nacor al punto cese,»
Quizá de mi venganza desistiera...
— Pero ¡era menester que no le viese

ESCENA XIII.

NACOR; y despues, PROCLA y otros, DIMAS.

PROCLA, dentro.

Tente.

NACOR, dentro.

Mis pasos el placer aguija.

DIMAS.

¡Qué voz!

(Sale Nacor: apártase Dimas á un lado.)

NACOR.

¡Oh providencia soberana!...

PROCLA, saliendo.

¡Nacor!...

DIMAS, aparte.

¡Nacor!...

NACOR.

¡Me vuelves una hija,
Y despojas á Dímas de una hermana!

DIMAS.

No lo verás, ó de quien soy reniego!

(Saca el puñal, y se dirige á Nacor. — Salen por otro lado Betsabé y Júdas.)

JUDAS, á Betsabé.

¡Mírale! (Señalando á Nacor.)

DIMAS.

¡Yo soy Dímas! (Hiere al anciano.)

NACOR.

¡Asesino!

BETSABÉ.

¡Padre!

NACOR.

¡Hija! (Cae en sus brazos.)

PROCLA.

¡Soldados!

DIMAS.

¡Su hija!

GENTE, dentro.

¡Fuego!

(Precipítanse en la escena Géstas y Barrabas con una cuadrilla de ladrones armados y con teas encendidas. Longínos y soldados romanos salen tras los malhechores.)

DIMAS, á su cuadrilla.

¡Aquí!

PROCLA.

¡Prendedle!

JUDAS.

(Quitando á un romano la espada, y poniéndose al lado de Júdas.)

Te abriré camino.

JUDAS.

¡Júdas! ¿qué haces?

JUDAS.

Me importa demasiado
Que no perezca Dímas en pecado.

(Combate entre los soldados y los ladrones, los cuales incendian el palacio. Júdas defiende á Dímas, que pelea desesperadamente para llevarse á Betsabé. Esta y Procla, protegidas por un grupo de romanos, sostienen á Nacor, el cual espira asido al cuello de su hija. El toldo de púrpura principia á caer ardiendo sobre los combatientes.)

ACTO TERCERO.

Cárcel en Jerusalen.

ESCENA I.

LONGINOS, con Soldados romanos, que traen preso á JUDAS.

SOLDADO 1.º

Ande.

JUDAS.

Escuchad.

SOLDADO 2.º

Ande.

JUDAS.

Oid.

LONGINOS.

Déjate de desatinos;
Que no se rinde Longínos
Por fuerza ni por ardid.

JUDAS.

Solo pido por favor...

SOLDADO 1.º

Adentro, sin tus ni mus.

LONGINOS.

¡Discípulo de Jesus,
Y aprendiz de salteador!

SOLDADO 1.º

Y ¡cómo los defendia!

LONGINOS.

¡Por Dímas coger espada!

SOLDADO 1.º

¡No es cosa mayor!

SOLDADO 2.º

¡No es nada!

JUDAS.

Yo sé bien por qué lo hacia.

LONGINOS.

¡En vez de favorecernos,
Viendo el pretorio invadido!...

JUDAS.

Pero de Dímas ¿qué ha sido?
¿Qué? ¿Dónde está?

LONGINOS.

En los infiernos.

JUDAS.

¡En los infiernos! ¿Le habeis
Muerto?

LONGINOS.

Haz cuenta que le lloras
Difunto: es negocio de horas
Prenderle.

JUDAS.

Sí, si podeis.
Huyó libre, vamos.

LONGINOS.

Creo
Que iba herido: en conclusion,
Le tiene ó tendrá Pluton
Con Ticio y con Prometeo.

SOLDADO 1.º

La bolsa.

JUDAS.

Eso no: reclamo...

SOLDADO 1.º

Suelta esas garras agudas.
(Quitan á Júdas la bolsa.)

SOLDADO 2.º

¡Aire á la bolsa de Júdas!
¡Aire y luz!

LONGINOS.

Y sombra al amo.
(Encierran á Júdas, y dan á Longinos la bolsa.)

ESCENA II.

LONGINOS, soldados.

LONGINOS.

A ver. (Cuenta el dinero de la bolsa.)

SOLDADO 1.º

Quédese *inter nos.*

SOLDADO 2.º

Son despojos verdaderos
De guerra.

LONGINOS.

Veinte dineros
Hay aquí: sois diez, á dos.

SOLDADO 1.º

¿Y tú?

LONGINOS.

Disfrutad mi parte.

TODOS LOS SOLDADOS.

¡No!

LONGINOS.

Lo mando.

SOLDADO 1.º

No disputo.

SOLDADO 2.º

Goces las arcas de Pluto.

LONGINOS.

Mas quiero el laurel de Marte.

(Reparten el dinero y se van.)

ESCENA III.

Oyese música extraña y lúgubre; se abre el fondo de la cárcel, y se descubre una alta escalera fantástica, con Demonios de trecho en trecho á un lado y á otro. En lo alto aparece ANAS, que baja lentamente hasta el piso de la cárcel.

VOCES DIABOLICAS, arriba.

¡Anas! ¡Anas!

OTRAS.

Desciende ahí.

UNA.

Habla por mí.

TODAS.

Su ingenio y voz te presta Satanas.

ANAS, para sí.

Júdas contra sí conspira
Soberbio y falto de fe:
Pues duda lo que oye y ve,
Dé crédito á la mentira.

(Dirígese al calabozo donde está Júdas.)

¡Júdas! ya no soy el mismo:
Por tu impiedad avarienta,
Oculto en Anas, te tienta
El Príncipe del abismo.

(Llama á la puerta del calabozo.)

ESCENA IV.

ANAS, y luego, JUDAS.

ANAS.

Hombre, de tu daño artífice,
Sal; que viene adonde estás...

JUDAS, dentro.

¿Quién?

ANAS.

El suegro de Caifas,
Anas, el que fué pontífice.

(Abre Anas la puerta, y sale Júdas.)

JUDAS.

¿Qué me quiere Anas el diestro?

ANAS.

Y Júdas, el bien casado,
¿Qué quisiera?

JUDAS.

Ir de contado
En busca de su Maestro.

ANAS.

No pongo dificultad
En ser tu libertador;
Mas con ese innovador
Peligra tu libertad.

JUDAS.

¿Por qué?

ANAS.

Te hablo sin rebozo,
Júdas: hay causas, no leves,
Para que mañana juéves
El ocupe un calabozo.

JUDAS.

¡El!

ANAS.

Jesus: y hay que temer
Especie tal de procesos.

JUDAS.

¿Y los discípulos?

ANAS.

Esos...
Echen con tiempo á correr.
Dímas ha corrido: aprendan.

JUDAS.

¿Y su herida?

ANAS.

Es un embuste.

JUDAS.

¿Sabes tú?...

ANAS.

Cuando yo guste,
Puedo hacer que me le prendan.

JUDAS.

¿A Dímas?

ANAS.

¡Voto á Esaú,
Que de pena me lastimas,
Buen Júdas! En cuanto á Dímas,
Haré lo que digas tú.

JUDAS.

¿Sí?

ANAS.

Sí tal.

JUDAS, con un rapto de desconfianza.

¿Por qué?

ANAS.

Trasluzco
Entre ese Dímas vitando
Y tú, neófito blando,
Cierto vínculo negruzco...

JUDAS.

¿Qué has de traslucir?

ANAS.

Tu vicio
De no creer es marcado.
Pues en mi pontificado,
¿No fuí profeta de oficio?
Si en mí se perpetuó
Aquella gracia sin mengua...

JUDAS.

No hay oráculo con lengua
Desde que Jesus habló.

ANAS.

Esas palabras altivas
No están en tu boca bien;
La gracia del de Belen
Sí que sufre alternativas.
Tú por él has predicado
Y has hecho curas famosas...

JUDAS.

¡De milagro!

ANAS.

Milagrosas,
Cierto... y estás encerrado,
Ansiando con frenesí
Nuevas de un pícaro. ¿Miento?

JUDAS.

No.

ANAS.

¿Fuera grave portento
Ver á Dímas desde aquí?

JUDAS.

Mas he visto yo.

ANAS.

Pues haz
Tú eso, y es tu doctrina
Para mí santa y divina.

JUDAS.

¡Mísera argucia falaz!
Si á Júdas no le obedece
Ya dócil naturaleza,
Será que, por su dureza
Y culpas, no lo merece.
Tu reto provocador
No les diera mucho afan
A Pedro, Yago ni Juan,
Predilectos del Señor.

ANAS.

No soy yo su predilecto,
Y acaso pueda ofrecer
A Júdas ese placer.

JUDAS.

¿Tú?

ANAS.

Yo.

JUDAS.

¿En efecto?

ANAS.

En efecto.

JUDAS.

¡Ca!

ANAS.

Lo intentaré siquiera,
Sin miedo y sin entusiasmo.

JUDAS.

Inténtalo.

ANAS.

¡Mira!

(Transfórmase la cárcel en un bosque espesísimo.)

JUDAS.

¡Oh pasmo!

ESCENA V.

DIMAS, GESTAS, BARRABAS, ladrones. ANAS, JUDAS.

DIMAS.

Seguidme.

JUDAS.

¡No lo creyera!

DIMAS.

A los infiernos mas hondos
Ir y asaltarlos me manda
Ya mi valor, con mi banda
Provista de hombres y fondos.

JUDAS.

¿Tal dices? (A Dímas.)

DIMAS.

No te oye: estamos
Distantes, aunque le vemos
Y oimos.

GESTAS.

Y bien, ¿qué hacemos
Con Betsabé? ¿La robamos?

DIMAS.

Ella es hija de Nacor,
Y yo la quiero. ¿Me ama?
Que venga, consorte ó dama,
Conmigo, sierva de amor.
Porque opulenta se ve,
¿Rechaza mi mano fiera?
Rama de Nacor postrera,
Con el tronco la echaré.

JUDAS.

¡Monstruo!

BARRABAS.

Capitan, me aparto
De tí.

DIMAS.

¿Por qué, Barrabas?

BARRABAS.

Porque has dado mucho mas
A Géstas en el reparto.

GESTAS.

¿Qué has hecho tú?

DIMAS.

Del botin
Se te dió mas que ganaste:
Bien al principio lidiaste;
Muy mal combatiste al fin.

BARRABAS.

No hay nadie entre gente brava,
Ni tú, con mi corazon.

DIMAS.

Recoge ese bofeton: (se le da.)
Eso es lo que te faltaba.

BARRABAS.

¡Voto á!...

DIMAS.

No te desazones.
¿Te quieres ir? ¡Bueno! toma.
(Va á darle otra vez.)
Al siervo le dan en Roma
Libertad á pescozones.

BARRABAS.

¡Por mi padre Manases!...
(Desenvaina.)

DIMAS.

¡Huye! Véte! Como tardes...

BARRABAS.

¡Riñe! (A Dímas.)

GESTAS.

¿Al Jefe?

DIMAS.

A los cobardes
Los echo yo á puntapiés.

(Vanse los ladrones, atropellando á Barrabas: el bosque desaparece, y queda la cárcel.)

ESCENA VI.

JUDAS, ANAS.

JUDAS.

¡Qué hombre! ¡Oh Dios!

ANAS.

¡Qué alma tan tierna!

JUDAS.

¡Está condenado!

ANAS.

¿Adviertes
Eso ahora? Y á dos muertes,
La temporal y la eterna.

JUDAS.

¡Me infunde la vida tedio!
¡Yo, que aun libraré peor!

ANAS.

Amigo, mucho dolor
Es ese: busca remedio.

JUDAS.

¿Qué remedio he de buscar
Ya? Colgarme de una higuera.

ANAS.

Pero si Dímas te oyera,
¿No se pudiera enmendar?

JUDAS.

¿Quién sigue con un sermon
Los pasos de un foragido?

ANAS.

Yo te le daré cogido:
Tú muévele á compuncion.

JUDAS.

Cogido segun indiques,
Muerte luego le darán.

ANAS.

No te le ajusticiarán
Hasta que tú le prediques.
¡Allí del fervor cristiano!

JUDAS.

¡Si estoy preso!

ANAS.

Vas á verte
Libre: yo voy á ponerte
La salvacion en la mano.

JUDAS.

¿Cierto?

ANAS.

Cierto.

JUDAS.

Pues de balde
No has de hacer tal beneficio.

ANAS.

Quisiera en cambio un servicio,
Con que la cuenta se salde.

JUDAS.

Dí la cosa por su nombre.

ANAS.

Poncio prender ha mandado
A ese Cristo, apellidado
Hijo de Dios y del Hombre.
Debe hacerse la prision,
En lo posible, secreta,
Cuidando no se cometa
Fraude ni equivocacion;
Pues como, segun oimos,
Yago, hijo de Zebedeo,
Se parece á Cristo, y creo
Que mucho, porque son primos,
Importa que haya quien preste
Al ministro judicial
Declaracion ó señal
Que le diga: «Cristo es este.»
Al cabo y al fin, á hombrones
Que un mundo pueden mover,
Se les debe recoger
Con sesudas prevenciones.
Tú libre de aquí saldrás,
A Dímas cediendo el paso:
Y allá, cuando llegue el caso,
Un beso á Jesus darás.

JUDAS.

¡Qué traicion! ¡Qué alevosía!

ANAS.

¡Júdas!

JUDAS.

¡Qué pérfido exceso!

ANAS.

¡Traicion aplicar el beso,
Que es general cortesía!

JUDAS.

Es ayudar á quien tiene
A Jesus odio enconado.

ANAS.

Lo dispone un magistrado,
Que manda lo que conviene.

JUDAS.

¿Por qué á Jesus me pedís?
¿Es á fin de que os bautice?

ANAS.

¿Por qué predica y predice?
¿Por qué tantos le seguís?
Apúrese de una vez
Si hace á nuestra ley agravio,
Y óigale un concilio sabio,
Justo, recto, único juez.
Si falsos ó inoportunos
Consejos al pueblo dais,
¡Alto ahí! Si demostrais
Que son verdad, ¡todos unos!
Rey á Cristo ha proclamado
Vil chusma que da vergüenza;
Que al gran Sanhedrin convenza,
Y admítase su reinado. —
Es con esto por demas
Que yo contigo batalle:
Sube conmigo á la calle,
Y libre resolverás.
Por causa buena se aboga
Poco: es clara la sentencia.
Junta se halla en conferencia
Solemne la Sinagoga.
Allí, cuando á verme acudas,
Podrás tu intento mostrarme:
Libre estoy de condenarme
Yo por Dímas ni por Júdas.

JUDAS.

Si á Dímas no prenden...

ANAS.

¡Ah!
Entónces, no hay de lo dicho
Nada; pero á tu capricho
Pilátos le entregará.

JUDAS.

La bolsa que me han quitado,
Quiero.

ANAS.

Justísimo: vente,
Y pide el equivalente...
O mas...

JUDAS.

¿Habrán saqueado
La casa de Betsabé?
Quiero decir, de María.

ANAS.

¡Qué tesoros escondia
Nacor allí! Ya se ve,
Prestaba... y al fin del plazo
Todo es de los usureros.
Vasos, joyas, candeleros
De oro...

JUDAS.

Anas, deten el brazo
De la maldad: que ni un hilo
De tanta riqueza roben.

ANAS.

¡Rica la huérfana, jóven,
Y sola en campestre asilo!...
— ¡Qué linda es!

JUDAS.

¡Qué bella! ¡Ay Dios!
Urna es de oro con incienso.

ANAS.

Hermosa... caudal inmenso...
De una fe vosotros dos...

JUDAS.

¡Anas!...

ANAS.

De mi objeto salgo,
Si á codicia te provoco.
No hablemos...

JUDAS.

Hablemos poco,
Anas; pero hablemos algo.

ANAS.

Ven.

JUDAS, aparte.

Cuanto mas considero...

ANAS.

Ven ya, ven.

JUDAS, aparte.

El Salvador
Podrá salvarse mejor
Que su pobre despensero. (Vanse.)

ESCENA VII.

Sala de una granja de Nacor, cerca de Jerusalen. Preciosos utensilios, ricas ropas, arcas de joyas y de dinero, todo amontonado en las mesas.

BETSABÉ ó MARIA, SARA.

SARA.

No me hables de despedida,
Por David el de Jesé:
Yo en el valle me oculté
Para buscarte en seguida.

MARIA.

Recibe con que pasar
Bien, para que te recobres:
Viejos, dolientes y pobres
A Nacor van á heredar.
Si esta ocasion desperdicias,
Vas contra la providencia
De Dios: toma de mi herencia
Y de mi amor las primicias.

SARA.

Tu amor es mi único anhelo,
Dar el calzado á tu planta,
Collares á tu garganta,
Lazos y lustre á tu pelo.
No quiero cosa ninguna
De cuanto aquí se atesora;
Quiero á mi jóven señora,
Porque he mecido su cuna.

MARIA.

De entre la pompa terrestre
Que en esta granja se alberga,
Con ropa saldré de jerga
Para un retiro silvestre.
Pidiendo el favor divino
Viviré llorando allí,
Por el padre que perdí,
Por su infeliz asesino!

ESCENA VIII.

DIMAS, GESTAS, MARIA, SARA.

DIMAS.

No es infeliz el que gana
Tesoros de precio tanto
Como ese* y tú.

*(Señalando las preciosidades que hay en la sala.)

SARA.

¡Cielo santo!

MARIA.

Dímas...

DIMAS, á Géstas.

Llévate á esa anciana.

GESTAS.

Miéntras llega la cuadrilla,
¿Qué hago de esta vieja? ¿Muere?

DIMAS.

Que declare lo que hubiere
Oculto allá...

GESTAS.

¡Bien! Si chilla...

(Llévase Géstas á Sara.)

ESCENA IX.

DIMAS, MARIA.

DIMAS.

Betsabé...

MARIA.

María.

DIMAS.

Igual
Viene á ser. Tú, por supuesto,
Me aguardas con un repuesto
De quejas de amor filial.

MARIA.

No, Dímas. No me conoces.

DIMAS.

¿No? Pues á fe que me asombro.

MARIA.

Yo aplico la cruz al hombro
Con humildad y sin voces.

DIMAS.

¡La cruz! ¡Recuerdo enemigo!
Mas ántes que el hierro clave,
No lo sintamos. Tú sabe
Que vas á venir conmigo.

MARIA.

Cuando quieras.

DIMAS.

Quiero ahora.

MARIA.

Pues bien, guia.

DIMAS.

¡Tal presteza!
— Ponte algo en esa cabeza,
Que sin aliño enamora.
Ofende en el campo el sol
Ya en este mes: velo oscuro
Proteja y conserve puro
De tu rostro el arrebol.

MARIA.

Este manto... (Coge uno de luto.)

DIMAS, quitándosele.

No consiento
Ese: tu cuerpo despoja
De luto; me da congoja
Ese color... y el sangriento.
(Señalando una pieza de púrpura.)
Viste para mí de olvido,
No mire en tí prenda triste.

MARIA.

Traje de gozo me viste;
De pena se me ha vestido.

DIMAS.

¡Mira!... Vamos.

MARIA.

Vamos.

DIMAS

Y...
No temas acompañarme.

MARIA.

No.

DIMAS.

¡Yo te amo!

MARIA.

¿No has de amarme,
Si aun yo misma te amo á tí?

DIMAS.

¿Tú, María? ¿No es engaño?

MARIA.

Dios ve mi sinceridad.

DIMAS.

Pero ¡si es una verdad
Tan dulce, que me hace daño!

MARIA.

¡Hermano!

DIMAS.

¡Hermano me llamas!

MARIA.

Nuestro amor conserva el sello
Fraternal.

DIMAS.

Mirando en ello,
Yo te amo cual tú me amas.
Aunque piense lo peor,
A tus afectos me adhieres:
El amor que tú sintieres,
De seguro es el mejor.

MARIA.

¿Partimos?

DIMAS.

Y ¿qué has de hacer
Tú luego entre malhechores?

MARIA.

Rogar por los pecadores...
Convertirlos... perecer...
¿Qué sé yo? Cualquier sendero
Llano me parece y ancho,
Si le piso y no me mancho,
Y hago bien al pasajero.

DIMAS.

Zagala medrosa un dia,
¿Quién te inspira ese valor?

MARIA.

Me bendijo el Redentor,
Y aquí me tocó María.
(Señalando el corazon.)

DIMAS.

A tu lado, en realidad,
¡Fuera yo tan diferente!...

MARIA.

Agua traigo de la fuente
Que fecunda la piedad.
Alguna accion meritoria
Dios cerca de mí te paga.

DIMAS.

La historia de niño halaga:
Oye una infantil historia.
Diez años contaba yo,
Y mi padre, mercader,
Un viaje tuvo que hacer,
Saliendo de Jericó.
Marchar á Egipto debió;
Y yo, que en pueril estilo
Manifestaba intranquilo
De errante vida el antojo,
Ver quise el piélago rojo,
Las pirámides y el Nilo.
Caminámos por jarales
Y hondonadas y laderas;
Bramidos oí de fieras,
Bramidos de vendavales.
Movedizos arenales

Embazaron al camello;
Ya de vuelta, su resuello
Noche barruntó lluviosa:
Negra vino y espantosa,
Que en pié nos puso el cabello.
De una peña cobijados,
En mantas nos envolvimos,
Cuando pisadas oímos
Y voces de hombres armados.
«Cruzarán los tres cuitados
(Habló una voz) por acá;
El Rey niño es el que va
En brazos de la viajera:
Tomemos la delantera,
Y el niño Rey morirá.
— Matar al Niño es tu encargo
(Dijo otro): no descuidarse;
Que pudieran escaparse
Por el torrente á lo largo.»
— Yo temblaba; sin embargo,
Ya ideaba algo atrevido.
Cesó de pasos el ruido...
«Padre (dije), ya no llueve:
Cenemos. ¡Al vino! ¡Bebe!»
Bebió; se quedó dormido.
Mi padre, al amanecer,
Aun reposaba; ¡yo en vela!
Corro como una gacela,
Y en alto me pongo á ver.
«¡Tres! Ellos! Él! Ha de ser
Disfraz su modesto aliño.»
Canto, me miran, les guiño,
Y grito en llegando enfrente:
«¡Señora! por el torrente;
¡Que si no, matan al Niño!»

MARIA.

¡Ay, hermano!

DIMAS.

En fin, los tres
A parte segura fueron,
Pues los armados volvieron
Furiosos, poco despues.
El Niño, como de un mes
Cumplido me pareció;
Que fueran dos: oye, y no
Se te figure que sueño.

El niño Rey, tan pequeño,
¡Me habló, Betsabé, me habló!

MARIA.

¿Qué te dijo?

DIMAS.

Es misterioso
Lo del Niño singular:
Hablar él y yo olvidar
Fué todo uno.

MARIA.

¡Es prodigioso!

DIMAS.

Palabras fueron reales:
Las unas de bendicion,
Otras como de perdon;
Mas nunca recuerdo cuáles.

MARIA.

Pues Jesucristo podria
Traértelas á la mente:
El me anunció expresamente
Que un hombre te las diria.
Vé á verle.

DIMAS.

Por otra cosa
Tengo de verle ansiedad:
Me anunció felicidad
El, y tú muerte afrentosa.
Dicha y cruz... riñen á gritos.

MARIA.

Culpa y dicha ¿riñen ménos?

DIMAS.

¿Cómo han de volverse buenos
Los que viven de delitos?
Lanza ardiendo me taladre
La sien, si no deseara
Que Dios poder me otorgara
De dar la vida á tu padre;
Pero hecho ya...

MARIA.

Notarás
Que á mi padre no he mentado.
Ya confiesas el pecado;
Ya pronto le llorarás.

DIMAS.

¡Ah! no es de juez tu dulzura;
Nace de afecto amoroso.

MARIA.

¿No será tan bondadoso
Dios, como una criatura?

DIMAS.

Dios castiga.

MARIA.

Corregir
Desea, no condenar:
Pasó el tiempo de aterrar,
Y vino el de redimir.
¿Temes la muerte?

DIMAS.

¡Temer!
Yo ignoro lo que es temor...
Como no pierda tu amor.

MARIA.

Aun tienes mas que perder,
Y es el momento llegado
De entrar en derecha via.
Conmigo á tu compañía
Preséntate denodado,
Y díles: «Nacor dejó
Esto á los pobres: marchad.
Sosten de la caridad
Vuestro Jefe se volvió.»
Si nos acometen, ambos
En nombre de Dios lidiemos.
Que nos matan: moriremos
Por Dios, y juntos entrambos.
Y este modo de morir
Eterno bien asegura.

DIMAS.

¡Sí! Dímas por tí lo jura.

ESCENA X.

PILATOS, BARRABAS y soldados romanos, que sorprenden y sujetan á Dimas, DIMAS, MARIA.

PILATOS.

No se lo podrás cumplir.

DIMAS á Barrabas.

¡Traidor!

MARIA.

¡Mírale propicio,
Mi Dios!

DIMAS.

¡María adorada!

BARRABAS, á Dímas.

Esto es por la bofetada.

PILATOS.

Llevadle á rastra al suplicio.

DIMAS.

¡María! (Llévansele.)

PILATOS.

Ven, desdeñosa.

MARIA.

¡Señor! ¡mi desdoro evita!

PILATOS.

¡Quién de mis brazos te quita!

(Sobre la mesa aparece un ángel niño, que con una varita negra toca en un brazo á María, y desaparece inmediatamente.)

MARIA.

Dios. — ¡Mira! ¡Lepra!
(Descúbrese un brazo.)

PILATOS, apartándose con repugnancia y horror.

¡Leprosa!
¿De cuándo?

MARIA.

De ahora.

PILATOS.

¡Horror!
¡Hechizo!

MARIA.

Dios de Israel,
¡Gracias! ¡Herida la piel,
Inmaculado el pudor!

ACTO CUARTO.

Atrio ó patio interior de la casa de Pilátos, distinto del que se vió en el acto segundo.

ESCENA I.

PILATOS, LONGINOS.

PILATOS.

¡Libre y sana tambien! ¡Libre María!

LONGINOS.

Sumisos á tus órdenes, cercámos
La granja de Nacor; médico docto,
Y en la magia tambien aleccionado,
Llegó Tímero allí, y en la leprosa
Muestra dar quiso de su ciencia en vano.
«De Sara cuida, la doncella dijo;
Por la daga de Géstas espirando,
Al prenderle, quedó.» Soberbio entónces,
«No soy médico yo que asiste á esclavos,»
Tímero replicó; y asir nos manda,
Y á María quitar del lecho infausto
De la sierva leal, que el alma rinde,
Ojos de horror en Tímero clavando.
Yo impedir la violencia pretendia;
Consejos desoyeron y mandatos
Médico y guardias; y de pronto veo
Que el cuerpo de la jóven deja intacto,
Y á la frente del médico la lepra
Salta, y me desfigura los soldados,
Objetos ya de repugnancia: solo,
Premio de la piedad, quedé yo salvo.

PILATOS.

Y ¿permitiste que de allí saliera
La que mandé que aseguraras?

LONGINOS.

Valgo
Yo, para carcelero de inocentes,
Poco: de tus placeres encargados
Hay mas dignos que yo, guerrero adusto
De las legiones que mandaba Octavio.
La inocente ó la mágica judía
Dijo que la verás en el Calvario.

PILATOS.

¡Cuando á su Dímas crucifique! Luego
Será; sí, ¡por Alecto y Radamanto!
Nadie sepa la fuga de María,
Ni el prodigio fatal: desbaratarlo,
Castigar al autor conviene; miéntras,
Cauto silencio.

LONGINOS.

Bien: silencio cauto.

PILATOS.

Que salgan á morir Géstas y Dímas...
— Y atiende al infeliz que está en el atrio.
(Vase Longinos.)

ESCENA II.

PROCLA, PILATOS.

PROCLA.

¡Ah Poncio!

PILATOS.

Mucho prolongó Morfeo
Las horas hoy de tu feliz descanso.

PROCLA.

No de reposo, de tormento han sido
Las tristes horas de mi sueño largo.
Maravillas en él me confundieron,
Maravillas por tí me atribularon.

PILATOS.

Tu sueño los augures interpreten.

PROCLA.

Solo tú deberás interpretarlo.

PILATOS.

¡Yo!

PROCLA.

Escucha. Tarde me dormí, con pena
La prision del Ungido recordando.
Por él temia, y á la par temblaba
Por tí, sin acertar á separaros.
Audaz mi pensamiento el velo rompe
De los siglos futuros y lejanos,

Y miro alzar y derruir ciudades,
Y vírgen tierra de la mar brotando.
Sobre varas de cónsules partidas
Y púrpura imperial rota en harapos,
Hundiendo en lodo sanguinosas aras
Y efigies de metales y de mármol,
Despedazadas Juno y Citerea,
Sin bidente Pluton, Júpiter manco;
Rico de oro y marfil, con lenta marcha,
Entre pompa triunfal rodaba un carro.
De pié matrona de sin par belleza
Descollaba en el plinto levantado,
Y en vez de águila de oro vencedora,
(¿Quién pudiera jamas imaginarlo?)
¡Tremolaba una cruz!

PILATOS.

¡Una cruz! ¿Ese
Instrumento cruel, patibulario,
Lecho de muerte para el crímen, solo
De verdugos y víctimos tocado!

PROCLA.

Ese adoraban, la rodilla en suelo,
Generaciones por venir, de rasgos
Que Roma nunca vió: cruz en su traje,
La cruz de sus pendones era ornato;
Puesta la vi sobre real corona,
Y henchir las plazas y poblar los campos,
Y en altísimas torres empinada,
La region de los vientos dominando.
Y en recia voz unísono decia
De tantas gentes el concurso vario:
«Creo en un solo Ser Omnipotente,
Dios Padre, que crió cuanto hay criado;
Y en Jesus, Unigénito del Padre,
Dios, que hombre fué para su gloria darnos;
Que padeció bajo el poder de Poncio...
— ¿Qué Poncio es ese? pregunté. — Pilátos,»
Pontífices y reyes me dijeron,
Mercader y pastor, niño y anciano.

PILATOS.

¡Poncio Pilátos! ¡Yo!

PROCLA.

Tú, esposo mio.
Válete del anuncio; yo he soñado

Para que tú no yerres: mira, Poncio,
Que añadieron despues los que me hablaron:
«Borrará el tiempo la memoria y nombre
De Codro y Belo, César y Alejandro;
La del cobarde juez del Nazareno
Durará lo que el sol en el espacio.»

PILATOS.

Cobarde no, sagaz.

PROCLA.

Ve, saca pronto
De prision á Jesus: á tiempo estamos,
Es justo, es poderoso, es el Mesías;
Yo padezco por él...

ESCENA III.

LONGINOS, PILATOS, PROCLA.

LONGINOS.

Ya le azotaron.

PILATOS.

¡Calla!

PROCLA.

¿A quién?

PILATOS.

A Jesus; mas no...

PROCLA.

¿Qué hiciste?
¿Le sentenciaste ya?

PILATOS.

Su vida trato
De redimir con inferior castigo:
Tambien él castigó sin yo mandarlo.

PROCLA.

¿De qué le acusan?

PILATOS.

De impiedad rebelde.

PROCLA.

Somos, conformes, al código mosaico,
Mas impíos tú y yo.

PILATOS.

No es culpa grave
La de Jesus; pero levanta escándalo:
Toda Jerusalen su muerte pide.

PROCLA.

Muera Jerusalen, ó tú, lidiando
Por defender al justo.

PILATOS.

Un galileo
No merece que el ínfimo romano
Dé la vida por él, cuanto mas Poncio,
Representante del poder cesáreo.

PROCLA.

Recuerda mi vision: es inocente
Jesus, hijo de Dios, Dios humanado.

PILATOS.

Psíquis es diosa ya; y, ántes, de Vénus
Atormentada fué con dura mano;
Y ambas en paz en el Olimpo habitan.

PROCLA.

¡Con fábulas á mí!...

PILATOS.

Como las hallo
Las repito: consejas ó verdades,
Las miro sin desprecio ni cuidado...
— Y me le da Jerusalen. Tumulto
Amenaza surgir; si yo le calmo,
Y, á costa de Jesus, libro su vida,
Cumplo con él y con la ley del mando.
Cortar ve Roma sin mayor motivo
Cabezas al antojo de Seyano;
Y aplaude Roma, si Tiberio dice:
«Siempre la paz y el órden cuestan algo.»
Vean á su Profeta los judíos
Al Gábbata salir ensangrentado,
Y el furor cesará: si es Dios, ayude
La intencion de su juez: bastante hago.

PROCLA.

¿De los judíos compasion esperas?
Preciso es que á Jesus... A verle marcho.

LONGINOS.

¡No vayas!

PILATOS.

Procla, no.

PROCLA.

¡Sí voy!

PILATOS.

En Roma
La mujer obedece. Vé á tu cuarto.

(Procla inclina la cabeza noble y dolorosamente.)

PROCLA.

¡Ya padeció bajo el poder de Poncio!
Que no padezca mas.

PILATOS.

No: ya el presagio
Cumplido está. Si en injusticia pude
Incurrir, cuanto quepa en desagravio,
Tanto se hará. Vé, pues. (Vase Procla.)

LONGINOS.

Júdas me ruega...

PILATOS.

Déjale á Dímas ver, y vigiladlos. (Vase.)

LONGINOS, llamando.

¡Júdas!

(Sale Júdas y vase Longinos.)

ESCENA IV.

JUDAS.

¡Qué horror! ¡que asombro! ¡Dudo haberle
Visto, dudo si es él! Llagas, escarnios...
Bofetadas, espinas... ¡Y lo sufre!
¡No le defienden ángeles ni rayos!
Hombre no mas, y débil. Hombre sea:
¿No soy pérfido yo? no soy ingrato?
Mas yo, para creer, saber deseo. —
¿No es tu padre Jehovah? Pues bien, mostradlo
Tu padre ó tú: para probar quién eres,
Convine con Anas en ese pacto.
Yo busco la verdad... — y ¡apelo al crímen!
¿Qué verdad hallaré? ¿Si un desengaño
Será de perdicion?

ESCENA V.

DIMAS, conducido por LONGINOS entre soldados, JUDAS.

LONGINOS.

Aquí está.

JUDAS.

Véte.

(Retíranse Longinos y los soldados al fondo del teatro.)

DIMAS.

¡Júdas, amigo!

JUDAS.

Compañero aciago,
Ya tu suerte sabrás.

DIMAS.

Yo la merezco.
La esperaba tambien; me lo anunciaron:
La sentencia cumplió la profecía;
Pronto se cumplirá lo sentenciado.

JUDAS.

Te veo con valor.

DIMAS, con desden.

¡Valor!...

JUDAS.

¿Conoces
Que obraste mal?

DIMAS.

No es tiempo de negarlo.

JUDAS.

Te aguarda el tribunal de la otra vida.

DIMAS.

Tribunal sin pasion, libre de amaños.

JUDAS.

Justicia suma.

DIMAS.

Eterna.

JUDAS.

Amigo mio,
Dios mira con piedad al que humillado,
Contrito, implora su perdon.

DIMAS.

Lo espero...
Voy á pedirle, y al momento cambio.

JUDAS.

¡Cambiar! (Aparte. Su salvacion va con la mia.)

DIMAS.

¡Ay!

JUDAS, aparte.

En arrepintiéndose, le mato.
Yo me arrepentiré tambien.

DIMAS.

Anoche
Dispuse una maldad: estoy pecando
Ahora, aquí.

JUDAS.

Pues ¿cómo?

DIMAS.

La venganza
Siempre me dominó: si he salteado,
Si he dado muerte, por vengarme ha sido;
Y aun me quiero vengar.

JUDAS.

Pero, insensato,
Pocos instantes que vivir te quedan:
¿Cómo vengarte así?

DIMAS.

Ya está pensado.
Barrabas me vendió; Pilátos ama
La beldad que frenético idolatro:
De Poncio y Barrabas venganza espero...
La que puedo tener... — y no reparo
En lo que ha costar.

JUDAS.

¡Gran Dios!

DIMAS.

Heródes,
El rey cuyo poder hoy parten cuatro,
Vengativo cual yo, cual yo celoso,
De Mariamne adoraba los encantos,
Y ántes muerta que de otro la queria...

JUDAS.

¡Jesaí!

DIMAS.

¡Jesaí! Nombre de halago
Para mí sin igual! ¡Betsabé! — ¿Cómo
No está aquí Betsabé?

JUDAS.

Le está vedado
Su granja abandonar: ni verla dejan
De Poncio los adustos legionarios.

DIMAS.

Por el Arca de Yah! Bien hice anoche.
Rogué, juré, mentí; me presentaron
A Barrabas; declaracion urdida
En su favor, alucinó al menguado,
Y me creyó: le indultarán de cierto,
Mi encargo cumplirá... ¡Bien!

JUDAS.

¿Cuál encargo?

DIMAS.

Quiero... que venga Betsabé conmigo.

DIMAS.

Sí, Dímas; piensa que podeis juntaròs
Para siempre jamas allá en el seno
De Abrahan y Jacob.

DIMAS.

Otro conato
Era el mio en verdad.

JUDAS.

María goza
La gracia de Elohim: aparejado
Ya Débora y Judit lugar le tienen;
Impenitente tú, mansion de llanto,
No la de Betsabé, será la tuya.

DIMAS.

Yo me arrepiento, si de tí me aparto.
María... Betsabé... mi amor... Acude.
Si te tuviera aquí, muriera santo.

JUDAS.

Tienes á Dios, implórale.

DIMAS, arrodillándose.

¡Dios mio!
¡Perdon! ¡perdon! ¡Piedad!

JUDAS, aparte.

Muere.

(Saca un puñal; pero suspende el golpe al oir la voz de Anas, que ha salido por un escotillon.)

ESCENA VI.

ANAS, JUDAS, DIMAS, LONGINOS, soldados.

ANAS.

Triunfámos.

DIMAS.

¡Anas!

ANAS.

Jerusalen justicia alcanza:
Queda Jesus á muerte condenado.

DIMAS.

¡Jesus!

ANAS.

Hijo de Dios, Rey de Judea
Osábase llamar; y siendo falso,
Por blasfemo á la par y sedicioso,
La cruz le aguarda.

JUDAS.

¡Qué! Poncio ¿no...

ANAS.

Humano
Y pio por demas, le defendia;
El pueblo, con razon alborotado,
Venció la còmpasion del Presidente,
Que en público lavándose las manos,
Cumplir consiente nuestra ley judía.
¡Barrabas, libre!

DIMAS.

¡Libre!

ANAS, á Dímas.

Perdonaros
A tí y á Géstas no se puede. — Júdas,
(Saca una bolsa.)
Toma lo que pediste: precio escaso
Treinta dineros son del bien que ofreces
Al pueblo fidelísimo judaico.

Ya la supersticion del Galileo
Rueda y se abisma con mortal estrago.
Ten.

JUDAS.

¡Quita!

ANAS, señalando á Júdas.

Este varon de ánimo noble,
Superior á respetos infundados,
¡A Jesus entregó!

DIMAS.

¡Tú le vendiste!
¡Barrabas de Jesus! Ultimo rasgo
De mi furor el arrancarte sea
Esa lengua soez de renegado.

(Arremete á Júdas: Anas y Longínos le contienen.)

ANAS.

¡Tente, bandido!

LONGINOS, á los soldados.

Sujetadle.

JUDAS.

¡Dímas!...

DIMAS.

¡Vil impostor, apóstata villano!
¿Tú hablabas de virtud, y premio y pena,
De pedir de mis crímenes pasados
Perdon á Yah Sadai? ¡Mentira todo!
Traidor á tu Maestro soberano,
Tú nada crees. Yo tampoco.

JUDAS.

¡Cielos!
¡Por la boca de este hombre estoy juzgado!

ANAS.

A la cruz ese monstruo.

DIMAS.

Sí, traedla.

ANAS.

Al Gólgota con él.

JUDAS.

Parad. Un rato...
Que oiga...

ANAS.

Ya sacan á Jesus.

DIMAS.

¿Con Cristo
Me llevan á morir? Nos encontramos!
Nos hablaremos una vez: si ese hombre
Poder conserva para obrar milagres,
Fieras mande venir que á nuestros ojos
El cuerpo del traidor hagan pedazos;
Demonios con su espíritu revuelen
Del fuego eterno á los voraces antros.
¡Peor que Barrabas! ¡que yo! ¡maldito
Seas!

ANAS, LONGINOS, y soldados.

¡La cruz! la cruz!

DIMAS.

Dádmela, y vamos.

(Al son de trompetas principia á salir la cohorte romana que ha de escoltar á los sentenciados; Géstas viene entre los verdugos, y el pueblo penetra por todas partes. Uno de los sayones ata á Géstas al cuello un largo dogal, cuya punta se rodea al brazo otro verdugo: al lado opuesto se hace otro tanto con Dímas. En seguida sacan dos cruces: carga un verdugo á Géstas la una; Dímas se dirige á otra, y se la echa al hombro sin ayuda de nadie. Entónces un pregonero lee el pregon siguiente, con las pausas que se indican. «En nombre del César, — Pilátos, Presidente, — condena á Géstas, — condena á Dímas, — por homicidas y ladrones, — á muerte de cruz.» Toque de trompetas. La escolta y los verdugos de Géstas parten con él, yendo á su lado uno que lleva fija en una vara, ó pendiente de ella, una tabla cubierta con un pergamino, y en él este letrero: «Géstas, ladron.» De la propia manera, y con el letrero correspondiente, se llevan á Dímas. Salen dos esclavos con escaleras y otro con una espuerta á las espaldas, dentro de la cual suenan los martillos, tenazas y clavos. En esto Anas, que ha estado deteniendo á Júdas, le insta para que reciba la bolsa; él la rehusa, hasta que, viendo venir á Jesus, la coge y huye precipitado. El movimiento y rumor del pueblo anuncia la salida del Redentor, al tiempo que se principia otro pregon, del cual se dice; «En nombre del César, — Pilátos, Presidente, — condena tambien...» Ruido y voces de los Judíos agitados impiden que se oiga mas, y cae el telon ántes que aparezca la Santa Víctima.

ACTO QUINTO.

Caverna en el Monte Calvario.

ESCENA I.

MARIA, saliendo con un cordel atado á una muñeca; BARRABAS, con una linterna.

MARIA.

¿Nos habrán visto?

BARRABAS.

Señora,
Con tan ciega oscuridad,
No es posible: esas tinieblas,
Fuera de lo natural,
A cuatro pasos impiden
Seguir al que huyendo va.

MARIA.

En una eminencia estaba,
Mïrando con ansiedad:
Las cruces en alto vi;
Quise á las cruces llegar;
Satélites de Pilátos
Me apartan con impiedad,
Me prenden...

BARRABAS.

Y te buscaba,
Yo vi tus manos atar.
El sol se oscurece en esto
Cual no se eclipsó jamas.
Dos romanos echo á tierra
De la guardia pretorial,
Y entre la sombra, y la turba
Que puebla el triste lugar
De la Calavera, pongo
Tu inocencia en libertad.

MARIA.

Prémiete el cielo.
(Forceja para desatarse el cordel.)

BARRABAS.

No puedes;
Yo desataré el dogal.

(Suéltaselo y tíralo.)

MARIA.

Y ¿es la caverna que dices,
Esta?

BARRABAS.

Lo es, á no dudar.
Anoche me dijo Dímas:
«En la cueva del brezal,
En un hondo, que con reja
De hierro atajado está,
Guardo un tesoro, que fué
De tu padre propiedad
En parte, y al de María
Perteneció lo demas.
Entrega, de lo que hubiere,
A María la mitad,
Y coge el resto; la llave
En tal parte la hallarás
(Y allí estaba): por Eloha,
Que á la caverna vayais
Tú y María solos.» — Yo
No me queria fiar
De Dímas al pronto; luego,
Me entró la credulidad
Casi de un niño. Mi vida
(Ya ves) le viene á costar
La suya á Jesus, que en vez
De dar muerte ni robar,
El hambre de miles de hombres
Hartó con pescado y pan,
Y á Lázaro sacó vivo
Del cóncavo sepulcral.
En un lance así, no vale
Ser duro ni suspicaz;
El ánimo cede, y todo
Se hace sin dificultad.
A fin de restituir,
Quiero á mi padre heredar.
Mi herencia pondré en tus manos.

MARIA.

No, tú la repartirás. —
¡Dios mio! Dímas espira,
Y ¡oro vengo yo á buscar!

¡Dios mio! no es de oro vil
Mi ansiosa necesidad:
Oye la oracion, con que
Me enseñó Jesus á orar. (Arrodíllase.)
Padre nuestro, tú que habitas
La morada celestial,
Santificado tu nombre
Sea por la eternidad;
Tu reino de gloria venga
Nuestros males á curar;
Y haga, como el cielo empíreo,
La tierra tu voluntad. —
A esta caverna me traes,
No sin misterio quizá:
Yo su lobreguez admito
Y su fria soledad.
Yo nunca de aquí saldré;
Mas dígnate confirmar
Las palabras que Jesus,
Fuente de eterna verdad,
En aquel valle me dijo,
Donde abandonadas ya,
Balidos por mí dolientes
Mis pobres ovejas dan.
No dudo de tu promesa,
Bien sé que no faltará;
Pero mi hermano padece...
— ¡Ay! Jesus padece mas.
Hágase lo que dispone
Tu divina Majestad.

BARRABAS.

María, siento pisadas.

MARIA.

Sí... sí! ¿Qué hacemos?

BARRABAS.

Bajar,
Ocultarnos. Ven.

ESCENA II.

JUDAS, MARIA, BARRABAS.

JUDAS, dentro.

Tinieblas,
A un infeliz sepultad.

MARIA.

Es un infeliz. **Aguarda.** (Sale Júdas.)

BARRABAS.

¿Quién eres?

JUDAS.

¡Oh! — ¡Barrabas!
¡El espejo que me muestra
Mayor mi deformidad!

MARIA.

¿No eres tú Júdas?

JUDAS.

¡María!
¡La profetisa fatal,
Primera causa del crímen
Que el sol rehusa mirar!
¿Quién os pone ante mis ojos
En esta gruta infernal,
Que ni hebreo ni romano
Se han atrevido á pisar?
Morada de horror es mia:
Mi albergue desocupad.

MARIA, á Barrabas.

Retírate.
(Entrase Barrabas en un seno de la gruta.)

ESCENA III.

JUDAS, MARIA.

MARIA.

Júdas, ¿piensas
Aquí en efecto esconder
Tu vida?

JUDAS.

Quiero poner
Fin á mis cuitas inmensas.
No es bien que mas agonice,
Cuando al abismo derecho
Va Dímas, y en su despecho
Aun me insulta y me maldice.

MARIA.

Dímas con lágrimas lava
Sus culpas arrepentido.

JUDAS.

Blasfemo á la cruz ha ido,
Y hasta en la cruz blasfemaba.

MARIA.

¿Le has visto?

JUDAS.

Verle queria
El espíritu rendir,
Y la próxima inferir
Por esta postrimería.
La niebla oportunamente
Me sirvió: mirando estuve;
Pero al oirle, no tuve
Animo ya suficiente,
Y huí.

MARIA.

Pues ¿qué?...

JUDAS.

Sacerdotes,
Herodianos, fariseos,
Y escribas y saduceos
Y plebe, con risa y motes
Acompañan la fatiga
Del Rey desobedecido.
«Tú, Mesías prometido,
Arráncate de esa viga,»
Dicen.

MARIA.

¡Señor, que lo ves!...

JUDAS.

Géstas clama: «Si eres Dios,
Conviértenos á los dos,
Libértanos á los tres.»

MARIA.

¿Y Dímas? Júdas, no oses
Mentir.

JUDAS.

Su grito horroriza.

MARIA.

¿Cuál?

JUDAS.

«Haz tu pueblo ceniza:
Vengarse es placer de Dioses.

Imita lo que hago yo,
Que ménos arbitrios tengo:
Crucificado me vengo
Aun del que no me ofendió.»

MARIA.

¡Cielo santo!

JUDAS.

Dí si alcanza
Perdon el que en sí concentra
Odio tan feroz. ¿Quién entra
En el cielo con venganza?
Nadie. Las palabras tomo
Que allá te oí proferir:
«Tú, pídele á Dios morir
Cual Dímas.» Ya muere: ¿cómo?
Como vivió.

MARIA.

¿Qué argumentas
Con una infeliz pastora,
Que fia en el Dios que adora,
Y no le reclama cuentas?
El Señor del Universo
¿No es bueno infinitamente?
Sé justo ó sé penitente,
Y no temas fin adverso.
¿Quién tasa cuánto dolor
Cabe en un suspiro solo?
¿Por qué ha de haber yerro y dolo
En avisos del Señor?
Poco mi rostro han ajado
Las penas en que me encuentro;
¡Mas, ay! ¡si vieras por dentro
Mi corazon lastimado!...
Y si este secreto encierra
Mi rostro no engañador,
¿No tendrá alguno mayor
El que nos hizo de tierra?
Gusano revuelto en lodo,
Reptil que te ensoberbeces,
¿Por qué virtudes mereces
Que Dios te lo explique todo?
Por tu impotencia te mide
Y por tu ignorancia unidas.
¿Dice Adonai que le pidas
La muerte de un reo? Pide,

Pide eso con humildad,
Y al juez no pongas en juicio.

JUDAS.

¡Pedir el premio del vicio,
Del crímen, de la maldad!

MARIA.

Nunca por viso exterior
Juzgues de malos ni buenos:
La culpa es á veces ménos,
Aunque parece mayor.
De cariño fraternal
Fué Dímas noble dechado;
Ya mi orígen declarado,
Amor de pureza igual
Su cariño se volvió,
De casto espíritu signo:
De gran indulgencia es digno
Quien tanto y tan bien amó.
A un Rey niño, á quien matar
Feroz turba pretendia,
Niño tambien todavía
Dímas, le supo salvar.
Del cuerpo de sus maldades
Aquello y esto desmiembra:
Se coge segun se siembra.

JUDAS.

¡Sueños, delirios!

MARIA.

Verdades,
Que al Infalible invocando,
Te anuncia su defensora.

JUDAS.

¡Eh! Dímas ahora...

MARIA.

Ahora
Se está ya justificando.
¡Mira, para que redimas
Esa alma, consigo en lucha!

(Abrese un hueco en el fondo de la caverna, por el cual se ve á Dimas en la cruz; la del Salvador queda oculta. Se traslucen entre una densa niebla la figura de Longinos y las de los soldados romanos, la de Anas y otros judios.)

ESCENA IV.

DIMAS, JUDAS, MARIA.

JUDAS.

¡Es Dímas! ¡El es!

MARIA.

Escucha
Al pueblo, á Jesus y á Dímas.

JUDAS, escuchando y repitiendo.

«Escarmienten los que tracen
Cambiar la ley del judío.»

MARIA, escuchando y repitiendo.

«¡Perdónalos, padre mio!
No saben ellos lo que hacen.»

DIMAS.

¡Oh clara, divina luz,
Que alumbra mi ceguedad!
¡Pedir con esa bondad
Por quien te puso en la cruz!
Ya Dímas el vengativo
Comprende á quien hace tanto.
Mas es que el hombre y el santo;
¡Es Dios! ¡Hijo es de Dios vivo!
Extiende tu proteccion
A Dímas en otra vida;
Ruega por el homicida,
Salva el alma del ladron.
Pecador fuí detestable;
Mas voy al juicio tremendo,
Sangre como tú vertiendo,
Tú inocente, yo culpable.
Castigado con razon,
Elevo con fe mis votos,
Mano y pié de clavo rotos,
Y el pecho de contricion.
Rey, en la infancia proscripto,
Yo niño te defendí:
Tú has dicho lo que te oí
Cuando fuiste huyendo á Egipto.
Tú nuestro Mesías eres,
Tú Rey de la eterna gloria:
Ten de mi dolor memoria
Cuando en tu reino estuvieres.

MARIA.

¡Loor á mi Dios, que quiso
Mi ruego atender!

JUDAS.

Quizas
Aun...

MARIA.

Escucha. (Oye y repite.) «Hoy serás
Conmigo en el Paraíso.»
(Ocúltase la aparicion.)

ESCENA V.

JUDAS, MARIA.

JUDAS.

Ven, esperanza, y anida
En mi corazon, si puedes.

MARIA.

Ven, Señor de las mercedes,
Por tu sierva agradecida.
No osaba yo sin rebozo
Por ese infeliz llorar;
Ya puedo, no de pesar
Ni vergüenza, ¡de alborozo!
A su impulso no resisto;
Pura y santa es mi alegría.
¿Cómo sin premio se iria
Quien fué bienhechor de Cristo?
— Partícipe mio, ven
Por el tesoro encerrado:
Nueva feliz me ha llegado,
Que albricias merece bien.
(Sale Barrabas, coge la luz, y María y él bajan á una cueva inferior.)

ESCENA VI.

JUDAS.

Ya no dudo mas. Elah [1]
Piadoso conmigo cuenta,
Pues aquí me representa
Lo que pasa mas allá.
El ladron se salvará:

[1] Nombre de Dios en idioma caldeo.

Su vida muriendo expía,
Se arrepiente. — ¡Alma, confía!
— ¡Oh Dímas!... ¡oh confusion!
Yo anhelé tu conversion,
Y ¡no he pensado en la mia!
María me dijo al pié
De aquel tallar de setin:
«Pídele al Señor tu fin
Como el que á Dímas le dé.»
¿Por qué no pedí? ¿por qué?
Salvarme cual Dímas quiero.
¿Cómo haré, Dios verdadero,
La justa reparacion?
¿Cómo pedirá perdon
Quien pidió siempre dinero?
¡Dinero! Mi afan agravo
Con esta voz que me mata.
— «Ven, toma treinta de plata,
Que es el precio de un esclavo.»
— «Mi bolsa no mas.» Y al cabo,
Todo lo admito á la par...
El beso me obligo á dar...
Conciencia consentidora,
El grito que alzas ahora,
Debístele ayer alzar.
¿Con que es Dios quien pende ahí?
Discurrir es menester. —
No; lo que importa es creer.
Pero si creo... ¡Ay de mí!
Atentado cometí,
De remision incapaz.
Mi soberbia pertinaz,
Confundida y no domada,
Solo quiere que la nada
Me dé su funesta paz.
Con las tinieblas pudiera
Ir y decir: «¡Yo pequé!» —
¿Y si su madre me ve?
Rayo será que me hiera
Su mirada lastimera;
Juan me llamará traidor...
— No: salvo ese malhechor,
Bien que se corrige tarde,
Consiéntame Dios que aguarde
A pensar bien lo mejor.

(Abrese un hueco en la pared de la gruta, y sale Anas por él; un demonio le sigue, que le da una tea encendida y desaparece.)

ESCENA VII.

ANAS, JUDAS.

ANAS.

¿Qué haces aquí tú? ¿Qué esperas?
(Pone la tea en una hendidura de un peñasco.)

JUDAS.

¿Qué es de Dímas?

ANAS.

Va acabando
Su vida facinerosa.

JUDAS.

Ese hombre ha reconocido
Por Dios á Jesus.

ANAS.

¿Qué importa?
Le han reconocido muchos
Por tal, y no se equivocan
Ménos.

JUDAS.

Y le ha declarado
Jesus que Dios le perdona.

ANAS.

Un reo que está en la cruz,
Puede decir cualquier cosa.

JUDAS.

¡Cómo! — Anas, ó Satanas,
Véte de aquí: me trastornas.

ANAS.

Me iré; pero ya lo sabes,
Dios juzga segun las obras.

JUDAS.

Y segun la contricion
De quien su piedad implora.

ANAS.

Quien pide perdon... y mata...
¿Merece misericordia?

JUDAS.

¿Qué quieres decir?

ANAS.

Me voy.

JUDAS.

Explica tus misteriosas
Palabras ántes.

ANAS.

Anoche
Dímas, vengativo hipócrita,
Se agenció con Barrabas
Una entrevista no corta.

JUDAS.

Sí.

ANAS.

Dímas dijo que, viendo
Venir la última hora,
Le declaraba que habia
En esta cueva horrososa
Un caudal propio del padre
De Barrabas, y oro y joyas
De Nacor: que lo partiesen
María y él...

JUDAS.

¡Rara historia!

ANAS.

Y que de aquí lo sacasen
Los dos, sin otra persona.

JUDAS.

Han venido aquí, y están...

ANAS.

¿Dónde?

JUDAS.

En la parte mas honda
De la cueva, abajo.

ANAS.

¿Abajo?
Pues abajo hay una losa;
Y los que alzarla pretenden,
Como es natural, se doblan:
Al doblarse, la cabeza
Sumergen en la ponzoña
De una capa densa de aire
Mefítico, baja; postra
El invisible veneno
Al que lo aspira una sola

Vez, y muere sin que pueda
Lanzar ni una queja sorda.

JUDAS.

¡Es posible!

ANAS.

Verlo es fácil.
Si entra un hombre, nada nota,
Estando de pié: le llega
A medio muslo la zona
Mortífera. Si entra un niño,
Al instante se atolondra,
Y cae sin vida.

JUDAS.

Entónces...
¡María! (Gritando.) Quizá no me oiga
Desde aquí.
(Vase por la bajada á la cueva inferior.)

¡María! (Desde abajo.)

ANAS.

No
Esperes que te responda.

JUDAS, abajo.

¡María! (Subiendo.) Está la linterna
En un hueco de la roca,
Y ambos en el suelo.

ANAS.

Muertos
Entrambos: ¡hazaña propia
¡De Dímas!

JUDAS.

¡Muerta María!

ANAS.

Sí: ya no será tu esposa,
Ni de Pilátos.

JUDAS.

Pues ¡qué!...

ANAS.

Poncio la prefiere á Procla.
Dímas lo sabe, es celoso
Mas que el mismo Heródes, odia
A Barrabas, conocia

La rareza portentosa
De esta caverna, hurtos varios
Aquí tenia en custodia,
Y ha engañado á Barrabas,
Y mata á María, y logra
Que no triunfe de su amor
El disoluto de Roma.

JUDAS.

¡Cuánta maldad!

ANAS.

Pues Jesus
Parece que las ignora,
Cuando por Dios á ese monstruo
Promete indulgencia pronta.
¡No hay perdon para traidores
Ni en esta vida ni en otra!

JUDAS.

Tú eres mas traidor que yo,
Sierpe infame tentadora.

ANAS.

Yo solo debo á Jesus
Afrentas que me abochornan;
Tú favores, tú consuelos,
Advertencias amistosas,
¡Pan!

JUDAS.

Y ¿por quién le vendí?

ANAS.

Tiempo tuviste de sobra
Para mirar lo que hacías.

JUDAS.

Tiré en el templo la bolsa:
Por eso no te deshago
Con ella el gesto de mofa
De esa cara vil.

ANAS.

Apóstol,
Cuya suerte venturosa
Pende de la de un ladron,
Tiembla ante mi cara torva.

JUDAS.

¡Temblar un desesperado
Con un puñal!...

(Repara en el cordel que arrojó María, y lo coge.)

Esta soga
Te he de echar al cuello.

ANAS.

Tú,
Cuando mejor te conozcas,
Y á mí, te la echarás.
(Coge la tea, y se defiende con ella de Júdas.)

JUDAS.

Antes
Bajarás á las mazmorras
De Lucifer.

ANAS.

Antes, no.

ESCENA VIII.

PROCLA, JUDAS, ANAS.

PROCLA, dentro.

Adentro con las antorchas.

JUDAS.

No te libran.

ANAS.

Por aquí
Se sale tambien al Gólgota.
(Vase por un ramal de la cueva al costado derecho. Júdas le sigue.)

ESCENA IX.

PROCLA, soldados romanos, dos Esclavas.

PROCLA.

Aquí se refugiaria
Ella cuando huyó: ved toda
La caverna. Hoy mismo debe
Partir á region remota
María: no obtengo mas
De Poncio, tras la deshonra
De esa sentencia de miedo,
Solo al juez infamatoria.
(Ruido de terremoto.)
— ¿Qué es esto, Señor del mundo?
¡La caverna se desploma!
(Arruínase el fondo de la caverna, cae un peñasco y cubre la bajada á la cueva inferior. Descúbrese un punto del Calvario, mas alto que el sitio donde se han hecho las crucifixiones, de manera que no se ven las cruces. Gentío inmenso corona la altura, y atemorizados con el terremoto, van huyendo en todas direcciones.)

ESCENA X.

LONGINOS, soldados romanos, sacerdotes, escribas, fariseos y pueblo en el Calvario, **PROCLA**, y su escolta de soldados romanos, en la gruta.

SOLDADOS.

¡Terremoto!

JUDIOS.

¡Terremoto!

PROCLA.

Sí, la tierra gime... chocan
Los peñascos entre sí...
¡Se parten!... bramando ronca,
Próximo anuncia el estrago
Tempestad asoladora.
El Justo muere, y el mundo
Se queja entre susto y cólera.

LONGINOS.

No hay duda: este hombre que muere
Con pena tan afrentosa,
Era inocente, era justo,
¡Era Hijo de Dios!

PROCLA.

No corra
Su muerte por cuenta mia.

UN JUDIO.

Nosotros, con furia loca,
Sobre nosotros echámos
La sangre de Dios preciosa.

PROCLA, y LONGINOS.

¡Era Dios!

JUDIOS.

¡Era Dios!

PROCLA.

Todo
El orbe Dios le pregona.

(Abrese la tierra, se ve el seno de Abrahan, y sale de él María.)

ESCENA XI.

MARIA, con una corona de estrellas en la cabeza y una palma en la mano, Dichos.

MARIA.

¡Sí, Jesus es Dios! Lo están
Cielos y tierra diciendo:
Muerta os lo anuncio, saliendo
Yo del seno de Abrahan.
Quebrando el cetro á Satan
El Hijo del Criador,
Por tener al hombre amor
Se rinde á mortal sentencia,
Y salva la descendencia
De Adan prevaricador.
Juez divino y padre humano,
A borrar culpas atento,
Busca el arrepentimiento
Con el perdon en la mano.
Ya ofrece camino llano
El cielo á quien le practica:
Por eso se verifica
Ejemplo que al mundo acuerde
Cómo un Apóstol se pierde,
Y un ladron se justifica.
Deuda satisface nuestra
Jesus, que sin vida está;
Vivo otra vez, subirá
Del Altísimo á la diestra.
(Aparecen las dos cruces como se expresa abajo.)
El glorificada os muestra
La cruz de Nuestro Señor.
Ved en la del pecador
El llanto del convertido.
¡Bendecid al redimido,
Y adorad al Redentor!

(Una gran cruz blanca aparece en el cielo, rodeada de guirnaldas de flores; otra menor, parda y salpicada de lágrimas, delante de ella; en los brazos de la primera se lee la palabra Redencion; en los de la segunda, Contricion; infinitos ángeles adoran el santo madero. Abajo, un grupo de demonios atraviesa la escena conduciendo á Júdas con la soga al cuello. Los Padres del Limbo cantan al compas de una música de triunfo: *(Attollite portas, Principes, vestras..... et introibit Rex gloriae.)*

Leipzig. — En la imprenta de F. A. Brockhaus.

